

Carlos Bernardo González Pecotche
RAUMSOL

INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

Especialmente dedicado a los estudiantes de Logosofía, este libro ha de llegar, por extensión, a cuantos simpatizan con la enseñanza logosófica y a todos aquellos espíritus que sean atraídos por su lectura, sirviéndoles de introducción al conocimiento esencial logosófico.

Comprende setenta y dos conferencias pronunciadas por el autor en diferentes fechas en las sedes de la Fundación Logosófica en Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Montevideo. Esta obra constituye una cálida y profunda fuente de estímulos para la investigación individual, a la vez que un utilísimo libro de consulta respecto a puntos capitales de la concepción logosófica. Encierra en sus páginas preciosas joyas conceptuales, accesibles al lector sincero y reflexivo, y factibles de ser llevadas a la propia vida con sorprendente resultado.

ISBN 978-987-27479-5-4



9 789872 747954

www.logosofia.org



Carlos Bernardo González Pecotche, también conocido como Raumsol, consagró su vida a la realización de la obra logosófica en pro de la superación humana. Creó una ciencia, la Logosofía, e instituyó un método único en su género.

Nació en Buenos Aires, el 11 de agosto de 1901. Su espíritu reaccionó muy pronto contra la rutina de los conocimientos y sistemas usados para la formación de la cultura, por su falta de conexión con lo interno, y, tras profundas investigaciones, guiado por una original concepción, halló la veta de trascendentes conocimientos. Con ellos, cuya virtud constructiva es innegable, ensayó en los primeros tiempos de su obra el método que se consagraría luego por su propia eficacia.

En el año 1930 fundó la primitiva «Escuela de Logosofía» en la ciudad de Córdoba, que funciona en la actualidad con el nombre de Funda-

ción Logosófica. Paralelamente al desarrollo de la labor directa sobre sus discípulos, el movimiento logosófico dirigido por él fue cobrando año tras año mayor impulso, contándose en la actualidad con importantes centros de cultura destinados a practicar y difundir la nueva ciencia, en la seguridad de poner al alcance del hombre un medio extraordinariamente real y efectivo de alcanzar el conocimiento de sí mismo y penetrar en las honduras de los arcanos de la vida humana y universal.

Publicó libros en diversos géneros literarios, así como revistas y periódicos dedicados a explicar y difundir los conocimientos logosóficos. Escribió artículos y ensayos para la prensa de varios países, pronunció más de un millar de conferencias y mantuvo un intenso contacto epistolar con estudiosos de la Logosofía de todo el mundo y personalidades de la cultura de América y Europa.

En 1962 creó la primera Escuela Primaria Logosófica, en la ciudad de Montevideo, con una nueva propuesta pedagógica para la educación de la infancia y adolescencia.

González Pecotche falleció el 4 de abril de 1963, después de realizar durante casi 33 años una labor fecunda, que le ha permitido ofrecer al mundo el testimonio vivo de los resultados obtenidos por la Logosofía.



Buenos Aires • Argentina
6ª Edición

González Pecotche, Carlos Bernardo
Introducción al conocimiento logosófico. - 6a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación Logosófica, 2014.
496 p.; 22x15 cm.

ISBN 978-987-27479-5-4

I. Logosofía. I. Título
CDD 128

Fecha de catalogación: 16/6/2014

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
y reservados los derechos de autor.
© 2014 Editorial Logosófica

ISBN: 978-987-27479-5-4
Impreso en Argentina

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

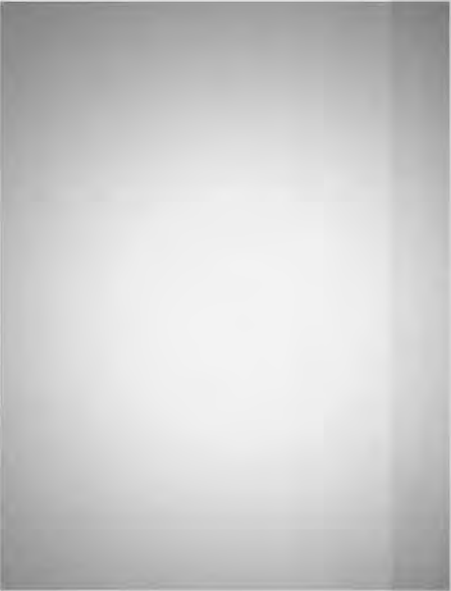
LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

de la Fundación Logosófica de Argentina
Av. Coronel Díaz 1774 - 5° Piso
(C1425DQP) Ciudad de Buenos Aires • Argentina
Tel./Fax: (54 11) 4824-4383 / 4822-1238 - Interno: 112
www.editoriallogosofica.com.ar

www.logosofia.org

Este libro se terminó de imprimir en julio de 2014 en Leva Impresores S.A.
Maza 1246 Piso I Dpto. 8 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada
o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial.



INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

ÚLTIMAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

- Intermedio Logosófico (1º Ed. 1950) (1) (2)
- Introducción al Conocimiento Logosófico (1º Ed. 1951) (1) (2)
- Diálogos (1º Ed. 1952) (1)
- Exégesis Logosófica (1º Ed. 1956) (1) (2) (3) (4)
- El Mecanismo de la Vida Consciente (1º Ed. 1956) (1) (2) (3) (4)
- La Herencia de Sí Mismo (1º Ed. 1957) (1) (2) (3)
- Logosofía. Ciencia y Método (1º Ed. 1957) (1) (2) (3) (4) (5)
- El Señor de Sándara (1º Ed. 1959) (1) (2)
- Deficiencias y Propensiones del Ser Humano (1º Ed. 1962) (1) (2) (3)
- Curso de Iniciación Logosófica (1º Ed. 1963) (1) (2) (3) (4) (5) (8)
- Bases para tu Conducta (1º Ed. 1965 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (4) (6) (7)
- El Espíritu (1º Ed. 1968 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (8)

(1) En Portugués

(2) En Inglés

(3) En Francés

(4) En Italiano

(5) En Alemán

(6) En Catalán

(7) En Esperanto

(8) En Hebreo

PRÓLOGO

La publicación de esta obra tiene por fin, además de satisfacer el anhelo general de los cultores de la Logosofía, extender nuestra palabra a todos cuantos quieran interesarse en nuestros estudios y compenetrarse de las concepciones que alienta el pensamiento creador de la Sabiduría Logosófica. Dada la singularidad que caracteriza a esta clase de conocimientos, hemos estimado oportuno puntualizar, a modo de preámbulo, los pasajes que podrían resultar de difícil interpretación. Es indudable que esta salvedad despejará el camino del entendimiento, sobre todo, o especialmente, de aquellas partes que parecieran inaccesibles por lo abrupto de sus tramos, escasamente transitados por los vehículos mentales de la inteligencia.

Para el hombre que anhela superarse, nada hay que le allane mejor el camino de la investigación como la claridad, precisa y certera a la vez, de una exposición que conduzca con firmeza y sin vacilaciones, primero al libre examen, y luego, al conocimiento seguro de aquello que es objeto de tan noble aspiración.

Teniendo en cuenta lo expresado, el autor ha considerado esencialmente útil la publicación de esta obra en la que aparece, descripta en términos amplios y profundos, una parte ponderable de la concepción logosófica, y, asimismo, una extensa visión de la obra logosófica con sus proyecciones para el futuro de la humanidad. Resumiendo, ha reunido en este volumen una parte de su vasta labor docente. Comprende el mismo setenta y dos conferencias pronunciadas en diferentes fechas en las sedes de la Fundación Logosófica en Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Montevideo. Algunas de ellas fueron ya publicadas en las revistas «Aquarius» y «Logosofía», editadas ambas en la República Argentina. Todas estas conferencias fueron dadas en el período comprendido entre los años 1938 y 1949, lo que permitirá al lector explicarse algunos pasajes

relacionándolos con aquellos tiempos que fueron cruciales para la humanidad.

Siguiendo la lectura de las conferencias reunidas en este volumen, se notará que, en el curso de las mismas, la Logosofía insiste con alguna frecuencia sobre determinados puntos; ello se debe a que estima de capital importancia esa reiteración, ya que la imagen de un conocimiento se graba en la mente con mayor profundidad y prontitud cuando a través de la repetición el estudiante logra advertir que en este punto o en aquél debe detener su atención para compenetrarse del significado o de la sugerencia allí encerrada.

Debemos señalar también que todas las conferencias contenidas en esta obra, muchas de ellas escogidas ex profeso de entre las aún inéditas, fueron brindadas a discípulos exclusivamente. Teniendo esto presente, se comprenderá mejor por qué no se ajustan a la extensión que corrientemente suelen tener las conferencias. En consecuencia, las de esta «Introducción», y en particular algunas, son breves; el desarrollo de las mismas, por corresponder a motivos esenciales de la cátedra logosófica, observa una medida de rigurosa síntesis, asumiendo, por tanto, carácter preciso unas veces y expeditivo otras. Bien podría decirse que estas exposiciones constituyen un ensayo de síntesis, cuya causa reside casi siempre en el hecho de que el autor ha debido responder en cada oportunidad a interrogantes captados dentro del mismo auditorio.

Un número considerable de conferencias de carácter más intensivo queda reservado para una ulterior publicación. Ponemos, asimismo, en conocimiento de los lectores, que muchos de los temas tratados en las conferencias que ofrecemos en este libro serán profundizadas en futuras obras, de modo tal que permitan al investigador sincero internarse confiada y conscientemente en los dominios de la alta ciencia logosófica, sobre todo en la parte que más debe interesarle, cual es la que concierne directamente a su ser y a su vida, no sólo por la riqueza esencial de su contenido, sino por la trascendencia que asume para cada uno en particular.

Los conocimientos logosóficos que se relacionan con el ser y la vida abarcan límites insospechados para el pensa-

miento común, por ser los que iluminan y auxilian la mente del hombre en la realización del proceso de evolución consciente que preconiza y enseña la Logosofía.

Siendo totalmente originales las concepciones básicas del pensamiento creador que anima a la Sabiduría Logosófica, su autor no ha tenido necesidad de recurrir a fuente alguna para extraer tal o cual versión que, al coincidir, apoye o refuerce sus afirmaciones. No aparecen, pues, en este libro las numerosas citas que generalmente pueblan las páginas de los autores conocidos. «Introducción al conocimiento logosófico» se aparta deliberadamente de esa rutina intelectual por presentar una concepción nueva y fecunda, habiendo probado acabadamente, con veinte años de brega, que ella se basta a sí misma para alcanzar las altas finalidades de bien que la inspiran.

Al publicar esta obra, queremos también destacar que el autor no escribe sus libros al modo de la mayoría, que estiman cumplido su objetivo con la aparición de los mismos. Leídos éstos, sus lectores siguen siendo para el autor tan extraños como antes. Con las obras logosóficas sucede a la inversa: los que las leen procuran casi siempre vincularse al que las escribe —que ha hecho escuela de su ciencia—, y le siguen con verdadero afán de cultivarse a sí mismos y orientarse a través de las enseñanzas que con deleite extraen de cada una de sus páginas.

Confirma elocuentemente lo expresado, el hecho de que los libros del autor de «Introducción al conocimiento logosófico» son leídos y estudiados, en profundidad y extensión, por muchísimos discípulos y simpatizantes de su obra, quienes siguen con renovado entusiasmo la fecunda trayectoria de su pensamiento.

Este libro está, pues, destinado a ser leído y comentado muchas veces por los cultores de la Logosofía, en los centros de estudio donde se difunde y practica el Saber logosófico.

Especialmente dedicado a todos los discípulos del continente americano, también lo está, por extensión, a cuantos simpatizan y colaboran directa o indirectamente en la difusión de la enseñanza que imparte la Logosofía. También va dedicado —demás está decirlo— a quienes, al leerlo, resultare grato a sus espíritus, sirviéndoles de verdadera introducción al conocimiento esencial logosófico.

Al hombre —nadie lo ignora— se le ha hablado infinidad de veces, en múltiples circunstancias y en diferentes épocas, sobre la necesidad de perfeccionar sus calidades y condiciones psicológicas; pero tampoco nadie ignora que tal proposición no ha ido más allá de su enunciado, al fracasar desde sus bases cuantos sistemas fueron ideados al respecto; nos referimos tanto a los filosóficos como a los de tipo moralizador. ¿Y por qué fracasaron? Sencillamente, porque ninguno encaró el asunto desde su causa raíz; partieron, en cambio, de extremos opuestos a su verdadero fondo, que es el perfeccionamiento integral del hombre, el cual debe comenzar, progresar y culminar en su propia mente, donde la inteligencia cumple el más formidable de los cometidos cuando se ilustra en conocimientos de alta trascendencia, que la facultan para alcanzar esa finalidad llevando al hombre al más alto nivel jerárquico de su especie y a la más grande de todas las conquistas humanas: la plenitud de la conciencia.

La ciencia logosófica, que tanto brega por despertar las conciencias humanas a la realidad de un mundo superior poblado de luces y de nuevas fuerzas constructivas que el hombre puede aprovechar con gran beneficio para su vida y la de toda su especie, tiende, con «Introducción al Conocimiento Logosófico», un puente mental entre los lectores y la sabiduría que la anima, cumpliendo, así, su principal objetivo.

La concepción logosófica no es, pues, un enunciado más ni conforma sus conocimientos con extensas y fatigosas argumentaciones, de todo punto innecesarias a sus fines. Sus métodos, de innegable eficacia, han sido puestos a prueba a lo largo de cuatro lustros¹. Y al decir sus métodos incluimos también sus afirmaciones, en su mayor parte ya verificadas. Al respecto debemos expresar que en innumerables ocasiones el autor hubo de encauzar la comprensión general de los conocimientos logosóficos, a fin de que éstos no sufrieran ninguna alteración y pudieran ser incorporados a la vida del ser tras su lógica maduración y asimilación conscientes.

Debemos señalar aquí una particularidad del conocimiento logosófico, y es que, a diferencia de los corrientes, sin distinción de jerarquías, se resiste a todo tratamiento de tipo

¹ N. del E.: la primera edición de este libro fue publicada en el año 1951.

externo, por existir en él, potencialmente, el elemento activo que promueve el desarrollo de la vida interna. Este hecho se traduce en el despertar feliz en un mundo superior, donde el ser encuentra luego, siguiendo la realización de su proceso de evolución consciente, la explicación de cada una de sus inquietudes, y, consecuentemente, la culminación de todas sus aspiraciones.

Por consiguiente, no es la simple lectura de esta obra lo que permitirá extraer la esencia mental concentrada en cada pensamiento y en cada palabra, pero bastará leer con detención y sin prejuicios los importantes temas que desarrolla y profundiza el pensamiento logosófico, para tener una impresión cabal de los valores que atesora. Habrá, entonces, que predisponer adecuadamente tanto el espíritu como la inteligencia, para analizar con amplitud de juicio la nueva concepción del universo y del hombre presentada por la Sabiduría Logosófica.

Conviene hacer también una discriminación que estimamos de gran valor discernitivo para el lector que oportunamente decida constituirse en cultor de la Logosofía. Es la siguiente: si bien resulta de innegable utilidad, para el que se dedica a su investigación, el ordenamiento de los conceptos, de las ideas y enseñanzas contenidas en nutridos volúmenes, de poco le servirá si no realiza ese mismo ordenamiento en su propia mente, es decir, si no correlaciona las enseñanzas con cuanto concierne a su saber y a su vida, sin confundir jamás el conocimiento teórico con el conocimiento madurado en el estudio y la experiencia. El ordenamiento en el acervo personal se hace, pues, imprescindible.

Por lo demás, debemos repetir que, existiendo en preparación varias obras de vastos alcances universales, es fácil deducir que este segundo ciclo, iniciado con la publicación reciente de nuestro libro «Intermedio Logosófico», será de grandes proyecciones, dada la circunstancia de que el pensamiento logosófico lleva recorrido un largo camino, y que, con su enorme acopio de valiosas experiencias, marca ya tiempos muy fecundos a las más nobles aspiraciones del espíritu humano; tiempos que, con su inequívoco dictamen, refirman hoy los pronunciamientos de sus días iniciales y dejan definitivamente grabada la inalterabilidad del pensamiento logosófico.

EL AUTOR

EL LENGUAJE DEL CREADOR

Sean mis palabras iniciales, para augurar toda la felicidad posible a los espíritus que trabajan y se esfuerzan por dignificar la vida y superarla en grado máximo. Que la calma y la comprensión constituyan el mejor alivio de las almas que sufren sin saber el porqué de su dolor, y sea la paz para todas las mentes que se debaten en la inquietud y viven en el error, en un constante aniquilamiento psíquico y moral.

Voy a hablar, ahora, del lenguaje que Dios usa para manifestar Su Voluntad o hacerse entender por los hombres, ya por comprensión evidente de lo que en él quiere significarles, ya por la sensación de una brusca realidad que les advierte un paso o una acción equivocada, al tiempo que pone a su alcance los medios para corregirla.

El hombre, al nacer, encuentra toda la vida universal que le rodea; pero sólo a medida que crece y se desarrolla mental y físicamente, va dándose cuenta de la importancia de las cosas que están en torno suyo y de cuanto sus antecesores han hecho en sus respectivas épocas, cuya descripción es evidenciada a su entendimiento por infinidad de signos, hechos, cosas y palabras, que el ser encuentra a su paso por el mundo.

Dios ha expresado su pensamiento en la misma Creación, pero también encarna en todos los idiomas que habla la humanidad.

Con ese lenguaje tan expresivo y elocuente, Dios va descubriendo al hombre la necesidad de corregir sus errores

y deficiencias, a fin de que pueda perfeccionar cada una de las partes de su ser como entidad consciente e inteligente, y logre parecerse a Él, siendo, como debe ser y como Dios lo quiere, aquel que creó a Su Semejanza; pues bien reconoce el hombre mismo que, con el rodar de los siglos, su imagen ha llegado a ser muy diferente, por cierto, de la que plasmara el Creador al formar la criatura humana.

Veamos cómo habla Dios a los hombres. Tomemos como ejemplo a un ser bien constituido orgánica y fisiológicamente, en pleno goce de su salud física. Un día comienza a beber, y, repitiendo el hecho, llega al exceso. Su organismo, que no fue creado para llenarlo de alcohol ni de líquido alguno, empieza a resentirse, es decir, a experimentar los primeros efectos del abuso. La palabra de Dios se manifiesta automáticamente en él en la molestia que debe sufrir, para indicar a su inteligencia que tiene que respetar las disposiciones de Su Voluntad, impresas en cada uno de sus órganos, al determinarles una función y una capacidad de resistencia; en otras palabras, le advierte que no debe pasarse de la medida, que debe ser circunspecto y entender que cada parte de su cuerpo requiere lo que en la vida corriente es determinado por las necesidades propias de la subsistencia y por su uso moderado e inteligente. Los excesos perjudican la salud y también la mente, sobreviniendo luego los padecimientos.

Ahora bien; como todo el ser humano fue creado por Dios, la razón, que ilumina el entendimiento y lo auxilia en sus vacilaciones, le recuerda que cada una de las partes de que está formado su cuerpo es la materialización del pensamiento de Dios, quien, al crearle, asignó a cada órgano de su estructuración humana una medida de capacidad y una función en actividad. Si el hombre pretende a su vez corregir ese funcionamiento o medida, sufrirá las consecuencias de su temeridad, porque habrá violado el fiel cometido de los órganos que representan en sí partes —aunque pequeñas, efectivas— del Gran Pensamiento que los animó en la materia.

Si todo el maravilloso organismo que configura al ser humano procede de la Mente de Dios, lógico es pensar, entonces, que al ser afectada o alterada cualquiera de sus partes,

esa misma Mente exprese al hombre su desvío por medio de la resistencia a satisfacerle sus deseos y por el dolor que le produce el quebranto.

Otra manifestación de la palabra de Dios es la siguiente: El ser tiene, como he dicho, un organismo físico y también uno psicológico y mental. Para el caso, tomemos a un ser común, de inteligencia mediana, que pretende abarcar más allá de lo que le permite su capacidad mental, es decir, que pretende llenar su aspiración sin cultivar primeramente sus facultades, sin dar a su mente la flexibilidad indispensable para poder hacer frente a las necesidades que le crea tal aspiración. Emprende una actividad y fracasa. La palabra de Dios se manifiesta allí, advirtiéndole que no debe hacer las cosas sin antes haber fijado profundamente, tanto en su mente como en su conciencia, el proyecto íntegro de lo que se haya propuesto realizar; en la mente, porque es la que va a plasmar en lo externo lo que ha concebido, y en la conciencia, porque en ella dibujará con toda exactitud el grandor de la responsabilidad que le cabe en la empresa. Muchos padecen las consecuencias de esa imprevisión, de esa falta de control interno, al lanzarse a empresas que su conocimiento no puede abarcar; de ahí que deban volver sobre sus pasos, y sólo algunos toman nota de esa experiencia para tenerla presente en otra oportunidad, aunque sufriendo grandes pérdidas de tiempo, de energía, de salud y dinero.

La mente humana, que es una creación del Gran Pensamiento, tiene también una medida común para sus actividades; pero, si bien es cierto que esa medida puede ampliarse hasta el infinito buscando las causas de la Mente Universal, no es menos cierto que dicha ampliación debe hacerse, tal como lo señala la Logosofía, siguiendo un riguroso proceso de evolución consciente y merced al conocimiento de todo el sistema mental y su libre funcionamiento, hasta lograr el mayor esplendor de la inteligencia.

El pensamiento de Dios —me refiero al Pensamiento Madre, del cual provienen todos los demás— es lo absoluto en equilibrio, lo supremo en razón, lo infinito en poder y el sùmmum de la perfección y la pureza. Su palabra, que es hija

de ese Pensamiento, posee idéntica esencia. Cualquier desequilibrio que el hombre provoque en sí mismo, tanto en su complejo psicológico, físico o mental, como en cualquiera de las cosas vivientes que le rodean, contraría de hecho al Gran Pensamiento, pudiendo traerle, como consecuencia, serias alteraciones en el ritmo normal de su vida.

Es ésta una de las causas principales, si no la mayor, del estado caótico en que hoy se encuentra la humanidad. Pero aun existe otra, que puede hablar con mayor elocuencia al entendimiento humano: es la miopía mental, cuya curación tan difícil resulta a los hombres que quieren evitar los constantes tropiezos ocasionados por la falta de visión en cada uno de los pasos que la vida les obliga a dar en su diaria lucha. Esta circunstancia debe inclinarnos a pensar que nada separa tanto a los hombres como la oscuridad, ni nada los une más que la luz; me refiero aquí a la oscuridad y a la luz en los aspectos físico y mental. En el primer caso, los seres que se encuentran en la oscuridad, al no poder verse entre las sombras, aunque estén unos cerca de otros lo ignoran, y, a la vez, corren peligro de confundirse, mientras que, habiendo luz, se ven unos a otros teniendo la seguridad de no estar solos, y pueden confiar, además, en los que están cerca. Lo mismo ocurre en el aspecto mental, pues los hombres se ven mejor y se comprenden más cuanto más luz hay en sus entendimientos, sucediendo lo contrario en aquellas mentes oscuras, huérfanas de todo conocimiento o alumbradas apenas por leves reflejos intelectuales.

La mayoría de los seres humanos sigue una evolución lenta, obedeciendo a leyes fatales, en tanto que, los que logran emanciparse de las cadenas del destino cumpliendo una admirable gesta de realizaciones internas, al seguir las normas precisas de un proceso consciente de superación, labran por sí mismos la felicidad de sus días futuros. Mientras los primeros se mueven lentamente, arrastrando siglos en sus continuas pérdidas de tiempo, para llegar tarde o no llegar nunca a la mesa del Señor, los últimos son los primeros en sentarse a compartir la inefable paz y bienaventuranza de Su Reino.

Es indiscutible, pues, que todo ser debe experimentar

la necesidad imperiosa de iluminar su espíritu con la luz purísima de los conocimientos esenciales, a fin de hacer cesar los padecimientos que le atormentan a causa de los errores que la ignorancia le hace cometer.

Todo se consigue con el esfuerzo y la buena voluntad, sin desechar ninguno de aquellos elementos auxiliares que son el fruto de la observación y del discernimiento, ya que ellos dan la seguridad en la experiencia y afianzan la razón sobre bases conscientes. Si una criatura creciera y se desarrollara sola en medio de un desierto, sin ver otra cosa que cielo y tierra, no sería más que un ente absurdo, y, a pesar de poseer un organismo humano, sentidos y mente, habría que considerarla como una irrisión de la especie. Esto acontecería por haber seguido una línea contraria a la propia naturaleza, que constantemente invita al hombre a observarla y a extraer de ella sus mayores enseñanzas.

Dios puso la mente en lo más alto de la figura humana; con ella, como centro director y regulador de todas sus actividades, puede el hombre efectuar sus más delicadas investigaciones, analizando, calculando y seleccionando todo lo que observe en prolijos y conscientes estudios o meditaciones.

El ser que nada observara y que ni aun lo que simplemente viese fuera para él objeto de la menor preocupación mental, terminaría por anular su mente, lo que equivaldría a clausurar las puertas de su inteligencia a cualquier aspiración propia de su género.

Tocaré de paso algunos puntos que bien merecen ser tenidos en cuenta por el franco observador y consciente experimentador de las verdades que puedan presentarse ante su vista. Me refiero a las ventajas que, por un inteligente aprovechamiento del tiempo, favorecen el conocimiento del ser.

Entre las múltiples clasificaciones que la Logosofía hace del ser humano, según sus rasgos o particularidades, se halla la de seres activos y seres inactivos, siendo los primeros evolucionarios y los segundos estacionarios.

El inactivo atenta contra su propia vida física y mental, dado que no mantiene en constante actividad sus células mentales para evitar el desequilibrio psicológico y aun el or-

gánico. Así, pues, si las células, a pesar de la falta de nuevos elementos que el ser debe proporcionar a su existencia, se ven obligadas a desempeñar igualmente sus funciones asimiladoras y selectivas, concluirán por absorberle la vitalidad y llegarán hasta destruirse a sí mismas para subsistir.

La alimentación y el oxígeno que se respira pueden mantener por largo tiempo, es cierto, a una persona inactiva; no obstante, ésta requiere el ejercicio para facilitar a las células su cometido reparador de todo desgaste fisiológico; de lo contrario, los trastornos orgánicos no se hacen esperar. Hay aún más: el ser, para lograr de sus organismos físico y psicológico un funcionamiento perfecto y obtener un máximo de rendimiento, necesita aumentar día a día su actividad mental y física en forma progresiva e inteligente, a fin de no perturbar el normal desarrollo de las posibilidades internas, en especial las psicológicas y mentales. Se debe, pues, procurar que las células cumplan su misión constructiva dentro del ser; mayor será la energía que produzcan cuanto más se amplíe su campo de actividad mental y física. Aumentando la energía, que es el espíritu vital pujando por manifestarse, aumentará el vigor, la fuerza y el entusiasmo que dan a la vida una extraordinaria capacidad de producción y realización.

El hombre no debe conformarse con una simple labor rutinaria, sea mental o física, porque esto lo llevaría al aniquilamiento o nulidad mental. Los seres que llegan a tal estado envejecen fácilmente; y, así, se les ve agobiarse poco a poco hasta llegar al cansancio y al hastío, que es consecuencia lógica de la falta de renovación, como así también de aquellas actividades que tanto vitalizan el espíritu, llenan de luz la inteligencia y de paz y alegría el corazón.

Sabido es, porque se repite en la experiencia diaria, que en cada cosa nueva el ser encuentra un motivo de entusiasmo. Ahora bien; el que conoce la técnica logosófica puede hacer perdurar indefinidamente ese motivo de entusiasmo, si, con buena y consciente fe, convierte todo lo que le rodea en cosas nuevas para su observación y conocimiento.

De ahí que la Logosofía satisfaga plenamente las más caras exigencias del temperamento humano, ya que la mul-

tipicidad dentro de su vasto campo científico y filosófico y la variedad inagotable de los conocimientos que descubre al entendimiento del hombre, mantienen al ser en una constante expectativa, en un continuo alumbramiento de su inteligencia, a la vez que provocan un despertar magnífico de todas sus facultades internas, dando a cada una de ellas los medios de manifestarse y el sustento mental necesario para que entren inmediatamente en actividad, lo cual proporciona grandes beneficios y llena la vida de nuevos encantos y entusiasmos.

Para que la juventud no abandone al hombre, debe saber éste unir sus primaveras, buscando siempre el calor de la Sabiduría en las altas regiones del espíritu, allí donde la inteligencia toma contacto con la vida universal, que todo lo anima y lo renueva. Esto es posible lograrlo; mas para ello será necesario exaltar la conciencia a estados más elevados, a fin de no padecer el frío de la ignorancia, el rigor de ese invierno moral, semejante al físico, pero con la diferencia de que en el primero no le es permitido al hombre disfrutar en sí mismo de la renovación que se produce en la Naturaleza cuando llega la estación en que los árboles echan sus brotes y se llenan de flores y frutos.

Uniendo los tiempos, como lo expresa el conocimiento logosófico, se habrá logrado eternizar la juventud.

Todo lo que permanezca ajeno al hombre es como si no existiera para él, mas no por ello deja de existir para los demás.

Nada se manifiesta a la mente humana, si ésta no comienza por mostrarse accesible al conocimiento que generosamente se presenta a su investigación.

Montevideo, 18 de marzo de 1939.

SOBRE LA INMORTALIDAD

Voy a hablar esta noche de algo muy interesante y que, por cierto, reviste una importancia fundamental para el conocimiento humano. Conciérne a un punto que habrá de suscitar no pocos comentarios. Se trata de cómo el hombre puede perpetuar su vida más allá de la existencia común, hasta alcanzar, como la misma historia lo consigna, la tan buscada inmortalidad.

En las más antiguas escrituras, como en el propio Génesis, se reconoce que Dios, al crear el Universo, le imprimió una actividad, una vida y un movimiento eternos, de modo que todo lo que en él actuase o existiese fuera eterno, es decir, tuviera una vida y un movimiento perennes. Lo único que permanece y permanecerá siempre inmutable son sus leyes, por ser ellas la fiel y universal manifestación de su omnipotente y suprema Voluntad.

La visión cósmica de la Creación da la sensación de inmutabilidad a todo cuanto existe, pero ello es tan sólo como expresión del Gran Pensamiento creador, que no altera un ápice la concepción original, no dando, por tanto, tal hecho, lugar a que se piense en un estado de inmovilidad, lo cual es absurdo a toda razón y no admite la menor discusión.

La Logosofía sostiene, en sus principios doctrinales, que Dios, al concebir la Creación, la concibió perfecta en su culminación final; pero dispuso para cada uno de los incontables millones de seres vivientes, desde las especies más remotas

de la familia atómica hasta los astros más prominentes del sistema solar —incluyendo, desde luego, a la figura más predominante y familiar al conocimiento común: el hombre—, un proceso evolutivo desde su primitivo origen hasta su perfección máxima, al cabo del cual —caso del género humano— la imagen del hombre alcanzara a ser semejante a Él. En consecuencia, cada ser debe experimentar los cambios lógicos que le imponen las leyes, pudiendo el hombre acelerarlos y salvarlos conscientemente, si se constituye en árbitro de su propio destino.

Es oportuno y necesario hacer notar que quienes contrarían las leyes que mantienen el equilibrio universal en todos sus órdenes y jerarquías, violan los altos preceptos de la justicia y peligran perder todas las prerrogativas que les concede el libre arbitrio. Quedan comprendidos en esta situación aquellos que, seducidos por espejismos psicológicos, se desvían, cometiendo errores y faltas que luego habrán de lamentar. En estos casos, la conciencia individual, debilitada por la inercia, pues ninguna actividad digna podría desempeñar, acaba por sucumbir, desapareciendo del escenario humano para que, en su lugar, aparezca otro ser, es decir, otro movimiento y otra vida.

Los sabios de la antigüedad buscaron el elixir de la eterna juventud para perpetuar la vida o, mejor aún, para perpetuar el movimiento en una de sus tantas revoluciones a través de los ciclos de existencia, y, al intentarlo, olvidaron que era la imagen de la vida la que debían perpetuar a través de esas revoluciones humanas, siempre dentro del gran recorrido que debe hacer desde su nacimiento, vale decir, fijando la esencia perdurable en el centro mismo de ese gran proceso madre, para que el movimiento de la vida fuese continuo, para que no cesara ni se viera interrumpido por esos largos períodos estériles e inconexos, tan comunes en el vulgo.

Hemos de ver, pues, en medio de esta amplia exposición de nuevos y fecundos conceptos, y con bastante claridad de entendimiento, cómo es posible al hombre conectarse con esa vida eterna, que, por cierto, no es la que concluye con la existencia física.

Al admitirse terminantemente —para no incurrir en una negación absurda— la tesis corriente de que la especie humana tiene una misión que cumplir, y, por consiguiente, a nadie más que a sus miembros individualmente incumbe la tarea de llevarla a su realización, se comprenderá con facilidad, sobre todo si tomamos una visión del estado actual de la humanidad, que existe una escala jerárquica en la ubicación que corresponde a cada ser, conforme al grado de evolución alcanzado. Esto quiere significar que las posibilidades son comunes a todos, pero que no todos las saben aprovechar para cubrir los trechos ascendentes hasta las más altas jerarquías.

El hombre que, sin descuidar el proceso interno en el cual se halla empeñado para satisfacer las severas exigencias de una evolución realmente consciente y positiva, se ocupa en extender su vida a través de cuanto le rodea, vale decir, de sus semejantes y las cosas, reproduce en ellos los rasgos más sobresalientes de su espíritu y perpetúa su vida hasta el punto de existir perennemente allí donde fijó su voluntad y sus pensamientos. ¿Acaso, los grandes hombres que tuvo la humanidad no han perpetuado sus vidas y sus nombres a través de las generaciones, en obras de genio y de verdad que el tiempo no sólo respeta sino que vivifica, sacudiendo de tanto en tanto el polvo de la indiferencia que la ignorancia humana suele acumular sobre ellas, para que resplandezcan mejor los valores que custodian? ¿Qué trataron de perpetuar las religiones y las instituciones famosas? Una verdad con la cual estaban identificados esos nombres y esas vidas que querían inmortalizar.

Cada obra que los semejantes de los grandes genios precursores realizaron siguiendo la inspiración del Pensamiento Madre que mueve las inteligencias humanas, es un fragmento de la imagen proyectada por la mente privilegiada que la fecundara; y, en tal caso, esas obras serían como hijas de la Obra Madre, al estar identificadas con ella por la naturaleza y dirección de los elementos primordiales que las constituyeron.

Estamos, pues, plenamente de acuerdo en que muchos seres que pasaron por el mundo continúan viviendo en la mente

y en el corazón de sus semejantes, aunque hayan transcurrido desde entonces muchas generaciones, ya que permanecen siempre vívidos en el pensamiento de los hombres que los recuerdan y hasta sienten su presencia cuando los evocan en aquellos momentos en que apelan a su recuerdo con mayor intensidad.

He ahí demostrado ya cómo puede cada uno conservar la vida en el sentir de los demás y aun en la identificación de todas las cosas con las cuales actuó, imantándolas con esfuerzos y sacrificios heroicos para dejar a la humanidad una obra de bien, constructiva y generosa, que, recibida por las almas con gratitud y emoción, se perpetuará en el espíritu de todos.

Esa es en realidad la vida que se hace inmortal, la que tomando un día la forma humana, se expande por el mundo y se agiganta de tal suerte que su nombre y su figura se hacen conocidos y familiares a las multitudes que pueblan la Tierra.

Tómense estos hechos, que acabo de reseñar para que se comprenda todo cuanto el hombre puede realizar en el curso de su vida, si lo quiere sinceramente y a ello se dispone, concentrando todas sus energías y encauzándolas con inteligencia, perseverancia y nobles intenciones hacia una dirección determinada, y pronto se llegará al convencimiento de que nada hay vedado al entendimiento ni a las posibilidades del ser más que aquello que aún no ha sido alcanzado por ese entendimiento y esas posibilidades.

Para llevar a cabo una empresa, se requiere indispensablemente una preparación previa lo más amplia posible; tan amplia que pueda asegurar, si no todo, por lo menos una parte del éxito en su ejecución. Las grandes obras, como también las pequeñas, demandan mucha abnegación, un gran espíritu de sacrificio y un profundo conocimiento de la psicología humana y de las cosas que han de servir de elementos necesarios para la realización de las mismas, y aun así debe unirse a ello una gran paciencia, a fin de poder vencer no pocas dificultades que habrán de surgir, provocadas por la resistencia mental, psicológica y volitiva de los seres que, ajenos a la imagen principal del complejo desarrollo que implica la materialización del Pensamiento Madre de la obra, optan por oponerse a ella, criticarla y violentarla en cuanto les es posible, aunque

al final concluyan por convencerse de su sólida consistencia y su realidad inobjetable.

Me he referido entre otras cosas a la paciencia, como uno de los principales agentes que intervienen en la ejecución de toda obra. Quiero expresar algo más al respecto, y es que considero a la paciencia hermana del tiempo; ella vive y confía en él, y éste la premia constantemente por ser una virtud que beneficia en alto grado al hombre que la sabe cultivar y no olvida cuán grande es la paciencia de Dios, que a todos tolera, enseña, corrige y modela, sin alterar jamás su sublime serenidad.

He ahí cómo deberá actuar la mente humana: con inteligencia y paciencia, porque los caracteres de todo movimiento que grabe un hecho físico o se imprima en la conciencia perdurarán, pues se habrán impreso también en las páginas del tiempo, esas páginas que tantas manos hojearán y tantos ojos leerán y juzgarán conforme a sus entendimientos.

Volveré, ahora, al tema central de mi conferencia. Con la serie de reflexiones que he expuesto para ilustrar mejor al auditorio, fácilmente se podrá llegar a la conclusión de que todo aquel que obra mal acortará su vida, y todo aquel que realice obras buenas la alargará, debiendo entenderse que no me refiero a la simple existencia, sino a la prolongación de la vida en el espíritu de los demás. Siendo en la mente donde reside el gobierno individual —como he dicho en otras oportunidades—, lógico es pensar que desde allí proyecta el hombre su futuro, así como labró su pasado.

Para asegurar mejor los resultados que deben obtenerse en la prosecución de toda obra, es necesario e imprescindible apartarse del error, por ser éste un viejo que cojea siempre del mismo pie y que, cuando se intenta quitarle la muleta que le sirve de apoyo, sólo la suelta si encuentra una pierna amiga que la sustituya, terminando por contagiarle su renguera. Es preferible, por consiguiente, caminar derecho y firme, con esa distinción y dignidad que confiere el conocimiento en el concepto de las altas verdades.

Son muchos, no hay duda, los factores necesarios para llevar a cabo una obra verdaderamente eficaz y duradera

dentro de sí mismo, al tiempo que se ayuda a los demás en similar realización. Sin embargo, la tarea se facilita enormemente mediante la realización común, el intercambio de las observaciones personales y el mutuo entendimiento.

El hombre que encara el problema de su evolución consciente debe, si no quiere fracasar y lamentarse después, regirse por las sabias normas que le indica la Logosofía. Es necesario librar a la mente de esos fantasmas y personajes extraños que atentan contra la probidad y las buenas costumbres del ser, quien las más de las veces les da albergue, inconscientemente, por faltarle luz propicia para distinguirlos entre la multitud de pensamientos que acostumbran aglomerarse en su recinto mental. Sabido es que los pensamientos que inducen al mal perturban el sueño y no permiten al hombre descansar, significando ello un desgaste continuo de energías que concluye por inhibirle la voluntad, reduciendo el campo de sus actividades, limitándolo y oscureciendo su inteligencia. En cambio, el que asume la dirección de sus pensamientos y los encauza hacia el bien, duerme tranquilo, no desgasta energía, y, al iniciar el día, se encuentra pleno de bienestar y de entusiasmo. Los minutos de lucha son holgadamente compensados en esa tregua que el sueño hace dulce cuando la mente reposa tranquila y en paz.

Despejada la mente de todo agente extraño a sus buenos propósitos, el ser se habilita para actuar libremente y aprovechar todos los elementos que encuentre útiles para el cultivo de sus facultades y el mejoramiento de sus aptitudes. Al seleccionar cuanto entra dentro de la órbita de sus investigaciones, puede éste formar un valioso archivo que consultará de continuo, ya que, al ir mejorando sus condiciones de evolución, comprenderá con mayor amplitud muchas cosas que antes, debido a sus limitados alcances, no pudo comprender en beneficio de sus conocimientos. Así, pues, todos estos antecedentes que vaya recopilando en su archivo mental le servirán de guía en sus actuaciones futuras, cuando tenga que enfrentar situaciones que le demanden una clara conciencia de los valores internos que deberá poner en juego para poder salir triunfante de la emergencia.

El hombre que sigue esta línea impecable de conducta hasta conquistar los lauros del saber, se hace acreedor al mejor de los conceptos en el sentir general, y su vida, como su nombre, al vibrar en el recuerdo de la opinión, se irá perpetuando a través del tiempo, tal como acontece con el padre de familia que sabe educar a sus hijos con rectitud, haciendo de su hogar un ejemplo de amor y felicidad, y, más aún, extendiendo su influencia benefactora a todo cuanto se vincule a ese hogar.

Para finalizar, diré que el mayor tributo que el ser humano puede ofrendar a Dios, es su propia realización, fruto del esfuerzo, sacrificios y obediencia a sus altos preceptos, cumpliendo así Su Voluntad en el perfeccionamiento de sus facultades, hasta alcanzar a ser como Él lo quiso cuando lo concibió a Su Imagen y Semejanza.

Montevideo, 19 de marzo de 1939.

REALIDAD DE LA VIDA MENTAL

Expondré en esta conferencia interesantes aspectos sobre la evolución de los pensamientos, y explicaré, además, cómo maduran los cultivos que el experimentador de la Logosofía prepara en el laboratorio de su mente.

Siendo éste un tema por demás amplio y profundo, he de tratarlo por partes, tomando como estudio algunos aspectos relacionados con la imagen central de la conferencia.

En el común de las gentes se observa, con bastante frecuencia, que la mayoría pretende resolver sus problemas o encontrar soluciones a las complicadas situaciones o difíciles emergencias que se presentan en el curso de la vida tan sólo en los breves momentos que ocupa su mente en ello, cuando ya la amenaza de peligros apremia y es necesaria, a corto plazo, una decisión concluyente.

La Logosofía define esta posición como inconsistente, irrazonable e ilógica, presentando, como ejemplo, a un ser que pretendiera comer la fruta antes de plantar el árbol, habitar una casa antes de construirla o llegar a destino antes de haber partido. También podría ofrecer la misma imagen un hombre que forzara desesperadamente el crecimiento de un árbol a fin de obtener la fruta mucho antes de su tiempo, o que hiciese

una casa apresuradamente, sin preocuparse de su solidez o estética, para habitarla antes de colocarle los techos y las puertas, o bien, que maldijese al vehículo que lo transporta de un punto a otro, por no acelerar, conforme a sus deseos y aflicción, en un mil por ciento la marcha.

Esto, como he dicho, sucede muy a menudo porque la generalidad, lo que menos recuerda, es que tiene una mente, la cual, organizada, puede resolverle todas las situaciones, hacerle feliz y preservarle de esas desagradables alteraciones que tanto afectan la sensibilidad. En pocas palabras, no exageraría al decir que el hombre común, de lo que menos hace uso es de sus preciosas facultades mentales, las únicas que habrán de permitirle vivir conscientemente la vida y respirar en paz.

Muchas veces he planteado a discípulos aventajados, problemas o asuntos requiriendo de ellos una solución; vale decir, he propuesto a la mente de los mismos tales problemas o asuntos, para observar cómo eran resueltos a juicio de cada cual.

Después de un tiempo prudencial, en el que permitía el intercambio de algunas comprensiones acerca del tema, resolvía suspenderlo, dejándolo pendiente para otra oportunidad. Así procedía dos o tres veces, tratando con los mismos discípulos el asunto propuesto como objeto de la experiencia.

Demás está decir que, de diez casos, nueve me ofrecían la confirmación de la exposición que estoy haciendo sobre el punto elegido para esta noche.

En efecto: a la segunda o tercera vez de repetir el procedimiento, aparentando pasar distraídamente de un tema cualquiera al que debía proseguirse, a poco de conversar se advertía la facilidad con que era dilucidado, hasta aparecer, de pronto, conclusiones felices y acertadas de los problemas o asuntos cuyas soluciones se encontraron difíciles en las primeras conversaciones. Al mostrarles en ese instante todas las observaciones efectuadas y las soluciones que tenía anotadas, la sorpresa era general.

Explicaré en seguida cómo se produce en la mente ese proceso de maduración.

El investigador de la Logosofía que ya tiene ciertos conocimientos sobre la actuación de los pensamientos como

entidades autónomas, no fuerza, como lo haría el que pretendiese encontrar brusca y precipitadamente una fórmula mágica para resolver los problemas que de improviso le apremian, el libre ejercicio de sus facultades mentales, sino que las estimula constantemente, facilitándoles todo elemento propicio y evitándoles, en lo posible, perturbaciones externas que obstaculicen el proceso de la solución que se elabora en la retorta mental.

De tanto en tanto, el tema en cuestión es tratado mentalmente por cada uno de los participantes en la experiencia, dónde y cuándo les parezca conveniente, para mantener ágiles los pensamientos utilizados y estimular las facultades a fin de que éstas continúen la función de preparar aquellos elementos que, absorbidos por los pensamientos encargados de esa misión, producirán el hallazgo.

Así es como muchas veces se ha desprendido sola, sin el menor esfuerzo, la solución buscada, por haberse madurado tras una honda labor discernitiva, sin apresuramiento alguno.

Naturalmente, para el estudiante de Logosofía ello no constituye, porque no corresponde, motivo de lucimiento personal; conoce su origen, es decir, la fuente de la cual se sirve para obtener estos resultados, y sabe que tales resultados son consecuencia de una aplicación acertada y lúcida de los conocimientos que pone a su alcance la Logosofía.

En las disciplinas corrientes de las universidades, en el estudio escolar y en las aulas en general, se adopta el sistema de la repetición mnemónica de los temas que componen el programa o curso a seguir y cumplir. Con ello se busca fijar las imágenes, pero sólo se consigue calcarlas en la retina mental, ya que desde ese momento quedan inmóviles, al no poder accionar por falta de vida propia o de fuerza emergente de su fuente original.

Cuando el estudiante, después de mucho tiempo, comienza a utilizarlas, al verse obligado a corregir en cada caso las deficiencias que presentan —no los originales de las mismas, sino su reproducción, debido al hecho de desconocer cómo fueron construidas—, recién experimenta la necesidad de crear imágenes nuevas en la práctica, sustituyéndolas

poco a poco, a medida que las conservadas por su memoria, semigastadas ya, no le ofrecen mayor utilidad.

Las nuevas imágenes —conocimientos, en este caso— que cuidadosamente coloca dentro de su mente, van así accionando y mostrándose llenas de vívidos coloridos, porque han sido hechas del mismo elemento que por doquier le rodea, dentro de la propia esfera mental. El estudiante común de las universidades desconoce este proceso, pues no sabe cómo accionan los pensamientos y cómo éstos forman núcleos para constituir los resultados o las soluciones buscadas. No obstante, aunque inconscientemente, lo realiza; me refiero al proceso de reproducción de imágenes por la experimentación propia.

Al observar que algunas de las personas aquí presentes hace poco tiempo que estudian esta nueva ciencia, debo expresar, para mayor comprensión de las mismas, que conceptúo lógico que quienes no están familiarizados con la literatura logosófica o, mejor aún, con su terminología tan particular, encuentren al principio cierta dificultad para entender las verdades que expone la Logosofía, a pesar de su lenguaje fácil y sencillo.

Volviendo nuevamente al tema, ya hemos visto cómo maduran dentro de la mente los procesos en los cuales toman parte tan activa los pensamientos; veamos ahora en qué forma prepara el investigador sus cultivos en el laboratorio mental.

El hombre común por lo general vive sin rumbo fijo, a merced del destino que lo lleva de un lado a otro. Es como el ciudadano de un país que, desconociendo su verdadera patria, le da lo mismo serlo de cualquier otro. Para ese hombre, su destino culmina todos los días a medianoche, pues la Providencia, como ha ocurrido tantas veces, puede hacérselo cambiar de un día para otro. Esto quiere decir que no puede tener la menor seguridad de su futuro. No ha fijado una ruta a seguir ni un objetivo por el cual deba empeñosamente trabajar, con decisión indeclinable y firme entusiasmo. De ahí, entonces, que no pueda dirigir conscientemente el proceso de maduración de ninguna idea, y, cuando ésta sobreviene por inspiración inesperada, sea el primero en sorprenderse. No puede hacerlo, por falta del conocimiento técnico y de la

capacitación adecuados para llevar a cabo con éxito una labor tan propia de la inteligencia y de carácter tan eminentemente individual.

En cambio, el que experimenta con los conocimientos logosóficos prepara su campo mental abonando científica y convenientemente sus cultivos, a fin de que en ese campo germinen las ideas y florezcan los conocimientos.

¿Cómo lo hace? Muy sencillo: determinando con precisión lo que se ha propuesto cultivar, ya sea en ciencia, ya en arte o en cuanto pertenezca a la Sabiduría Universal; fijando las normas de conducta que habrá de seguir; acordando luego los exámenes a que deberá someter el cultivo del conocimiento elegido; efectuando ensayos de los primeros resultados, y, finalmente, experimentando la certidumbre que le dará la seguridad de su posesión real. Ha de tener muy en cuenta, por supuesto, los principios logosóficos sobre construcción de imágenes mentales.

Para mayor comprensión de los presentes, voy a delinear, del modo más sintético posible, uno de esos procesos seguidos por el ser común más como imposición de la disciplina oficial que por resolución consciente de su voluntad.

Tomemos por caso a alguien que habrá de determinarse a estudiar la ciencia médica. Como es natural, realizará primero estudios menores o elementales; cursará luego los secundarios, ingresando, finalmente, en la Facultad de Medicina. Buscará allí la compañía de otros estudiantes, con quienes hablará habitualmente sobre temas médicos. Reunirá, de aquí y de allá, todos los elementos que faciliten su labor y hagan menos difíciles sus estudios. Frecuentará laboratorios, hospitales, etc., todo lo cual dará mayor amplitud al desarrollo de lo que la Logosofía llama cultivos internos o preparación del campo mental, para alcanzar con felicidad el objetivo deseado.

Todo esto lo hace el estudiante común por imperio de las necesidades naturales que le impelen a seguir ese proceso, aun cuando permanece ajeno al conocimiento inteligente del procedimiento seguido, puesto que obra por consejo de sus profesores y por sus propios impulsos, no nacidos estos últimos, la mayoría de las veces, conscientemente de su voluntad.

Un caso que tal vez podría tener alguna analogía con el proceso descripto sería, por ejemplo, el de la inyección antineumónica o cualquier otra, envasada en una pequeña cápsula de vidrio. Allí quedará y se perderá, si no llega el momento de ser empleada. Llegado éste, el líquido, que representa nada menos que la síntesis de toda una serie de estudios y experimentaciones convertida en un conocimiento, se aplicará al enfermo. La inyección cumple así su objetivo; pero, ¿quién osará decir qué curso sigue el líquido; en qué forma se desliza por los vasos sanguíneos; cómo ataca, neutraliza y se adueña del terreno fisiológico para ahuyentar la enfermedad? Solamente aquel que, por el estudio y la experiencia, posee el conocimiento de lo que éste representa como valor curativo, como agente de inmunidad, y conoce, a la vez, el modo de aplicarlo.

Ahora bien; en el caso de los conocimientos logosóficos, el investigador sigue atentamente todo el curso de la enseñanza, apreciando, paso a paso, su virtud y los beneficios que de ella obtiene, mientras se va haciendo carne en él, es decir, mientras la va asimilando, practicando y haciendo de la misma un elemento de indiscutible valor para su vida.

Los niños no advierten su crecimiento ni conocen el porqué del mismo; pero, ya hombres, en pleno apogeo de sus facultades, pueden apreciar los cambios operados en ellos durante su crecimiento, y conocer, entonces, a qué obedecía esa transformación, al verla reproducida en sus propios hijos o en otros niños. Análogamente acontece con el proceso que sigue el investigador de nuestra ciencia, con la única diferencia de que éste registra en la conciencia los adelantos y resultados logrados en la aplicación del conocimiento logosófico, si bien a causa de su constante preocupación en el cumplimiento de los deberes que se impone para la realización de su proceso de evolución consciente y las transiciones por que debe pasar, recién advierte cuánto ha evolucionado desde los primeros días de su dedicación, una vez entrado en la madurez reflexiva de los estados evolutivos que alcanza.

A muchos les parece que los grandes procesos internos nunca se realizan, o estuvieran estancados. No obstante, el curso de la acción evolutiva continúa, y, cuando llega su

tiempo, exactamente como ocurre en el caso de los niños, que acabo de citar, el conocimiento ha tomado cuerpo y se hace visible y presente al entendimiento.

El cambio de posición mental y psicológica es, desde ese instante, sencillamente asombroso. La mente adquiere de pronto una lucidez jamás soñada y el experimentador advierte cómo todas las cosas, hasta ayer indiferentes y poco menos que despreciadas, le ofrecen hoy hermosas perspectivas, de cuya utilidad saca provecho, pues conoce al presente el valor que entrañan para sus tareas.

Este es el momento en que muchos dirán: «La suerte se ha dado vuelta en su favor», «La buena estrella le acompaña, porque no hay cosa que no acierte», etc. Pero lo único cierto, en realidad, es que el que antes hacía las cosas sin tener conocimiento de ellas, ahora las hace consciente e inteligentemente. El constante cultivo de sus facultades mentales atrajo hacia la órbita de influencia de su inteligencia una serie de elementos y factores, que, si bien al principio no sabía cómo utilizarlos, luego estuvieron a su disposición para facilitarle en grado apreciable la comprensión clara de muchos problemas, anteriormente no resueltos, y de cosas no conocidas aún por él. He aquí donde reside la causa de sus aciertos.

Montevideo, 20 de marzo de 1939.

ACTITUD CONSCIENTE EN LAS ACTIVIDADES DE LA INTELIGENCIA

Siguiendo la conferencia anterior, continuaré describiendo otros puntos no menos importantes sobre determinadas actitudes mentales como consecuencia de la acción de los pensamientos.

La Logosofía afirma, y lo ha demostrado en múltiples experiencias realizadas, que son los pensamientos los que gobiernan la vida del hombre común, y que, debido a la ignorancia humana acerca de la influencia que éstos ejercen sobre la voluntad, el hombre se encuentra a merced o antojo de agentes extraños a su conciencia, y, por consiguiente, ajenos a su conocimiento.

Esta circunstancia, por demás sensible y que no deja de conmover el espíritu de los que se hallan liberados de esa esclavitud mental, presenta un porvenir dudoso, y, hasta cierto punto, azaroso, a todos aquellos que viven al margen de esa extraordinaria realidad que fija la situación del hombre corriente y muestra a su vez los alcances de tan formidables prerrogativas, como son las de conocer el mecanismo interno de la propia mente y el manejo consciente de la técnica logosófica indicada para tal efecto.

¿Por qué son pocos los que triunfan y muchos los que fracasan en el campo de batalla que el mundo presenta al ser desde que comienza a dar sus primeros pasos, valido tan sólo de sus fuerzas y recursos?

La contestación no puede ser más elocuentemente sa-

tisfecha, si se tiene en cuenta lo que acabo de expresar sobre los pensamientos.

Pocos son los que triunfan porque pocos tienen la inteligencia suficientemente lúcida como para sortear con felicidad los obstáculos que las situaciones, no siempre favorables, hacen surgir en el curso del cumplimiento de los proyectos que el ser se ha propuesto realizar; obstáculos que existen aun para los que viven en medio de fáciles halagos, y que deben ser salvados con paciencia, y, sobre todo, con mucho acierto.

Ahora bien; todos pueden triunfar y hasta contribuir al éxito de los demás, si con tiempo preparan sus facultades mentales, desarrollándolas, a fin de hacer un acopio previo de conocimientos que los habilite para ejercer las funciones que habrán de desempeñar como parte ineludible de sus futuras actuaciones.

La eficacia de los métodos logosóficos, ya comprobada por muchos de los que los han empleado con entero éxito, ahorra, al que se propone practicarlos, muchas vicisitudes que se traducen en contrariedades enojosas, pues le evitan un sinnúmero de tropiezos que sin el auxilio de la Logosofía habría de dar. En este caso, el saber suple a la experiencia y alumbra los pasos indicando el reducto seguro por donde se podrá pasar, evitando los trances difíciles que tan a menudo espantan la imaginación de los desprevenidos, quienes, inconsciente o temerariamente, confían eludirlos por sus propios medios, deficientes siempre, y sin tener la menor idea de las consecuencias emergentes de tal actitud.

El estudiante de Logosofía comienza por ordenar su vida, poniendo, primero, orden en su mente. No puede haber orden donde no hay disciplina. Por tanto, se impone una rigurosa selección de los pensamientos que frecuentan la mente o se aquerenciaron en ella.

Si la inteligencia se propone desarrollar mayor actividad, pondrá en movimiento todo el engranaje mental, y no podrá, en consecuencia, tolerar la inercia de aquellos pensamientos que deben, como obreros de una gran usina, atender cada uno su obligación.

Veamos, con este ejemplo sencillo, si es así. En una reunión

se encuentra un médico en amable compañía. Dentro de su mente, con agilidad y desenvoltura, una cantidad de pensamientos triviales festejan ocurrencias, hilan cuentos o provocan discusiones de variada índole. De pronto, el facultativo es llamado para asistir a un enfermo. Toma su sombrero, se despide y acude a atender al paciente en cumplimiento de su deber. Ya en camino, despide también, uno tras otro, a todos los pensamientos que solicitó concurrieran a su mente a fin de desempeñar un buen papel en la tertulia, y alinea en sus puestos a aquellos otros que son eficaces auxiliares en el ejercicio de su profesión. Acuden, pues, al nuevo llamado, los pensamientos relacionados con su ciencia, y comienza con ellos su labor de médico frente al enfermo.

Lo mismo ocurre al ingeniero, al abogado, etc., al comerciante, al industrial y demás seres, cuando se disponen a atender sus obligaciones, desde que se ven en la necesidad, si no quieren cometer errores o descuidos, de echar fuera de la mente a aquellos pensamientos que de nada les sirven para facilitar sus tareas.

El hombre, para llegar a ser verdaderamente dueño de sí mismo, debe tener pleno dominio sobre sus pensamientos; entonces, también lo tendrá sobre su voluntad. Esto explica por qué muchos pueden perseverar en sus afanes sin violentar la firmeza de sus decisiones, lo cual no acontece en aquellos casos en que pensamientos de tendencia ligera malogran los proyectos del ser con la impaciencia que caracteriza al que no sabe medir el tiempo ni conoce en qué grado éste es indispensable para la realización de cada cosa.

El investigador de la Logosofía trata siempre de reducir al mínimo el tiempo que necesita para sus ocupaciones habituales, si éstas son de carácter independiente; si está, en cambio, sujeto a horario, trata de reducir igualmente el tiempo que perdía en cosas sin importancia antes de ensayar los métodos logosóficos, para dedicarlo, si no por entero, en su mayor parte, a ilustrarse en conocimientos de tanta trascendencia como son los que atañen a su propia evolución, en la seguridad de que podrá, consciente e inteligentemente, dirigirla.

Es necesario poseer el sentido de la realidad para evitar la seducción de los falsos reflejos de la imaginación, que son

los que conducen a error o desvían al sujeto de la línea lógica alumbrada por todo buen criterio.

En el curso de esta exposición quiero demostrar la influencia directa del pensamiento en las actitudes mentales. Se verá, así, cómo la Logosofía orienta al ser hacia el fondo mismo de los grandes problemas humanos, y, al tiempo que enseña con poderosos elementos de juicio la forma de conducirse con éxito y felicidad en la vida, muestra dónde se hallan las raíces de todos los males que sufre la humanidad.

Desdeñar tales conocimientos prefiriendo vivir en la oscuridad, de la que a menudo la soberbia humana se jacta confundiéndola con la luz, es aceptar complaciente un suicidio lento, en el cual la inteligencia y las fuerzas del ser habrán de luchar desesperadamente para no sucumbir, mientras la fatalidad aceptada consume la existencia y extingue una a una las esperanzas que el hombre pudo abrigar.

Dios ha debido tener mucha paciencia para construir un universo tan maravilloso y perfecto. Dulce paciencia, iluminada por tanto amor que hace aún más bella e ideal esa inmensa concepción eterna. Imitémosle, pues, haciendo nuestra una parte de esa paciencia, que, aunque pequeña, bastará para asegurar la firmeza de nuestros propósitos en pro de la obra de bien que estamos realizando; más tarde, nos será dado contemplar con íntima satisfacción la conclusión feliz de la misma.

Uno de los elementos con que se ha de contar siempre, es, como habréis podido apreciar, el factor tiempo. Para lograr el máximo de rendimiento en cada espacio de tiempo que se quiera aprovechar, debe la paciencia, que acompaña a la acción, ser inteligente; vale decir, que la tolerancia de tiempo tiene que ser calculada, si fuese posible, hasta el límite mismo, en cada uno de los demás factores que intervengan en la realización de la labor, a fin de hacer factible su feliz culminación.

La paciencia es inteligente en todas aquellas circunstancias en que la espera es medida por el ser teniendo en cuenta el elemento que debe responder favorable o negativamente a los requerimientos de la emergencia, con un criterio sensato del valor de aquello que provoca esa espera.

Se torna, en cambio, torpe y necia si, transcurrido con exceso el tiempo en que debió producirse o resolverse lo que se aguardaba, el ser —llamémosle iluso o ingenuo— sigue derrochando su tiempo en espera de lo que es ya un imposible. En estos casos se pretende con frecuencia disimular la insuficiencia personal bajo la apariencia del consabido estribillo del «engaño». Es lo mismo que esperar un año al pollito que debió nacer a los veintiún días. Se puede esperar veintiún días con inteligente paciencia el nacimiento del polluelo, pero todo lo que exceda ese lapso correrá bajo las formas de una inútil esperanza.

Daré otro ejemplo. El estudiante que cursa mal sus estudios debe repetir el año. Resignándose a ello, muestra tener buen sentido y su paciencia será inteligente; pero si al repetirlo, en lugar de esmerarse en cumplir satisfactoriamente el programa correspondiente, se descuida y pierde otra vez el año, su paciencia habría sido inservible, pues habría pactado con la holganza y la insensatez.

Estos ejemplos, que presento con objeto de ilustrar mejor al auditorio, muestran más palpablemente lo que he estado explicando en esta exposición sobre actitudes mentales, y ayudan al investigador a conocer con mayor profundidad los diversos aspectos que configuran el complejo psicológico del hombre y los múltiples resortes de su sistema mental.

La paciencia inteligente, como actitud mental, debe ser activa por excelencia; que mientras se espera el resultado de una gestión, de un proceso de investigación o de cualquier asunto que imponga un paréntesis e interrumpa lo que se tenga entre manos, se procure, por todos los medios, asegurar el éxito del mismo efectuando aquellos movimientos inteligentes que mejor contribuyan a solucionar esa tregua o interrupción. No siendo posible su logro, el tiempo empleado a tal efecto debe ocuparse inmediatamente en otros trabajos que persigan el mismo fin por diferentes caminos, o que suplan en otra forma el objeto buscado.

El hombre que espera, aun con la mejor buena voluntad y paciencia, como se dice comúnmente, a que sus asuntos o problemas se encaucen o resuelvan solos, toma la vía opuesta.

No es paciencia, repito, lo que sumerge al ser en un estado estático o de inhibición en espera de que el tiempo le dé lo que él debe, por propia cuenta, buscar y hallar. El tiempo será siempre su gran amigo; pero es menester que muestre a ese gran amigo su amistad no defraudándolo, sino haciéndole conocer que ese tiempo del cual se sirve, es empleado en una continua renovación de espíritu, manteniendo así a perpetuidad esa savia juvenil que el tiempo mismo se encarga constantemente de renovar. Para aquellos que se dejan estar, para aquellos cuyas células mentales están dormidas y no observan ese tiempo tan precioso que la vida debe recoger al pasar, para éstos se va marchitando la atmósfera interna hasta asfixiar al ser que las anima, hastiando su vida y llevándole a conclusiones que no quiero nombrar.

Recomiendo a todos los que me escuchan y que conocen ya mi pensamiento, expuesto en numerosos escritos, que cada una de las imágenes presentadas en el curso de estas conferencias sean observadas y meditadas cuidadosamente.

Es necesario, para compenetrarse mejor de aquello que interesa al conocimiento, verificar repetidas veces el examen de lo que constituye el motivo de la observación. De este modo se obtiene la comprensión evidente de cuanto se ha querido saber.

Si las cosas se dejan de ver, la vista dirige la mirada hacia otros puntos; las imágenes que fueron objeto de la atención del ser palidecen, y, luego de permanecer olvidadas, sólo aparecen en la memoria borrosos fragmentos de las mismas, confundiéndose, muchas veces, con otras imágenes.

Esto sucede muy a menudo al inconstante y, en general, al que no tiene esa disciplina mental que tan indispensable es para conservar siempre nítidas y completas las imágenes que constituyen el acervo de los conocimientos.

Es por ello que la Logosofía insiste en hacer resaltar el valor que tiene para el experimentador sincero y activo el repaso constante de sus observaciones, evitando toda distracción que pueda, como dije hace unos momentos, hacer palidecer la imagen captada y ubicada en el recinto mental, pues de este modo se mantendrá —lo repito— siempre fresca en la mente.

Siguiendo el método indicado, sencillo y práctico a la vez, el hombre puede capacitarse para efectuar cualquier labor y, con seguridad, no tendrá que culpar a la «mala suerte» o, como acontece habitualmente, a los demás, de sus fracasos y errores.

La adversidad es la que siempre se encarga de sacudir con rigor al inexperto que abandona sus cosas a medio hacer, para advertirle sus deficiencias y brindarle la oportunidad de corregir sus malas actuaciones.

Para finalizar, me permitiré dar un consejo, que estimo de suma utilidad y fácil aplicación: haga el ser todas las cosas seria y meditadamente; jamás, libradas al azar. Esto le evitará sufrir muchos reveses y ser juguete de la fatalidad, que no perdona la insensatez.

Montevideo, 21 de marzo de 1939.

POLICROMÍA PSICOLÓGICA

Hablaré esta noche sobre la capacitación progresiva del individuo, la influencia del medio ambiente y el libre arbitrio, examinando esto último objetivamente y como facultad innata del ser humano.

Si bien he bosquejado en tres partes el tema que voy a tratar, lo hice al solo efecto de que resalten esos aspectos en el curso de la conferencia, ya que unos y otros se entrelazan, y, hasta cierto punto, se explican o se complementan.

He dicho, y lo he repetido invariablemente, que no basta al hombre graduarse en una universidad o lograr una posición económica holgada que le proporcione un buen pasar, ni tampoco alcanzar lugares de privilegio en la industria o el comercio. Por encima de todos esos conocimientos comunes, por encima de esa técnica corriente que lo faculta para actuar lo más sensatamente posible en el desempeño de sus funciones, existe una ilustración adicional: aquella que cada uno toma de la experiencia diaria y de su constante atención sobre cuanto acontece en el mundo; naturalmente, apreciando con mayor intensidad aquellos hechos o cosas que afinan con sus inclinaciones o preferencias.

Ahora bien; la Logosofía lleva a la ciencia a todos los puntos y hace que ella, sin conmovir los fundamentos de su posición racionalista, contemple cada uno de los movimientos volitivo-mentales del ser en su relación íntima, o, si se quiere, estrecha, con los acontecimientos o las cosas que toman con-

tacto con él durante el curso de su vida. Al decir esto, quiero significar que la Logosofía encarna una ciencia que es auxiliar de todas las demás, como lo es también de todo cuanto el entendimiento humano pueda comprender.

El hombre requiere una capacitación técnica en el campo de los problemas trascendentes, que le facilite el camino de sus aspiraciones, que le prevenga de los peligros del azar o de la insuficiencia de sus conocimientos personales, limitados o circunscriptos siempre a determinada esfera de acción. Le es necesario conocer a fondo o, por lo menos, a título de información con carácter preventivo, el complejo de la psicología humana, tal como la Logosofía lo ha determinado al asignarle al sistema mental el papel más importante de toda su conformación psicofísica y espiritual.

Comenzará, así, por conocer cómo actúan y reaccionan los pensamientos, y cómo debe prevenirse y establecer las defensas mentales para preservar su vida moral y ampliar sus posibilidades intelectuales.

La capacitación logosófica es, indiscutiblemente, de un valor incalculable desde todo punto de vista, ya que hemos confirmado cómo abre al ser prerrogativas ignoradas y cómo mediante ella puede alcanzar grandes objetivos; por ejemplo, el de controlar y estimular eficaz y conscientemente su propia evolución.

Nunca estará de más cuanto diga y recomiende acerca de esta clase de conocimientos que convergen en las altas verdades expuestas por la Logosofía, dado que es indispensable al hombre valerse de esos conocimientos, poderosos agentes auxiliares para triunfar fácil y ampliamente en la lucha diaria. Será menester que recuerde aquí la conveniencia de repasar con detención lo que llevo publicado hasta el presente sobre este importante punto.

El hombre no debe ser ajeno al juego habitual de los pensamientos ni a la forma como éstos obran y se imponen, según sean las intenciones que persiguen. Permanecer extraño a la acción incesante de los mismos en el ambiente mental en que se actúa, es exponerse a ser engañado continuamente, a padecer las consecuencias de esos engaños y a vivir amargado toda la vida.

Es inútil pensar, porque se perdería el tiempo, que las cosas han de ser de otro modo que el dispuesto por las leyes de la lógica. Por tanto, conviene vivir lo más cerca posible de la realidad y hacer que ella impere en todas las circunstancias de nuestro pensamiento. Al referirme aquí al pensamiento en forma tan singular, he querido significar al pensamiento que en cada circunstancia deba actuar como intermediario directo de nuestra razón y sentir, frente al pensamiento o los pensamientos que actúen en la emergencia como elementos contrarios o causales de la situación que se plantee.

¿No prueba, acaso, todo esto, que es necesario y de indiscutible utilidad poseer la técnica del ambiente, vale decir, el conocimiento de ese mundo externo que el ser tendrá que enfrentar no bien trasponga los umbrales de la patria potestad y se lance con sentido propio a labrar su porvenir, aquel que le hará más luego, si se halla capacitado, dueño y señor de su vida, y quizá, también, de su destino?

¿Están preparados los jóvenes de nuestra época para enfrentar ese mundo externo que habrá de sacudir continua y bruscamente la modorra de su adolescencia, haciéndoles sentir, a la vez, los rigores de la inexperiencia? Indudablemente, no; y, menos aún, si a esto agregamos que, para evitar andar a tientas e inconscientemente por ese mundo, deben conocer además su propio mundo interno, conocimiento indispensable para no sufrir los rudos contrastes que aparecen entre la realidad que se ignora y lo que se cree saber de ella.

Por otra parte, fácil es presumir que el ser, en tales condiciones, es decir, falto de conocimientos, carece de las defensas mentales necesarias para contrarrestar con éxito los ataques de la adversidad; y entiéndase que llamo adversidad a todo cuanto se resista, rebele o reaccione en contra de los propósitos que el individuo tenga en los momentos de emplear con toda buena voluntad los recursos de su inteligencia, ya para conquistar una posición, ya, simplemente, para mejorar la suya actual.

¿Puede hablarse, entonces, de libre arbitrio en personas que no son dueñas de sí mismas o son ajenas a la realidad que las rodea? Ya he demostrado que no, en el estudio que publicara en la revista «Aquarius» del año 1937, al exponer la concepción logosófica sobre libre albedrío. Pero ese «no» es relativo y sus-

ceptible de transformarse en un «sí», positivo, siempre que el ser se disponga a desembarazarse de los pensamientos que lo oprimen y abruman, y siempre que, de la impotencia en que lo mantiene la ignorancia de las cosas con las cuales habrá de rozar muy a menudo, pase al conocimiento directo de las mismas y actúe con plena conciencia y seguridad.

Considerando objetivamente al libre albedrío como facultad innata del hombre, veremos que aparece restringida por una serie de causas y factores que se manifiestan no bien se abren los ojos al mundo. Por otra parte, siendo la ignorancia sinónimo de sombra, convendremos en que esa facultad innata queda considerablemente disminuida en su potencia, y permanece más bien como posibilidad de manifestación, en el hombre que sólo se adiestra en los estudios y disciplinas del saber común, sin resolverse a ejercer decididamente sus facultades intelectuales mediante la capacitación gradual de su sistema mental. Dicho sistema funcionará merced a un entrenamiento constante de las fibras mentales, que lo equipan —por decirlo así— de un extraordinario arsenal de recursos ilustrativos y defensivos que cada cual debe llegar a conocer y utilizar en su propio bien y en el bien de los demás.

No debe olvidarse aquí, y lo recuerdo por la importancia que tiene tanto en la organización mental como en los demás estudios de capacitación que puedan hacerse, la influencia que ejerce el medio ambiente en el ánimo del ser.

No costará mucho comprender cómo las personas son absorbidas por los ambientes que frecuentan; si intentamos, por ejemplo, sustraer a un jugador o a un fanático del ambiente que los atrae, se resistirán, seguramente, a abandonar sus preferencias y desoirán todo llamado a la reflexión. Se hallan dentro del círculo vicioso que ha imantado sus voluntades con los reflejos de un deleite mental tan nocivo para sus inteligencias como subyugante para sus espíritus enajenados ya por el ambiente. Tomemos, ahora, a un deportista, un político, un comerciante, un industrial, un aficionado a las artes, o a cualquiera que tenga preocupaciones que absorban su atención, y, salvo unos pocos, los demás reaccionarán contra toda otra labor mental que les sustraiga alguno de los momentos destinados a sus ocupaciones habituales.

De ahí, pues, que a menudo resulte difícil la tarea, tan noble, por cierto, de incorporar a las acostumbradas actividades mentales de un ser las aconsejadas por la Logosofía, que, sin ocupar lugar ni tiempo, ofrecen la perspectiva de ampliar poderosamente el radio de acción personal, dotando a la inteligencia de numerosos conocimientos de gran valor y eficacia, desde que pueden ser aplicados con ventajas en toda circunstancia.

A mayor conocimiento mayor libre albedrío, por cuanto podrá el hombre moverse, accionar y cumplir grandes designios cuanto más amplio sea el dominio de su libertad para disponer voluntariamente de todo cuanto no puede la mayoría, por impedírsele las limitaciones propias de su estrechez mental, su incapacidad e ignorancia. En estos seres el libre albedrío es, pues, relativo y reducido, no pudiendo servirse de él sino en la escasa medida de sus posibilidades y en la forma que se lo permiten sus facultades comprensivas.

Las leyes naturales, institucionales y sociales, como así también los preceptos de profilaxis contra las enfermedades, cercan al individuo estableciendo una especie de cordón sanitario; de violarlo, caería en otro cerco más reducido, que, en casos extremos, se cierra hasta convertirse en celda carcelaria.

Para el hombre ilustrado, inteligente y culto, para quien tales cosas no son desconocidas, esos cercos sólo tienen por objeto frenar las pasiones, reprimir las violencias y garantizar, así, el orden y el respeto entre las gentes; pero en modo alguno coartan su libre albedrío, porque acciona y se mueve armónicamente con las leyes, siendo, por consiguiente, respetados tanto su libertad como sus pensamientos y decisiones.

Insisto, pues, en que la capacitación integral asegura al ser una existencia plena, y bien puede considerarse, gozando de tan preciosas prerrogativas, dueño y señor de su reino interno, ya que nadie osará violentar su paz y felicidad. Habrá logrado, en dos palabras, que su patria potestad, ejercida conscientemente, sea inviolable e invulnerable. Con ella en las manos, podrá decir al mundo: «He luchado y he vencido. He ahí mi conquista».

Montevideo, 22 de marzo de 1939.

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO ATÓMICO

La Sabiduría Logosófica es tan rica en imágenes que más de una vez se ha visto precisada a usar las más diversas formas de expresión para comunicar lo que con tanta prodigalidad emana de su fuente. Entre estas formas de expresión tenemos la que se manifiesta en función de lo maravilloso, por ser, quizá, una de las que más invita a seguir al pensamiento, sin fatigarse, en todo el curso de la narración. Esta noche voy a usar, pues, la forma ya enunciada, a fin de plasmar figuras mentales de alto valor y colorido.

Para alcanzar este objetivo, cada uno de los presentes habrá de tener la amabilidad de considerarse, desde ahora, del tamaño de un átomo, mirando a todos los demás como si también fueran átomos.

Voy a valerme, pues, de la figura de un hombre, o, mejor aún, del hombre mismo que, con el ínfimo volumen de un átomo, habrá de verse dentro de un cuerpo humano de talla normal, pero que, por la circunstancia expuesta, asumirá para él proporciones extraordinariamente gigantescas.

Penetremos, acto seguido, en esa gran cavidad que es la boca y deslicémonos al interior. Notaremos una profunda oscuridad que se irá disipando a medida que ascendamos, apareciendo una claridad diáfana, que nos iluminará de golpe no bien lleguemos a esos dos ventanales que son los ojos.

Sentiremos por un momento la sensación de quedar deslumbrados; mas conservando nuestra conciencia y sereni-

dad de espíritu, no obstante la incómoda pequeñez a que nos hemos reducido, podremos seguir adelante. Pero si alguien se sintiera descontento con su talla ultramicroscópica, tengo a mano el medio de hacerle recobrar su tamaño natural, sin que se vea privado de esta excursión intrapsíquica. En efecto, hagamos de cuenta que, en la misma proporción en que aumentamos desde el tamaño de un átomo hasta el de un hombre, aumenta también el cuerpo dentro del cual hemos penetrado. Por supuesto, éste nos parecerá ahora más gigantesco y majestuoso, y podremos andar mejor al no sentirnos disminuidos ni en tamaño ni en ningún otro sentido.

Asomémonos ahora por uno de esos grandes ventanales. La misma brillantez del cristal que cubre las pupilas nos impedirá ver con claridad; pero intentémoslo.

La primera sensación que inmediatamente experimentamos es la de que las cosas que vemos se dividen en dos grupos: mientras unas se mueven de un punto a otro, las demás permanecen inmóviles.

Estas últimas parecen, al principio, inmensos paredones, pero luego de fijar más detenidamente la vista, semejan algo así como enormes edificios. También se perciben multitud de formas, confundidas unas con otras, al extremo de no poderlas distinguir entre las sombras que las ocultan.

Vayamos más arriba de esos ventanales. Por una escalera vertical llegaremos a una cámara. Ya estamos. Vemos aquí un aparato que gradúa las distancias y enfoca las formas, haciendo que ellas se manifiesten nítidamente a los ojos que en esos momentos las están contemplando.

Nos es posible observar, ahora, mediante ese aparato que está conectado con el sistema sensorial y, además, por una red de hilos, a las cámaras mentales donde se halla ubicada la inteligencia, cómo las formas toman su tamaño real y surgen los coloridos de las mismas, pues hasta este instante habían mantenido un color gris indefinido.

Colocados estratégicamente en uno de los ángulos de la cámara mental, podemos apreciar que en toda esa parte del gran cuerpo en que nos hallamos, o sea, en la cabeza, funciona un mecanismo que, a nuestro juicio, es tan perfecto

como admirable y hermoso en el más elevado grado. Ese mecanismo es el que nos permite —porque está reproducido en cada uno de nosotros— estimar y juzgar lo más exactamente posible aquello que vemos, pensamos y sentimos.

Excepto Dios, como Creador Supremo del Universo, todo cuanto existe tiene su semejanza y su correspondencia directa con otras creaciones análogas. La singularidad en el arquetipo básico y la pluralidad en la Naturaleza, siguiendo el signo de la analogía, abren al hombre fáciles conductos para conocer palmo a palmo las causas madres, que son las que rigen la existencia de todo, y de las cuales, por ser eternas, deriva o proviene cuanto la inteligencia humana se empeña en desentrañar y conocer. Anhelos dignos y justos, fortalecidos constantemente por esas mismas causas, porque establecido está que el espíritu que nos anima en ellas se nutre y se agiganta, ya que el conocimiento es su sustento predilecto y el único que puede prolongar la vida del mismo hasta hacerla inmortal.

No nos encontramos, no lo olvidéis, mirando a través de esos dos grandes ventanales llamados ojos, sino dentro del aposento mental, donde la razón explica lo que la mirada abarca sin comprender. Es por ello que ya no vemos formas que se mueven entre sombras, ni cosas inertes, que nada dicen. La vista, conectada al entendimiento, deja de ser vaga e imprecisa. Al ponerse en actividad los diversos centros de observación, surge el análisis y se armonizan las apreciaciones hasta culminar en la evidencia.

A su razón debe el hombre, cuando ésta se afirma en el testimonio de sus aciertos, sus triunfos y sus horas más felices. Nadie podría decir que ha disfrutado de una dicha verdadera, si su razón no ha presidido la fiesta en lo más íntimo de su sentir; lo contrario sería el desborde incontrolado, o sea la embriaguez mental, que hace cometer al hombre tantos deslices, de los cuales luego tiene que lamentarse.

En ese aposento podemos ver fácilmente multitud de átomos ocupados en sus respectivas funciones de selección, control, modelación, etc. También vemos otros, como formando legiones, que hacen las veces de policías; unidos en una disciplina común, tratan de desalojar a los elementos extraños

que, por ser ajenos a las familias atómicas de ese cuerpo, perturban la vida normal y activa de las células sanas que son, fuera de toda duda, los obreros de la inteligencia.

Si observamos cómo los átomos toman parte activísima en la gestación de los pensamientos, y cómo ellos mismos constituyen el elemento activo de estos últimos, comprenderemos por qué se acostumbra decir, a los que tienen iguales pensamientos e ideas, que están hermanados en el mismo sentir.

Reparemos, también, en los millares de átomos que los pensamientos contienen. Cuando hablamos con una persona y le expresamos algún pensamiento que ésta acepta, por encontrarlo interesante o con la intención de servirse de él, aparece una legión de células mentales que vuela en cerrada formación hacia la mente del que escucha. Así, por ejemplo, los estudiantes deben dar hospedaje a legiones de células que viajan de la mente del profesor hacia las suyas, quedando en la del primero la imagen de los pensamientos que forman los conocimientos que enseña, a fin de reproducirlos cuantas veces quiera. Sucede a menudo que, a pesar de volar las células mentales en dirección a otras mentes, no todas las reciben, a causa de la desatención o falta de interés que experimenta el ser. En tal caso, éstas vuelven al punto de partida.

Vamos a presenciar, avanzando en nuestra observación, la lucha que se establece en el interior de la mente de un ser cualquiera, entre legiones de células enemigas; al enfrentarse, como es común, dos pensamientos encontrados, se batan encarnizadamente. Hagamos de cuenta que uno combate en nombre del deber y que el otro representa un impulso pasional o una tendencia perniciosa. Sabido es que, según sea el que triunfe, la conducta que adoptará ese ser será la que le imponga el pensamiento vencedor.

Otras veces lucha un pensamiento pesimista contra otro que alimenta una esperanza, o uno que inviste el lema del trabajo contra otro que prefiere la holganza, y no faltan, tampoco, los de características violentas pretendiendo imponerse a los que tienen por misión atemperar y serenar el espíritu.

Allí es donde puede apreciarse el heroísmo de las células mentales que luchan por el bien. Si alguna paz conquista el

hombre en los días de su existencia, seguro esté que lo debe a todo cuanto le ayudó a seguir por la buena senda, en la que la honradez, la lealtad de espíritu, la rectitud y otras bellas condiciones, presiden siempre las buenas intenciones del ser.

Es indudable que, en una mente bien organizada, las defensas son mayores y más eficaces. La acción de las fuerzas intelectuales, bajo la estricta dirección del criterio formado en la conciencia del deber por el conocimiento de lo justo y lo verídico, es allí enérgica y logra imponerse con facilidad a las corrientes adversas al temperamento que intentan contravenir las normas seguidas por el espíritu. En estos casos, los pensamientos perturbadores tienen escasa o ninguna probabilidad de triunfar. Pero en las mentes comunes, donde impera el desorden, el descontrol, y donde la voluntad rara vez ejerce alguna influencia, tales pensamientos producen verdaderos desquicios, provocando estados de ánimo que suelen llevar al hombre a la desesperación.

Supongamos, ahora, a un ser de vasta cultura, con una mente disciplinada en la que ha cultivado no pocos conocimientos, sean científicos, filosóficos o de orden general, frente a otro cuya mente no posee tal disciplina ni cultura. Es indudable que los pensamientos del primero asumirán sobre el segundo una autoridad que solamente un necio osaría desconocer.

Acontece entre las personas de talento, como en las de regular ilustración que, al disentir en sus opiniones, sus pensamientos, por ser antagónicos, se traban en lucha; es lo que comúnmente se llama discusión. Curioso es observar, aunque, por otra parte, es muy natural, cómo en tales circunstancias siempre triunfa aquella mente que mayor refuerzo tiene en sus recursos mentales para llevar al ánimo de la otra la inmovible posición del que, asistido por la razón, se ha atrincherado en sus convicciones más firmes.

Se nos dirá que con argumentaciones auspiciadas por la imaginación, también se convence a las personas de lo que se les quiera proponer. No lo dudamos; pero debemos hacer una advertencia: nada puede ir contra la solidez de la lógica; y si esas argumentaciones son contempladas luego por la razón, posiblemente no puedan resistir su análisis, ni tampoco

durar, como elementos de ponderación, en la mente del que las hubiera admitido atribuyéndoles la importancia o valor que no poseían. Sería, pues, un simple estado de engaño que nada tendría que ver con la posición inobjetable que presentamos en el primer caso.

Vemos, por consiguiente, que, a semejanza de lo que acontece entre las naciones, cuyos ejércitos penetran en los campos enemigos y vencen según sea el grado de instrucción, disciplina y conocimiento estratégico de sus jefes, ocurre en nuestro mundo interno cuando adiestramos nuestra población atómica formando legiones de pensamientos que invaden luego el territorio de los semejantes; con la diferencia sustancial, en este caso, de que, en vez de llevar la barbarie, sus objetivos tienen razón de existir en el conjunto de las aspiraciones que convergen en acto civilizante, y sus resultados son propios del auxilio humanitario que recibe la mente beneficiada, después de arraigar en ella nuevos y fecundos conceptos o ideas, de que antes carecía.

Pasemos a observar, en seguida, a los que discuten en forma violenta, tratando de intimidarse mutuamente con palabras gruesas y pensamientos no muy recomendables. El mismo choque nervioso, provocado por el exceso mental en el desgaste de energías, implica una lucha interna donde los átomos salvajes arremeten, presionan y sofocan a los civilizados. Muchos de ellos mueren en el campo de batalla, siendo los sobrevivientes los que llaman más tarde a reflexión al que dio rienda suelta a su furor sin pensar en lo estéril de semejante agitación y en las consecuencias que, por lo general, tendrá que lamentar después.

Si concebimos que los átomos civilizados, o sea los blancos, triunfan luego, en el momento del sosiego veremos que éstos deben reconstruir las zonas devastadas y organizar nuevamente el libre juego de las legiones atómicas dentro y fuera de la esfera mental. En cambio, los átomos salvajes o negros, se agrupan y agazapan buscando aumentar el número para preparar nuevos ataques a fin de poder mantener al ser en estado de irritación o excitación constante. Aquí convendrá tener presente que cuanto más permanezca el hombre en el

campo inculto y sin ilustración, tanto más propicio será el ambiente para esas células perniciosas, ya que en ambientes que favorezcan sus designios, mayor probabilidad de existir y convivir se les presentará.

Mirando desde el sitio en que nos hemos ubicado dentro de ese cuerpo gigantesco, que es el hombre mismo, veremos que los átomos negros entran con gran facilidad por los oídos; ellos viajan en legiones formando los pensamientos del mal. Uno de esos pensamientos, que se utiliza muy a menudo, es el denominado «chisme». Lo vemos deslizarse blandamente por la boca, lanzado al exterior por medio de la lengua, que parece ser el vehículo que con gusto cumple esa función.

Siguiendo el orden de esta narración maravillosa, contemplemos a los átomos blancos en plena labor: unos, ocupados en alistarse en la elaboración de las ideas, no cesan en su trabajo constante de acumular energías allí donde el pensamiento requiere mayor atención para suplir el desgaste de las mismas por la acción incesante de su contenido; otros, entregados a la labor de policías, forman guardia en aquellos pensamientos que han de entrar en acción al primer llamado, para detener a los que, llegados de pronto a la mente, tratan de perturbarla alterando el orden interno. Mientras aquéllos obedecen a los sentimientos más puros y elevados, estos últimos responden a las tendencias pasionales e instintivas.

Volviendo, por último, de nuestra excursión, después de haber visto un organismo tan prodigioso y contemplado cómo actúan los obreros invisibles de nuestra constitución humana, meditemos sobre todo lo que nos sugieren tan trascendentes observaciones. En nosotros estará sacar de ellas las consecuencias útiles que puedan darnos un conocimiento más.

Montevideo, 25 de setiembre de 1939.

CÓMO SE MANIFIESTA EL ESPÍRITU DE LA CREACIÓN AL ENTENDIMIENTO HUMANO

Voy a hacer esta noche un estudio sintético de las causas que alejaron al hombre de las fuentes del conocimiento y, por consiguiente, de la felicidad que debía lograr en esta tierra. Sugiero que pongan mucha atención los que quieran extraer, de las palabras que han de escuchar, enseñanzas en extremo útiles e interesantes.

Dije y afirmé, en anteriores conferencias, que una de las cosas en las que nadie piensa es que todos somos súbditos de una Creación maravillosa, y que, en esa Creación Universal, está plasmado el pensamiento de Dios.

Ahora bien; si queremos conocer ese pensamiento, debemos comenzar por aprender el lenguaje de nuestra propia naturaleza.

La unidad de la Creación se mantiene por la comunicación constante de ese lenguaje entre todos los elementos que la forman, incluyendo en éstos al hombre; cualquier interrupción que se promueva alterará esa unidad, produciéndose como consecuencia la destrucción de los elementos que la perturban.

Todas las formas del lenguaje humano fueron tomadas de la Creación. Con su lenguaje, ella ha enseñado al hombre a hablar y a comprender cuanto le ha sido indispensable para su existencia, facultándole a la vez para construir imágenes mentales y plasmarlas en la materia.

Mas no contento el hombre con las prerrogativas que le ofreció la Naturaleza, en lugar de inclinarse preferentemente hacia los elementos de bien, que habrían de llevarlo al entendimiento con los demás seres humanos, optó por los del mal. Viendo que dentro de la Naturaleza existían fuerzas que obraban de una u otra forma, se consagró primero a ubicarlas y luego a extraerlas del misterio, utilizándolas ya para el bien, ya para el mal; ya para construir, ya para destruir, aunque, andando el tiempo, cada vez fue empleando más y más esos elementos para el mal.

Sobrevino la primera advertencia, al dividirse los lenguajes que utilizaban los hombres en diferentes idiomas y ocurrir lo que expresa la cita bíblica acerca de la torre de Babel. Así, el mal que unos pudieran conocer demoraría mucho en ser conocido por los demás; pero a su vez se perjudicaron, porque, por la misma razón, el bien demoraría también en llegar a todos.

De esta manera fueron los hombres desuniéndose, y puede decirse que, desde entonces, fue el diablo tomando forma.

El diablo es la representación de las fuerzas del mal; el que preside los actos del mal y está en todas partes, parecería que a semejanza de Dios. Sin embargo, no está por voluntad de Él, sino porque así lo quisieron y lo siguen queriendo los hombres. Conciérne, pues, exclusivamente al hombre la labor de destruirlo y alejarlo de la Tierra, constituyendo ésta una de las tareas más grandes que debe cumplir, precisamente porque él fue quien lo animó y, como es común decir, «le dio alas».

El mal preside todos los errores humanos, dado que es el que influye para que el hombre los cometa, siendo esto motivo de goce para el diablo. Su gran afán de divertirse y de reír prueba el desesperado intento del mismo por transformar su feísimo rostro en una agradable fisonomía, cosa de todo punto imposible, si se piensa en lo horrible de su figura.

La fisonomía humana es más agradable cuando ríe que cuando se enoja; de ahí, sin duda, que al diablo se le haya ocurrido que, riendo, podrá gustar más y ser más atrayente al género humano. Pero el que comienza a conocerlo y logra

encontrarlo dondequiera se oculte, no ríe con él, porque es muy abominable, desde que constituye la síntesis de todas las fealdades que puedan existir. Se asemeja al murciélago.

Bien; como venía diciendo, los hombres fueron apartándose, aislándose cada vez más los unos de los otros a medida que pasaba el tiempo; aunque vinculados por una serie de circunstancias, lo cierto es que han vivido completamente separados. Así es como se formaron las tribus, las naciones, y, dentro de cada tribu y de cada nación, se fueron dividiendo y subdividiendo los hombres; y aun cuando multitudes de aquí y multitudes de allá hablaran la misma lengua, terminaron por no entenderse y por vivir en una constante zozobra, ya que la incomprensión de unos y de otros provocaba la desconfianza, el desconcierto, la intolerancia y la guerra.

Si el idioma constituye el medio para un mutuo entendimiento, y, no obstante, los hombres no se entienden, lógico es pensar que ha de existir otro lenguaje que, estando por encima de los ya conocidos, haga posible dicho entendimiento. Ese lenguaje es el que volverá nuevamente a los hombres a la comprensión común, y a unirlos y auxiliarlos en todos los momentos en que sean atacados por el mal.

Proseguiré hablando de la existencia del diablo. Él estableció el separatismo; separó a los hombres entre sí para reinar. Es imprescindible no dejarse seducir más por su astucia y vencerlo con la energía que es necesario desplegar para ahuyentarlo del mundo.

La gran clave para destronar a ese monarca, que tan nefasto ha sido para la humanidad, no puede ser otra que la lucha de todos en estrecha unión.

Ahora bien; para que los hombres se unan, se requiere que exista algo que los vincule a una corriente de fuerza que proyecte energías; algo que sea capaz, primero en menor escala y luego en escala mayor, de vencer al mal dondequiera se encuentre. Ese algo debe constituir el ideal supremo; el ideal que ha de unirlos en una única e incontrastable aspiración.

Pero he ahí que el diablo ha poblado al mundo de diablitos, de diablitos rojos; de modo que cada uno debe trabajar para expulsarlos, comenzando por expulsar, para que la labor

sea eficaz, al diablo que lleva en sí mismo, o sea, echar fuera de su mente a los pensamientos del mal, que constituyen la descendencia del diablo; entonces podrá decirse, con fundada razón: «Al diablo con todo».

A menudo, cuando vuela la paciencia y no puede sostenerse por más tiempo una situación difícil, es costumbre dar todo por perdido, despreciando hasta lo que más se estimó, y decir: «¡Al diablo con todo!». Es como si el hombre se entregara derrotado. Cuánto más grande es poder expresar: «A Dios con todo», lo que equivale a depositar a sus plantas todas las realizaciones humanas, el fruto de todo lo que Él dejó a los hombres para que fuese utilizado con sensatez y les permitiera gozar, por los siglos de los siglos y por toda la eternidad, de los innumerales encantos de ese mundo de maravillas que se ofrece a la vista apenas se levanta el tenue velo que las cubre.

Podría asegurar que el hombre conoce de la Creación una ínfima parte y que de aquí mil millones de años no habrá llegado al uno por ciento de lo que ella representa y encierra. Por lo tanto, no os desesperéis y no penséis que las generaciones pasadas, que se encumbraron por sus conocimientos, lo abarcaron todo. Hay mucho, muchísimo que, hasta el presente, no ha sido descubierto; pero, como la Naturaleza contiene la Sabiduría de Dios, ésta se va manifestando a los hombres a medida que ellos avanzan dando un paso más hacia Él.

Pienso que habréis comprendido, ahora, el valor inmenso que tiene la unión por el signo de ese ideal descripto en la lucha contra el mal, por ser él, indiscutiblemente, el que se interpone a la mirada del hombre, impidiéndole descubrir los preciosos elementos que existen dentro de la Creación, elementos con los cuales podrá combatirlo con eficacia y exterminarlo totalmente.

Es ardua la tarea a realizar. Se trata nada menos que de privar al gran murciélago de su inmortalidad; de evitar que el diablo continúe haciendo diabluras en la tierra. Se trata de expandir por el mundo una nueva corriente mental, consciente y fuerte, que instituya una fe que, fecundada por la razón, no produzca nunca más los monstruos del fanatismo: la fe en la propia capacitación, traducida en una confianza serena en sí

mismo y en los demás. Esto sólo es posible mediante la acción continuada de los esfuerzos individuales en dirección hacia el ideal señalado valiéndose de los medios que la Logosofía pone al alcance de todos, como poderosos auxiliares.

Y volverá el día en que los hombres escuchen la palabra de la Naturaleza, y, comprendiéndola, se sirvan sin usura de todas sus riquezas, porque, repito, la Naturaleza contiene la sabiduría de su Creador; pero se brinda por entero al alma generosa y se oculta al alma egoísta.

Tratad, pues, de construir cada uno de vosotros, en silencio, en comunión con vuestras conciencias, la famosa varita mágica que ha de ir tocando a la Naturaleza allí donde exista un tesoro por descubrir. Esa varita, lógicamente, debe estar hecha con los conocimientos que se vayan adquiriendo. Sólo así volverá el hombre a experimentar las preciosas delicias de su comunión íntima con la palabra manifestada, con la voz del propio Dios, que habrá de escuchar, porque ya tendrá preparados los oídos de su entendimiento.

Y esto hará también que los tiempos se unan; esos tiempos en que el hombre ha existido sin vivir la vida conscientemente. Es necesario que algún día sean unidos para que los seres humanos puedan tener conciencia plena de su existencia; y no hay duda que entonces conocerán las leyes por medio de las cuales les será fácil descubrirla. A esto debo agregar que, habiendo llegado los hombres, aun los comunes, a tener ciertos conocimientos, es de admirarse que no se valgan de ellos para conocer cosas mucho más grandes, ya que todas las leyes tienen una relación muy íntima, y ellas, sólo ellas, determinan hasta dónde puede el alcance del hombre.

Pienso que todos habéis de aprestaros a la tarea de ir expulsando al diablo, es decir, a las fuerzas del mal, dondequiera se encuentren.

En la difusión del conocimiento logosófico, a través de la preparación corriente, va la obra de edificación moral, a la vez que de eliminación del mal; y éste debe ser combatido, como he dicho, dondequiera se encuentre.

Montevideo, 14 de diciembre de 1940.

EL CUADRO MENTAL Y PSICOLÓGICO QUE PRESENTA EL MUNDO

No puedo menos que manifestar la felicidad que siento al encontrarme nuevamente entre vosotros, rodeado del afecto de todos y del propósito común de continuar esta obra de bien, pese a las múltiples dificultades que habrán de presentarse en la marcha hacia el triunfo final.

Me habéis visto en otras oportunidades dirigiros la palabra, ya para preconizar el ideal logosófico, ya para vaticinar acontecimientos que luego aparecieron en el escenario del mundo como inevitables consecuencias de las causas que con antelación os señalara. Nos encontramos ahora atravesando uno de los más singulares trechos de la historia, y como las épocas se van sucediendo unas a otras marcando a veces rutas en el tiempo, es necesario tenerlas en cuenta para no extraviarse en los momentos de vacilación.

Toda obra grande requiere grandes esfuerzos, continuados trabajos, afanes comunes, cuya consistencia no es posible se manifieste con la rapidez que sería de anhelar, pues a medida que se vayan cimentando las convicciones individuales se irá uniendo en la comprensión y en el anhelo común el sentir de todos hacia un mismo ideal.

Hemos pasado —la Providencia lo ha querido— épocas de calma y de agitación, pero siempre en la paz del ambiente; mas vendrán días inciertos para la humanidad, tiempos

en que será menester estar muy seguros de sí mismos, para sentirse efectivamente como almas que viven y experimentan la realidad de la vida.

Os ha tocado, como a los demás humanos de esta existencia, atravesar una de las etapas más difíciles de la historia. Es la primera vez, os lo aseguro, que los elementos del mal atacan en forma directa la mente de los hombres. Parecería como si gozaran al observar las torturas mentales que está sufriendo gran parte de la humanidad. Puede decirse que mucho de lo que está ocurriendo proviene del descuido, del abandono casi total de los hombres en el sentido de superar su cuadro mental y psicológico; en el sentido de conocer las virtudes del espíritu y cultivarlas, a fin de elevar las condiciones de vida y colaborar en hacer mejor la existencia de los demás.

En tal estado de decadencia espiritual, la mente de la mayoría es presa fácil de los pensamientos del mal, los que invaden y someten a las mentes indefensas, incultivadas, que fueron creando a su alrededor ambientes ficticios y que, en muchos casos, llegaron hasta la más cruda extravagancia.

Son estos desvíos de la razón los que han producido tanta confusión y desorden en el mundo, arrastrándolo hacia un destino cruel al incitar constantemente, en el fuego de las pasiones humanas, no el despertar de la mente en el espíritu, sino de la mente en la materia. Pero esta situación no podía continuar; tenía que culminar en una detención del desenfreno de las pasiones optando por una renovación de conceptos básicos sobre la vida, o precipitarse los hombres unos contra otros movidos por ansias inconfesables de venganza y exterminio.

Si contempláis el panorama del mundo, cuyo aspecto principal es ofrecido por las reacciones mentales de los hombres que se hallan en los diferentes puntos del globo, y observáis sus efectos y sus repercusiones en la psicología de unos y de otros a medida que las grandes conmociones chocan, o, mejor dicho, hacen chocar las mentes de los mismos contra una realidad que, por cierto, estuvieron lejos de presentir, veréis que a la mayoría los toma de sorpresa, y por ello les es tan difícil sobreponerse a la sugestión del espanto

que en el ánimo común opera con tanta violencia, sea por el carácter inesperado de los hechos que acontecen como por la calidad atroz e inhumana de los mismos.

Lo he dicho en otra oportunidad, y lo puedo ratificar ahora, que si los hombres del Viejo Mundo hubieran detenido a tiempo esa desenfrenada marcha hacia el encuentro de una situación como la actual —la más horrible que hayan podido pasar en el curso de la historia—, y hubiesen emprendido una verdadera obra de renovación integral, hoy no presentaría el mundo este aspecto tan triste, tan macabro y siniestro en todas sus manifestaciones.

En nuestros días no todas las mentes podrán soportar el cataclismo moral, social y espiritual que está sobreviniendo en el mundo, porque no se hallan preparadas para ello. Las fuerzas de la inteligencia se han debilitado demasiado para poder resistir semejante transición, y el hombre no está en condiciones de comprender la magnitud de la misma.

He expresado en múltiples artículos que cuanto está aconteciendo no es más que el juego de diversos pensamientos que tomaron forma monstruosa atrapando a los hombres de uno y otro país, para luego estrujarlos con sus tentáculos insaciables; me refiero a los pensamientos que, absorbiendo primeramente la vitalidad intelectual de los hombres, hacen de sus mentes campo propicio para toda clase de idea extremista que se encuentra fuera de la realidad humana. Nada puede ser tolerado por una razón equilibrada como no sea aquello que presente aspectos de equilibrio. Todo lo que obstruya la marcha regular de la existencia, que presente caracteres anormales o atente contra la propia vida de los hombres, es rechazado por ella.

Os quiero decir con esto que, en un futuro no lejano, habremos de cruzar momentos difíciles; pero puedo aseguráros también que estaréis en mucho mejores condiciones que los demás seres, porque las dificultades que tendréis serán menores que las del resto de la humanidad, pues vosotros poseéis numerosos conocimientos que son eficientes elementos de defensa para neutralizar los efectos de la adversidad, que ya amenaza cernirse sobre este desdichado mundo. Por lo tanto,

será necesario fortificar día a día la mente con todos aquellos pensamientos que le ofrezcan mejor perspectiva para poder situarse dentro de este panorama que acabo de esbozar, sin que la afecten mayormente las alternativas que habrán de presentar las otras mentes.

No olvidéis que en estos momentos, y de un modo constante, es sorprendida la mente de los hombres por pensamientos de diversa índole, que se lanzan desde un punto a otro del mundo haciendo que los seres vivan en continua zozobra. Cuando la resistencia afloja y se debilitan las fuentes internas, se está entonces a merced de las circunstancias. Es menester, pues, enfrentar con valentía el instante en que vivimos y saber colocarse en la posición de hombre íntegro, es decir, de ser individual, responsable de sus actos y de sus pensamientos, y desechar siempre los moldes mentales que ofrecen los que quieren inducir al mundo a ser juguete de los únicos que se creen con derecho a ser libres y a esclavizar al resto de sus semejantes.

Yo preguntaría a los que pudieran tener algún pensamiento afín con aquello que ataca la libertad del hombre y la augusta soberanía del hogar, bajo qué signo y merced a qué prerrogativas pueden emitir sus opiniones, si no es bajo el signo y las prerrogativas de las naciones libres, de las naciones nobles, que saben escuchar sin irritarse a los mandatarios y al pueblo, mientras corrigen sus errores y encauzan sus destinos. Ya se ha visto, pese a todo, cómo los pueblos libres pueden sobrevivir a las catástrofes, porque saben defender por su propia cuenta sus hogares y su patria.

Por esto, la Logosofía vierte la naturaleza esencial de la vida de los pensamientos en el alma del hombre, que es la mente, que es la que respira el oxígeno vital del espíritu, la que amamanta la inteligencia, y la que hace que el ser humano conciba, perciba y compruebe que existe, que vive y que puede accionar.

Logra más el hombre que domina sus pensamientos, que los acondiciona a su voluntad y los maneja con inteligencia, que aquel que es juguete de los mismos y jamás es defendido por ellos. Pero logran infinitamente más muchas

mentes capaces de acondicionar con disciplina sus pensamientos, convivir con los mejores y establecer un vínculo permanente y eterno entre ellos; porque muchas mentes, es indudable, pueden más que una en este sentido.

Recuerdo que una vez alguien preguntó a un sabio si la humanidad se sumergiría en la ignorancia, suponiendo que algún día se destruyeran todos los libros que existen en el mundo. Y el sabio contestó: «Dos cosas son necesarias para reconstruir inmediatamente todos los libros que existen y que se hubieren destruido: la Naturaleza, que es el libro más grande que hay en el Universo, y una mente que perciba y pueda transmitir a los demás las imágenes que de ella tome. Las páginas de ese gigantesco libro son los días y las noches, que cada hombre da vuelta sin cesar mientras dura su existencia».

De modo que, mientras haya una sola mente en el mundo, ésta podrá reconstruir una, mil o un millón de veces cuanto el hombre pudo extraer de ese libro; pero lo que no puede reconstruirse más, lo que no puede repararse, es la transición de los que pasan bruscamente de la vida a la muerte física sin haber tenido la más mínima oportunidad de realizar el proceso de su existencia, que es ese gran objetivo que Dios dispuso como ley para los hombres. Por consiguiente, podrán reproducirse todos los caracteres que existen en el Universo, mas lo que no ha de animarse de nuevo es la vida humana cuando se troncha bruscamente. Pero dejemos que las leyes accionen sobre los culpables al determinarse las causas y las responsabilidades, y aprestémonos en tanto a edificar invulnerables muros mentales para que no puedan penetrar en nuestro interno ser las miserias del mundo, las lacras que vendrán rodando por los aires y los mares, los parásitos mentales propios de ese estado de descomposición en que se encuentra el Viejo Mundo, y que buscan nuevos puertos para continuar su obra destructora.

Vuelvo a repetir: si queréis conservar vuestra paz interna y no veros sorprendidos en un futuro por pensamientos de índole extraña a vuestra naturaleza, a vuestro sentir y a vuestro pensar, cubríos de todas maneras y estad siempre alertas.

En esta labor de evolución incansable en que estamos empeñados, ardua por cierto, debéis convenir conmigo en que es necesario duplicar los esfuerzos para que podáis colocaros rápidamente en un plano superior a aquel en que hoy estáis; cuanto más logréis elevaros por encima de las miserias que está padeciendo el mundo —me refiero siempre al orden mental en primer término—, más os distanciaréis de todo peligro y más lejos os sentiréis de ser presas del mal.

Mi mayor anhelo es poder un día encontraros a todos tras las nubes de la tormenta —cuando ella hubiese ya pasado—, sanos y salvos, intactos, para dirigiros nuevamente la palabra. Me sería muy triste notar la ausencia de alguno de vosotros, pues no podría ser completa mi felicidad si aquellos que conmigo marchan desde hace tiempo dejasen de escucharme y de convivir con los pensamientos que constantemente coloco a su alcance.

Cuanto os digo quiere significar que no debéis entreteneros en pequeñas cosas que desviarán vuestra vista del punto de mira. Es hora ya de que os preparéis lo mejor posible para estar en condiciones de sobrellevar con entereza todas las adversidades que puedan presentarse, haciéndoos de este modo dignos de disfrutar de un merecido triunfo al final de esta jornada. Para ello será necesario —repito— no descuidar un instante los movimientos de la mente. Diría que uno de los mejores elementos de auxilio que tiene el que está vinculado a la enseñanza logosófica para no verse asediado nunca por pensamientos extraños a su naturaleza y a su mente, es —como he dicho— trabajar. Cuando descanse, que sea el suyo un descanso reparador; descanso que jamás se convierta en ocio, porque el ocio es el espacio que utiliza el diablo para introducirse en la mente.

Quiero destacar que, si el descanso es reparador de las energías gastadas en la actividad, el trabajo es, a su vez, reparador de los debilitamientos ocasionados por la inercia mental. Conviene, pues, desde todo punto de vista, que la mente siempre esté ocupada en algo útil.

Ha de tenerse por conducta el desarrollo de una constante labor de adiestramiento mental, en el sentido de predisponer

el ánimo a sostener una resolución con firmeza y contrarrestar, así, todos los amagos de indecisión y pereza.

La paciencia ha de ser una de las virtudes que más debe cultivarse, por ser ella quien crea la inteligencia del tiempo.

Comprender el lenguaje del tiempo y obrar inspirado en sus consejos debe constituir una de las máximas aspiraciones del ser humano, pues el arcano que con ello se revela a la conciencia trasciende todos los límites de lo imaginado.

Para el hombre consciente, para el que sabe esperar con sensatez las cosas que son objeto de su preocupación, por más variadas y hasta adversas que sean a su agrado, deben seguir existiendo para su razón todo el tiempo necesario en tanto se vinculen a su vida y armonicen con sus aspiraciones, si éstas son justas y realizables. En otras palabras, las grandes obras, como las pequeñas, requieren su tiempo; pero he ahí que ese tiempo debe ser fértil y no estéril. En consecuencia, logrará merecidos triunfos quien persevera y no desmaya en sus afanes mientras obra con inteligencia, discreción y tolerancia.

Toda interrupción es perniciosa y compromete la eficacia de los medios honestos y útiles que se emplean, y, también, los resultados a que se aspire llegar.

En la misma Naturaleza, cuando se interrumpe un proceso se altera la armonía de sus combinaciones, se perturban las funciones de los elementos que intervienen en él y, finalmente, se malogra su manifestación, o sea, la resultancia del proceso. Y si esto ocurre exactamente en los seres más visibles de la Creación, no es admisible que, tratándose del hombre, exista una excepción.

El secreto está, pues, en la continuidad, en la no interrupción de las energías que se disponen para alcanzar un propósito que habrá de vincularse estrechamente a la vida. Nunca se logrará una culminación feliz si, en cualquiera de los estados en que se encuentre el proceso iniciado, se rompen bruscamente los hilos de conexión con la conciencia. Puede ilustrarse esta imagen en forma más gráfica si tomamos un ejemplo corriente, como lo es el del estudiante de derecho o de medicina que interrumpe sus estudios. No alcanzará, lógico es admitirlo, a terminar su carrera, desde que habrá malogrado el

proceso que debía llevarlo al término de la misma. Un hecho que se repite muchas veces y que evidencia esta tesis, es que todo aquel que cesa en sus empeños, hoy en esto y mañana en aquello, siempre se halla en los comienzos y no varía su posición aunque los años al pasar sacudan un tanto su altivez.

Los seres comprendidos en este cuadro jamás llegarán a conquistar nada, puesto que se lo impedirán la inconstancia y la imprevisión.

Deja de ser lo que eres —reza el axioma que sintetiza el mandato supremo instituido por la Ley de los Cambios— si quieres llegar a ser aquello a que aspiras.

Los más grandes éxitos obtenidos por el hombre en la conquista del bien han sido logrados merced a su perseverancia y a sus continuados esfuerzos en dirección al ideal perseguido.

La naturaleza humana es frágil. De ahí que el hombre deba luchar tanto contra sus propias debilidades, ya que éstas son, precisamente, las que le hacen ser inconsecuente, movedizo y poco amante de todo lo que le insuma algún esfuerzo continuado. Busca siempre el halago de los pasos inciertos, el azar con todos sus falsos reflejos, y no la realidad que le ofrecen los pasos seguros. ¡Cuántos se han extraviado en innumerables laberintos, lamentando después no haber seguido un camino recto!

Ahora bien; si observáis con alguna detención el cuadro psicológico-mental que presenta el ser común en general, tendréis, por una parte, que esa inestabilidad que se advierte en la mente humana es el producto o la consecuencia de la variabilidad de los pensamientos, y, por otra, el hecho de desconocer cuáles son sus posibilidades mentales y cuál la función real y específica que corresponde a la mente en el conjunto de su naturaleza y como parte sustancial de su existencia. Por ello, aquel que logra fijar la mente, es decir, estabilizarla para que no sufra más las continuas alteraciones a que la ha expuesto la ignorancia, y hace resplandecer dentro de la misma sus mejores propósitos, ha enfocado su mira hacia un destino mejor, lo cual, incuestionablemente, irá operando en su vida los cambios más notables que jamás pudiera imaginar.

En conocimiento de esto, ¿quién no se apresta a de-

jar ese destino mísero, señalado al que tiene de la vida los limitados y torpes conceptos puestos de manifiesto por su escepticismo y despreocupación? El hombre, que no ha sido hecho una bestia, no tiene por qué comportarse como un irracional. Algo extrahumano existe dentro del ser a quien Dios dotó de facultades que fueron vedadas a todas las demás especies del Universo.

No debemos, pues, ser ingratos con el Dador de ese supremo bien; y que al subir el último peldaño de nuestra existencia seamos dignos de exclamar con júbilo: ¡Hemos luchado y hemos vencido!

No es posible concebir que aquel que ha experimentado siquiera una vez la sublime sensación que concede al espíritu la comprensión de los conocimientos superiores, se sumerja luego en la nociva inercia mental, que tanto corrompe el ánimo y endurece los resortes del entendimiento, porque es, precisamente, en la comprensión del conocimiento que se asocia a la vida, donde el alma siente con mayor intensidad la inmanencia de Dios dentro de sí y en todos los puntos en que asome la inteligencia para descubrir un detalle de Su Magna Creación.

Montevideo, 8 de febrero de 1941.

LAS TRES EXISTENCIAS

Presentaré esta noche una enseñanza original, que no dudo habrá de despertar gran interés en el auditorio; es la que se refiere a las tres existencias que aparecen en la vida del discípulo.

La primera es aquella en que éste se recoge dentro de sí mismo para vivir su vida íntima; vida a la cual no es posible que pueda tener acceso nadie más que él, donde comulga con su propia conciencia y puede conversar consigo mismo sobre todo lo que más vivamente interesa a su vida.

La segunda existencia es la que está formada por el ambiente que propicia la Institución logosófica, en cuyo seno encuentra el discípulo un sinnúmero de elementos afines que tienen mucho que ver con su primera existencia, pues gran parte de los pensamientos que están dentro de él, se hallan también en los otros discípulos; y, lógicamente, al tomar contacto con ese medio dentro del cual deben actuar produciéndose el intercambio de pensamientos, él y todos los demás se benefician. De modo que, al salir de su propia existencia, de su mundo interno, el ser no encuentra ya el frío y la indiferencia del mundo exterior, como ocurre a la generalidad de las personas, sino este otro mundo que se le presenta a modo de transición hacia lo que constituye la tercera existencia. Es en esta última donde el ser vive en contacto con todo lo externo, y donde, por las circunstancias mismas que condicionan su vida, se ve constantemente precisado a desenvolver sus acti-

vidades; en otros términos, es en la tercera existencia donde se encuentra con todo lo que está fuera de sí mismo y de sus particulares predilecciones logosóficas.

Debe el discípulo, entonces, aprender a actuar en cada una de esas tres existencias no mezclándolas, no llevando a la tercera lo que vive en la primera, o sea en su mundo privado o íntimo, porque esto, siendo suyo exclusivamente, es lo que más debe cuidar para que nadie pueda introducirse en él. Cuando tenga que entrar en las actividades de la tercera existencia, que está completamente fuera de las dos primeras, deberá actuar de otro modo, contemplando cada circunstancia desde un punto de vista totalmente diferente a aquel en que se ubicó para la primera y segunda existencias.

En el hombre común, la segunda existencia tiene por campo el medio familiar, sus amigos; para el discípulo, repito, es el ambiente logosófico, que abarca el hogar, sus amigos y cuanto le rodea, vinculado directamente a sus pensamientos y afectos. Aquél, por lo general, mezcla su vida íntima con lo que corresponde a su segunda existencia, en la cual parientes y amigos hacen de sus cosas privadas una transferencia a lo externo, y donde cada uno vive apartado de su intimidad. De allí provienen luego tantas amarguras, tanto crujir de dientes. ¡Cuántos quisieran ir en busca de sus palabras para volverlas a ocultar dentro de sí mismos! ¡Cuántos quisieran volar para recoger sus pensamientos! Pero cuando éstos ya salieron de la primera existencia y los demás han hecho juegos con ellos, como si fueran esos aros que se tiran y van pasando de mano en mano, el atraparlos resulta entonces imposible.

He ahí cómo el hombre va eliminando de su propio ser lo que constituye sus valores más sagrados: la intimidad. Y no teniendo ya dentro de sí esa intimidad; en otras palabras, no pudiendo hallarse dentro de sí mismo, va en busca de lo que ha perdido, tratando de encontrarlo en los demás; mas ello no es posible, por encontrar cerradas las puertas, y, aunque logre introducirse, nunca se hallará mejor que en sus legítimos dominios, donde el ser vive acostumbrado a ejercer la propia potestad.

En los casos en que esos dominios son abandonados y sus

dueños ambulan como extraviados, acuden a ella huéspedes ingratos, pensamientos de toda clase, que la hacen suya, entrando y saliendo a cualquier hora y en diferentes direcciones. Es entonces cuando el ser ha dejado para siempre su propia identidad, porque se ha identificado con aquello que era completamente ajeno a su naturaleza y a ese hogar en el cual vivió feliz consigo mismo, o, por lo menos, cómodo de hallarse con algo que era suyo y que podía llevar con él, sin que se lo impidiesen esos pensamientos que conducen a todas partes, menos a donde el ser quiere ir, y que, al final, le inhiben de moverse porque suelen impedirselo gruesos barrotes de hierro. ¡Cuántas tragedias se encierran en los presidios, hospitales y otros muchos lugares donde, por lo general, consumen sus vidas los seres que han abandonado su hogar interno y hacia los cuales son llevados como cadáveres psicológicos a terminar allí sus días, recluidos, por ser dañinos para con sus mismos semejantes!

Veis, por tanto, que tienen una importancia capital las enseñanzas que os estoy dando, y fácil ha de seros comprender cuán necesario es aplicarlas con inteligencia a la vida para lograr ser cada día algo de lo que no se es, y para que, más allá, llegado el tiempo, cada uno de vosotros, al hacer un análisis retrospectivo, pueda decir con satisfacción: «¡Cuánto he mejorado!; ¡cuánto he avanzado!; ¡cuánto he realizado!», pues, por medio de ese análisis, podréis comprobar que ya no sois el de antes, aquel que, ignorando estas cosas, vagaba indiferente o sin darse cuenta, llevado por entes-pensamientos que vivían dentro de sí, sin conocerlos, sin saber siquiera que existían. Es allí, en esos momentos, cuando el discípulo, meditando, llega a la conclusión de que es un deber ineludible contribuir a que muchos puedan gozar de esta inmensa perspectiva que abre la Logosofía a todo el mundo, a todos los seres.

Y cuando la humanidad aprenda a vivir en cada una de las existencias a que me he referido y sepa el gran valor que tiene este conocimiento, con toda seguridad que se evitará muchas lágrimas, muchos dolores, porque habrá comenzado a vivir la verdadera vida. Viviéndola como ella debe vivirse, se comprenderá recién que la existencia no se reduce simplemente a comer y vestirse, o a ver películas cinematográficas.

Muchas veces he aconsejado consagrar todo instante que deja libre la labor interna a procurar que la enseñanza logosófica se extienda, se vincule a otras mentes, y espero que, con el esfuerzo en común, pueda ser advertido más tarde un resultado espléndido, resultado que anhelaría encontrar cuando vuelva a dirigiros la palabra.

Cada uno sabe lo que conviene a su ser interno, o sea, lo que tiene que formar parte de su primera existencia para enriquecer día a día su hogar interior y poder luego pensar en sus relaciones con la segunda existencia; a ésta, justamente, dedica una parte del tiempo que vive, y es en ella donde pasa casi todos sus mejores momentos, recogiendo elementos valiosos para su mundo individual.

En cuanto al mundo externo, cada vez que sea necesario actuar en él, habrá que pensar con serenidad sobre la mejor forma de hacerlo, buscando transmitir dentro de ese medio aquello que va formando parte del propio ser, pero sin dañar a ninguna de las dos existencias. Para ello existen las reservas mentales, y el discípulo debe tenerlas siempre listas para utilizarlas en caso necesario.

Las reservas mentales a que me refiero son aquellos conocimientos que ya os han beneficiado y que no los necesitáis más, pues fueron los primeros elementos con los cuales habéis ido operando dentro de vosotros mismos. Esto constituye las reservas que el discípulo debe tener siempre listas para poder actuar con discreción y éxito al auxiliar a sus semejantes.

Bueno será recordar aquí que, así como el hombre no puede seguir usando el andador que tan útil le fue cuando pequeño, razón por la cual debió cederlo a otros, al discípulo le sucede lo mismo con respecto a las enseñanzas: muchas le son útiles al principio para sí; pero después le son útiles para ayudar a los demás. Mientras, él va evolucionando, y a medida que va desarrollando sus fuerzas, toma otros elementos que necesita para continuar su desenvolvimiento.

Resulta de todo esto un estudio muy interesante, por el hecho de que cada discípulo puede identificar los elementos que le fueron provechosos en su comienzo y que son los mismos que debe tratar de brindar a otros seres. Es lógico que no

se ha de ofrecer a un bebé lo que puede utilizar un hombre, como tampoco es posible lo contrario.

Ahora os preguntaría: para ser grande, ¿qué se ha debido ser antes? Pequeño, sencillamente. En consecuencia, nada particular tiene que cada uno, para vivir conscientemente las tres existencias, deba comenzar por el abecedario, vale decir, por las comprensiones básicas que llevan al conocimiento de las altas concepciones logosóficas.

Ese abecedario es, justamente, el que con más cuidado ha de hacer conocer el pedagogo de la Logosofía. Me refiero al significado que esta ciencia atribuye a las palabras, el cual difiere, las más de las veces, del que se le asigna en el mundo corriente. Para poder hablar el mismo idioma y entenderse hay que explicar, a los que por primera vez escuchan la palabra logosófica, que cada una de ellas tiene un valor particular; esto facilitará en mucho el entendimiento de los que —como he dicho— oyen por primera vez las enseñanzas; pero si no se toman estas medidas, es decir, si no se establece primero un acuerdo sobre aquellos términos que tienen un significado especial para la ciencia que cultivamos, no será posible obtener éxito al transmitir las enseñanzas.

Como es comprensible, nadie escucha con agrado si se le habla en un lenguaje que no entiende. De donde se deduce que, a aquellos que se interesan por la enseñanza logosófica, lo correcto es empezar hablándoles de un modo familiar a sus entendimientos, vale decir, con palabras cuyo contenido esté al alcance de los mismos haciéndoles comprender luego que, sobre esas mismas palabras existen otras interpretaciones, substanciales para alcanzar el conocimiento de las enseñanzas logosóficas, las cuales, en modo alguno, les resultarán inaccesibles. Recién entonces es oportuna la explicación sobre la naturaleza de las palabras.

Una cosa muy cierta es que, para poder entender, hay que aprender antes el idioma que se escucha. Se puede asistir a una conferencia en chino, por ejemplo; oírla muy bien, y no entenderla. ¿De qué sirve, pues, el escucharla?

Quiero decir que no todo consiste en oír, desde que es necesario comenzar por entender y comprender el idioma

que se escucha. Y si luego sobreviene aún el análisis de las palabras, agrupando cada una en los pensamientos que ellas mismas sustentan, se advertirá cómo ese idioma se transforma en lo interno; es más, ya no será idioma, serán entes animados, es decir, pensamientos que obran bajo la inspiración de la inteligencia y con los cuales es factible entenderse mejor, si todos son dirigidos por la propia razón, que sabrá elegir los buenos y expulsar los malos.

Bien; cuando dejéis el andador psicológico y empecéis a caminar y a ver que día a día vuestra fuerza es mayor, y que vuestra mente se abre y entra en ella la luz con más vigor, entonces ese idioma se irá transformando dentro de cada uno de vosotros, y recién será cuando percibiréis aquello que he dicho en una conferencia dada hace poco en Buenos Aires. Percibiréis, en efecto, algo muy grande: la diferencia que existe entre el Verbo y la palabra. Esta es aislada; el Verbo, en cambio, es el conjunto de todas las palabras que se identifican entre sí, y que provienen de un mismo origen. De ahí que se identifique el Verbo con todas las palabras que lo integran. Cuando las palabras son aisladas, vale decir, cuando carecen de un contenido uniesencial que las identifique, no constituyen el Verbo, pues no provienen de una sola y única fuente. El Verbo genera constantemente palabras, hermanándose todas entre sí. Por eso se las reconoce dondequiera se lean o escuchen.

Las palabras son hijas del Verbo cuando están unidas y son de la misma naturaleza.

Córdoba, 9 de febrero de 1941.

SOBRE ÉTICA LOGOSÓFICA

Antes de comenzar el tema sobre el cual hablaré esta noche, quiero haceros presente la importancia de los estudios presentados en mis conferencias anteriores, por estar estrechamente relacionados con el que motiva la exposición que voy a hacer a continuación.

Es necesario que hagáis un repaso de cuanto la Logosofía ha dicho o expresado hasta aquí, a fin de vincularos más íntimamente a la enseñanza. Muy pronto observaréis cómo reverdecen vuestros ánimos y os fortaleceréis adquiriendo mayor vigor; pero es imprescindible que ese estudio vaya acompañado por una atención constante sobre la conducta de cada uno; que no se altere jamás el equilibrio que debe existir entre los conocimientos que se integran a la vida, o sea lo realizado, y las consecuencias favorables y benéficas que debe tener una manifestación siempre ascendente; vale decir, que al estudio ha de seguir la práctica, la realización, computando siempre la extensión del conocimiento con la extensión del progreso alcanzado merced a la aplicación del mismo.

No ocupéis vuestra mente en cosas que no constituyan un elemento útil para esta labor que os encontráis efectuando. Cuando ella está en plena evolución se halla en paz, tranquila, y el corazón feliz, mas cuando hay alteraciones que obstaculizan el desarrollo del proceso interno, cuando la evolución merma en su avance, sobrevienen las agitaciones mentales, las incomprensiones, la desorientación.

Esta es una institución eminentemente experimental y práctica; en ella se recogen, merced a la observación constante y a la experimentación, muy valiosos elementos para los más altos juicios del entendimiento. Pienso, pues, que cada uno de vosotros sabrá situarse en el lugar que le corresponde como digno colaborador de esta obra, utilizando la enseñanza, al igual que la más poderosa arma, para defenderse de toda acechanza externa e interna de los pensamientos del mal. Estad siempre atentos y, como dije otras veces, conservad en todo momento vuestra serenidad hasta lograr una amplia integridad. Que nada ni nadie sea capaz de destruir los conceptos que con vuestro juicio habéis cimentado ya dentro de vosotros. Sed capaces de conservar intacto todo lo bueno que poseéis y aquello que os es útil y os auxilia, para marchar firmes y unidos hacia la conquista del saber.

Quienes no son capaces de defender lo que han considerado justo y bueno, son muy frágiles y se quiebran cuando la más leve brisa hiere su sensibilidad. Estos serían los formados con la mala arcilla, puesto que no sería verdadero en ellos lo que no tiene consistencia alguna. El buen soldado jamás abandona su puesto, porque se ha encarnado en él la suprema consigna del honor en la lucha.

No todos los que participaron de los procesos que han existido en la humanidad fueron capaces de continuar firmes hasta la conquista final, y se ha visto, por ejemplo, cuán grande fue siempre el egoísmo humano en aquel que se desviaba y apartaba del núcleo al cual estaba hermanado, al tratar, instigado por pensamientos que le llevaban hacia extraños destinos, de producir claros en las filas para que otros sucumbieran con él y se hiciera así menos evidente su fracaso.

Infinidad de veces he levantado a los que se debilitaban en el camino; hasta los he llevado en mis brazos; les he dado vida y fuerza en una y otra oportunidad; pero también debo obedecer a las mismas leyes que hago conocer y a los mismos principios que dicto, y cuando se ilumina a mis ojos el axioma que determina una ley o un principio, soy el primero en acatarlo y respetarlo. Para el caso es oportuno citar éste: «La tolerancia termina cuando comienza el abuso». Van en-

tonces los últimos consejos al que ya no quiere caminar, no por falta de fuerzas, sino por mala voluntad y porque otros pensamientos detienen su marcha.

Conozco a los hombres porque conozco sus mentes, y cada vez que me ha tocado combatir a aquellas que, extrañadas, pretendieron destruir mi obra, observé que mis adversarios tenían la mirada turbia, la frente rugosa, y siempre temían recibir lo que ellos mismos hacían para otros.

Mi palabra es constructiva, y cuando no descubráis en la del semejante el eco de esta vida que va en las mías, estad atentos para no ser sorprendidos y comportaos dignamente.

Jamás he mezclado en mis enseñanzas el nombre de nadie para disminuirle. Quien haga lo contrario mala es su mente y peores sus intenciones.

Me he ocupado muy especialmente de llevar a las mentes el conocimiento de las altas verdades logosóficas, cuyo beneficio inmediato se ha evidenciado tantas veces en quienes cultivaron, con el auxilio de las mismas, su propio espíritu. No soy un filósofo de los que vienen o han venido de países extraños a dictar cátedra, mencionando lo que uno y otro dijera, sin ocuparse de las necesidades que reclaman las almas que escuchan, a las que no dejan una migaja con que saciar sus ansias de saber. Mi cátedra se dirige principalmente a colmar las necesidades internas, a disipar las tinieblas que dificultan la buena comprensión mental y hacen más arduo el camino. Mis consejos son focos de luz, y todo el que utiliza honestamente mi enseñanza jamás queda defraudado. Esto se halla en la conciencia de todos, porque nadie puede negar su virtud ni su valor, y porque nadie ha osado jamás poner en tela de juicio una sola letra de cada enseñanza, cuya fuerza expresiva y convincente basta para disipar toda sombra de duda.

¡Cuán triste sería para mí que en un mañana, si no estuviera yo en este mundo, no fueseis capaces de representarme dignamente y ser los conductores invencibles de esta enseñanza llena de verdad y de vida, que a todos ofrece tan bella oportunidad!

No comprendo, discípulos, que pueda existir entre vosotros alguien capaz de ser perturbado por el más simple

elemento extraño, y que, en vez de situarse dentro de sí mismo y pensar en lo que es y en lo que tiene, se deje sorprender por la astucia de pensamientos temerarios.

Siempre ha sido llevada mi prédica hacia la mente humana con el máximo de paciencia y afecto, a fin de que se comprenda que cada cual debe ser dueño de sus pensamientos, cuidando de no entregar su mente a los que pretendieran hacer de ella un juguete o instrumento de sus audaces sugerencias o extraviadas ideas. ¿Qué concepto podría merecer aquel que así no lo hiciera? ¿Qué confianza podría dispensársele? ¿Qué aprovechamiento habría hecho de mis enseñanzas sobre defensa mental?

Yo enseño y enseñaré hasta el fin a los que persiguen buenos propósitos, a los que, después de experimentar los beneficios de la enseñanza, la adoptan para alcanzar los altos objetivos humanitarios y de bien que contiene; pero no podría hacer lo mismo con los que pretenden servirse de ella para fines egoístas, mezquinos y utilitarios, porque sería una negación imposible de admitir.

Pienso que todos vosotros venís aquí porque encontráis el bien, la paz y la luz del conocimiento, y a la vez contribuís para que esa paz y esa armonía sean permanentes. Sed, pues, sus guardianes perfectos, aprendiendo a ser buenos luchadores para que nadie pueda perturbarlas. Buscad siempre llenar los vacíos que deja el mal con cuanto bien seáis capaces de aportar.

Un obstáculo puede ser insalvable para uno, mas no para muchos. Un gran tirante de hierro atravesado sobre un estrecho camino difícilmente será apartado por dos manos solas; habéis visto siempre, en estos casos, que es necesaria la cooperación de muchas para apartarlo y proseguir la marcha.

Allí reside el secreto de la colaboración. Puede exceder el obstáculo al esfuerzo personal, pero debe existir la convicción de que ese obstáculo será eliminado con la colaboración de todos. Por eso dije ayer que cada uno debía, utilizándola siquiera una vez para algo útil, escribir en el cielo, con su imaginación, la palabra «servicio». Aquel que nada hace, que siempre encuentra peros para justificar su inconducta, su negligencia o

su mala voluntad, no ha de hallar nunca más que el eco de la realidad que le responde invitándolo a cambiar.

Vosotros, los que en múltiples circunstancias me habéis escuchado, sabéis por experiencia cuánto bien recoge el alma que sabe conducirse, y cuántas agitaciones y desasosiegos debe soportar cuando no se comporta como las prácticas del bien se lo señalan.

Jamás pido a nadie que me diga quién es ni de dónde viene; no miro si es blanco o negro, si es bajo o alto, si es grueso o delgado. Recibo a todos por igual y a todos brindo el conocimiento de altas verdades, fecundas y grandes. He ahí cumplido el hacer bien sin mirar a quien. Mas no por eso descuido la Ley de Caridad, que señala mirar a quien se hace el bien, vale decir, observar si el ayudado hace buen uso de esa caridad. No miro, pues, a quien, siempre que haga buen uso del bien recibido. Este es el sentido de la frase. Al que ofrece su servicio a los demás, al que se conduce dignamente y sabe hacer buen uso de la enseñanza, a ése ayudo sin mirar quien es.

Os he explicado, discípulos, el sentido de esta frase, que muchos han interpretado en el curso de los siglos tan erróneamente.

Proseguiré refiriéndome a algunos aspectos interesantes que surgen de las actividades de los pensamientos.

Ocurre en la mente humana, especialmente en las de los que siguen con marcada atención los estudios logosóficos, que al aprender a conocer los pensamientos y acostumbrarse a convivir con los mejores, llegan a familiarizarse de tal modo con algunos de ellos que se produce casi una especie de automatismo mental; es la confianza que se dispensa a los pensamientos que tan familiares han sido y a los que se les da cierta autoridad para que actúen dentro de la mente, sin que ello sea motivo de mayor preocupación para el ser, debido a que se ha habituado a observar la conducta de esos pensamientos y los buenos resultados de su actividad.

También existen otros pensamientos que, sin tener gran actividad dentro de la mente, concurren a ella, ya en calidad de elementos secundarios en los mandatos de la inteligencia, ya para distraer gratamente al corazón. Pero acontece que

llega un momento en que el ser advierte la ausencia de uno de ellos y lo extraña, notando que ese alejamiento de la mente ha hecho que cada vez fuera mostrando otra fisonomía. Le causan desagrado algunas insinuaciones que hace, y, como reacción natural de defensa, lo observa y vigila. Poco a poco deja de serle familiar; le resulta extraño cuando concurre a la mente, y viendo que no se comporta como antes, que no se ubica en el núcleo de los pensamientos afines, opta por apartarlo no dándole más cabida en ella, pues su desvinculación y quizá su contacto con otros pensamientos de diferente naturaleza le fueron haciendo cambiar hasta parecerse a ellos. Es curioso observar cómo ese pensamiento llega a pretender de los demás la misma estima de antes, el mismo concepto, el mismo afecto, mientras él comenzó por retirarlos.

Esto acontece en la mente humana —como he dicho— y es dado apreciarlo con mayor nitidez en la de los discípulos que tienen ya cierto dominio sobre la acción de los pensamientos, que los conocen, y que, al convivir con ellos, saben lo que cada uno reporta a los fines de su evolución o aun a los fines de la conservación de su conducta, de su moral y de su honor.

Cuando esto ocurre —y lo digo porque puede acontecerle a muchos de los que todavía no conocen la vida de los pensamientos—, suele a la vez ocurrir que, por consideraciones erróneas, se llega a sentir lástima de desprenderse de ese pensamiento que —repito— ya constituye un elemento extraño y corrosivo dentro de la mente. Y es aquí, justamente, cuando éste aprovecha para infiltrar el sutil veneno de sus intenciones. Trasladando estos movimientos a la vida de los seres, puede suceder también que, dentro de un núcleo de personas, se produzca el mismo caso.

Lo anterior os da la pauta de la importancia que tiene el discernimiento y lo necesario que es para no sucumbir jamás por descuido, por inadvertencia, en brazos del mal, del engaño.

Es mi deber alumbrar siempre el camino, y, sobre todo, proyectar luz diáfana sobre las sombras temerarias.

Dije una vez que fijar la vista sobre quien no podía sostener la mirada a la altura de sus ojos malo era para él. Por ello es que al mentiroso hay que mirarlo fijamente, atentamente.

Se verán sombras en sus ojos y, a través de ellos, un eclipse en su mente.

¡Cuánto valor tiene la palabra que precave del peligro y que, de quererlo, inmuniza también contra él!

Es un hecho muy probado en la observación reiterada que realizo sobre las mentes, que aquel que escucha un mal pensamiento, que escucha una injuria dirigida a otro es porque tiene en sus oídos pensamientos afines; es porque dentro de él, dentro de su mente, está la injuria, y ¡cuánta vergüenza no ha de sentir un ser que se cree justo o noble, verse convertido en triste vehículo del mal, del vejamen o de la mala intención! ¡Cómo se advierte la pérdida de toda pureza, de todo pundonor, cuando la humillación hace presa de un hombre y lo transforma en un ser bajo y vil!

Alzaos, pues, por encima de esta débil condición humana y grabad bien mis palabras en vuestras mentes; llevadlas a vuestras conciencias, que ellas tienen siempre una misión que cumplir. Si las valoráis, si comprendéis lo que significan para vuestras vidas, y vuestra conciencia reclama mi presencia una y otra vez para que os brinde el bienestar que produce la palabra del conocimiento, os comportaréis como buenos discípulos y no haréis nada que contraríe el anhelo íntimo de cada uno de vuestros corazones, haciéndoos merecedores de que vuelva a estar con vosotros derramando esta luz y este bien, tan necesarios en estos momentos en que el mundo parece desplomarse vencido y derrotado por las corrientes del mal.

Buscad siempre el refugio de vuestra intimidad antes que utilizar malos pensamientos como consejeros, y buscad también, como aliciente y estímulo, el calor de la enseñanza, el calor de este ambiente de estudio y perfeccionamiento. Sed obreros conscientes de esta obra y no ubiquéis jamás vuestros pensamientos fuera de la mente para no ser atrapados por los vampiros del ambiente mental externo. Sed unidos, y que esa unión represente el símbolo de vuestra felicidad.

Ya dije un día que, en el Viejo Mundo, esos inmensos pensamientos-forma que absorbían naciones enteras chocaban entre sí convertidos en monstruos del espacio, en monstruos mentales, en egrégos insaciables que buscan el

exterminio de la especie humana. ¿Por qué, entonces, descuidar lo que tan caro debe ser para la conciencia de cada uno? No soñéis jamás quimeras, discípulos; id constantemente en pos de toda realidad, para acercaros a ella con la seguridad de no perderos en los laberintos de la ficción.

Montevideo, 21 de marzo de 1942.

ALCANCES DEL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO EN EL PROCESO DE SUPERACIÓN

Voy a tratar hoy algunos puntos que considero de vital importancia para el desenvolvimiento regular del proceso de realización en el esfuerzo de superación integral que propicia la enseñanza logosófica en cada ser humano. Siempre advertí que asignaba un valor imponderable a este proceso, al cual debía dedicársele la mayor atención, puesto que nada ha de expresar con más claridad y elocuencia al entendimiento su ingreso efectivo al plano de la evolución consciente, como los adelantos que acuse la obra constructiva que se está realizando dentro de sí mismo.

La tarea de perfeccionamiento debe abarcar la existencia íntegra, ya que es obra eterna y la más preciosa que el hombre puede ejecutar. Tanto como se avance en ella será dado beneficiarse y contribuir al progreso de la civilización humana.

Y siendo así, siendo que el empeño ha de sustentarse en el estímulo constante que proporciona el aumento de saber, cuyo atesoramiento enriquece el alma y satura la vida de inefable felicidad, no habrá de pensarse jamás que ha de faltar el aliento que permita no desmayar en los momentos álgidos de prueba o en los temerarios arrojados del pensamiento, en sus luchas por la conquista del ideal que le disputa la adversidad.

Para triunfar en todos los trances difíciles que se deban afrontar, es necesario que exista un equilibrio entre los alcances de aquello que cada uno se propone realizar y el contenido de los conocimientos que se han ido forjando en lo interno del ser; ello habrá de determinar con mayor precisión las fuerzas con que se puede contar y la consistencia del estado mental, el que debe estar firmemente apoyado por la certeza de la regularidad con que se desenvuelve el proceso interno.

No se debe olvidar —vuelvo a insistir— que las flaquezas del ánimo provienen del quebrantamiento de la moral o del pronunciado debilitamiento de las fuentes internas de producción de las energías vitales del ser. ¿Cómo, pues, habrá de pretenderse sacar de esas flaquezas la fuerza para realizar una labor que tendrá que demandar, lógicamente, como precio, el empleo de energías que sólo encuentra aquel que realiza un proceso regular y firme?

El proceso interno debe cimentarse con profunda convicción y con un arraigo cada vez mayor en la conciencia de que la verdad que un día se manifestó como gran objetivo no habrá de convertirse en un engaño, en una mentira. La conciencia necesita tener del ser tal seguridad para no sufrir las consecuencias de su anulación cuando la razón se ciega y la luz del entendimiento se esconde para que los ojos no vean. Es por esto que tanto recomiendo al logósofo que se vincule íntimamente a la enseñanza, cada día y cada hora, con la mayor consagración posible.

De no ser así, no podrá tenerse la certeza de que todos aquellos conocimientos que están estampados en las páginas de la voluminosa bibliografía logosófica, como los que he dado en múltiples conferencias y circunstancias, se encuentran dentro de sí, pues al observar la inseguridad de los pasos en el trayecto que se recorre, será posible advertir que esos conocimientos no han sido asimilados sino en una ínfima parte; que la enseñanza no ha sido aplicada tal como se expresa a la conciencia de cada uno; que esta falta de realización ha traído por consecuencia el debilitamiento de la voluntad y también la desorientación. Pero si se tiene en cuenta, como señal permanente, que el objetivo primordial

de la aspiración como ideal de superación debe constituir la máxima preocupación íntima, fácil será aumentar el caudal de la proporción asimilada por la extensión del dominio que se sienta afirmar dentro de sí y la capacidad siempre mayor para entrar a fondo en los nuevos campos de actividad que el mismo ser aproximará a sus posibilidades.

La vida debe llegar a comprenderse en su esencia para que puedan cumplirse los designios de su sublime finalidad. Desgraciadamente, la casi totalidad del género humano no sólo desconoce esa esencia sino que da muy pocos pasos por conocerla, o ninguno. De ahí que cometa tantos atentados contra su espíritu e infiera tantos agravios a su naturaleza y a lo que representa la razón de ser de su existencia.

Nadie sospecha siquiera que los sufrimientos, como las faltas y los errores, son jirones de vida que se desprenden del ser. Me refiero a la vida inteligente del alma, que, en esos casos, suele ser interrumpida por los desgarramientos del dolor, la tristeza o el sobresalto de la responsabilidad. No podrían coincidir ni conciliarse las horas que respira el entendimiento en plena función normal, con las que reclama un brusco cambio en el estado espiritual y moral. Se entiende que no se trata de la vida vegetativa del cuerpo, pues aun cuando repercutan en él las conmociones psíquicas, vive lo mismo en su función biológica. En cuanto a las alteraciones que esta función pueda sufrir, no afectan, como en el otro caso, a la conciencia del existir. Debe saberse que, a semejanza de las hemorragias fisiológicas, las del espíritu contienen vida, y que siempre, tarde o temprano, sus consecuencias hacen acto de presencia en una conjunción de pesares que —como hemos dicho— interrumpen e impiden por un tiempo que pueda continuarse el feliz desenvolvimiento de una vida ya en pleno fervor lúcido, o la continuidad de la misma en sus simples manifestaciones corrientes.

Estos accidentes —tan frecuentes en muchos y que a la larga combinan los hilos de un destino desventurado— son, repetimos, jirones que se desprenden de la vida natural del ser, al igual que el tiempo que se pierde sin vivirlo como debiera vivirse.

¿Cómo puede pretenderse entonces ser fuerte, si se carece de energía vital por efecto de tales debilitamientos?

He ahí por qué la Logosofía señala con particular insistencia la conveniencia de iniciar un verdadero proceso interno de evolución consciente, al ofrecer con ello el medio para reconstruir la vida. ¿De qué podrá valer el simple estudio de la enseñanza, si se olvida que ella debe ingresar a la vida en calidad de fuerza viva y activa?

En consecuencia, cada uno ha de buscar los fragmentos de vida que ha perdido mientras permaneció sumergido en la inconsciencia, ignorando las supremas ventajas del conocimiento; recobrarlos para sí, y, luego, ampliar la vida con el propósito de brindarla a los demás o disponerla en ayuda del semejante, a fin de que éste, a su vez, pueda encontrar la que le falta y sentir la integridad de la misma en su acepción más amplia.

En el mundo común sucede casi siempre lo contrario; muchos se unen para malgastar el tiempo, desarticulando la vida al llevarla de aquí para allá en frenesí incontenible, o asfixiándola en los antros del vicio. El mediocre, cuya ignorancia inhibe su entendimiento, vive durante un crecido número de años una existencia vegetativa, ignorando la vida preciosa que habría podido disfrutar si en ese lapso se hubiera ilustrado en conocimientos que, iluminando su inteligencia, le hubiesen concedido la dicha de enriquecer sus días con el oro purísimo y diáfano del saber.

Así, pues, prestad atención a cuanto he dicho, que encierra realidades innegables. Mientras todo corre normalmente por las vías paralelas de lo natural y lo lógico, todo es útil para el entendimiento y nada es inservible para su observación y apreciación; pero cuando la ficción quimérica y el absurdo aprisionan al entendimiento, la razón se eclipsa y todo resulta infecundo.

Montevideo, 22 de marzo de 1942.

LA LOGOSOFÍA ENTRAÑA FUERZAS CONSTRUCTIVAS

No es con un estudio frío y especulativo de la enseñanza logosófica como se logra extraer conclusiones de valor para la vida de cada uno. Ese estudio a nada conduce; la enseñanza es esencia viva que debe penetrar en la vida y fortalecerla, y, mientras el ser no se identifique con ella y ésta se convierta en norma invariable y guía de todos los momentos de su existencia, estériles resultarán los esfuerzos que haga con el fin de poseerla.

Haré, a continuación, una exposición clara de lo que la enseñanza debe significar para el ser.

Han existido en el mundo muchas teorías, muchas ramas llamadas del saber y sistemas considerados filosóficos, pero sólo tuvieron por objeto ilustrar al hombre sobre una cantidad de hechos o cosas que se pensaron ignoradas, sin que ninguno alcanzase a determinar una senda segura y real para su evolución.

La Logosofía cuenta al respecto con dos fuerzas poderosas que, al unirse y hermanarse, llevan al hombre a cumplir los dos fines de su existencia: evolucionar hacia la perfección y constituirse en un verdadero servidor de la humanidad. Una de esas fuerzas es el conocimiento que brinda a la mente humana; la otra, el afecto que enseña a realizar en los corazones.

La ciencia común carece de ese afecto, de esa fuerza; es fría y rígida, y a veces especulativa e intemperante, como en el caso de la filosofía; en cambio, la Logosofía es conciliadora. He ahí la gran diferencia y lo que explica por qué es capaz de realizar prodigios sobre el alma humana, que hasta parecen inconcebibles a quienes permanecen ajenos a tales posibilidades.

El conocimiento solo, sin el auxilio del afecto, se torna, en lo que respecta a su contenido específico, frío e insensible para la mente humana. La Logosofía produce, justamente, la aleación perfecta de esas dos fuerzas: la una, estimulando poderosamente la inteligencia, la otra, fortificando en alto grado los sentimientos del hombre. Esto es lo que contribuye a aliviar las arduas horas de trabajo, pues mientras el estudio, la investigación y la realización pueden producir alguna fatiga, la fuerza del afecto las mitiga y las suaviza, y, unidas, mantienen vivo el entusiasmo que cada uno alienta en lo interno de su ser.

La ciencia logosófica es muy amplia; abarca todo cuanto existe. El ser no puede substraerse a su influencia, que es la influencia de la misma Creación haciéndose presente en las manifestaciones mentales del hombre. Estamos viviendo en un mundo en el que, si bien fue hecho para los humanos, muy pocos adaptan sus condiciones a la especie de la cual forman parte. Los civilizados, en su categoría de tales, son los que más dignamente la representan, pero sin haber alcanzado aún las excelencias que deben patentizarse en el espíritu humano.

La Logosofía ha venido a humanizar al hombre, a darle una nueva y amplia visión de su existencia y a ponerlo en el camino de las grandes realizaciones; mas para ello hay que crear muchas defensas internas; llegar a ser valiente frente a todas las circunstancias adversas, y a saber que la lucha es ley de la vida, debiéndosela enfrentar una y mil veces, no con inseguridad, sino con plena conciencia de que es ineludible.

Para que el hombre pueda lograr su más alta finalidad, es menester que luche, sabiendo hacerlo; así es como podrá alcanzar esos triunfos que tanto fortalecen el espíritu e inmunizan la sensibilidad contra todas las perniciosas agresiones de lo externo. Es necesario también que sepa ubicarse siempre con la mayor discreción tanto dentro de sí mismo como en los ambientes que frecuente, procurando no situarse nunca donde

no le corresponde. Hemos visto a muchos, y muy a menudo, ocupar posiciones imaginarias, creerse lo que no son, inflarse de vanidad y perjudicarse luego, cuando la realidad los hace descender de su falsa posición. De ahí que el hombre sufra a veces enormemente por esta causa, llegando hasta el extremo de pensar que lo que le acontece es injusto, por cuanto no se detiene a objetar su propia conducta y a reconocer en sí mismo el origen de sus fracasos.

Aquel que manifiesta ser muy grande debe probar que lo es. Y si esa estatura moral y mental es falsa, ya se encargarán de ponerlo en su lugar las piedras que de todas partes le serán arrojadas para voltearlo. Muchos son los que tienen que achicarse ante los más leves peligros; ello ocurre porque no son grandes, sino pequeños con pretensiones de grandes.

La Logosofía quiere que cada uno crezca y sepa ser firme, no inestable o voluble y expuesto a todas las eventualidades. Para esto es preciso someter la propia vida a un severo entrenamiento, a una constante práctica del conocimiento que anima esta enseñanza, a una observación sistemática de todos los hechos y las cosas, para que nada afecte el equilibrio interno.

Una de las causas que más dificultan la evolución consciente del ser es la personalidad, con su característico estiramiento egotista. El hombre ha nacido para ser algo más de lo que es, y, para ello, es indispensable que él mismo sepa constituirse en un hombre verdadero, en un ser que honre a su especie y sea para los demás un ejemplo de virtudes cuya realización superior resulte inobjetable.

La mente no debe entretenerse jamás en pequeñeces, que le roban el tiempo; ha de alzarse el entendimiento por encima de lo vulgar y enfocararlo hacia todo lo que sea importante y merezca ser observado; en resumen, hacia donde pueda descubrirse algo con qué enriquecer el acervo interno a medida que las observaciones se hacen más profundas y asumen contornos mayores.

Hemos visto que existen en el mundo común una cantidad de tipos psicológicos iguales, de idénticas características, como si estuvieran hechos en series. Así, por ejemplo, están los crédulos, que todo lo admiten sin razonar, y los incrédulos, que, razonando o no, nada admiten; los acentuadamente

egoístas, los charlatanes, los jugadores empedernidos, los serviles, los necios, los discutidores y muchos otros. Naturalmente que en los tipos comprendidos en cada serie existe todavía una variedad inmensa que distingue a uno de otro.

Pues bien; la Logosofía trata de crear nuevas series de tipos psicológicos, con mentes adiestradas, que, eliminando las características negativas, pongan de manifiesto las altas calidades latentes en el ser. Es una tarea grande, en verdad, la de dotar a la mente humana de los elementos necesarios para que sea una realidad la existencia de estos nuevos tipos psicológicos, altamente superiores a los comunes en inteligencia, en moral y en sentimientos. Sin embargo, es dable observar ya cuántos cambios ha operado la enseñanza en el alma de muchos, quienes habrán de perfilarse luego como señalados ejemplos de su poder transformador.

El conocimiento logosófico va dirigido a la mente, porque es en ella donde se elaboran los elementos con que cada uno ha de actuar en sus diversos campos de acción; donde se desarrollan las energías; donde se orienta la vida; donde se facilitan a la razón todos los recursos para que juzgue, y de donde se llevan al corazón todas las satisfacciones que experimenta el hombre cuando comienza a saber, a saber en verdad. Es como si surgiera en lo interno del ser una nueva vida extraída de las profundidades mismas de la vieja vida, ya que experimenta la inmanencia de algo superior a él, de algo que se identifica con su sentir y, al mismo tiempo, se transparenta en su propia conciencia como una esperanza larga e íntimamente concebida.

La vida humana no puede jamás circunscribirse al simple hecho de existir, porque entonces sería similar a la vida vegetativa de los animales; ella tiene una misión que cumplir, y es la de superarse, conquistando palmo a palmo los tesoros que la Sabiduría Universal guarda en su seno y ofrece a quienes son dignos de poseerlos, es decir, a quienes avanzan hacia ellos dignificándose y mostrando la regularidad de un proceso conscientemente realizado. Sólo así podrá merecerse la gracia de obtenerlos; sólo así se inspirará confianza a la fuerza misma que ha de prodigarse en el ser como premio de esa Sabiduría. De ahí que la Logosofía advierta siempre que

no hay que traicionar a esa fuerza, pues quien lo hiciera sería irremisiblemente rechazado por ella.

Cuando por falta de conocimientos el hombre no es capaz de comprender ciertas desgracias que acontecen a sus semejantes, experimenta dentro de sí un gran sufrimiento; ello se debe a que no tiene defensas internas que lo inmunicen contra el mal, que, así como llega a los demás, puede llegar hasta él. Precisamente, la acción vital de la Logosofía consiste en enseñar a todos a ser conscientes de su propia existencia, para que no vaguen como sombras por el mundo, a merced de las mil circunstancias adversas que continuamente acechan por doquier. Quien se dedique a su estudio debe ser listo y estar atento a todos los movimientos que ocurran en su derredor; debe saber fijar una norma en sus actuaciones y no olvidar jamás que ha entrado en una actividad que para él tiene que constituir el todo de su vida. De esta manera logrará que se produzca en ella un notable cambio, por la acción misma de los pensamientos que ha ido ordenando y disciplinando.

Si cada uno se afirmase en esta concepción y mirase la vida como un campo experimental, acudiendo a él con decisión, con plenitud de fuerzas, encontraría que esa vida le ofrece infinidad de motivos que observar, para aprender y llevar a su acervo interno conocimientos que le servirán de mucho en sus actividades diarias. Malo es cuando la mente se distrae, y, relajándose la voluntad, se entrega a la inercia, dando lugar a que penetren pensamientos que la perturban o la llevan por otros caminos. Nada puede realizar el ser cuando no afirma dentro de sí la voluntad de imponer su decisión en una constante actividad, hasta lograr lo que se propone.

Al principio, es el estudio simple de la enseñanza logosófica lo que conviene a cada uno; sigue a esto la obtención de los conocimientos, y, luego, el modo de aplicarlos a la vida para que ellos la fecunden. Esta es la enseñanza viva, la palabra que no hiere nunca y que, pasando de unos a otros, establece una comunión de sentimientos, de pensamientos y de anhelos, originando todo un movimiento capaz de alcanzar vastas proyecciones.

Para que esta aspiración de todos los que cultivan el conocimiento logosófico sea una realidad, debemos difundir

con mayor empeño cada día el pensamiento que lo anima, a fin de que se sumen a nuestros esfuerzos muchos más, tantos que nuestra verdad llegue a ser familiar en todas partes. Así podremos ver, un día no lejano, cómo se vive y se siente esta nueva enseñanza en millares de hogares que la habrán adoptado por los innumerables beneficios que de ella se reciben.

Hasta que esto se convierta en una realidad, hemos de trabajar infatigablemente. Ningún otro interés nos guía que el de consagrar nuestras vidas al servicio de la humanidad.

Rosario, 25 de octubre de 1942.

POSIBILIDADES HUMANAS EN LA REALIZACIÓN DEL PENSAMIENTO

Antes de dar comienzo a esta conferencia, quiero significaros que, siendo mis palabras sencillas, candorosas, suaves y frágiles, las tengo acostumbradas a vivir en un ambiente de recogimiento, de silencio; de modo que, cuando las pronuncio, necesitan ese mismo ambiente para que se manifiesten vigorosas, llenas de vida y se presenten al espíritu de todos con plena claridad. Vuelvo a repetir: son frágiles, recatadas; os pido, entonces, que os abstengáis de aplaudirlas porque las vais a espantar y huirán asustadas, resultando de ello que no podréis retenerlas dentro de vosotros, como es mi anhelo y debe ser el vuestro.

Bien; mis palabras de esta noche habrán de refirmar lo que os dijera la vez anterior, al dirigiros la palabra en circunstancias de recibir en el seno de esta Institución a una cantidad de aspirantes que habían terminado los cursos de información preliminar, que se imparten regularmente en la misma. Como lo que expresara en aquella ocasión ya fue publicado en la revista «Logosofía», recomiendo a los que me escuchan por primera vez, lo consideren como preámbulo de las palabras que pronunciaré en seguida.

Confirmo, como dijera entonces, que, efectivamente, ingresáis a una Institución de adelanto mental en sus tres espec-

tos: intelectual, moral y espiritual. Ello implica, por tanto, una obra de perfeccionamiento y capacitación en todo orden.

La enseñanza logosófica propende a crear una superpolarización del extremo biológico y fisiológico de la vida orgánica, con el extremo psicológico y espiritual de la vida mental. Busca la armonía interna y tiende así a llevar al ser hacia el equilibrio que ha de restablecer dentro de sí la paz, el bienestar y la felicidad. Pero esto no es tarea fácil, y tampoco debe pensarse que con simples movimientos mentales se logra llevar a cabo tal intento.

A este mundo llamado Fundación Logosófica se viene a realizar, justamente, el cultivo de las facultades internas, el despertar de virtudes dormidas, la extirpación de los defectos que afean el espíritu y la eliminación de deficiencias, todo lo cual favorece el cumplimiento de los mejores anhelos.

Si escudriñamos el espíritu de la generalidad, encontraremos semblantes que denuncian hondos dramas internos, preocupaciones de toda índole, amargas decepciones; en fin, ojos que hablan de tristeza y pesimismo. Y si los interrogamos acerca de las causas de esos estados de depresión, angustia, infelicidad, nadie sabrá respondernos, con seguridad, a ciencia cierta, a qué obedecen.

¿Por qué las almas aparecen sumidas en ese estado incierto y oscuro, en el que se advierte como si la vida cordial, franca y risueña agonizara en ellas? ¿Por qué? Sencillamente porque carecen de estos conocimientos, los cuales, aplicados a la inteligencia, la facultarían para discernir sobre sus propios pensamientos, con exactitud, claridad y convicción.

Lo que en verdad oprime el espíritu, lo que provoca inquietudes y desasosiegos es la pobreza mental. Podremos ser ricos económicamente, pero si no somos dueños de ofrecernos a nosotros mismos las enormes ventajas que puede reportar la riqueza del conocimiento, habrá mucha miseria dentro de nuestros palacios o de nuestros vestidos. Si esa fortuna nos sonríe, hagamos que ella jamás sirva para fines egoístas, y utilicémosla, en cambio, para dar forma y realidad a los pensamientos constructores u obreros de las grandes obras que aún permanecen inmanifestadas en el fondo de la mente, allí donde casi no llega el más leve resplandor. Sea,

pues, ésta una clave para los que esterilizan su existencia, viviendo ajenos a la felicidad que podrían conquistar si se propusieran franquear las puertas de un nuevo destino, más promisor, más brillante y más digno, por cierto, de sus condiciones y capacidad.

En las primeras épocas los hombres tuvieron sus grandes estímulos en el descubrimiento de tierras ignoradas, de continentes, de islas, y en infinidad de conquistas que fueron las bases del progreso actual. En el andar, las búsquedas del saber se desviaron hacia las fuentes técnicas, logrando allí extraordinarios éxitos. La ciencia alcanzó grandes progresos, aun cuando agrupó a un reducido número de seres con relación al resto de la humanidad, lo cual no implica que pueda ser tenida en cuenta como estímulo general. El confort llegó, como consecuencia de tal desenvolvimiento, a su límite máximo, y así, todo cuanto el hombre pensó parecería haber alcanzado metas poco menos que insuperables.

¿Qué queda entonces por hacer a las generaciones de hoy? No hay más tierras que descubrir; los gritos de la misma ciencia enmudecen ante realidades que no sabe comprender; el confort hastía porque se disfruta demasiado de él; las diversiones relajan el espíritu por el abuso que se hace de ellas. ¿Qué queda, pues, para que las generaciones del presente puedan responder como las de antaño, a los empujes dignos de su época?

La Logosofía responde. Queda lo más grande que existe por realizar y que, en esta gran etapa, tendrán que cumplir las generaciones de hoy y las venideras: el avance hacia las altas regiones del entendimiento; el esfuerzo por llevar al ser, como alma humana, hacia el encuentro de su propia explicación como ente físico, hacia la eternidad que no ha sabido comprender al vivir un tiempo perentorio, sin valor alguno. En otras palabras: el avance hacia la superación.

Se ha hablado tantas veces de que habría de llegar la edad del superhombre... Pues ahí está: es ésta la etapa donde ha de poderse alcanzar ese ideal forjado, esa mira —¿quién no la tiene?— hacia lo que está más allá de sus posibilidades.

He ahí a lo que cada uno debe aspirar: a realizar esa superación, porque entonces dejará su condición de ser común,

para constituir en verdad ese superhombre que ha de nacer en cada naturaleza humana; el que habrá de regir sus destinos consciente del poder que le asiste, y que, al ejercerlo, le permitirá trasponer las limitaciones a que está sujeto el hombre. Pero, para alcanzar esa meta que para el pensamiento de hoy puede figurarse llena de prodigios, es necesario consagrarse con toda la plenitud de las fuerzas a su realización como objetivo.

La Logosofía da todos los medios para ello, y, al que es digno de mérito, le descubre los mejores conocimientos que han de auxiliarle poderosamente en sus esfuerzos de superación. Ya señaló, como algo imperioso e imprescindible, el conocimiento de la propia mente; más allá, del sistema mental y de los pensamientos. Es enteramente indispensable conocer a éstos como a la vida de sí mismo, y manejarlos inteligentemente para que, a su vez, proporcionen al discernimiento cuanto necesite para comprender las causas que privaron a los hombres de descubrir la explicación de su existencia. Parecerá ello algo increíble, inconcebible, al que no está acostumbrado ni familiarizado con el verbo logosófico; pero bastarán simples palabras, que dibujen imágenes sencillas, para poder palpar con las manos del entendimiento la verdad que entraña todo cuanto estoy diciendo.

La Naturaleza es sabia y contiene el néctar de la Sabiduría. Es la primera maestra del ser humano. ¿Quién de vosotros, acaso, no ha poblado su mente, allá en la niñez, en la primera infancia, de presencias animadas? Discípulos: esa fue vuestra primera vida social. Y esas presencias con que poblasteis vuestra mente, creando, convertidos en semidioses dentro de ella, un mundo que era vuestro, ¿no obedecían dóciles a vuestro mandato y os rendían ese gran homenaje que sólo puede tributarse al Creador? Justamente, porque fuisteis vosotros quienes creasteis ese mundo, dándole vida y viviendo en él.

¿Acaso, siendo niños, no recordáis haber ordenado en vuestra mente una clase, y reprender a los alumnos más rebeldes, y gritarles, y también mirar con benevolencia a aquellos que os eran más simpáticos? ¿No respondía todo ello al menor movimiento de vuestra mente? ¿No formabais ejércitos mentales, cuyos soldados, vestidos con diferentes trajes y marchando a vuestras órdenes, encerraban en calabozos al

enemigo y lo castigaban? ¿No estabais, entonces, acompañados por presencias que os eran gratas?; ¿no observabais con orgullo cómo acataban vuestra voluntad recibiendo el respeto que de ellos merecíais?

¿Qué os revela esto? Que si en la mente de un niño, de una criatura, existe un poder de retención de imágenes y figuras de seres, cuyos movimientos no pasan inadvertidos a su atención, y aun puede manejarlos a su antojo, vosotros, seres ya adultos, podéis hacer lo mismo con los pensamientos que están dentro de vuestra mente y constituyen vuestro diminuto mundo interno. Que ello es posible os lo están demostrando los niños mismos; pero, es indudable, las presencias animadas que hoy ocupen vuestra mente han de ser diferentes a las de la niñez, en cuanto a su realidad y al servicio que necesariamente deben prestaros. Habéis de buscar compañías que sean gratas a vuestro espíritu, que os ayuden en vuestros esfuerzos, en vuestros afanes y que, a la vez, sean un auxilio poderoso para el entendimiento. Presencias verdaderamente animadas; que contengan vida y fuerza y estén siempre a vuestra disposición; que no dificulten la acción de vuestro discernimiento y cuyos movimientos no ignoréis, en forma de saber siempre dónde ellas están, sea dentro o fuera de la mente; que sepáis reconocerlas como vuestras y tener la seguridad de poder utilizarlas en beneficio de vuestra propia vida.

Esto es lo que enseña la Logosofía; ésta es la verdadera ciencia del conocimiento. Y sólo así ha de ser posible renovarse totalmente, cambiar de semblante, dejar la máscara triste, pesimista y hosca, y tomar la dulce, que ha de transformarse en la fisonomía natural, cuya mirada, antes turbia, llena de sombras, aparecerá clara, alumbrando cuanto ve.

Y, siendo así, siendo que el entendimiento puede tener a su disposición tanta riqueza de elementos, ¿no os sugiere ello la posibilidad más que cierta de que cada uno pueda cambiar su destino? El estar condenado a tiempo indeterminado en una cárcel nos lo figuramos como un destino; sin embargo, ¿no puede ese destino cambiar si el comportamiento del preso es inobjetable, si su conducta merece la atención y el aprecio de los que cuidan de él? La pena que cumpla, ¿no será conmutada y quedará en libertad mucho antes del tiempo fijado?

Todos los seres humanos están condenados por tiempo indeterminado, pero está en ellos salir antes o después de la cárcel que los mantiene presos dentro de sí mismos. Esa cárcel es la ignorancia, la incapacidad, la impotencia. ¿Cómo habrá de romper el hombre esos tres barrotes que cierran la ventana de su presidio? Habrá de romperlos con su inteligencia, pensando cómo hacer para poder pasar a través de los mismos y lograr su libertad.

¿Qué otra cosa sino el conocimiento, sino el despertar de las facultades internas que promueven altas actividades para el desarrollo espiritual, lo hacen posible? Pensadlo bien; es muy triste estar encarcelado, es muy triste permanecer a oscuras tanto tiempo. En cada uno está el poder liberarse y disfrutar de una vida mejor, participando de las maravillas de un mundo mental que no es para los seres comunes, maravillas que, lejos de perjudicar la razón, la amplían y la aseguran en su verdadero sitio, manteniendo un perfecto equilibrio entre la reflexión y las sensaciones.

Buenos Aires, 18 de marzo de 1943.

ASPECTOS DEL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO

La circunstancia de hallarme rodeado de todos vosotros dándoos enseñanzas me permite a la vez captar instantáneamente los problemas del ambiente, particulares o colectivos, y las preocupaciones que embargan la mente de cada uno. De ahí que me sea dado, con extrema facilidad, brindar la enseñanza oportuna, el consejo adecuado y la reflexión serena sobre los puntos que en este instante más interesan a vuestro pensamiento.

Generalmente, en el curso de los estudios logosóficos, y a medida que se avanza en el proceso de superación, se encuentra más de una dificultad para alcanzar la necesaria comprensión de los nuevos conocimientos que han de ingresar al propio acervo. Es lógico que esto ocurra, pues es la consecuencia natural del esfuerzo consciente de la inteligencia en procura de un mayor volumen de su potencia reflexiva. Pero cuando esas dificultades son creadas por factores extraños al desenvolvimiento normal de las actividades internas, se hace indispensable señalar las causas e indicar los medios de eliminarlas, ya que éstas se presuponen negativas para los fines de la evolución y de la capacitación que se persigue.

He señalado ya que la inercia es uno de los enemigos mortales de la vida humana, o sea de la voluntad y de la libre disposición del alma. Atentan también contra la vida intelligen-

te y activa, que pugna por encontrar su equilibrio en esfuerzos conscientes de asimilación del conocimiento, la distracción, el olvido y el prurito de perder el tiempo en cosas mezquinas, en el afán de juzgar la conducta ajena.

Estamos realizando una obra grande, que requiere el concurso y la colaboración amplia de todos. La labor de cada uno debe ser continuada y, de ser posible, cada vez más intensa, y tanto la labor individual como la de todos en conjunto ha de unirse en un acentuado esfuerzo, en grados siempre mayores, hacia la consumación de la obra emprendida, que todos unánimemente queremos sea perdurable e indestructible.

No deben comenzarse actividades que han de interrumpirse luego por debilitamientos impropios de la voluntad, ni tampoco desandar los pasos que se han dado hacia adelante, ya que no existe causa alguna que lo justifique. Y aunque éste no es el caso que pueda pensarse se registra en vosotros, no dejo de mencionarlo por la frecuencia con que se advierten en el temperamento humano tales modalidades, que revelan su inconsecuencia y sus deficiencias. Diré más; diré que, a menudo, es dado observar lo inestable del pensamiento, por lo mismo que en la mayoría de los casos obra sin un incentivo propio y sin ser conducido tampoco por la firmeza de un propósito y de una voluntad capaz de no desmayar hasta lograr el objetivo concebido. Esas vacilaciones, típicas de la psicología humana y que pueden atribuirse, en muchos casos, a la falta de conocimiento y de integridad consciente, son las que retrasan y producen estancamientos en quienes no han descubierto aún las ventajas del empeño firme y continuado.

La inteligencia no puede actuar con claridad de concepto mientras no se haya fijado en la conciencia ese gran desiderátum que cada uno debe plasmar dentro de sí con mira de alcanzarlo. Toda obra grande requiere grandes empeños y el concurso de voluntades fuertes y decididas; requiere también aunar el esfuerzo en labores inteligentes, realizadas con suma paciencia. Debemos pensar que no es la ciencia que crea el arma que destruye, lo que permanece y perdura en el mundo en que vivimos. Es la ciencia de la inteligencia que crea el entendimiento de los hombres por la palabra que da vida a

los hechos, lo que ha de ser inmovible e inmortal en el alma de todos, pues las palabras de esa ciencia no son otra cosa que la manifestación del pensamiento constructivo, y los hechos, su realidad.

Podemos pensar, entonces, que muchos hechos podrían considerarse como ejemplos vivientes de las manifestaciones puras de aquellos que han querido para la humanidad, es decir, para el semejante —como lo queremos nosotros—, lo más grande que pueda anhelarse.

Es interesante observar la similitud que existe entre los que se agrupan persiguiendo algún objetivo irrealizable o la realización de un sueño quimérico, y los que, según cuenta la historia, pretendieron levantar una torre hasta Dios. Tal similitud parecería demostrar que se conservan aún vestigios bastante acentuados de la modalidad de aquellos tiempos; así vemos, también, cómo se dispersan muchas veces las energías por el desentendimiento de unos y otros, y se termina con el abandono de los proyectos y su ejecución.

Fue dicho que la Torre de Babel no pudo concluirse por haber pronunciado Dios una orden terminante que consistía en un cambio automático e instantáneo en la forma de manifestar los hombres el pensamiento, expresándolo en diversos lenguajes; de ahí que los que construían la Torre, al encontrarse de pronto hablando diferentes lenguas, no lograron entenderse.

La explicación que cabe a esto es que un proyecto tan descabellado no podía tener andamio. El pronunciamiento obedeció, sin duda, al pensamiento de conmover la mente humana, presa de la obstinación, y volver a los hombres por los fueros de la razón, tan incipiente en aquella época como lo es hoy en la mayoría. Mas ese pronunciamiento, ¿no tendría, además, otros alcances y trascendencia? Han pasado los siglos, y los seres humanos, a pesar de haber sorteado la dificultad de los diferentes idiomas y aun hablando la misma lengua, no logran entenderse. ¿No será que lo que pretenden hoy es tan descabellado como lo fuera entonces aquel bíblico proyecto?

En la alegoría que nos muestra la imagen de la Torre de

Babel en construcción, hay contenidos que, bien interpretados, asumen contornos por demás interesantes. Viene a representar, justamente, hechos que habrán de repetirse muchas veces en el correr de las épocas. No dicen otra cosa las columnas truncadas de los griegos, expresión del pensamiento trunco y de vidas que fracasaron como fracasan pueblos y mundos. La mayoría de las obras no concluidas están simbolizadas en esa Babel. Y nada hay que pueda influir más, en el sentido de abandonar la ejecución de las mismas, que la desinteligencia e incomprensión entre sus colaboradores.

Frente a estas observaciones, comprenderéis que no soy partidario de construir una torre, y vosotros convendréis conmigo en que sería ridículo reproducir el hecho de Babel. Lo he explicado en otra oportunidad: no es construyendo una escalera material como puede escalarse hasta la suprema verdad; pero sí construyendo cada uno su propia escalera mental, pues es por ella por la que se ha de ascender, iluminado por la inteligencia, hasta esa Fuente Universal que da origen a la vida y a todo cuanto existe.

La obra logosófica, que se viene realizando desde hace más de dos lustros, va afirmándose cada día más, al mismo tiempo que cuida de cuanto pueda afectar su libre desarrollo mientras cimenta y asegura que todas las posibilidades converjan en un mismo punto de la unánime aspiración, a fin de que culmine en la más hermosa de las realidades. Pero, para cumplir con éxito cada una de las etapas sucesivas de esta gran empresa, es indispensable que exista un mutuo y general entendimiento. Es el aprendizaje del idioma que surge del espíritu de la misma obra lo que debe practicarse, para que ella sea profundamente comprendida en su fondo y en su esencia.

El solo hecho de pensar que la Sabiduría Logosófica contiene todos los elementos indispensables para dar carácter y volumen a una obra cuyos contornos nadie podría precisar, es ya una ventaja grande y un estímulo poderoso para que no merme un ápice el concurso y las buenas disposiciones para con ella. No hay que olvidar, tampoco, que el haber comprobado los innumerables beneficios que reporta a diario el conocimiento logosófico es un índice innegable de su fecundidad constructiva, y, aunque en verdad puede

decirse que nos hallamos en el principio, día llegará en que, al expandirse estos conocimientos, muchos serán los que se beneficien, como hoy os beneficiáis vosotros al aplicarlos a la vida y apreciar sus resultados.

Es de suma importancia que cada uno de vosotros sea capaz de expresar con la mayor claridad el contenido del pensamiento logosófico, y que ese contenido, una vez expresado en palabras, vale decir, desprendido de vuestras mentes, no se eche al olvido. Conviene que permanezca siempre al alcance de vuestra vista, a fin de que no sea desvirtuado o, como acontece también, sustraído y cambiado.

El pensamiento emitido debe conservar intacta la pureza de su origen, pues así es como se da el sentido a la palabra; de este modo, cada uno podrá reconocer el de las suyas propias, ya que el contenido de las mismas no podrá ser ajeno al acervo de sus ideas y pensamientos.

Pienso que es oportuno recordaros aquí la importancia que asume el acto de generar las palabras que se usan para expresar el pensamiento. Logosóficamente, se sabe que, a medida que el ser humano va evolucionando y su cultura e instrucción son por tanto mayores, el lenguaje habitual se modifica por una gradual superación en la emisión del pensamiento. Al cambiar las expresiones, las palabras van tomando un sentido superior, las imágenes se hacen más claras y el pensamiento mismo se despoja del plumaje con que antes se le revestía. Me refiero a la exuberancia de argumento que suele recargar los contenidos simples y que, si bien se esgrime a modo de explicación, pocas veces convence; en verdad, no es otra cosa que ese plumaje a que he aludido.

La Logosofía expresa que, cuando el ser llega a grados muy elevados de conciencia, su mente aparece diáfana y los pensamientos que se nutren en ella son casi transparentes. Para mayor convicción, tenemos que Dios es la suprema síntesis de todas las cosas, y que, para llegar a él, necesariamente debe resumirse el pensamiento en esa grandiosa síntesis. He de manifestar, empero, que debe comprenderse muy bien qué es lo que he querido significar al hablar de síntesis, pues no es el caso de recurrir a una brevedad que nada exprese,

o, mejor aún, que no exprese el pensamiento tal como fue concebido o como en la razón hubo de manifestarse, ya que no debe dejarse nunca para los demás el trabajo de interpretar brevedades incongruentes, que las más de las veces distan mucho de ser una síntesis equivalente a una exposición bien fundada, con lo cual se corre además el peligro de las tergiversaciones o interpretaciones antojadizas.

Llegar a ser sintético requiere haberse resumido uno mismo en una síntesis; vale decir, haber llegado a ser capaz de expresar el pensamiento con leves movimientos mentales que impliquen una comprensión casi simultánea en los demás. Pero tales movimientos deben ser precedidos por una serie de otros movimientos ya confirmados como razones de entendimiento mutuo; sólo así se establecería un verdadero puente de unión entre una mente y otra. La razón de la confianza, de la buena fe, es el punto de conexión entre dos entendimientos por el hecho que, mientras uno emite su pensamiento, el otro lo recibe por un acuerdo directo que proviene de la tolerancia y el respeto común —tan natural en las personas cultas— y, también, de la afinidad en el sentir y pensar.

Por esto es que tanto he insistido en que se exprese la nueva concepción logosófica con la mayor claridad posible, tratando cada uno de asegurarse de que ha sido bien captada la idea emitida. Es así como se habrá comprendido realmente la misión de difundir estos conocimientos.

Sucede muchas veces que, al expresar el pensamiento logosófico, no se tienen en cuenta algunos factores que voy a señalar, y que deben acompañar al que expone, en todas sus actuaciones. Ellos son: la disposición de ánimo, la serenidad de espíritu y la convicción del propósito de bien. Ha de tenerse presente que no todas las circunstancias son propicias para el desarrollo de los temas de esta índole, y, por tanto, deben buscarse las situaciones que favorezcan y estimulen al acto de brindar la enseñanza. Convendrá también procurar, por todos los medios inteligentes, que las exposiciones aludidas armonicen, en cierto modo, con la predisposición del que las escucha, haciéndolas gratas a su espíritu. Cuando no hayan sido claras o hubiese existido alguna dificultad en ser compren-

didadas, deben repetirse, sin sustraer a la anterior manifestación ninguna de sus partes, pero sí, completándolas con imágenes analógicas a fin de lograr el efecto comprensivo que se anhela. Logrado éste, se establecerá inmediatamente una corriente de simpatía, y hasta de apoyo mental, entre los participantes de la conversación, propiciándose de esta suerte una ulterior convivencia de criterio.

Pienso que habéis comprendido con alguna profundidad el valor de estas palabras, que marcan rumbos y orientan hacia una verdadera conducta a los cultores de la Logosofía; y si tomáis en cuenta lo que acabo de expresar, veréis cómo esta obra de superación y fuente de un nuevo saber se irá agigantando en forma que podrá ser vista desde todos los ámbitos del mundo.

Sed, pues, vosotros, obreros leales y decididos de esta obra que tiende al mejoramiento real de las condiciones de la inteligencia; y cuando una parte de la humanidad perciba tan grande realidad, se habrá consumado otra de las más formidables jornadas en la historia del esfuerzo, del empeño inteligente y de la noble aspiración de la conciencia humana.

Montevideo, 21 de marzo de 1943.

LA VIDA EN SUS PROFUNDOS ALCANCES

En una de las enseñanzas dadas hace ya tiempo, dije que prefería fuera reemplazada la palabra creer por la palabra saber. Lo dije entonces porque era necesario, pues muchos no tenían el verdadero criterio de lo que entraña ese vocablo. No obstante haberos aconsejado que debíais saber, vosotros habéis creído en mi palabra. Pero ese creer que habéis utilizado con tanta espontaneidad, es el puente que se tiende entre un entendimiento y otro, y es, también, como un adelanto de aquel saber con el cual no contabais aún en vuestro acervo y en el que hubisteis de creer primero, para poder ir comprobando luego, poco a poco, la verdad de lo que ibais creyendo. Mas ese creer que se fue convirtiendo en saber, no es un creer fanático ni impuesto con el rigor de un dogma: es el creer que transforma en saber la palabra pura y cierta que ofrezco a todos para que sea discernida y apreciada en su justo valor, pues, mientras no están maduras las inteligencias para comprenderla inmediatamente en su esencia, deberá ser recibida con las manos del entendimiento y sometida a los dictados de la razón.

Nada puede causarme más satisfacción que el hecho de expresar hoy, después de tantos años de predicar el saber, que no he defraudado en lo más mínimo a cuantos siguieron mi huella, pues a cada palabra pronunciada ha sucedido otra que la confirmó. En todo momento os he invitado a tocar esas palabras con vuestra inteligencia, a palpar su peso y su contenido. Analizándolas y comprobando su valor es

como aprenderéis a respetarlas. Ellas llevan dentro de sí un fragmento de vida; no las estrujéis egoístamente en vuestras manos, para que no mueran en ellas. Abrid vuestras palmas y recibidlas con altruismo, sin ninguna mira egoísta, y veréis cómo esas palabras irán confirmando día tras día, hora tras hora, la verdad que entrañan los conocimientos que encierran, y cómo esa verdad podrá ser proclamada por todos los ámbitos del orbe con valentía y pureza, sin que pueda inquietarla ni desvirtuarla la malicia del mundo.

¿Y qué es ese fragmento de vida que contienen? Un fragmento de verdad, porque la verdad es la plenitud de la vida, la luz que todo lo ilumina, el destello divino que se esparce por el mundo para señalar la senda de la liberación. Pero el mundo no la ve; trueca esa palabra sublime por las materiales y utilitarias del ambiente ordinario, y así es como ocurre, sin que pueda evitarse, la gran confusión que hoy, al igual que en otras épocas, existe en el seno de la humanidad. ¿No lo evidenció, acaso, Pilatos, cuando preguntó al Maestro qué era la verdad? Tan extraño, tan ajeno estaba a ella, porque había vivido siempre en la ficción, el engaño y la mentira. Esa palabra, con su contenido, no podía tener cabida en el seno de una sociedad que había llegado a los límites de la corrupción y el relajamiento. ¿Habría podido comprender aquel hombre, si se le hubiera contestado con la verdad? ¿No tenía ya lista en su mente la sentencia, sea cual fuere la contestación que recibiera?

La palabra que encierra la verdad no puede pronunciarse en ambientes de violencia ni en aquéllos en los cuales reina aparentemente la paz, sino donde ella representa una necesidad imprescindible para el espíritu, como lo es el agua para el organismo. Y he dicho en los ambientes donde reina en apariencia la paz, porque en el concepto común se considera que hay paz cuando no hay guerra. Lo que menos se sospecha es que la guerra constituye la culminación de una serie de violencias que fueron gestando silenciosamente la tragedia en las mentes humanas. Antes de manifestarse en la furia de las armas, la guerra va encarnándose en los seres, hasta que éstos la ansían como si fuera el único y supremo desahogo de sus pasiones. Ella es la reversión de todos los principios, la negación de la realidad viviente expresada en la vida que

cada ser humano contiene, pues la guerra, desde sus primeros síntomas en esos ambientes donde la paz es aparente, atenta contra la vida, y su único objeto es destruirla.

Será infructuosa la labor de los hombres que hoy tienen en sus manos la organización futura del mundo, si piensan que la paz podrá establecerse con miras permanentes, sin ser cultivada primero en la mente de cada uno. ¿Cómo ha de ser posible la armonía entre dos, si en uno solo, dentro de sí mismo, existen luchas y guerras? ¿Y cómo ha de ser posible entre muchos, en iguales condiciones? Dentro de la mente hay tendencias similares a las que se observan en los ambientes públicos; los pensamientos pugnan por asumir el poder individual y conducir luego al hombre de acuerdo a sus deseos y antojos.

Veis, pues, que esta obra, grande y trascendente, puede llegar a asumir contornos gigantescos. He enseñado a muchos a cultivar la paciencia inteligente; a no forzar el tiempo ni tampoco a perderlo. He enseñado así a cultivar los verdaderos amigos en quienes se puede confiar. He dicho, en una oportunidad, que yo tengo uno muy grande: el tiempo; y mencioné también a una amiga: la paciencia. Dejo a vosotros el descubrir a otros amigos que están a mi alrededor, y que también pueden ser vuestros, si los queréis acoger como tales.

Es necesario, insisto una vez más e insistiré siempre, vencer a la muerte para sentir y saber qué es en realidad la vida. Se vence a la muerte venciendo a la inercia, que es ausencia de vida; venciendo a la distracción, que es ausencia de conciencia, mientras el corazón late al ritmo de lo que llamáis vida. Veréis, entonces, que esa vida continuada, esa vida sin las interrupciones de la inercia, del desgano, del decaimiento, del pesimismo, de la holganza, os llenará de felicidad, por ser una vida que contiene fuerza y que constantemente os infundirá alegría y bienestar. Está en vuestras manos llenar de vida esos huecos; si no los de ayer, por lo menos podréis evitar los del futuro, llenando la vida para poder disfrutarla ampliamente, para poder extender vuestras perspectivas y también el tiempo, porque lógico es que cuanto más viváis, más habréis de disponer de tiempo; en cambio, tiempo que paséis en la holganza es tiempo que se va, que se pierde.

Y si aun queréis dilatar más la vida, unid a la alegría vuestra la alegría del semejante. Unid vuestro esfuerzo al de otros y sentiréis, así, que vuestra vida cobra más cuerpo, porque lo que los demás sienten, por reflejo lo sentiréis también vosotros. Es como si todas las vidas constituyeran una sola, gigantesca. Si por vuestra cuenta, por ejemplo, disfrutáis de diez episodios, en esta otra forma podréis disfrutar de cien, de mil, de innumerables acontecimientos; porque cada alegría, cada beneficio que logre vuestro semejante será vuestro y disfrutaréis de él. Y, siendo así, la existencia cobrará otro significado.

Esto es lo que hay que entender en su plenitud. En la Naturaleza todas las partículas que la configuran colaboran entre sí. De ahí que sea posible —por el concurso de todos los elementos de la Creación— que surjan los vegetales y den hermosas flores y frutos.

Si ponemos una plantita en una maceta ubicándola en un patio, sólo nos servirá para distraer egoístamente nuestra vista, pues la planta se esterilizará, ya que su semilla habrá de caer sobre la baldosa fría, que no puede recogerla, y, por tanto, no será posible que continúe existiendo a través de otras plantas, surgidas de su propia simiente; porque, ¿qué concurso puede prestar la baldosa o el mármol a la semilla?... Pero, si en vez de caer en lugar infecundo, encuentra tierra fértil, que se humedece con el rocío de la noche o con el riego que le ofrece alguna mano caritativa, veremos surgir una planta aquí, otra allá, y muchas más sucesivamente.

Si cada uno de vosotros trabaja, adelantará; en cambio, enfrascándose en sí mismo, su simiente caerá también sobre la baldosa fría y no tendrá continuidad de vida porque allí morirá. Pero si, como las plantas que crecen en terreno fértil, echáis en derredor la simiente de vuestro entendimiento, y unos y otros extendéis pródigamente las manos para regarla, pronto habrá muchas plantas de la misma estirpe, de la misma simiente.

No es posible ir contra los designios eternos, porque ellos son los principios inalterables que constituyen la vida inmortal; y si la Naturaleza, que es obra del Supremo Creador, está dan-

do ese sublime ejemplo, no puede el ser humano, dotado de inteligencia, pensar opuestamente, contrariando ese principio de colaboración y de hermanación en la misma vida. Muchas veces se ha visto a un arbusto dar su sombra a una planta que nace, preservándola así de los rayos ardientes del sol o protegiéndola del granizo. Y se ha visto también a esa planta cobrar cuerpo y alargar su tallo, protegiendo luego al mismo arbusto que en un principio le dio su sombra bienhechora, y que posiblemente hubiera muerto, llevado por los vendavales, de no hallarse sostenido por el tronco de esa planta a la que brindó generoso amparo.

Esto nos demuestra que dentro de la magna Creación existen millares de creaciones pequeñas, que cumplen un designio común. Sin embargo, ¿qué diríais vosotros si ese arbusto se llenara de celos y pretendiera que un rayo fulminase al árbol que le da su sombra, a él, que, como arbusto, ha llegado al máximo de altura dentro de su especie?...

Habréis podido observar en la Naturaleza algo también muy curioso: existen árboles que con sus raíces alimentan las de otros pequeños arbolitos, y los hay de aquellos que, por debajo de la tierra, les absorben la vida y los secan. Espero que todos vosotros seréis como el primero, y ofreceréis la vida a las plantas pequeñas mostrándoles las raíces de vuestro conocimiento, de vuestro ejemplo y de vuestra moral, para que esas plantitas se nutran con ese ejemplo, con ese conocimiento y esa moral y crezcan robustas. ¿Acaso no habréis de gustar vosotros mismos de ese fruto que habrá de nutrir luego vuestra ancianidad?

Una de las formas más sublimes de abrir el entendimiento a la verdad más pura, es acercar a las posibilidades humanas el elemento capaz de nutrirlo, permitiéndole crear una nueva individualidad.

Montevideo, 23 de marzo de 1943.

REALIDADES QUE ALECCIONAN AL ESPÍRITU

En esta oportunidad trataré algunos puntos sustanciales, cuyo hondo significado habrá de impresionaros vivamente, al par que promoverá en todos vosotros, como lo espero, muchas reflexiones saludables.

La verdad no se prodiga a quienes no saben respetarla y rendirle el culto que debe inspirar. De modo que, para que una verdad penetre en la mente humana y permanezca en ella, es necesario efectuar una prolija limpieza mental y barrer con todos los pensamientos que no le sean gratos. Cuando así no ocurre, se producen luchas mentales que dificultan el avance del ser hacia las regiones del conocimiento. En tales circunstancias, mientras por una parte se ansía la verdad y se la invoca para que nos auxilie iluminando nuestra inteligencia, reacciona, por la otra, el elemento vil de la frivolidad; mientras una propicia la identificación del ser humano con el bien, la otra se empeña en arrastrarlo por el camino del error y del mal.

Es este uno de los conflictos internos que más amargas vuelca en el inocente corazón; uno de los que más dificultan la libre acción del pensamiento humano, y que, haciendo crisis una y otra vez, produce tantos desequilibrios y malestares internos. Vayamos, pues, a las causas que determinan esos conflictos, y, como buenos cirujanos, tomemos el bisturí y

las pinzas para extirpar, por medio de una operación mental, cuanto elemento extraño encontremos perturbando la vida que tanto ama cada cual. Vosotros mismos extraeréis el mal para mejorar la salud del espíritu.

Si se toma en cuenta el período de existencia física, se verá que, en realidad, es breve con respecto a la inmensidad del tiempo. Se entra en el mundo a ciegas y a merced de todas las contingencias imaginables. No hay defensas. El hombre es un ser inofensivo, pero, por la inexperiencia, por la ignorancia y por las tendencias negativas, puede convertirse en un ser nocivo para su misma especie.

Se entra en el mundo sin que se tenga el más mínimo concepto de lo que es la vida ni de lo que ese mundo es, por no existir en ninguna parte una enseñanza que propicie la comprensión en la juventud, para que ésta pueda constituir sus defensas mentales y penetrar en la vida con al menos algún adiestramiento.

Por lo general, el ser se inicia en la vida envuelto en una nebulosa, la que no es más que un retazo quimérico conservado de las fantasías de la niñez. De ahí que cada cual lo haga a tumbos y deba andar a tientas durante un largo tiempo, siendo golpeado infinidad de veces por la realidad de las necesidades humanas. Encuentra que hay en él no sólo cosas visibles, sino también cosas invisibles. Por eso, cuando el hombre ha llegado a cubrir algunas etapas de la vida y su mente busca por doquier ese algo que, sin saber definir, siente que existe, comienza entonces un período de transición; desaparece aquel retazo de nebulosa quimérica y ocupa su lugar la realidad personal, mediante la cual entiende el lenguaje del mundo, el lenguaje de las necesidades físicas. Pero, asimismo, el espíritu reclama luego su realidad. Aparece, así, la realidad cósmica, y, frente a ella, unos y otros se encuentran con su propia limitación, porque es la misma realidad personal la que limita a los seres cuando éstos quieren abarcar la realidad cósmica sin haber trascendido antes el pequeño círculo de su voluble personalidad. Así es como la mayor parte tropieza, cayendo en el vacío de la fantasía y de la ilusión.

Los que cultivan el conocimiento trascendente pueden

ver con facilidad cómo conduce la Logosofía a cada inteligencia para que pueda conocer y palpar en primer término cuál es su propia realidad, a fin de que la sepa distinguir siempre de la realidad de los demás, y, sobre todo, de la realidad universal.

Como es natural, esto sugiere que no se puede hacer, por ejemplo, un esfuerzo grande, sin haberse entrenado antes en graduales esfuerzos sucesivos, pues, de no ser así, se rompería el equilibrio, se chocaría contra la ley y se desmoronaría la convicción interna, falsamente concebida. Pero cuando se realiza una serie progresiva de esfuerzos y se prepara el ánimo para uno de gran envergadura, éste se cumplirá con toda felicidad permitiendo ensanchar las posibilidades y, con ellas, la realidad personal; si esto se hace repetidamente, la realidad personal llegará a confundirse con la realidad universal, cuyos efluvios penetrarán en el ser interno para saturarlo de poder y de fuerza. Mas es necesario tener presente que la actividad que se decide emprender un día hacia tan elevado fin no debe ser interrumpida, si se quiere que cumpla su gran cometido.

En efecto; así como no podríamos interrumpir la entrada del oxígeno que respiramos ni privar al cuerpo humano de muchas de las funciones requeridas por su propia constitución, así también el cuerpo mental, una vez que empieza a vivir en su plenitud, no puede ser privado de los elementos necesarios para su existencia. Si esto es tenido en cuenta y se lo realiza, el espíritu se irá vigorizando enormemente, y lo que hoy podría parecer imposible de lograrse, se tornará fácil en un mañana próximo y conducirá hacia otras realizaciones.

Es necesario aprender a ser grande, pero antes deberá medirse la propia pequeñez, pues ésta sería una forma de verse a sí mismo sobre la palma de la mano, y ver, también, de qué modo ese pequeño ser puede ir creciendo, hasta asumir la talla del gigante a que cada cual aspira. Podría pensarse que, dándole mucho alimento, crecerá al instante; posiblemente sea su abdomen lo que logre hacer crecer, mas no su estatura. Pero, ¿de qué valdría darle tanto alimento, si después se lo abandona olvidando que existe? En cambio, si se lo fortifica todos los días, si se le hace realizar el ejercicio necesario y

se lo protege de cuanto pueda dañarlo, es seguro que irá creciendo en forma armónica y progresiva.

Es mucho lo que debe aprender el hombre en el vasto campo de la Sabiduría. Con vistas a ese fin, agregaremos a lo expuesto esta noche otra imagen de vivo colorido y profunda concepción.

Entre las tantas cosas que deben preocupar al ser humano, se halla la de buscar la unidad dentro de sí mismo para no perderse en el laberinto de sus propias contradicciones. Hacia el encuentro de esa integridad personal habrá de concentrar todos sus esfuerzos, y esa unidad será hallada por él cuando todo lo haya afirmado sobre convicciones incommovibles. A tal fin, se buscará establecer la unión entre los pensamientos y los sentimientos, entre la razón y la conciencia, ya que mientras esa unión no exista, se vivirá en una permanente contradicción consigo mismo, y, en consecuencia, con los demás.

Cuando la conciencia haya participado en cualquier hecho que establezca dicha vinculación, no podrá negarse la existencia de ese vínculo, pues todo cuanto el ser conscientemente haga formará parte de su propia vida. Separarse de esa parte vinculada estrechamente a él significaría negar esa vida, restarle parte de su contenido, falsearla y reducirla a una expresión miserable.

Yo siempre mantengo vivo en mí el pensamiento que enlaza mi ser con todos los hechos de mi vida; por ello experimento la sensación de la amplitud de mi vida. Eso lo veo aquí, entre vosotros, y lo veo en todos los lugares donde mi espíritu se hace presente en hechos reales, en hechos que, después de producidos, permanecen como si tuvieran vida propia. ¿No es esta obra hija de quien la creó y la viene nutriendo con su sabiduría? ¿No son hijos innegables de mi espíritu todos los hechos que promueve mi pensamiento? Por eso les infundo vida propia, pues si alguna vez la mía se apaga, la obra y mis hechos seguirán viviendo y llevarán mi vida como la he llevado yo, con el mismo entusiasmo, con el mismo amor, con la misma abnegación y con la misma paciencia.

Acaso, ¿no es esta obra hija de una alta concepción cuyos elevados empeños tienen por fin beneficiar a la huma-

nidad? Ella tiende a crear una verdadera fraternidad, formando entre todos los seres una patria común, incorpórea, donde no existan las fronteras, sino el espíritu del amor en la verdad.

Sé muy bien cuánto cuesta alcanzar en la vida la realización de las supremas aspiraciones del alma, y sé también que siempre crecieron tardías las palmas de la gloria, y que fueron ellas la mortaja ideal de los grandes; pero sé igualmente que es posible sobrepasar con el esfuerzo lo que en otros parecieran haber sido designios inexorables.

Cada vez que ausculto a los seres humanos y advierto en ellos los síntomas de un mejoramiento, percibo allá, en lo más íntimo de su ser, que el anhelo de elevarse es, en principio, por terror al abismo; recién cuando se han acostumbrado a ascender por la escala de la evolución se dan cuenta de la enorme diferencia que existe entre caminar hacia abajo y hacerlo hacia arriba.

Se ha dicho que el cielo une y la tierra desune; si ello es verdad, no hay más remedio que ascender, o, por lo menos, mantenerse a prudente distancia de la tierra, lo que ya sería haber logrado mucho, aunque en ello no está todo. Yo aconsejaría más: aconsejaría no apartarse de la tierra ni subir al cielo, antes bien, alcanzar la misma distancia entre éste y aquélla. Sugeriría dividir la vida en dos partes, una perteneciente al cielo y otra a la tierra; que en una gobierne el espíritu, y en la otra la razón, para evitar que la tierra, en un descuido del ser, lo cubra y lo sepulte.

Si ello se logra —lo cual es muy posible dado que nadie está privado de tal prerrogativa—, la felicidad puede ser completa. Saber conducirse entre el cielo y la tierra es volar con libertad, haciendo pie con la misma facilidad tanto en el cielo como en la tierra. Esto impedirá el demasiado apego a las cosas terrenas y hará que se conceda un mayor espacio de preocupación a lo que corresponde al cielo de nuestras comunes aspiraciones y esperanzas; al cielo, que no es sino la paz y la felicidad que tanto busca el ser humano y que solamente gusta de a sorbos, de vez en cuando.

Pienso que, con estas palabras, dejo en todos cuantos me escuchan la sensación de haber disfrutado por unos ins-

tantes la grata compañía de estos pensamientos, que, solícitos, han acudido de la fuente logosófica para mostraros, una vez más, el inestimable valor del conocimiento trascendente, cuando éste se manifiesta con todo el vigor de su fuerza estimulante y expresiva.

Montevideo, 17 de julio de 1943.

SEMBLANZAS DE LA ACTIVIDAD LOGOSÓFICA Y SUS PROYECCIONES

Al celebrar el decimotercer aniversario de nuestra querida Institución siento que invaden mi espíritu fuerzas gigantescas, cuya influencia poderosa estimula mi voluntad para proseguir esta titánica lucha de forjar para la humanidad presente y futura las nuevas normas de vida que han de ser gratas al espíritu individual y a la Voluntad de Quien creó a la figura humana.

He recibido hoy incontable número de cartas y telegramas; es la palabra de infinidad de discípulos que por ese conducto llega hasta mi corazón para advertirme que no estoy solo en la lucha, y que juntos hemos de batallar y vencer, en las lides futuras, contra la tendencia del mal y las desviaciones de la razón y del sentimiento. Quien os habla ha promovido ya en muchos seres una nueva vida, limpia de las impurezas de la ignorancia y del falso saber, y testimoniada en múltiples formas. La enseñanza que imparto, única en su género, va dirigida hacia lo profundo del alma y hace vibrar las fibras dormidas para que el hombre pueda escuchar dentro de sí esa voz que desde siglos ha venido extinguiéndose hasta quedar totalmente apagada: la voz de la conciencia, que resurge ahora solicitada por las exigencias de una cultura superior.

La enseñanza logosófica tiene sus formas particulares de expresión y requiere de cada uno, individualmente, una aten-

ción plena para que no se diluya antes de llegar al sitio que le corresponde, en lo más íntimo del corazón. Viene a recordar a los hombres muchas cosas olvidadas y a establecer un orden mental, un orden en la mente de cada uno y en la de todos en conjunto. Pero para ello será necesario dejar que invada al espíritu el sentimiento panteísta, a fin de experimentar, al evocar la idea del Todo, la dulce realidad de sentir en lo más profundo del ser la pureza de una hermandad que enlace las almas con todo lo creado.

Diríase que la madre tierra está por dar a luz un nuevo futuro a la humanidad. Sin embargo, él no ha de nacer robusto y lleno de vida, si los que están en ella para recibirlo no le ofrecen las fuerzas de su espíritu, su buena voluntad, su abnegación y sacrificio, haciéndose verdaderamente dignos de ese futuro que, en los albores de nuestros días venideros, ya se columbra.

Debéis advertir, pues, a los que aún no lo saben, que aquí, desde hace casi tres lustros, está cultivándose el conocimiento logosófico; que está aquí, justamente, el núcleo vital de la nueva enseñanza que ha de florecer en el espíritu de los hombres cuando éstos la comprendan y la difundan por todos los ámbitos del orbe. A tal fin trabajo incansablemente, dedicado por entero a la obra. Marcho a la par de los acontecimientos y del tiempo, sin perder de vista el horizonte que se perfila allá a lo lejos, donde la vida termina.

Yo os digo, discípulos, que cuando proclamé como sendero único el proceso de evolución consciente, lo hice porque sabía con plena conciencia que no ha existido ni puede existir otro que conduzca al ser humano con más absoluta seguridad hasta las sublimes regiones de la perfección. Y si consideráis que la figura humana, a través de los siglos, desde que existe habitando la tierra, ha logrado superaciones progresivas y alcanzado cierto grado de lucidez mental que le permite percibir mucho de lo que antes pasaba para ella inadvertido, considerad también como posible que esa superación alcance para la conciencia individual metas desconocidas mediante su realización consciente.

El día de hoy es para mí algo más que un aniversario.

Reparad que hemos cubierto una etapa de intensas luchas donde hubo de ponerse a prueba la consistencia de los principios y verdades que entraña la Logosofía, cuyos resultados todos conocéis. Coincidencias insospechadas han hecho que experimente, justamente hoy, la inmensa dicha y el no menos inmenso regocijo de haber cumplido esta etapa aún lleno de vida, lleno del más grande de todos los afectos y del afecto de todos, y de haber abierto de par en par los portones del escepticismo y de la negación reaccionaria, que obstinadamente se mantenían cerrados al libre paso del pensamiento logosófico, vale decir, del pensamiento creador.

Se inicia, pues, una nueva etapa. Estoy firmemente convencido de que la Institución irá aumentando su fortaleza día tras día; que los triunfos serán más frecuentes y la semilla que ha sido sembrada en muchos surcos mentales está próxima a germinar. No os sorprenda, entonces, que veáis llegar, en un futuro próximo, a muchos seres ya casi preparados para escuchar de viva voz la enseñanza logosófica. Mas no olvidéis que ello implica un desarrollo más pleno de vuestras actividades, una atención más grande hacia todo cuanto concierne a la obra. Y si ya habéis experimentado cuántas satisfacciones se reciben en el curso de las labores logosóficas, pienso que os aprestaréis a colaborar con más entusiasmo, más vigor y más vida en las actividades futuras que os corresponda cumplir.

Muchas veces he debido hacer notar la diferencia que existe entre la enseñanza logosófica y cualquiera otra de las ya conocidas en las distintas épocas de la historia. La enseñanza logosófica es activa; contiene vida y contiene fuerza. Siendo así, no es posible pensar que pueda actuar sola y cumplir su objetivo de bien, aun dentro de uno mismo, sin la colaboración individual. No es posible pensar que con sólo leerla han de lograrse resultados satisfactorios para el proceso individual; es necesario más: es necesario practicarla, vincularla a la vida; en una palabra, absorberla en toda su plenitud. Debéis hacer que llegue a todos los ámbitos del ser, que sature el cuerpo y el alma, y sea la mente receptora y proyectora de esa vida que recibe, pues sólo así podrá gozar cada uno de los inmensos beneficios de esta enseñanza tan fecunda en sus concepciones y en sus realidades.

Estamos viviendo uno de esos ciclos álgidos en que la humanidad, cansada, soporta las penurias a que fue arrasada por las nefastas corrientes mentales que surgieron por imperio de ideologías exóticas. Mas todo indica que está en vísperas de expulsar para siempre, aun a costa de los más crueles sacrificios, esos pensamientos que minaron la mente de tantos, para mal del mundo. De ahí que aconseje siempre no descuidar el cultivo de las facultades internas, a fin de dar lugar al constante desarrollo de las aspiraciones que se forjaron allá, en el fondo del corazón; que la enseñanza que brindo a manos llenas y que en raudal pulquérrimo tiendo por todos los confines, sea recibida y comprendida por quienes busquen el beneficio del conocimiento logosófico. Esto requiere que cada uno ponga de su parte lo indispensable, lo que exige lógicamente la Ley de Evolución: el esfuerzo. El esfuerzo por comprender y asimilar la enseñanza, el esfuerzo por ampliar las aptitudes que se tengan o edificar otras nuevas que permitan un más amplio y libre desarrollo del proceso interno. Nada es posible sin el esfuerzo, pero ese esfuerzo debe ser inteligente y continuado para que los resultados que se buscan sean verdaderas realidades.

Es mi anhelo, discípulos, que podáis seguirme largos trechos, y aun, si lográis hacerlo, hasta el final. Iremos transponiendo así cada uno de los límites que señalan altos o prolongadas esperas en la vida vulgar; y veréis cómo se llega a conquistar dentro de una sola vida lo que tantos millones de seres no pudieron en muchas: el bien que únicamente puede otorgar el conocimiento que está más allá del ser común, y que sólo se prodiga a los que se hacen dignos y obedecen con acierto a la palabra que, en rigor de verdad, conduce hasta las gradas de la fuente de donde mana la Sabiduría.

Si dirigimos la vista a través de la historia y de los siglos, veremos cómo fueron castigados los que pretendieron utilizar el conocimiento con fines egoístas o mezquinos. La responsabilidad es inmensa; de ahí que el hombre, para alcanzar los altos conocimientos y no extraviarse eclipsado por sus debilidades, debe acostumbrarse a una disciplina consciente, que afirme en lo interno de su ser las convicciones profundas que habrán

de preservarlo de toda alteración en la conducta a seguir. Que cada paso que dé sea consciente; que sus piernas no tiemblen cuando se encuentre más alto que los demás, y sepa descender también desde donde se halla, para auxiliar a los que están más abajo que él. Así es como se practica la Ley de Caridad, la verdadera, la que nos habla de la caridad suprema, cuyo comienzo tiene origen en las raíces mismas de la Creación.

Si queréis llegar a ser dignos de la sentencia que señala al hombre que fue hecho «a Su Imagen y Semejanza», deberéis semejaros en todo a esa Imagen reproduciendo en vosotros todo cuanto de bien observéis a vuestro alrededor, como asimismo todo aquello que no hayáis realizado antes, por haberlo ignorado. Esta es la causa por que insisto en que los hombres deben abrir sus espíritus al efluvio de los pensamientos constructivos, y continuar con firmeza por la recta senda hasta erigirse en hábiles constructores de pequeñas creaciones que en un mañana puedan semejarse a Aquélla, de la cual son partículas vivientes. Que sus mentes sean féculdas y no estériles, y sirvan a los fines de esa Creación; que no se plieguen egoístamente en la indolencia y satisfagan las exigencias del espíritu para que éste pueda prodigarse, aun más allá de ultratumba, en conocimientos de otra especie.

Espero que no echaréis sobre las arenas del desierto esta semilla que pongo en vuestras manos. Que mi palabra continúe repitiéndose en continuados ecos dentro de vosotros, y que, más allá, pasando días, meses o años, se halle siempre presente en vuestras mentes y en vuestros corazones. Ella es portadora del bien que se traduce en lo mejor a que puede aspirarse: la felicidad en su más tierna y pura concepción. Buscad en todo momento su compañía y encontraréis en ella un consejero que jamás defraudará vuestras esperanzas. Pero no os apartéis de la realidad a que me he referido, sumergiéndoos en la indiferencia o en la indolencia; trabajad activamente y buscad, día tras día, un mayor mejoramiento y una posición firme y permanente, conquistada para vuestro propio corazón.

Valorad esta enseñanza que recibís directamente, en su justo alcance. Meditadla, y, cuando recibáis otras de las que acostumbro dar en tantas oportunidades, formad con

ellas las imágenes que han de llevaros, con toda seguridad, al conocimiento de grandes verdades.

Espero, discípulos, que, comprendiendo mi palabra, habréis de convenir conmigo en que nada puede realizarse cuando no existen convicciones plenas. Y si éstas han de ser los motores que impulsen la voluntad y mantengan vivo el entusiasmo y la alegría, poned todo cuanto de ello haya en vosotros para que el futuro que se abre ante vuestra vista sea de grandes perspectivas. Que la obra que estamos realizando encuentre cada día, cada hora, un obrero más ofreciéndose para ayudar a levantar este gran edificio, y que cada ladrillo que en él se coloque sea puesto con amor y tenga la consistencia de lo eterno.

He aquí cuanto os digo en este día en que se cumplen trece años de insistente lucha; trece años que contienen muchos más, si contempláis la riqueza de hechos que pueblan su historia. ¿Y qué mayor aspiración podríais tener que la de anhelar que los trece años venideros se pueblen aún más de hechos que sirvan de puntos luminosos para los que vienen detrás, fatigados y desorientados, por los caminos del mundo?...

Sed verdaderos constructores, y que cada una de vuestras palabras, de vuestros pensamientos, promueva siempre, dondequiera que sea, un sano despertar a la vida superior, a la actividad y a la alegría. He aquí la misión del logósofo: extraer de lo más hondo de sí, de sus propias convicciones, la palabra certera, adecuada, oportuna, para ofrecerla a quien, por un instante, pueda dudar de la realidad de esta obra que estamos cumpliendo.

Buenos Aires, 11 de agosto de 1943.

DECADENCIA Y EVOLUCIÓN

Voy a tratar esta noche algunos puntos sobre cuestiones que considero de suma importancia para la comprensión de todos. Reclamo, pues, la mayor atención, y os aconsejo brindar a las enseñanzas que escuchéis un digno hospedaje en vuestras mentes.

En repetidas oportunidades dije que el conocimiento logosófico difiere en mucho del común; de ahí que no pueda entenderse por el solo hecho de escucharlo una, dos, tres o más veces, o leerlo aun con la máxima atención dondequiera que haya tomado forma escrita. Me veo, por tanto, en la necesidad de vestir a este conocimiento con trajes diferentes cada vez, a fin de hacerlo más familiar al entendimiento de todos. Empero suele acontecer que esos trajes son cambiados en el vestuario mental que cada uno posee dentro de su mente, y, como es natural, las enseñanzas no se encuentran cómodas donde no son comprendidas en su verdadero aspecto; así, no pasa mucho tiempo sin que en la mente sólo quede el traje, por haber desaparecido lo que estaba dentro. La repetición frecuente de los conocimientos que brinda la Logosofía, revestidos con diferentes formas y dando la impresión de nuevos contenidos, facilita en sumo grado su asimilación, pues no siempre la mente está capacitada para sorprender todos los detalles y matices que lógicamente existen y que deben ser descubiertos cada vez que se toma contacto con ellos.

De algo que muy pocos se han dado cuenta aún, es de la inmensa trascendencia de este conocimiento para el presente y el futuro; trascendencia que se irá reconociendo a medida que los días pasen y los hechos mismos ofrezcan plena luz y descubran el porqué de la enseñanza logosófica.

Desde hace mucho tiempo, la humanidad se abandonó a una especie de indiferencia hacia todo cuanto justificase en verdad su propia existencia. Se alejó así del verdadero concepto que debe tenerse sobre las leyes universales, desviándose, podría decirse, de todos los caminos que Dios abrió, como sendas propicias, a los hombres que quisieran acercarse a Él. Por otra parte, la influencia de un materialismo inflamado de ambiciones y de contenidos totalmente nocivos para la conciencia humana, fue gradualmente haciendo que los seres humanos llegasen hasta a desconocer su propia finalidad y el origen de todo cuanto en la Creación está ofrecido sin limitación a su libre voluntad.

Mas como esto no podía durar, a medida que las generaciones fueron aumentando el volumen de esos desvíos hasta totalizarse en una decadencia universal, debieron sobrevenir esos reajustes supremos que vuelven al hombre a la razón; podría decir, sin temor a equivocarme, que, con esta guerra que actualmente asuela a tantos pueblos del mundo, termina el reinado de la mente inferior, de la mente que se inferiorizó por ese mismo materialismo que luego le impidiera elevarse y alcanzar la paz que sus propios pensamientos habían ido destruyendo durante días, años y siglos. A tal grado de descenso llegó esa mente común, que es muy fácil comprobar hoy, dondequiera se extienda la mirada o dirija la palabra, que un enorme porcentaje de seres no quiere oír hablar de otra cosa que de aquello que pueda servir a sus intereses mezquinos o distraer sus minutos al margen de toda seriedad, burlándose de quien se dirige a ellos con el afán de llevar un poco de luz a sus mentes, oscurecidas por el signo de la decadencia. Pero no todos se encuentran en ese estado; existen seres que anhelan liberarse de la influencia nefasta de esos pensamientos que a diario visitan la mente y permanecen en ella con mira de dominación. Muchos de ellos escuchan la palabra logosófica, y presienten, más que sienten, la verdad que

contiene; atraídos al instante por este nuevo género de conocimientos, los reciben como si en ellos vislumbraran la clave de su propia liberación. Comienza, entonces, la ardua, paciente y gran labor de la enseñanza logosófica en el alma de los que la acogen con alegría y entusiasmo; ardua, porque mientras comienza la obra de reconstrucción moral y espiritual en lo interno, debe ir destruyendo todo cuanto se opone a los elevados fines de la misma. En una palabra, el proceso de perfeccionamiento debe realizarse en armonía con lo que constituye el alma individual. Y en tanto se va operando sobre la mente, en forma gradual, una depuración de pensamientos nocivos y perjudiciales al bien que se busca, la presencia en ella de conocimientos que dan fuerza de expresión a la inteligencia permite que la mente superior surja vigorosa, y que, gradualmente, vaya tomando cuerpo hasta alcanzar definitivamente una nueva forma individual. Así, pues, mientras se va abandonando lo inservible que contenía la mente común, se incorpora otra que viene a cumplir la misión más grande a que podría aspirar la humanidad: la de hacer que cada ser humano que ha logrado despertar a la vida superior no se resienta y aun perezca frente a los grandes cambios y a las fuertes transiciones por que debe pasar, y ya está pasando, a raíz de la actual hecatombe.

Una de las limitaciones que impiden a los seres humanos concebir la realidad tal como es, es la que inhabilita a la inteligencia para discernir sobre el porqué de los cambios que se sufren durante la vida, y de aquellos que las circunstancias exigen, a veces con inmediata celeridad. Esa limitación dificulta a la vez, en sumo grado, la diligencia que cada uno pueda poner para prepararse rápidamente a fin de poder trascenderlos sin los riesgos a que expone la ignorancia. Pero esto es, naturalmente, y descrito en forma general, un solo aspecto de los tantos que se deben contemplar a medida que los días pasan y la presencia de nuevos hechos sacude, a veces con violencia, el entendimiento, no permitiendo a muchos que comprendan por qué ocurren las cosas, ni se expliquen cómo hasta los más alejados deben experimentar rudas transformaciones en los diversos órdenes de la vida.

¿Qué han hecho en todas partes esos hombres que

guiaron a los pueblos durante el último cuarto de siglo? ¿Y qué han hecho los pueblos a su vez?... Si fuéramos a examinar, a través de la crónica diaria simplemente, la evolución del mal que fue tomando forma y cuerpo en el mundo, veríamos que los hombres llegaron a la despreocupación y hasta al sometimiento, puesto que no pudieron ver ni atacar el mal en sus comienzos.

En tales condiciones, la decadencia fue acentuándose, y como no era posible el entendimiento, no ya entre los pueblos, ni siquiera entre las familias, y, diría más, ni siquiera consigo mismo, debía sobrevenir algo muy grande que convulsionara el alma de todos. Y así, poco a poco, por ese medio, desde que desecharon los otros, van comprendiendo los hombres que es necesario reconstruir la vida humana sobre bases más sólidas, más permanentes, y hacer de ella lo que verdaderamente sea digno a los ojos del Creador.

No hace mucho dije que en tiempo de paz es frecuente escuchar quejas amargas contra Dios por el hundimiento de un transatlántico, por ejemplo, donde tantos seres inocentes pierden la vida; pero luego los hombres hacen la guerra y hundien centenares de barcos donde pierden la vida muchos miles de personas. También es frecuente sentir congoja y apenarse cuando un sismo abre grietas en la tierra y sepulta a todo un pueblo; y, sin embargo, se incendian ciudades y se queman vivos a sus habitantes. Ante este cuadro, Dios tiene derecho de sacudir la tierra de cuando en cuando y poner a los hombres en camino de una vez por todas, haciéndoles comprender que han perdido el derecho de quejarse de cuanto ocurra por efectos de la Naturaleza. ¿Quién destruye más lo que forma parte de la humanidad: los sismos, las inundaciones, los volcanes en erupción, o los mismos hombres, que, cuando han extraviado totalmente el juicio, con toda soberbia pretenden enderezar el mundo a fuerza de matanzas y destrucciones?

Esto debe llamar a la meditación y así se logrará entender que se ha perdido hasta el derecho de muchas cosas, porque no se supieron conservar; porque los seres humanos han sido indiferentes a las innumerables señales que indican e indicaron desde siglos atrás el desvío y también la forma de

corregirlo y marchar por rutas positivamente rectas, a la luz de la verdad universal, hacia los más sublimes despertares del entendimiento.

Una cosa quiero esta noche destacar como muy fundamental, y es que un hombre no puede pretender alcanzar ciertas verdades mientras conserve dentro de sí ciertas mentiras; que no puede pretender transfundirse en la naturaleza superior mientras la inferior permanece sin mira de ser abandonada; que no pueden existir mucho tiempo en su mente pensamientos de índole superior mientras en ella se hallan los de índole opuesta, desde que harán imposible su vida, y, en la lucha por el predominio de la razón, se promoverá una serie de contradicciones en los actos y en las palabras que pronuncie.

Aconsejo, pues, a cada uno de vosotros, aumentar la sensación de conciencia en sí mismo, a medida que se determinan los movimientos que la inteligencia ejecuta diariamente; que no se deje librado al automatismo rutinario los movimientos mentales que deciden la actuación diaria individual; que cada uno sepa hasta qué punto es capaz de permanecer en un estado verdaderamente consciente de sus actos y del dominio de sus pensamientos y palabras, y que llegue también a comprobar el grado de capacidad que ha logrado para utilizar los conocimientos con eficacia en el desempeño de las funciones como miembro de la sociedad humana.

Estas enseñanzas tienden a facilitar —como he dicho— la comprensión de todos en el diario comportamiento consigo mismos y con los semejantes; y, si se ha optado en verdad por una superación ciertamente efectiva, no deben descuidarse los pensamientos que visitan la mente, seleccionándolos y utilizando los mejores, pues son éstos los que han de llevar la alegría y el bienestar al corazón, y los que han de auxiliar a la razón en su trabajo constante de depuración de la sustancia mental con la cual se han de elaborar los conocimientos que harán fecundas las realizaciones del futuro.

Es imprescindible, por tanto, desarraigar una a una las adherencias de la vida común; y nótese que he dicho «adherencias», señalando con ello a todo lo que no es necesario para la existencia digna. Deben renacer, en lo más profundo

del individuo, las ansias de la vida, pero no de la vida en sus meras manifestaciones materiales, sino de la verdadera, la que enlaza toda la existencia, la que promueve las sensaciones más sublimes en el alma humana, la que permite disfrutar de las maravillas de la Creación por la inteligencia comprensible de todos sus movimientos, que no deben pasar inadvertidos a la penetración individual. Hay que abrir el juicio a los efluvios de las corrientes más fecundas, hacer que las paredes mentales se limpien de todo prejuicio y juzgar cada cosa en su verdadero valor, por profunda penetración y no por una simple mirada superficial, como es costumbre.

Si en verdad los seres quieren trascender ese estado de vida que ha esparcido por todas partes el descontento y la infelicidad, cada uno debe aprestarse a edificar dentro de sí lo verdadero, lo que no muere, lo que es inmortal. Y ya que he mencionado lo inmortal, me atrevería a probar que existen posibilidades innegables de alcanzar esa inmortalidad.

Los hombres han querido lograrla, durante mucho tiempo, sin prepararse para semejante empresa; han pretendido hasta volar con el cuerpo mientras la mente permanecía sumergida en la materia. Yo preguntaría, ahora, si al ser humano se le considera, respeta y recuerda por su cuerpo, o por lo que es como ascendiente moral, intelectual, espiritual. ¿Qué es lo que sobrevive cuando el cuerpo es abandonado? Sobreviven los pensamientos que habitaron la mente del que se fue, del que dejó su cuerpo y se ausentó en apariencia, pues permanece presente hablándonos, y muchas veces con bastante frecuencia, para saturar generación tras generación con la luz de sus inspiraciones geniales y sus honrosos ejemplos. ¿Cuántas veces el conjunto de esos pensamientos no ha formado un ideal que guió la reflexión de los hombres a través de las épocas? ¿Cuántas veces, acaso, no se han acariciado en la mente esos pensamientos y se ha experimentado el bien que hicieron y siguen haciendo a quienes los recuerdan? ¿Y cuántas no se ha debido recurrir a ellos para cultivar los propios, o tomarlos como ejemplo, o como aliento y estímulo en los momentos de vacilación?

Quiere decir, entonces, que no muere lo que en verdad

había de inmortal en el alma de aquellos que, al desprenderse de su forma física, permanecen presentes en el recuerdo de todos.

El que efectivamente muere es aquel que no ha tenido pensamientos grandes; pensamientos que, trascendiendo de su propia mente, fueran en auxilio de los demás. Este es el que en verdad perece, por cuanto es olvidado al irse con él, también, las posibilidades de su inmortalidad, al irse con él el egoísmo que tantas veces germina en las mentes, no por falta de instrucción ni de elementos con los cuales puede realizarse en sí mismo una obra de bien, sino porque se rechaza la ilustración, porque son negadas las realidades y desechadas a la vez todas las oportunidades que pueden brindarse al ser para su mejoramiento y evolución.

De ahí la necesidad que imperiosamente debe reclamar el espíritu, de experimentar en la propia vida la sensación de esa inmortalidad; de trabajar con entusiasmo, de estudiar, estudiar siempre, porque la vida es un constante estudio. Se debe ser un perfecto técnico en el arte de la observación —como he dicho no hace mucho—; y que sea el juicio un verdadero laboratorio donde poder realizar las más sublimes combinaciones y alcanzar por el esfuerzo, por la capacidad cada vez más en aumento de la inteligencia, un contacto permanente con el mundo mental, donde las cosas no mueren, donde se percibe verdaderamente, en plenitud de espíritu, la sensación de lo inmortal.

Muchas veces, durante la vida, se plantean interrogantes que agujonean insistentemente al espíritu, como los que se refieren a la inmortalidad o a la posible reencarnación del alma en otras vidas; y sería el caso aquí de plantear también la siguiente contestación: ¿Para qué? ¿Para hacer y ser lo que se ha hecho y sido en esta vida? Nos estamos refiriendo, se entiende, a los que nada o muy poco fueron e hicieron en la presente existencia.

Muy diferente sería, en cambio, si el ser, en empeños pacientes y continuados, realizase progresos fecundos en su evolución, pues entonces sí podría ocurrir que se produjera el despertar de la conciencia como sensación de continuidad

de las vidas, desde que habría dejado, antes de partir, algo de lo propio, algo que al volver podrá ser incorporado a la existencia. Pero, ¿qué ha de encontrar, en el supuesto de encarnar nuevamente, aquel que encerró egoístamente su vida en un mutismo absoluto y no se preocupó de alcanzar el bien para sí por el conocimiento, ni, mucho menos, de ayudar a sus semejantes en obra alguna? Sería del caso pensar que, de retornar al mundo, le ocurriría lo mismo que al que espera recibir gran acogida a su regreso de un largo viaje y sólo encuentra caras extrañas que esperan el arribo de otros viajeros. El que olvida sus obligaciones para con los demás no puede pretender que éstos le recuerden y le obsequien con afecto. El mismo llanto del niño al nacer pareciera ser la primera protesta que arroja a los cuatro vientos porque penetra en el mundo en condiciones tan desventajosas. Tan así es que no tarda en observarse en él la soberbia y el capricho, como si renaciera con todas las calamidades de su carácter y de sus descuidos morales. Diríase que, cuanto se había llevado consigo, vuelve a brotar por todos sus poros. Y el padre tiene que corregirlo una y otra vez; enseñarle a ser más bueno, más dócil, más humilde, sin pensar que ésa, precisamente, es la enseñanza que él mismo recibe en su diaria lucha.

No se puede pretender, pues, recoger frutos que no se merecen. Y si se quiere sobrevivir y reconocerse en las propias obras y pensamientos, y en los propios afectos, se deberá dar nacimiento dentro de sí, desde ahora, sin pérdida de tiempo, a esa inmortalidad, en un constante empeño de superación, siendo cada día mejores que ayer. Que la propia conducta, en la esfera de los grandes principios que rigen la existencia humana, sea un símbolo de grandeza, y, también, el signo de su inmortalidad.

Buenos Aires, 18 de noviembre de 1943.

FUERZAS QUE ACTÚAN EN EL ESCENARIO DEL MUNDO

El presidir la inauguración de las actividades logosóficas de estudio e investigación del corriente año, responde al propósito que me anima de estimular con mi asidua atención personal las labores a las que hoy doy comienzo.

La actividad logosófica no debe circunscribirse a una simple tarea mecánica; debe ser una labor constructiva, y en aquel que en verdad se manifiesten los síntomas evidentes de una clara comprensión de la obra, habrá de regir siempre el pensamiento de que, dondequiera se encuentre, hay para él una oportunidad que se le brinda para aumentar su capacidad perceptiva, ya en la observación de los demás, ya en la de sí mismo.

La vida humana se desenvuelve alternando bajo la influencia de dos fuerzas: la del bien y la del mal, y tanta es la influencia de ambas en la naturaleza humana que hasta se confunden. De ahí que el bien que muchas veces se disfruta sólo proviene de la fuerza del mal, no siendo más que un bien aparente, circunstancial: un engaño. Las consecuencias se advierten a poco que se interne el alma en los dominios de esa fuerza negativa.

¿Qué es lo que el ser humano necesita para conocer y descubrir esas fuerzas allí donde actúan? La razón, que todos sin excepción poseen, pero que no está capacitada para dis-

cernir en qué aspectos se confunden y hasta dónde alcanza la influencia perniciosa de aquella que tantos tormentos causa al corazón humano.

Frente a este interrogante, las inteligencias, al no poder desentrañar el misterio y no comprender el porqué de esa puja siniestra, se muestran indiferentes. Esta es la causa de que el mal haya cundido tanto y se haya enseñoreado del mundo. Muy pocos son, en verdad, los que optan por tomarse el trabajo de descubrir en qué se diferencian esas fuerzas; los más prefieren continuar sin preocuparse del problema, dejando que el mundo prosiga su marcha a merced de lo que para ellos está más allá de sus propios dominios.

Sin embargo, está demostrado hasta la evidencia que el alma es capaz de sobreponerse y vencer en la lucha contra el mal cuando la inspiran pensamientos de identificación plena con las fuerzas del bien, que son las que cimentan, precisamente, lo que no se destruye, lo que no causa a nadie ningún dolor, aunque sí muchas molestias y sacrificios, por lo mismo que las virtudes que engendran obligan a comportarse atendiendo los dictados de la conciencia moral.

Los conflictos bélicos que afligen a tantos países del mundo son consecuencias del desborde de las ambiciones humanas, las que tienen su sanción en los crueles sufrimientos que luego debe soportar la humanidad. Son éstas las grandes lecciones de Quien creó a la criatura humana; lecciones que corrigen y enderezan el desviado pensamiento de los hombres. Las leyes universales no pueden ser tan desconocidas por éstos que lleguen a situarlas totalmente al margen de sus existencias, pues ellas se manifiestan en múltiples formas y son muchas las señales que las denuncian. La ley magna es la que rige el equilibrio universal, y es ley soberana en todas partes y para todos los seres que existen en la Creación. Cuando esa ley es infringida, cuando es desobedecida, sus dictados supremos, que encarnan la Voluntad todopoderosa, se pronuncian corrigiendo la desviación y volviendo a su cauce los desbordes provocados por el desequilibrio.

Así, por ejemplo, si una persona es adinerada y disfruta de lujos y comodidades, y de pronto, llevada por pensamientos

de despilfarro, sin poder frenar sus impulsos descontrolados pierde lo que tiene, debe sufrir el castigo que le impone el dictado de esa ley, esto es, volver a las necesidades de otrora, si antes fue ésa su situación, comenzando por juntar de nuevo los centavos que con tanta insensatez despreció en días de abundancia. Y mucho, posiblemente, habrá de costarle recuperar aquella situación que tuvo, si no pone en la obra sus mejores y más grandes empeños. Lo que busca, al fin de cuentas, en su afán de reunir de nuevo el dinero gastado, no es otra cosa que el equilibrio de su situación económica.

Sabido es que cuando estalla una guerra, sobre todo de las proporciones que ha asumido la actual, termina por desarticularse todo el engranaje económico y social de los países más directamente afectados. Al producirse tamaño desequilibrio, los seres viven, podría decirse, como suspendidos en el aire, pues no encuentran en tal trance nada firme en que apoyarse. Es ahí, en esos instantes de suprema angustia, donde renace el afán de volver a la normalidad. Volver a la normalidad no significaría otra cosa que hallar otra vez el punto de gravedad, o sea, el equilibrio que fuera soliviantado por la irreflexión humana. Cuando los pueblos despilfarran las arcas del Estado y, cediendo al influjo del hechizo adventicio de una liberalidad licenciosa, se deslizan en goces cada vez más nocivos para la familia humana, sucumben, siendo absorbida la vitalidad nacional, precisamente por la falta de recursos. Llegan así las grandes crisis y las convulsiones internas con las perturbaciones de todo orden que las acompañan. El desequilibrio fuerza entonces la palanca del rigor y las guerras sobrevienen como único medio posible —tal la soberbia humana— de enmendar las faltas, debiendo, por último, volver los hombres, tras horrible tragedia, a tomar las viejas herramientas de trabajo.

Hemos visto ya cómo las fuerzas del mal toman cuerpo, primero individualmente y luego colectivamente, para debilitar la voluntad de los seres. Por efecto de ello el alma enferma, y se halla indefensa; indefensa para las luchas que debe afrontar, los reveses que debe sufrir y las angustias que se ve obligada a pasar, porque las pocas fuerzas que aún quedan agrupadas en torno a esa voluntad que se quiere hacer

prevalecer dominando las debilidades, se van extinguiendo poco a poco, como la luz del candil cuando el elemento que alumbra llega a su fin.

Diferente es cuando los seres humanos, vinculándose unos a otros en estrecha comprensión de lo que significa una verdadera hermandad de ideales y de conciencia en los propósitos que guían la existencia, se prestan auxilio en mutua colaboración, y, juntos, unidas todas las voluntades, o, mejor dicho, los fragmentos de voluntades que cada uno puede ofrecer como concurso propio para sobrellevar la existencia general, contribuyen a que se venzan los obstáculos y se fortalezcan los espíritus, estimulados día tras día por la convicción cada vez más creciente de que en esa fuerza de unión reside un fragmento de la fuerza universal.

Es una realidad evidente que cada uno, en pequeño, posee esa fuerza universal, y es también una realidad, que puede aumentarla en la identificación de miras con los otros semejantes que siguen iguales rutas de evolución, nutriéndose, a su vez, con esa fuerza máxima, si se apresta a acrecentarla con su esfuerzo, del mismo modo que se aumenta el volumen de la inteligencia cuando ésta se nutre con la fuerza llena de luz y de sabiduría que se plasma en todas las cosas creadas, que se mueve, vive y se manifiesta en todos los seres humanos, cuántas veces sin que el propio ser lo advierta.

Como habéis podido observar, la enseñanza logosófica tiende a despertar el entendimiento en la realidad, contra la cual tanto choca la ignorancia humana. Los principios que sienta la Logosofía son universales; por ello, pueden aplicarse a todo cuanto existe. No es posible hablar hoy de un proceso individual sin señalar el proceso de la humanidad y aun el del mundo entero. Se está viviendo en estos momentos una de las grandes crisis históricas; el desequilibrio es inmenso, el desvío roza los límites de toda tolerancia universal, y ya se advierten indicios inconfundibles de que se avecina un reajuste inevitable, inexorable, de la conducta humana. Y no debe pensarse que si a una parte del mundo, a un fragmento de la humanidad le ha tocado pasar por ese crisol tan duro, tan aleccionador y tan depurador, no habrán de llegar hasta aquí, a esta otra

parte de la humanidad, las consecuencias de ese reajuste. Si se pretende desoír la voz de la realidad y permanecer indiferente, continuando con los mismos pensamientos rudimentarios de otras horas, habrán de sufrirse duros contrastes. ¡Quién sabe cuán pocos podrán sobrellevar el cambio, si no se han preparado para que éste no los aniquile!

Todo esto, vuelvo a señalar, acontece por la obstinación de las mentes en no querer ver lo que, justamente, más debe interesarles. Los hechos no ocurren porque sí, y si los seres humanos tienen uso de razón, deben analizar esos hechos y alcanzar a descubrir sus causas. La anterior guerra fue una señal que debió haber bastado a los hombres que habitan el Viejo Mundo para enderezar el rumbo de sus extraviados pasos. No lo hicieron, y he ahí que nuevamente se encuentran hoy frente a una lección mayor, más intensa, más dolorosa aún que la anterior. Si después de esta contienda que conmueve a todos los seres de la tierra el hombre no escarmienta y su mente continúa obstinada en no reconocer que existe, por encima de su soberbia, de su arrogancia y de las mil condiciones superiores que falsamente se atribuye, una inteligencia suprema que dicta inexorables preceptos, que deben cumplirse ineludiblemente, el género humano está llamado a sufrir graves retrasos.

Es por ello que tanto más digna será nuestra obra cuanto más os preocupéis en cimentar la confianza en el porvenir, basada en una amplia capacitación que os permita enfocar con acierto los problemas vitales de la existencia, al par que nuevos y fecundos conocimientos os abrirán promisoros horizontes para la investigación y el esclarecimiento de cuanto hasta hoy ha permanecido indescifrable y oscuro.

Sé que ninguno de vosotros viene aquí atraído por prebenda alguna, sino con el ánimo de trabajar por su propio perfeccionamiento, lo que hace más meritorio el esfuerzo y realza más el sentido moral con que inspira sus actividades. De igual modo, bien sabéis que he consagrado, desde hace casi tres lustros, largas jornadas de intensa labor en ayudar a todos en la ardua tarea de cultivar las facultades de la inteligencia, y, asimismo, las virtudes, que sólo florecen cuando el

empeño individual no se debilita y, paralelamente, la evolución espiritual permite que se manifiesten, respondiendo a elevadas miras y no menos elevados fines humanitarios.

Convoco, pues, en esta fecha en que se inician las actividades del año, a la buena voluntad de todos los asistentes a este acto, para trabajar sin desmayos en esta obra de bien que estamos realizando, continuándola con más entusiasmo, ahora que irán cumpliéndose sus nobles fines a medida que los beneficios alcancen a mayor número de seres. Esta será nuestra modesta contribución a la nueva humanidad que surgirá de la actual hecatombe, sobre cuya importancia y trascendencia juzgará la posteridad.

Buenos Aires, 18 de marzo de 1944.

LA RAZÓN Y EL CONOCIMIENTO

Vamos a hablar en esta oportunidad algo sobre la razón y el conocimiento y, quizá, sobre algún otro punto interesante.

Existe en la mente una razón, facultad a la cual muchos atribuyen un papel importantísimo, primordial, al considerar que es ella la que discierne sobre el bien y el mal, la verdad y el error, lo bello y lo feo, lo grande y lo pequeño. Bien; yo preguntaría ahora, en qué medida ese discernimiento se ajusta a los dictados de la verdadera razón; en qué basa sus juicios la razón de la mente común. Porque lo cierto es que no puede hablarse de razón sin establecer diferenciaciones ni sin antes conocer el significado de lo que ella es y representa en realidad.

Todos los seres humanos poseen una mente igual y las mismas facultades, de modo que todos gozan del privilegio de tener una razón. Sin embargo, nos consta a todos que con reiterada frecuencia esa razón o los juicios elaborados por ella son negados, haciéndose necesario luchar para defender lo que se sostuvo, no obstante tener conciencia de no haberla perdido. Otras veces acontece que se quiere tener más razón que los demás, como si esta facultad fuera lo mismo que el dinero, del cual unos tienen más y otros menos, aunque no siempre en justicia de sus méritos. Observamos también que en el niño, por ejemplo, existe una razón al igual que en el adulto, pero no puede utilizarla ni servirse de ella como las personas que han cumplido ya sus buenos años de vida; asimismo hay seres de avanzada edad que tampoco pueden servirse de su razón, no porque les falte, sino porque no la han cultivado nunca.

Posiblemente sean muy pocos los que se han preocupado por escrutar dentro de sí mismos para alcanzar a saber qué es la razón.

La razón es y no es una facultad. Existe y no existe, y sólo acciona en base a los conocimientos que se tengan. Es el conocimiento lo que le da vida; sin él no podría ejercer su función directriz como facultad central de la mente, pues el conocimiento constituye su razón de existir.

De ahí que la razón del niño no pueda discernir sobre una misma cuestión, exactamente como lo haría tres o cuatro años más tarde. Y de ahí también que, aunque en todos exista —como decíamos antes— lo que se ha llamado razón, no todos pueden servirse de ella como corresponde ni experimentar la seguridad de lo que discierne, porque la razón no puede juzgar por el solo imperio de su existencia como tal.

La razón requiere el auxilio inmediato del conocimiento para poder discernir; ella no puede establecer ningún juicio sin antes haber buscado y reunido los elementos indispensables a tal función. De modo que los conocimientos aumentan el volumen y la consideración del juicio que va elaborando esa facultad central que se llama razón, la cual, nutrida por esos conocimientos, puede hacer que éstos, a su vez, nutran la razón de otros.

De todo ello se desprende que, a mayor conocimiento, mayor razón; y si los conocimientos forman asimismo la base permanente de la existencia, puesto que ésta encarna y se expande dentro de sí misma en la intensidad de la vida, lógico es pensar que, cuando la razón se ha nutrido y se nutre constantemente con el conocimiento que le hace experimentar la realidad de su función directora, la conciencia aparece despertando en una existencia nueva, que le da, justamente, la conciencia de tal realidad, ya que la razón no puede accionar sensatamente sin experimentar antes la conciencia del saber por el conocimiento. ¿Puede juzgar, acaso, alguno de vosotros, lo que ocurre en este momento en cualquiera de las calles de Buenos Aires, de igual modo que el que está asistiendo a un hecho? Imposible; sin embargo, podría llegar a juzgarlo a través de lo que alguien le refiriera y mediante

la reconstrucción mental del mismo; pero si algún detalle hubiera pasado inadvertido, o si quien transmitiera la imagen de lo acontecido no lo hubiese hecho con fidelidad, su juicio no podría ser como el de aquel que vio y conoció lo ocurrido en todos sus detalles.

¿Podría, por ejemplo, el que se halla en un bosque encontrar la planta que ha de curarle una herida, si no la conoce? No; y hasta perecería sobre el mismo sitio en el cual la hierba salvadora crece. Al ignorar su existencia, no puede hacer uso de ella ni su razón puede juzgar acerca del valor medicinal de la misma; en cambio, el que la conoce, por medio de ese conocimiento la utiliza y juzga a la vez de su bondad para curar heridas.

Es muy común, en la mayoría de las personas, emitir juicios con apresuramiento, sin pensar que éstos, por ley natural que gravita sobre todas las conciencias, deben ser luego modificados, pues la verdad, aunque por momentos se halle lejos, suele siempre aproximarse, y a veces tan oportunamente...

Lo que ocurre es que la verdad es muy rica, enormemente rica, y la mentira muy pobre, enormemente pobre; y como la verdad es tan rica, viste numerosos trajes, según las circunstancias en que tenga que actuar, y después los deja, oportunidad que la mentira aprovecha para vestirse con ellos, apareciendo de esta manera durante un tiempo como verdad. Pero la mentira tiene un rostro que por cierto no es como el de la verdad, resplandeciente y con gracia divina. La mentira, queriendo imitarla, al final se descubre, pues a fuerza de mostrarse repetidamente concluye descubriendo su mistificación.

En la Creación existen infinitud de maravillas que pasan totalmente inadvertidas a todos. La Logosofía viene, precisamente, a descubrir a la inteligencia del hombre esas maravillas.

Hay en el ser humano dos tendencias que constantemente están fluctuando: una es la que trata de conducirlo en todos los movimientos mentales de su vida hacia lo que es pasajero, inestable; otra, la que tiende a llevarlo hacia lo permanente. De esta última es de donde provienen las preguntas que el ser formula buscando explicación a lo mucho que necesita explicarse para satisfacer las necesidades de su espíritu.

La Logosofía define las preguntas en dos planos totalmente diferentes, y atiende sólo las que corresponden al plano de lo permanente, de lo eterno. Aquellas que son inspiradas por la curiosidad común, que no tienen ninguna trascendencia útil, las ubica en el plano de lo pasajero, de lo fugaz e inestable.

Las simples definiciones sólo sirven para calmar una inquietud momentánea. Los interrogantes que el investigador exprese debe antes elaborarlos con plena conciencia del valor que ha de representar para su vida la explicación de los mismos. Y cuando observa diariamente las cosas, los hechos, y en sus estudios medita sobre cada uno de los aspectos que le interesan vivamente, debe tratar siempre de que cuanto recoja como explicación de sus interrogantes sea trasladado al plano de lo permanente, de lo eterno; que esa explicación, una vez recogida y absorbida, no permanezca como trasto inútil dentro de la mente, sino que esté allí para servirse de ella cada vez que las circunstancias lo requieran, pues sólo así es como la vida toma cuerpo y se hace posible su expansión siempre más amplia, tanto interna como externamente.

No hay que hacer de la vida algo inservible que se desintegre por no haberse tenido la precaución de unirla a una existencia firme, permanente y eterna. Los hechos de la vida común, las actividades diarias —ya lo he dicho— transforman la vida en una naturaleza inferior, que sucumbe frente a las tantas contrariedades que provoca la ignorancia, la falta de conocimiento.

Es necesario reflexionar y meditar con serenidad y paciencia sobre los altos alcances de la vida, cuando ésta, en un continuado esfuerzo de superación, logra trasponer las limitaciones de la humanidad común, la cual no busca ni se esfuerza por alcanzar la vida superior, o sea aquella que brinda el conocimiento de altas verdades que no puede apreciar la mente vulgar; porque no es posible que ellas sean comprendidas por una razón incipiente, por una mente indisciplinada, por una inteligencia que en vez de una antorcha encendida es una tea funeraria. ¡Cuántas veces no ha debido alumbrar la vida una desgracia, cuando podía haberla iluminado una alegría!

Nadie habría podido dar un paso más allá de sus posi-

bilidades desde que nació la humanidad, si no hubiera sido por el conocimiento que, constantemente, aguijoneó el espíritu de los hombres y les estimuló y animó para proseguir la lucha y vencer.

El conocimiento es la sustancia eterna que, al ser asimilada, permite al hombre experimentar la sensación de lo eterno. Aquel que no estudia, que no va en pos del conocimiento, limita su existencia y restringe sus posibilidades al *mínimum*. Por ello he hablado esta noche sobre lo que es la razón y lo que puede ser en su máxima expresión para la conciencia humana. De ahí que vuelva a insistir acerca de la necesidad de ordenar los pensamientos en la mente; de efectuar las reflexiones con serenidad, con prudencia, con discreción, y, sobre todo, conscientemente, tratando que de esas reflexiones surjan necesidades de un saber más profundo, y que los interrogantes se dibujen con precisión en la esfera mental. Tras de tales reflexiones se verán aparecer innumerables detalles que habrán de ser utilizados inteligentemente para elaborar, dentro de las propias posibilidades, conclusiones acertadas y firmes.

No debe permitirse que vaguen los pensamientos dentro de la mente; la distracción siempre es nociva al espíritu. Conformando las exigencias del espíritu a la práctica constante de una observación serena y eficaz para el propio juicio, con toda seguridad que luego, al hablar en cualquier oportunidad y exponer las conclusiones a que se ha arribado, ya no será negada la razón, pues ella sola se impondrá por la evidencia de sus lógicos razonamientos.

Y, para terminar, si alguno de los presentes quiere confirmar la verdad de lo que ha escuchado, recurra a su propio corazón y a su propia reflexión, exponiéndole su anterior comportamiento frente a todos los episodios en que debió intervenir su razón, y la conducta que, desde este momento, en conocimiento de los elementos escuchados, habrá de seguir como norma para las actuaciones futuras.

Buenos Aires, 24 de marzo de 1944.

LA PERFECCIÓN HUMANA Y LOS ERRORES DEL HOMBRE

Más de una vez han debido preguntarse los seres humanos cómo habiendo creado Dios todas las cosas y ser éstas perfectas el hombre es imperfecto. Doy por descontado que todos los discípulos conocen la respuesta; pero, por si la hubiesen olvidado, voy a recordarla.

Efectivamente; todo lo creado es perfecto, y, asimismo, es perfecto el arquetipo del ser humano en sus dos aspectos: físico y psicológico. Mas, por una excepción inobjetablemente justa, dada la facultad suprema que entraña y que responde a la voluntad inexorable de quien lo creó, quiso Dios que cada ser humano conociera por sí mismo cuál es su perfección.

Sin exclusión alguna, todos han partido del mismo punto: de la nada aparente en que viven los seres en el plano de la inconsciencia; y les fue dado disponer de facultades con que no cuenta ninguna otra especie, facultades que penetran ya en la esencia divina cuando el hombre logra internarse en la esfera del conocimiento. Pero para ello debe trascender la nebulosa, la ignorancia, la oscuridad, y penetrar en el mundo tantas veces como sea necesario, a fin de familiarizarse con esa oscuridad y permitir así a sus ojos distinguir a los semejantes y a todas las cosas que encuentre a su paso.

Es evidente que, ignorando el hombre sus propias posibilidades y no sabiendo tampoco que ellas, al existir, podrían

servirle para iluminarse en los trechos profundamente oscuros de su vida, fue descomponiendo ese juego de facultades, alterándolas hasta llegar a una virtual imperfección. Y ya en ese estado de imperfección, fue haciendo muchas cosas imperfectas, cometiendo muchos errores, tanto que ellos serán por largo tiempo la causa de innumerables males que han aquejado, aquejan y seguirán aquejando a la humanidad.

Sin embargo, no es que el hombre haya sido abandonado a su propia suerte, pues en todo momento le fue dado percibir señales que, aproximadas a la inteligencia, hubieran podido alumbrar y guiar su entendimiento hacia las altas necesidades que el espíritu exige para liberarse de la imperfección a que ha llegado. Prueba de ello es que, a medida que la humanidad avanza, de edad en edad, los seres humanos, aunque lentamente, también van avanzando y evolucionando. Pero los errores y todo cuanto fue hecho imperfecto por los hombres, es, precisamente, lo que ha trabado siempre el paso de las generaciones en su afán de lograr la identificación con el arquetipo, perfecto como todo lo creado.

De ahí, pues, la inmensa amargura de aquellas almas grandes que surgen de tanto en tanto en el mundo, cuando observan, elevadas por sobre la conducta común y habiendo alcanzado por el esfuerzo y el cultivo de la inteligencia el contacto con altas concepciones, las imperfecciones y errores de los hombres, sobreviniéndoles el ferviente anhelo de acercar a sus oídos la palabra consejera y los elementos con que podrían eliminarlas y restablecer su equilibrio moral y psicológico.

La labor es grande y ardua, porque tan identificados están los seres humanos con dichos errores e imperfecciones que es necesario hacerles volver la vista hacia ellos, una y más veces, a fin de que los perciban. El mal está tan arraigado que, cuando se quiere iniciar esta tarea sublime de auxilio a las inteligencias, se advierten los consabidos gestos de escepticismo, desgano, y, también, de egoísmo. Se prefiere casi siempre dejar que los días pasen y los males de que se adolece agudicen la preocupación de los que vengan después. Lo que menos se piensa, en realidad, es que cuanto se haga colaborando en la Obra Universal, permanece y se incorpora

a la propia vida. ¿Acaso, sin ir más allá, no habéis podido observar cuántas aflicciones y molestias causa el contacto con las fallas humanas, cualquiera sea el terreno en que el ser humano haga desplegar la actividad? Fallas que dan origen a todas las injusticias, pues muchas veces se plasman en normas sociales, en hábitos, en leyes que inundan los códigos y extravían a diario el pensamiento de quienes tienen jerarquía de mando, sea cual fuere su posición, promoviendo equívocos en sus mentes, que se manifiestan hasta en lo que se piensa que es ventaja y beneficio para los demás.

Se alzan luego las protestas, se agudizan los enconos; en una palabra, la vida enferma por el cúmulo de tanto error. Parecería que continuamente hay que estar sosteniendo la existencia con las manos. Aquí y allá es necesario estar apartando las cosas con las cuales se tropieza, porque cada paso que se da diríase que rompe ese efímero equilibrio que las mantiene en suspenso o en su sitio. En efecto, da la impresión de que todo está mal dispuesto, mal colocado. Pero lo grave es que después de pasar, vuelven a quedar las cosas como estaban. Suele observarse que muchos hasta se dan vuelta para ver qué le ocurre al que viene detrás, y aun sienten algo de regocijo al ver que a otros les sucede lo mismo.

La marcha es, pues, lenta. Pero se diría que existe una medida entre la ignorancia humana y la paciencia de Dios, y así, cuando la ignorancia ya no exista, posiblemente no habrá tampoco más paciencia en Dios, porque no será necesaria. El caso sería saber cuál de las dos terminará primero: si la ignorancia del hombre o la paciencia de Dios.

Observando los ambientes del mundo, fácil será comprender, a través del temperamento adoptado por los seres de experiencia y de saber para con los de inteligencia incipiente, cuál es el que Dios adopta para con los hombres. Frente a un peligro, aquellos les aconsejan tratando de impedir que se produzca lo que es inevitable cuando la mente se obstina en hacer las cosas equivocadamente. Pero cesa la intervención una vez agotados todos los recursos para convencerles del mal que los amenaza. Es corriente ver esto en las criaturas, a quienes muchas veces se las deja obrar según sus deseos,

respetando esa libertad naciente que comienza a moverse en el espacio social, aunque al final suceda lo inevitable: se queman, tropiezan, caen, se lastiman, etc., todo lo cual pudo no haber ocurrido. Los hombres hacen lo mismo que los niños: se les advierte y se les pone en las manos todos los medios para que puedan desenvolverse con holgura y vivir en una constante superación, pero no escuchan; antes bien, se rebelan contra el consejo de la realidad evidente, manifestada en múltiples señales que alumbran por igual a todas las inteligencias. De ahí que acontezcan tantos trastornos en el mundo, que se tropiece con tantas dificultades, y que, en el afán de sortearlas, cueste tanto encontrar las soluciones.

Posiblemente, no se ha pensado hasta aquí que, en la tarea de reconstrucción de la vida humana, en esa tarea que debe tener por finalidad eliminar las imperfecciones y el cúmulo de errores cometidos, deben empeñarse todas las voluntades; todas sin excepción. Y digo esto, porque cuando sean muchas las que estén dedicadas a esa tarea, las demás deberán, quieran o no, seguir esa ruta de perfeccionamiento trazada. Por supuesto que los que inicien la marcha primero, y los que en la esfera de sus posibilidades hayan comenzado ya esa labor de eliminación o destrucción de sus artificios —que existen en el hombre porque éste los creó y los adoptó desde que se avenían a los defectos que acusaba su misma imperfección—, serán los que han de estar colocados en mejor sitio y con mayores ventajas.

Llegar a constituirse cada uno tal como el arquetipo humano fue creado, requiere, según puede apreciarse, una constante y vigilante atención de todos los movimientos internos, especialmente los mentales, los que la inteligencia regula para que sirvan a los fines del perfeccionamiento. Vemos así que el conocimiento es la vida misma; que sin él es árida y fría, y carece de los atractivos superiores que la hacen grande y querida; sin él todo cansa y colma, porque cada deseo tiene un límite estrecho, y estrechas son también las miras que sustenta. Los anhelos que pueden hacer grandes a los seres humanos quedan esterilizados dentro de ellos mismos, por parecerles inalcanzables como aspiración íntima.

Es interesante hacer notar que, a quien trata de superarse, a quien se empeña, busca y trabaja, la Providencia lo ayuda, acercando a los conocimientos que encontró, otros que se vinculan y con los cuales enriquece su inteligencia. Esto lo hemos dicho ya en otras oportunidades. En el plano de los conocimientos ocurre lo mismo que en el mundo, en las relaciones entre los seres: la vinculación de uno con otro trae con frecuencia otras relaciones, otras amistades, antes completamente ignoradas y fuera de la esfera en que se actúa.

Igual cosa acontece con aquellos elementos de sabiduría que se buscan con afán y que muchas veces son portadores de conocimientos excelsos: al alcanzarlos presentan a otros con los cuales el ser se vincula. Así se procrea el saber en la mente, y cuanto más elevado es éste, tanto más se eleva el hombre en esa vinculación de la inteligencia, apartándola de los pensamientos inferiores o que sólo pueden conducirla a relacionarse con otros cuyo contacto no sea favorable. ¡Cuántos hombres de ciencia, en busca de algo determinado, encontraron la veta que los llevó a descubrir lo que ni siquiera habían pensado!... Este episodio, tan común en la investigación, cualquiera sea el plano en que ella se efectúe, evidencia que, con el empeño y el esfuerzo, se promueve la actividad de muchos pensamientos. Y mientras unos investigan por un lado, otros lo hacen por otro, siendo posible encontrar, muchas veces donde menos se piensa, algo mejor de lo que se buscaba. Es el premio al esfuerzo, al afán, al trabajo, a la constancia, a la paciencia, y es el premio que, otorgado a uno, sirve para toda la humanidad, porque a toda ella beneficia.

En cambio, los hay también que rechazan los progresos, que prefieren la rutina de la comodidad a las nuevas formas de conducción de la vida. Y lo curioso del caso es que, con mucha frecuencia, mientras reniegan de los adelantos, se sirven de ellos y los adoptan inconscientemente.

Sucede así en estos momentos en que se está presentando a la mente humana una oportunidad para lograr espacios inalcanzables para la limitación común; espacios que se conquistan siguiendo las líneas luminosas que va dibujando la Sabiduría Universal; espacios que están llenos de presencias

que habrán de brindar a todos los humanos la felicidad que antes no pudieron lograr en este mundo de imperfecciones, errores y miserias.

Es posible que, luego de la brusca y grande transición que está sufriendo la humanidad, sobrevenga la comprensión —cuyo logro tanto cuesta a la mente— para encarar la vida de otro modo y edificar con miras eternas, dentro de las posibilidades humanas, esa obra de perfeccionamiento que ha sido encomendada al hombre para que la realice. Sólo entonces, éste será digno de ocupar la verdadera jerarquía para la cual ha sido creado. Y recién podrá llamarse, ciertamente, como fuera llamado, «rey de la Creación», porque habrá sabido comprender su enigma y conocer su propia creación, con lo cual tendrá la clave para interpretar a la Creación Universal.

Y, para finalizar, diré más, ya que esto plasma la inmensidad de la enseñanza. Si le fue posible al hombre cometer tantos errores y acumular tantas imperfecciones, también le ha sido dado —porque tiene facultades para ello— eliminarlas, hacerlas desaparecer, alcanzando lo que se ajusta a la verdad, en unos casos, y corrigiendo errores, en otros. He ahí el inmenso juego extendido por todas partes del mundo, juego que todavía no se ha podido aprender; por ello abundan los perdedores. Cuando ese juego se aprenda, puedo asegurar que se ganará mucho; y serán tantas las ganancias que, con ellas, se hará posible quebrantar todas las resistencias que se oponen al perfeccionamiento humano.

Buenos Aires, 25 de marzo de 1944.

ADAPTACIÓN PSICOLÓGICA

Al inaugurar estas clases quiero recomendar, en primer término, mucha atención; tanta que no sea exclusivamente para este momento, sino para que perdure aun después de escuchar estos conceptos del conocimiento logosófico. La atención que reclamo es para que puedan extraerse de las enseñanzas conclusiones de efectivo valor.

Sabido es que no todos pueden percibir la enseñanza con la misma claridad, dado que ello depende del estado en que se encuentre la mente individual en el momento de escucharla; pero todos pueden beneficiarse con ella si, luego de escucharla, la reviven para analizarla y encontrar el fondo de verdad que contiene.

He observado en algunas ocasiones que, al finalizar una exposición logosófica, algunos de los oyentes inician inmediatamente otros temas, interrumpiendo así la labor creadora de la palabra. De ahí que sea muy poco lo que de ella queda, aun cuando en el momento de ser escuchada se haya experimentado una impresión profunda sobre las verdades expuestas, o una sensación de manifiesta aprobación interna.

Debo hacer presente también, para mejor comprensión, que todos los que asisten a estas clases no llegan en igualdad de condiciones mentales. Cada uno tiene sus problemas, que

preocupan con mayor o menor intensidad su mente. Recomendando, pues, que ellos sean dejados en suspenso por unos instantes, a fin de que se pueda percibir con más claridad lo que voy a exponer.

Es tendencia general situarse dentro del propio problema; yo aconsejo que la posición sea siempre impersonal, vale decir, que se piense del mismo modo en los problemas de los demás, y que, en vez de acentuar la preocupación en el de sí mismo, se trate de buscar la conexión que éste tiene con los problemas de sus semejantes, y, más amplio aún, con los de toda la humanidad.

Estamos viviendo uno de esos instantes en que parecería hacer crisis el alma de los pueblos. Podría agregar que es el instinto común el que agoniza, presa de una enfermedad que lo ha estado consumiendo hasta debilitar totalmente el organismo psicológico. Lo estamos viendo en muchos puntos del mundo.

El materialismo cundió, y, como todas las cosas, su verdadero enunciado fue tergiversado. Así es como se lo transformó en pasionismo, en egoísmo y en separatismo. En realidad, el materialismo debió haber seguido la ruta del espíritu, emancipando al hombre de las adherencias corrosivas que han estado carcomiendo el sentimiento humano.

La Logosofía viene a dar una nueva palabra, desnuda y limpia, que, por lo mismo que es nueva, defiende su contenido y posición contra el manoseo inescrupuloso de entendimientos mezquinos y las especulaciones de las mentes reacias a toda evolución. Declara ella que el principio universal, hecho ley para los seres humanos, se halla expresado en la evolución consciente, la cual se manifiesta a través del conocimiento que satura la vida, le da energías y permite que la inteligencia resplandezca en toda su magnitud. Este conocimiento, que es una fuerza que conjuntamente opera y reopera en el alma de los seres humanos, abarca todo; y, siendo así, debe pensarse que no es posible permanecer ajeno a él.

Toda fuerza cobra su ímpetu a medida que va atrayendo a su órbita de acción los elementos afines, produciéndose la omnipresencia de esa fuerza tan pronto como dichos elemen-

tos se identifican con ella. Por ejemplo, el Saber logosófico es una fuerza que, asimilada por unos primeramente, y encarnada luego en el espíritu de todos, hace fluir por conducto de las mentes individuales la verdad que contiene como expresión de sabiduría. Cada estudiante de Logosofía es un representante de la misma, y su palabra no queda limitada a su propia confirmación, sino que está respaldada por el testimonio de todos.

Para que esto pueda constituirse en la realidad que señala el principio antes enunciado, debe acentuarse en los que cultivan tan alta ciencia el mutuo conocimiento; se logrará en esta forma que ningún obstáculo dificulte el estudio y aplicación de la enseñanza, facilitándose a la vez, en sumo grado, la vida de relación, desde que dicho conocimiento trae como resultado el respeto y la confianza entre quienes lo practican. Lógicamente, para que ello acontezca habrá que cuidar las formas de trato, en modo que se descubra siempre la blancura del propósito. Que pueda cada uno esperar del semejante lo que podría esperar de sí mismo, sin olvidar, como es natural, que el semejante se halla en las mismas condiciones respecto a lo que él debe brindarle.

Así es como se elimina el egoísmo y la mezquindad; así es como se cultiva la noble franqueza del espíritu, la lealtad interna, pues todo ello es indispensable para que la obra de alta edificación moral se realice en cada ser, inobjetablemente. Quien aspire a beneficiarse con esta realidad no debe permanecer ajeno o sentirse exento de las obligaciones, los deberes y las preocupaciones que impone la vida recta del espíritu.

Es verdad incontrariable que la fuerza del conocimiento, cuando establece vínculos directos en la relación mutua, permite la asociación de los pensamientos, y, más allá, la hermandad de las almas.

Son muchos los que hoy están empeñados en esta labor, a la que dedican sus mejores afanes y en la que encuentran motivos sobradamente fundados para orientar de un modo definitivo el curso de sus pasos.

El estudio del conocimiento logosófico permite experimentar una verdadera sensación de amparo, protección,

seguridad, confianza; todo lo contrario de lo que acontece en la vida común, donde gran parte de la masa humana vive en una completa orfandad, ya que es harto difícil encontrar el consejo o la palabra capaz de auxiliar la propia inteligencia. No hay que olvidar cuánto frío siente el espíritu cuando, hallándose solo, desconoce el medio de acercarse al calor reparador de la ayuda ansiada.

Pocos son los que, obligados a desenvolverse dentro de sus medios y esfuerzos personales —lo cual es muy digno y muy noble—, pueden apartar a tiempo los obstáculos que se interponen en su camino. Los más se desvían o, simplemente, recorren muchas veces el mismo trecho antes de encontrar la salida liberadora.

Estas clases tienen por objeto principal determinar cuál es y cuál debe ser la posición real del estudiante en materia logosófica, a fin de que no haya dudas en lo que respecta a la manera de interpretar las enseñanzas, cuyo contenido exacto no está relegado al solo esfuerzo del discípulo. Todos pueden exponer su pensamiento, inquiriendo sobre cualquier punto tratado que no hubiese sido comprendido, pues lo que la Logosofía quiere es que cada uno tenga una seguridad plena acerca de lo que ha de representar la enseñanza para sí, y de cómo debe utilizarla para aplicarla a su propia vida y en bien de la vida de los demás.

Para todos los seres humanos existen innumerables misterios; misterios que han permanecido durante siglos y siglos ignorados por los que no se aprestaron decididamente a descubrir qué es lo que entrañan y en qué medida el conocimiento de los mismos puede proporcionar la felicidad. Nadie o muy pocos son los que se ocuparon de buscar las claves para descifrarlos. Generalmente, sólo aquellos que sienten el despertar de una inquietud interna, son los que se interesan por lo que está más allá de lo conocido en la vida corriente; y es desde ese momento cuando comienza a establecerse entre la vida individual y la vida universal un contacto, que, aunque muchas veces es indirecto, no por ello es menos positivo. Recién entonces es cuando el hombre empieza a preocuparse de un modo especial por la historia de la humanidad, por los

hechos históricos más significativos de sus semejantes y por todo cuanto la Naturaleza presenta a su vista y a la observación de su inteligencia. Esta inquietud es la que mantiene vivo el anhelo de arrancar a las profundidades ignoradas los secretos que habrán de iluminar su espíritu.

Hay en los seres humanos un poder que no saben utilizar, pero del cual deben servirse inconscientemente, por rigor de las circunstancias, para alcanzar objetivos naturales, pero difíciles, en el correr de las edades. Me refiero al poder de adaptación, que es uno de los que con mayor precisión ejerce su cometido.

El hombre, por su constitución psíquica, mental, espiritual y física, es un ser adaptable a todos los cambios y a todas las situaciones en que lo coloca la vida a medida que avanza hacia su perfeccionamiento.

Puede decirse que es general —ya que se produce en todos— la reacción que experimenta el ser cuando, apremiado por las circunstancias, debe aceptar situaciones a las que por propia voluntad no habría jamás tratado de adaptarse. El tiempo, con la serie de reflexiones que sustenta en sus poderosos medios de expresión, hace que el hombre admita, acepte y se adapte a cambios y a situaciones, pero sin alcanzar —salvo excepciones— la comprensión exacta de tales hechos. De ahí la diferencia entre los que se adaptan por obligación y los que buscan la adaptación natural con plena noción de lo que ello significa para su proceso evolutivo.

Nadie ignora que en la vida suceden muchos episodios que suelen terminar en tragedias, cambiando casi instantáneamente las situaciones individuales. No utilizando el poder de adaptación, el sufrimiento se torna por lo común desesperante, consume la vida y pliega el espíritu haciendo que éste se acurruque en el interior del ser, cohibido y triste, sin esperanzas de redención.

Aquel que tiene, por ejemplo, todas las comodidades, se acostumbra a no experimentar molestias de ninguna clase; pero si, admitiendo como posibles una serie de cambios que pueden suceder en el curso de sus días, se adapta a ellos con antelación, agilizará su espíritu y podrá luego adaptarse

realmente a los mismos con facilidad, en caso de que se produzcan. Si esto se experimenta como algo real en un constante entrenamiento, se verá cómo el ser se vigoriza y hasta inmuniza contra las situaciones adversas, las dificultades y los trastornos que acontecen frecuentemente en su vida.

El poder de adaptación es como una palabra de orden. Saber adaptarse significa haber comprendido uno de los signos con que se expresa la Voluntad Universal.

Cabría tal vez pensar, sin pretensión analógica, por cierto, que el primer ejemplo lo habría dado Quien creó todas las cosas, ya que parecería haberse adaptado a la modalidad de los seres humanos, no sorprendiéndose por lo que ellos hacen y esperando paciente que las leyes corrijan las desviaciones o, mejor aún, los desvíos humanos. Ello nos hace ver asimismo que, como Padre de toda la Creación, es la expresión suprema de la magnanimidad; pero el hombre no debe abusar de ella porque se perjudicará a sí mismo. Si buscarse en cambio la oportunidad de colaborar en la acción constructiva de las leyes que mantienen el equilibrio universal, encontraría las más grandes y vivas satisfacciones que puede experimentar su corazón.

Debemos aquí citar la Ley de Adaptación, que rige los actos universales y humanos. Esta ley permanece ignorada para todo aquel que no ha experimentado la necesidad de cumplir sus aleccionadores dictados; pero para quien ha buscado su apoyo, realizando primero el proceso lógico de adaptación que le impone la realidad en sus múltiples manifestaciones, asume ya el carácter de un poder, por cuanto el ser puede adaptarse a voluntad y conscientemente a todas las situaciones o a los cambios que la vida le presente, como asimismo, y especialmente, a los que le impone su propia evolución.

La Ley de Adaptación es tan inflexible que no admite términos medios entre una y otra situación: se cambia o no se cambia. De manera que, si ha acontecido un hecho que obliga a un cambio, el permanecer en el mismo estado o condición equivale a vivir al margen de la realidad y, por ende, a sufrir intensamente. Esto es lo que siempre acontece cuando el hombre se resiste a los cambios; de ahí que brote por doquier

el dolor, las miserias, las angustias, y sea el sufrimiento un visitador casi permanente de los corazones humanos.

Al exponer la Logosofía sus profundos conceptos, de tan grandes alcances humanitarios, lo hace propendiendo al bienestar y a la felicidad general, y en la esperanza de que, comprendiendo cada uno su trascendencia, se proponga difundir ampliamente el pensamiento que anima esta enseñanza. Que la semilla sea aventada por el mundo a fin de que pueda caer en muchas tierras fértiles, y, más allá, se presencie el agradable espectáculo de verla germinar por doquier y para bien de la humanidad.

No es, ciertamente, la Logosofía, como muchos pueden pensar, una especie de panacea con la cual sólo basta tomar contacto para beneficiarse, resolviendo inmediatamente todos los problemas y transformando la vida en un paraíso terrenal, todo ello sin el menor esfuerzo propio. Esto sería ir contra las leyes que rigen la existencia, establecidas para señalar al entendimiento humano que la culminación feliz de aquello que el corazón aspira alcanzar sólo puede llevarse a cabo mediante la realización del esfuerzo correspondiente.

La Logosofía enseña y da los elementos para que con ellos todos puedan enfocar sus problemas y, con serenidad y más luz en la mente, los resuelvan a medida que van siendo tratados. Conviene tener presente que, frente al problema que surge, suele producirse en la reflexión esta circunstancia: el problema que se agiganta después de haber surgido, y las posibilidades de la mente que se esfuman. La labor es agigantar la potencia de la mente para empequeñecer el problema. Esto se logra reuniendo los conocimientos que lo debilitarán reduciéndolo, y que han de vencer al final la resistencia que él opone, permitiendo al ser encontrar la paz que había interrumpido. Es ésta una lucha que no admite descanso, porque cuanto más activa se halla la mente, más recursos encuentra para dilucidar todo lo que corresponde a su intervención directa. De ahí que la inercia mental sea la causa primordial que inhibe a la inteligencia en su función discernitiva, obstaculizando así la libre expresión de la voluntad como fuerza capaz de vencer las resistencias y resolver las situaciones complicadas.

Espero que, con estas palabras, habréis de entender muchas cosas, y que si las ubicáis en vuestro criterio, como corresponde, podréis en todo momento usarlas para hacer más eficiente vuestra labor diaria en favor de esta obra altruista que se está llevando a cabo.

Posiblemente, alguno de vosotros esté ajeno a cuanto ya se lleva realizado y a cuantos ejemplos existen como demostración de verdades incuestionables para la ilustración general; ejemplos que hablan de la posibilidad de evidenciar la fuerza de estas palabras, aplicadas con estupendos resultados en numerosos casos y circunstancias que cimentan la historia de esta nueva ciencia del saber humano.

Es de anhelar que esta clase preparatoria haya abierto ya los canales mentales para recibir los efluvios de la palabra sabia, y que continuéis sin descanso solicitando la luz que tan generosamente difunde la Logosofía. Mañana, esos canales podrán convertirse en llaves de paso, para que otros puedan recibir por vuestro intermedio la misma luz y la misma verdad.

Pienso que todos habéis comprobado la diferencia sustancial entre los conocimientos comunes y los que brinda esta Mater Scientia; de otro carácter éstos, de otra esencia, y que se dirigen hacia otros horizontes. De la labor que con tales elementos desarrollen los que hoy asisten a esta clase, dependerá que en las sucesivas puedan experimentar las saludables reacciones internas que el conocimiento logosófico promueve; reacciones que estampan en la vida una nueva genialidad y permiten la modificación del carácter, al tiempo que van configurándose las nuevas verdades que han de reinar en el pequeño mundo interno individual. Espero que así sea y que estos conocimientos fructifiquen en el alma de todos.

El tiempo tiene un gran valor. Alguna vez habré de hablar detenidamente sobre lo que él significa. No puedo pensar, ni por un instante, que alguno de vosotros pretenda hacer perder el tiempo a quien le enseña; todo mi afán tiende, precisamente, a que cada uno lo aproveche hasta en los más pequeños espacios, colocándose siempre en lugar preferente, marchando, si es posible, delante del tiempo, a fin de que éste no lo corra.

La próxima vez veré qué ha quedado de estas enseñanzas

en cada uno de vosotros. Advierto que me agrada sobremanera cuando ellas vuelven hacia mí por conducto de vuestra comprensión, buscando un complemento: aquel que he reservado, precisamente, para que lo encontréis por vosotros mismos, ofreciéndolo, en última instancia, para que se produzca el contacto directo con el contenido real de la enseñanza.

Buenos Aires, 13 de abril de 1944.

EL MUNDO PROPIO

Cada vez que hablo a los que participan activamente en el estudio de la Logosofía, me veo precisado, mientras doy las enseñanzas, a observar sus aciertos y desaciertos, a fin de confirmar los primeros y corregir los segundos. Es una pena que los últimos sean a veces los más; pero ello es muy natural, por cuanto los aciertos son difíciles de alcanzar y los desaciertos muy fáciles de cometer.

En la vida logosófica se incurre en ellos cuando no se atienden debidamente las indicaciones, consejos e instrucciones que se reciben, o cuando no se es consecuente con las normas que se dictan. Sin embargo, pese a que no todos prestan la debida atención al proceso de superación que deben ir realizando desde el momento en que toman contacto con la enseñanza, todos sienten una irresistible atracción por el conocimiento logosófico; todos, en mayor o menor grado, experimentan su bondad y sus beneficios.

La enseñanza logosófica, que se ofrece a raudales y se prodiga en múltiples formas, no puede cumplir su cometido si quien la recibe no le proporciona campo propicio para que fecunde su entendimiento y haga posible que la evolución consciente sea una realidad y no una ficción. Por otra parte, los múltiples consejos que se le brindan al estudiante para que ajuste su conducta a una disciplina superior, encaminada a crear un clima adecuado a las manifestaciones de su conciencia en íntima comunión con su pensar y sentir, son

de indiscutible eficacia para la rápida asimilación de los conocimientos a que aspira.

Se ha repetido muchas veces que no puede tratarse a la enseñanza logosófica como a la enseñanza común, familiar al entendimiento de todos, pues la primera se dirige a la vida misma y auxilia al ser a fin de que le sea posible crear su mundo propio, donde puedan vivir con libertad sus pensamientos, donde puedan tener también libre manifestación los sentimientos que animan los actos de su corazón como los pensamientos que animan los actos de su voluntad, donde viva cuanto tuvo vida en él y donde todo lo que allí nazca permanezca en el futuro de su existencia. Vivir en ese mundo, pues, debe constituir para el ser humano la más grande ventura, ya que no puede haber alegría más pura y tierna que la que proporciona todo aquello que está contenido en él.

No hace mucho referí algo muy sustancial para quienes en ese momento me escuchaban. Recuerdo haber dicho entonces que los presidiarios muchas veces hacían en su celda lo que jamás habían hecho mientras gozaban de la más absoluta libertad, y relaté que, en una ocasión, habiéndome acercado a un preso que realizaba muy bonitos trabajos, le había preguntado si antes de estar allí también los hacía, a lo cual inmediatamente contestó que no, afirmando que ni siquiera había pensado nunca en tal posibilidad. Referí también que le había preguntado: «¿Y qué hace usted para no morir de pena en ese calabozo?», respondiéndome él: «Pienso... Imagino muchas cosas; imagino que estoy en diversos lugares, que soy libre; me remonto a otras regiones, sueño despierto... Pasan así las horas, y en esos instantes en que ciertamente me parece que soy libre, vivo feliz».

Quien se sienta culpable de falta o errores, imagínese que está dentro de una celda y realice en ella lo que no ha podido hacer en libertad; de este modo, podrá experimentar luego la dicha de una libertad hasta entonces no sentida ni comprendida.

El rigor suele ser en la vida un buen maestro; alecciona y endereza. Por medio de él las cosas se hacen, aun cuando casi siempre inconscientemente, sin una noción clara de lo que se lleva a cabo. Pero el rigor que nos imponamos a nosotros

mismos tiene, en cambio, una finalidad: la de disciplinarnos y animarnos en la ejecución de nuestros proyectos.

Para construir ese mundo a que nos referimos, hay que hacerlo conscientemente y a voluntad, no forjando ilusiones inalcanzables ni haciendo que dancen los títeres de la imaginación, sino tratando que los que actúen en el escenario mental sean actores verdaderos que luego participen en todos los actos de la vida por vivir. Esto quiere decir que, en ese mundo, sólo deben habitar pensamientos que hayan nacido o hayan tenido cabida en él para cumplir una alta finalidad.

Lo que hay que tener presente es que esos pensamientos, al igual que los seres humanos, no pueden nacer y manifestarse de pronto en la vida como adultos; requieren nacer y crecer, adaptarse a una modalidad, llenarse con la vida que cada uno sea capaz de darles, para que, cuando se los necesite, sean la fiel expresión de la voluntad de quien los utilice, y cumplan su cometido.

Ahora bien; si en ese pequeño mundo en formación se introdujeran, por ejemplo, elementos extraños a la naturaleza del mismo, ¿podría un ser vivir en paz, sentirse feliz y llevar sus proyectos de bien hacia adelante, tal como habría sido su querer? No, puesto que sería perturbado constantemente y sus comprensiones disminuidas.

El fulgor de la inteligencia debe servir para alumbrar el futuro de la vida del hombre, haciendo que sea dueño de sus fuerzas y las disponga a voluntad para conocer los medios con que habrá de conseguir lo que se hubiese propuesto. Para ello será necesario no descuidar un minuto el gran proceso de formación espiritual, ya que no es posible caminar a oscuras habiendo luz en la inteligencia. Si esta luz existe, que sirva para alumbrar el camino; que sepa el hombre calcular las distancias entre la concepción de un proyecto, su proceso de realización y su culminación, a fin de no dejar relegado al azar, como hacen tantos, el cumplimiento de lo que desea o de lo que dispuso llevar a cabo.

Cuando en la vida diaria el ser humano concentra su atención en las actividades que desarrolla durante el día, y atento a su esfuerzo busca solución a los problemas que se

le presentan y los resuelve, experimenta con ello una gran alegría. A tal fin tiende, justamente, la enseñanza logosófica; a capacitarle para que pueda ser amplio dentro de su vida; feliz al percibir la sensación de que existe y de que esa existencia es conducida por él mismo. Y cuando llega al dominio de todo lo que le es propio, ya puede éste remontarse muy alto o bajar a los abismos, sin caer cuando está arriba, sin extraviarse cuando está abajo, porque sabe orientarse y preservarse de todo lo que, siendo ajeno a su conocimiento, atenta contra su verdadera existencia.

¡Cuánto vacío hay en el alma, cuánta ficción en la mente y cuánta oscuridad dentro del ser humano cuando no siente en sí la condición y la capacidad de creador y animador consciente de su existencia!

Si se ha experimentado que la tristeza, el disgusto y aun la indiferencia deprimen y disminuyen la fuerza de la vida, es innegable que también ha podido experimentarse que la alegría es vida; mas no la alegría externa, sino la que nace de lo interno, o sea, la alegría que surge de la conciencia, que llena de vida y que no se manifiesta sólo en el rostro, como ocurre con la que proporciona los momentos de placer fugaz; me refiero a la alegría que, cual antorcha, surge de la conciencia al experimentar que se existe.

Así, pues, que cada paso, cada acto, cada pensamiento, en fin, cuanto os es propio, constituya en vosotros una alegría pura; y que esa alegría se exteriorice en toda hora, como si fuera la manifestación de vuestra propia vida. Y así, cuando estudiéis, sea la alegría quien presida el estudio; cuando vayáis a reposar, sea la alegría quien presida vuestro reposo; cuando trabajéis, sea ella quien presida vuestro trabajo, y sea igualmente ella la que presida siempre todos los instantes de vuestra vida. Y si esto lo concebís como algo grande, como una verdad incontrastable, como algo que ha penetrado en lo más hondo de vuestro ser, no os privéis de esa alegría ahuyentándola para hacer que ocupe su lugar el disgusto, la amargura, la indiferencia, el escepticismo y cuanto atenta contra el libre desenvolvimiento de la vida interna.

El conocimiento logosófico enseña a vivir una nueva

vida e ilustra acerca de cómo debe uno comportarse con ella; esto demuestra que él va más allá de lo conocido hasta el presente.

Miles de las enseñanzas que transmiten ese conocimiento están depositadas en muchas páginas blancas. Cuanto más frecuentes sean las visitas de los estudiosos a esas páginas, tanto más comprensión habrá en quienes las lean con detención y amor.

Ninguna enseñanza, por lejos que estuviese la fecha en que hubiese sido dada, deja de pertenecer al presente y al futuro. Todas contienen elementos auxiliares para dar a cada uno el poder de crear ese mundo interior, en el cual el hombre debe acostumbrarse a vivir para no perecer de aflicción en ese otro mundo, donde todos viven fuera de sí mismo y, por tal causa, sufren, se engañan y sucumben.

Buenos Aires, 21 de junio de 1945.

EL LIBRO DE LOS INMORTALES

Me siento enormemente feliz de encontrarme en este día rodeado de todos vosotros. Se ha cumplido así un anhelo mío: el de presidir un 11 de agosto los actos que con tal motivo se realizan en esta filial de Montevideo. Celebremos, pues, el decimoquinto aniversario de la fundación de esta Institución de tan altos estudios humanos, con la íntima alegría de sentirnos unidos en tan grande ideal, ideal que inspira y fortalece el espíritu en sus afanes de superación y de bien común.

Voy a referir esta noche algo que no está escrito ni se ha oído en ninguna parte; algo que ocurrió hace mucho tiempo y que para mí es tan cierto como cierta es la conciencia que tengo de que hoy existo; pero, desde luego, esto no quiere decir que lo sea también para vosotros. Tenéis el perfecto derecho de dudar, de no creer, mas ello no debilitará en absoluto la consistencia de la verdad que voy a exponeros. De manera que, hecha esta salvedad, fácil os será escuchar sin que vuestro espíritu se inquiete. Repito: lo que referiré no está escrito en ningún libro, porque cuando ocurrió no se consignaban los hechos en escritura alguna.

Más de una vez he observado que hay entre vosotros quienes se impacientan debido a que no alcanzan a llevar sus inteligencias a planos de mayor dominio sobre los conocimientos. Esa misma impaciencia es la que teje los argumentos contradictorios que luego desdican sus reiteradas afirmacio-

nes anteriores. Ocurre, pues, que, cuando contrariedades de cualquier índole turban sus ánimos, se quejan y manifiestan no estar satisfechos, y así es como en unas oportunidades expresan haber recibido del conocimiento logosófico un bien enorme y haber experimentado muchas cosas imposibles de experimentar sin él, y en otras se muestran decaídos y piensan y afirman que es muy poco lo que han logrado. Sería el caso de preguntar a quienes así se comportan si esa queja es justa, haciéndoles tener en cuenta qué han hecho para merecer más. Tal actitud irreflexiva puede conducir, por otra parte, a la pérdida de toda convicción y seguridad; es como si fuera restándose a una suma que se posee, algo que va dejando de formar parte de la propia pertenencia.

Estos hechos de la inestabilidad consciente de los seres humanos vienen de muy lejos. He aquí la leyenda que anunciara al pronunciar mis primeras palabras.

Un día, cuando la humanidad comenzó a tener conciencia de la vida y del mundo en que vivía, los seres humanos que formaban esa humanidad se quejaron a Dios. Dijéronle que unos hacían cosas muy buenas y otros cosas muy malas; que unos trabajaban y otros no, y que, sin embargo, nada de ello le era a Él informado. Que no había constancia de las acciones buenas ni tampoco de las malas. Dios tuvo, entonces, un gesto de inmensa alegría al percibir que sus hombres, los hombreritos de la tierra, empezaban a hacer uso de sus entendimientos, y encontró justa esa queja; tan justa que, desde ese día, comenzó una nueva era para la humanidad, porque pronunció una sentencia que hasta el presente ha ido cumpliéndose inexorablemente: «Aquel de vosotros que se destaque, que dignifique su especie, que se muestre justo y haga obras buenas, será justificado en un libro, y a todos aquellos que merecieran figurar en él, al leer sus nombres los glorificaré».

Dijo que ese libro representaba el portal por donde los hombres penetrarían en Su Reino y serían honrados y se llamarían inmortales, pero que también serían anotados en él los más malos, para que los hombres, al leer sus nombres, sintieran horror por ellos. Dijo asimismo Dios que cuando Él leyera esos nombres los borraría del libro, haciendo que nadie

los recordase; y que si alguna vez alguien lo hiciese, sería tan sólo para señalar a un renegado.

Y bien; los que esta sentencia escucharon, quedaron en silencio, pensando, sin duda, cómo habrían de hacer para poder figurar en aquel libro. De ahí nació en los hombres el noble afán de ser más de lo que eran; de hacer el bien y superarse. Y pasado que fue el tiempo, surgieron los primeros nombres que habrían de ser escritos en tan grande libro. Muy pocos, por cierto, alcanzaron tan alto designio; de miles y miles apenas unos cuantos conquistaron la dorada meta de figurar en sus páginas eternas. Hubo quienes, enfurecidos por ello, comenzaron a hacer mal para que sus nombres aparecieran de alguna manera en el libro, y así fue como también se inscribieron en él los nombres de los primeros grandes infames que tuvo la humanidad, o sea, el de los primeros renegados.

Todo esto hizo nacer en la conciencia humana el sentido de la responsabilidad: no había que olvidar las palabras escuchadas, las que, con sobrada elocuencia, daban a entender que las páginas de ese libro serían para los buenos y no para los malos. El espíritu de todos los seres humanos se estimuló con ello grandemente, mas, como siempre acontece, no todos supieron cultivar ese estímulo y hacer de él un verdadero culto, sin contaminación de ninguna especie. Empero, aun cuando fue reducido el número de hombres que profesó el culto a ese estímulo, de esos pocos descendieron otros que, siguiendo el ejemplo de aquéllos, grabaron también sus nombres en el libro. Los que lograron una gran superación, los que alcanzaron grandes conocimientos, instituyeron la primera escuela, en la que deberían iniciarse los que aspiraran a la alta honra por ellos merecida.

Ese libro se llama Historia, y es el que explica a toda inteligencia humana quiénes son los que han podido penetrar en él y cuáles sus méritos. Por mucho tiempo tuvo influencia poderosa entre reyes, príncipes, jefes de Estado y sobre todos los hombres que por su dignidad, herencia y saber, habrían de figurar en él. De ahí sus empeños para que las páginas en que debían aparecer sus nombres fueran espejos de sus vidas ennoblecidas en el bien y exentas de borrones.

Explica esto la enorme responsabilidad de aquellos hombres, que no actuaban egoísta o caprichosamente, pues, sabiendo que debían ingresar en ese libro y que por él serían juzgados, primero por sus semejantes y después por Quien dictara aquella sentencia y abriría un día sus páginas, sus afanes tendieron siempre hacia la conquista del bien por el bien mismo, y todos sus actos fueron siempre regidos por tan encumbrados pensamientos.

Cuando al pasar los años y las épocas los hombres olvidaron la conducta y el ejemplo de quienes les precedieron, se hicieron indignos de figurar en tan valioso libro, cayendo en el desprestigio y la anulación. Lo que hoy ocurre en el mundo tiene mucho que ver con esa decadencia e impostura que ha abierto un paréntesis al juicio de la Historia.

Hay principios que son eternos, que son inexorables, y, por más dominio que se tenga para subyugar a los pueblos, no pueden cambiarse ni trastornar el orden existente y precipitar en el caos el proceso de la civilización. Las leyes son, como los principios, de esencia eterna; para la inteligencia de los hombres todas ellas deben ser reales y lógicas, y si una ley les hace ver que no es posible llenar con diez litros de agua un vaso pequeño, con ello también les hace ver que no puede modificarse lo que es inmodificable.

Ha habido durante el transcurso de los últimos tiempos mucha inquietud en el mundo; y los hombres fueron tan impacientes que, en vez de esperar nuevamente la palabra de Dios, confiaron sus quejas a intermediarios que «todo lo arreglan». De ahí que tuvieron luego que sufrir la más bárbara de las desesperaciones y el más cruel de los martirios, pagando muchos de ellos con la vida semejante credulidad. ¿Qué responsabilidad podían tener los que pretendieron y prometieron eliminar las causas de las quejas de los hombres? Ninguna. Esto debe traer por consecuencia horas de profunda reflexión.

Muy otra cosa habría sido si por lo menos se hubiesen encomendado a quienes acreditaban responsabilidad; sobre todo, a aquéllos cuyos antepasados grabaron sus nombres en la Historia, a aquellos que jamás habrían obrado contra-

diciendo a quienes les precedieron en sus sitios de alta significación política, social, científica, etc., porque éstos, como aquéllos, siempre pusieron su empeño en merecer un lugar en la Historia. Y, repito, no queda consignado en ella quien no haya acreditado ante el mundo haber beneficiado en algo a la humanidad, sea mediante obras de bien, sea dejando ejemplos aleccionadores para sus semejantes. De ahí que pueda decirse que ese libro agrupa a toda una estirpe de hombres que se destacaron por sus hechos; y nada puede ser más auspicioso ni más estimulante para el hombre, que saber que sus semejantes, por sus méritos, por sus esfuerzos, por sus ejemplos, merecieron la honra de ser anotados en él, y de haber forjado por sí mismos su propia grandeza.

He hablado así, en este día, porque parecería cerrarse con él uno de los grandes capítulos de la Historia.

Es necesario que las nuevas páginas contengan muchos nombres; esto significará que muchos han sabido alcanzar esa honra, distinguiéndose entre la humanidad anónima. No olvidéis que cada uno de los que están inscriptos representa un símbolo, y que, por el respeto a esos hombres, muchos otros son respetados. Se respeta, por ejemplo, a los argentinos por San Martín y por la legión de próceres que cimentaron la nacionalidad; a los uruguayos, por Artigas y por los demás hombres que inspiraron y forjaron el destino de su nación. Y como éstos, muchos otros pueblos son honrados a través de sus hombres prominentes, como si ellos fueran los verdaderos ángeles guardianes de sus respectivos pueblos. ¿Qué menos puede hacerse, entonces, que tratar de ser dignos de herencia tan augusta? Cada uno, pues, en la medida de sus fuerzas, deberá empeñarse en seguir esa senda, y, aun cuando no alcanzase a consignar su nombre en el sagrado libro, feliz de él si, aproximándose cada vez un poco más, puede alentar la esperanza de figurar un día en sus páginas. Estoy seguro que lo haréis si tomáis por cierta esta otra verdad: el día que ese libro se cierre será muy triste si os encontráis fuera.

Es de confiar que todos los seres que integran las generaciones del presente se apresten a colaborar en la gran labor de refirmación de los valores humanos y en la construcción

de un mundo mejor, en donde la paz deje de ser un mito para convertirse en la realidad más hermosa a que todo ser pueda aspirar.

Que esta fecha que celebramos hoy sirva de aliento e inspiración para proseguir sin desmayos esta obra de bien, que con tanto amor y tesonero esfuerzo venimos realizando bajo la orientación y sabia guía de la Sabiduría Logosófica.

Montevideo, 11 de agosto de 1945.

LOS RECURSOS HUMANOS FRENTE AL DRAMA UNIVERSAL

En estos momentos en que la humanidad no está aún repuesta de los males que la agobiaron durante los últimos años, es deber de todos los que la integran detenerse un instante a reflexionar. De un tiempo a esta parte ocurren cosas que es necesario saber a qué obedecen para no ser sorprendidos mientras se transita por los caminos del mundo, pues éstos suelen tener trechos muy estrechos que conviene salvar sin desmayos a fin de alcanzar las altas metas, a cuya sola idea el espíritu humano se estimula llenando de fuerza y valor al hombre que sabe sobrellevar con valentía, con serenidad y con firmeza en sus convicciones y en sus propósitos, las situaciones críticas.

Años atrás dije, y lo fui repitiendo en el andar, que vendrían días muy duros para la incipiente comprensión humana; duros por sus características bruscas, violentas e intemperantes. Mas nada ocurre porque sí; todo responde a una causa. Prevenirse contra los efectos derivados de esa causa es ley del conocimiento, ya que dicha ley permite al hombre que ha comprendido el porqué de su vida en el mundo discernir en cada eventualidad sobre cuál ha de ser su ubicación o su posición, y, obedeciendo al impulso espiritual de conservación, buscar que nada afecte su voluntad ni las fuerzas con que debe contar, cada vez que tenga que hacer frente a situaciones adversas.

El drama que vive hoy la humanidad, sin excepción de pueblos ni de individuos, es el drama que ha vivido siempre, pero que en ciertas épocas se agudiza, cuando los hombres debilitan sus fuentes internas y se desinteresan por mantener, y aun superar, sus condiciones morales y espirituales, que son las mismas en todos los seres humanos.

Son ya muchos los que han pagado su tributo en este drama. Unos lo pagaron muy caro, por cierto, con sus propias vidas; otros, con grandes amarguras y sufrimientos morales y físicos. Están también los que continúan aún angustiados y sumergidos en el más crudo escepticismo por efecto de la desorientación que los mantiene en constante zozobra, sin que alcancen a comprender por qué ocurren las cosas y por qué sufren los inocentes al par que los culpables, resultado éste de un proceso de desintegración mental y moral seguido por el ser humano, que, en su mayor parte, creyó siempre más cómodo que los otros pensasen por él. He aquí una actitud que, extendiéndose al resto de los hombres, dio lugar, al final, a que nadie pensase por sí mismo, confiando en que los demás asumirían la responsabilidad de ofrecer las soluciones que a todos por igual correspondía haber buscado y tratado de ofrecer a sus semejantes.

Ahora bien; hay que volver al mundo al cauce del cual salió por negligencia exclusiva de los hombres, y así como no encontraron éstos la menor dificultad para confiar en lo que pensaba el semejante, próximo o distante, hoy deben hacer retornar esa confianza a sí mismos para que sea fijada en el pensamiento propio, porque, en realidad, de lo que carece el ser humano es de confianza; tanta ha dado y tanta se tomó de los otros que el abuso terminó en una desconfianza general. Se hace, pues, necesario y de imperiosa urgencia, reconquistar la confianza perdida; retornar a lo interno lo que se dio en pertenencia a los demás tan desaprensivamente, sin pensar jamás en las consecuencias de tal imprevisión.

Los pasos difíciles que hoy debe dar la humanidad tendrán que estar asegurados —si no quiere ésta sucumbir en el camino— por la realidad de una promesa que habrá de cumplirse; promesa que encierra en sí otra de mayor alcance, y que

cada uno debe formularse íntimamente: no desmayar en estos momentos difíciles; ser valiente; confiar en sí mismo. Teniendo esto presente, hacer también la promesa de que habrá de realizar la palabra empeñada a Quien lo creó: ser mejor y acercarse a Su Mandato Supremo de semejarse a Él por la perfección. Ello dará lugar a cumplir otra promesa más: sobrevivir a la catástrofe; sobrevivir a todos los males para poder ser heraldo de una nueva civilización; heraldo de heroicas épocas que llevará por mensaje el conocimiento extraído del estudio, de la observación y de la experiencia que hoy se está viviendo.

Una vez aconsejé que, cuando alguien se sintiese enfermo, mentalmente aumentara el volumen de su enfermedad hasta el punto que le exigiera un cuidado diez veces mayor; esto, es natural, le evitaría los descuidos y haría que, fácil y prontamente, pudiera recobrar la salud. Lo mismo dije para el caso en que debieran recorrerse largas distancias: triplicarlas en la mente para que resultaran menos fatigosas. Hoy repito el consejo, invitando a que las reflexiones sean más profundas. Ello ayudará a la familia humana a sobrevivir a la tragedia que está viviendo. Debe, pues, multiplicarse el mal ante el propio juicio y crear defensas cien veces mayores, tal como se haría —de acuerdo a lo dicho antes— frente a un enemigo; vale decir, multiplicar imaginariamente sus fuerzas para que, a la vez, se multipliquen las defensas y sea más fácil vencerlo.

Para aumentar las proporciones del mal, lo más eficaz es pensar que mañana, quizá hoy, ahora mismo, habremos dejado todos de existir. De esta manera, suponiendo que el mal es tan grande, tan insufrible que ya hemos muerto, sobrevivirá inmediatamente la íntima alegría de advertir que no es así. Entonces, al experimentar que vivimos, que no hemos perdido la vida, se reanimará nuestro espíritu, y nuevas fuerzas nos permitirán luchar sin que el espectro de la muerte nos sorprenda, pues ya habremos experimentado su efecto en la representación interna de esa realidad; y, siendo así, no nos preocupará más, porque al haber centuplicado el mal, se lo habrá reducido a su mínima expresión. Empero, a los fines de que la realidad imaginada sea más vívida, será necesario que todos los días se recuerde ese instante como si en verdad se

hubiese muerto, pensando luego que se ha sobrevivido a la misma muerte, y que las crisis históricas no se producen en un día, sino que siguen un proceso corto o largo, y que nadie sabe cuándo será el momento en que habrá de tocarle a uno pasar por las arcadas del temible e insondable misterio de la transición que experimenta el alma al plegarse la vida.

La humanidad ha sobrevivido esta vez a una de las conmociones más grandes que registra la historia de sus violentas sacudidas bélicas. No sabemos cuándo podrá ocurrir otra; lo esencial es hallarse preparados. Se requiere hacer de cuenta, desde este instante, que todo el futuro es como una nueva vida que se abre ante nosotros. Ciertamente, después de haber experimentado la sensación de que hemos dejado de existir —como tantos otros que lo fueron en verdad—, y que, no obstante, seguimos viviendo, la vida tendrá otro sentido, otro carácter, y se llegará a tener dispuesta la voluntad para mantener firme el espíritu en la lucha, a fin de que nada pueda afectarnos cuando el mal en realidad pretenda herirnos.

Es una verdad incontrovertible que más allá del cero no hay ninguna cantidad que pueda sumarse, y que todo lo que el ser avance partiendo de la unidad irá sumándose y permitirá que los días aciagos que puedan sobrevenirle lo encuentren pronto para resistirlos sin que nada debilite sus energías ni tampoco oscurezca su mente; mas es indispensable que no se hagan las cosas a medias y que todas estas reflexiones sirvan para fortalecer el espíritu y comprender su trascendencia. Si esto se recuerda en las horas difíciles, inmediatamente se verá cómo el ser se recupera a sí mismo, cobra fuerzas y tiene presente que, mientras hay vida, el alma lucha con perspectivas de seguir viviendo, principalmente cuando se está viviendo más allá de la muerte, de esa muerte de la cual providencialmente uno se ha salvado.

Estoy seguro de que, si aquellos que cayeron vencidos por el sufrimiento, por el dolor y la angustia de las situaciones penosas hubieran concebido estos pensamientos, se habrían salvado. En efecto, pueden perderse bienes, casa, hogar, afectos, mas todo esto es factible de ser retornado al patrimonio

individual; la vida en su forma humana, no: ella no está dentro de lo que el hombre puede recobrar.

Podrá objetarse que la orientación que estas reflexiones implícitamente llevan, es original. Es cierto; pero en la actualidad son muy necesarias, como necesario es el vínculo de humana comprensión que debe unir a todos, desde que el espíritu busca la compañía del espíritu, lo cual, en los pasajes aciagos, aminora la intensidad de un dolor o de un sufrimiento. De modo que, estando unidos, repartido el sufrimiento entre muchos, éste será aliviado, porque mientras unos sufren, los demás podrán mitigar su padecimiento. Cada uno ofrecerá solícito su ayuda cuando sea preciso, pues no siempre sucede a todos la misma cosa en el mismo momento: puede acontecer en diferentes tiempos; lo esencial es comprender lo que significa poder atemperar un sufrimiento, y aun eliminarlo. Esta es la ayuda mutua que el presente exige como un imperativo, por cuanto se está viendo el gran desvío que hay en el mundo, donde, en vez de ayudarse los unos a los otros para atenuar sus pesares, los hombres hacen lo contrario: tratan de aumentarlos, de aumentarlos recíprocamente.

En este drama que está viviendo la humanidad, los pensamientos juegan el papel principal. Hay que saber preservarse, por tanto, de aquellos que, hiriendo la sensibilidad y hasta la misma naturaleza, pueden afectar seriamente la razón. Cada uno ha de ser consciente de lo que piensa, y, también, de la utilidad que podrían tener para él los pensamientos que están sirviendo de preocupación a todos los hombres de la tierra. Sería un error muy grave si se persistiera en seguir confiando en los demás lo que incumbe a todos por igual como deber y como capacidad de hacer; esto es, pensar por sí mismos buscando la solución de los respectivos problemas, tanto como lo permita la capacidad. Se recobrará así la confianza en lo propio, en lo que es de uno. Si esto se logra realizar, podrá evitarse el ser arrastrado por esas corrientes mentales —como el comunismo, por ejemplo— que buscan engrosar sus filas con los que no piensan, obligándolos a marchar, no por donde quisieran ir, sino por donde quieren los mismos que mueven esas corrientes. Quien se deje conducir por ese camino incierto

y azaroso no tendrá derecho a quejarse mañana de todo lo que pueda afectar su evolución y su vida.

Es preciso pensar; pero pensar bien, con fundamento, discriminando a ciencia cierta y con serenidad de juicio las situaciones, para saber cuál es el mejor camino a tomar. Si bien esto tiene una perspectiva externa en la vida de los seres humanos, existe, empero, otra de imperiosa necesidad interna: la de pensar en lo que uno es y puede llegar a ser siguiendo las directivas de la conciencia.

La vida no debe esterilizarse viviéndola rutinariamente, mecánicamente; requiere dársele cada día, y si es posible cada hora, un nuevo estímulo. En el hombre ha existido siempre, por ley natural, la inclinación a la posesión; poseer una cosa ha constituido en todas las épocas un placer, experimentado desde el momento en que se pensó en la posesión hasta su logro. Esto, naturalmente, da un contenido a la vida durante todo el tiempo en que se mantiene vivo el pensamiento de la posesión; se está bajo una sensación agradable y feliz que llega a presidir la vigilia y hasta el sueño, sobre todo, cuando se produce el acercamiento a lo anhelado. Obsérvese cómo mientras dura y se realiza la aspiración, el ser vive dichoso con tal perspectiva. Pero no todos saben situar su razón en el campo de la sensatez, y, con frecuencia, ocurre que se busca poseer aquello que, en rigor de verdad, no corresponde o no está en las manos o en la capacidad el poder lograr. En tales casos sobreviene indefectiblemente la decepción, estado que todo ser inteligente debe evitar.

Muchos hay también que, habiendo experimentado esas horas felices vividas hasta el instante de alcanzar lo anhelado, luego se desvían buscando lo ajeno; y es allí donde, lo que antes constituyó un tiempo feliz, se torna tiempo azaroso y lleno de torturas.

En realidad, la vida es un constante poseer; poseer cada día más, sin ambición; poseer lo que se va creando como capacidad de posesión. Si tenemos, por ejemplo, una casa pequeña y nos agradan los perros, y queremos tener veinte, treinta o cincuenta, nuestra casa se convertirá en una perrera y no podremos vivir en ella porque no habremos creado la

capacidad para tal posesión. Pero si nuestra casa fuese amplia, si hubiera en ella extensión suficiente para que los animales viviesen cómodos, sin molestar, sin hacernos imposible la vida, no habríamos creado un problema al poseerlos.

En general, si se tiene una actividad determinada y se quiere ampliar el campo de acción a otras actividades más, se deberá, primeramente, preparar y organizar el tiempo y las aptitudes a fin de no fracasar. Aparte de esto, en la experiencia, como el anhelo de posesión vigoriza la voluntad, siempre se logra predisponer el espíritu a mayores empresas; y así, aunque la preparación no haya sido suficiente, las nuevas actividades se cumplen corrigiendo los errores que pudieran cometerse. Casos análogos existen a millones; lo esencial es saber qué se quiere, y saber, a la vez, conservar aquello que va ingresando al patrimonio, sea moral, espiritual, intelectual o económico.

Siendo que la vida humana es un constante poseer, la mayoría ignora, sin embargo, cómo es posible cumplir este designio sin que cada posesión, en lugar de dar felicidad, produzca tormento y aflicción. Hay que crear para ello la capacidad de posesión. Hay que saber —repetimos— qué se quiere poseer, y saber, también, si tal posesión habrá de identificarse con la vida y ser fértil elemento para el cultivo de futuras prerrogativas. Hay que poseer, entonces, lo que brinde felicidad con proyecciones a lo eterno, para que ésta no sea efímera. Esta verdad, que es una ley que abre muchos principios, que toca todas las ideas, debe ser para cada uno el sol que alumbre los días de su existencia.

Si queremos poseer una idea para servirnos de ella y obtener felicidad, comodidad, alegría, etc., será necesario antes estar bien seguros de que cuando la poseamos habremos de saber ser leales a ella, dueños de ella, no haciéndola servir jamás a fines mezquinos e inferiores, porque dañaríamos esa parte de naturaleza sobre la que toda idea noble parece estar incrustada; y, dañándola, se produciría, como lógica consecuencia, el envilecimiento de la mente, mermando en forma considerable las prerrogativas para una nueva conquista.

Muchas veces se ha visto a personas sentir felicidad

mientras buscaban por todas partes del mundo la posesión de una estampilla, la que mantuvo viva en ellas la ilusión de lograrla; una vez en sus manos, estampada en un álbum, éste se cerró y terminó allí la posesión. Tal hecho constituye la negación de la posesión misma, porque toda nueva cosa que se posea debe enriquecer, desde ese momento, el acervo personal y cuanto forma la propia vida, acrecentando la felicidad, la alegría, y ofreciendo una nueva posibilidad.

He ahí, pues, cómo el hombre puede trazarse una norma de conducta, buscando en la posesión de algo que embellezca su vida o dé contenido a la misma, el vigor que tanto necesita el alma en los momentos difíciles y que tan sólo puede dársele la felicidad sabiamente experimentada y vivida, y la alegría y la confianza en lo que posee. No es dirigiendo la vista hacia aquí y hacia allá para decir: «Esto me gusta, y eso también, y aquello, y lo otro», como podría encontrarse placer para muchos días, sino que ese placer ha de hallarse en la seguridad de sentirse dueño de lo que ya se posee y en saber que aún se puede llegar a poseer mucho más, con inteligencia y buen juicio.

Para no ir más lejos, agregaré que cada uno trate de poner en práctica lo que acaba de escuchar; es decir, que trate de poseer algo más, a fin de que ello constituya para sí un estímulo. Aunque más no sea, principiase por una nuez: por algo se comienza. Y digo esto, porque es muy posible que no pocos hayan pensado poseer algo mucho más valioso que una nuez, olvidando que es necesario crear antes la capacidad de poseer, y saber ser dueño, después, de esa posesión; sobre todo, si se tiene en cuenta que en la nuez se halla la posibilidad del árbol. Y mientras la mente se prepara haciendo un buen enfoque de los pensamientos que determinan la posesión que se propone, el ser, estimulado por las perspectivas que ésta le abre, dejará de lado muchas cosas que en otras circunstancias le habrían preocupado y amargado, para que nada mengüe esa idea que se extiende hacia el logro de algo. Luego de alcanzarlo y de llegar a sentirse dueño de esa posesión y de otras más, aparecerá en él, configurándose como una ética superior, la necesidad de ser pródigo, de dar parte de lo suyo,

lo cual podrá llevar a cabo sin afectar en nada sus posesiones. Y son momentos felices los que experimenta el ser cuando es capaz de dar; es allí cuando se enaltece y se cubre de dignidad; esto, en la misma proporción en que se rebaja cuando pide sin haber hecho antes el esfuerzo de lograrlo por sí mismo.

A la vida hay que darle un contenido, y éste puede ser aumentado en su volumen por la calidad de las posesiones a que se aspire y por el número obtenido de las mismas. El conocimiento es una de las posesiones a que más debe aspirar el ser humano, ya que la posesión del conocimiento facilita la posesión de todo lo demás. Entonces, aunque en un determinado momento se pierda íntegramente lo material, se conservarán intactas las posesiones espirituales. Lo material, como dijimos anteriormente, podrá ser reconstruido, podrá ser nuevamente poseído; mas nunca caiga el hombre en la aberración de la exclusiva conquista material, porque le haría perder el patrimonio del espíritu, de esencia eterna.

Montevideo, 2 de marzo de 1946.

PRINCIPIOS ÉTICOS SOBRE CONVIVENCIA HUMANA

En los primeros tiempos acostumbraba a dar las enseñanzas teniendo en cuenta que vosotros, la humanidad, el mundo, os hallabais en vísperas de grandes acontecimientos. A todos estos acontecimientos me referí en muchas oportunidades, pero mis palabras, que anuncian lo que está más allá del presente, lo que se halla oculto a los ojos de la inteligencia por las nieblas del futuro, quedaron sin ser comprendidas, y aunque muchas de ellas fueron guardadas por los discípulos, no todos, repito, las comprendieron o presintieron su alcance. De ahí que desde hace algún tiempo haya debido ocupar mi atención explicándolas. En efecto, expliqué muchas, mas ni aun así fueron comprendidas, porque existe siempre en la mente una resistencia natural a admitir lo que escucha como reflexión superior; porque se piensa siempre que el tiempo o los hechos del futuro podrían modificar tales reflexiones. Pero lo cierto es que no fueron modificadas, y como en gran parte mis palabras han sido publicadas, ellas pueden hablar hoy con la misma elocuencia con que las pronuncié por primera vez.

Entre el anuncio de la profecía o inteligencia que escudriña el futuro, y la realidad del presente, hay una distancia que es necesario alcanzar; para alcanzarla es menester que transcurra el tiempo, y, en tanto éste transcurre, cada uno,

marchando a través de él, habrá de ir observando la verdad de lo que fue dicho.

Repetidas veces he debido internarme en el mundo en que vosotros estáis, para recoger los pensamientos que ambulan por doquier, sin que de ello os deis cuenta; para observar de cerca todas las cosas que allí existen; para luchar y conocer hasta aquello que, pareciendo insignificante, cobra una gran importancia cuando al ser descubierto pone de manifiesto su fuerza. Luego vuelvo una y otra vez aquí, al igual que a otras partes, a ofreceros el resultado de esas observaciones, las que os explican muchas de aquellas cosas antes inexplicables, aconsejándoos, cada vez, ajustar la conducta a la realidad de los momentos que está viviendo el mundo, la humanidad y todos vosotros.

Lo que acontece y lo que aconteció siempre en todos los momentos cruciales de la historia humana, es que el hombre no logra encontrarse a sí mismo, y, mucho menos, completar su vida con aquello que le falta. De ahí que se haya llamado al ser humano ente imperfecto, porque requiere perfeccionarse, es decir, llegar a completarse, pues no es más que un fragmento de una figura que es necesario terminar.

Esto sucede en todos; sean ricos o pobres, bellos o feos. Unos tienen lo que a otros falta, y lo que a unos falta otros lo tienen; y así sucesivamente. Mas el gran asunto reside en que nadie quiere dar a otro lo que tiene, porque pretende que lo que tiene es mejor que lo que a él le falta y otro tiene. Es en este verdadero laberinto de cotizaciones de los fragmentos humanos donde se encuentra la causa mayor de todas las disensiones, y, a la vez, de donde parte la equivocada posición de todos los seres, sin excepción, la que podría definirse con una sola palabra: incompreensión.

Esto se agrava aún por el hecho de que los hombres, por momentos, comprenden una cosa, y, después, manifiestan ignorarla o no comprenderla; y no habiendo seguridad en las acciones o en los pensamientos, no perdurando lo que debe ser permanente, la desconfianza toma cuerpo y se extiende como algo contagioso por todas partes. Pero hay más todavía; muchos han prestado o dado al semejante lo que a éste le faltaba y a

ellos sobraba, mas luego, por cualquier circunstancia, una pasajera rencilla, por ejemplo, se lo han vuelto a quitar, dejándolo otra vez, si no más incompleto, por lo menos falto de esa pieza que le era tan necesaria. Y así viene marchando la humanidad: dando y quitando sin llegar a completarse nunca.

No ha existido, por cierto, palabra alguna que recorriendo todos los ámbitos del mundo enseñara a los hombres estas verdades, razón por la cual han sobrevenido tantas calamidades en él, donde hoy, como ayer, como desde el principio, desde sus primeros albores, estamos habitando. Nada positivo, nada permanente en esta tierra, mientras no se fije en el ser humano el verdadero concepto de lo eterno; y lo eterno es lo que no cambia; lo único que no debe cambiar; aquello que cada uno consagra dentro de sí mismo como bueno, como justo, como bello.

Cuando los seres se acercan mutuamente, lo hacen atraídos por influencia simpática o afinidad —lo mismo digo de hombres como de pueblos—, y, durante el primer tiempo, unos a otros se prodigan afecto, respeto y los mejores deseos. Mas esto no dura mucho y sobreviene lo inevitable: el distanciamiento. Vuelven, entonces, a separarse, interponiéndose entre ellos distancias que antes no existían, pues no fueron capaces de conservar lo que en un momento apreciaron justo, natural, agradable o necesario.

Voy a señalar a continuación una de esas imperfecciones o defectos que contribuyen a agravar las situaciones dentro de la vida de relación.

Como no existe en el hombre un verdadero control, una efectiva capacidad de concepción instantánea de los hechos y de las cosas, éste es sorprendido a menudo por sus propias reacciones, y, así, mientras el corazón, siempre pródigo, es largo en otorgar sus créditos, la mente, menos generosa, reacciona para cortarlos; este hecho lo tenemos visto en toda amistad desde que nace, y, también, siempre que son invocados los sentimientos del ser. Inmediatamente, en estos casos, el corazón saca su libreta de cheques y contribuye a hacer menos gravosa la situación del que hubo de expresar su precario estado, material o espiritual; pero tan pronto vuelve

a recogerse, la mente, reaccionando, extrae del bolsillo el cheque y lo destruye.

Y esto ocurre a diario también entre los pueblos. Lo estamos viendo actualmente en las grandes asambleas que se realizan en el mundo. Mientras el corazón de los hombres que deben resolver grandes problemas abre sus manos, la mente vuelve a cerrarlas. No hay posibilidad, en esa continua reacción entre la mente y el corazón, de que llegue a lograrse el equilibrio, pues para ello sería necesario alcanzar el dominio de lo justo y la penetración para determinar lo verdadero de lo falso.

Este es uno de los grandes problemas invisibles; de los problemas todavía no visibles para la inteligencia de aquellos que deben resolver los demás, planteados por las situaciones que promueven estas grandes transiciones por que debe pasar la humanidad.

La solución de los mismos no puede ser ajena al conocimiento de las leyes que rigen el Universo, y los hombres deben llegar a comprender alguna vez que, mientras no modifiquen sus propias condiciones internas, seguirán infringiendo constantemente esas leyes, las que dejan sentir luego su rigor castigando a la raza humana. Sólo cuando pueda volverse al cauce señalado por los grandes principios pronunciados al manifestarse la Creación, lograrán los hombres detenerse en esta loca carrera que los precipita al exterminio.

Dios ha hecho al ser humano para que éste le encuentre a través de una verdadera evolución consciente. Y encontrar a Dios es comprender su Creación; comprenderla por intermedio de todas las cosas que toman contacto con la conciencia. Es también colaborar en la gran tarea de ayuda mutua a fin de que cada uno halle sus fragmentos perdidos por el mundo, aquellos que faltan a la figura humana para llegar a ser completa, o sea, semejante a la imagen del Creador.

Muchas veces, observando detalles, pequeños detalles, he enseñado a descubrir grandes causas. Por ejemplo, he visto en una fisonomía humana un defecto que obligaba a la persona a quien pertenecía a sonreír con frecuencia para disimularlo. De este modo se hacía simpática, dando gracia a su expresión

mientras ocultaba, hasta hacerlo desaparecer, el defecto que la afeaba. He ahí cómo ese ser, inconscientemente, encontró dentro de sí un fragmento que estaba puesto al revés y que, por tanto, desfiguraba su fisonomía; posiblemente perdió ese fragmento por haber tenido mal carácter, lo que hizo que imprimiese en su rostro, en momentos de exasperación, un gesto que después no pudo borrar.

Un detalle como éste hace pensar que no solamente es necesario encontrar los fragmentos que faltan para completar la figura humana, sino que hay que cuidar mucho los que ya se tienen para no perderlos, pues, ¿qué haría el hombre, por ejemplo —y esto para materializar la imagen—, si le faltara una oreja y la encontrase en el momento mismo en que pierde su nariz?

Ahora, siguiendo con esta enseñanza, vayamos a otras situaciones que sin interrupción se presentan en la vida.

Por lo general, cada uno espera, sino todo, por lo menos el noventa por ciento de los demás, pareciéndole aún mucho ese diez por ciento que pone de su parte. Esta posición tan equivocada hace perder muchos afectos, muchas amistades y relaciones, a las que algunas veces se seguirá vinculado, pero sólo en apariencia. Así, pues, conviene más que el hombre ponga de su parte el cien por ciento en lo que a él atañe, confiándolo todo, de ser factible, a sus propias posibilidades. Ello le dará la oportunidad de poder servirse a sí mismo, y, excediendo todavía ese porcentaje, servir a los demás, pudiendo hacerlo en la mejor forma, cual es inculcándoles que pongan también de su parte el cien por ciento de sus posibilidades, ya que el gran dilema del mundo, desde el principio hasta el presente, y aun alcanzará al futuro, está en la lucha entre dos grandes: el individuo como figura humana, aquel que Dios creó sobre la tierra, y el colectivismo como símbolo de la animalidad, amenazando absorber al individuo. El uno es lo positivo, desde que existen en él una inteligencia y una manera de sentir que nadie podrá decir que se las dio, sino uno solo: Dios; y lo que Dios otorgó al hombre no puede modificarse sin que sufra la humanidad los más crueles descalabros. Para que el individuo pueda enfrentar al monstruo del colectivismo —lo negativo—, que trata de absorberlo y anularlo, debe

perfeccionarse, completarse; recién será invencible, cuando logre ser digno de transitar por la tierra como Dios quiso que transitara, viviera y se extendiera en la familia.

El hombre deberá moverse dentro del mundo sin pretender suplantar al semejante o quitarle su sitio, pues cada uno tiene el suyo, que puede ampliar sin molestar a nadie.

Hay que buscar, entonces, todos los fragmentos de imperfección que menguan la figura humana. Si entre esos fragmentos se encuentran algunos que suplantán aún la propia figura, deberán poco a poco destruirse; por ejemplo, si uno de ellos es el egoísmo, habrá que combatirlo hasta lograr eliminarlo y reemplazarlo por algo útil a la existencia y a los designios de la Creación. Si se halla el de la propensión a la holganza, será necesario destruirlo colocando en su lugar el fragmento que corresponde, o sea, el que llena el alma de vigor e induce a la actividad, a la acción y al constante movimiento, siempre signo de vida, cualquiera sea su manifestación.

Os he dado una clave para ir encontrando los fragmentos que faltan al ser para poder completarse a sí mismo; si os cuesta dar con ellos, con gusto he de venir a ayudarlos, abriendo vuestros entendimientos y haciendo vuestro juicio más claro y vuestra visión más profunda.

Dije hace unos momentos que, por una tendencia muy arraigada en el hombre, se espera siempre el noventa por ciento de los demás y aun ese diez por ciento que se ofrece parece mucho. Veo esto en todas las manifestaciones de la relación o vinculación humana; se cotiza en mucho más lo que se da que lo que se obtiene, y, naturalmente, ello promueve una constante lucha de apreciaciones, porque es lógico que, en tal situación, las partes que actúan no juzguen el hecho en la misma medida. Ahora, si invertimos la imagen, es decir, si el que recibe aprecia en su justo valor lo que recibe, no interesa ya en cuánto pueda estimarlo quien se lo da, y, por su parte, se crea a sí mismo una obligación moral a la cual, si es inteligente y apto, sabrá corresponder, al par que valorará con exactitud lo que sea capaz de dar.

Prosiguiendo con los motivos que surgen de la vida de relación, os hago notar que muchas veces se enfría el calor de

un afecto o de una amistad porque no se mantiene intacto el recuerdo del hecho que la originó. Voy a explicároslo, tomando por ejemplo a cuantos, en sus días de juventud, hubiesen dado todo lo que las circunstancias le hubieran exigido por alcanzar esto o aquello.

Miles o millones de leyendas que luego fueron fuente inagotable de novelas románticas, nos muestran lo mucho que el hombre sería capaz de hacer o de sacrificar por conquistar el cariño de la que en su corazón llama su bien amada. Y lo mismo, la mujer con respecto al hombre.

Plasmada la imagen ideal, constituida ya la voluntad para ser encauzada hacia el logro de esa aspiración, todo se va construyendo con hilos de seda y de marfil. Sobreviene luego la realidad, cuando uno y otro colman su aspiración y la imagen ideal comienza poco a poco a palidecer desapareciendo los hilos de seda y de marfil. Es que había allí plasmadas dos imágenes ideales: la de él y la de ella. El encuentro de ambos no fue el encuentro de las dos imágenes, y entonces, cada uno, tomando por su parte el pincel, la va modificando, porque, considerando a la suya muy superior, piensa que ha sido demasiado generoso.

¿Cuál es el pincel que comienza a moverse en la mano de ese artista incógnito que plasmó en el éter un cuadro que tan sólo él podía ver, admirar y adorar? La realidad; aquella que mostrando por una parte lo que es, ofrece la posibilidad de lo que puede ser, y sólo pide poner manos a la obra con el afán tolerante que perfecciona sin dañar lo que quiere modelar. Es éste, en verdad, un arte al que contados seres rinden culto; muchos lo intentaron, pero, a poco de empezar, la impaciencia, las exigencias injustas y después el desánimo terminaron por alterar la imagen dejándola semidestruida.

Pero algo queda siempre de esa imagen ideal: queda la fuerza del afecto, la fuerza del recuerdo, que en constante reviviscencia fija a cada uno su conducta. Esa parte de la imagen ideal es la que influye desde el momento en que los seres se desencuentran, se desconocen o se rechazan; desde el momento en que, por causas no muy graves, se suscitan disgustos, desavenencias o rozamientos. Es la que influye para calmar la

agitación, suavizar el error y aun para perdonar, porque cuando la imagen física, en los instantes de enojo se borra para los ojos que la ven, aparece mostrándose a esos mismos ojos la imagen ideal, revestida siempre de recuerdos, de afectos y de historia; de esa historia que juntos vivieron, participando de los días felices y de los días de dolor. Esa imagen es la que influye, y no otra, para que los seres se reconcilien y se reencuentren, estrechando sus espíritus en el amor de esa imagen.

Lo que ocurre entre los seres humanos, cualquiera sea su vínculo, y entre los pueblos, siempre tiene una causa que está más allá de las causas que se suponen. No es la última gota la que hace rebasar el vaso, sino toda el agua que lo llena, haciendo que una gota más no pueda caber en él. De modo que la causa no está en la gota, sino en las muchas gotas que contiene el vaso.

Como dije antes, cuando dos seres se conocen y se vinculan amistosamente, ambos son pródigos en atenciones; cada uno busca hacer más cómoda la amistad del otro. Pero más allá lo olvidan, y, materializando lo espiritual, convierten lo que es puro, noble y sublime, en ese tipo de espigas que no son para alimentar el cuerpo ni el alma, sino para barrer la escoria; convierten esa instancia de amistad que conceptuaban grata para el espíritu, para el corazón, para la vida misma, en una escoba, de la cual un dicho muy viejo dice, generalizando, que sirve cuando nueva, y después aparenta barrer, pero deja todo como estaba, o peor aún.

Sobreviene, pues, lo que inevitablemente acontece cuando se menosprecian las cosas que el uso desgasta. Los que gustaron un día de los placeres de una dulce amistad se deslizan por la pendiente de la indiferencia y comienzan mutuamente por desobligarse de las atenciones que antes se prodigaban, sin que por ello cada uno deje de pretender para sí mismo el mantenimiento permanente de esas atenciones que, como obligación, piensa que le deben.

La amistad —símbolo de hermanación leal de los espíritus—, que en el hogar se nutre en el amor o en el afecto, cuántas veces sufre el descuido de quienes luego buscan, sin hallarla nunca, la causa de sus desavenencias y hasta de

sus alejamientos. Es que la atención debe ser cultivada sin afectación, haciendo que ese rasgo gentil, que tanto atrae y obliga, se produzca naturalmente.

No debe olvidarse que la relación y vinculación entre los seres está constituida por una serie de cosas y hechos que se entrelazan. De nosotros depende que se mantengan como en el primer día que se establecieron, pues de lo contrario se destruyen; acontecerá lo mismo que con un sweater, cuyos puntos, al soltarse, irán destejiéndose poco a poco, no quedando al final más que una hebra como recuerdo del mismo. Este es el drama de la vida, del mundo, de la humanidad.

El temperamento humano es muy susceptible; pero en todos los seres existe una buena condición, la cual permite corregir errores, allanar dificultades y atenuar reacciones; esa condición es la que deja percibir al ser lo que otro ha hecho en su favor aunque no esté a la vista; la que hace que aprecie una atención, no por lo que ella pueda significar como valor material, sino como valor moral o espiritual. Esa condición se transforma en virtud cuando, receptivo el ser al bien recibido, contribuye a que se manifieste internamente la necesidad de corresponder a ese bien. Es entonces cuando se inicia nuevamente y se afirma ese intercambio de atenciones, el que, por ignorancia unas veces, por incapacidad para comprender lo que representa para la vida otras, se dejó de realizar, y que, como dije, tanto contribuye a suavizar las amargas que traen consigo los esfuerzos cotidianos.

El mundo es un gran campo de lucha; de lucha amarga y dura, que a menudo pone a prueba la resistencia humana. Cada hombre, podría decir, lleva consigo un drama permanente, y en la vida del hogar, es la mujer la que debe interpretarlo y comprenderlo, si es que ella no lo vive tan intensamente como él. Es un drama que el hombre no puede narrar, porque su sola reviviscencia podría sacrificar las pocas, escasísimas reservas de que a veces dispone para luchar al día siguiente; de ahí que prefiera muchas veces callarlo, ocultarlo, o alejarlo del ámbito familiar.

La mujer, como dije, debe comprender ese drama y participar de él buscando tan sólo aliviar al que lo sufre o al que

es actor del mismo, haciendo que encuentre en su compañía lo que no encontró, quizá, en la compañía de los demás. Allí comenzará la mujer a elevarse, a apartarse de la mujer vulgar, a ser aquella que sabe ver en la fisonomía del que llega, muchas veces con el alma destrozada, no al simple hombre que constituyó su hogar, sino al que lucha por mantenerlo y dignificarlo. Entonces el hogar se tornará dulce y tranquilo, y será el verdadero refugio donde cada uno encontrará la calma que en todas partes buscó sin hallar.

Acontece con frecuencia que tanto el hombre como la mujer olvidan su ubicación en el seno del mundo, de la humanidad, de su pueblo o de su familia; olvidan que la vida encierra, que debe encerrar otro significado mucho más grande que aquél engañoso que ofrece cuando se desenvuelve dentro de lo corriente y vulgar. Cuando esto comienza a comprenderse, la vida poco a poco se transforma, busca otros alicientes, y las luchas, amargas y difíciles, se soportan con más valor, más energía y más esperanza.

Cuando hablo ya sabéis que no lo hago sólo para vosotros, sino para todos los seres humanos, a fin de que hoy, mañana o dentro de un siglo, al leer lo que ahora os digo, encuentren algo útil para sí.

Os dejo un caudal de enseñanzas profundas; ya me diréis vosotros el valor que entrañan cuando logréis experimentar internamente la influencia de la verdad que encierran. Todas inducen a pensar por qué las enseñanzas de Logosofía tienden a despertar en la mente de los que se nutren con ellas el gran significado de la vida, y por qué una vez concebido ese significado es menester no apartar jamás la vista de dicha concepción, para que ella viva siempre junto a uno, pues, si muriera, habría muerto también toda posibilidad de superar y ampliar la vida hasta alcanzar su plenitud.

Montevideo, 10 de agosto de 1946.

POR LOS CAMINOS DEL PENSAMIENTO

El hecho de que estéis presentes en este momento en que celebramos el décimo sexto aniversario de la Fundación Logosófica, lo interpreto como un reconocimiento a los largos años de labor y a la verdad contenida en cada enseñanza que habéis escuchado en el transcurso de esos años. Si he preferido celebrar aquí este nuevo aniversario, es porque conservo de esta filial, unido a un cariño muy especial, muchos recuerdos forjados en el andar del tiempo; por ello es que me encuentro hoy entre vosotros, como si aquí mismo hubiera dado nacimiento a esta obra en la que he puesto toda mi vida, todos mis afanes y todo cuanto poseo y que aún no conocéis.

No todo consiste en enseñar, o sea, en transmitir simplemente una enseñanza. Para el que conoce los profundos misterios que se ocultan en la naturaleza humana, enseñar es crear; y para que esa enseñanza pueda ser comprendida, es necesario que exista en quien la recibe el campo propicio para que cumpla su cometido.

Sé muy bien que todos los que me escuchan no lo hacen con los oídos que muchos de vosotros ya conocéis. Al principio —y esto ocurrió a los que vinieron ayer, y seguirá ocurriendo a los que vienen hoy y a los que vendrán mañana—, quienes me escuchan lo hacen con otros oídos, vale decir, a través de lo que hasta ese momento formó su haber de conocimiento; por consiguiente, mi enseñanza no puede llegar del mismo

modo a todos. Unos buscaron la verdad por múltiples partes, otros destinaron mucho de su tiempo a actividades diversas, propias de la vida corriente; no es posible, pues, que escuche y comprenda mi palabra aquel que maduró su pensamiento en la ingeniería como el que lo hizo en la medicina o en el comercio o en la industria, la agricultura o la política, porque cada uno de ellos me escuchará con los oídos de su posición mental y tratará de comprenderme recurriendo a las reservas de ese saber que constituyó la preocupación de casi toda su vida. De ahí que haya tenido que trabajar tanto para que el ingeniero, el comerciante, el industrial y el político, el filósofo, el literato y el poeta, llegaran a escucharme con los oídos que ha ido preparando el Saber logosófico; los únicos que permiten comprender la enseñanza en todos sus aspectos y alcanzar el conocimiento, sin que interrumpen esa labor pensamientos extraños a la misma.

Es éste un principio que rige en cada circunstancia de la vida; os lo entrego para que lo uséis. Observad por vosotros mismos diariamente, cuando habláis con cualquier persona, y veréis que el oído con que os escucha no es siempre el mismo. Esto lo comprobaréis muy fácilmente. Habladle, por ejemplo, a alguien que se halle muy preocupado, de un asunto ajeno a esa preocupación, y comprobaréis que sus oídos, pareciendo escuchar, están oyendo otras cosas. Habladle a otro mejor dispuesto, y, al escucharos, lo hará con los oídos de vuestro propio lenguaje y os comprenderá. Esta es la causa de porqué existen tantas incomprensiones, pues nadie se toma el trabajo de observar con qué oídos le están escuchando cuando habla.

El principio mencionado, al usarlo y practicarlo beneficia y ahorra tiempo; no se pierde éste como cuando se habla a oídos que no escuchan o que lo hacen a través de un determinado pensamiento o de una preocupación.

Por lo mismo que existen en casi todas las mentes esos pensamientos y preocupaciones, pocos son los que al escuchar una palabra comprenden su contenido. Pero he ahí que mi palabra ha sido pronunciada muchas veces, y como en su fondo y en su esencia siempre es la misma aun cuando las figuras que exprese sean diferentes, tuvo la gran virtud de

hacer que la escuchara el oído con que debe ser escuchada: el oído preparado con el estudio, con la observación, y a través del constante contacto mantenido con quienes se hallan en las mismas condiciones. Ese oído —repito— hubo de requerir una preparación especial: la que da el convencimiento cimentado en la comprobación de la realidad que manifiesta siempre la enseñanza. Pero aun así, ese oído debe ser mantenido libre de interferencias, porque cuando se desatienden los deberes que se tienen para consigo mismo, el espíritu se desaliña, la mente se enturbia y el oído vuelve nuevamente a entorpecerse para la recepción de la palabra.

Yo aconsejo a todos los que en verdad quieren continuar esta labor de superación y de bien, no descuidarla un solo minuto de tiempo; de ese tiempo que antes de ahora no les fue posible brindar a esta preparación que no se logra en parte alguna, desde que la enseñanza logosófica explica con un realismo pocas veces visto lo que siempre resulta inexplicable a aquel que no acostumbró a su mente a pensar, a su inteligencia a observar y a su voluntad a mantener con constancia hasta alcanzar el fin anhelado.

En estos largos años he enseñado a pensar; he demostrado cuán útil es alcanzar por uno mismo las ideas. Y para ello he debido pensar infinidad de veces por vosotros, entregándoos mi pensamiento para sugeriros después cosas que vuestra mente se veía obligada a concebir como propias. Facilitaba así vuestra labor en la iniciación del pensamiento y hacía que comenzarais a pensar creando en vosotros una potestad que hasta entonces no teníais, porque en la vida corriente usabais, como tantos de los que viven en ella, el pensamiento ajeno; pocos son allí los que piensan, y cuando uno lo hace, los demás recurren a él para que les solucione los problemas que sus mentes son incapaces de resolver. Evidente egoísmo entraña esto, ya que, como el pensar cuesta trabajo, se prefiere la comodidad: que otros piensen para aprovechar uno el pensamiento del prójimo.

La vida es pródiga en episodios por la multiplicidad de aspectos que reviste el diario intercambio con las personas. Como no existen dos seres que puedan pensar exactamente

igual —aunque muchos crean lo contrario—, siempre hay, lógicamente, diferencias en el pensamiento, aun en el de los que nada piensan, lo cual promueve en unos y en otros una serie de inquietudes, desde que cada uno, sin quererlo o queriendo, ha confiado una parte de su sentir al semejante, ignorando si es correspondido con la lealtad que anhela para mantenerse firme en sus propios convencimientos.

Aconsejo que practiquéis diariamente la enseñanza en todos los campos, en todas las actividades. Descubriréis así en cada hecho, en cada pasaje, en cada detalle, el reflejo de la misma mostrándoos lo que ella os adelantara como previsión. Mirad también —os lo repito—, como primera providencia, con qué oídos sois escuchados. Si no es con los oídos leales del entendimiento, con los oídos del ser ávido de saber que encuentra en vuestra palabra un aliciente y una esperanza, cambiad de tema y buscad el más interesante para su oído; por ese medio iréis observando que para ser bien atendido tiene que existir un interés, y que no bien ese interés desaparece, la atención desaparece con él. Es innegable que para esto se requiere paciencia, porque la paciencia es creadora; creadora cuando a ella se unen la observación y el espíritu de iniciativa, que siempre cumplen una función edificante.

En la mayoría de las personas —ya lo he dicho— no hay disposición para pensar; esto es causa de que se escuche, por lo general, con indiferencia. Si la palabra no promueve en el que escucha un acto de verdadera actividad mental, en el cual se vea obligado a pensar, ésta se pierde en el laberinto de pensamientos e ideas que están dentro de su mente.

Todos habéis venido aquí atraídos por una enseñanza que os ha dado en promesa la seguridad de una vida superior por el perfeccionamiento y el cultivo del saber, y que ha fomentado en vosotros la noble idea de ser mejores; pero el logro de tal superación sólo es posible después de un tiempo, durante el cual se hace familiar y es tenida como propia. Es entonces cuando son suplantados los otros oídos, los comunes, por el oído logosófico; el oído del que comprende la enseñanza porque ha vivido mucho de lo que ella le ha mostrado, y porque la ha visto, la ha palpado y experimentado en numerosos instantes de la vida.

En el transcurso de estos dieciséis años de ininterrumpida labor, he creado en la mente de muchos ideas que antes no conocían; he promovido actividades hasta entonces ignoradas; he dado bases para un futuro mejor y elementos de defensa para los momentos cruciales que vive la humanidad. Señalé también, con marcada anticipación, hechos que ocurrieron después, y preparé a las inteligencias para comprender por qué suceden las cosas y cómo puede preservarse el ser de la contaminación del mal con sólo cultivar esta enseñanza y mantenerse siempre atento a cuanto pasa en torno a él. Espero, pues, que en los días futuros estaréis preparados para recibir conocimientos aún más profundos y más próximos también a la realidad que el mundo está viviendo.

Aparte de esta labor de alta docencia en la que estoy empeñado y en la que no descuido un solo instante sin haceros llegar mi palabra, de viva voz o escrita, realizo muchas cosas y demuestro, ya que lo hago a la vista de todos, que tengo actividades al igual que cualquier ser humano del mundo corriente. Días pasados alguien me preguntó por qué trabajaba tanto y en tan diferentes actividades, e inmediatamente le contesté: «Porque quiero dar el ejemplo a cuantos siguen mi pensamiento, ganando el pan con el sudor de la frente; viviendo las angustias de los que trabajan, al tiempo que estudio a los hombres en sus variadas características para descubrir dónde residen las fallas, los defectos y las dificultades que unos y otros se crean inconscientemente, y ofrecerles las soluciones más apropiadas».

Así es como he podido penetrar en muchos corazones, en muchas mentes y en muchas intenciones, y he podido ver confirmado lo que tantas veces os dijera: «No son los hombres los que obran mal, sino los pensamientos que, adueñados de sus mentes, los conducen por los senderos más tortuosos». Y viendo, a través de esta realidad, que los hombres se mueven según sus pensamientos, me pregunto: ¿Puede así hallar el ser humano alguna felicidad? ¿disfrutar de la paz que tan insistentemente reclama en momentos de aflicción, de lucha o de desesperación? ¿Quién dentro de él gobierna sus acciones y tuerce una y otra vez sus mejores anhelos? Los pensamientos

negativos, que accionan movidos por una fuerza ciega, y que, ocultos, sin ser vistos, cumplen una misión devastadora en su mente y le hacen vivir en constante zozobra.

Conforme sea el pensamiento que el ser tenga en su mente en el instante en que actúa, así será la conducta que observe. ¿Dónde está el ser humano, hombre o mujer, que pueda mostrar que es dueño de sí mismo y que nada tiene que reprocharse por lo que los pensamientos hayan hecho de su mente? Tarea de mucha paciencia, de mucha voluntad y de mucha fe en las propias fuerzas implica el logro de semejante capacidad.

Hay pensamientos que se dibujan en las fisonomías, pero hay muchos otros que no están al descubierto, y, sin embargo, accionan y mueven a todos los titeres de la mente sin que jamás se los vea. Calculad, ahora, cómo es posible llevar por la misma senda a todos los seres humanos, si en ellos no ha hecho eclosión el despertar interno ni se ha producido aún el acto consciente de pensar, que es lo más grande que puede haber dentro de la naturaleza humana. Pensando es como puede transmitirse la palabra, el pensamiento o la idea; y una palabra que ha sido pensada y que se usa para hacer un bien, es la manifestación y la prueba de que ha existido el acto de pensar, que es, a su vez, la primera manifestación del espíritu creador del hombre.

Desde que el hombre comienza a pensar por sí mismo, ya dignifica su especie; se aleja de la irracionalidad que constituyó y constituye la animalidad; siente el influjo de las fuerzas creadoras por efecto de su mente, que le conmueve frente al propio acto de pensar. Todos vosotros, sin excepción, habéis experimentado este acto, y todos, también, habéis sentido gran alegría al observar el resultado de ese mismo acto de pensar, que es hijo de la propia mente, de la propia inteligencia que lo fecundó; de ese acto que acerca al ser a Aquel que lo creó porque le permite comprender de qué es capaz.

La ejercitación de la mente en el acto de pensar —ya lo habéis comprobado— proporciona íntima y grata alegría, y cuanto más lo practiquéis, tanto más fácil os resultará y más cuidaréis de no ser influenciados, como lo fuisteis antes, por pensamientos que, sin ser vuestros, gobernaban vuestra mente.

La enseñanza logosófica tiende, justamente, a promover en la mente el acto de pensar; pensar, que es también observar, meditar, reflexionar y seleccionar. Ella tiene un poder sugestivo enorme, y ese poder es el que fecunda a la mente y la prepara para que pueda cumplir por sí misma su gran finalidad: crear sus propios pensamientos. Mas aquel que la escucha debe encontrar en esa sugerencia el secreto que la enseñanza encierra. ¿Cómo? Practicando y esforzándose en cumplir lo que, como en estos momentos, ella sugiere.

Pensad por vosotros mismos, pero hacedlo conscientemente, y no una u otra vez, porque la mente es como un reloj, y, como tal, debe marchar siempre en hora, para lo cual no hay que olvidarse de darle cuerda; vale decir, hay que poner en hora a la mente, o sea al día con la labor que debe cumplirse. Todo retraso perjudicaría y demoraría ese instante mejor que todos anhelan para sí.

El mundo pasa hoy por momentos difíciles debido a que —como dije hace tiempo— los hombres dejaron de pensar, y, cuando esto ocurre, es muy fácil arrearlos hacia cualquier parte, aun hacia los abismos o hacia el infierno. Como no piensan, lo mismo daría tocar una corneta para llamarlos que allá irían todos. Vueltos así al espíritu nómada, no les queda otra cosa que el exterminio, o sea la anulación completa del hombre racional que, teniendo conciencia de su existencia, deja de pensar y, por tanto, de existir como ser independiente, aunque vista un traje y se mire al espejo y al hacerlo crea que es un hombre. El verdadero hombre, el prototipo de la especie humana, aquel a quien se le llamó rey de la Creación porque fue hecho a Su Imagen y dotado del poder de crear, es el que cumple su misión, y, al cumplirla, se asemeja al Autor de sus días, utiliza todo aquello que le fue dado para superarse y, como causa primera, crea el pensamiento, ejercita el acto de pensar y es consciente de su capacidad de elevarse por encima de los que no piensan.

Os digo esto porque todavía habrán de sobrevenir horas difíciles. La mente que no piensa se halla indefensa, a merced de cualquier pensamiento; la mente que piensa conserva la integridad del ser, al que es muy difícil arrastrar hacia donde van los que no piensan.

Quien lea o recuerde hoy lo que dije hace muchos años, verá explicada esta recomendación y comprenderá el porqué de mi insistencia en que no se descuide el acto de pensar. ¿Cómo podrá conservarse lo que un día se estimó como bueno, si no se mantiene la conciencia de ese pensamiento? Pero sí se mantiene, cuando se piensa y se juzga conscientemente, afirmando dentro de sí los resultados.

Parecería, cuando insisto para que determinado conocimiento penetre y fecunde la mente, que hubiese algo, más allá, que los que me escuchan no pueden comprender. La explicación la he dado en múltiples oportunidades y es encontrada en lo que va ocurriendo al ser en el curso de la vida. Juzgue cada uno por sí cómo es su vida cuando piensa y cómo cuando no piensa, pero vigile, eso sí, mientras no piensa y también cuando piensa, y verá cuán grande es la diferencia.

No recuerdo si fue aquí, o en otra parte, que referí una vez un pasaje de mi vida; pasaje que se reproduce en todas las vidas y que, por lo general, pasa inadvertido. Dije en esa ocasión que conservaba nítido el recuerdo de todo aquello que me había sido grato, y que sentía hacia ello una gratitud inalterable, aun cuando se tratara de algo inanimado. Esto tuvo una virtud: resguardarme de infinidad de males. De ahí que haya dicho una vez que la gratitud agiliza el oído y hace sentir el mal mucho antes de que llegue. La ingratitud, en cambio, es una sordera espiritual que impide escuchar el peligro cuando se acerca y preservarse de él.

En pequeñas cosas, hechos, circunstancias, aparece con frecuencia la explicación de otras mucho más grandes, que, sin haberlas visto en pequeño, no podrían tener explicación.

Voy a narrar a continuación el pasaje o episodio a que me he referido antes. Me encontraba, siendo niño, en una estancia, y, como a todos los niños, me gustaba alejarme de las casas y correr por los campos. Un día, salí montado en un petiso con el propósito de ir hasta un río muy distante, para llegar al cual había que atravesar montes y sierras. A poco de andar encontré en el camino al capataz de la estancia acompañado por unos paisanos, quien, al verme, me preguntó amablemente a dónde iba; al contestarle que me dirigía al río, me dijo: «Para

llegar al río hay que pasar tres tranqueras; tenga cuidado, niño, porque por ahí hay hacienda mala, y cuando ve gente nueva es capaz de atacar». Yo había oído ya hablar de esa hacienda, pero, por efecto quizá de esa célebre reproducción mental del dedo tocando el tubo de la lámpara, decidí seguir mi camino. Las tranqueras que había que cruzar para acercarse al río eran de esas antiguas, cuyos palos horizontales superpuestos se insertan en los agujeros de dos postes verticales ubicados a ambos lados del camino. Al pasar por la primera, me acordé de la recomendación del capataz, quien me había dicho que la dejara abierta o con sólo el palo inferior puesto, por si me corría la hacienda. Cuando pasé la segunda, olvidé la recomendación y me alejé después de haber cerrado la tranquera con todos los palos; menos mal que oí muy cerca rebuznar a un burro, y, creyendo fuese un león o algo parecido, rápidamente me volví para sacarlos. Al pasar la tercera tranquera, ya próxima al río, también saqué los palos. Bajaba al valle cuando vi, de pronto, a la hacienda pastando tranquila. «¿Y a esto es a lo que llaman hacienda brava?», me dije, al tiempo que me decidía a pasar por en medio de ella. No había transcurrido un minuto cuando un toro enorme, que me pareció de veinte o treinta metros cúbicos, levantó la cabeza, me miró, y en seguida comenzó a correr en dirección a mí, y, con él, todos los demás. Entonces sí que vi el peligro, e, hincando los tacos en las ijadas de mi petiso, pasé como un bólido por las tranqueras. Viendo que llevaba ventaja, al llegar a la última, me detuve para cerrarla y detener así el paso de las bestias.

Pasado el mal momento, instantáneamente recordé al capataz. Me emocioné; me llené de ternura y comprendí cuánto bien me había hecho su palabra; una palabra humana, una advertencia... Recuerdo que cuando le referí lo ocurrido, me dijo: «¡Ah muchacho!; se ha salvado porque sacó los palos. Mi hijo fue muerto por esa hacienda». Comprendí, en ese instante, cuánto puede entrañar una palabra y cómo penetra cuando es dicha para hacer el bien; comprendí, también, que ese hombre había querido salvar en mí a su propio hijo, y esto jamás pudo borrarse de entre los tantos recuerdos que existen en mi vida.

Mirad, ahora, lo que encierran algunas palabras, y recordad cuántas veces habéis escuchado frases similares a las que dijera aquel hombre de campo, sin que las conservaseis en la memoria, por cuya causa debisteis pasar luego momentos angustiosos.

Yo guardo, para todos aquellos que de una u otra forma contribuyeron a hacerme más grata la vida, una eterna gratitud, y estampo en esa gratitud la lealtad con que conservo ese recuerdo, que jamás puede palidecer allí donde se encierra todo lo que constituye la historia de mi vida.

Recordar el bien recibido es hacerse merecedor a todo el que mañana puede sernos brindado. No olvidéis que cuando un padre da un consejo es porque ha vivido ya todo lo que ese consejo encierra, y que, al expresarlo, quiere evitar al hijo lo que para él fue motivo de sufrimiento o hubo de causarle daño.

Ved, pues, cómo las palabras llevan en sí fragmentos de la propia existencia, y ved, también, cómo ellas adquieren otro valor cuando llenan la finalidad para la cual fueron hechas, vale decir, para preservar del mal y para combatirlo, haciendo que cada día haga éste menos víctimas y produzca menos estragos en la humanidad.

Del mismo modo, vosotros debéis ser leales para con todo aquello que una vez mereció vuestro afecto, vuestra preocupación, vuestro interés o vuestra atención, y guardad gratitud hacia cuanto contribuyó a evitaros un mal o a hacer más llevadera y feliz vuestra vida, aun cuando no hayáis podido comprenderlo y valorarlo en todos sus alcances.

Esta verdad tiene una gran importancia, tanta que, podría afirmarlo, es esencial entre todas, puesto que forja la verdadera hermandad en el mundo, por el conocimiento del bien por el bien mismo. Vosotros, que no sois de piedra, que tenéis sentimientos y que con el conocimiento comenzáis a pensar conscientemente, podéis realizar la estupenda etapa de superación que se abre ante vuestros ojos como el mejor de todos los estímulos y el principal de todos los objetivos.

Montevideo, 11 de agosto de 1946.

EL CONCEPTO Y SU SIGNIFICADO ESENCIAL

Cuando las enseñanzas que la Sabiduría Logosófica imparte no son profundizadas en metódicas meditaciones por quienes las leen o escuchan, de hecho no pueden ser comprendidas en todos sus alcances y, menos aún, practicadas con miras a obtener los beneficios que brindan. Por esta razón es que son presentadas de modos tan diferentes, lo que las hace más accesibles al entendimiento. Facilitada por este medio la labor discernitiva, nada difícil resulta captar el significado real de la enseñanza y modificar aquellas imperfecciones que, sin ser muchas veces advertidas, son un manifiesto obstáculo para el desenvolvimiento espiritual y hasta integral del individuo.

Uno de los más importantes propósitos del inmenso caudal de conocimientos comprendido en el Saber logosófico, es el de volver al hombre hacia la pureza de los conceptos que, en las diversas épocas de la existencia humana, constituyeron la llave con la cual era posible que se abrieran los entendimientos, sobre la base, es natural, de la comprensión de los mismos, que debían ser inalterables para la consideración y el respeto de todos, sin excepción.

Los conceptos formaron siempre las verdaderas reservas morales de la humanidad. Sustentados en ellos, los hombres pueden vivir en paz e inspirarse mutua confianza; todo lo contrario cuando los conceptos son alterados: sobreviene la con-

fusión y el caos, ya sea en el ambiente mental del mundo, ya en el de los pueblos en los que acontecen tales alteraciones.

Antiguamente existía una tabla de conceptos, que Hermes llamó «Tabla de Esmeralda». Esos conceptos se elevaban a la categoría de principios por la fuerza que asumían ante la razón de los hombres que les rendían culto, el cual significaba para ellos la adopción de un género de vida que los encumbraba por encima de los demás.

La enseñanza logosófica tiende, precisamente, a llevar al hombre hacia el culto de esos conceptos, los que ha expresado ya de múltiples maneras y señalado como imprescindibles para que la vida de cada integrante del género humano sea digna de merecer el rango que le corresponde como principal entre todas las especies que pueblan la tierra.

Existen diversas clases de conceptos. A una de ellas corresponde uno de los menos conocidos o comunes, o, quizá, más difíciles de descubrir, y es el que se forma por la unanimidad de comprensión de un conjunto de personas. Si hablando de un tema cualquiera surge un motivo para discurrir, y las opiniones de los que intervienen coinciden, de lo tratado se formará un concepto, y, desde ese momento, todos compartirán dicho concepto y se habrán hermanado en un solo pensamiento. Si luego alguien olvida que participó de esa unanimidad y que afirmó su absoluto acuerdo con el criterio sustentado, hecho o, mejor diría, convertido en ley del conjunto, habrá traicionado, primero, a su propia conciencia, segundo, al concepto, y, tercero, a todo el conjunto. Ese concepto significa la clave de un lenguaje, porque merced a él cada uno sabe que existe en todos idéntica comprensión.

Lo que estoy hablando es aplicable a cualquiera de las esferas humanas. La lucha por el mantenimiento de los conceptos que fueron en un tiempo conquistados por los hombres en conjunto, es lo que promueve hoy tantas agitaciones en el mundo; la traición a los mismos los ha desunido, y mientras no vuelvan éstos a arrodillarse ante tales conceptos, no podrá haber paz ni unión entre los pueblos. Pero, volviendo a nuestra pequeña esfera, quiero hacer presente que, como creador de una enseñanza que busca en las mentes humanas

el instante oportuno de conducir los pensamientos hacia la consagración de los conceptos que fueron alterados a través de las épocas, he luchado e insistido incansablemente para que no se desviara el rumbo de dicha enseñanza, a fin de que ella pudiera cumplir su misión de prevenir a la razón de los hombres primero, e ilustrarlos después, sobre la enormidad del desvío sufrido y la necesidad de reintegrar en los altares del pensamiento la imagen de los grandes conceptos que fueron norte y guía de tantas generaciones humanas.

He de referirme también al concepto que se personaliza en el ser cuando éste es ya carne viva de los conceptos a los cuales rindió sincero culto y a cuya bondad debe la consideración y el respeto obtenidos de sus semejantes. Cuando esto acontece, los mismos conceptos impiden desviarse u obrar en abierta contradicción con ellos; pero, cuando tal impedimento no se verifica, el valor personal merma y el individuo queda totalmente descalificado. La falta de lealtad a ellos le habrá convertido, inconscientemente, en un ser común, en quien no puede tenerse ninguna confianza porque no ha sido digno depositario de sus dictámenes. Esto ocurre en los hombres, en los pueblos y en el mundo entero.

Cuando la humanidad que puebla un mundo se desvía y traiciona los conceptos que establecen el orden moral entre toda la comunidad, se desconceptúa y luego tarda en volver a merecer, de los mismos que la integran, la confianza y el respeto que antes le dispensaban.

Si se medita sobre esto con cierta profundidad, se advertirá que, para que los conceptos consagrados por el conjunto no sufran alteración alguna y eviten ser traicionados, es imprescindible que el conjunto se mantenga en estrecho y constante contacto con esos conceptos, por cuanto esa concurrencia permitirá que exista entre todos la libre y serena observación de las ideas, pensamientos y estados: psicológicos, mentales y espirituales, y, en nombre de esos conceptos, cuya fuerza, de esencia eterna, ha tenido la virtud de unir a muchos en una comprensión clara, terminante e indiscutible, cada uno podrá fortalecer su espíritu, renovar sus energías, cimentar su amistad y elevar de día en día el concepto de sí mismo.

La deserción de un miembro del conjunto significa su debilitamiento en la acción de los conceptos; sólo cuando el ser está presente, espiritual y físicamente, rodeando con los demás los conceptos, puede experimentar la alegría y la satisfacción de saber que lo que un día fue blanco para todos, sigue y seguirá siendo blanco; y aquel que pretenda cambiar su color tendrá que derrumbar la fuerza de esos conceptos; para lo cual habrá de presentar otros de mayor valor o más grandes, y afrontar la interrogación de todos los que permanecieron fieles a aquello que un día él consagró en su propia conciencia con un nombre: el mismo con que lo consagró todo el conjunto, a semejanza de él.

En este instante acude a mi recuerdo una vieja leyenda, quizá tan vieja como la humanidad misma. En cierto lugar del mundo se perdió una vez un niño. El padre lo buscó por muchas partes. Un día, ya cansado, rendido, llegó a un pueblo. Había allí una multitud de niños festejando una fecha. Cuando el padre explicó al alcalde el motivo de su largo peregrinar, éste le dijo: «Ved ahí cuántos niños hay. Si alguno de ellos es vuestro hijo, probadlo y con vos se irá». Rodearon los niños al padre que había perdido a su hijo, y él, en voz alta, pronunció un nombre. Con gran sorpresa de todos, de entre la multitud se escuchó una voz: «¡Padre!... ¡Yo soy!». Y este niño tenía ya otro nombre: el que le pusiera aquel que lo había recogido; mas su verdadero nombre fue escuchado por él desde el fondo de su corazón.

Puede decirse, con plena convicción, que con los conceptos acontece exactamente igual: ellos acuden al llamado de quien les dio vida y los consagró como tales, y vano será que intente nadie cambiarles el nombre. Cuando la voz que los llama es aquella que les infundió la vida, los conceptos se erigen para decir: «¡Yo soy!», libres de toda mancha.

Una de las principales causas, diría más, la causa principal de toda desorientación, reside en el desvío de los conceptos. Cuando el hombre se aparta de ellos, inmediatamente sobreviene la desorientación, que es la que impide que la visión interna advierta la ausencia de seguridad en el rumbo tomado y, asimismo, el extravío en la acción de llenar el vacío dejado por los conceptos.

El culto de los conceptos —ya lo dije antes— es lo que forma el patrimonio moral de los hombres.

Los conceptos no nacen obedeciendo a leyes antojadizas; nacen de una concepción, y toda concepción tiene su origen en una ley.

Si bien en el primer caso que he señalado, el conjunto puede consagrar un concepto, no hay que olvidar que ese concepto debe regir la conducta del conjunto; por ejemplo, si diez voluntades se afirman sobre la comprensión de realizar determinada cosa, tal determinación regirá, desde ese momento, la conducta del conjunto, puesto que sus integrantes tienen que conducir la voluntad a la consumación de esa imagen que prometieron llevar a cabo.

Si alguien, entre los presentes, puede rebatir este principio que acabo de manifestar, me sería muy grato poder mantener una discusión sana, amplia y generosa sobre el tema.

Todo concepto admitido debe regir, pues, la conducta de quien lo admite. La consagración íntima de un concepto es, implícitamente, un juramento.

En tiempo de Hermes, cuando se reunían sus más allegados discípulos, se efectuaba la siguiente ceremonia: una vez ubicados y sentados en sus respectivos sitios alrededor de una larga mesa, siete de ellos iban en busca de un arca que contenía la «Tabla de Esmeralda», es decir, la Tabla de los Conceptos. Ya colocada sobre la mesa, todos se ponían de pie y, mirándola, hacían un examen de conciencia; acto seguido cada uno consignaba sobre un papel sus errores, las faltas cometidas contra esos conceptos, consciente o inconscientemente o por descuido, y, luego, guardaba ese papel, que le servía de guía para sus futuras actuaciones y para orientar su vida. Después de esto volvían el arca a su sitio y se retiraban en silencio.

Esta sencilla ceremonia tenía además la virtud de poner en evidencia, entre los presentes, al que faltaba a la reunión; y, cuando esto ocurría y el hecho no era debidamente justificado, quedaba como si el ausente hubiese atentado contra la Tabla de los Conceptos, aunque más no fuera por no haber cumplido con esa cita espiritual.

Un concepto que quiero señalar al paso, precisamente en estos momentos en que existe el peligro de que los hombres se aparten del mismo y sobrevenga la más espantosa de las desviaciones humanas, es aquel que fuera consagrado por casi todos los pueblos del mundo como algo que jamás debía ser alterado: el concepto de la amistad. Este concepto se ha debilitado, no sólo entre los pueblos de la tierra, sino en los pequeños núcleos de hombres; ello será, sin duda, la causa ineludible de malas consecuencias para el futuro.

La amistad, ya lo he dicho, y es común al entendimiento de todos, nace de la simpatía mutua, pero, muy especialmente, de la similitud de ciertos pensamientos que mueven e inclinan a unos y a otros hacia más o menos iguales preferencias. Cuando la amistad se hace concepto entre las partes de un conjunto, ese concepto, vuelvo a repetir, las rige a todas. No puede ninguna de ellas entrar a hacer de esa amistad un uso particular, diferente del que haga el conjunto o la parte con la cual ha trabado amistad, por cuanto estaría abusando de la generosidad del concepto, al cual debe rendir el culto de su lealtad.

Cuando a los hombres no los une la amistad, es porque algo impide su acercamiento y los separa; y, cuando la amistad no existe, tampoco existe el aprecio ni pueden inspirarse confianza entre ellos.

No habiendo amistad, la reserva recíproca es un hecho lógico; pero cuando ella une a los hombres en disposición de generosa tolerancia, auxilio y colaboración mutua, toda reserva, todo aislamiento, conduce al debilitamiento de esa amistad y el concepto sufre por el mal uso que de él se hace.

He visto cómo padece y se resiente la amistad cuando quien ha hecho de ella un culto y la prodiga sin traicionarla jamás en sus naturales impulsos de expresión no es correspondido con la franqueza, la lealtad, la claridad y la sencillez que cuadra al concepto. Inevitablemente, en estos casos sobreviene la duda; el ser sufre y se esfuerza por conservar dentro de sí la pureza de esa amistad, mas, al final, la no correspondencia reiterada provoca la reacción, y es allí donde la amistad se rompe y surge la enemistad. He pensado repetidas

veces en esto y observado que, si los seres humanos prestasen más atención a los deberes que contraen unos con otros, evitarían para sí muchos sufrimientos, muchos tropiezos, y conservarían muchos amigos.

Aconsejo, pues, a todos los que me están escuchando, reunirse periódicamente en torno a la Tabla de Conceptos que he dado a conocer, y, como en aquellos tiempos a que me he referido, ponerse de pie en el momento en que son colocados sobre la mesa, meditar sobre los mismos y recordarlos haciendo que rijan permanentemente la propia conducta.

Buenos Aires, 13 de noviembre de 1946.

EN TORNO A LA META IDEAL

Cada ser humano marcha por la vida en pos de una meta ideal; ideal porque las ideas, lógicamente, son las que constituyen, o construyen, mejor dicho, el puente que une el mundo físico con el de la ideación. Quien vive sin un ideal, lleva la muerte sobre sus hombros.

El ideal es aquello que cada uno forja como poderoso estímulo para lograr lo que se propone. Si ese ideal es superior, el espíritu ascenderá a medida que el ser avance hacia las metas superiores que le señala el mismo ideal; si es inferior, sus pasos se encaminarán hacia metas inferiores. Cuando el ideal es superior, el hombre lucha, se empeña y se sacrifica por conquistar, día tras día, una parte del ideal forjado, y si éste abarca su propia vida y aún mucho de lo que le rodea, la ley le exige no descuidar ni una sola partícula de cuanto está comprendido en él. Podrá, eventualmente, demorar la atención que ese ideal requiere, pero nunca olvidarlo, y menos, despreciarlo.

Mientras se desarrolla el proceso trazado por un ideal superior, se presentan al hombre múltiples ocasiones para efectuar observaciones de importancia. Las experiencias constituyen, quizá, el más grande valor, y quien no se detiene frente a ellas, presentes o pasadas, para extraer las conclusiones que habrá de aplicar en sus futuras actuaciones, de hecho detiene o retrasa su evolución.

Cuando se va en pos de una meta ideal, prudentemente

debe pensarse que, si unas veces los pasos serán fáciles y ligeros, otras habrán de ser difíciles y penosos, y que sólo el recuerdo de experiencias pasadas, de lecciones recibidas, podrá auxiliar en esos momentos. He ahí por qué la pretendida suficiencia ha perdido tantas veces a los seres humanos: suplieron el recuerdo de lo verdadero con el falso recuerdo, y así, muchas cosas que en sus orígenes tomaron de fuentes generosas o de experiencias que la benevolencia de otros les enseñó a comprender, se les presentaron como propias, es decir, como nacidas de su propia fuente de inspiración, lo cual, en lugar de solucionar su situación, la agravó, pues tales cosas no tienen consistencia alguna. Esto es lo que acontece a aquellos que, sin tener la preparación que exige la ley para sostener una naturaleza sabia, se colocan en la posición mencionada.

Los pichones que se lanzan a volar dejando el nido antes de tener las alas emplumadas, corren el peligro de caer y golpearse la cabeza. Podría objetarse que, si no hicieran ese ensayo, no aprenderían a volar; pero lo cierto es que el ensayo prematuro suele costarles la rotura de un ala, de las patas, de la cabeza, etc. Muy diferente resulta cuando las aves-padres los conducen, primero, de ramita en ramita, luego, de rama en rama, prolongando más y más las distancias a medida que los pichones, lejos de debilitarse, cobran fuerza, pues un día, con la arrogancia propia de los pájaros que han cumplido el proceso de su desarrollo, lograrán efectuar ya magníficos vuelos, sin peligro de caer rendidos por el cansancio u otras causas.

Admiro siempre a quien pone en todos sus actos el empeño, la buena voluntad y el gran anhelo de superación, buscando ser en cada momento y en cada circunstancia el responsable directo de los mismos. Cuando el hombre trabaja inspirado en el bien y en la superación, debe cuidar mucho que nada afecte a otros por su causa. Esta debe ser una de sus preocupaciones básicas toda vez que emprenda una obra y exista alguien más que él para trabajar y realizar la obra emprendida. En esta forma, se colocará en el concepto general tal como lo anhela y como se lo ha dictado su corazón. Pienso que ésta es una de las mayores responsabilidades, la que hace mantener una vigilante atención, más sobre lo que pudiera

afectar a los demás, que a uno mismo; y esto no sólo en las obras que se emprenden, sino también en los movimientos que se llevan a cabo en todos los órdenes de la vida diaria.

Sea cual fuera el ambiente en que el ser actúe, debe tener muy especial cuidado de que no sea tan sólo una parte de sí mismo o un fragmento de su persona lo que frecuente tales ambientes, sino él en su integridad: todo cuanto se es, moral, física y espiritualmente. Señalo esto porque pocas veces el hombre lo tiene en cuenta; en cambio, sí lo tienen en cuenta quienes están en esos ambientes y siguen las huellas de sus pasos, proceder, conducta, pues todo esto forma en conjunto lo que él es, el concepto de su persona, que es el que con mayor elocuencia se pronunciará siempre en su defensa.

En mi andar por el mundo he invitado con frecuencia a los que me rodeaban a seguir conmigo un trecho, durante el cual les hacía observar, experimentar, actuar, explicándoles a un tiempo hechos y circunstancias que surgían del contacto directo con mi vida. Si esto hacía, no era más que para ilustrarlos y para que bebieran, en la misma fuente de origen, enseñanzas que no podrían aprender en los libros, porque, de hallarlas, tardarían mucho tiempo en advertir por ese medio los tantos pliegues y detalles que constituyen un conocimiento o verdad. Naturalmente que, si me he detenido a veces dando lugar a que se aproximaran a mí y vieran más de cerca las experiencias que se producían, ha sido para que cada uno pudiera acelerar un tanto el ritmo de su marcha y avanzar con mayor seguridad, al comprender mejor el proceso de su propia evolución consciente, pues de otra manera resulta difícil y hasta lento el ya dificultoso caminar por la senda de la vida.

Recuerdo haber aconsejado, en variadas ocasiones, caminar ni muy rápido ni muy lentamente, ni tampoco extendiendo el paso más allá de lo que dan las piernas ni acortándolo hasta reducirlo al paso de un enano. Los extremos son siempre perniciosos. Debe buscarse en todo momento la proximidad de lo normal, del equilibrio y de lo justo, y no está demás que, de tanto en tanto, se susciten, como necesidad natural, diálogos entre la mente y la conciencia, desde que no siempre ambas están de acuerdo.

Siempre doy las enseñanzas haciendo que ellas penetren en las vidas, en los corazones, en las conciencias de quienes me escuchan; y luego, tras un silencio, tras una espera, si no observo esa natural reacción que debe sobrevenir, reacción de estímulo, de entusiasmo, y también de ansiedad por conocer nuevos detalles de la enseñanza, dirijo mi atención hacia otros puntos, hacia otros seres, brindándoles las mismas oportunidades. Nadie podrá negar que he enseñado muchas cosas; muchas de esas cosas que el hombre no puede aprender en ninguna parte, a menos de tener suficiente longevidad como para vivir cientos o miles de años y redactar un volumen propio en el que se consignen los conocimientos derivados de esa larga vida.

Espero reuniros dentro de poco para hablaros sobre algo que quedará como una de las grandes enseñanzas por mí vertidas desde que comencé esta obra de superación humana, y, en tal oportunidad, me detendré, posiblemente, en ciertos pasajes, circunstancias y detalles, que servirán de norte y guía para todos.

Relataré a continuación un episodio interesante. Una vez, encontrándome en un lugar brindando enseñanzas, aludí a situaciones, estados y actitudes, que uno de los presentes identificó como ocurridos a él. Al manifestarme, y ello en tono de broma, que me había expresado en contra suyo, le contesté que lo había hecho sólo contra lo que, dentro de él, atentaba contra él mismo, contra su vida, su concepto y contra todo lo que él era. Así lo aceptó y comprendió, o por lo menos aparentó comprenderlo. Posteriormente le expliqué que no me había dirigido a él, pues los casos se repiten y las enseñanzas no son exclusivas para nadie, sino para el mundo en general. Impresas ellas, ¿alguien sería capaz, acaso, de decir hasta dónde pueden llegar y quién puede recogerlas? Después de un tiempo, ocurrió que el que intervino en este hecho, cegado por la fatuidad, fue alejándose por causa de aquellas cosas que le había señalado como enemigas de su ser y con las cuales se había identificado, malogrando, en consecuencia, sus propósitos de mejoramiento.

Volviendo a los pájaros, referiré una leyenda mitológica

que en estos momentos acude a mi memoria. Una gran ave encontré cierta vez con otras de su misma especie, que discutían acerca de quién de ellas podía alcanzar mayor distancia sin cansarse. Oyéndolas, la gran ave las invitó a seguirla y todas volaron detrás. Dice la leyenda que, cuando las aves comenzaban a dar signos de cansancio, la gran ave extrajo de entre sus plumas dos flamantes alas, con las que continuó volando mientras las demás iban cayendo rendidas de fatiga.

Fácil será encontrar el significado de esta leyenda, si se piensa que no todos poseen los mismos recursos, y que es lógico que pueda más quien con más recursos cuenta. Por consiguiente, aquel que tiene más inteligencia, más paciencia, etc., tendrá una capacidad de vuelo mayor que los demás, y siempre contará con un par de alas de repuesto.

Aquel que no observa en la vida diaria los movimientos que en ella acontecen desde que se levanta hasta que se acuesta, pierde oportunidades magníficas para ensanchar su entendimiento, puesto que, teniendo todas las cosas un extraño parecido, una extraña similitud, aun las más distantes en semejanza, si aplica el conocimiento obtenido y aguza la inteligencia, logrará penetrar en el fondo mismo de esas cosas, las que, sin excepción, interpenetran la vida del ser y, a su vez, están ligadas a la vida universal.

Días pasados, contemplando los sillones de mi escritorio, los noté algo maltrechos, gastados, y pensé: «Si los uso y me sirvo de ellos, y permito, asimismo, que sirvan a mis semejantes, mi deber es conservarlos en buen estado». Pensé, también, que un arreglo sería la compensación a la utilidad que durante tanto tiempo me habían prestado. Sucedió que, después de una prolija reparación, los sillones quedaron como nuevos, listos para servir quién sabe por cuánto tiempo más. Invertí en ello algún dinero, pero con gusto, pues debía dar algo por esos sillones que me permitían sentarme, y, al mismo tiempo, sentar a muchos otros. ¡Cuántas cosas podrían tener la misma enseñanza surgida de los sillones!

Recuerdo aquí un dicho que oí una vez de un viejo conocido: «Al caballo, como al amigo, para sacarlo bueno no hay que cansarlo». Esto sugiere, como reflexión, que todas

las cosas deben merecer nuestra atención, nuestro respeto y, en especial, nuestra reciprocidad en cuanto al beneficio que de ellas obtenemos, si generosamente nos brindan una oportunidad de bienestar, de felicidad o de utilidad, en la marcha hacia la meta ideal que nos hayamos propuesto alcanzar.

Pasando ahora a otro punto, haré la siguiente referencia. Cuando el hombre tiene la sensación y la seguridad de poseer el dominio del tiempo, que es lo que le permitirá cumplir con los altos deberes que le impone la superación de su vida, todo es posible para él. Lo malo, lo terrible, es cuando no dispone de tiempo, pues una vez que éste se ha ido, ya no podrá recuperarlo, teniendo entonces que echar mano del tiempo futuro; mas he aquí que, como ese tiempo futuro viene trayendo otras series de alternativas por las que el hombre deberá pasar, no siempre podrá distraerlo para reponer el tiempo pasado en cuanto se refiere al cumplimiento de los deberes que corresponden a ese tiempo, ligados siempre a hechos y circunstancias, que, de repetirse, crean nuevos deberes, y, a veces, aun mayores.

Si en el ser humano no existe la conciencia de lo verdadero, la vida fluctúa entre la realidad y la ficción, y, de continuo, éste es inducido a obrar en sentido contrario a su propia inspiración. Acontece así porque, hallándose la inspiración en el plano de lo ideal, es necesario estar en permanente contacto con ella para poder marchar por la senda de la realidad, sin desviarse nunca hacia la de la ficción.

Buenos Aires, 25 de noviembre de 1946.

INFLUJO DE LA VIDA SOBRE EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA

Cada vez que visito esta Casa tengo la sensación de venir de otro mundo; y efectivamente es así, ya que ni vosotros sabéis cuándo me alejo ni cuándo he de volver, ni tampoco yo podría deciros en qué fecha habré de regresar. De modo que siempre, entre uno y otro viaje, se abre un paréntesis que puede durar días, años o siglos. Es por esto que dije que tenía la sensación de venir de otro mundo; y es así, lo vuelvo a repetir, pues mi mundo mental es diferente del vuestro; tan diferente que a veces siento como si me encontrara dentro de una enorme vitrina, a través de la cual todos pueden ver cómo trabajo, cómo lucho, en fin, cuanto hago, aunque sin comprender ni tampoco descubrir la exactitud de mis movimientos y sin que muchos de los que me observan puedan explicarse por qué no consiguen imitar mis movimientos ni seguirme a través de las luchas, de la actividad y de todos los pensamientos que pongo en marcha para que sean seguidos por los demás.

Os he enseñado a crear el mundo mental, el mundo propio, al que hay que acostumbrar primero al temperamento, a fin de poder vivir en él, y luego, a todos los pensamientos que quieran habitarlo. Pero es necesario que ese mundo mental no se aísle, sino que tome contacto con otros mundos mentales, y que ese contacto sea de armonía, de paz y no de antagonismos ni reacciones contrarias a la naturaleza sana y noble del espíritu humano.

Vivir porque sí es muy fácil; todos lo pueden hacer, sin experimentar más inquietudes que las que se promueven a las horas del almuerzo y de la cena, y a las horas del descanso, cuando el cuerpo siente la necesidad de colocarse en posición horizontal. Sin embargo, nadie debería ignorar que aun en esa posición hay que acostumbrar a los pensamientos a permanecer de pie, pues ellos no necesitan reposar desde que no se cansan nunca. Cansan en cambio a la mente, y ese cansancio, que se extiende luego a todo el ser, puede, incluso, alcanzar a los pensamientos. ¿Y qué acontece en esos casos? Que los pensamientos se hacen remolones, y cuando el ser solicita su auxilio, tropieza con mil excusas porque no pueden servirle, viéndose precisado, entonces, a buscar otros pensamientos y a crear nuevas actividades si quiere cumplir sus propósitos. Por esto decía que, aunque se esté en posición horizontal, aunque la cabeza repose sobre la almohada, los pensamientos deben estar de pie, siempre vigilantes y activos.

La vida no debe concluir como concluyen las horas del día, agonizando en un atardecer. La vida tiene que ensanchar sus horizontes; hacer largas las horas de la existencia para que el espíritu, encarnado en la materia, experimente la grandiosidad de su creación. Para ello tiene que renovarse en el pasado y en el futuro. En el pasado, reproduciendo constantemente en la pantalla mental todos los pasajes vividos con mayor intensidad; en el futuro, pensando en lo que aún queda por hacer, en lo que se ha pensado hacer, y, sobre todo, en lo que se quiere ser en ese futuro. Y cuanto más gratitud experimente el hombre por lo pasado, cuanto más gratitud guarde por las horas felices vividas en él, así como por las de lucha o de dolor, que siempre son aleccionadoras, tanto más se abrirá su vida a nuevas y más grandes perspectivas de realización.

No concretéis, pues, vuestras aspiraciones a las cosas limitadas, que no conducen más que a fugaces momentos de satisfacción. Llevad vuestro pensamiento a través de todos los ámbitos de la Creación y buscad en cuál de ellos habéis de actuar, y así habréis de experimentar los goces de la existencia por la naturaleza misma de vuestras reacciones internas. Cumplid el plan de evolución, conscientes de que llegaréis

gradualmente a concepciones mayores en el conocimiento que se ha abierto a la inteligencia humana, y veréis cómo surgen de pronto estímulos poderosos que llevan a realizar cosas jamás soñadas y que dan la seguridad de su realización; pero debéis conservar siempre la serenidad de espíritu, el recuerdo de lo prometido a vosotros mismos para el logro de vuestros propósitos, porque si comenzáis por no cumplir con vosotros, ¿cómo habréis de cumplir con los demás?, ¿cómo habréis de cumplir con Aquel que os ha dado todas las posibilidades para semejaros a Su Imagen?

Es necesario, pues, no pasar por alto las enseñanzas, porque ellas contienen claves de inestimable valor para comprender los misterios de la Creación y los del ser.

Muchos tropiezan con una gran dificultad en su relación consigo mismos: no saben si tratarse de usted o de tú; y es seguro que, cuando se enojan, se tratan de usted, y, cuando se reconcilian, de tú. Es natural que tal dificultad exista, si el ser no ha llegado a conocerse bien. Lo común es darse excesiva confianza; en estos casos, el que está adentro hace uso de esa confianza, mas luego sobreviene la ruptura de relaciones. Preferible es, entonces, que el trato consigo mismo sea cada día más íntimo, y, a fin de lograrlo, habrá de conocerse mejor. En esta forma, al hablar con los demás se evitará ser desmentido desde adentro, mientras se expresa un pensamiento. Acontece a menudo que al que no dice verdad se le conoce en los ojos; esto ocurre porque el que se halla adentro está denunciándole. ¡Cuántas veces, en tanto la mente habla, el corazón, por los ojos, la está desmintiendo! Conviene, por tal causa, establecer una armonía entre mente y corazón; poner a ambos de acuerdo; y si una u otra vez la mente echa una mentira, que en las demás no deje de atender los consejos del corazón.

Es tan inagotable este tema del hombre... Ha hecho él tantas cosas...; tantas cosas mal hechas que, con ellas, habría para llenar millones de enormes volúmenes.

Hace poco alguien me dijo que el mundo parecía por momentos un infierno. «En efecto —le contesté—; pero hay que ser más vivo que el diablo para no quemarse en él y, aun, transformar las llamas de ese infierno en adorables caricias».

Con mucha frecuencia se oye decir también que «la vida es un infierno». Y es lógico que así sea, ya que contados son los que se acuerdan del cielo. Por ello, la única forma de que el hombre lo recuerde es haciéndole vivir un poco en el infierno en que está sumergido, porque desde allí comenzará a reflexionar y a pensar en el más allá y en el más acá, y en muchas otras cosas; y, así como pasó tanto tiempo sin recordar a Dios, desde ese infierno su recuerdo acudirá a él con insistencia, y allí, en el dolor y en la angustia, aprenderá a llamarlo y a pronunciar su nombre, ya no en vano, sino por necesidad verdadera; a llamarlo como debe ser llamado, sentidamente, bajo la garantía de un recuerdo permanente, de un ofrecimiento constante de la propia vida a su Creador. Recién entonces Dios le escuchará y transformará el infierno donde vive en un paraíso de felicidad.

Todas las leyes universales están estructuradas sobre bases eternas. Ellas castigan a quienes las infringen, mas se mueven tan pausadamente que no se nota cuándo lo hacen. Nadie advierte el movimiento de las leyes hacia el castigo, y cuando ello es percibido, la ley ya se ha movido sobre toda la humanidad, castigándola sin excepción para que cada uno recuerde que las leyes universales no deben violarse. Unos reciben el castigo por la infracción, y los que no, para que tengan presente que no deben incurrir en ella. Es preciso, pues, evitar el desánimo por las cosas que ocurren, han ocurrido o puedan ocurrir en el mundo. Hay que encararlas con valentía, puesto que si estuviéseis bajo tierra, por cierto que estaríais muy tranquilos y no os preocuparíais por lo que ha acontecido ni por lo que acontece o habrá de acontecer; mas como estáis encima de la tierra, con mayor razón, ya que aun podríais estar llamados a ser testigos de cosas muy grandes. Entonces, ¿puede ser esto motivo de desánimo, de disgusto o de temor? No; no es posible.

Forjad cada uno, por adelantado, la imagen de la imper turbabilidad y proseguid vuestro camino sin deteneros. Cubrid las etapas con valor, con empeño y con alegría, pensando siempre en conducir los pasos, todos los pasos, hacia el bien, hacia la superación, hacia el cumplimiento de aquello que

pensasteis realizar para vosotros y para los demás, procurando que nada impida esa marcha, de la cual sólo vosotros mismos podréis ser obstáculo.

La piedra más grande la coloca el desgano, el desánimo, la resistencia a realizar algo. Para evitarlo, para que en ningún momento decaiga el ánimo ni se vea el espíritu fatigado por movimientos estériles de la imaginación, conviene renovar siempre los estímulos y mantener ágil la vida; ágil en todas sus manifestaciones, así no habrán de anquilosarse los pensamientos ni los sentimientos, ni nada de cuanto haya intervenido o intervenga en el proceso de la propia existencia. Todo debe tener vida: el pasado, el presente y el futuro. Abierto así el arco desde el pasado hasta el futuro, la vida se ensancha; ya no queda limitada a lo presente ni atada a lo pasado, ni teme lo futuro, pues abierto el gran abanico de la existencia, viviendo el pasado y el presente, y extendida la visión hacia el futuro, el ser habrá logrado dominar a la fuerza ciega con la inteligencia de sus movimientos, y vivo el recuerdo de todo lo que fue, hizo, está haciendo y hará, tendrá ya para ocuparse de una tarea hermosa, hermosísima.

Nada puede causar mayor dicha al ser humano que el hacer desfilar constantemente por el escenario de su mente todos los hechos en los cuales tuvo participación activa; los producidos en el pasado, los que pertenecen al presente y aun aquellos que se propone llevar a cabo en el futuro, porque en el caso de no efectuarse, en esa plasmación del pensamiento sobre el porvenir, mentalmente y por adelantado estará viviendo en el futuro.

No se detenga el hombre en el presente. No se interne en el pasado. Si mira también hacia el futuro, mañana, cuando la muerte ponga fin a su existencia, habrá vivido por anticipado lo que ya no podrá vivir impedido por la misma muerte. Habrá ganado a la existencia un trecho más; habrá vivido parte de lo que no estaba comprendido en esa existencia. En consecuencia, llegando al final de sus días, al mismo final de todos los demás, habrá vivido parte del más allá, de lo que está escondido en lo recóndito de todo lo creado.

Esta es la función del hombre: internarse cada vez más

en las profundidades de la Creación. La Creación está en todas partes, y viviendo intensamente la vida, vivirá ampliamente, cobrando ésta un significado eterno y no pasajero, como las cosas que pasan y se olvidan.

Sed activos permanentemente, como todo lo que Dios ha creado; como la Naturaleza misma, que está en constante actividad. No reposéis sobre la almohada llevados por el cansancio, sino para restituir energías. Con este único pensamiento volveréis a la actividad renovados, llenos de vigor, y cumpliréis así la gran misión que ha sido encomendada al hombre por Quien lo creó.

Montevideo, 14 de diciembre de 1946.

ENFOQUES SOBRE TEMAS DE CONJUNTO

He pasado unos días en las playas del Este; regreso de allí reconfortado, pleno de energías. Necesitaba mucho este descanso porque mañana comienza una gran jornada de actividad, que espero cumplir con la misma alegría y empeño de siempre. Se producirán cambios fundamentales en el desarrollo de las nuevas labores, y para afrontar las luchas y dificultades que puedan presentarse en el andar, en todos los terrenos, ya he preparado mi espíritu. Llevo en cuenta, además, al emprender esta nueva actividad, la satisfacción de haber triunfado en grandes campos de acción; de haber triunfado después de titánicas luchas, de intensos momentos vividos unos tras otros en sucesión ininterrumpida.

Cuando hubo llegado el instante del triunfo, recuerdo haber dicho a los que me rodeaban: «Dios se ha pronunciado. Sea este triunfo una ofrenda que hago a Quien ha creado todas las cosas; y que esta ofrenda, este ramo de rosas con las espinas que protegen sus finos tallos, sea todo un símbolo que, en elocuente lenguaje, exprese el sentir de mi alma y lleve en sí una sola cosa, un solo y único perfume: el de la gratitud».

Hay quienes se regocijan con sus triunfos y engalanan su personalidad con nuevas dosis de egoísmo y vanidad. Yo quisiera que todos mis triunfos formaran un tejido, una alfombra por donde pasaran los ángeles del Señor. No quisiera conocer jamás la traición de un momento de vanidad; prefiero la humildad en el espíritu. Sólo así los fracasos son más llevaderos, las luchas se tornan más suaves y no se está expuesto a que

la vanidad, al sufrir un rudo golpe, quiebre el falso cristal de la personalidad. Quisiera que mi ejemplo sirviese de norte y guía a aquellos que siguen mi pensamiento, y que cada paso que dé sea confirmado por el avance de mis propios méritos y no atribuido a pretendidos privilegios.

Estoy en el mundo como los demás hombres de la tierra, y, al igual que a ellos, me ha sido dada la oportunidad de conocer, incursionando en todos los ambientes, cuanto pueda interesar a mi propósito, a mi propósito de bien, que es la gran obra de superación humana que vengo realizando.

He dicho, antes, que mañana se inicia en mi vida otra gran etapa. Es mi anhelo que vosotros podáis acompañarme en el pensamiento, en la palabra y en la acción; que se renueven los ánimos; que vibre el entusiasmo y aparezca en todos y para todos una nueva aurora promisoriosa de un futuro pleno de felicidad. Pero es necesario entrar en ese futuro mereciéndolo; hay que ir hacia él y no esperar a que él venga hacia nosotros. Yendo hacia él seréis eternamente jóvenes; viniendo él hacia vosotros seréis eternamente viejos, porque ese futuro pasará y pasará, y todos iréis envejeciendo sin conocerlo.

Es necesario meditar conscientemente acerca del contenido de estas palabras; proponerse desde ahora contribuir con algo más a la obra; ser más activos; aprender a moverse con más agilidad dentro de los ambientes en que cada uno actúe; dejar la pesadez mental, la somnolencia, que no lleva más que a la inercia. Sed activos, activos de verdad; dispuestos a desarrollar una labor firme, segura e inalterable, y que sea continuada; ello engendrará vida en vosotros y os preparará para entrar en el futuro conociéndolo de antemano.

Es indispensable, pues, vivir los momentos históricos por que va pasando la humanidad a través de los siglos, para que estas grandes culminaciones a que llevan las épocas cuando los hombres deben aprestarse a cambios fundamentales, tengan su significado en la transformación integral del ser y en su adaptación a los nuevos tiempos y al futuro que ha de venir.

No ser rezagados; he ahí las palabras que debéis es-

tampar en todas partes donde puedan ser vistas por los ojos físicos y espirituales. No quedar rezagados; avanzar positiva y enérgicamente en pos de un mañana mejor, sin desfallecer en la lucha.

Aumentad, cada día si es posible, las energías y mantened el ánimo ágil, haciendo que el espíritu vibre lleno de alegría por algo que vendrá, por algo que vosotros mismos habéis de llamar para vuestro bien.

No os entreguéis a la tristeza ni a la decepción, porque es el principio de la muerte. Llenaos de entusiasmo; de entusiasmo sereno, sin gritos, sin alardes; de ese entusiasmo que sienten las almas que saben luchar y vencer. No del de las que caen en los primeros encuentros porque gesticulan demasiado y mellan el filo de sus hojas antes de tiempo.

En éste, como en otros viajes, he tenido oportunidad de hablar con personas a las que recién conocía, y todas ellas me manifestaron tener ya alguna referencia de la enseñanza logosófica; un pariente o un amigo les había hablado de ella. Cuando esto acontece es porque la tierra está preparada; conviene, entonces, remover los surcos para que comience a surgir el trigo logosófico, el que ha de dar la harina para fabricar panes a granel y alimentar a muchos de los hambrientos espirituales, que son los más.

Y esto que os digo es una verdad que vosotros mismos habéis comprobado. Dondequiera vayáis podéis confirmar que es conocido el nombre Logosofía; que son conocidos la enseñanza y su autor, porque, aunque no parezca, ese autor se mueve mucho, anda por todas partes, y por donde pasa tiene la precaución de dejar caer una u otra semilla de sus plantas favoritas. Luego, cuando vuelve, casi siempre recoge alguna flor. Si esto lo hace él sin mayor esfuerzo, vosotros también lo podéis hacer.

Para realizar el bien, para llevar al semejante la palabra sabia y amiga, hay que estar preparado. Ofreced, pues, vuestros mejores anhelos, propósitos y esfuerzos para que, en común colaboración, se renueven las fuerzas de vuestra voluntad y cumpláis en este año una labor que llene dignamente una de las etapas más brillantes de la historia logosófica. No debéis olvidar que todos tenéis vuestro campo de acción,

pequeño o grande, pero siempre importante: los pequeños, porque pueden ser grandes; los grandes porque pueden ser aún mayores.

Quiero tener la impresión de que ninguno de vosotros desertaréis de este llamado, y que os enrollaréis en esta etapa de actividad intensa. Mas si en el transcurso de la misma os sintierais por un instante desfallecer, llamadme y acudiré a reforzaros el ánimo con mi palabra, con mi acción y mi presencia. Lo único que os pido es que estos llamados no sean frecuentes, y, tenedlo presente, me agradaría que alguno de ellos no fuese para pedir auxilio, sino para ofrecerme el fruto de la labor cumplida por todos, fruto que sería muy grato a mi espíritu.

En el último número de la revista «Logosofía», donde fue publicado algo referente a los templos egipcios, habréis podido observar cómo las enseñanzas eran dadas en ellos por medio de símbolos. Dentro de todo simbolismo existe amasado un secreto que sólo conoce aquel que lo amasó, que estuvo en él, pues no es posible que trascienda de ese secreto más que una pequeña parte, por estar prohibido darlo a conocer en su totalidad. La razón es muy sencilla: no todos pueden comprender aquello para lo cual no se capacitaron. Es preciso, entonces, capacitarse, trabajar intensamente, para merecer la comprensión de tales secretos, ya que es imposible lograr un conocimiento sin la previa preparación requerida. Aquel que recibe dinero sin haber hecho antes ningún proceso para ganarlo, lo gastará fácilmente, y tanto él como quien se lo entregó pronto quedarán sin nada, aun cuando el primero asegurase ser capaz de duplicar el capital recibido.

Bien, me referiré ahora a otro punto, igualmente importante para vuestro conocimiento.

No hay que olvidar que el plomo sirve para ser transformado en balas, que luego salen por la boca del cañón. Es la única forma en que el plomo, al ser impulsado por la pólvora, marcha rápido. Con el plomo de la inercia también se hacen balas, y en un momento dado éstas mismas matan a todos los que por inercia dieron lugar a que ellas existieran.

Si no hubiese en el mundo tanto plomo, no habría posibi-

lidad de guerras, pues ello significaría que los hombres tienen otra comprensión. Los ambientes se animarían, entonces, de un nuevo espíritu de colaboración, y se suscitaría en el mundo un verdadero concierto de ideas, afines y no contrarias; de ideas tendientes al bien. En una palabra, los seres se encontrarían cumpliendo la misión que cabe a la humanidad: el perfeccionamiento por la superación constante y la total eliminación de la escoria que arrastra a través de los siglos.

Nada puede ser más negativo para el ser humano que entregarse a la inercia, porque ésta va absorbiéndole la vida; y vida que se pierde es una parte de ella que se tiene de menos en la vida que resta.

Dije en otra oportunidad que era necesario vivir intensamente la vida y aun internarse en el futuro para vivir más y ampliar todos los sectores de la actividad individual. En esta forma jamás podrá sentirse temor a la muerte, pues se estará viviendo con la vida. Es ella la que estará dando el bienestar espiritual, y ella misma, también, la que se hallará cumpliendo una función sagrada: la de llevar al ser a la perfección de su imagen. Quien no lo haga así, quien se desvíe de ese camino, siempre se encontrará acompañado de temores, sufrimientos y contrariedades estériles.

Pienso que todos amamos la vida, mas no por lo que la vida nos da, sino porque nos ha sido entregada para que hagamos de ella el mejor de los usos. Amamos la vida porque nos viene de Dios, que es quien creó todas las cosas; porque esa vida le pertenece, y porque amando nuestra vida le amamos a Él. Por tanto, cuidad esa vida en su forma, contenido y espíritu, y orientad constantemente vuestros pensamientos hacia aquellas direcciones donde presintáis que habréis de encontrar algo que pertenezca a Aquel que os dio la vida. Que al inspiraros en algo, seáis conscientes de que el objeto de esa inspiración pertenece a quien os creó; y no olvidéis que toda inspiración debe nacer siempre como una ofrenda de realización: generosamente; nunca con mira egoísta. Sólo así pueden sortearse muchas dificultades en la vida, en el mundo, en el continuo batallar y luchar contra los obstáculos que nos rodean. Conociendo el hombre cuál es su posición

dentro del medio en que vive, sabrá conducirse conforme a la conducta que le determina esa posición, evitando los saltos que hacen peligrar la estabilidad.

Mi gran anhelo es que reine siempre la felicidad en todos vosotros y aumente de día en día el entusiasmo y la fe en ese futuro que ha de ser vuestro, si lo merecéis; que todos los que estáis aquí presentes disfrutéis de esta nueva vida que estáis viviendo, llenándoos de alegría y de esperanza, y que en ningún momento cruce por vuestra mente pensamiento alguno que contrarie la buena disposición de vuestro espíritu.

Montevideo, 14 de enero de 1947.

EL EQUILIBRIO EN EL JUICIO DE LOS VALORES

Cada vez que he debido dar impulso a algo, me ha agradado preparar antes el campo para que las ruedas que deban conducirlo encuentren el camino despejado y puedan ir así mucho más lejos. Voy, pues, a preparar también en esta ocasión el campo, y, al mismo tiempo, iré dando el impulso.

Mas no es cuestión de impeler las ruedas sin saber en qué sitio habrán de disminuir su fuerza, porque entonces se podría malograr el cumplimiento de la aspiración, que sería la culminación del impulso. Debe saberse dónde podrán ellas perder su fuerza a fin de encontrarse prontos para darle un nuevo impulso; así tendrán éstas un movimiento continuado.

He dado muchas enseñanzas, lo sabéis, pero no siempre pudisteis encontrar en ellas la respuesta a aquellos interrogantes que, si bien no se formulan, existen en permanente incógnita dentro del ser. Y no se formulan porque, para que se manifieste ese anhelo de comprender algo más de lo que se sabe, se requiere que surja antes la inquietud; por ejemplo, la inquietud con respecto a la propia vida. Hacia este punto van dirigidas mis palabras de hoy.

A pesar de ser muy numerosas las vidas que pueblan este planeta; a pesar de hacer tantos milenios que los hombres y, naturalmente, la humanidad, caminan por este mundo, no se ha alcanzado todavía a superar las condiciones que deben distinguir a la especie humana. Así es como mundo y hom-

bres permanecen estancados frente a su impotencia acerca del más allá. Nadie ha podido penetrar en él porque cuesta aun mucho caminar en el más acá, en lo que está más cerca del ser mismo, en el propio ambiente; en una palabra, en la esfera de las actividades y de la vida en general.

Los hombres viven en todas las partes del mundo: unos estudiando, otros trabajando; unos leyendo, otros escuchando, y otros sin hacer nada; pero, entre la enorme cantidad de seres que se mueven y cumplen sus actividades en el orden rutinario del diario quehacer, se promueven experiencias aleccionadoras para el gobierno individual. Unos más, otros menos, todos, sin excepción, deben sentir diariamente, y algunas veces en forma cruda, la realidad de esas experiencias, cuyo valor es muy grande. Ahora bien, ¿se extrae debidamente el fruto de tales experiencias? ¿Se hace de ellas el uso que corresponde? Esto es, también, lo que vamos a tratar en esta oportunidad.

Por lo general, no se hace ningún uso, y, cuando alguien recoge los resultados de las mismas y los utiliza en sus actuaciones, lo hace en forma egoísta, reservando únicamente para sí los beneficios obtenidos. Los que por una u otra causa han triunfado o van triunfando en la vida, rara vez dicen de qué medios se han valido ni qué experiencias les han sido de mayor utilidad para corregir su conducta; en fin, guardan para sí lo que, según ellos, lograron a costa de muchos sacrificios, de muchas preocupaciones o de muchas amarguras.

Quedan así, pues, unos y otros —ya que el que priva a otros de auxilio sufre, a su vez, las consecuencias del mismo error por parte de sus semejantes—, en una total orfandad, desamparados por la ignorancia misma de tantos conocimientos que podrían lograrse a través de tales experiencias. En verdad, si cada uno ofreciera a su prójimo el conocimiento que de ellas se desprende, muchas y muy dolorosas podrían ser evitadas.

No existen escritas en parte alguna —porque posiblemente no haya sido dado abarcar a nadie semejante empresa— las innumerables experiencias por las que el ser humano

está expuesto a pasar durante su vida. De ahí que la juventud se halle completamente huérfana de conocimientos y carente de quien pueda guiarla con verdadero acierto por el mundo en el cual penetra, evitándole dar tropiezo tras tropiezo y librándola, con ello, de lo que suele afectar grandemente el corazón, la mente y el espíritu en esas edades tiernas. No quiero significar con esto que se le deba brindar la más absoluta facilidad, allanándole totalmente el camino a recorrer, pues eso sería tan absurdo como lo otro; pero sí, facilitarle en parte el recorrido de ese camino, ayudándole en los momentos difíciles con la luz del conocimiento extraído de las experiencias, a objeto de evitárselas. Esto sería una obra grande, capaz de llegar a infundir mucha confianza a la humanidad.

La mayoría de los seres, por no decir todos, entra en el mundo, repito, a oscuras, sin saber adónde va ni qué quiere: los deseos de hoy son las torturas de mañana; las aspiraciones se mezclan con las pasiones que las anulan, alternando las fuertes conmociones internas con las inclinaciones naturales del ser. ¿Qué posibilidad puede tenerse, entonces, para encauzar la vida hacia una determinada finalidad, si se ignora qué ha de hacerse y con qué se ha de contar para alcanzarla?

Es evidente que se confía al azar lo que debería ser confiado al conocimiento de tales cosas; no digamos a la propia experiencia, porque, cuando llega el momento de confiar en ella, ya se ha caminado mucho y la familiaridad con las dificultades es tal que las experiencias se tornan meros incentivos de entrenamiento para mantener ágil el recuerdo de las pasadas. Aquí es donde el hombre, ya capacitado, podría ofrecer a sus semejantes sus atinados consejos. Ello sería un acto generoso, caritativo, de gran valor.

No hay que olvidar que así como el ser humano está falto de conocimientos, con suma frecuencia suple esa carencia con un enorme caudal de vanidad, orgullo, soberbia y sobreestimación personal. Y es ahí, justamente, donde se equivoca; donde sus pasos encuentran las piedras que le hacen tropezar, pues cuando la cabeza se yergue a impulso de la soberbia, los ojos no pueden mirar por dónde se camina.

Encauzar la vida no es tarea fácil; no es tarea sencilla. Es

necesario abrir primero el entendimiento a fin de que penetren en él los efluvios del conocimiento; pero abrirlo gradualmente, en una absorción progresiva de luz que, iluminando la inteligencia, ayude a comprender el verdadero valor de las cosas, que no es el que comúnmente se les atribuye.

Hay que llegar al equilibrio en el juicio de los valores para poder discernir, en relación directa con uno mismo, cuál es el valor real que cada cosa posee. Es habitual aumentar el volumen de un valor y disminuir el de otro, de acuerdo a las conveniencias o a las circunstancias; mas ello no altera en absoluto su valor efectivo. Quien lo aumenta o disminuye es el que se expone a sufrir las consecuencias. Así, por ejemplo, unos suelen dar un valor excesivo a algo determinado y le dedican gran parte de su vida; tanto, que hasta llegan a dejar que ésta les sea absorbida íntegramente. Mas he ahí que esa vida, al ser absorbida por ese algo al que han otorgado un valor desmedido, se desprecia en cuanto a la producción de valores positivos, porque el ser ha perdido la conciencia cabal del equilibrio en el juicio respecto al valor de las cosas.

Es posible que al instante no se comprendan con claridad mis palabras. Esto es lógico, ya que estoy tratando un tema profundo; pero, naturalmente, ellas deben propiciar un despertar, una inquietud. Yo planteo un interrogante y promuevo la inquietud sobre el mismo; corresponde, pues, agudizar el entendimiento para alcanzar su significado.

Bien; volviendo al pensamiento que estaba desarrollando, he de agregar que hay personas que pasan la vida dedicadas al culto de un valor, y, recién cuando declinan sus años, se dan cuenta que no era ése el único ni el mejor ni el más grande ni el que más les convenía, y que, al mismo tiempo que rendían culto a ese valor, podían haberlo hecho con muchos otros, consagrando a su cultivo idéntico empeño, constancia y entusiasmo. Digo esto porque, a pesar de que los seres tienen la sensación de que cuando dejan de respirar ya no existen, puedo asegurarles que no es así, que tal cosa es una ilusión, porque la existencia no puede reducirse a unos cuantos años de vida. Lo que acontece es que, cuando se ha dejado de respirar acá, se empieza allá, a donde debe evitar-

se ir cargado con muchas cosas, ya que esa carga impedirá elevarse más rápidamente.

Para ello conviene que la vida se expanda en la vida de los demás; que al par que el ser existe, exista también parte de su vida en la de los semejantes; así, cuando deje este mundo, seguirá viviendo en él, y eso, justamente, es lo que le ayudará a elevarse más pronto y a regresar después. En el transcurso de las generaciones se van cumpliendo las etapas de vida física, y cuanto más se haya extendido la vida del ser a través de las obras, del ejemplo y de todo cuanto haya sido capaz de crear infundiéndole vida, tanto más contribuirá ello a identificarse a sí mismo a su regreso.

Aquel que todo lo quiere para sí, estoy seguro, muy seguro, que piensa que lo que acabo de decir no es cierto, pues sabe que él está entre los que no han de volver. ¡Hasta en eso es egoísta!... De poder ir en su busca, ¿quién habría de hacerlo si nunca hizo nada útil para nadie? En cambio, ¡con qué gusto iríamos en busca de aquel que vivió entre nosotros y dejó en las almas una confianza que nunca tuvieron y en los corazones una esperanza que, cual llama de viva luz, permitió a la vida mantenerse feliz en el calor de sus afectos! ¿Quién no iría en busca de aquel que fue grande en la concepción de sus ideas y generoso en la amplitud de su espíritu, sabiendo que habría de volver a escuchar sus palabras llenas de vida y a vitalizar y fecundar con ellas su espíritu?

He ahí la diferencia, la simple diferencia que existe entre una y otra vida: la fecunda y la estéril, la altruista y la egoísta.

Nuevamente quiero llamaros la atención sobre cuál debe ser la comprensión de la vida, de la misión sobre la tierra; la comprensión de lo que ha acontecido, acontece y acontecerá. Por cierto que no es fácil. Pero el conocimiento logosófico, que, como la gota de agua que perfora la piedra, penetra gradualmente en el entendimiento creando defensas, calmando inquietudes ilógicas y promoviendo inquietudes lógicas, anulando aspiraciones insensatas y despertando aspiraciones sensatas, poco a poco corrige la ruta y corrige asimismo el andar del caminante, apresurando su encuentro con el ideal que se forjó y que durante tanto tiempo persiguió, mientras daba vueltas y más vueltas sin poder alcanzarlo nunca.

Sin duda habréis leído el primer artículo aparecido en el último número de «Logosofía». Bien clara está allí la definición de pesimismo y escepticismo. Quiero agregar, no obstante, unas palabras más. A través de ellas podréis ver cómo la falta de defensas mentales, de recursos mentales, anula muchas veces el entendimiento; lo apoca, lo limita, y termina por sustraerlo a toda comprensión.

El pesimismo es un pensamiento criminal que, entrando con ansias de exterminio en la casa mental, mata a todos los pensamientos que acuden en auxilio del que está en peligro o del que necesita ayuda para salir de esa situación difícil. De ahí el vacío mental que encontramos en el pesimista. Y es lógico que así ocurra: si todos los pensamientos han muerto ametrallados por el pensamiento pesimista, ¿qué hemos de encontrar? Nada más que los cadáveres de aquellos que podían haber servido para ayudar a encontrar una solución. Pero hay aún más: el pesimista se anula porque piensa que la vida termina a raíz de una simple contrariedad, de un revés o un momento crucial, y olvida todo lo que tiene por delante, todo lo que le queda por vivir, entregando su vida, abandonándola en brazos de la negación, de la desesperación o de la indiferencia, que es lo mismo. Olvida más todavía: olvida que, si bien la vida le pertenece porque es él quien la disfruta y quien se sirve de ella, no debe echarla como un despojo cualquiera a las fauces de lobos hambrientos.

La vida debe ser cuidada y enaltecida; deben cultivarse todas las posibilidades que encierra y hacer de ellas un jardín, aunque más no sea para tener la dicha de recoger de tanto en tanto, de cada planta que la propia mano sembró, cultivó y perfeccionó, una flor. El conjunto de todas esas plantas serán las obras realizadas; las flores, las consecuencias útiles de esas obras. Pero la planta principal, la planta humana, en la que se concentran todos los movimientos de la concepción interna, ésa merece el mayor de los cuidados y la mayor atención. Y siendo necesario pensar cada día en lo que se ha hecho por ella, yo pregunto: ¿Ha surgido la inquietud promovida por ese interrogante?... Es indispensable que surja, y, frente al mismo, responder, si no con hechos, por lo menos con la intención

del pensamiento decididamente dirigida hacia la consumación de esos hechos, que habrán de coincidir siempre en el perfeccionamiento de las cualidades del ser.

Si el hombre deja que su mente sea absorbida por las preocupaciones diarias o por cualquier otra cosa que directa o indirectamente pueda atraerle, le será imposible dedicar aun la menor parte de su tiempo a la eliminación de sus deficiencias, o, lo que es igual, al perfeccionamiento de sí mismo. Pero si llega a encontrar su propio centro de gravedad, si logra encontrar dentro de sí el gran estímulo para poder experimentar luego la dicha que produce toda transformación que eleva al ser, con seguridad que, desde ese momento, su vida cobrará otro aliento y sus facultades accionarán de muy diferente manera.

No es posible inspirar a otros confianza, cuando esa confianza no existe en uno mismo, ni esperar el respeto del semejante si, frente a él, el propio interesado está faltándole el respeto a su persona. Tampoco es posible transmitir una verdad si se carece de la conciencia de su realidad. Con tales errores, el ser se moverá de un lado para otro, pero jamás llegará a realizar nada. Es necesario tener la posesión del convencimiento, la seguridad del conocimiento; de lo contrario, llegado el caso de querer ofrecer a otros lo que generosamente le fue a uno otorgado, faltará la conciencia de lo que se ofrece, y todos tendrán derecho a dudar de aquel que no demuestra ser dueño del bien que quiere transmitir.

He ahí una de las principales preocupaciones que cada uno de vosotros debe tener: la de crear en sí mismo la seguridad acerca de lo que conoce. Esta se crea cuando se eliminan las vacilaciones y las dudas, y signo evidente de su eliminación es cuando no se interrumpe el empeño y la acción al ir en pos de un conocimiento o de una verdad que supera las propias condiciones y eleva la vida.

Decía, hace poco, a unos amigos, que acostumbraba sembrar en las páginas de la revista «Logosofía», en áreas diferentes y a semejanza de como se siembra un extenso campo, ideas de diversa especie, para poder hacer un día, cuando quisiera recoger toda esa siembra, de cada especie un

gran silo, o sea un gran libro. Las diferentes actividades que desarrollo durante el día, clasificadas en su correspondiente orden, son también como siembras que, unidas, van dando después un resultado. Si hacéis lo mismo, encontraréis una gran felicidad interna, pues alcanzaréis a experimentar lo que significa dominar las propias posibilidades; regular las aspiraciones, las ambiciones, y mantener el equilibrio, ese equilibrio tan necesario en todos los movimientos, primordial en la vida de superación y en el camino del perfeccionamiento, en el cual se abren las perspectivas, se multiplican las posibilidades y se afianza el espíritu ante el ser positivamente confiado en su propia capacidad.

Si os habituáis a sumergir vuestra mente, sin interrupción, en esa agua mental que Dios ha creado para que los hombres vivan y se nutran y se mantengan en pie; si bañáis todos los días vuestra mente en esa agua cristalina de las perfecciones, que hace perdurar en el ser la sensación de eternidad, de esa eternidad de la cual sois jirones como existencia, veréis que todas las angustias de la vida física disminuyen en volumen, porque estaréis dominando esos momentos que a muchos les parece que abarcan toda su vida. Y sintiendo la eternidad en vosotros, haréis que esos momentos no sean más que meros episodios de vuestra vida; los empequeñeceréis al pasar por encima de las dificultades en un salto mortal hacia la eternidad. Es así como se siente y experimenta la eternidad de la vida, segura en el ser como físico, perdurable en el ser como espíritu. Y entonces ya no dañaréis vuestra vida ni la de vuestros semejantes en congojas inútiles mientras se precipitan esos momentos que parecen abarcarlo todo y continuaréis la marcha, triunfantes, hacia la conquista del supremo bien por el perfeccionamiento.

Montevideo, 22 de marzo de 1947.

PUNTUALIZANDO REALIDADES OBJETIVAS

Cuando se observa el creciente número de personas que llegan a esta Institución en busca del conocimiento logosófico, es lógico pensar que ello se debe a que se sienten atraídas por su fuerza constructiva y por el valioso aporte de su enseñanza. Si no fuera así, si alguien hubiera pensado encontrar otra cosa, en ese mismo instante se habría equivocado.

El conocimiento no se busca con los ojos ni se encuentra porque sí, al azar. Hay que preparar antes el espíritu para recibirlo; y esto se hace cultivando la inteligencia, poniendo el campo mental en condiciones para las observaciones que habrán de fertilizarlo.

En ese afán natural de todos los seres humanos por descubrir las claves que abren las puertas de la Sabiduría, es imprescindible que cada uno ponga su materia prima; el primer elemento para elaborar la nueva individualidad. De ninguna manera es posible aceptar que, en un envase viejo, pueda colocarse un contenido generoso¹. Es necesario, pues, preparar el envase para recibir ese contenido, y esto, naturalmente, es uno de los primeros imperativos exigidos por la ley que rige todos los conocimientos.

¹ «Ni nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera el vino nuevo rompe los odres, y se derrama el vino, y los odres se pierden; mas el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar». — *Marcos Apóstol*, Cap. II, vers. 22.

Desde hace muchos años, la Logosofía viene dirigiéndose a los que la practican para depositar en sus manos porciones de elementos valiosos y de suma utilidad, inmediatamente aplicables al cultivo del propio campo mental, es decir, al perfeccionamiento de las condiciones y de la vida íntegra del ser. Ha demostrado, por medio de su enseñanza, cuán posible es la capacitación del individuo en su máxima realización, cuando el fin que éste persigue es inspirado por el bien.

Por las puertas de la Institución logosófica, fundada hace dieciséis años, desfilaron muchos seres. Unos quedaron; otros se fueron. El mismo proceso de la vida: unos nacen, viven, permanecen en el mundo; otros viven en él un tiempo muy breve y se van. Los que matan dentro de sí un ideal, una aspiración o un anhelo, forman el cortejo de ese fúnebre proceso que lleva siempre al mismo lugar, intrascendente y estéril.

Nuestra Institución está regida por normas comunes a toda institución, pero gravita por encima de ello algo más: una ley superior, encarnada en el afecto, que permite a cada uno encontrar en los demás afinidad y simpatía, y a los corazones vibrar al unísono, en un sentir inspirado en la superación por el conocimiento y la emancipación total de las trabas mentales, producto de los pensamientos perniciosos que obstruyen el libre desenvolvimiento de la inteligencia. He aquí el valor de la ley del afecto.

Nada es posible construir en el bien si no se pone en la empresa algo de la propia vida; y ese algo debe estar representado en lo que más calor da a esa vida, que es el afecto a cuanto existe en la Creación y, en especial, a los semejantes que afinan con los pensamientos y sentimientos.

En estos momentos de grandes transiciones mundiales, en que los hombres no se definen y todos quieren hacer prevalecer su razón aferrándose a ella como si fuera la de mayor jerarquía, el conocimiento logosófico avanza lento pero seguro, y pregunta a los que pretenden poseer la razón y con toda soberbia la exponen como si se tratara de la última palabra: ¿Qué es la razón? Es frente a este interrogante que aparece proyectándose sobre la pantalla del mundo la triste realidad de los que nada saben acerca de ella, en su alta acepción.

Pues bien; la razón produce razones, de las que luego hacen uso la inteligencia, la imaginación o las pasiones. Además, es muy frecuente el ver cómo se confunde razones con razón, que es como confundir los efectos con la causa. Los hombres se empeñan en sostener razones surgidas sobre la base de un hecho o episodio determinado, a las que consideran como leyes inalterables. Hacen esto sin pensar que la razón crea razones para cada circunstancia, y que, por tanto, cada una de esas razones no tiene por qué servir para todas las circunstancias, ya que siempre varían los factores que concurren a la formación de hechos o casos, de por sí eventuales. Para evitar todos los inconvenientes derivados de esta lamentable confusión, la Sabiduría Logosófica recomienda ejercitar el poder de adaptación en cada hecho o situación que se vive, acudiendo siempre a la razón superior que las leyes universales señalan al hombre.

¿Quién podría decir, entonces, que éste o aquél tiene razón, si en toda razón expuesta se percibe claramente el móvil que la alienta? ¿Acaso han sido expuestas en la mesa mundial de las opiniones razones que contemplen una razón superior a todas, cual sería la de la conservación de la raza humana? No; hasta este momento, no. Mientras los demás intereses no queden relegados a éste y todas las razones se concentren en la razón mencionada, o sea la conservación de la especie humana, toda otra razón será inútil para alcanzar una comprensión cabal de los deberes humanos y establecer una paz duradera en el mundo.

¡Cuán doloroso es ver olvidados los principios sagrados de la generación humana, que han hecho a los hombres superiores a los demás seres que pueblan la tierra! Cuando se descuidan esos principios, cuando se pretende volver al hombre a la condición de nómada, se ha dado hacia atrás un gran paso y, con ello, un gran golpe a la conciencia individual.

Las leyes no se infringen impunemente, y, mucho menos, las establecidas por Quien creó el Universo; y si el ser humano fue dotado de una inteligencia y de un corazón para que experimentara las sensaciones y las reacciones de su temperamento y de su espíritu, es porque Aquel que lo creó

ha instituido, implícitamente, la unidad humana, el hombre, a objeto de que estableciese dentro de sí el principio de la Creación, sintiendo por sí mismo —por estar habilitado para ello y por ser inocuo el auxilio de otras conciencias— la realidad de su existencia mediante la comprobación de su capacidad de pensar, discernir y sentir, y de instituir, con la participación de su inteligencia y de su corazón, el juicio favorable al equilibrio normal de su propia vida.

Pretender dislocar ese equilibrio humano equivale a destruir la individualidad. Destruida la individualidad, desaparecen las reacciones que promueven en el espíritu la sensación de existir, de ser, de crear, de vivir y de guiarse libremente por el mundo, con el auxilio de todos los elementos puestos al alcance del hombre para que disfrute de cuanto ha sido creado en el Universo.

Buenos Aires, 17 de mayo de 1947.

RESPONSABILIDADES SUPREMAS DE LOS HOMBRES

Es ya incuestionable que el conocimiento logosófico tiene la virtud de reactivar la inteligencia y promover en el espíritu de quien lo cultiva nuevos impulsos en dirección a su perfeccionamiento.

En la vida corriente, individual o colectiva, por lo general se carece de ese imponderable auxiliar cual es la palabra que fecunda el campo mental; palabra que promueve estímulos que luego se convierten en la fuerza dinámica que incita a andar cada día un trecho más por ese largo camino de la vida, en el cual, a medida que se avanza, surgen nuevos interrogantes e incentivos.

Cuando se extiende la vista a través del panorama que las perspectivas del presente y futuro de la humanidad ofrecen, no puede menos que experimentarse una honda y justificada preocupación. Para poder alcanzar los orígenes y sorprender las causas cuyos efectos, producidos a grandes distancias de tiempo, resultan poco menos que incomprensibles por no haberse hallado una explicación que satisfaga la ansiedad con que cada ser humano busca desentrañar el misterio, es necesario remontar la visión a todos los procesos seguidos por los pueblos que suman la humanidad.

Naturalmente que los primeros interrogantes que se abren con carácter universal son los siguientes: ¿Qué fuerza

invencible ha arrastrado tantas veces a los pueblos hacia la guerra? ¿Por qué se ciernen sobre el mundo presagios de grandes epidemias, morales, políticas y sociales? ¿Por qué hay tanto mal en la tierra? ¿por qué tantos padecimientos? ¿por qué esa infinidad de cosas que atentan contra la vida y la felicidad de los hombres? Y mientras unos lo atribuyen a esto o a aquello, la causa verdadera parecería no haber sido encontrada por nadie. Si nos disponemos a buscarla y nos remontamos a través de las edades, recorriendo, para hallarla, todos los tiempos, seguramente daremos con ella. Esa causa es la suma de todos los errores cometidos por los seres humanos. Todos los males que se padecieron, padecen y padecerán, fueron y serán siempre consecuencia de sus errores.

Y como nadie está exento de ellos, todos, pues, unos más, otros menos, tienen que sufrir los efectos. Si es en el campo político, por ejemplo, los gobiernos hacen desquicios, sucediéndose unos a otros sin corregir ninguno lo malo hecho por su antecesor; es lógico entonces que, por esta causa, sobrevengan momentos álgidos, amargos, donde la ley, inexorable, hace cumplir la restitución del equilibrio. Tantos reajustes a los errores pasados y tantos nuevos errores cometidos se combinan y recombinan, formándose así una maraña, de la cual es a veces muy difícil salir. También en el campo económico, en un comercio, una industria, por ejemplo, donde son despilfarrados los fondos, llega un momento en que el capital se agota y debe comenzarse de nuevo, haciendo los naturales reajustes para sanear las finanzas. En todos estos casos se experimentan las consecuencias de los instantes de gran liberalidad o desorden. Si se trata de la salud y se la descuida y aun derrocha, se sufren igualmente los consiguientes efectos, manifestados en enfermedades, dolores, debilitamientos, etc.

De modo que —bueno es repetirlo—, la suma de todos los errores humanos es lo que hace que en el mundo exista tanto mal. Y esto, como es lógico, trae a la reflexión que, si en el mundo entero se tuviera conciencia de esta verdad y todos se propusieran conducirse conforme a una conducta superior tratando de cometer el menor número posible de errores, la humanidad podría entrar en una etapa de desenvolvimiento evolutivo mucho más feliz que las anteriores.

Este sería, asimismo, el único medio de alcanzar la paz, ya que si se extendiera por el mundo, como una necesidad imperiosa, imprescindible, la realización de una conducta superior, no se afectaría el futuro por vivir. Porque, en realidad, todos los errores en que se incurre afectan al futuro, del mismo modo que los errores de ayer, o sea los que precedieron a la etapa actual de la vida, afectan al presente.

La indiferencia hacia los errores, tanto hacia los que se vienen cometiendo como a los pasados, es lo que siembra muchas desgracias y desventuras para el futuro. Y esto acontece tanto en lo individual como en lo colectivo.

Todo error en que se incurre tendrá inevitablemente su repercusión, que siempre habrá que esperar, porque, tarde o temprano, la ley exigirá una reparación. Corregir el error es, pues, evitar su consecuencia. Controlar los movimientos tratando de producir aciertos y no errores, es sembrar el bien futuro, bien que será tanto para sí como para el semejante.

Hay verdades hechas conocimientos que, al igual que las llaves, tanto dan vuelta para un lado como para el otro. Cuando giran hacia la derecha, abren las puertas del entendimiento; cuando giran hacia la izquierda, las cierran; todo depende de cómo quieran usarse. Si es un bien el conservar esas llaves, no es menos cierto que es un mal el perderlas o mal usarlas.

Cada uno buscará en la historia de su propia vida los males que haya sufrido, o debido sufrir, y analizará si éstos son el resultado de sus propios errores o de los errores de quienes le precedieron. Al hacerlo buscará, asimismo, la forma de disminuir los efectos de esas consecuencias, produciendo, como dijimos antes, aciertos y no errores. Si esta labor la efectuasen todos en el mundo entero, no pasaría mucho tiempo sin que se notara un enorme alivio en la humanidad, pues el peso abrumador que representa tanto mal acumulado, habría disminuido considerablemente.

Ha de tenerse muy presente que los errores no sólo se ponen de manifiesto en los hechos, sino también en la palabra y en el pensamiento. Un pensamiento equivocado puede llegar a hacer incurrir en error si no es descubierto a tiempo y neutralizado o anulado antes de que tome cuerpo y aparezca en alguno de los múltiples actos que se realizan en la vida.

Prosiguiendo con el tema de los errores, agregaré que éstos suelen ser invisibles para quienes los cometen, porque el mismo estado de embriaguez con que comúnmente cada uno sobreestima a su persona, le impide verlos. Al decir embriaguez, he querido significar lo contrario de sensatez, por cuanto si el ser estuviera de verdad en sus cabales, podría juzgarse más razonablemente, más humanamente, advirtiendo que, al no existir en él seguridad en el acierto, se expone a errar. Como es natural, para poder juzgarse con ecuanimidad, aun será necesario cultivar el sentido de la precisión, o sea el que regula los movimientos del pensamiento, de la palabra y de los actos; con lo cual se podrá ver, por ejemplo, que lo que se hace con precipitación, por impulso, por pasión, o llevado por un momento de desmedido entusiasmo, conduce siempre a error, salvo, lógicamente, contadas excepciones.

No debe pasar inadvertido a quien se propone realizar un propósito, la imagen que en ese momento está ejerciendo atracción sobre él, cualquiera sea su especie, así como la responsabilidad que le incumbe sobre sus actos, pensamientos y palabras, teniendo muy en cuenta que, cuando éstas se materializan, sobrevienen tarde o temprano las consecuencias, favorables o desfavorables. Se eliminará así aquello de echar la culpa a unos o a otros de lo que uno mismo hace.

Cuanto vengo diciendo debe traer a la reflexión de todos que el error es humano; y siendo humano, humana ha de ser también la tolerancia. Al ser humana la tolerancia es igualmente humano y razonable que los seres se ayuden mutuamente, si no a corregir sus errores, por lo menos a evitarlos, ya que todo error que logra evitarse es un mal que se aleja del futuro.

La falta de seriedad en la afirmación de lo que se dice es uno de los tantos errores que producen confusión, siembran desconfianza y hacen que los perjuicios no se hagan esperar.

Tal insensatez, al subvertir la verdad, hace que el hombre piense que un embuste cada vez más grande borraré el anterior. Pero no es así: el tamaño mayor de éstos no destruirá jamás los embustes expresados con anterioridad, que permanecerán lo mismo en pie. La prueba la tenemos en lo que le aconteció a un personaje que ya no existe, quien dijo una

vez que, para convencer a la muchedumbre, eran necesarias grandes mentiras. Al final sucedió que éstas lo atraparon, debiendo terminar sus días presa del pánico provocado por sus propias mentiras, pues había desatado con ellas una fuerza que lo consumió y exterminó. Esto explica cómo el hombre puede desatar con sus embustes fuerzas que luego se vuelven con violencia contra él, justamente cuando menos lo espera y cuando más hubiera deseado alejar de sí el mal. El embuste es como una pelota, cuyo rebote es tanto más fuerte cuanto mayor es el impulso que recibe.

Para explicar mejor ciertas contradicciones que el ser humano presenta en sus pensamientos y conducta, bastará con forjar la imagen que nos lo muestra mitad realidad y mitad ficción. Se verá así con cuánta frecuencia se producen los llamados «malos entendidos» o las erróneas interpretaciones, lo cual es debido a que, en más de una oportunidad, actúa una sola de las mitades; y bien es sabido cuánto se hipertrofia una idea bajo la sugestión del entusiasmo desmedido o de la ilusión. De ahí también la dificultad para edificar un concepto sólido e inalterable de la propia persona. Recién cuando se reflexiona sobre la conducta seguida durante la vida, uno se convence de lo necesario que es el vivir mejorándola empeñosa y constantemente, ya que el resultado de los pensamientos, palabras y actos es lo que inspira el respeto y la confianza. Ambos, respeto y confianza, se forjan a través de la repetición incesante de los actos de bien, ya que nadie cambia el material con que ha construido una parte de su casa (prestigio), por otro de inferior calidad, si el uso es una prueba de ciclones.

La dualidad señalada obliga al ser a controlarse continuamente, y es en la lucha contra esa mitad artificial como desarrolla la parte que le asegura la posesión del bien para su vida y logra sobreponerse a la adversidad. El empeño constante de superación es la dinámica que mueve la voluntad del hombre hacia la conquista de su integridad moral.

Si cada uno pensara seriamente en esto y procurara que la verdad triunfara siempre en sus pensamientos y actuaciones, vería que, a medida que se consagra, le irá siendo menos difícil ampararse en la realidad, porque entonces será

la realidad misma la que gobernará sus actos. ¡Cuántos hay que, viviendo en la apariencia de la verdad, deben desmentirse a sí mismos en cada ocasión!

Si el hombre tuviese presente en todos los momentos de su vida que los pensamientos, palabras y actos le ligan a sus semejantes, y también a su pasado y a su futuro, fácilmente comprendería que en él está el forjar su felicidad o su desventura. Ciertamente que no es tarea fácil la del perfeccionamiento de las humanas calidades, pero ésta queda ampliamente compensada con el bien con que favorece tal realización.

Al hacer un examen de sus valores, el hombre no debe justipreciar en más lo que ha de ser la justa medida del propio concepto. Es preferible que los demás den la pauta acerca del valor de sus merecimientos; de esta manera, sabrá regular su conducta a fin de que la parte que en él existe, florezca cada día dándole una flor más de felicidad para adornar esa vida tan atribulada, tan penosamente vivida, a causa, repito, de los males que el ser debe sufrir por efecto de los errores del pasado y de los que comete en el presente.

Cada día se hace más necesario que el hombre confronte los momentos que vive la humanidad con su propia conducta, a fin de ver si es posible disminuir esa montaña inmensa de errores que amenaza con aplastar al mundo; cosa fácil de hacer, si, esforzándose en disminuirla, se comporta como debe, como lo exige la ley: sana y lealmente.

Hágase, pues, lo indispensable para que pronto pueda respirarse en el mundo el aire feliz de la paz. Para ello bastará, tan sólo, con que un puñado de seres ponga su empeño en hacer que sean muchos los que siguen ese ejemplo.

Lograr que las generaciones futuras sean más felices que la nuestra, será el premio más grande a que pueda aspirarse. No habrá valor comparable al cumplimiento de esa gran misión, que consiste en preparar para la humanidad futura un mundo mejor.

Montevideo, 4 de octubre de 1947.

EL CONCEPTO DE LA PRECISIÓN EN EL PERFECCIONAMIENTO INDIVIDUAL

Para preparar el campo mental, para preparar el espíritu de los que me escuchan a fin de asegurar los beneficios que las enseñanzas reportan, debo recurrir a una serie de reflexiones que facilitan su clara comprensión. Iluminar las mentes en el conocimiento logosófico implica, muchas veces, la realización de un trabajo verdaderamente hercúleo. Todos, unos más, otros menos, tienen en sus mentes una serie de pensamientos, de conceptos, opiniones, prejuicios, y, en fin, de todo cuanto comúnmente forma el acervo personal. Para iniciarse en la vida logosófica y hacer que el conocimiento llegue a fondo y cumpla su finalidad, se debe, como es natural, corregir conceptos, erróneos enfoques del criterio personal y muchas otras cosas contenidas en dicho acervo.

Es ésta una labor paciente, serena y tenaz, que se cumple a medida que el ser va predisponiendo su espíritu a la realización de la verdadera evolución consciente hacia la cual es guiado. Comienza así una nueva vida al despertar la conciencia hacia todas aquellas cosas respecto de las cuales permanecía como en sueños. De este modo, llamado el ser a la vida consciente, su mente permanecerá en constante actividad y podrá alcanzar el objetivo perseguido sin mayores dificultades.

Todos los seres humanos viven la vida, pero, evidentemente, no todos son conscientes de aquello que viven en

el curso de sus días; y no lo son desde que muchos detalles, grandes y pequeños, se les pasan inadvertidos, quedando vacías muchas horas del día, o, al menos, sin que tengan conciencia alguna de haberlas vivido.

La Logosofía aconseja y propone llevar un control de las actividades mentales, como así también de la conducta diaria, para que al fin del día cada uno sea dueño de lo que ha vivido, registrándolo en la conciencia. Al discriminar con imparcial reflexión sobre el resultado de sus esfuerzos, esto es, su producción, y en qué ha ocupado el tiempo que su mente disponía, verá cuáles han sido las horas fértiles y cuáles las estériles. Las dedicadas al estudio constituyen un acto de producción, como lo es el tiempo que se dedica al proceso de evolución consciente y a toda otra atención que asuma caracteres constructivos. Hablamos aquí de la producción superior, o sea, la que deja saldos favorables al espíritu. El trabajo rutinario ya no lo es, si la vida se destina al mismo, excluyéndola de toda otra preocupación superior. La creación de un pensamiento o de un proyecto, y del mismo modo la realización de un acto de bien, de un gesto generoso, son hechos de una vida productiva, siendo, por tanto, tiempo fértil, es decir, producción. Las horas en que la mente vaga, sin ocuparse en nada o haciéndolo en cosas sin importancia, es tiempo estéril, tiempo transcurrido sin vivir, tiempo que pasa sin dejar en la conciencia ningún recuerdo de lo vivido en esas horas, que en muchos se prolongan a través de los días, los meses y los años.

Mediante esta forma de observación se verá cómo la vida va tornándose muy diferente de lo que antes era, cuando pasaban horas, días, meses y aun años sin que nada se fijara en ella. Pero hay más aún: es necesario escribir; consignar a diario, para uno mismo, los pensamientos fértiles que se han tenido y los hechos que hayan constituido actos dignos de una nueva vida, no olvidando anotar todos los momentos vividos infértilmente. De este modo se verá que los últimos habrán sido los más, mientras que los momentos en que la mente produce e impele al ser a actuar conscientemente habrán sido los menos; pero llegará el instante en que cambiará ese aspecto negativo y la vida se tornará fértil. Cuando ello

acontece la vida se amplía, y el ser, teniendo presente la vida que antes pasó inadvertida, estérilmente, experimenta ahora con toda intensidad esa amplitud, al tener conciencia de todos los momentos vividos, a través de los cuales experimenta la verdadera sensación de existir.

Pero, como es natural, para llegar a penetrar en los conocimientos logosóficos se requiere una vocación superior; se requiere prodigarles un tiempo, como a todas las demás cosas de la vida, y, asimismo, una atención y una dedicación que no deben ser interrumpidas. De esta manera, las comprensiones se sucederán unas tras otras, complementándose y perfeccionándose. Los conocimientos vienen inmediatamente después de las comprensiones.

Cuando la propia vida comienza a experimentar los beneficios del conocimiento logosófico, todo va cambiando de aspecto, pues ya no se miran las cosas con los ojos de una mente, por lo general distraída, indiferente o semidormida, fatigada a menudo por tantas actividades infértiles del día; antes bien, se las mira de diferente modo, esto es, con la mente atenta. Es natural que cuando las cosas comienzan a manifestarse, despierten interés. Si se penetra en un cuarto oscuro en el que gradualmente va haciéndose la luz, se percibirá poco a poco todo lo que en él existe. Recién entonces comenzará el interés por ver esas cosas, por estudiarlas y valorarlas, pues antes, al no haber luz, no despertaban interés alguno, ya que, pese a existir, no habían tomado contacto directo con la inteligencia, porque ésta no las veía. Del mismo modo, cuando no hay luz en la mente, cuando se permanece a oscuras con respecto a tantos conocimientos como existen, éstos, a pesar de existir, no pueden ser descubiertos por los ojos de quienes no están capacitados para verlos, siendo como si no existieran. Salvo esas dos o tres o diez preocupaciones de la vida diaria, parecería que ninguna otra cosa hubiese digna de ser tenida en cuenta por quienes llevan, así, una existencia común. Tales conocimientos existen, en cambio, para los que han sabido tomar contacto con las cosas creadas, con las cosas que tienen su lugar en cada parte, en cada sitio por donde transitan o por donde acostumbran pasar durante la vida. Es que aquel que

despierta su vocación superior, se convierte en un verdadero investigador, en un trabajador incansable que busca el saber, el verdadero saber, cual es el conocimiento que no sólo da la satisfacción de tener algo más en posesión, sino que expande la vida dotándola de una fuerza superior; esto es lo grande y lo interesante para todos.

Pienso que la vez anterior os dije que cada cual debía internarse en su propio mundo y que el Saber logosófico os guiaría, llevándoos de la mano a través del camino que hacia aquél conduce, iluminándoos para que en la marcha fueseis viendo muchas cosas. Os dije asimismo que, mientras encontrara piedras al pasar —cuales serían los prejuicios y los falsos conceptos—, las iría apartando para que cada uno pudiese avanzar sin tropiezos; que cuando encontrara de pronto algo hermoso, algo digno de detener la marcha, diría a uno u otro, para expresar la alegría del hallazgo: «¡Mira, he hallado una virtud: es tuya! ¡Y tú, aun teniéndola, no la conocías!». Pero dije también que, del mismo modo, cuando encontrase una piedra, exclamaría: «¡Detén tu marcha: es un defecto!», apartándola al punto del camino. Si lo primero ha de ser causa de alegría, lo segundo no debe producir dolor, sino alegría también.

Esta es la enseñanza que penetra profundamente en el alma, la que hace sentir y experimentar la vida, guiando, al mismo tiempo, hacia un mundo de conocimientos del cual era imposible sospechar siquiera que existiese. Los conocimientos logosóficos son muy diferentes de los que acostumbran todos a recoger en una u otra parte, por pertenecer y estar conectados a la vida misma del ser. Esto explica por qué toman tanta fuerza y tanto significado, haciendo que, a medida que se avanza, se sienta uno fortalecido, con el ánimo renovado, experimentando la sensación de la verdad que opera internamente transformando. De ese modo, la vida estéril se convierte en existencia feliz, llena de fuerzas y de nobles y grandes experiencias para el porvenir.

Así, cada uno puede ir profetizándose a sí mismo. Midiendo lo que hizo hasta ese momento, en el curso de un año, puede establecer sin duda alguna lo que podría haber hecho en el siguiente permaneciendo ajeno al cultivo del conocimiento

logosófico, y lo que hará con ayuda del mismo, mientras su vida se va transformando. En otros cinco años contará ya con tiempo como para anticipar los adelantos que, a juzgar por los anteriores, podrá alcanzar. Pero si se estanca, si deja de preocuparse por su evolución, ocupando el tiempo en lo externo, en mirar a los demás en vez de mirarse a sí mismo, pasarán los días, los meses y los años como antes. No es la enseñanza logosófica la que debe internarse en el mundo de cada cual, sino que es el propio espíritu quien debe recorrer el camino, renovando la vida hasta alcanzar su máxima perfección.

Es ésta una labor delicada y paciente, en la que cada uno debe poner lo mejor de sí mismo; labor en la cual se ha de marchar serena y conscientemente, tratando de realizar todo aquello que no se tiene y eliminar todo lo que, teniéndose, no sirve. Así, por ejemplo, el que carece de paciencia debe crear la virtud de la paciencia, el que no tiene tolerancia debe crear la virtud de la tolerancia; del mismo modo, el que es intolerante debe eliminar su intolerancia y el que es impaciente debe eliminar su impaciencia.

Por otra parte, dentro del campo mental logosófico los juicios deben ser muy madurados y nunca aventurados ni ligeros, pues quien esto haga corre el peligro de equivocarse lamentablemente. Todo juicio que hoy pueda forjarse, sobre tal o cual cosa, invariablemente será modificado, porque, para establecer un juicio, es necesario poseer un conocimiento perfecto de lo que se juzga; si el conocimiento es incompleto, incompleto será el juicio. Deberá, por consiguiente, tenerse presente que todos los juicios u opiniones que sobre una cosa puedan formularse son momentáneos. De ese modo se evitarán muchas equivocaciones, sobre todo cuando uno de esos juicios, hallándose en la mente, es alterado por algún pensamiento formando una obstinación, luego difícil de eliminar. Es bien sabido que toda obstinación crea dificultades y reacciones, inconvenientes a un estado natural y positivo para la educación logosófica.

Todos debéis tener en cuenta estas palabras y saber que, en forma gradual, paulatina, debe desarrollarse en la mente el verdadero sentido o concepto de la precisión.

Para esto es imprescindible familiarizarse con la Logosofía en todos sus aspectos; no es posible pensar que leyendo o escuchando sus enseñanzas se tendrá ya una impresión o una opinión cabal de la misma. Después de leerlas o escucharlas es necesario aún meditarlas mucho; en la meditación maduran reflexiones muy valiosas. Más tarde hay que asociarlas a la vida, aplicándolas en cada oportunidad; si una enseñanza es mal aplicada, podrá corregirse luego la forma en que se la aplicó, hecho éste que permite ampliar su conocimiento.

No es cuestión, pues, de pensar que el conocimiento logosófico ha de ser algo que se obtiene fácilmente, con sólo leer, escuchar o recibir explicaciones de los demás; hay que aprender a aplicar la enseñanza a la vida y vivirla en toda la extensión de la palabra. Se vive la enseñanza cuando ésta preside, diría, casi todos los instantes de la vida; pero no, como podrían pensar muchos, hablando el día entero de Logosofía. Una vez asimilada se obrará conforme a ella, y así, sin mencionarla, la enseñanza aparece, porque al vivirla se ha convertido en ejemplo dentro del ser; y el ejemplo habla luego con más elocuencia que la palabra. Lógico es, pues, que quienes siguen la enseñanza y hacen del conocimiento logosófico un verdadero culto en su vida, deban transparentar esos conocimientos más con el ejemplo que con la palabra.

Buenos Aires, 9 de agosto de 1948.

EL ARTE DE ENSEÑAR Y EL ARTE DE APRENDER

Entre el arte de enseñar y el arte de aprender existe una gran diferencia, no obstante hallarse ambos íntimamente vinculados. Por lo general, el que comienza a aprender lo hace sin saber por qué; piensa que es por necesidad, por una exigencia de su temperamento, por un deseo o por muchas otras cosas, a las cuales suele atribuir ese porqué. Mas cuando ya empieza a vincularse a aquello que aprende, se va despertando en él el interés, al par que se reaniman las fibras dormidas del alma, que comienza a buscar, llamando al estudio, los estímulos que han de crear la capacidad de aprender.

Pero, ¿qué es lo que el ser aprende, y para qué lo aprende? He aquí dos interrogantes a los cuales no siempre puede dárseles satisfactorias respuestas. Se aprende y se sigue aprendiendo, acaparando hoy un conocimiento y mañana otro, de igual o de diversa índole. Primero se aprende para satisfacer las necesidades de la vida, tratando de lograr por medio del saber una posición y solucionar, al mismo tiempo, muchas de las situaciones que la misma vida presenta. Cuando se colma la medida del estudio, pareciera ser como si en la mente se produjese una desorientación: el universitario, al lograr su título, aquel otro al culminar en su especialización. En fin, cuando esa vida de estudios ha terminado, comienzan las actividades en las diferentes profesiones, lo cual paraliza

la anterior actividad de la mente dedicada al estudio; muchos hasta llegan a olvidar aquella constante preocupación que antes tenían por lograr cada día un conocimiento más, encontrándose como los que, habiendo finalizado el recorrido de un camino, no sienten la necesidad de dar un paso más, por no hallar el acicate de un objetivo capaz de propiciarlo. He ahí una de las causas de donde proviene tanta desorientación en los seres humanos.

Por otra parte, los que además de los estudios de la profesión aprenden otras cosas, lo hacen, muchas veces, sin tener de ello verdadera conciencia. Atesoran este, ese y aquel conocimiento, pero luego —salvo excepciones— no saben qué hacer con ellos; no saben usarlos ni en su propio bien ni en bien de los demás. Así es como se los ve aprendiendo al azar en una y otra parte, sin tener un guía que los lleve hacia una meta segura y les permita hacer, de todo, un aprendizaje útil para sí mismos y para sus semejantes.

Al dar a conocer sus enseñanzas, la Logosofía pone de manifiesto que existe una inmensidad desconocida para el hombre, en la cual debe éste penetrar. Da a conocer, además, que mientras se interna en esa inmensidad, que es la Sabiduría, es decir, mientras aprende, puede también enseñar. Porque el arte de enseñar consiste en comenzar enseñándose primero a sí mismo, o, dicho de otro modo, mientras por una parte el ser aprende, aplica, por otra, ese conocimiento a sí mismo, y, enseñándose a sí mismo, sabe luego cómo enseñar a los demás con eficiencia.

Dijimos al comienzo que el arte de enseñar es muy diferente del arte de aprender. En efecto, tratándose del conocimiento trascendente, que es el que guía hacia el perfeccionamiento, no se puede enseñar lo que se sabe, si, al hacerlo, no va reflejada, como una garantía del saber, la seguridad que cada uno debe dar con su propio ejemplo. He ahí, justamente, donde empieza a hacerse difícil el arte de enseñar, porque no se trata de transmitir una enseñanza, o mostrar que se sabe esto o aquello; el que así lo hiciera se convertiría en un simple repetidor de la enseñanza, en un autómatas, y su labor carecería de toda eficacia. Es ya otra cosa cuando a través de

la palabra del que enseña, coincidente con sus actos, se van descubriendo relevantes calidades; y otra cosa es, también, cuando en el que escucha y aprende se va manifestando la capacidad de asimilación; entonces, el que aprende, aprende de verdad, y el que enseña, enseña a conciencia.

Una enseñanza puede ser transmitida bien o mal por el que enseña, mas, el hecho de transmitirla mal no tiene por qué implicar mala intención o mala voluntad; comúnmente se la transmite en forma errónea por no habérsela entendido bien, vivido y hecho carne en sí mismo. Quien esto hace no posee, por cierto, el dominio de la enseñanza, que permite no olvidarla más; y está lejos de ser como aquel que, en posesión de una fórmula, puede reproducir en cualquier momento el contenido de la misma. Olvida la enseñanza quien no ha tenido conciencia de ella, y, por tal causa, se halla en la misma situación del que aprende. Estas particularidades del arte de enseñar y del arte de aprender deben ser tenidas muy en cuenta siempre.

Para cultivar estas artes, cuando se aprende debe situarse uno mismo en la posición más generosa, cual es la de aprender sin mezquindad, la de aprender para saber dar, para saber enseñar, y no con miras egoístas haciéndolo para usufructo propio, exclusivo, que es, en último término, la negación del saber.

La Sabiduría Logosófica se prodiga, por ello, a los que más tarde sabrán enseñar, quienes tendrán en cuenta, al hacerlo, todos los detalles que por lo común pasan inadvertidos y luego traban el entendimiento de los seres.

Quien es generoso al aprender, es generoso al enseñar; mas nunca habrá que excederse en esa generosidad pretendiendo enseñar antes de haber aprendido.

Es menester conocer a fondo la psicología humana, para descubrir todos los subterfugios que existen en el complejo y misterioso mecanismo mental del hombre.

Cuando se inicia la heroica empresa del propio perfeccionamiento, es necesario acostumbrarse a caminar con firmeza, sin vacilaciones ni desaciertos, buscando siempre la seguridad en el propio conocimiento, y, cuando aquélla no

exista, éste debe ser cultivado para que se alcancen a obtener esos frutos que hacen luego la felicidad interna.

Hablando ya del conocimiento logosófico, es de advertir que, aunque lo parezca, no es éste igual, ni mucho menos, al conocimiento común. Tiene una particularidad que lo distingue y que cada uno advierte, comprueba y confirma a medida que va realizando su proceso de evolución consciente. Dicha particularidad se manifiesta en el hecho de que estas enseñanzas sirven para ser usadas en la propia vida; aplicando en una diaria observación de sí mismo los conocimientos que de ellas emanan, se logra una superación constante que lleva a comprender más luego el carácter universal del Saber logosófico. Esto debe ser recordado en todo momento, a fin de tratar a la enseñanza logosófica como ella es: algo nuevo para el propio saber individual, algo que debe tomarse con todo cariño, con toda dedicación, sin descuidar jamás ninguna de sus indicaciones.

El conocimiento trascendente, o sea, el logosófico, expresa cuanto puede conocer el hombre al internarse en los arcanos de la Sabiduría. Es la antorcha convertida en luminaria, que, pasando de mano en mano a través de las generaciones, seguirá alumbrando la vida de los que buscan en el perfeccionamiento de sí mismos la propia inspiración; inspiración que también surge observando los sabios y nobles ejemplos que ha registrado la historia, y que registra, igualmente, el corazón humano cuando presencia todos aquellos casos en que un hombre surge por encima de los demás, mostrando los caracteres inequívocos de una estirpe superior.

La Logosofía tiene, pues, la misión de arrancar al hombre de los planos inferiores de conciencia en que se encuentra, para llevarlo gradualmente, pasando por procesos alternados de superación, a conquistar el dominio consciente de sus posibilidades humanas. Es entonces cuando deja de ser un hombre común, un ser común, para convertirse en ser superior, capaz de transmitir sus conocimientos a los demás y auxiliar a quienes carecen de voluntad para poder sobrevivir a las penurias que deben soportar en la vida.

¿Cuántas veces no hemos oído decir a uno u otro que desearía encontrarse a sí mismo? ¿Acaso, estas palabras, un

tanto angustiadas, no dan a entender que se han perdido de vista, o que se han extraviado, desde el momento que no pueden encontrarse? En estas o en parecidas condiciones acuden muchos a la fuente logosófica. ¿No sería del caso preguntar aquí cómo piensan encontrarse? Los que se buscan a sí mismos, ¿tienen si quiera una vaga sospecha de lo que en verdad son? ¿Se reconocerían al hallarse? ¿Se han formado una imagen exacta de aquel a quien buscan? Porque ha sucedido más de una vez que, cuando llega la oportunidad de presentarles al ausente, exclaman ante él: «¡Ese no soy yo!, ¡qué esperanza!», y continúan luego la búsqueda, cada vez más infructuosa. Lo que acontece, sencillamente, es que se han forjado una falsa imagen de lo que personalmente creen ser, de donde resulta que cada cual busca en vano al que su ilusión adornó generosamente de cualidades y virtudes. Nadie quiere ser, pues, lo que es en realidad; de ahí la desilusión al encontrarse.

En presencia de esta realidad, la Logosofía permite, con sus conocimientos, realizar un claro discernimiento del problema, y auxilia, con elementos de juicio de gran valor, al que anhela superarse, inclinándolo hacia la tarea de realizar un proceso consciente que culminará al convertirse en aquello que antes había imaginado, sin que en realidad lo fuera. De ese verdadero encuentro consigo mismo surge el despertar promisor de una vida fecunda, destinada a cumplir altos designios de bien.

La vida es el campo experimental donde tienen lugar las luchas y donde cada uno vence o es derrotado; pero es, también, el escenario donde el espíritu se temple verdaderamente y donde, poco a poco, con voluntad y entusiasmos grandes, se va labrando un nuevo y elevado destino.

Todo esto, naturalmente, invita a reflexionar con seriedad. Cada uno tendrá que tomar la decisión de seguir firmemente bajo la guía del conocimiento logosófico, o desistir, por inercia, del mismo, arrastrado hacia otros caminos. Si se toma la decisión de seguir, es necesario marchar sin detenerse, estudiando, analizando, observando y sacando siempre de cada observación felices conclusiones.

Buenos Aires, 19 de agosto de 1948.

EN POS DEL CONOCIMIENTO CAUSAL

Tocaré esta noche algunos puntos de gran importancia para la vida. Con el conocimiento que la consideración de cada tema naturalmente trae, se puede establecer con suma facilidad la diferencia fundamental que existe entre la concepción logosófica de las cosas y las concepciones comunes.

Muchas veces se ha dicho que es necesario ser bueno y que hay que hacer el bien. Esto se ha repetido en múltiples formas y, casi podría decirse, en todas partes; pero siempre ha ocurrido que, luego de ser escuchadas estas palabras, no se ha tenido un concepto claro de lo que ellas significan ni de cómo realizar lo que recomiendan.

Tan pronto como nace el propósito de ser bueno, lo sensato sería formularse estas preguntas: «Se me dice que debo ser bueno y ése es mi anhelo, pero, ¿qué debo hacer para lograrlo?; ¿en qué forma debo proceder?; ¿con qué medios cuento?». Lo mismo cuando se trata de hacer el bien: «¿Qué debo hacer?; ¿en qué forma?; ¿con qué medios?». Podrían sobrevenir luego otros interrogantes: «¿Cómo comprobaré que soy más bueno cada día?; ¿qué hechos me lo demostrarán?; ¿cómo comprobaré que hice el bien?; ¿a través de qué hechos podré confirmarlo?». Una larga serie de interrogantes podrían todavía seguir a los anteriores, pero si no se cuenta más que con el propósito de ser bueno, ello no bastará para concretar una comprensión amplia de cada interrogante formulado. Pasarán después días, meses, años, épocas quizá, y aquellas exhortaciones de ser

más buenos y de hacer el bien serán relegadas al olvido por la mente, continuándose en la posición de la mayoría, que hace el bien inconscientemente, sea a sí mismos, sea a sus semejantes, vale decir, sin tener real conciencia de que en verdad son más buenos o de que hacen el bien.

Trazaré, a continuación, una imagen que habrá de explicar y hacer comprender la magnitud de ese pensamiento que guarda tan encomiable propósito. Todos vosotros tenéis un pasado y un presente que conocéis; pero también tenéis un futuro que no conocéis. Durante su vida, el ser va creando un futuro que es consecuencia o resultado de la forma cómo ha vivido su pasado y su presente; de ahí que, analizando estos dos períodos de tiempo, no resulte difícil predecir lo que podría acontecerle en el futuro, por cuanto las predicciones están basadas siempre en el conocimiento del pasado. Naturalmente que no todos conocen ese pasado, aunque crean lo contrario. En la mayoría de los casos es ignorado, porque la mente humana, al olvidar tan fácilmente todo lo que hace de malo, acordándose tan solo de lo bueno, no conoce, puede decirse, ese pasado. Tal es, pues, el pasado que todos creen conocer de sí mismos, y estoy seguro que si cada uno pintara su propia imagen con su pasado, le pondría un halo bien visible detrás de la cabeza. Pero lo cierto es que, así como se lleva cuenta de las cosas buenas que se han hecho, también hay Quien la lleva respecto de todo lo malo. Estas últimas son deudas que, inexorablemente, tiempo más, tiempo menos, tendrán que pagarse.

Así, cuando ocurre un contratiempo, cuando tiene lugar lo que cada uno considera un mal o una desgracia, se lo atribuye a la fatalidad, a la mala suerte, el destino; en fin, a muchas cosas, sin que jamás asome en la mente humana el pensamiento que señale la propia culpabilidad o al propio causante de ese mal, que es uno mismo.

Ahora bien; es completamente lógico que se hayan cometido muchos errores o se haya hecho tanto mal; pero ello no debe ser motivo de pesadumbre alguna cuando en lo presente se tiene la oportunidad de poseer de un modo cierto el conocimiento que permite saber cómo puede el ser protegerse contra los males del futuro, pues se tiene ya algo

muy grande; algo que debe llenar de sana y verdadera alegría el corazón humano.

Sabiendo positivamente que al mejorar las condiciones del ser, perfeccionándolas hasta el más alto grado, se está con ello haciendo una obra de bien, eso expresa ya con gran elocuencia que, mientras se está ocupado en esta obra, es muy difícil que se piense en hacer el mal. Y si se está ocupado en una obra tan digna y tan elevada como es la del propio perfeccionamiento, tened la seguridad de que esto significa abrir un mundo de posibilidades para hacer el bien, y que todo bien que se realiza con plena conciencia de su significado es un mal más que se desvanece de entre aquellos que por ignorancia se cometieron. Así es como va cumpliendo cada cual una misión redentora dentro de sí mismo, sin que se agolpen en su futuro las consecuencias de errores cometidos, que, necesariamente, deben desenredarse de la vida humana alguna vez, siendo ése el momento en que el ser humano se libera y deja de ser oprimido por los recuerdos que suelen acudir de golpe en los momentos graves, como para señalar al causante de las consecuencias que en tales momentos debe sufrir.

En posesión del conocimiento causal se labra, pues, un porvenir; se forja un futuro, que ya no es incierto, para la vida del que está vigilando constantemente todos sus actos, sus pensamientos y sus palabras, a fin de que éstos no promuevan más daños de los que hicieron en tiempos en que no era capaz de ser consciente de esos mismos actos, pensamientos y palabras.

Esta labor de perfeccionamiento individual, que, como se ha dicho, no es imposible, si bien es difícil, puede llegar a ser fácil a medida que se va comprendiendo a fondo la importancia que tiene y que tendrá para la vida la obra que debe realizarse dentro de sí mismo. Mas es necesario cuidar mucho los detalles, porque éstos pueden entorpecerla y tornarla fatigosa y hasta pesada.

Muchos, por ejemplo, entre las tantas deficiencias que presentan, tienen la de molestarse a menudo por pequeñas cosas; esto, como es natural, impide que la capacidad de reacción actúe con serenidad y reprima el movimiento interno

de molestia. Para ello es menester acostumbrarse a todas las incomodidades; sentir felicidad aun en los momentos en que la comodidad nos falta, pues debemos aprender a sentirnos cómodos en medio de todas las incomodidades. De este modo se logrará vencer dicha deficiencia; después, cualquier cosa nos proporcionará un gran halago, aun la más pequeña comodidad, aquella que antes hubiésemos despreciado pensando que merecíamos mucho más.

Otra cosa que debe desecharse cuando se va en busca de un mejoramiento, es el pensamiento de que otros nos sirvan, ya que, de ser así, dejaríamos olvidado a nuestro ser, a quien nosotros mismos debemos servir. Por otra parte, el querer que los demás nos sirvan, permaneciendo nosotros indiferentes a las necesidades ajenas, se transforma en una pretensión, y las pretensiones tienen el virus de la violencia, por no haber dentro de ellas ni aspiración ni anhelo. La pretensión siempre quiere imponerse; es algo antojadizo que cierra los ojos de la conciencia para inflamar la imaginación con cosas irreales. Los seres chocan, así, unos contra otros, desviándose siempre más de la ruta que deben seguir, justamente porque la pretensión, al ponerse de manifiesto, no invoca más razón que la emanada de un deseo incierto, que el mismo ser no sabe explicar.

La aspiración es, en cambio, sana y elevada; se va en pos de su realización por el esfuerzo propio, sin deslizarse nunca por la pendiente de la pretensión, que, como dije, es un signo de violencia.

Cada ser humano debe aprender, pues, a servirse a sí mismo, a ser capaz de llevar a cabo con buen ánimo sus propios menesteres. De este modo, podrá con su ejemplo ayudar a los demás en la adopción de esta conducta, tan práctica como beneficiosa. Queda también entendido que jamás deberemos sentirnos incómodos o molestos; hay que dominar esa deficiencia y estar siempre bien dispuestos; sólo ante una buena disposición huyen las molestias y las incomodidades, que, con frecuencia, aguijonean al hombre hasta hacerle cometer cosas que ni siquiera había pensado.

Es ésta una noble labor que cada uno, como obrero de

sí mismo, debe ir realizando, por concretarse en una obra que representa la propia vida y en la que se alcanzará a obtener para sí el más alto jornal que pueda ganarse, como lo es la felicidad conquistada por el esfuerzo individual, que a nadie lesiona, antes bien, ayuda a los demás a que puedan también realizarla para ser igualmente felices, acrecentándose de este modo la propia felicidad y haciendo posible el cumplimiento de todos los anhelos, al facilitarse con ello la Obra Magna de la Creación.

Es necesario comprender esto sin remontar la mente más allá de donde van las palabras y de donde ellas se ubican. No de otro modo podrán obtenerse claras comprensiones de esta enseñanza que, como baño de luz, iluminará vuestras mentes. Día tras día sentiréis un nuevo vigor, un nuevo ánimo, al tiempo que se aumentará vuestra capacidad para hacer el bien conscientemente, seguros de enfocar los conceptos en su verdadera esencia y de alcanzar inequívocas comprensiones de las cosas que han de servir luego para el propio perfeccionamiento.

Buenos Aires, 16 de setiembre de 1948.

EL SENTIDO DE LA UBICACIÓN COMO NORMA DE CONDUCTA

Uno de los tópicos que trataré en esta oportunidad es el de la ubicación. Me referiré a cómo ubicarse en la época que a cada uno le toque actuar, en medio de las circunstancias que surgen a raíz de los acontecimientos diarios, y en fin, en todos los momentos que le ofrecen al ser el presente y el futuro.

Así, por ejemplo, cuando se observa lo que acontece en el mundo se experimenta al instante ansiedad ante lo futuro, tanto por lo que ha de venir como por lo que ha de ser de la propia persona. Son muchos los que viven en una constante desorientación temiendo a ese futuro que en otras épocas los seres esperaban llenos de confianza, alegría, entusiasmo y fe. Hoy se lo espera con temor y sólo se piensa en que aguardan a la humanidad días muy sombríos; parecería como si en el presente se estuviesen viendo signos que presagiaran horas trágicas para la misma. Mas lo que nadie piensa es cómo ubicarse en el presente y en el futuro para sobrellevar con valor, con energía y con fe consciente todo cuanto pudiera sobrevenir en los días del mañana.

A tal fin, es necesario recurrir siempre a las fórmulas supremas estampadas en cada gran conocimiento, para que éstas, cual antorchas luminosas, alumbren la conciencia de los seres en medio de los días oscuros que pudieran sobrevenir. Para ello, haciendo de claro intérprete entre las fórmulas

supremas a que aludí y el entendimiento de cada uno de vosotros, la Logosofía señala normas de conducta para que los seres sepan ubicarse en sitio seguro, a fin de hallarse, en lo posible, inmunizados contra el mal.

Veamos; el hombre posee una capacidad de resistencia que no siempre es conocida o probada por él; esa capacidad se manifiesta, la mayoría de las veces, en trances de grandes peligros o de grandes sufrimientos.

Generalmente se afirma —pues es pensamiento común— que no seríamos capaces de aguantar o resistir esto o aquello; sin embargo, puestos a prueba en momentos de grandes sufrimientos y dificultades, nos damos cuenta, no sin cierto asombro, que somos capaces de resistir lo que no creíamos posible y aún mucho más. Con asombro —dije— se comprueba esto en las situaciones difíciles, reconfortándose el espíritu sin que se dañen los cimientos de la moral ni los del propio ser físico.

De ahí, pues, la necesidad de saber que se es capaz de resistir grandes sufrimientos, contrariedades y peligros; y cuando se haya fijado la conciencia de este pensamiento, habrá de mantenerse el ánimo dispuesto siempre a soportar las mayores calamidades, porque así es como podrán sobrellevarse con más entereza, serenidad, resignación y comprensión las contrariedades y sufrimientos de grado menor que aquellos que, en un principio, se habían supuesto.

Tal es, en síntesis, la traducción de esa fórmula suprema para saber ubicarse y preservarse de muchas cosas, cuyas causas esenciales residen en uno mismo. Tratando de no provocar el mal ni crear dificultades, sufrimientos o peligros por propia culpa, cada uno habrá ganado la primera gran batalla por la conquista del bien, reservando entonces todas sus fuerzas y energías para preservarse de las causas ajenas a él mismo; en esa forma, el mal será menor, como así también el sufrimiento, los peligros, las contrariedades y todo cuanto está en acecho de la vida. Es esto habituarse a caminar por el mundo evitando ser uno mismo la causa de sus propios males. Ciertamente, hay gran diferencia entre sufrir los males que uno mismo se crea y que en el balance de nuestro juicio debemos estimar como justos, y los males que debemos soportar injustamente, es decir, sin culpa nuestra.

Ya hemos podido apreciar, a través de lo expuesto, que, salvo raras excepciones, nadie sabe ubicarse con respecto a ese futuro en el que cada uno tiene puesta su mira; en otras palabras, a lo que se quiere ser o poseer. Es necesario hacer penetrar hondamente la mirada dentro de sí mismo, a fin de comprobar cuál es la propia capacidad creadora para producir energías y para resistir la acción de todos los elementos que se opondrán a nuestras aspiraciones. Podemos tener un gran anhelo, por ejemplo, y disponernos a alcanzarlo con nuestro esfuerzo, afán y entusiasmo; pero se opone la inercia, el desgano, el descuido o la desatención, atentando constantemente contra la buena disposición que hemos creado para alcanzar dicho anhelo. ¿Cuál es la capacidad para resistir y aun anular la acción de los elementos que atentan contra nuestra buena disposición? Esto es lo que debe buscarse dentro de uno mismo antes que nada, pues es muy fácil advertir todos los proyectos que son forjados a diario, para encontrarse el ser, pasado el tiempo, siempre en veremos.

No es posible ir al encuentro del futuro con las manos vacías, con el ánimo decaído, con pesadez, faltos de voluntad, arrastrando tras de sí enormes cartapacios de ideas embriónicas, como si con ello se quisiera demostrar que ha habido buena voluntad para proyectar. En tal caso, más bien valdría la pena que el ser humano quedara en suspenso hasta haber concebido el luminoso pensamiento de realizar por fin ese proyecto, constituyéndose en una verdadera entidad humana, capaz de realizar lo que concibe o lo que crea.

Este es, pues, el momento de centrar bien la mente, aprendiendo a juzgar los tiempos del pasado y del presente; tan sólo así podrá cada uno atreverse a juzgar acerca del futuro, tomando por base lo que haya logrado fijar como norma en el presente y como norte para lo futuro. Podremos, entonces, caminar firmes, serenos y seguros por el mundo, sin temor de que ese mundo se nos venga encima.

Hay algo en lo cual muy pocos piensan cuando ven aparecer el futuro sombrío, lleno de amenazas y de tremendos fantasmas trágicos: ¿Qué puede pretender de nosotros ese futuro?; ¿llevarnos la vida? ¿Pero la vida no está, acaso, en

peligro a cada minuto?; ¿no sorteamos en todo instante peligros por doquier? Si tenemos este pensamiento bien situado en la mente, pensaremos con toda sensatez que el futuro sombrío no es sino un peligro más que podremos sortear con el mismo riesgo del ladrillo que podría caer de pronto sobre nuestras cabezas. Desechado así el pensamiento de incertidumbre, concentraremos todo nuestro esfuerzo en el trabajo amplio y grande de la propia superación, y feliz será el momento que se lleve consigo el último minuto de la vida si nos encuentra realizando tan noble, grata y sublime tarea, pues llevaremos, como postrer recuerdo, lo último que hicimos en nuestro propio bien, que implica, asimismo, el bien de los demás.

Con estas aleccionadoras enseñanzas podréis forjar en vuestras mentes el concepto de la ubicación ante el futuro, por cuanto ellas os abrirán, a la vez, un variado número de sugerencias a las que podréis corresponder proyectando sobre cada una de las mismas vuestro propio sentir y pensar, lo que os permitirá identificaros con el pensamiento que invita a meditar e imponerse a sí mismo una conducta superior.

La fuerza del conocimiento logosófico acelera las mentes, dotándolas de energías y aquietando los pensamientos que bullen en su interior y traban el libre juego de las facultades. Obtenido el dominio individual, fácil será comprobar cuán diferente es el estado psicológico, moral y espiritual logrado por el ser, comparándolo con el de todos aquellos que le rodean en su andar por el mundo.

Por lo general, en todas las mentes se advierte la presencia de pensamientos vagabundos; y los llamo así, porque no hacen sino vagar de una mente a otra. Tales son los pensamientos a los cuales no se les conoce origen, pero cuya presencia se advierte fácilmente, porque en su recorrido a través de las mentes no hacen más que perturbarlas, agitándolas y llenándolas de falsos temores. Pero la mente de quien cultiva la Logosofía debe acostumbrarse a saber pensar y a manejar sus propios pensamientos para que ninguno de ellos pueda convertirlo en un títere más, de los tantos que esos pensamientos agitan y anulan.

Si os esforzáis en trabajar con estos conocimientos, profundizándolos hasta alcanzar su más hondo significado, es seguro que lograréis saber cómo ubicaros en el presente y en el futuro. Esto, no más, constituye un bien muy grande, por tratarse de elementos de gran valor para la propia defensa, que servirán para inmunizaros contra el mal. En vosotros está evidenciar esa defensa, poniendo en práctica lo aconsejado; más allá comprobaréis si os ha sido dado experimentar una verdadera felicidad, al aplicarlo a vuestra vida, beneficiándoos con sus bellos y grandes resultados.

No obstante, debo insistir en que es necesaria la mejor disposición de ánimo para manejar esta enseñanza, a fin de que sea útil a todos en el más amplio sentido de la palabra.

Para contrarrestar los momentos de disgusto, de pesar, de aflicción, de violencia y de malestar, es necesario acostumbrarse a hacer todas las cosas, aun las más pequeñas, con verdadero gusto y jamás con desagrado. Costando el mismo trabajo, los resultados son opuestos. Pero dije mal: cuesta más cuando se hacen a disgusto, porque, en este caso, el trabajo se torna más pesado. En lo que a mí respecta, acostumbro a hacer todo con el mayor placer, como si para cada cosa extrajera de mí mismo el sùmmum de la felicidad. Ello se debe a que no las hago en frío, como cosas sin vida, realizadas por obligación y ajenas a cuanto me pertenece. De este modo, lo que con tanto gusto hago aquí o allá, cobra vida, habla y se mueve, por haberle dado mi calor, mi vida y mis pensamientos, experimentando, cada vez que lo contemplo, la felicidad que emana de todo lo que se hace con placer. En cambio, los que obran a disgusto, cuando contemplan lo que hicieron jamás experimentan siquiera un miligramo de felicidad, causándoles disgusto, a veces, su solo recuerdo. Así es como cada uno va estrechando su vida, y tornándose duro, áspero y egoísta.

Hay que hacer brotar la alegría interna para que se transforme en buena disposición, a fin de que todo se haga con gusto y nunca mortificándose por esto o por aquello, pues se estaría quitando todo valor a lo hecho. Cuando una cosa se hace a gusto todos la estiman, despreciándosela cuando se la hace a disgusto. La diferencia entre una y otra forma de

obrar es muy notable, fuera de duda; este solo hecho debe estimular a todos, de hoy en adelante, a hacer las cosas como deben hacerse, vale decir, con el mismo gusto con que Dios hizo todo cuanto existe.

Buenos Aires, 23 de setiembre de 1948.

PARTICULARIDAD DE LA LOGOSOFÍA

Vamos a hablar esta noche sobre cierta particularidad de la enseñanza logosófica.

Generalmente, los que toman contacto con la Logosofía observan algo en ella que no pueden definir; es su fuerza, que atrae, que entusiasma y promueve en el ser interno una serie de movimientos que le hacen experimentar la necesidad de superarse a sí mismo.

Pero, a medida que se conectan con una u otra enseñanza, advierten que no las pueden abarcar; y, no obstante comprender que ellas deben acondicionarse a la propia vida, la inercia mental hace que, más de una vez, se esfume el efecto producido al escucharlas o leerlas. Pese a ello, queda el recuerdo de las mismas, sintiéndose como si aletearan en la mente a modo de brisa matinal que invita a despertar.

Todo esto no es suficiente aún para definir esa particularidad de la Logosofía. Y tal hecho no acontecerá hasta tanto no se domine a fondo el conocimiento que permita ubicar dentro del ser un crecido número de enseñanzas, a las cuales pueda prodigárseles toda la atención y el calor del afecto que merecen. Sin embargo, esa particularidad se pone de manifiesto cuando el incipiente investigador de la Logosofía, en su afán de que la enseñanza permanezca dentro de él, busca, como una necesidad interna, comunicar a los demás el pensamiento logosófico. Al comunicarlo, nota como si de pronto afloraran en su mente múltiples ideas, que aparecen

como imantadas por una fuerza interna que antes no poseía; es que aquello que empieza a comprender atrae a muchas de las enseñanzas que creyó olvidadas. De este modo advierte que, en esa comunicación al semejante, encuentra el placer de sentir cómo las enseñanzas logosóficas permanecen en él; a cada palabra que pronuncia sigue, como compensación, el recuerdo de muchas de aquellas imágenes que, plasmadas un día en su mente, por olvido, por descuido o por inercia, se fueron borrando hasta desaparecer.

Ved, pues, cuán conveniente es el entrenamiento, el constante movimiento de todo lo que dentro de la mente va formando parte de la vida y que debe encontrar su cauce definitivo como orientación fija e inalterable.

Mas no obstante la circunstancia anotada, que, pienso, muchos de vosotros habéis experimentado, existe otra que tiene igual virtud. En efecto, cuando no hay nadie a quien comunicar el pensamiento logosófico, buscad al que está más próximo a vosotros, dirigiéndoos a vuestro propio ser interno. Formulaos preguntas, tal como un semejante lo haría con vosotros; así, en vez de ser otro quien os las formule, podréis hacer os preguntas a vosotros mismos y ver cómo, en respuesta a tales preguntas, afloran pensamientos que, en muchos casos, no habíais sospechado siquiera que pudiesen corresponder tan solícitamente al llamado de la inteligencia.

Toda palabra logosófica lleva una fuerza fertilizante y contiene a la vez, en germen, un cúmulo de sugerencias que, como abanico, se abren luego a la meditación. Esas sugerencias, propiciadas siempre por la enseñanza logosófica, son las que despiertan el entendimiento, promoviendo una serie de movimientos internos nítidamente percibidos y observados a través de las múltiples circunstancias en que se enfoca la atención. Por eso, cada enseñanza va, a través de la mente, directamente a la conciencia, pues debe forjar en ella el sentido real de todas las cosas, y, a la vez, apagar para siempre las luces de todo artificio que antes hubiese encendido la ilusión.

El conocimiento logosófico crea un mundo nuevo y real. Todo lo nuevo de por sí atrae, mas este mundo nuevo tiene además la virtud de hacer agradable esa realidad que

ofrece, sin que se sienta dolor alguno cuando lo ilusorio se va disolviendo gradualmente hasta desaparecer.

El camino de la perfección es muy largo. Meditándolo bien, deberíamos anhelar que ese camino jamás termine y que la vida dure tanto como dura su recorrido. De modo que, sentado este principio, nada debe resultarnos inalcanzable o tan pesado que hayamos de desistir pensando que el camino es largo. Más largo será si nos apartamos de él, pues al final, y mal que nos pese, deberemos recorrerlo.

Esta severa exhortación que nos formula nuestro propio sentir consciente, adquiere su máxima expresión cuando se advierte en el hombre el predominio de ciertas características acentuadas que lo hacen inestable, intemperante e inconstante. Esas fallas de su psicología, a pesar de los siglos, le han impedido encontrar aún su verdadero centro de gravedad. Se lo ha dotado de razón y no conoce todavía el uso de la misma, debiendo alcanzar dicho conocimiento a través de su avance en la conquista de su más alto grado de perfeccionamiento.

Justamente, el hecho de saber usar apenas su razón explica que le acontezcan tantos infortunios, como lo prueban las desinteligencias constantes que hay entre los hombres. Como última lección que señala el fracaso en el empleo de la razón humana sobrevienen las guerras, las revoluciones y los exterminios. Es lícito preguntarse aquí: si los que actúan en los planos directivos de las naciones usan sus propias razones para entenderse, ¿cómo es que esas mismas razones hallan luego la guerra como solución, o sea, como razón final?

Esto, naturalmente, sucede y sucederá en el grueso de la humanidad hasta que el conocimiento verdadero extienda alguna vez su influencia, haciendo que muchos sigan la huella luminosa que ha de guiarlos hasta las altas concepciones de la inteligencia. Comenzará entonces individualmente, vale decir, en cada ser humano, el trabajo ineludible y permanente de su propio perfeccionamiento. Mas para que pueda realizarse esta labor, difícil, pero no imposible, será necesario encontrar la unidad dentro de sí mismo; llegar a ser siempre uno, y no dos, como es costumbre que todos sean. Han de unificarse en el ser todas las buenas cualidades, mientras se eliminan las deficiencias que se tienen o puedan tenerse.

Son éstos dos trabajos de Hércules que es necesario realizar, por cuanto las deficiencias, que son las que desdoblan la personalidad humana y las que engañan con frecuencia al propio ser, son también las que, convertidas en una especie de diablo personal, aconsejan constantemente al hombre a creerse lo que no es. Un ser de esta índole es el peor de los creyentes, porque llega a convertirse a sí mismo en un pequeño dios, personal e infalible; y, como es lógico, erguido sobre semejante pedestal, rechaza todo intento de perfeccionamiento y anula todo esfuerzo que tienda a desarraigar en él esa recóndita creencia.

Resulta doloroso ver cómo se derriban tantos dioses de barro; dioses a quienes, después de reducirlos a la nada, es necesario llevarlos de la mano para que observen y comprendan sus errores y desaciertos.

Cada ser humano tiene una partícula divina. A ella hay que dirigir los mejores anhelos y exaltarla para que el hombre encuentre su verdadera condición de humano y para que, luego de la transición que ello implica, pueda experimentar dentro de sí la sensación de sentirse por encima de la limitación que lo envolvía y en libertad de elevar su pensamiento, en alas del cual penetrará en planos donde puede indagar, investigar, preguntar y recibir respuestas que, como rayos de luz, penetrarán en su mente para iluminar su inteligencia y llenarla de conocimientos.

Se impone, pues, la realización de los dos trabajos señalados, porque sin ello es imposible lograr nada permanente. La razón debe ser educada, y la forma de hacerlo es vigilándola en sus aciertos y en sus errores, controlándola continuamente y comprobando las consecuencias y los resultados después de cada reflexión, hasta lograr, en la repetición de los aciertos, la conciencia plena que cada cual ha de tener.

En esta labor no deben existir interrupciones, pues así como al amanecer el sol recuerda sus deberes a todos los seres humanos invitándolos a trabajar, así también la propia responsabilidad, convertida en sol individual, deberá recordarnos constantemente nuestros deberes e invitarnos al trabajo.

Es necesario alcanzar las más altas cumbres en la com-

prensión de cada concepto, porque desde esas cumbres podrá entonces respirarse el aire purísimo y diáfano del conocimiento verdadero. Mientras los seres estén debatiéndose en pequeñas, egoístas y mezquinas comprensiones, la atmósfera estará siempre viciada y permanecerán como náufragos tratando de asirse a algo firme para salvarse, al par que agotan sus fuerzas en empeño estéril. Vosotros, que no sois náufragos, podéis obrar de otra manera y alcanzar una grada más cada día en la escala que lleva a la perfección; de este modo, el conocimiento superior alumbrará vuestras inteligencias y hará que en ninguno de vosotros existan disensiones. Y cuando en cada uno terminen las contradicciones, los desacuerdos y las desinteligencias, se habrá conquistado la propia unidad y recién se estará capacitado para encaminar a los demás a encontrarla, cumpliendo así la verdadera misión del ser humano. Habrá comprendido el hombre, por fin, todo lo que antes le parecía imposible que llegase a formar parte de sus conocimientos, y verá cuánto aprovecha de aquello que antes despreció o alejó de sí con indiferencia, prefiriendo la holganza al trabajo en pos de su perfeccionamiento. Comprenderá todas estas cosas recién entonces, y verá cómo lo irreal desaparece para presentarse ante sus ojos la auténtica realidad, la que le hará experimentar la verdadera sensación de existir como ser consciente, y no como ente que vive por vivir, sin saber cuál ha de ser su futuro.

Buenos Aires, 30 de setiembre de 1948.

FUNDAMENTOS DE UNA ÉTICA SUPERIOR

En el conocimiento logosófico se pueden encontrar muchos elementos de valor, que, inteligentemente aplicados a la vida, corrigen muchos desvíos del pensamiento y aun síntomas precursores de errores a cometer.

El motivo principal de mi tema de hoy permitirá comprender, claramente, que uno de los más grandes objetivos logosóficos consiste en modelar y perfeccionar al ser humano. Las enseñanzas que al respecto imparte la Logosofía comienzan por señalar las deficiencias y los defectos, comunes en los seres. Ellas enseñan la forma de conocerlos primero, combatirlos después, y, por último, eliminarlos.

No obstante, hay deficiencias tan arraigadas que, a pesar de señalarlas muchas veces la Logosofía, parecería como si el ser cerrara sus ojos para no verlas, y, efectivamente, así ocurre a menudo, por estar identificado con ellas hasta el punto que parecen formar parte de su propia vida. Tales deficiencias y defectos son los causantes de la infelicidad humana; a éstos, y nada más que a éstos, deben atribuirse muchos de los males que el hombre y la humanidad padecen.

Si posamos la vista sobre cada ser humano, veremos que, en su mayoría, se han formado un falso concepto de sí mismos, razón por la cual se creen más de lo que son. Es éste un primer y grave defecto, causante de mucho de lo que han de padecer en el curso de sus días. Otro defecto es el de creerse más que el semejante. Esta tendencia a empequeñecerse los unos a los otros acaba, finalmente, por hacer pequeños a todos.

Sobre el primero de los defectos mencionados, puede agregarse algo más. Frecuentemente, el ser no sólo se cree mucho más de lo que es, sino que hace también una ostentación constante de lo que supone ser. Viviendo con esta falsa creencia, deja de preocuparse por ser efectivamente aquello que supone que es; y, cuando intenta perfeccionarse, se angustia, se desilusiona y se desmoraliza al advertir, tras muchos esfuerzos, que no avanza ni se produce un franco mejoramiento, una superación y un pronunciado cambio en su ser. He aquí la consecuencia del falso miraje de sí mismo, pues al creerse más de lo que es, busca superar a ese ser que aún no existe, porque él no ha dejado de ser todavía aquello que es. Quiere dar un salto muy grande, y la Naturaleza enseña que ningún proceso se realiza a saltos, sino en medidas regulares y sucesivas de evolución.

Es muy conveniente tener esto siempre presente, sobre todo para ser justo en los juicios y en la conducta diaria.

La deficiencia que acabamos de señalar, que tantos errores hace cometer, ha sido comúnmente llamada doble personalidad: aquella que en verdad el ser es y la que imagina suya. Veamos, a continuación, algunas de las tantas situaciones que ella crea. Cuando el poseedor de esta deficiencia trata con un semejante, lo propio es que éste se dirija a la persona a quien ve, oye y juzga de acuerdo al contenido moral, intelectual y espiritual que le ofrece. Mas he ahí que tales seres se sienten lastimosamente disminuidos, al ver que no se los juzga de acuerdo a lo que creen ser, sino que se les está juzgando conforme a lo que son. Sucede también esto otro: cuando el afectado por esa doble personalidad sostiene una conversación con alguna persona, se produce en él un desequilibrio que se pronuncia en su posición mental, porque, al escuchar, lo hace, por una parte, bajo la sugestión de lo que él mismo cree ser, y, por otra, librado a expensas de lo que realmente es. El que de esta manera escucha, obstruye los canales del razonamiento, embelesado en la admiración de su propio ser, pródigamente imaginado, produciéndose, de este modo, tergiversaciones y erróneos entendimientos entre las personas.

Reflexionando sobre estas palabras, se comprenderá fácilmente por qué existen tantas desavenencias entre unos y

otros, como así también, por qué cada uno, fuera de su sitio, pretende estar bien ubicado, es decir, en su razón. Sin embargo, el que es en realidad algo o mucho más de lo que aparenta, trata siempre de no distanciarse demasiado del semejante, para poderlo observar bien y escucharle mejor. Escuchando bien y observando mejor, le comprenderá, siendo lógico que una buena comprensión es ya un elemento de valor, y hasta podría decirse que es una ayuda instantánea que aquél recibe. Es una ayuda, porque sabido es que cuando un ser afligido expresa su emoción y su estado de ánimo a un semejante, si encuentra en éste comprensión, siente inmediato alivio, no sucediendo así cuando no es comprendido, dado que su aflicción al punto recrudece.

En todo este juego de movimientos mentales, es fácil ver cómo aparece siempre la parte negativa del ser, que es, a la vez, su propia negación y su enemigo.

Para hacer más clara y amplia la observación apuntada, invitaría a todos a seguir con la mayor atención el curso de esta reflexión. Cada uno busca con insistencia algo, y, en esa búsqueda, pone todo su empeño, sus energías, sus afanes y sus anhelos. Y, ¿qué es lo que busca? Ser más feliz, poseer más; en una palabra: ser más de lo que es. Pero, preocupado con tal búsqueda, olvida constantemente lo que ella debe significar para su vida.

Si alguien tiene, por ejemplo, su casa vacía, y quiere llenar con muebles y adornos todos sus espacios, es lógico que, cumplido ese anhelo, deba sentirse satisfecho y feliz. Pues bien; muchos se pasan la vida llenando y vaciando la propia casa: cuando la tienen vacía, claman por tenerla llena, y, cuando esto ocurre, añoran los tiempos en que estaba vacía para volver a sentir la aspiración de llenarla.

Probaremos la verdad de lo expresado. Los que estáis aquí presentes, no habéis pasado la vida inútilmente; algo tenéis, unos más, otros menos. Pero, si se os registrara la mente, es seguro que se os hallarían muchas cosas arrinconadas en ella; posiblemente, muchas de esas cosas son las que con afán tratáis de lograr ahora, sin advertir que las tenéis con vosotros desde hace tiempo. La enseñanza logosófica, con su fuerza constructiva, busca despertar la conciencia para que

ésta ilumine toda la vida interna del ser. Si somos conscientes de lo que tenemos, y nos sentimos felices con esa posesión, debemos cuidar que nada nos afecte ni merme en nosotros la conciencia de lo que poseemos. De modo que, si somos poseedores de una parte de felicidad, por ejemplo, no lo olvidemos en ningún momento, y, mucho menos, no nos amarguemos por cuanta pequeña incidencia de la vida diaria se nos presenta amenazando perturbar la calma de nuestro espíritu.

Se ha de evitar siempre la ofuscación, la obstinación y el descuido en que muchas veces se incurre por no prestar atención a lo que poseemos, pues, pudiendo disfrutar conscientemente de esa parte feliz de que disponemos, tornamos la vida triste, amargándonos por cosas que debieran ser observadas con serenidad, sin dejar, en momento alguno, que penetren dentro del ánimo para afectarlo.

El ser que es consciente de esa parte de felicidad, deberá anteponerla como una coraza contra el mal en todos los instantes de su vida; quien siga este consejo verá cuánto bien logrará. Anteponiendo esa parte de felicidad y de bien que haya logrado alcanzar en su vida, el mal se estrellará contra ella indefectiblemente, y nada podrá entonces alterar la paz interna. En cambio, si olvidamos lo que tenemos, comportándonos como seres irracionales, la parte de felicidad y de bien que hayamos conquistado irá mermando, porque será afectada sensiblemente por la infiltración del mal, que no supimos detener antes de que penetrara en nosotros.

Es necesario, pues, cultivar mucho la reflexión, evitando el pronunciarse con premura, ya que nunca es tarde para responder con la palabra o con el ejemplo. Lo malo es cuando se quiere tener al instante toda la razón, y, peor aún, cuando se tiene la pretensión de imponerla a los demás. Todos tenemos siempre una parte de razón; pero no es ésta la que utilizamos para entendernos con el semejante, sino, justamente, la que no tenemos, es decir, la que creemos tener.

Si encontramos a dos personas discutiendo con calor, y hasta casi agresivamente, y les preguntamos de improviso qué animosidad existe en ellas para discutir de esa manera, es muy seguro que no sabrán responder con certeza a qué obedeció

el llegar a tratarse en términos tan agresivos; o bien dirán, los dos a la vez, que uno ha querido imponer sobre el otro su razón. Ahora veamos; si uno de ellos, en vez de querer imponer su razón, le diera al otro la suya, buscando con ello calmar su pretensión, su amor propio o su vanidad, ¿quién habría salido ganando? El primero, absolutamente nada, y el otro, menos, pero se habrán evitado posibles consecuencias amargas.

Esto significa que no deben existir desavenencias entre los seres por motivos totalmente ajenos a lo que constituye el fin de la vida, porque sería distraer la atención, perder el tiempo, gastar energías, contrariar el espíritu y relajar el ánimo. En consecuencia, el que es consciente de poseer una parte de bien y de felicidad debe tratar, lógicamente, de ser amable, disculpando siempre los momentos intemperantes o intempestivos del ánimo del semejante, pues cuanto más lo disculpe tanto más habrá de merecer disculpa, si alguna vez incurre en el mismo error. ¡Cuán grato resulta al espíritu el sentir cómo se nos devuelve el mismo bien que nosotros hemos ofrecido en la disculpa o en el disimulo del error ajeno! Con esto, solamente, ya estamos haciéndonos un bien; alimentando nuestra propia felicidad.

Debemos convertirnos siempre en acreedores morales y no en deudores; cuanto más bellos sean nuestros gestos, cuanta más altura haya en nuestros actos y pensamientos, cuanto mejores sean nuestras palabras e intenciones, tanto más contribuirá todo ello a aumentar la propia posesión de la felicidad. Los momentos de la vida serán más gratos, porque experimentaremos la dicha de haber creado un estado apacible dentro de nuestro ser, después de brindar el olvido a la ofensa, prodigando la dulzura y el bien en todo sentido. Nos apenaremos si no vemos esto mismo en el semejante; mas no por ello hemos de sentirnos molestos o hirientes con el que muestra su inferioridad frente a nosotros, pues ya es una gran ventaja el saberse capaz de dominar las reacciones impulsivas del ánimo, mientras se derrama, en dulce expresión, la disculpa y la ternura del perdón, que ablanda hasta las piedras más duras.

Esta concepción de una conducta superior permite reflexionar sobre los muchos instantes en que aparece la ex-

perencia probando el temple de nuestro espíritu; una y más veces, esta o aquella circunstancia nos ofrecerá motivo suficiente para ejercer la práctica de ese bien. Y, así, bendiciremos siempre la hora en que, recogidos dentro de nosotros mismos, pudimos contemplar lo que somos capaces de hacer cuando cuidamos lo que hemos alcanzado y que tanto hemos anhelado tener, cual es esa porción de felicidad cuyo logro habrá costado a más de uno sus luchas, lágrimas y sufrimientos, o sus horas de grandes agitaciones.

Si recordamos siempre nuestras horas felices, aquellas en que la conciencia misma nos indica, como suprema expresión de la verdad, que no son vividas en la tierra, sino horas en que se disfruta de la libertad del espíritu, impregnándose todo nuestro ser de felicidad y de ternura con la alegría de ese instante, ¿cómo olvidarlas, entonces, cuando nos encontramos en momentos de lucha, si ellas constituyen el escudo protector que ha de armar nuestro pecho de valor y de fuerza, y nuestro espíritu de templanza, de serenidad y de entereza?

Si esto lo recordáis y lo fijáis plenamente en vuestro entendimiento, descubriréis toda la belleza que entraña la enseñanza brindada, la cual abre, para todos sin excepción, las puertas de un futuro más bello, seguro y promisorio. Mas no seamos ingratos buscando otro momento de felicidad por haber olvidado el anterior, mientras nos debatimos en medio de injustificados desvíos, intolerancias y luchas estériles.

Esta enseñanza significa que cada uno debe aprender a servirse de los medios con que cuenta, y si éstos son de legítimo origen, podrán enfrentarse todas las situaciones con serenidad, con lucidez en la inteligencia y sin angustias. Como todas las que brinda la Sabiduría Logosófica, esta enseñanza sirve para cimentar en vuestros corazones y en vuestras mentes convicciones plenas, surgidas de claras comprensiones; mas estas últimas deberán ser ratificadas siempre por la práctica constante del bien que las mismas enseñanzas han dictado.

Buenos Aires, 7 de octubre de 1948.

EL APURO COMO NEGACIÓN DEL TIEMPO

Siguiendo el pensamiento que hace unos instantes expusiera ante algunos discípulos acerca de mis intensas horas de labor, puedo decirlos que no transcurre un minuto sin que no haya pensado o hecho algo, y, como es natural, es éste el ejemplo que os presento para que todos lo sigáis.

Me agrada enormemente observar a los que trabajan, a los que se preocupan y ponen de manifiesto una constante y permanente buena disposición para encarar los problemas que en el andar van presentándose e invitando a resolverlos. También me agrada mucho dar mis enseñanzas a los que, luego de escuchar mi palabra, las recuerdan y consagran como a fieles compañeras. En cambio, aquellos que a menudo olvidan cuanto reciben de la Sabiduría Logosófica me causan un verdadero pesar, pues los valores que la integran sirven para usarlos inteligentemente y no para malograr una superación en cierne, cuando el propósito inicial fue alcanzarla.

Cada uno de vosotros puede hacer un inventario de los bienes espirituales, morales y mentales que posea. En él aparecerá cuanto ha realizado, cuantos proyectos e ideas ha concebido, dando por descontado que no habrán omisiones en el mismo. Al repasarlo, será fácil hacer una composición de

lugar y resolver cada situación, poniéndose al día. Habrá que pensar en todo lo que se ha podido observar y experimentar desde que se inició el proceso, y plasmar esa imagen proyectándola hacia el futuro, a través de los días, meses y años.

Hay muchos que no piensan en nada. Si nada piensan, si no conviven con pensamientos que favorezcan su evolución, ¿cómo pueden, entonces, pensar en adelantos? ¿Cómo pueden lograr conocimientos y penetrar en las honduras de lo ignoto, si no hacen esfuerzo alguno para mover las ruedas de su propia vida?

No olvidéis nunca la mano generosa y amiga, tendida siempre para ayudaros, ni el consejo oportuno que os permite evitar dificultades y trascender obstáculos. Esa es mi labor constante, que llega a todos aunque no todos la vean.

La Sabiduría Logosófica es un manantial inagotable de conocimientos; frente a ella, debéis abrir y preparar las inteligencias a fin de permitir a la mente captar sin equivocarse las grandes verdades contenidas en cada enseñanza.

Aconsejo, pues, que os preocupéis por marchar, por tener actividad, por realizar una labor constructiva, porque en el desempeño de esa labor se desarrollan las aptitudes, se ponen en práctica las enseñanzas y se experimenta la realidad que cada una de ellas señala a medida que se avanza, ayudando a comprender la vida con mayor extensión. Pero es necesario trabajar, pensar; pensar siempre en algo útil, pensar positivamente. Conviene consultarse a sí mismo todos los días sobre lo que se ha hecho, para lograr un sueño tranquilo y reconfortar el espíritu.

El descanso es bueno —particularizando el hecho a la vida y actividad de los pensamientos, principalmente—, siempre que esté precedido por un intenso período de actividad; no siendo así, el descanso suele producir más cansancio que la misma actividad.

Las horas de la vida hay que vivirlas como si fueran minutos, tratando de hacer muchas cosas en cada uno de ellos, o una al menos; así, en la hora, sumarán sesenta. Todo se hace cuando se quiere, pues ya sabemos que no hay dificultad cuando nos decidimos a hacer algo. Mas no conviene buscar las cosas fáciles; es necesario probar la capacidad

en lo difícil. Ello permitirá observar, con la mayor exactitud, los cambios favorables que cada uno logra en su proceso de evolución consciente.

Voy a señalar, ahora, una de las tantas deficiencias que acusa la mayoría de los seres, causa de muchos de los males que padece el hombre, y, por ende, la humanidad. Esa deficiencia, que presenta curiosas particularidades, es el apuro. El que vive apurado, el que muestra premura en todo, es el que de menos tiempo dispone, por perderlo habitualmente en cosas sin trascendencia.

El apuro, fruto de la impaciencia unas veces y de la ausencia de control en la distribución del tiempo otras, hace al hombre intolerante, violento, irascible e insensato. Ese afiebrado afán de pretender que todo se haga en el acto o que se acorten las distancias por obra de magia, es tendencia generalizada; observando a unos y a otros se comprueba que ningún apuro tiene razón de ser, salvo, naturalmente, los casos excepcionales. Podrían citarse miles de circunstancias que lo corroboran. Nos limitaremos a mencionar algunas: el que lanza su automóvil a toda velocidad para llegar cuanto antes al lugar escogido para su veraneo y en mitad del camino se detiene a merendar despreocupadamente, demorándose a veces con exceso, para lanzarse de nuevo en desenfrenada carrera, bramando de ira en cada paso a nivel, detenido ante el cruce de algún tranquilo convoy ferroviario, ofrece un típico ejemplo; lo ofrece, también, aquel que, al ser atendido en cualquier solicitud, manifiesta, a modo de advertencia, que está muy apurado, o protesta airadamente a la menor demora, para pasar después largas horas en un bar, o entretenido con amigos. Podría citarse igualmente el caso de aquel que, habiendo concebido un proyecto, quisiera verlo realizado al instante, deprimiéndose por cuanta dificultad encuentra en su ejecución, y abandonándolo, finalmente, por parecerle que su realización demorará mucho. En singular contraste se nos ofrece un hecho, repetido con cierta frecuencia, y es que los que atienden a los apurados no siempre se apuran, pareciéndoles a éstos que aquéllos se demoran ex profeso; se producen así, entre ambas partes, conflictos de apreciación del tiempo, que rara vez llegan a conciliarse.

¿Qué frutos puede sacar de su tiempo el apurado, si luego lo pierde inútilmente por vivir en un constante estado de ofuscación? No hay duda alguna que son la reflexión y la paciencia inteligente las que llevan al hombre a serenar su ánimo y a equilibrar sus estados psicológicos.

Si encontrándonos en un huerto y deseando comer fruta reparamos en que está verde, pese al apuro, deberemos aguardar su natural maduración. Muchos, arrancándola antes de tiempo, le encuentran, al probarla, un sabor desagradable, despreciando un manjar que, gustado oportunamente, habría resultado delicioso. Con los propósitos ocurre algo similar; ya se ha visto cuántos seres los formulan sin tener la paciencia de esperar a que los mismos se conviertan en realidades, por quererlos gustar, como en el caso de la fruta, antes de su maduración. Se propicia, en cambio, el advenimiento de la realidad, sea ésta la maduración de la fruta o la culminación de un propósito, cuando, en el primer caso, se riega la planta con frecuencia librándola de las plagas que suelen afectarla, y, en el segundo, se cultiva el propósito esforzándose en el logro de su realización, mientras se lo libra de las dificultades que, a semejanza de las plagas, suelen entorpecer su desarrollo y aun malograrlo.

Los defectos y deficiencias constituyen siempre una traba grande para la evolución, debiendo ser eliminados para no anular la libre manifestación de los valores internos. Se podría muy bien decir que gran parte de las desdichas experimentadas por la humanidad se debe a que la inmensa mayoría de los seres malogra su vida por no proteger la planta humana de las plagas y parásitos mentales que la carcomen, pudiéndose destacar, entre sus enemigos acérrimos, los aspectos más prominentes de las deficiencias del temperamento, uno de las cuales, fuera de dudas, es el que acabamos de mencionar, por constituir uno de los aspectos negativos más salientes y más perjudiciales a la vida humana.

Montevideo, 14 de noviembre de 1948.

REEDUCACIÓN INTEGRAL POR EL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO

Tanto en la vida de los hombres como en los procesos históricos, al igual que en los de la Naturaleza, hay momentos que caracterizan toda una época o dan relieve de imponderable valor a la culminación de una gran etapa. Son esos momentos los que, con caracteres eternos, se fijan en la mente universal.

La mayoría de los hombres pasan su vida sin que esos momentos cumbres les hagan percibir la grandeza de sus destinos. Cuando concentran sus esfuerzos en determinada dirección, sólo ansían la culminación de algo feliz, la obtención de aquello a que cada uno aspiró; pero al llegar ese momento, que no es igual a todos los demás momentos, el hecho pasa casi siempre inadvertido, es decir, no se le da trascendencia. No se piensa siquiera que él concentra el esfuerzo, el sacrificio, el afán y los renunciamentos de toda una etapa dedicada a ese fin. De ahí que siempre experimenten un gran vacío imposible de llenar.

Para esta obra que vengo realizando desde hace más de dieciocho años, ha llegado, justamente, uno de esos momentos cumbres que indican la culminación de una gran etapa y la iniciación de otra nueva, mayor aún. Anuncio, pues, esta nueva etapa, retomando los hilos que había tendido por todas partes, hilos que conecto directamente a mi vida, para encauzar las

actividades logosóficas como en verdad conviene a los altos ideales que sustentan.

He de trabajar incansablemente, como siempre, en ese esfuerzo sublime que es todo creación y que se proyecta luego hacia los hombres en forma de enseñanzas necesarias para ellos, por no encontrarse otras similares en ningún lugar del mundo.

Esta obra tiene todavía muchas partes que deben ser realizadas. Una idea del amplio recorrido que debe aún llenar puede darla el hecho innegable de que ella contempla todo cuanto puede conectarse a la vida de los hombres, y extiende el conocimiento para que éste, fecundando las mentes, haga nacer en ellas nuevos pensamientos, sanos, nobles y fuertes.

Pienso que es ya una experiencia universal, que todo cuanto los seres humanos del mundo entero aprenden desde niños, lo hacen deficientemente. Muchas son las cosas que aprenden mal, las mismas que luego corrige amargamente la experiencia, dejando profundas huellas en el espíritu.

El conocimiento logosófico comienza por reeducar a los seres, haciendo que aprendan bien lo que aprendieron mal o deficientemente; aparte de ello, brinda un inmenso caudal de enseñanzas para superar las condiciones humanas. Tarea difícil, muy difícil, por cierto, pero que el autor de la Logosofía realiza con la misma disposición de espíritu del primer día, ya que, cuando pronuncia dentro de sí una promesa, la cumple por entero; y es posible que la mencionada hace un momento sea la más grande de todas sus promesas.

Tarea difícil dije, y agregaré ingrata; la más ingrata de todas, porque las mentes de la mayoría de los seres son reacias, rebeldes de por sí. Son muchas las veces que tengo que insistir en unos y otros para que realicen el proceso de superación, instándolos a recordar que desde los primeros pasos han experimentado la bondad inestimable del bien que fueron recibiendo.

Si desde hace muchos siglos los seres humanos están buscándose a sí mismos, en cuyo afán han sido auxiliados por filósofos de todo orden y teóricos de un punto a otro de la tierra, ¿por qué no se encuentran? Sencillamente, por esta

razón, que es sin duda una gran verdad: porque el hombre quiere hallar a un ser perfecto, que no sea otro que él mismo, y, cuando la realidad se lo señala lleno de defectos y miserias, se decepciona poco menos que espantado. Pero la misma realidad le hace comprender, también, que puede modelarlo y perfeccionarlo. Hay quien huye de ella, sin pensar que el ser defectuoso lo sigue más de cerca que su sombra, y que lo seguirá hasta el fin de sus días. Mas hay quien, lejos de rechazar esa realidad, comienza por reconocerse a sí mismo en ese ser lleno de defectos, y escucha la palabra logosófica que le está diciendo cómo puede hacer para perfeccionarlo. Sin duda alguna, ése ha hecho ya del ser feo un ser simpático, por lo menos; simpático, porque empieza a realizar una superación, gesto que, desde luego, debe inspirar simpatía a todos.

Es con mucha frecuencia que los hombres se extravían en medio de tanta confusión existente en el mundo, y, en lugar de afirmarse de una vez por todas en el camino que han de recorrer firmemente hacia el logro de las más altas aspiraciones, se dejan estar, descuidándose y perdiendo lastimosamente el tiempo, ese tiempo que, por lo general, se dice tener todo ocupado.

Verdad es, sin embargo, que cada uno dispone de un tiempo para su exclusiva voluntad. Este es el que la superación reclama para que sea dedicado a perfeccionar al ser deficiente, llenándolo de buenas condiciones y forjando en él las excelencias del espíritu. De esta manera es como cada cual sentirá renacer en él poco a poco una nueva vida, como si un ser nuevo surgiera de entre las cenizas del antiguo. Cuando esto ocurre, todas las cosas se transforman, porque se comprende ya uno de los designios superiores de la vida.

Las hondas satisfacciones que se experimentan en esta labor anulan las fatigas del trabajo o los sacrificios que se puedan hacer. Todos deben, pues, prometerse a sí mismos, en un pronunciamiento definitivo, que consagrarán sus mejores momentos a esta sublime labor de perfeccionamiento individual, que proporciona tan gratas compensaciones.

Superarse siempre: he ahí la voz de orden en todo sentido, porque de nada valdría repetir de memoria las enseñan-

zas logosóficas descuidando otras cosas, ya que el concepto logrado declinaría ante la observación de los demás.

Es necesario cultivar constantemente el espíritu, alcanzando, con el auxilio del conocimiento logosófico, la mejor y más alta comprensión de lo que debe significar un ser culto, noble, sano de espíritu, de alma y de cuerpo, para que esa comprensión pueda ser luego ofrecida como ejemplo. El que quiera usar mañana la palabra logosófica deberá tener la autoridad que el ejemplo le confiera, para que ésta no sea desvirtuada y para que quienes la escuchen lo hagan con respeto, con afecto, con tolerancia y con gusto.

Montevideo, 6 febrero de 1949.

ORIENTACIÓN PARA LA NUEVA JUVENTUD

Es ésta la primera vez que dirijo la palabra a los discípulos más jóvenes del Uruguay, y lo hago con la más grata satisfacción de mi espíritu. Muchos años aguardé este momento. Os veía crecer y jugar aunque vosotros no me vieseis, y, mientras aprendíais las primeras sílabas del alfabeto logosófico —que no se compone de letras, sino de sílabas—, pensaba que un día estaríais reunidos aquí, para escuchar por primera vez mi palabra.

Habéis aprendido, indudablemente, muchas cosas nuevas. Mas os halláis en una edad en que recién vais a internaros en el mundo, en ese mundo que aún no conocéis y que está lleno de sorpresas. Es ése un mundo en el que debéis entrar muy preparados para que la realidad no os castigue haciéndoos sufrir una y otra vez, a fin de enderezaros cuando os desviéis de la buena norma. Se carece en él de una enseñanza que allane el camino, que abra las puertas del entendimiento para percibir con facilidad todos los momentos cruciales de la vida, aprendiendo a sortearlos con entereza, con serenidad y con valor.

Pero este lugar en que os encontráis constituye mi mundo; en él, aunque pequeño, comenzasteis a vivir, y ahora os digo que debéis aprender generosamente, porque sólo así es posible estar en condiciones de ampliar la vida, siendo útiles a vosotros mismos y a todos los demás.

Aprender generosamente significa no aprender con

egoísmo, buscando la adquisición de conocimientos para vanidad personal o para vanagloriarse en un mañana de triunfos exteriores, olvidando que mucho de lo aprendido fue enseñado para evitar sufrimientos y permitir el paso por los trechos difíciles en el largo camino de la vida.

Aprender generosamente significa, asimismo, abrir el corazón a la verdad que se ha manifestado en él; y, cuando se aprende generosamente, también se enseña generosamente; se enseña sin tiznar la mente con ningún pensamiento egoísta o mezquino. Al hacerlo, se brinda aquello que se recibió primero, y ello es en homenaje a la verdad manifestada en uno; en homenaje a los conocimientos que fueron señalando la ruta e indicando a cada paso las actuaciones más acertadas.

Así es como puede mantenerse el alma limpia y holgados los ámbitos del ser, para que la conciencia no quede estrujada en los pequeños límites del egoísmo y de la mezquindad.

En ese mundo que en apariencia no muestra más que aquello que los ojos ven o los oídos oyen hay muchos extraviados, muchos que aprendieron mal la lección y que, ofuscados por su insensatez, tratan de extraviar a los demás.

Por ello es necesario llegar a ser muy fuertes, aprendiendo a mantener siempre el dominio de sí mismos, para que nadie intente nublar la propia vista y turbar el sentir, desviando la marcha por senderos peligrosos.

Nada puede haber más grande, más grato ni más feliz que hallar dentro de sí mismo todos los motivos para que la vida resulte agradable, venturosa y llevadera. En vano se buscará por doquier la felicidad que se halla en los dones permanentes del espíritu. ¡Cuántos hay que pierden el tiempo y la vida confiando en otros lo que deben confiar en sí mismos!

Cuando la vida se contempla con toda la seriedad, con toda la amplitud que requiere, se torna risueña y nos ofrece un campo propicio para vencer en nuestras luchas y sentir la capacidad viril que hace luego de cada labor un triunfo y de cada hecho un pedazo de felicidad para ofrendar al corazón.

Es por esta razón que hay que cuidar mucho la vida que comienza en la juventud; hacer de cuenta que siempre está enferma, para brindarle siempre más salud; figurarse que no

es feliz, para procurarle siempre nuevos motivos de felicidad, y transformar en un pensamiento estable la decisión de superar a cada instante las condiciones que la rodean.

No hay nadie que, en principio, rehúse ser más bueno; todos quieren serlo, quieren ser muchas cosas, pero son pocos, muy pocos, los que concentran luego sus afanes para que esos anhelos se conviertan en realidades. De modo que, si por un lado se quiere ser bueno, feliz y muchas otras cosas, por otro lado, hay cosas que no se quieren. Por ejemplo: no se quiere trabajar; no se quiere usar de la paciencia; no se quieren molestias ni preocupaciones; son muchas, en fin, las cosas que no se quieren, sin que tampoco exista el anhelo de superarse a sí mismos, para que esa superación llegue algún día a ser realizada como lo ha de ser todo aquello que es justo, lógico y razonable.

Muchos esperan que los demás ofrezcan sus pensamientos, para llevarlos consigo un tiempo determinado; cuando se cansan de ellos los pasan a otros, creyéndose, en ese momento, autores de los mismos. Así es como van siempre, de unos a otros, los mismos pensamientos.

La Logosofía ha enseñado a conocer los pensamientos antes y a crearlos después. Es de señalar que, cuando esto acontece, cuando alguien descubre que ha creado, que ha nacido en su mente un pensamiento, advierte, también, que éste es algo así como un bebé que no llora ni hay que alimentarlo con nada costoso, pero que, en cambio, es muy exigente, por provenir del mundo mental, debiéndosele dar, como es lógico, las cosas de ese mundo. Un pensamiento de esa naturaleza no puede ser expuesto a un ambiente frío, lleno de corrientes mentales, porque puede sucumbir.

Claro que no es nada fácil crear un pensamiento. Por eso, precisamente, la Logosofía enseña a cultivar las facultades de la inteligencia, a fin de que el campo mental quede libre de todas las cosas perniciosas que pueda contener. Cuando se ha creado antes la capacidad necesaria para ofrecer a los nuevos pensamientos el ambiente que requieren, ha llegado ya el momento en que éstos puedan ser creados por propia voluntad, y podrá ofrecerse así, a cada nuevo vástago de nuestra vida

mental, un ambiente ordenado, un sitio amplio y respetable. Entonces, sólo entonces, experimentaremos la inmensa dicha de haber ampliado, también, parte de nuestra vida.

Muchos de los pensamientos creados por la Logosofía han sido repartidos entre quienes están vinculados a ella para hacerles más grata la existencia y permitirles una vida feliz. La compañía de tales pensamientos les brinda, a cada instante, el auxilio del conocimiento que contienen, formándose así este nuevo mundo, donde se aquilatarán valores de extraordinaria grandeza que se extenderán luego por todas partes, dándose a conocer y brindando a los demás la felicidad que en pos de sí conducen.

El creador de la Logosofía espera mucho de todos los discípulos jóvenes. Anhela que crezca su entusiasmo día a día, hora tras hora; que encuentren siempre un aliciente grande en el conocimiento logosófico y que experimenten, a la vez, junto con la dicha de tenerlo, el de ser útiles a todos los demás. En otra oportunidad podrá apreciar cómo han captado estas palabras y qué han hecho de ellas. Le será sumamente grato ver, entonces, un positivo crecimiento de sus incipientes comprensiones.

Montevideo, 7 de febrero de 1949.

PERFECCIONAMIENTO INTEGRAL DE LAS CONDICIONES HUMANAS

La mente de los que recién toman contacto con la Logosofía no está, por lo general, preparada para comprender en seguida el contenido de las enseñanzas. Sin embargo, éstas permanecen un tiempo en la mente de los seres, informando a la conciencia; si se las olvida, se ausentan de ella sin dejar ningún vestigio, vale decir, como si jamás hubiesen sido conocidas.

El que cultiva con firme propósito el conocimiento logosófico siente la necesidad de conservar intacto cuanto escucha, lee y aprende sobre el mismo. Intuye que debe realizar una gran experiencia, que comienza desde el instante en que concentra su atención dentro de sí mismo y se propone ser consciente de su propia vida, analizando todo lo que hay en ella: defectos, virtudes y cuanto configura su razón de ser.

Los defectos y las deficiencias conforman su imagen negativa. Representan la parte incultivada, mediocre y desaliñada de la figura humana. Una disciplina superior, tendiente a corregir y eliminar tan adversas condiciones, es, pues, necesaria. Ahora bien, a pesar de que una gran parte de los seres no percibe sus defectos y deficiencias, existe otra que no las ignora, más aún, que quisiera no tenerlas, sintiéndose incapaz de dominarlas y vencerlas, por cuanto a veces éstas se han constituido en hábito cuyo arraigo llega hasta la médula de

los huesos. Ello evidencia que dicha tarea no es fácil y que, para llevarla a cabo, o sea, a buen término, el empeño no debe concretarse a la eliminación de las condiciones negativas, por mero refinamiento personal.

El perfeccionamiento debe ser integral; debe abarcar al ser y la vida sin exclusión de ninguna naturaleza. A ello conducen los conocimientos logosóficos, enseñando en qué forma, cómo y cuándo deben ser eliminados los defectos y las deficiencias, en cuyo cometido se experimentará grande alivio psicológico y moral, al tiempo que la vida cobrará nuevos coloridos al emanciparse de peso tan agobiante.

Mas esa tarea, que llevará sin duda un tiempo respetable, no debe parar allí, es decir, en la eliminación de todo cuanto configura lo negativo del ser.

Es también necesario saber con qué virtudes se cuenta. Si se tienen algunas, habrá que investigar qué funciones desempeñan en la vida, y al par que se las encauza hacia las manifestaciones fecundas, que fortalecen la vida, convendrá aumentar su número hasta el máximo.

No se debe olvidar que las virtudes son fuerzas que crean el verdadero estímulo de la vida; son las que fortifican el espíritu en todos los momentos álgidos, momentos en los cuales la resistencia humana parece llegar a su fin. En tales circunstancias, y por virtud de esas fuerzas, el ser humano encuentra aliento y estímulo para triunfar en las luchas.

De lo expuesto surge con notoria evidencia cuán necesario es realizar un proceso consciente para conocer lo que hay dentro de sí mismo; y si no hay nada, crearlo en función de ese proceso. Todas las cosas que existen en los demás pueden crearse, y hacer de ellas, con su buen uso, grandes condiciones humanas.

Para esto es imprescindible conocer todos los rincones de la mente; saber cómo actúan los pensamientos; aprender a moverlos dentro del recinto mental, haciéndolos actuar conscientemente y sin que jamás se adueñen de la dirección del ser, vale decir, de su gobierno interno. El hombre debe ser dueño de su propia persona seleccionando los pensamientos de su mente, esto es, eliminando los que no sirven y quedándose con los mejores. De este modo se

puede dar amplitud a la vida y abrir un inmenso campo de posibilidades superiores.

La realización del proceso logosófico de evolución consciente es lo más serio que puede haber en la vida, y es, también, lo que produce las sensaciones de bienestar y felicidad más reales; pero hay que encararlo con decisión y con verdadero empeño para lograr los mejores triunfos.

El hombre generalmente ignora este género de prerrogativas que se abren para su vida, y es por ello que se debate en una serie de situaciones inciertas y dolorosas, que lo inmovilizan psicológicamente. Mas la mente humana no está hecha para permanecer inactiva, como una mole inerte; por eso busca siempre algo en qué ocuparse, y, cuando no lo halla, se crea problemas para tener así una ocupación. No hay una sola mente que no haya creado problemas, que no haya encontrado en su actividad muchas dificultades y experimentado sufrimientos por no poderlos resolver. Y así es como, empujados por la propia incapacidad y, también, por ser esto lo más cómodo, los unos van en busca de los otros para que se los resuelvan. Pero al enfocar esos problemas con la luz logosófica, analizando hasta qué punto existe la propia culpa y la propia responsabilidad, puede descubrirse fácilmente no sólo la causa de tales problemas y dificultades, sino también observar que éstos eran más aparentes que reales.

Vemos, pues, que mientras la gente pierde el tiempo, el saber logosófico enseña a aprovecharlo ocupando la mente en cosas y hechos conscientes, porque conscientes deben ser todos los actos volitivos del ser. Al encarar la vida desde otro aspecto y conforme a una severa confrontación de las propias acciones y movimientos mentales, cada cual puede determinar en qué punto se halla su destino si analiza qué ha hecho hasta ese momento, cuánto tiempo ha perdido en cosas superfluas cuando se debatía con fantasmas mentales o engendros de la imaginación, y cuánto puede realizar desde ese instante, en una vida fecunda y llena de encantos, al comprender que puede ser su dueño en el aspecto cabal de la expresión, o sea, que puede conocer los misterios de su mente y saber que, en adelante, ningún pensamiento extraño —a no ser que lo quiera— podrá conducirlo a su antojo.

Por esto siempre he recomendado, y lo enseñaré hasta el fin de mis días, que toda la atención de quien realiza el proceso de superación sea concentrada en mantener permanentemente la autoridad dentro de sí mismo; que si ha logrado esto y se ha beneficiado con el hecho de conocer sus pensamientos, disfrute también mañana de ese beneficio; que después de haber sido un gran señor no llegue al triste, al tristísimo estado de convertirse en un esclavo vil de sus propios pensamientos.

Muchas veces parecería que, al darse un paso, no aparece el resultado que se esperaba; esto ocurre porque la mente humana es inquieta, vehemente e impaciente. La Logosofía recomienda aquietar la mente, serenarla. Es necesario, si no existe, crear la virtud de la paciencia; la paciencia inteligente que, mientras espera, está activa. Cuando tal condición se afirma en el ser, la mente deja de divagar o sumergirse en la inercia y aprende a vivir en lo eterno. El tiempo eterno permite que la propia vida se comuniqué con la vida universal; que la obra de hoy no muera mañana. Todo debe estar unido en la vida: cada hecho, cada circunstancia; en fin, cada día que se vive.

Las cosas que se hacen en la vida y que toman un envase mucho mayor que el cuerpo físico permanecen aunque este último no exista; tal realidad puede verse estampada en las páginas de la historia y en todas las partes del mundo. Es necesario, entonces, seguir ejemplos dignos de ser realizados; realizados, no imitados, porque las imitaciones no siempre son buenas. Realizar, en este aspecto, significa introducir una variante personal, que lógicamente debe existir, sobre el modelo tomado como ejemplo.

Si los seres buscan esto, esto hallarán en el conocimiento logosófico; no siendo así, perderán el tiempo.

Buenos Aires, 10 de marzo de 1949.

LA MENTE EN SU FUNCIÓN RECTORA

Ya habéis tenido oportunidad de apreciar que la docencia logosófica es sumamente ardua, difícil y delicada; hay que enseñar luchando contra los pensamientos hostiles albergados en las mentes de los que escuchan la palabra de la Sabiduría. Habéis podido observar también, una y otra vez, la gran paciencia con que prodigo mis enseñanzas, venciendo las resistencias del pensamiento con la fuerza de la palabra viva, con el calor del afecto que en ellas deposito, y, además, con ese fragmento de realidad viviente que aparece cuando la enseñanza penetra en el entendimiento, promoviendo unas veces agitados debates dentro de la mente, o sumergiéndola, otras, en serenas reflexiones.

Los que acuden a esta Casa deben convertirse en verdaderos artesanos de la inteligencia, construyendo internamente una nueva vida. Pero es necesario consagrarse a ello y dedicarle todas las horas libres del pensamiento. Reparad en lo que he dicho: horas libres del pensamiento; porque aunque os halléis ocupados en cualquier tarea, siempre, dentro de la misma, tenéis momentos libres para el pensamiento.

Mas es menester trabajar con entusiasmo, pensando que ese trabajo constituye nada menos que el futuro de vuestra vida. Seréis lo que queráis ser, si, empeñados en ello, forjáis en la conciencia el propósito de cumplir, con todo vuestro

esfuerzo, hasta alcanzar aquello que hayáis escogido como fin. No penséis que nadie, absolutamente nadie, podrá sustituiros en esta tarea; es una labor que cada cual debe realizar por sí mismo. Para ello, nada mejor que llevar cuenta de todos los movimientos que se producen en la mente y en la vida luego de haber tomado el camino de la perfección. Así es como queda abierto el campo para todas las experiencias de carácter constructivo, necesarias para la consumación de tan altos propósitos. En vuestra íntima memoria consignaréis las impresiones recibidas cuando escuchabais la palabra creadora, anotaréis vuestras pláticas con quienes están vinculados a ella, como así también los cambios que se van operando en la apreciación de todas las cosas, auxiliados siempre por el conocimiento logosófico.

Todo esto ira constituyendo una guía para vosotros. Pero sed fieles en esas consignaciones; que vuestro pensamiento sea siempre leal con vosotros mismos; si os acostumbráis a ello, también podréis serlo con los demás.

Nadie podría asegurar, en este momento, por ejemplo, que todos los pensamientos que tiene en su mente le son leales, pues es imprescindible conocerlos a todos. Hay pensamientos que aparecen en ciertas oportunidades, por incitación pasional; otros vienen, en cambio, atraídos por conveniencias del momento. Pero los verdaderos pensamientos, los que deben formar el mundo individual, los que deben dotar la vida de verdadera fuerza para sobrellevar todos los obstáculos que puedan presentarse, éstos, si no existen, hay que crearlos; y, una vez creados, hay que alimentarlos constantemente para que no se debiliten y perezcan.

Es indudable que todos los seres tienen buenos propósitos; mas esos propósitos permanecen generalmente estáticos, ya que muy pocas veces se convierten en realidades. En consecuencia, el ser no debe conformarse con tener buenos propósitos; también ha de saber conducirlos hacia felices realizaciones. Pero es aquí donde aparece la gran dificultad, aquí donde todos tropiezan y caen, pues, al avanzar en procura de la realización de esos propósitos, se encuentran con obstáculos que no saben vencer, malogrando así mu-

chas energías. ¡Cuántos proyectos buenos, cuántas buenas aspiraciones quedan luego como cosas sin vida!... Es que, en la mente sin conocimiento, no existe un poder con fuerza suficiente como para dirigir con seriedad y firmeza la acción del pensamiento-propósito; la mayoría desfallece ante las primeras dificultades. ¡Cuántos han sucumbido casi al pie de la victoria, en momentos en que un paso más habría bastado para lograr los mejores y más grandes triunfos!

El ser humano, por regla general, desgasta mucho sus fuerzas, y, constantemente, sin darse cuenta, pierde sus reservas. De ahí que, cuando quiere hacer uso de ellas, se encuentre extenuado, sin hallar una fibra siquiera que no haya sido herida o se mantenga intacta como para poder cifrar en ella su última esperanza. Sin embargo, son muchos los que dicen tener fibra; es que resulta fácil hacer alarde de ella en los momentos buenos, felices o de triunfo, diciendo cosas que están más allá de la dimensión de los progresos alcanzados, sin pensar los seres que van gastando sus fuerzas y quedando exhaustos a medida que avanzan por el camino de la vida. ¿Quién les restituirá luego esas fuerzas?; ¿quién iluminará sus mentes para que puedan realizar la vida en sus más amplios cometidos?; ¿quién alzará sus cadáveres psicológicos una vez caídos?; he aquí las reflexiones que conviene formularse a sí mismos. Después de pensar en todas estas palabras con serenidad, con paz en el alma, comenzad la labor de preparación psicológica, espiritual, mental y física, porque todo, absolutamente todo, está ligado en conjunción armónica.

No hay ser humano, por ignorante que sea, que no sienta o no presienta que, dentro o fuera de la vida, existe algo que le es incomprensible. Naturalmente, hay quienes ya tienen lograda alguna comprensión, quienes ya han transitado un trecho por la vida; éstos deben plantearse el siguiente interrogante: ¿Qué es lo que debo comprender dentro de mi vida y qué es lo que debo comprender fuera de mi vida? Ahí comienza, entonces, a inquietarse el espíritu mientras el ser busca comprenderse a sí mismo, y es también ahí donde se suscita uno de los períodos más interesantes de la vida

psicológica del hombre. ¿Cómo voy a comprenderme a mí mismo —se interroga el ser— si nunca acabo de escuchar lo que yo mismo me digo? ¿Cómo voy a interpretarme, si lo que habla en mi interior no soy yo mismo, sino mis pensamientos? Porque no estando bajo la fiscalización y dominio del que así se consulta, los pensamientos hablan incontroladamente, aconteciendo que, tan pronto éstos dejan de hablar, la mente olvida lo que uno u otro pensamiento dijo. Es común, por ejemplo, que un pensamiento lleve al ser a la acción; mas, luego de promover ese movimiento, el pensamiento huye de la mente y el ser busca en vano la causa de aquello que le pasó o de lo que hizo sin saber por qué. He ahí, pues, una de las cosas que más debe preocupar a cada uno: toda vez que surge un interrogante, estar bien seguro de si proviene de un pensamiento o del ser mismo.

Para facilitar esta enseñanza, os haré la siguiente reflexión. Generalmente, frente a algo nuevo, acude a la mente un pensamiento de curiosidad, el cual incita al ser a cometer imprudencias e indiscreciones que suelen perjudicarlo; pero la mente, hecha conciencia, actúa a tiempo y lo detiene, reflexionando luego con serenidad y sensatez sobre las causas o motivos eventuales. En el primer caso, obró el pensamiento; en el segundo, la conciencia actuando en la mente del ser.

Otras veces, por efecto de un raptó de violencia, algún pensamiento obra o pretende obrar por su cuenta, cometiendo, o, mejor dicho, haciendo cometer a su dueño ligerezas o imprudencias, cuyos efectos debe después soportar. Es allí donde la mente, hecha conciencia, detiene el impulso hasta que la inteligencia o el entendimiento, buscando elementos de juicio y haciendo uso de la razón, formula con prudencia su dictamen.

Vemos, pues, claramente, qué es lo que, con perfiles autónomos, actúa dentro de la mente con total abstracción de la misma o fuera de su control. He ahí trazada, con toda nitidez, la línea divisoria entre los pensamientos con sus actividades independientes, por una parte, y la mente actuando en su función rectora, por otra. Tenemos, así, que cuando es el pensamiento el que actúa, puede producir innumerables

reacciones; reacciones en el semejante, por ejemplo, las cuales se traducen en disgustos que el ser tendrá luego que sufrir. Cuando actúa la mente hecha conciencia, o sea ejerciendo su función rectora, evita siempre esas reacciones, porque busca la paz interna y la armonía entre los seres.

Esto evidencia la necesidad mental de refrenar constantemente los pensamientos para evitar que promuevan mil dificultades y perturbaciones, consecuencia del descontrol y de la desvinculación del ser con el verdadero sentimiento que puede animar sus resoluciones justas y serenas.

Todo esto toca a la vida, toca a la conciencia. Estoy hablando al mismo tiempo que tomo vuestras vidas para que, en franca comunión con mi palabra, expresen con toda elocuencia la verdad que ella encierra.

Hay que trabajar, pues; trabajar constantemente. No quedéis un sólo día con la mente en franca indisciplina; el peor enemigo que puede tener un ser humano, a lo largo de todo el proceso de su vida, es la inercia mental. Inercia mental significa falta de actividad, falta de dominio, ausencia de responsabilidad y paralización de los resortes de la inteligencia. En tal estado, los pensamientos dominan la mente, y en modo especial uno, el de la holganza, se entroniza en ella. Es así como el hombre pasa todos sus momentos libres sin pensar en nada; la mente, al no ser exigida, se adormece, oxidando de este modo todos sus resortes. Mañana, cuando en un momento de apremio el ser quiera obtener una rápida solución proveniente del pensamiento directivo, necesitará ser sacudido para despertar, siendo así como sobrevienen las consecuencias, al no haber sido capaz de encarar los asuntos con la debida prontitud e inteligencia.

La mayor preocupación que debe alentar hoy al que estudia Logosofía, es la de cómo mantener su mente ágil en todo momento y dueña siempre de sí misma. Comenzará, entonces —como dije—, el gran proceso con la mente hecha conciencia, vale decir, con sus nuevos pensamientos en abierta lucha contra los antiguos dueños de la casa mental.

Advierto que desprenderse de esos pensamientos es tarea muy difícil; los huéspedes mentales se aferran a las puertas de

la casa mental, a las ventanas y a todo cuanto hay dentro y fuera de ella, debiéndoseles sacar con gran dificultad. Se deberá, pues, proceder a su total desalojo, porque si de ellos algo queda dentro, crecerán otros pensamientos. Sucede a veces que, cuando alguien quiere desalojar a esos intrusos, resulta que él mismo queda afuera, por estar fuera de sí. A quien gusta enfrentar esta lucha, la Logosofía brinda la oportunidad.

Estas enseñanzas no deben caer en el vacío; no es concebible que conocimientos de tal índole puedan olvidarse. Hay que trabajar sobre ellas; recordarlas, bien o mal, pero recordarlas. La conciencia las recibe bien en todo momento; en cambio, si la mente las recuerda mal, siempre estará para rectificarlas el mismo que las expresó. Pero es necesario recordarlas y tenerlas presentes para poderlas aplicar a la vida, empleándolas como orientación intergiversable, firme y definida, única forma de caminar sin que se tropiece con inconvenientes.

Buenos Aires, 15 de marzo de 1949.

EL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO CONSTITUYE UNA ENSEÑANZA SUPERIOR

Después de varios años sin visitar esta ciudad, me encuentro nuevamente entre los discípulos de Rosario, de quienes he conservado siempre un buen recuerdo. Me es, por tal causa, sumamente grato proseguir hoy aquí la serie de enseñanzas que, desde hace más de dieciocho años, vengo prodigando a cuantos siguen la orientación logosófica. La enseñanza que ella brinda es pródiga, sencilla y clara; no necesita de argumentos ni ropaje alguno, pues no hay peligro de que perezca de frío. Contiene dentro de sí calor de vida, tanto que hasta puede entibiar la frialdad de la indiferencia humana. El conocimiento que se logra al cultivarla debe servir para despertar mayores posibilidades en el orden de las perspectivas individuales. Ello permite que se abran los canales de la mente, fluyendo hacia lo interno la luz de nuevos conocimientos que, al iluminar la propia razón, sirven luego para alumbrar la de los demás. Por ello, os exhorto a que consagréis el tiempo libre del cual podáis disponer, al estudio serio y metódico de la Logosofía, recordándoos que vuestro propósito inicial fue el de superaros para estar en condiciones de servir a vuestros semejantes.

Hay que acercarse a la realidad, hay que enfrentarla. La exacta compenetración de esa realidad sólo puede lograrse cuando cada uno se despoja de todo lo que no es real. La generalidad de los seres se visten psicológicamente con mu-

chas prendas ilegítimas, y he aquí que la Logosofía viene a ofrecer verdaderas y legítimas prendas morales para uso de cada cual.

Mis esfuerzos, todos mis esfuerzos, tienden a lograr que los seres humanos conozcan sus defectos y sus virtudes, ya que pueden poseer tanto unos como otras y no saberlo. Si no se tienen virtudes, es necesario crearlas, eliminando las deficiencias. Es este el primer gran paso hacia la superación.

Los defectos constituyen el gran obstáculo para superarse; por eso, la enseñanza logosófica comienza por eliminar las modalidades negativas del carácter. Los pensamientos negativos que desde largo tiempo acompañan a los seres y son dueños de sus mentes, tienen que ser eliminados; no de golpe, sino debilitándolos gradualmente, esto es, negándose a satisfacer en uno mismo sus deseos.

Ahora bien; la creación de una virtud implica todo un esfuerzo. Mientras se realiza ese esfuerzo la mente se capacita, abriendo para sí un mundo de posibilidades. En tanto, el ser va experimentando en sí mismo lo que es capaz de hacer, y si a ello procura agregar el concurso de su buena voluntad en forma estable a fin de que esa capacidad se amplíe, aunque no llegue a crear la virtud dentro de los límites de tiempo en que se hubiese propuesto, habrá creado, sin embargo, el hábito del propio control, que es ya la base para la creación de una virtud.

El conocimiento logosófico constituye una enseñanza superior que debe estudiarse y experimentarse. Nada tiene que ver con ningún otro orden del saber. Todas las enseñanzas que lo integran manan de una sola y única fuente: la Sabiduría Logosófica. Hace más de dieciocho años que las vengo explicando en múltiples oportunidades, y en todas partes veo agruparse a los seres con creciente entusiasmo; prueba de que la enseñanza es buena y fecunda.

La semilla logosófica es capaz de brotar hasta en las piedras. Muchas veces ha sido probada en seres cuyas mentes eran como piedras, y no obstante, terminaron por ver brotar en ellas una tierna plantita. Nadie podría concebir que en una mente de piedra pudiese crecer una planta logosófica. Si esto

ocurre en una mente tal, calculemos lo que podría acontecer en una cultivada, dotada de buenas cualidades y capaz de ayudar a la gestación de una verdadera planta humana.

Expresaba hace pocos días cómo actúa el conocimiento logosófico; explicaba la forma de comprobar la actividad de los pensamientos que se mueven al margen de la razón. Para ilustrar mejor lo expuesto, cité el caso corriente de alguien a quien, estando en desacuerdo con un semejante, le es transmitido un pensamiento proveniente del mismo; en tales circunstancias, podrá observarse con toda claridad cómo la mente que lo recibe juzga precipitadamente y formula otro pensamiento, generalmente de índole antagónica. Muy diferente es la actitud de la mente que observa un equilibrado control consciente, pues la razón frena en estos casos la impulsividad del pensamiento, esto es, no lo deja salir incontroladamente de la cámara mental.

Como puede apreciarse, una mente equilibrada lleva el caso a su propia razón, la cual, frenando el impulso del pensamiento opositor, deja en libertad a la mente para emitir su juicio; así es como se evita el cometer ligerezas. Otro tanto ocurre cuando un ser, bajo la influencia de un pensamiento dominante, está por cometer un acto de violencia. Si la mente tiene control, lo detiene interrogándolo sobre sus intenciones y la finalidad de las mismas; así, mientras tiene lugar el diálogo interno, el pensamiento pierde su fuerza dominante tornándose inofensivo. La mente puede actuar, pues, frenando la vehemencia de los pensamientos.

Llevado el ser por pensamientos sin control, comete imprudencias y experimenta las consiguientes amarguras; ya en posesión de conocimientos superiores se empeña en evitarlas, tornándose más bondadoso, recto y justo. Es allí donde se comprueba el valor de esos conocimientos, al aplicarlos a la propia vida. Me refiero a la vida mental activa y consciente, en donde cada cual debe ser dueño de sus pensamientos. Pero aún hay algo más: por medio del conocimiento logosófico se empieza a cultivar el lenguaje, el verdadero lenguaje, evitándose el desmedido uso de las palabras. A tal fin, el ser debe colocarse en el banquillo de los acusados y escuchar su propio juicio.

La Logosofía brinda un caudal ininterrumpido de enseñanzas, y espera que todos los seres les den cabida en sus entendimientos convirtiéndolas en huéspedes permanentes. Es muy lógico que cada uno de vosotros se haya preguntado, frente a las mismas: «¿Cómo debo hacer para assimilarlas y adelantar?», porque, generalmente, se piensa en adelantar a pasos gigantes. A ello contesto: ¿Cómo hicisteis antes para mejorar y adelantar? Medid, pues, el tiempo anterior con el actual, analizando lo que en tan breve espacio habéis logrado con la enseñanza, y comparadlo con lo obtenido en la vida hasta tomar contacto con la Logosofía; podréis así comprobar la diferencia. El adelanto tórnase efectivo cuando despierta la conciencia y cuando ésta, llevada al plano mental, toma la dirección de la vida.

Los seres, por lo común, viven distraídos; rara vez piensan que están viviendo, y, no obstante, todo lo quieren para sí. Pero, ¿cuál es el sí, si están viviendo en el no, en la negación de sí mismos? ¿Dónde está, entonces, el ser? En ninguna parte: ha desaparecido. Nadie piensa que está viviendo una vida. Hay que crear, pues, la conciencia de la existencia que se está viviendo, porque, de no ser así, es como si no se viviera.

Cuando sepáis experimentar la vida en cada minuto que transcurre, podréis también controlar todos los movimientos de vuestra mente y convertirlos en dueños de ese ser interno que actúa, que habla y que conoce los pensamientos. Mientras esto no se logra, la mente se halla en suspenso; todo se hace en forma maquina, viviéndose una vida casi automática. ¿En dónde está la energía espiritual? ¿En dónde está esa vida que debe surgir de la propia conciencia para poder decir: «Sé lo que soy porque tengo el conocimiento de lo que soy. He revisado todo lo que poseo, y me he encontrado con un haber escasísimo. No hay cualidades positivas; el pasivo es grande y el activo sólo se halla en perspectivas»?

Es necesario efectuar una reorganización en lo interno del ser; convertirse en el administrador de la propia vida. Llamar a menudo al pensamiento que se ha instituido para vigilar los movimientos que se operan en la mente, a fin de que nos informe en qué gasta nuestro ser sus energías; ningún saldo

desfavorable debe quedar en el haber de la conciencia. Cada cual puede anotar, en su diario íntimo, qué hizo de bueno y qué piensa hacer en el futuro.

Estoy seguro de que esta enseñanza, dada con las palabras más sencillas y fáciles, os ha llamado a la realidad, por ser la que cada uno necesita y puede asimilar para colocarse en buenas condiciones. Os hablo con la experiencia de muchos años de labor, cuyos amplios resultados son apreciados al presente por muchísimas personas.

Debéis ser los guías de esta nueva generación de pensamientos que no van contra nadie, sino contra la parte mala de vosotros, y que, al mismo tiempo que os dan el hacha para cortar la maleza mental, convirtiéndoos en leñadores de bosques semipetrificados, os enseñan, a medida que taláis, a arar la tierra psicológica y a cultivar el espíritu, que es la conciencia viviente, a través de los conocimientos asimilados. Podréis, así, forjar una vida feliz y sentiros capaces de brindar esa felicidad a los demás, a fin de que ella reine en todos los corazones.

Cada uno debe, pues, cultivar el bien dentro de sí mismo; es éste el más grande de todos los bienes, por constituirse en una fuente capaz de prodigar al semejante lo que necesita.

He ahí lo que la enseñanza aconseja para que se promueva su cultivo dentro de la mente y para que la propia vida se halle en continuo entrenamiento, única forma de librar a la mente de todo pensamiento que conspire contra su libertad, contra su actividad, postrándola en la inercia. Inercia significa ausencia de voluntad.

Debe existir un permanente estado de observación, un constante anhelo de experimentar la vida en toda su intensidad y plenitud, lo cual sólo es posible siguiendo la orientación del conocimiento logosófico. Todas las demás cosas pueden servir para hacer más llevadera la vida; pero los más altos fines están reservados a quienes poseen el saber esencial, porque sólo con los conocimientos básicos el ser alcanza a conocerse a sí mismo, a saber qué hay dentro de su ser psicológico, a saber cómo usar los valores que pueda poseer, y cómo, con

esos conocimientos, pueden eliminarse las deficiencias, señalándose las cada uno a sí mismo, a fin de que nadie tenga que hacérselas notar. Es éste uno de los deberes que todo ser debe cumplir para su propio bien.

Rosario, 19 de marzo de 1949.

LA CASA MENTAL

Hoy, con más firmeza y con más seguridad que nunca, estáis apoyando la obra logosófica, a la cual habréis de ofrecer siempre vuestros mejores empeños. Siendo vosotros parte activa de la misma, formáis con ella una sola y única cosa; debéis, pues, quererla, defenderla y propiciar su expansión como algo propio, como algo que pertenece a lo más íntimo de vuestro ser; para ello debéis elevar el pensamiento a fin de poder ubicaros en la mejor posición. Será muy grato a cada uno de vosotros el saber que, para aquellos que vendrán mañana, o sea en el futuro, vosotros ya seréis veteranos.

La Sabiduría Logosófica es única en su género; no tiene parentesco alguno con nada de lo conocido hasta el presente, haciéndola muy feliz el hecho de que sus parientes tienen origen en sí misma; vale decir, que los conocimientos a los que la Sabiduría Logosófica dio vida, están ligados a ella por vinculación hereditaria. En consecuencia, cuando esos conocimientos son obtenidos por sus cultores, de hecho deberán considerarse como formando parte de la gran familia logosófica.

Ahora bien; como los conocimientos que imparte la Logosofía jamás se contradicen, y, por el contrario, existe entre ellos la más perfecta y armónica coordinación, fácil es deducir que, por numeroso que sea el conjunto de seres vinculados a tan alto conocimiento siempre reinan, en el seno de la gran familia que generan, la armonía y unidad de que son portadores.

Llevando ahora esta figura conceptual al terreno familiar, vemos que no existe allí la similitud que en algunos aspectos quisiéramos encontrar. En efecto, como es difícil nacer sin parientes y vivir sin ellos, tenemos que aceptar ese ligamento, que, por una parte, nos resulta en extremo grato e imprescindible cuando se trata de los más allegados, esto es, de los que comparten nuestro techo, nuestro pan y, también, nuestras ideas, pero no así cuando se trata de aquellos que más valdría no tener por lo importunos, si bien es muy cierto que uno mismo fomenta muchas veces ese mal, quizás por debilidad.

Sin embargo, cuando se establece la prudencia, la discreción y la sensatez que recomienda el conocimiento logosófico, surge entre los familiares un nuevo miramiento, una consideración y un respeto que permiten el buen entendimiento de todos, aun de los que no tienen vínculos de parentesco cercano.

Mas como todo requiere un proceso, se comprenderá que también en este terreno se impone una realización. Así, pues, en principio, cada uno debe ser el dueño de su propia persona, y, en su casa, el dueño del hogar. Pero para que la armonía del mismo no sea perturbada por el abuso de quienes lo frecuentan, es necesario constituirlo en forma tal que los demás adviertan que existe la mejor disposición para todos, procurando, a la vez, que comprendan que uno es en su propio hogar el único dueño; que ese ambiente privado en el cual vive es patrimonio exclusivo de su vida; que cuando llega a él no ha de ser para escuchar lo que pasa en otros hogares o lo que no conviene a la buena armonía creada. Así podrá disfrutarse de la placidez propia de todo hogar bien constituido, y cuantos a él acudan, parientes o amigos, habrán de rendir el homenaje de respeto que se habrá sabido inspirar, disfrutando todos del más grato de los ambientes, en franca y limpia cordialidad. De este modo es como se labra una paz permanente, como se vive bien con los demás, y es, también, cuando se empiezan a comprender todos los errores cometidos anteriormente, al reflexionar sobre las actuaciones pasadas y sus resultados.

La convivencia crea una obligación; mientras ésta sea la consecuencia lógica de una mutua comprensión por parte de quienes se relacionan con nosotros, esa obligación siempre

debe sernos grata; pero cuando de la convivencia surgen los abusos —propiciados, más de una vez, por nuestra excesiva tolerancia—, conviene que esas obligaciones sean evitadas.

La enseñanza señala una orientación: el bien hacer. Para realizarla, se requiere que el ser apoye sus propósitos en convicciones profundas. De más está decir que la Logosofía ofrece todos los elementos necesarios para ser aplicados a la vida. Por otra parte, cuando las cosas se hacen con tino, suavidad y firmeza, nadie se resiente.

Debemos conquistar, pues, una porción de paz y otra de libertad, ya que, sin quererlo, los demás nos obligan a muchas cosas, de las que es difícil liberarse luego.

Los pensamientos suelen ser también malos parientes; nos referimos a los negativos. En su constante convivencia terminan exigiendo cada vez más lo que ya les era prodigado generosamente por ausencia de defensas mentales. La mayoría desconoce la forma de actuar en todas esas circunstancias. Los pensamientos negativos, que por lo general son muy abusivos, conocen, en cambio, todas las debilidades del hombre. Surge, pues, el interrogante de cómo desalojarlos de la casa mental. La respuesta es muy sencilla: el dueño de esa casa debe hacer comprender a tales pensamientos que ellos son huéspedes ingratos y que, dentro de la misma, están promoviendo un malestar imposible ya de tolerarse, razón por la cual deben ser desalojados.

Empero, algunos de esos pensamientos ilusionan al dueño de la casa mental prometiéndole una cantidad de cosas; éste les cree, pasándose los días y los años sin poder librarse de ellos. No obstante, llega un día en que la decepción o el cansancio le hacen caer en la indiferencia, y es entonces cuando aquéllos se van a otra parte, es decir, a otra mente que les ofrezca cabida. Esto parece, a simple vista, una fantasía, algo irreal; sin embargo, es un caso que ocurre con frecuencia y que es fácil de comprender. Los que han hecho ya muchas observaciones y acumulado ciertas experiencias han confirmado en múltiples casos la verdad expuesta; pero es necesario que muchos más realicen esta misma comprobación.

A veces, un pensamiento que se ignora de dónde vino,

instiga a hacer algo solapadamente. Pero el que sabe cómo actúan estos huéspedes mentales, jamás hará algo que no sea bien pensado. Es necesario conocer todo el proceso de ese pensamiento, lo mismo que su trayectoria y el fin que se propone; el campo mental podrá entonces dominarse.

Son muchas las personas que hacen las cosas confiando en el azar, cuyas consecuencias dejan mucho que desear; la tendencia al milagro o a lo fortuito sumerge inevitablemente en lo desconocido. Como veis, es muy corriente que la mente haga mal las cosas creando al ser sus propias dificultades; frente a algo fácil se quiere lo difícil, siendo así como sobrevienen las complicaciones. Conviene, pues, no complicar la vida inútilmente, no hacerla difícil, separando cuanto pensamiento impida llevar a buen término lo que uno se haya propuesto.

La palabra logosófica, como bien podéis apreciarlo, es sencilla y no usa ningún término que no sea inmediatamente comprendido por parte de quien lo escucha. El que la prodiga sabe, por eso, que cada uno la llevará en su mente; y espera que la trate bien, pues, aunque es dura para los golpes, posee a su vez la capacidad de prodigarlos con certeza; sólo que ella golpea para despertar y no para dejar dormido.

Sin duda encontraréis en estas enseñanzas elementos muy útiles para seguir trabajando con entusiasmo. Hacedles un lugar propicio en vuestra mente para facilitar el proceso que ha de llevaros a la comprensión cabal de las mismas. Debéis adquirir una «escoba» nueva para barrer de ella todo lo que allí no sirve y colocar en su reemplazo estas enseñanzas que os brindarán una nueva comodidad; haced lugar —repito— a estos pensamientos, para que ellos encuentren amplio espacio dentro de vuestros recintos mentales.

Así como se arregla la casa cuando se esperan visitas de gran estima, así también hay que preparar la casa mental para recibir los pensamientos de íntima preferencia; en ella no deben permanecer un solo instante los incapaces de realizar el bien. Los pensamientos logosóficos, aparte del saber que contienen, poseen la esencia de una ética superior y sólo permanecen en la mente cuando quien los recibe experimenta la

sensación del bien recibido, mas se retiran en cuanto advierten que su presencia no es grata o que no han hecho feliz al ser.

Cuando se siente una verdad es necesario identificarse con ella, prodigarse a ella por entero y defenderla de cualquier incomprensión.

Una enseñanza escuchada de su fuente es fácilmente comprendida, pero rara vez es reproducida con fidelidad por parte de quienes la escucharon. De ahí que muchos se sorprendan cuando advierten que los demás no sienten, como ellos sintieron, lo que circunstancialmente se hallan expresando. Ello se debe a que, no conforme con cuanto la enseñanza expresa a la inteligencia y al sentir del que la recibe, éste, movido por una común tendencia de la mente, agrega, por propia cuenta, lo que ella en modo alguno necesita para alcanzar el bien que persigue. Así es como muchas veces, alterado el contenido, la enseñanza no produce ya su efecto original. Conviene, pues, a los fines de un mejor entendimiento propio y de vuestra relación con los demás, que tengáis presente siempre la observación que acabo de formularos. Es que toda verdad debe ser no sólo escuchada, si no también sentida, y, de ser posible, experimentada en uno mismo, a fin de hallarse en condiciones de transmitirla sin desvirtuar su origen ni su esencia. Y ya sabemos cómo florece una verdad en el alma de quienes han sabido cultivar sus condiciones para poseerla.

Rosario, 20 de marzo de 1949.

EL ARTE DE CREARSE A SÍ MISMO

Cada vez que os hablo, lo hago para afirmar en cada uno de vosotros conceptos e imágenes que todavía no han sido fijados en forma permanente.

Es muy difícil el arte de crearse a sí mismo; constituye una tarea ardua y grande, que no podría realizarse si antes no se ha alcanzado la capacitación que permite llevar a cabo dicha obra.

La Logosofía enseña ese arte; pero, naturalmente, se requiere educar primero al artista, para que su obra no resulte incompleta o defectuosa.

La Sabiduría Logosófica quiere que todas las obras de valores permanentes para el alma humana lleguen, si no a la perfección —pues son muchas las deficiencias que tiene el ser humano—, por lo menos a un alto exponente de belleza; y quiere, también, que cada uno de los rasgos que presente sean naturales; que no exista nada artificial o postizo. He ahí el gran secreto.

Para realizar este gran objetivo, la Logosofía ha debido plasmar en las mentes humanas una nueva concepción, teniendo en cuenta el grado de abandono e incipiente evidenciado en la gran mayoría de los seres humanos que pueblan la tierra.

En los momentos iniciales de su labor, dentro de ninguna mente ni siquiera sospechas existían de las verdades que la Logosofía ha puesto de manifiesto a la inteligencia humana.

Cuando por primera vez expuso que el hombre tenía dos mentes, un sistema mental, una red psicológica y muchas otras cosas más, sólo encontró perplejidad y escepticismo en todos sin excepción. La Logosofía debió, entonces, comenzar su obra constructiva haciendo realizar a unos y a otros los primeros tramos del proceso de evolución consciente señalado en sus principios. Mas no todas las mentes son dóciles para hacerles realizar con regularidad ese proceso; tan delicada es la susceptibilidad mental que es preciso, al dárseles a conocer estas verdades, protegerlas de toda injerencia extraña, a fin de facilitarles la comprensión de cuanto se les expone al respecto. Es por eso que el proceso hacia tal realización debe ser conducido con sabio tacto y conocimiento.

El extremo antagónico de la mente es el instinto, manifestación inferior de la naturaleza humana y expresión rudimentaria que señala al hombre los primeros días de su existencia. Entre un polo y el otro —la mente y el instinto—, se halla la región del sentir, el sentimiento, cuyo centro afectivo y sensible es el corazón, que viene a ser como el fiel de la balanza psicológica.

Es necesario tener presente que, cuando los pensamientos se jerarquizan y se identifican con la vida, se condensan en el corazón transformados en sentimientos. Esto quiere significar que, pese a la importancia primordial que la mente asume en la vida humana, nada se liga a ella en forma permanente si no ha sido incorporado a esa región del sentir, esto es, al sentimiento, centro de todos los afectos.

Se explica así por qué la vida de los seres humanos, con las consabidas exclusiones, es en general efímera en cuanto al aprovechamiento y perdurabilidad de la capacidad consciente, pues la mente, influenciada por todo lo externo e insustancial, hace vivir también al ser una vida externa, intrascendente, siendo pocas las veces en que esa vida toma forma y se manifiesta en el corazón humano.

En verdad, se desea y se quiere con la mente, porque no han aprendido los seres a querer con el corazón. Resulta así que, cuando la mente logra lo que quiere o desea, desde ese mismo instante deja de darle el valor que antes atribuyera

a aquello que quiso o deseó, por la simple razón de no haber existido, en la circunstancia señalada, ni la conciencia del deseo ni el querer honesto del corazón.

Quando se quiere con el corazón se quiere con la vida misma, mas es necesario educar ese querer para que pueda manifestarse sin peligros.

Lo que se quiere con el corazón permanece en la vida, y no sólo tiene valor antes de alcanzar su posesión, sino que ese valor se acrecienta a medida que se llega a su realización. Además, el logro de esa posesión infunde respeto y da una cabal noción de la responsabilidad que se asume al contar con ella.

Es necesario, pues, que el ser humano sepa fijar su querer; que sepa lo que quiere para no ser traicionado por sus propios pensamientos. Es una verdad incuestionable que, si cada uno se interrogara al respecto, muy pocos podrían, con sinceridad, responderse a sí mismos, por ser común a todas las mentes el cambio diario de querer; y, ¿qué podría edificarse, entonces, en medio de semejante tembladera?

La Logosofía enseña al hombre la más difícil de todas las artes: la de crearse a sí mismo. Y la enseña haciendo experimentar en el propio ser —no fuera de él— la verdad que contienen los conocimientos que prodiga. Para ello, le invita a vivir permanentemente en ese mundo superior donde impera la reflexión serena y conviven los grandes pensamientos creadores, y donde la realidad se sustancia en todo cuanto existe. Mas es muy natural, y por cierto inobjetable, que, para alternar en el mundo superior de las ideas, se requiera adaptarse a sus exigencias y mantenerse en el mayor equilibrio, a fin de que la razón pueda funcionar sin ser interferida por la imaginación.

Al enseñar a vivir en la realidad del mundo mental la Logosofía hace que la palabra del saber fije y grave profundamente en la inteligencia y en el corazón del hombre la imagen de lo que quiere. Conviene, pues, que, cuando ese querer se pronuncie, no sea jamás suplantado o perturbado por otro querer, porque esto anularía o debilitaría mucho su fuerza.

Debe el ser cuidar mucho las posibles oscilaciones de

la voluntad, a fin de mantener inalterable el querer forjado. Si alguien no comprendiera el significado de esta enseñanza y prefiriera otras formas de querer, libre es de seguir sus inspiraciones, y ojalá estén ellas animadas por el mejor acierto.

Todo esto debe llevar a la reflexión lo ardua y pesada que es la tarea de enseñar un arte tan difícil y complicado, como lo es el de crearse a sí mismo. Ello dará la noción de la medida y alcances de esta inmensa Obra, como así también de la solidez de los principios de esencia eterna que contiene la Sabiduría Logosófica, porque cuando los pensamientos que la integran se manifiestan para iluminar las mentes, lo hacen en plena madurez de su contenido fertilizante. Por eso, el pensamiento logosófico debe fijarse en la vida, absorbiéndose así la fuerza de su expresión.

Hay que convertir la mente en una fortaleza inexpugnable. Es necesario ser muy dueño de la propia vida para defenderla, también, como algo propio y no como algo extraño. Una de las primeras y grandes formas de defensa consiste, justamente, en modelar esa vida a imagen y semejanza del pensamiento arquetípico de su creación, pues cuanto más se perfeccione el hombre, más fuerte será y menos blancos presentará a los dardos de la maldad y a las no menos peligrosas sacudidas de sus debilidades o flaquezas.

Son muchos los seres que viven en permanente descuido; y viven así, porque no saben cuidar sus vidas. Con la palabra, por ejemplo, pueden hacerse a sí mismos mucho mal. Pongamos por caso, cuando el ser no es capaz de respetar sus propias palabras: ¿cómo pretender, luego, que lo respeten los demás? Así es como se llega, finalmente, a un problema cuya solución es necesario abordar y alcanzar.

Es costumbre general predicar y decir que no debe mentirse. He aquí una gran verdad: no hay que mentir. No obstante, el que dice verdad experimenta muchas veces amargas contrariedades, porque hay verdades que duelen, haciendo reaccionar al semejante. Entonces, ¿qué hay que hacer? Muy sencillo: decir la verdad oportunamente, nunca a destiempo; y decirla para construir, no para dañar, como los que afirman: «¡Yo soy muy franco!», lanzando inmediatamente una verdad

que, con intención o no, humilla o avergüenza al semejante. Es esa una verdad tiznada, y deja, por tanto, de ser verdad en el instante mismo en que se pronuncia, por llevar en potencia el germen de la violencia, como lo prueban tantos episodios ingratos ocurridos por esa causa.

Hay también mentiras piadosas, mentiras que consuelan; son éstas las únicas de género elevado, las únicas permitidas por la moral humana. Pero es preciso tener un gran dominio de sí mismo y llevar muy buena cuenta de las palabras que se pronuncian, para no incurrir en lamentables errores, pensando que esta o aquella mentira serán inofensivas. En todos los casos, siempre habrá que tener muy presente el alcance de cada palabra para poder medir sus consecuencias. De ahí que sea preferible, siempre, abstenerse en lo posible de hacer manifestaciones que contraríen la realidad que asoma tras los pliegues de cada verdad.

Montevideo, 25 de marzo de 1949.

LOS PENSAMIENTOS Y LAS PALABRAS COMO AGENTES DE LA PSICOLOGÍA HUMANA

La imagen de cada conocimiento logosófico debe plasmarse en la mente en toda su intensidad y colorido. No debe ser jamás una imagen muerta, sino llena de vida, para que cuando el discípulo enfoque su mente en el recuerdo de la misma, perciba todos los movimientos de esa imagen y sea más fiel el recuerdo que invoca.

Esto significa que no es cuestión de leer o escuchar una enseñanza pensando que ello basta a los fines del proceso que se debe realizar; la enseñanza requiere campo propicio en la mente, para prodigar su fecundidad. Quien no cultiva su tierra mental, quien no abre surcos profundos en su mente no puede esperar buena cosecha, aunque la siembra sea pródiga.

Es indispensable que el hombre se convierta en un verdadero labrador de su inteligencia y comprender que, cuando la mente recibe la luz del conocimiento, esa luz debe transformarse en calor permanente, a fin de poder experimentar la sensación de algo que está trabajando en su ser interno con miras a procurarle una superación real.

Es necesario sentir la inmanencia del conocimiento, y, para sentirla, es necesario también el sentimiento que anima las buenas disposiciones del ser, en su propósito de mejorar.

Voy a señalar en esta oportunidad deficiencias de las cuales adolece la mente humana. Los seres, al menos una

gran parte de ellos, se creen privilegiados, dueños de las mejores condiciones morales y psicológicas; hasta hay quienes se alaban constantemente, extrañados de que los demás no los elogien, y viven al margen de toda realidad, imbuidos de pensamientos que inflan sus mentes hasta rozar los planos del desvarío. Son muy pocos los que se preocupan por analizar la propia conducta, el movimiento de sus pensamientos y la fecundidad o esterilidad de sus acciones. De ahí que se acumulen en la mente tantas partículas inservibles de ideas y pensamientos que, rezagados en la misma, han ido desintegrándose. Pero el conocimiento logosófico, con el enorme poder renovador que lo caracteriza, tiene la virtud de sacudir el polvo que se deposita y se incrusta en los intersticios del maravilloso engranaje mental del hombre.

Presentaremos una imagen que ilustrará sobre las anomalías que presenta la configuración psicológica del ser humano. En efecto, ¿qué hace el ser de su razón, desde que tiene lugar en él su primer contacto con la misma? Nada. De este modo, la mente, sin un control consciente, queda a merced de las circunstancias, de las situaciones y del vaivén de los pensamientos que pueblan los ambientes del mundo.

En tales condiciones, nadie concede valor a las palabras que pronuncia, y así es como se dicen, con la mayor naturalidad, desde las más pequeñas hasta las más grandes mentiras, quedándose luego tan frescos como si recién salieran de una heladera. La generalización de este hecho ha conducido al mundo hacia la más espantosa confusión. Se mienten los unos a los otros, se engañan de buena o de mala fe. A raíz de esto la confianza mutua se resiente y surgen muchos desengaños, sobre todo cuando uno, por exceso de buena fe, ha confiado en el otro plenamente. Pero, ¿qué seguridad puede dar de su palabra cada uno? ¿Acaso no es cierto que las más de las veces esa palabra se cumple cuando conviene o cuando es un placer el cumplirla?

Sin embargo, la palabra debe ser el fiel exponente de la dignidad que cada cual haya alcanzado. Debe cuidarse como algo propio, pues constituye un capital interno; un capital grandioso que ha sido despilfarrado, diríase, inconscientemente. Por eso hay tantos pobres en el mundo; pobres de espíritu,

porque han malgastado ese sólido capital que se llama la palabra. ¿Qué concepto puede merecer una persona, cuando, después de pronunciar solemnemente una promesa o dar su palabra exigiendo que se confíe en la integridad moral que se atribuye, la retira, la niega o la olvida?

He ahí la tragedia del mundo: han olvidado los hombres que Dios les concedió el don de la palabra, para que construyeran con ella su felicidad y nunca su desgracia. Es la palabra, justamente, la que expresa el verdadero contenido de la vida, la primera que, como dije una vez, sin poder articular sonidos todavía, emite en forma de sollozo la criatura humana al nacer; y la misma que, extraída de la conciencia, pronuncia sentida y profundamente en su postrer adiós, cuando cierra sus ojos a la vida.

Cada uno debe constituirse en verdadero guardián de su palabra, y aun os invito a que, cuando veáis que alguno de vosotros dice cosas inconvenientes, totalmente fuera del pensar y del sentir humanos, le llaméis discretamente la atención, y, al mismo tiempo, tratéis de no incurrir nunca vosotros en el mismo error.

La mente humana está siempre llena de pensamientos en casi permanente pugna; unos quieren dominar a otros. A veces son tantos que no pueden ni moverse; se codean, riñen, y el ser acaba con dolores de cabeza. Toma entonces un analgésico, se adormecen los pensamientos y se va el dolor; pero al rato vuelven otra vez a comenzar el desorden, reproduciéndose el mismo malestar.

Es necesario establecer la diferencia que existe entre la mente y los pensamientos, con imágenes claras, brillantes y muy movibles.

Veamos. No hay dudas de que todos tienen en su casa mental muchos pensamientos; con algunos se han encariñado más, con otros menos; de entre ellos, unos tienen buen carácter y otros no.

Me referiré a los que tienen mal carácter. Tales pensamientos, aunque actúan dentro de la mente, no lo hacen bajo la dirección de la razón, esto es, de la mente hecha conciencia. Pero cuando por virtud del conocimiento logosófico el ser

comienza a advertir que los pensamientos existen, que es verdad que promueven actividades ajenas a la voluntad del hombre, etc., comienza también a dejar que la conciencia se manifieste en su mente. Así, por ejemplo, en muchos casos aparece en ella, por una reacción externa, un pensamiento de violencia, que, con ímpetu, lleva al ser a cometer alguna ligereza; pero la mente hecha conciencia lo frena, porque ha pensado que, después de cometido un acto irreflexivo, no es el pensamiento quien sufre las consecuencias.

Otras veces, un pensamiento de vehemencia lleva al ser en pos de algo perjudicial; advirtiéndolo la mente, permite la participación de la conciencia, que, como en el caso anterior, lo frena. Se acostumbra así los pensamientos a ser frenados de golpe, y es entonces cuando, antes de tomar impulso, miran si detrás está lista la conciencia. No obstante, cuando ésta se descuida, allá va el desborde...

Esto demuestra que, aunque haya muchos pensamientos en la mente, uno solo, imponiéndose, puede anular a todos los demás y llevar al ser a situaciones muy difíciles. ¿De qué le valen, por tanto, los demás pensamientos, aun siendo buenos, si han estado ajenos a la vida mental? Además, hallándose la mente en esas condiciones, ¿se pueden tener esperanzas de ejercer el autocontrol?

Cada pensamiento tiene su lenguaje. Como para confiar, entonces, en la palabra de alguien, cuando no se sabe con qué pensamiento éste habla ni si ese pensamiento pertenece a la casa mental del propio ser o tan sólo es un huésped circunstancial de la misma. Porque es necesario saber que existen pensamientos que, habiéndose adueñado de la casa mental, se creen a veces con facultades extraordinarias, y es así como prometen o dan esta o aquella palabra. Luego se van de la mente, y, cuando al ser le es reclamada esa palabra, la niega, olvidando que lo que se le está reclamando salió de su propia boca.

El saber y la experiencia restituyen la cordura a las mentes humanas, principiando por limpiarlas de toda escoria a fin de permitir a la conciencia que vuelva a ser dueña y señora de la vida.

Por ello, la Logosofía ha hecho resaltar tantas veces el valor de la palabra. Llegará un día en que podrá decirse, con fundada razón, refiriéndose a alguna persona, que vale mucho porque tiene un gran capital en sus palabras; porque al expresarlas nunca engaña; porque dice la verdad sin dañar, sin ofender, haciendo siempre el bien y dejando en el ánimo de todos una grata sensación de bienestar.

Un hecho que resulta risueño es aquel en que alguien manifiesta: «Yo digo las cosas con franqueza». Sí, es muy lindo decirselas a los demás con franqueza, pero ya no agrada tanto cuando los demás son francos con uno. Lo mejor es no hablar, pues, de franqueza, pero sí hablar con elegancia, con prudencia y con limpieza, pensando siempre que no hay derecho a herir a nadie, a señalarle un defecto con indebida suficiencia. Cuando ello sea necesario, hay que hacerlo con mucho tacto, y, si es posible, adelantar que el defecto que se está señalando lo tenía antes el mismo que lo señala, o bien, que todavía lo tiene y no se lo puede quitar, pese a que no le favorece. He aquí una forma elegante de señalar defectos; nadie se ofenderá, porque principia uno mismo atribuyéndoselos y manifestando hallarse ocupado seriamente en eliminarlos. Interesante resultaría también que, entre ambos, compitiesen a ver quién lo elimina más rápido.

Ya hemos dicho que cada pensamiento tiene su lenguaje. A menudo son muchos los que hablan a la vez; de ahí que sea tan corriente oír decir a alguien, que tiene un barullo en la cabeza —o sea, en la mente—, que no puede pensar, etc. Otras veces se les ocurre a los pensamientos ponerse de acuerdo y hacer una fiesta. Comienza entonces el baile mental, y el ser, víctima de los efectos de tal ocurrencia, termina por expresar que su cabeza da vueltas; pero las vueltas están adentro, en su misma mente. ¿Será por ello que muchos dan tantas vueltas, sin ir nunca a ninguna parte? Apenas deciden encaminar sus pasos hacia un propósito, cambian de parecer. Quizá sea porque olvidaron consultar a los demás pensamientos...

Para obtener libertad mental es necesario establecer primero un estado de sitio en la mente, a fin de poder vigilar mejor los pensamientos, desterrando a los que no convienen y dando auspicio a los que son verdaderamente útiles.

Hay también muchos pensamientos que podríamos denominar parientes: son aquellos que suelen visitar la casa mental, como ocurre entre familiares, quedándose días y días en ella, por creer que es obligación de su dueño el atenderlos y brindarles cuanto a ellos se les antoja. De modo que, como si fueran pocos los pensamientos propios, vienen todavía los ajenos.

Es amplio el panorama de la vida mental y ofrece por delante grandes perspectivas para realizar una labor muy hermosa y muy útil. De modo que, con las indicaciones recibidas, será fácil ahora preparar una buena escoba mental y barrer todos los pensamientos inservibles, hasta dejar limpia y libre la mente.

¿Cómo no va a resultar pesada la vida, si los seres andan a veces como tambaleándose por la carga inútil de tantos pensamientos? Cuando un ser ha evolucionado, son amplios todos los sectores de su mente; tan amplios que pueden vivir holgadamente dentro de ella muchos pensamientos. Pero todos, sin excepción, deben cumplir con sus deberes y con la consigna de ser, en todo instante, útiles a los mandatos de la razón, dispuestos a servir sin quejas y a llevar en pos de sí la parte de bien que debe inspirar toda acción noble y generosa.

Montevideo, 27 de marzo de 1949.

MISTERIOS DE LA CREACIÓN HUMANA

Hablaremos hoy para explicar el porqué de la inestabilidad mental de los seres humanos.

Frecuentemente, y merced al conocimiento logosófico, se ha observado que la mente está ocupada por muchos pensamientos, tantos que, al hablar, los seres cambian de tema constantemente, porque todos los pensamientos quieren también hablar y ponerse de manifiesto. Al exteriorizarse, a veces se atropellan, razón por la cual las ideas salen entrecortadas, dificultando con frecuencia el uso fácil de la palabra. Se hace necesario, pues, saber qué es lo que se tiene en la mente.

Muchos son los seres del mundo común cuyas mentes se hallan dominadas en forma absoluta por los pensamientos. Como éstos hablan diferentes lenguajes, a veces no se entienden; a menudo hay cuestiones dentro de la mente, soliendo producirse allí graves conflictos. Cuando alguien manifiesta no saber qué le pasa, está probando, pues, lo que acaba de expresarse. Es común oír esto en las gentes, pero sin que sepan definir las causas. Hay también quienes piensan que, recogiendo noticias y chismes de todas partes, enriquecen sus mentes; pero los pensamientos se apretujan allí tanto, que, a veces, hasta las puertas mentales se hinchan; es en tales circunstancias cuando algunos suelen decir que tienen la cabeza pesada. Se da, igualmente, el caso de un pensamiento que hace cometer una ligereza; al ver luego la dificultad creada, el afectado tiene que agachar la cabeza. Risueñamente diremos

que hace esto porque todos los pensamientos curiosos se acercan a las ventanas visuales para ver en qué falta incurrió por causa de aquel pensamiento, resultando, de todo ello, que el ser tiene que bajar la frente, agachando, como dijimos, su cabeza. Mencionaremos aún los pensamientos ociosos, cuya característica es la de creerse superiores a los demás; esos se hamacan en la nuca, y, a causa de ello, los seres en cuyas mentes se albergan echan la cabeza para atrás, con gesto de suficiencia u orgullo.

En tanto, los que me están escuchando han tenido oportunidad ya de preguntarse a sí mismos cuáles son los pensamientos que tienen en sus mentes; cuáles les son útiles; cuáles los benefician y cuáles deben retirar para siempre de su lado. Es éste un examen que a diario puede hacerse.

El estado de desorientación en que ha caído la humanidad se debe, precisamente, al desconocimiento de la vida de los pensamientos, uniéndose a ello el haber extraviado —diría—, por los caminos del mundo, uno de los valores más grandes que posee el hombre; ese valor es la palabra. Por la palabra se entendieron los seres y por ella se va formando el concepto de cada uno; la palabra representa nada menos que la dignidad humana.

Infortunadamente, ¿quién da fe de la palabra pronunciada? ¿Quién es el que puede decir, una vez que las pronunció, que esas palabras fueron suyas? ¿Quién garantiza la paternidad del pensamiento que las guió? Sólo puede hacerlo el que es consciente de la responsabilidad que encierran y el que es capaz de confesar, después, que las palabras vertidas le pertenecen. Es sabido que la mayoría niega cuanto ha dicho, si lo dicho no está de acuerdo con lo que pueda convenirle en ese momento, y lo niega con la misma facilidad con que emite sus palabras. No sólo se niegan las palabras, sino también las promesas y los juramentos suelen ser negados.

Las palabras que pronuncia un individuo son, precisamente, las que pueden labrar su desdicha o su desgracia. Si se vierten sin haberlas pensado y sin tener la anuencia de la conciencia producen desgaste de energías absorbiendo las reservas del ser, y cuando éste, en momentos culminantes

de su vida, en momentos de apremio, de necesidad, de dolor quiere recurrir a sus palabras, encuentra en torno suyo el vacío, porque nadie les da crédito. He ahí por qué tiene tanto valor la palabra pronunciada. Cuántos juegan con ella, sin pensar que en ese juego siempre salen perdiendo. De ahí que el conocimiento promueva un movimiento mental tendiente a frenar los pensamientos para que surja serena la reflexión; para que el hombre sea dueño de sí mismo; para que sepa que las palabras constituyen un gran capital que no debe derrocharse, que no debe ser malgastado y que debe emplearse siempre para hacer el bien, para construir y para los más altos fines a que pueda aspirar el ser humano.

La palabra circula como circulan los pensamientos. Pero mientras los pensamientos pueden muchas veces obrar ocultamente, la palabra no; y si cada uno, haciendo memoria, reconstruyendo su vida, mira cuánta energía derrochó, cuántas palabras vertió inútil y hasta perjudicialmente, comprenderá entonces que, al vivir esta nueva vida, sus palabras deben tener siempre el visto bueno de la conciencia.

Es necesario, pues, forjar un nuevo concepto. Cuántos seres se encuentran hoy aprisionados o aislados a consecuencia de sus propias palabras; y cuántos, por haber hecho caso a sus pensamientos, a los que creyeron suyos, olvidaron que tenían una razón para juzgar, llegando al extremo de no encontrar luego el lugar donde está ubicada. Es por eso que, comúnmente, se les dice que han extraviado su razón, o que la han perdido, por no haber vuelto a encontrarla. Es menester, por tanto, acostumbrarse a preparar la mente, haciendo que cada facultad realice el ejercicio de su función en las mejores condiciones posibles.

Tened presente que todo cuanto habéis oído sobre el valor constructivo de las palabras queda confirmado cuando un ser es creído por los términos que vierte. Y ello ocurre, como es lógico, por haber dado en otras oportunidades reiteradas pruebas de la realidad de sus palabras, y, sobre todo, por haber dado el ejemplo al no contradecirlas, al no desvirtuarlas luego de haberlas pronunciado. Así es que como el ser se agiganta y aumenta su prestigio, por haber creado dentro de

sí la virtud de saber expresar el pensamiento pronunciado, con palabras que jamás habrá de negar y que los hechos mismos confirmarán después.

No debéis olvidar que el mineral yace en las profundidades de las montañas, que el vegetal permanece inmóvil en la tierra, que el animal está atado a su instinto, y que el hombre encuentra su libertad en los estrados de su conciencia iluminada por la sublime luz del conocimiento. Sin embargo, en la misteriosa conformación biológica del cuerpo humano se encuentran representantes de todos los reinos; conformación que, en mezcla imponderable, asocia al organismo del hombre elementos constituyentes de la vida atómica y molecular del Universo.

¿Qué explicación puede darse al hombre de la extraordinaria complejidad del pensamiento creador que animó su vida, insuflando en sus más recónditos pliegues el hálito ciclópeo que enciende la llama existencial de las generaciones cósmicas al instituirlo rey de la Creación, mientras hace permanecer en él vestigios latentes de los reinos inferiores? Debe el hombre develar esta incógnita; dejar de ser un mineral, liberándose de la inercia; dejar de ser un vegetal, moviéndose inteligentemente en plena actividad constructiva; y, en fin, dejar de ser todo lo que no conviene a un ente humano, desatando su ser de todos los prejuicios del instinto, para transfundir en su espíritu la verdadera esencia de su creación humana. Las chispas que de vez en vez brotan al frisar la inteligencia con el áspero canto de la realidad, hacen que aparezcan, como en épica visión, fragmentos de imágenes que el hombre toma como anticipos promisoros de sus futuras conquistas.

Para ello, tiene a su disposición el mecanismo más genial que pudo haberse creado: su mente. Habrá de resultar, pues, inconcebible que no se produzca una verdadera superación en quienes, tomando contacto con la Sabiduría Logosófica, pueden promover dentro de sí los movimientos inteligentes que los lleven a la realización que se han propuesto. A tal fin contribuyen todas las enseñanzas que, en forma aluvional, fecundan el campo mental, y cuya importancia está más allá del pensamiento, por resumir, en síntesis, todas las aspiraciones del ser.

Que al esfuerzo que realizo prodigándoos mis enseñanzas, respondáis presentándoos con algo mejor en cualquier aspecto que estiméis de vuestro agrado; que la comprensión sea real y la realización efectiva, y, a medida que experimentéis el bien que esa superación prodiga sin demora, continuéis cada día con mayor empeño y entusiasmo en la consumación de este gran ideal que he forjado para vosotros y para toda la humanidad.

Buenos Aires, 29 de marzo de 1949.

INTERROGANTES PLANTEADOS A LA CONCIENCIA INDIVIDUAL

Pienso que los que me escuchan habrán podido percibir con claridad que la palabra logosófica no es una palabra vulgar ni es nada que hayan conocido anteriormente. Además, habrán podido experimentar ya la fuerza edificante del conocimiento logosófico, que construye mientras destruye todo lo inútil y lo que no responde a las exigencias de las nuevas perspectivas que se abren a la inteligencia; de ahí la gran dificultad que suele presentarse en el campo mental de cada uno. En el supremo empeño de edificar en las mentes de todos verdades con cimientos eternos, es menester luchar contra las rebeldías de los elementos extraños que se anidan en los recovecos mentales, y que, allí agazapados, se levantan luego, molestos quizá porque se les obliga a pagar tributo al hospedaje; a ese cómodo hospedaje mental.

Todos los seres humanos ignoran, es indudable, cuál es su verdadero drama; y lo ignoran porque nadie acercó a sus inteligencias los elementos básicos con los cuales habrían de discernir luego las verdades que, en maraña gigantesca, se levantan siempre frente a su visión.

Cuando el hombre se enseñoreó de la selva, cuando luchó contra la fiera y la venció, no pudo, por no estar cultivada su inteligencia, comprender lo que ese hecho significaba para su vida, y, menos aún, crear las defensas; y no pudo

comprenderlo, porque, naturalmente, para ello era necesario poseer mucha sabiduría.

La mente humana es lo más sensible que puede existir; es la suprema sensibilidad de lo sensible. Las imágenes se calcan en ella por efecto de las impresiones recibidas. Por tal causa, cuando el hombre venció a la fiera y la mató, la imagen de ésta se calcó en su mente, comenzando, bajo esta nueva forma, a cobrar vida en lo interno y a dominar al ser. Por eso el hombre es a veces agresivo e inhumano, pues todavía le faltan realizar algunos trabajos hercúleos, entre ellos, el de dominar a la fiera interna, la de su bosque mental, que es la más brava de todas las fieras.

La Logosofía enseña a descubrirla entre las sombras de ese bosque, para que, vigilándola, se le impida matar a las hermosas aves que quieren cantar en lo más íntimo del ser. Pero todavía no se ha comprendido la grandeza de esta verdad; y es por eso que en el bosque mental aún reina la fiera. Empero, es necesario dominarla, y no con las armas de la violencia, sino con las de la persuasión, de la limpieza y de la verdad.

La fiera no debe morir, porque el triunfo no está en matarla; es necesario que viva, pero en estado doméstico. Esa fiera, domesticada, es la representación de la fuerza interna, que, si hoy es una fuerza sin control, mañana será una fuerza inteligente que fortalecerá el ánimo y llenará de grandes estímulos la voluntad humana. Será entonces cuando podrá decir el hombre: «Soy el dueño de mis propias posesiones internas porque he sabido dominar y amansar a la fiera dentro de mí mismo».

Los estados mentales por los cuales pasan unos y otros son por demás curiosos: por momentos, muy buenos; la selva está tranquila y suaves brisas perfumadas los embriagan de alegría. En cambio, en otros momentos, cobra la mente un aspecto sombrío; se estremece la fiera, se le hinchan las narices, se encrespa su ánimo y todo el mundo se previene porque algo está pasando dentro del bosque mental.

Debiera preguntarse cada uno por qué está siempre a merced de esa fiera, mostrándose incapaz de vivir tranquilo

dentro de su reino, inseguro de sus propias posesiones. ¿Cómo es posible, en tales condiciones, brindar paz a los demás? He ahí un interrogante que todos deben formularse.

Mas no creáis que, por el hecho de tener los primeros y rudimentarios conocimientos sobre la fiera, rápidamente la vais a encontrar y dominar. No; esa fiera posee la propiedad de transformarse revistiendo los más variados aspectos. Unas veces aparece con fisonomía de zorro, otras asume aspecto de tigre, otras de gato, etc., etc. Cuando uno cree hallarse a punto de prender al gato, salta el tigre por detrás. Calculad, ahora, cómo pueden los seres entenderse, si cada uno lleva una fiera dentro. ¿Qué estados estables son capaces de ofrecer como garantía? Se acuestan de un modo y se levantan de otro; de mañana muestran un estado, otro por la tarde, y, a veces, uno diferente por la noche. Más fácilmente se concebirán estas variantes, si se tiene en cuenta la frecuencia con que los seres se hallan a merced de las influencias externas, representadas por las ideas o pensamientos que pueblan los ambientes que frecuentan; porque, ¿quién puede decir que ha logrado inmunizarse contra tales influencias? Nadie. ¿Por qué? Porque en su andar por el mundo el hombre se ha envanecido mucho y ha tergiversado grandemente aquello que antes concibió bueno y justo. Así, a aquella mística humilde, que era signo de elevación moral, le opuso el signo de su soberbia. Creyó que, por el solo hecho de poseer inteligencia, lo sabía todo, por cuya razón muchas veces no quiso escuchar nada.

Cree el hombre que lo sabe todo, sin darse cuenta de que la mente debe estar en permanente actividad, pero en una actividad inteligentemente dirigida, que jamás la fatigue; antes bien, que amplíe los campos mentales, manteniendo siempre el ser, a través de la misma, el dominio de todas las imágenes que entran en juego en todo el proceso de su vida. Mas para que nunca le falle el recuerdo, debe estampar esas imágenes en la conciencia. Tales imágenes jamás deben ser relegadas al olvido. He ahí una de las grandes deficiencias humanas, pues con ello sólo se consigue hacer morir el pasado; y el pasado debe vivir en el presente. Me refiero aquí al pasado que es base para el presente, el cual constituye, a la vez, la mejor perspectiva para el futuro.

Cuántos en la vida añoran, anhelan, piden lo que no tienen; claman por esto o por aquello, y, cuando lo logran, no le dan importancia, olvidándolo al instante. ¿Quién presidió ese pensamiento: la conciencia o los instintos? He ahí otro interrogante.

Es por eso que la Sabiduría Logosófica lleva al hombre a ser consciente en todos los instantes de su vida, haciendo que esa conciencia, en permanente actividad, inspire las futuras creaciones de su mente.

¿Quién, acaso, de noche al acostarse, o al levantarse cada mañana, se acuerda de que por encima de todas las cosas existe el Pensamiento Creador? Él existe, sin embargo; existe una Suprema Inteligencia que todo lo interpenetra y a la que debe el hombre conectar su propia inteligencia, pero, conscientemente, lo cual significa que, una vez conectada, por descuido u olvido no se debe volver a desconectar.

Si pensamos que existe un ser universal, a quien llamamos Dios, que permite la existencia humana por el oxígeno que respiramos, oxígeno que permite, a la vez, el funcionamiento de toda nuestra constitución biológica, ¿por qué no hemos de rendirle, en nuestro pensamiento, el homenaje de nuestra gratitud pensando en Él al acostarnos, pensando en Él al levantarnos, y procurando que siempre sea Él quien presida nuestras fiestas internas o externas, sin que ocurra lo que en muchos, que solamente lo recuerdan cuando lo necesitan, cuando, apremiados por las circunstancias o los sufrimientos, elevan, recién entonces, su pensamiento de imploración al Señor? ¿Cuál es, de los dos, el gesto más sincero? He ahí otro interrogante que cada cual podrá contestarse. No existe aquí el menor átomo de religiosidad; es conocimiento esencial, solo y puro, del Pensamiento Universal.

Es necesario incorporarse de una vez, levantar las fuerzas que dormitan en el fondo del ser, haciendo que ellas generen energías y generen también vida. No nos dejemos atrapar por el círculo vicioso de las preocupaciones comunes; tenemos tiempo para dedicarles, y aún habrá de sobrarnos, si lo sabemos administrar. Las perspectivas que se abren al futuro de la conciencia humana no pueden ser relegadas a se-

gundo término, porque sería ubicarse el mismo ser en lugares secundarios. Cada uno debe cultivar, pues, su campo mental; cultivarlo sembrando en él este nuevo cereal —el logosófico— con el que habrá de obtener muy buenas cosechas.

Buenos Aires, 5 de abril de 1949.

PARTICULARIDAD DEL MÉTODO LOGOSÓFICO

Voy a explicar, sucintamente, en qué consiste el método logosófico, como así también, en qué se diferencia la enseñanza común de la Sabiduría Logosófica.

Diremos, en primer término, que la Logosofía tiene un método particular para cada uno de los seres, por el hecho de presentar todos características diferentes. Esta ciencia toca, además, todos los aspectos del ser, enfocando sus momentos psicológicos, transiciones y estados, para que éste se identifique con la parte de la Logosofía que encuentre conectada a su ser. Es entonces cuando sobrevienen las inquietudes y las preguntas por alcanzar el conocimiento que, desde el punto de vista personal, más interesa. La Logosofía contempla, pues, a la totalidad de los seres humanos, y como éstos están agrupados en series, las enseñanzas que brinda son adaptables a las diferentes series de tipos psicológicos existentes.

Así, quien lee o escucha un determinado número de enseñanzas notará que, de entre ellas, algunas no penetran en su interno, por no ser, quizá, las que más íntimamente han podido impresionarle, en razón de no estar conectadas a aspectos psicológicos de su ser. Otras, en cambio, le impresionan profundamente; las siente, las experimenta, apareciendo luego en su mente una clara comprensión de las mismas. Esta circunstancia le permite corregir errores, modificar in-

terpretaciones de conceptos y establecer conexión con una orientación clara y definida del hecho.

Todos los que hoy me escuchan lo hacen atraídos por la fuerza constructiva de la enseñanza logosófica, habiendo tenido ya la oportunidad de experimentar su virtud en la propia vida. Pueden, en consecuencia, dar testimonio de que algo real existe en ella, de cuyo valioso contenido han podido extraer conclusiones sumamente importantes.

Hay dos hechos innegables que, por inexplicable relación, acontecen dentro del campo experimental logosófico. Uno es el discípulo, el ser que, atraído por la fuerza incontrastable de la enseñanza, viene en busca del conocimiento esencial contenido en ella, y que, simbólicamente representado, pide a la fuente, con la mano extendida, su ración de vid. El otro hecho es la mano generosa y amiga que le tiende aquel que le da el conocimiento. En ese efusivo apretón de manos aparece, con caracteres indelebles, el signo de la amistad. Desde ese momento, el ser, el que aspira al saber, debe experimentar como un despertar interno; como si su vida, como si su mente se hubiera unido a otra vida y a otra mente muy grande, de la cual está recibiendo una nueva vida y una nueva generación de pensamientos. Si no lo ha sentido así, si no lo ha experimentado con alguna intensidad, es porque existe una manifiesta insensibilidad hacia las altas concepciones del espíritu. Pero los que aquí vienen, los que llevan en cada oportunidad una gran porción de enseñanzas, todas ellas de gran valor para el futuro de la vida, pienso que han experimentado esas sensaciones profundas de renovación y superación, como así también una realidad a la que no es posible estar ajeno. Esa realidad se manifiesta en la necesidad mental de reclamar siempre, como algo que es ya imprescindible, la palabra oportuna y constructiva que, golpeando la mente y penetrando en ella, hace que se promuevan dentro del ser nuevas reacciones íntimas que favorecen el proceso de evolución consciente.

Cuando la mente se halla en pleno auge de su proceso evolutivo, requiere ser fortificada constantemente por la fuerza extraordinaria del pensamiento creador de la Logosofía. A este respecto debo recordar que la mente humana, por lo general,

actúa con lentitud y comodidad, pensando lo menos posible. Por tal causa, se hace necesario acostumbrarla a mantener, sin desviarla, la dirección del pensamiento central, para lo cual debe acudirse a las imágenes constructivas de la Logosofía, a fin de trocar su actitud pasiva en una activa disposición que se concentre en el objetivo perseguido.

Puede advertirse claramente que, sin el auxilio del conocimiento logosófico, frente a la transición que ese cambio representa, o, mejor aún, frente a tan ponderable cambio de actitud mental, los seres no podrían, o les sería sumamente difícil, mantener la firmeza y seguridad que tal circunstancia exige. ¿Podrían ser ellos conscientes de ese proceso de superación real que están viviendo? ¿Quién habría de mostrarles, aquí y allá, los desvíos a que están expuestos por descuidos en la conducción del pensamiento? ¿Puede, acaso, el discípulo sentirse capaz de seguir por propia cuenta el proceso de evolución con toda la secuela de cambios y transformaciones que implica la renovación de todo lo que ha ido acumulándose en su mente durante tanto tiempo? ¿No saben todos con qué fuerza se arraigan los pensamientos de viejos conceptos, enraizados, a veces, desde la niñez? ¿Cómo eliminar, pues, todas esas adherencias sin herir siquiera la retina mental, ubicando en su sitio a los pensamientos constructivos que orientan al ser hacia nuevos y grandes conceptos?

Muchas veces, en el momento en que se escucha la enseñanza todo parece fácil de realizar; pero luego, a solas consigo mismos, cuando los seres tienen que enfrentarse con sus propios pensamientos; con los antiguos, con los modernos y con los actuales, la cosa cambia de aspecto: todo parece difícil y más inaccesible. Por eso dije que necesitaba fortificar mucho las mentes, debilitadas por la inercia. Acostumbradas a divagar, a perderse entre mundos quiméricos, es muy difícil encauzarlas hacia un nuevo género de actividad. Pero cuando el ser advierte que la obtención de los primeros triunfos lo llena de entusiasmo y optimismo, y sus energías asumen una magnitud que antes no tenían, entonces es cuando se incorpora sobre sí mismo y siente por primera vez los síntomas evidentes de una nueva vida, pues comprende que,

tras mucho andar, ha encontrado al fin el camino que lo lleva hacia ese mundo mental, donde, sin extraviarse nunca, podrá hallar la razón de ser de todas las cosas. Pero es necesario ser guiados y marchar progresivamente hacia la consumación de ese alto ideal, que es, en última instancia, la realidad de todas las realidades.

Nada de esto podría acontecer, y todo estaría de más, si en la cabeza de los hombres no hubiera mente ni pensamientos; se verían relegados, simplemente, a caminar sobre sus dos pies. Pero desde el momento en que la creación del ser humano fue concebida superior a todas las demás especies; desde el momento en que le fue otorgada al hombre la capacidad de sentir y experimentar la vida como ninguna otra entidad viviente sobre la tierra; desde el momento en que dispuso de una mente con la cual puede llevar sus pensamientos hacia las elevadas concepciones del mundo mental, desde ese momento contrajo un sagrado deber que cumplir, y es el que está concretado en la transformación psicológica que le permitirá ser lo que debe ser entre todas las especies que pueblan el orbe.

Así, pues, va encontrando el hombre su propio método dentro de las enseñanzas a medida que éstas penetran en su ser y lo llevan a concebir imágenes que jamás pudo forjar anteriormente. Desde ese instante se une al gran método logosófico que, repartiendo enseñanzas para todas las mentes, hace que cada cual encuentre la que le es más allegada, para seguir con ella su camino, sin desmayar y con gran aliento.

Las mentes, en medio de la agitación de la vida corriente, suelen nublarse, y hasta las luces de la inteligencia parecerían apagarse. Esto ocurre porque los pensamientos se adormecen, siendo entonces cuando los seres experimentan la necesidad del conocimiento logosófico, para que los despierte y los vuelva a la vida, para que les dé energías y para que sus mentes, conectadas ya a un mundo superior, les hagan concebir esa vida común, consuetudinaria, como algo sin ninguna trascendencia, en la cual, cuanto se logre será siempre de carácter utilitario, pero no permanente como lo son los altos valores del espíritu. Estoy seguro que todos los

que estáis aquí presentes, luego de escuchar la palabra que tanta fuerza da, os sentiréis más libres de preocupaciones, más libres de esos pensamientos que durante el día suelen promover tantas agitaciones y perturbaciones del ánimo, y os iréis llevando en lo más profundo de vuestro ser, anhelos de volver otra vez a uniros con el pensamiento creador de la Logosofía.

Buenos Aires, 19 de abril de 1949.

CÓMO DEBE ESTUDIARSE LOGOSOFÍA

La Logosofía no se aprende como las ciencias comunes, y la práctica de su estudio no es extraindividual, como en aquéllas, sino intraindividual: se practica en lo interno, esto es, en el ser mismo.

En los centros corrientes de estudios se aprenden muchas cosas que sirven para desenvolverse en la vida diaria, pero su aprendizaje no exige la conexión de lo interno del ser con aquello que aprende, aunque ello forme parte de su acervo personal; cuanto allí se logra es patrimonio de todos, pues todos aprenden, más o menos, las mismas cosas. En cambio, en los estudios logosóficos el ser se interna en un campo en el cual debe aprender a caminar, no con los pies, sino con su mente, movida ésta por un pensamiento central: el pensamiento autoridad, como bien lo ha denominado la Logosofía.

La mente de quien estudia Logosofía debe familiarizarse, y, más aún, debe emparentarse, si cabe la expresión, con la mente de su creador, de su autor. Establecida ya esa vinculación, el estudiante comienza por dar cabida en su mente a la corriente de pensamientos que recibe de la Sabiduría Logosófica, tal como se da cabida en la propia casa, haciéndole lugar, a un ser que es apreciado, estimado, querido y respetado. En este caso, se trata de hacerle lo más grata posible su permanencia dentro del hogar, procurando que no se vaya nunca a fin de disfrutar por mayor tiempo de su presencia; opuestamente, cuando ésta no agrada, se procura que se vaya pronto.

Si la Logosofía aconseja al estudiante que establezca una vinculación con la mente de su autor, es porque el autor mismo procede de igual forma. A todos recibe en su cenáculo, y, desde el momento en que esto hace, es porque los considera de su amistad. Pero si alguno le faltase el respeto o abusase de su generosidad, dejaría de serle grato y cesaría, en consecuencia, la consideración dispensada, procedimiento éste que cualquiera emplearía en caso similar. Esto significa que acostumbra a recibir a los discípulos como el primer día, vale decir, con la misma actitud generosa, con la misma bondad y con la misma firmeza, en el sentido de brindar a todos las enseñanzas de la Sabiduría Logosófica. Él quiere que cada uno de sus discípulos sea un gran amigo, y mucho antes de que éstos lo hagan, él ya les está ofreciendo su amistad. Y al decir que les brinda su amistad ha dicho mucho, porque junto con ella va toda la luz de la Sabiduría Logosófica.

La Logosofía enseña, por eso, que una de las bases en que debe apoyarse la moral humana es el respeto que cada uno se debe a sí mismo y debe a los demás. Habiendo respeto hay armonía, hay amor y hay todo, pues ello trasunta una elevación de espíritu y una comprensión muy amplia de lo que debe significar la convivencia entre los semejantes. Cuando el respeto se destruye, todo lo demás se quiebra con él; así lo vemos en todas las partes del mundo, y a ello obedecen, más que a nada, las tragedias que sufre la mayor parte de la humanidad.

Los discípulos deben recibir la enseñanza logosófica como algo necesario y vital, debiendo palpitar en cada una de sus palabras la misma vida que reciben de las enseñanzas, sin que jamás se las encuentre desnaturalizadas, muertas o embalsamadas con apariencia de vivas.

La labor extraordinaria, compleja y delicada que debe realizarse en cada mente, obedece al hecho de que se viene aquí en busca del conocimiento logosófico con la mente llena de infinidad de cosas; apenas si se ha dejado un pequeño espacio para que pueda penetrar alguna enseñanza, la cual, una vez dentro, debe hacer heroicos sacrificios para no asfixiarse o morir golpeada por tantas cosas como se mueven en ella.

Además, debe luchar contra aquellos pensamientos que se oponen a que el conocimiento que conduce permanezca dentro de la mente, aun cuando haya sido atraído por el propio anhelo, por la propia razón o por la sensibilidad misma del ser.

En la mente hay gran número de pensamientos mandones, y muchas veces los seres no tienen ni remota idea de cuánto pueden éstos dentro de ella, quedando sorprendidos después de cometer hechos y cosas que, de haberlo pensado, no habrían llevado a cabo. Esto prueba que hay pensamientos capaces de trastornar al ser, de llevarlo por caminos extraviados, al extremo de anularle la razón.

El sol alumbrá todo el sistema planetario; pero si se le ocurre a uno encerrarse en un cuarto oscuro y dejar sólo un agujerito al paso de sus rayos, el sol, con toda su potencia ultracósmica, le alumbrará por ese agujerito solamente, enviándole una luz tenue, muy débil, es decir, la que puede pasar por una cavidad tan pequeña. El que está dentro del cuarto oscuro, aunque proteste por ello y trate de desprestigiar al sol manifestando que no tiene potencia alguna, no conseguirá que el astro amplíe la luminosidad que él mismo se está negando.

En el recinto mental ocurre idéntica cosa: en la medida en que cada uno abra las ventanas de su mente, el oxígeno y la luz de la Sabiduría podrán penetrar a través de ellas; pero el que apenas deja una ranura al paso de esa luz, permanecerá siempre a oscuras, aunque ella alumbre todo el Universo. Invocará luego la fatalidad, el olvido de la mano de Dios, la mala suerte, y en fin, tantas cosas como se les ocurran a los pensamientos.

Pero hay aún más. Muchos abren sus ventanas mentales y la luz y el oxígeno entran; después las cierran, y, como se olvidan de abrirlas nuevamente, la luz no penetra, por ser muy discreta, alumbrando sólo la fachada. ¡Cuántas fachadas ha iluminado, también, la Sabiduría Logosófica! Pero esto no es lo que generosamente ella ofrece, al brindar, como el sol, su luz; lo que quiere es alumbrar el interior de los seres. Mas para ello es necesario que se abran —como he dicho— las ventanas de la mente, y que no se cierren al azar de los antojos: hoy,

porque uno está disgustado; mañana, porque tiene que ir al cine; pasado, al teatro; otro día, porque hay mucho que hacer, y, en fin, otras veces, porque no tiene ganas. Si de este modo el conocimiento no penetra, ¿de quién será la culpa?, ¿del saber logosófico? No, por cierto. Esta es una verdad que todos han tocado con las manos, tanto mentales como físicas; la fuerza de esta verdad se siente hasta en la yema de los dedos.

Queda todavía una consideración que hacer: el hecho de que el sol permanezca esperando a que le abran las puertas, ¿qué significa? Significa que da pruebas de una gran virtud: la de estar proyectando sobre el Universo la expresión de la paciencia, pues, mientras alumbraba a todos aquellos que tienen las puertas abiertas, espera a que otros las abran. Es ésta la paciencia inteligente y activa, de la que he hablado otras veces, y en ese hecho radica, también, la expresión universal de otra virtud tan grande como la anterior: la tolerancia, porque, aunque los seres demoren siglos en abrir paso a su luz, no se las niega si algún día deciden volver a hacerlo. Lo único que podría acontecer es que el sol, en lugar de alumbrar una vida, tuviese que alumbrar un cadáver. Mas la culpa no será en ese caso del sol, sino del que no abrió a tiempo las puertas para que sus rayos, que llenan la vida de vida universal, penetraran en lo interior.

Estos son los conocimientos que la Logosofía pone al alcance de todas las mentes para aclarar profundas oscuridades que, desde siglos, desde tiempo inmemorial, viene arrastrando la humanidad tras de sí. Son simples y sencillos, y se revelan por sí solos cuando la palabra logosófica los despierta y anima y las mentes humanas asisten a su despertar.

La labor es muy intensa. No es la labor común del que enseña; es la del artífice que está viendo en cada mente y en cada vida cómo germina la semilla, cómo va tomando forma el proceso y cómo va realizando el hombre, en cumplimiento de la Ley de Evolución, lo más grande a que puede aspirar sobre la tierra: la conquista de los conocimientos bases, única forma de ampliar la conciencia y hacer que ésta, en virtud de aquéllos, tome contacto con la conciencia universal, pues todo cuanto existe en la Creación constituye fragmentos esparcidos por la Sabiduría Universal.

Cuanto más abarque la mente humana en el campo ilimitado de los conocimientos de la Creación, tanto más grande será su conciencia y su acercamiento a la mente de Quien creó todas las cosas, porque en esa Creación está estampada —como he dicho— la Sabiduría Universal.

La posesión de un conocimiento base es la posesión de un poder. El solo saber que uno puede manejar los propios pensamientos y dominarlos, constituye un poder: el que permite al ser llamarse dueño consciente de cuanto experimenta, como así también de sus acciones y de su voluntad.

He aquí el procedimiento para la adquisición de tales conocimientos. Se aprende una enseñanza logosófica cuando se la estudia atentamente; se la comprende, cuando se la lleva a la realización; por último, se logra un conocimiento base, cuando esa enseñanza ha culminado dentro del ser manifestándose en una realidad tal que, después de experimentada, jamás podrá olvidarse. Cuando se llega a esto, el ser es dueño de un conocimiento, el que podrá aplicar a sí mismo toda vez que sea necesario, o utilizarlo en cualquier oportunidad en que sea aplicable.

Por eso es conveniente que las mentes de los que estudian Logosofía retengan las enseñanzas escuchadas o leídas, probando luego la eficacia de su mecanismo retentivo, o sea, el funcionamiento del archivo mental de cada uno, lo cual, en definitiva, constituye el poder de reproducir lo escuchado o leído. Al tratar de exponer lo que ha sido comprendido o la impresión recibida, se podrá probar hasta qué punto la enseñanza penetró en la mente, no ya en forma memorística, sino en forma más profunda, que es lo que se busca. Podrá observarse también, a través de este ejercicio y teniendo en cuenta las demostraciones de los demás, cómo las enseñanzas, al llegar a las mentes, se detienen en unas y pasan de largo por otras.

Son éstos los necesarios movimientos mentales para que la enseñanza logosófica cumpla su verdadero cometido y alumbre con su luz —como lo hace el sol al brillar sobre el rostro de los hombres en cada amanecer— aquellas mentes que abren de par en par las puertas del entendimiento. Todo aquel que las abrió, acto seguido hubo de experimentar

siempre el beneficio de esa luz, porque ella fortalece la mente llenándola de fuerza energética.

Las mentes brillan mucho más después de aprender Logosofía que antes de hacerlo; está ello archicomprobado. Es también sabido que comúnmente se lucha con todo empeño procurando que la mente brille, y sólo se consigue que eche chispas; tal es el ardor con que se la frota. Por eso una vez dije, que, para ver mejor, era necesario limpiar el tenue cristal de la mente con la suave gamuza de la reflexión.

Si queréis hacer brillar vuestra mente, no olvidéis cuál es la luz que ha de darle brillo. Desde luego, no es la propia. Cuando sin vanidad ni jactancia la conectéis a la fuente generadora, veréis al instante que, si no es la mente la que brilla, brillarán los ojos de alegría y el corazón de bienestar.

Cuantos siguen la orientación logosófica se sienten felices, como si vivieran en un oasis de paz, imposible de hallar en otra parte. La Logosofía no ofrece más que conocimientos para la evolución consciente; esto es lo que atrae a tantos, pues las enseñanzas que brinda son tan sencillas como profundas, y entrañan tantos aspectos que no hay ser que no esté comprendido, identificado y enmarcado dentro de ellas. Y cuando las cosas se van explicando en lo interno de cada uno, la vida se hace más llevadera, se la comprende mejor y también se comprende más la vida universal. Parecería como si la vida dejase de ser personal para unirse al cumplimiento de esa inmensa Obra, de la cual el hombre, a medida que crece en conocimientos, se convierte en un gran colaborador.

Pienso que esto es lo que quiere el pensamiento universal. Él atrae a los seres, mas para brindarles aquello que tanto buscaron en vano por todas partes: la felicidad, la paz y el amor.

No es ésta la enseñanza común, que puede encontrarse en cualquier parte. No; es ésta una enseñanza que penetra en la vida; es la palabra del espíritu que encarna en el espíritu, esa parte de la vida que falta en los seres humanos y que se recupera por virtud del conocimiento logosófico; la que hace que cada uno viva su vida más ampliamente, más llena de paz y de felicidad, y la que ayudará al hombre a encontrar

dentro de sí mismo —cuando llegado el día conecte su vida al pensamiento que anima todas las cosas que existen— revelado el misterio de su propia creación: por qué vive, por qué existe, por qué piensa.

¿Puede pedirse más? Pienso que no. No puede haber nada capaz de colmar la mente y el corazón humanos de mayor ventura. Cuando el conocimiento base cobra volumen dentro del ser en forma ilimitada, proporciona la mayor de todas las alegrías.

Quien piensa en esto, quien lo toma por norte y por meta para orientar sus pasos por el mundo, habrá logrado conquistar un gran bien para sí mismo y ayudará a conquistar ese bien a sus semejantes.

Buenos Aires, 3 de mayo de 1949.

DE CÓMO LOGRAR LA INMUNIDAD EN LOS DOMINIOS DE LUCIFER

Es tan rico y vasto el campo del conocimiento superior y esencial que abarca la Logosofía que no es necesario dar muchos pasos para encontrar un tema de palpitante sugerencia, capaz de despertar rápidamente el interés general.

Mucho es lo que se ha hablado del Infierno, o sea, del reino de Satanás —diablo mayor de ese imperio infernal—, en donde, según las afirmaciones teológicas, se calcinan las almas cargadas de pecados. A ese infierno irían a parar los malos cuando sus vidas cesaran, o sea, «post mortem». Siendo así, tanto el fuego como las llamas que siempre le fueron atribuidos, no podrían ser como las que se conocen en nuestro mundo físico, por la sencilla razón de que no tendrían que quemarse allí cosas materiales, sino inmateriales. Hay también quienes llaman infierno al mundo en que vivimos, por creerlo causa de todas las desgracias humanas.

Por otra parte, si admitimos la existencia del infierno, deberemos pensar que éste se halla tanto aquí, en la tierra, como en la esfera extrafísica; veremos así que es posible tomar muchas imágenes que nos darán tal vez una idea muy aproximada de lo que, efectivamente, deberá entenderse sobre este punto tan singular de las presunciones humanas.

Logosóficamente hablando, quien lleva a cuestras la ignorancia es un ser que se va quemando vivo, que está

sufriendo las consecuencias de su incapacidad; y es un ser que se quemará, irremisiblemente, entre las llamas de una adversidad, cuyo fuego más se aviva cuanto más obstinada es la posición irreflexiva de la víctima.

Si tenemos en cuenta que estamos aquí, en la tierra, que es la gran escuela de la experimentación, observaremos cuán pocos son los que disfrutan del placer de reducir día a día el agobiante peso de la ignorancia, y cuántos, por esa misma ignorancia, sufren toda clase de tormentos. Observaremos aún que éstos, cuando viven un fugaz momento de alegría, olvidan sus angustias e, incluso, el sabor mismo de la experiencia.

El conocimiento logosófico va dirigido a la conciencia, pues es verdad incuestionable que cuando los seres piensan y accionan conscientemente, tal como la Logosofía lo prescribe, todo queda registrado en la conciencia. Ocurre así que, cuando estos mismos seres se queman en las experiencias de la vida, curan las partes psicológicas afectadas, preservándolas de nuevas quemaduras con el suave y seguro bálsamo del conocimiento extraído de ellas, y llegan, en muchos casos, hasta lograr la inmunización.

Muchos hay —es esto muy común—, que, al hablárseles de tal o cual proyecto, dicen: «Propóngale usted eso a otro, que yo ya estoy quemado», aludiendo, sin duda, y no sin alguna recóndita amargura, a experiencias corridas con similares ofrecimientos. Sin embargo, quienes declaran estar «quemados» se hallan lejos de sospechar el alcance de la verdad que manifiestan, pues en dicha expresión se halla implícito el contenido de una rigurosa consecuencia. El ser debe, en verdad, quemarse muchas veces, pero neutralizando siempre el efecto de las quemaduras, para que les sean tolerables y le sirvan a los fines de la inmunización total que debe buscar.

Las alternativas que la vida ofrece, de tan variados matices, hablan al espíritu humano con su lenguaje lleno de sugerencias; por este medio el hombre irá templando el acero de sus reflexiones en ese crisol que muchos han llamado infierno, pero que, logosóficamente, es el fuego purificador que, carbonizando la escoria mental e instintiva, brinda al hombre la oportunidad de redimirse ante su conciencia y

surgir invicto de entre las voraces llamas de rojo tinte, con que se ha caracterizado a las que en el infierno lucen el siniestro brillo de la destrucción.

Así, aquel que sabe quemarse, equilibrando lo soportable con el grado de la quemadura, evitará la destrucción de los tejidos que protegen su alma, alcanzando oportunamente la inmunización. Este podrá luego pasar tranquilo por entre las llamas del infierno, sin experimentar molestia alguna; por el contrario, dominándolas, podrá enseñar a otros a vencerlas y tornarlas inofensivas. Vendría a significar esto, en otras palabras, el triunfo y la inmunización contra el mal y la adversidad. Por ello, la Logosofía señala siempre, como de primordial importancia, que la acumulación de experiencias conscientemente vividas forma el caudal de los valores permanentes del ser.

Vemos, por consiguiente, que el hombre tiene que vencer al mal, vencer al fuego del infierno, o sea a la adversidad, con valentía y decisión, sin esquivar los lamidos de las llamas ni inhibirse psicológicamente ante la embestida del infortunio pensando que ya no le queda más nada por hacer o que todo ha terminado para él. Mientras las lacerantes llamas del mal no calcinen la conciencia, todo puede ser íntegramente reconstruido. Sólo el malintencionado, que siempre es cobarde, encuentra con frecuencia su merecido, cuando pretende quemar a otros con la llama que a él va dirigida. Es entonces cuando quedan las señas imborrables de sus quemaduras, que a nadie podrá ocultar.

Si al pasar por esos momentos amargos que hace experimentar la adversidad, en los que parece que está uno quemándose vivo, se pensase en la fuerza que entraña este conocimiento y se procediera con gran presencia de ánimo, fácil sería ver cómo cede, paulatina o repentinamente, la intensidad del fuego lacerante. Las quemaduras serán, en este caso, atenuadas, y no dejarán rastros ni destruirán tejidos.

Naturalmente que, para lograr el dominio completo del elemento fuego, se requiere poseer muchos conocimientos, tantos que formen el haz de la existencia. A este respecto no debe olvidarse que la dimensión de la vida, o, mejor aún, la

dimensión de la existencia, se mide por la dimensión de los conocimientos. Si no hay conocimientos, la vida es pequeña, y el área física y mental, limitada. Cuanto más limitada sea el área física y mental del ser, tanto más vulnerable habrá de ser éste al fuego, el que acabará por quemarlo íntegramente. En cambio, en una vida ampliada, en una vida agigantada por la dimensión de los conocimientos, aun cuando hayan partes vulnerables y, por tanto, susceptibles de ser quemadas, queda, empero, un área física y mental suficientemente grande como para mantener la vida sin sufrir mayores consecuencias. Ya hemos dicho que, cuanto más amplia es la vida, tanto más grande y sensible es la conciencia de la existencia.

De todo cuanto acabamos de exponer, surge con evidencia meridiana que aquel que ha sido fogueado por las experiencias, que ha encumbrado su vida nutriéndola con el poderoso alimento del saber superior, ése podrá pasar por entre las llamas del infierno —tanto físico como extrafísico— sin quemarse, porque las llamas lo respetarán. Lo esencial es conservar íntegro el espíritu que anima la vida, sin huellas de quemaduras; he ahí el secreto de la inmunidad. Cuando la luz de un conocimiento base alumbró las mentes, no pueden éstas permanecer a oscuras; el solo hecho de haber claridad en los entendimientos significa que la inteligencia, estimulada y vitalizada por esa claridad, redobla su actividad investigadora en busca de las grandes comprensiones que exigen las grandes verdades.

Hasta aquí he trazado la imagen del infierno, tal como es considerado a través del enfoque logosófico. Parecería éste un infierno más humano, más al alcance de todos los entendimientos, más aleccionador y útil. Desprovisto de todo artificio fenoménico, la conciencia humana no se amedrentará ante él por temores absurdos, que siempre son inhibitorios. Por el contrario, comprendiendo el alcance de la enseñanza, el ser preparará su espíritu para toda emergencia adversa, sobrellevando los sufrimientos con entereza, mientras, en busca de la inmunidad, se sobrepone a todo sufrimiento por medio de un constante perfeccionamiento que habrá de elevarlo por encima de todas las miserias humanas.

Es necesario tener en cuenta que, frente al hombre, existe una vida por vivir, de la cual éste es responsable; por tanto, cada uno debe ser consciente, no sólo de la que está viviendo, sino de la que vivirá en el futuro. En la medida en que esa conciencia se manifieste a lo largo del trayecto a vivir, en esa medida irán conquistándose, día tras día, mayores conocimientos. Como los conocimientos superiores son fragmentos de la vida universal, es lógico pensar que, por ese medio, la vida se va enriqueciendo y tornándose menos vulnerable a las embestidas de la adversidad, o sea a las llamas del infierno.

Es muy seguro que, en posesión de los elementos de juicio y de defensa mental que surgen de esta enseñanza, se estará más a cubierto de las sorpresivas emboscadas que tienden los diablos y satanases deseosos de ensartarnos en sus flamígeras espadas o en sus tridentes abrasadores. Los veremos venir, porque nuestra sensibilidad nos anunciará su proximidad, y los desafiaremos con nuestros conocimientos, en la certeza de que hemos de derrotarlos y tornarlos inofensivos. Esto dará paz a nuestras almas, seguridad a nuestras vidas y felicidad a nuestros corazones.

Buenos Aires, 17 de mayo de 1949.

HACIA LA VIDA INTERNA

Una de las dificultades que suele presentarse con más frecuencia y que contribuye a establecer la diferencia fundamental que existe entre el verdadero fondo del conocimiento logosófico y la creencia general sobre los conceptos admitidos, es, precisamente, aquella que obliga a cada uno a formularse una serie de consultas sobre la seguridad de sus propias convicciones acerca de tal o cual criterio o posición tomada con referencia a aquellos puntos que conciernen más directamente a la vida o al ser individual, en los diversos aspectos que lo configuran. Como es natural, hacemos alusión aquí al común de las gentes, que, por así decirlo, forman el grueso de la humanidad, aun cuando justo es reconocer que, entre los más aventajados, existe también una gran parte que tropieza con dificultades similares para comprender con toda amplitud los alcances de estos conocimientos. Ello prueba, de la manera más evidente, no sólo la originalidad de los mismos, sino también su carácter «sui géneris». Vamos a explicar, pues, en qué estriba esa dificultad y cuál es la diferencia fundamental que distingue a la Logosofía de toda otra concepción ya conocida.

Es un hecho real, comprobado reiteradamente, que, hasta tanto no se toma contacto con el conocimiento logosófico, todos los seres muestran un estado general de indiferencia y un desconocimiento cabal de sí mismos, de ese «sí mismos» tan genialmente configurado en su conformación psicológica, mental y moral, y al que permanecen ajenos, sujetos a todas

las cambiantes y variaciones que surgen de tan complicado mecanismo; cambiantes y variaciones que muestran la inestabilidad temperamental y volitiva, y, a la vez, sumergen al ser, con relativa frecuencia, en abismos de duda, desorientación y desánimo.

¿A qué obedecen —preguntaríamos, enfocando la cuestión desde el punto de vista logosófico— los desaciertos y errores, irreparables a veces, en que incurre un ser, y aun el fracaso hasta de sus mejores propósitos? ¿Lo han pensado quienes se hallan en semejantes trances? ¿Lo piensan aún después de aquietado el espíritu? ¿Lo piensan aquellos que asisten a diario a tales dramas psicológicos y morales? Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que, del examen de tantos casos y antecedentes, no surge una respuesta afirmativa. Todo queda sumergido en la penumbra de un misterio insondable: la fatalidad, la mala suerte. Ahí termina, generalmente, todo intento de justificación, ya que muy rara vez surge la predisposición a rever las propias actuaciones para encontrar los puntos vulnerables y saber cuáles fueron los desaciertos. Esto es tan común que nadie se atrevería a negarlo.

Por otra parte, en casi todos los seres humanos se manifiesta, a falta de conocimientos y experiencia, una tendencia muy pronunciada a confiar en el azar lo que sensata y razonablemente debe confiarse al propio y consciente estudio de las situaciones y proyectos que se hayan decidido llevar a la realización.

No hay duda alguna que la conmoción psicológica que todo fracaso produce, inhabilita, a quien no es muy dueño de sí mismo, para una reflexión saludable. Con frecuencia, el amor propio termina por agravar aún más el choque de las reacciones internas. Al desaliento sigue el irrefrenable deseo de culpar a todo el mundo, excluyéndose, desde luego, al desdichado. Es ésta una realidad que muestra bien a las claras cuál es el estado general de las mentes humanas, que, desde épocas remotas hasta el presente —exceptuando raras excepciones— sigue siendo precario en relación con sus innegables posibilidades de evolución y perfeccionamiento. En este estado es, precisamente, cómo encuentra la Logosofía a la mayor parte de los seres humanos.

De cuantos han llegado a las fuentes del conocimiento logosófico —y es crecido su número—, ninguno ha manifestado aún conocer lo que la Logosofía enseña sobre sistema mental, sistema sensible, y, menos todavía, sobre la vida y actividad de los pensamientos moviéndose independientemente dentro y fuera de las mentes de los hombres. Tampoco ha manifestado nadie conocer con anterioridad la concepción logosófica que establece principios y señala normas para el perfecto conocimiento de sí mismo. Los mariposeos de los llamados mentalistas, que han plagado infinidad de libros con sugestionantes ofrecimientos de claves para ejercitar el llamado «dominio de la voluntad» o «el poder del pensamiento», sólo han llevado a agudizar aún más el complejo psicológico de quienes, ingenuamente, creyeron en semejantes proposiciones. Basta examinar sus argumentos, para convencerse de la puerilidad y falta de consistencia de su exuberante literatura.

Así, pues, determinada claramente la posición de la generalidad de los seres humanos desde el punto de vista del cuadro psicológico y mental que presentan, vamos a partir del instante mismo en que toman contacto con los conocimientos logosóficos, para ilustrar mejor acerca del proceso de superación real que el ser realiza, en perfecta armonía con recónditas aspiraciones que yacían latentes en el fondo de su conciencia.

Ese proceso de superación real tiene su primer pronunciamiento en el acatamiento que el ser, obedeciendo a los dictados de su propia conciencia, hace a la realidad de su situación, al comprender, sin lugar a dudas, la impotencia en que se halla y habrá de hallarse sumido mientras no despierte las fuerzas dormidas de su espíritu y cultive su inteligencia en los conocimientos que habrán de servirle para alcanzar los más preciados objetivos a que es posible aspirar, en el derrotero que conduce hacia la felicidad.

Previo examen y estimación de todos los valores internos que manifieste tener y que realice auxiliado por el conocimiento logosófico, el incipiente investigador comienza por incorporar a su acervo propio los nuevos y fecundos conocimientos que, sin limitación, le prodiga la Logosofía. Tales conocimientos, al internarse en ellos, le descubren vetas que enriquecen su espíritu

y le abren perspectivas ignoradas para su vida. En adelante, la Autognosis ocupará su más preferente atención. Guiado por ella, podrá observar, con singular interés, los movimientos que se producen en su mente y vigilará con atención la actividad que despliegan sus pensamientos. De este modo, empezará a descubrir en ellos sus cualidades, sus intenciones y aun sus orígenes o sus vinculaciones con ideas o tendencias, propias o extrañas. Hará una selección de los mismos, eliminando los perjudiciales o negativos y quedándose con aquellos pensamientos útiles, que habrán de servirle para consecuencias felices en el empeño tenaz y firme de sus altos propósitos de bien. Todo ello le hará comprender que ya no es posible entregar más su vida al azar, como lo hacía antes y como es costumbre en la mayoría de sus semejantes. Tampoco tendrá ya que lamentar los frecuentes fracasos o sacudidas de la adversidad, pues antes de iniciar empresa alguna que pueda afectar sus intereses o su vida, estudiará conscientemente los pros y los contras y preparará su ánimo para sobrellevar con entereza toda eventualidad, sin que ninguna contrariedad altere las miras permanentes de su espíritu.

Aparte del incentivo que el conocimiento logosófico crea en el alma humana, el hecho de ejercer, en práctica constante, la noble profesión de hacer el bien, comenzando por el que se hace a la propia vida, permite desarrollar una actividad que la inteligencia aumenta en relación directa con los estímulos que recibe, traducidos, ya en hermosos resultados, ya en la repercusión feliz de los esfuerzos. Crea, así, en el hombre, condiciones nuevas para su vida, y, tras reiterados empeños, éste logra triunfar sobre la inercia que lo oprimía, debilitándolo psicológica y moralmente. A esta altura de su realización logosófica le es fácil admitir que los conocimientos que antes tenía sobre la vida y su función primordial eran rudimentarios, ya que no nos excederíamos demasiado si afirmásemos que la mayoría de los seres no han avanzado gran cosa en la investigación que se interna en las profundidades de la conciencia humana.

Salta a la vista la diferencia fundamental que existe entre el conocimiento logosófico y los conocimientos de dominio corriente. Mientras en el primero el ser actúa usando con acierto y conciencia las facultades de la inteligencia, en

el segundo casi siempre lo hace al azar. Y ¿cómo no habría de ser así, si la vida misma parece ser vivida sin que se experimente la realidad de tal existencia? ¿Acaso, no viven los más porque sí, sin que en ellos exista la cabal conciencia de lo que debe representar la vida para su ser? ¿Cuáles son los recursos mentales, las ideas, las concepciones de la inteligencia que usan para remediar sus males o mejorar sus situaciones, las más de las veces críticas o inestables? Y si no gozan de tales recursos mentales, ¿quiénes, en la edad en que vivimos, podrán acercárselos a sus posibilidades? He aquí preguntas que conducirán a no pocas reflexiones.

Otra diferencia que debemos anotar, por constituir —podríamos decir— la línea divisoria entre el conocimiento logosófico y los comunes, es aquella que se evidencia en el hecho, bastante significativo por cierto, de que la ilustración y la instrucción corrientes vuelven la vida de los seres hacia lo externo, en cuya dirección orientan todos sus afanes. La sociedad moderna obliga a una permanente rivalidad de ambiciones que excitan la codicia y enseñorean la concupiscencia en todos los órdenes de la vida. La Logosofía enseña, en cambio, a vivir para lo interno; a esa vida, reservada única y exclusivamente para que el propio espíritu reine en ella, habrá de preservársela de toda injerencia extraña. Así, pues, cada uno deberá proceder sin dilación a recoger la vida que estaba fuera de su ser, expuesta a todas las contingencias de la imprevisión; mientras esto realiza, experimentará la grata sensación de estar viviendo ya otra vida, ahora internamente. Mas no es para muchos tarea fácil recoger esa vida, por hallarse ésta como enganchada en muchas partes, llegándose a veces a experimentar la amarga realidad de no sentirse uno dueño de ella; tanto se la enajena de compromisos y obligaciones de toda especie. Pero, cuando se logra plegar esa vida en lo interno para sentirla más íntimamente y disfrutarla comprendiendo su gran significado, recién se tiene verdaderamente la impresión de vivir dentro de una vida que ofrece las frescas y agradables sensaciones de un bienestar hasta esos momentos no conocido. Es entonces cuando se piensa qué se ha hecho de la vida anterior, de aquella en que se ha vivido ajeno a esta hermosa realidad, que ahora nos es dado disfrutar y apreciar.

Vemos, con esto, la importancia que reviste tan fundamental conocimiento. Vivir la vida internamente significa haber logrado mirar y estimar esa vida dentro de uno mismo, lo que permite, a la vez, abarcar —en la medida de las propias posibilidades, es natural— todo el mecanismo psicológico y mental del propio ser; conociéndolo en sus partes y funcionamiento, se llega a conocerlo en su totalidad. Esto no es nada irrealizable, aunque tampoco es tarea fácil: hay que adaptar los sentidos, antes desacostumbrados, a percepciones más sutiles.

Presentaremos una imagen, de las tantas que, con apariencia similar, podrían contribuir a explicar la exposición que acabamos de hacer, aun cuando ella quizá sirva más para sugerir reflexiones que acerquen el entendimiento a comprensiones más exactas. La imagen propuesta es la siguiente. Todas las personas tienen casas en las cuales viven. Esas casas están destinadas al hogar, o sea, a quienes las habitan, a fin de que vivan en ellas en la intimidad, cuidándolas como algo inseparable de la vida. Pues bien, la mayoría, ¿no hace, acaso, lo contrario? ¿No agrada a muchos vivir en casa de parientes y de amigos? ¿No gusta a otros meterse a menudo en casa ajena? ¿Y no hay aún quienes se rodean de parientes y de amigos, a los que casi a diario invitan, como si temieran encontrarse solos dentro de sus propios hogares? ¿No usan muchos su casa solamente para dormir?; ¿no salen de ella apenas se levantan? Así es como el propio hogar permanece vacío y todo allí huele a soledad y tristeza. ¿Qué atractivos puede tener en tales condiciones? Ninguno, por cierto. Mas, ¿quién es el que lo ha convertido en fría tumba o mansión inhabitable?...

No busquemos fuera de nosotros al responsable de esa situación. Aquí podríamos decir que, para que a cada uno le resulte atrayente su casa, haga de cuenta que es ajena y compórtese en ella como suele hacerlo en la casa de los demás. El problema no tiene otra solución. Dispuesto a hacerlo, comenzará por apreciar —como lo hace cuando está en casa ajena— las comodidades que tiene y el gusto con que las mismas están presentadas. De este modo, verá en ella muchas cosas que antes no veía porque le resultaban indiferentes y pensará: «¡Oh, si ésta fuera mi casa!». Aquí vendría, entonces,

el perdonable delito de adueñarse de su propia casa, echando fuera al antiguo dueño, al indiferente y aburrido, al que se hastiaba de todo; y el nuevo dueño se instalará, al fin, en ella, con la conciencia del valor que su hogar ahora tiene.

Análogamente, ¿no es esto, acaso, gran parte de lo que acontece con la vida, con esa vida que, en vez de vivirse internamente, se vive en lo externo, ignorando cuanto existe dentro de ella? ¿No llevamos de continuo nuestros pensamientos fuera de la propia mente, esto es, fuera de nuestra casa mental?; o, paralelamente, ¿no hacemos abstracción de los mismos, como si no fueran nuestros o no existieran?

Llevar los pensamientos fuera de la mente significa entregar a otros nuestros proyectos, nuestros pensamientos e ideas, comunicándolos ingenuamente, a veces con el sello de primicias, cuando ni siquiera hemos echado los cimientos de cuanto pensamos hacer. Abstraernos de ellos, ¿no es, también, olvidarlos? He aquí configurada, pues, la similitud de la casa en que habitamos, viviendo dentro de ella más en apariencia que en realidad, con la mente o casa mental en la que suele ocurrir idéntica cosa.

Volvamos ahora a esa vida interna que ha descripto magistralmente la Logosofía. La vida interna abarca la mental y la sensible, o sea, la vida psicológica así entendida. Para vivirla, es necesario preservarla de toda interferencia externa o extraña. La atención que nos exige el hecho de vivir nuestra vida internamente no nos impide en absoluto nuestra vida de relación con los demás; por el contrario, ella asumirá una mayor conciencia. Pero dentro de la atención que nos reclama la vida interna, se halla el estudio de nuestro presente y de nuestro futuro, sin dejar el examen de nuestro pasado, como dato ilustrativo para las actuaciones venideras. Así pensaremos: ¿Qué perspectivas tiene nuestra vida en lo presente? ¿Qué deberemos hacer para encontrarnos mañana con un futuro mejor? Este interrogante deberá ser como un espejo en el cual veamos reflejada diariamente la imagen de nuestros propósitos. Sólo así podrá fijarse, de manera permanente, el pensamiento raíz que habrá luego de brotar, crecer y florecer, tal como fuera concebido.

Enriquecidas las inteligencias de los que se ilustran en el conocimiento logosófico, se abren a sus posibilidades nuevos y más amplios horizontes mentales. Esto produce un placer espiritual inexpresable, cual es el de sentir palpitar la vida con felicidad en medio de gratísimas emociones; emociones que la conciencia se encarga de prolongar en frecuentes evocaciones que se conectan a nuevas experiencias felices.

De todo cuanto llevamos expuesto, se desprende que la enseñanza logosófica va eminentemente dirigida a lo interno; es intraindividual, mientras que todo otro conocimiento es extraindividual, vale decir, se lo aprende y usa para todo, menos para sí mismo. De ahí proviene, sin duda alguna, el que los éxitos o momentos de felicidad que se obtienen en el mundo común, luego de halagar los sentidos, la sensibilidad o la personalidad, se esfumen como por encanto, dejando al ser entregado a sus habituales estados psicológicos y mentales en permanente oscilación. Es que, al que vive para lo externo casi exclusivamente, le resulta imposible retener para sí y disfrutar con amplitud la felicidad, conquistada, muchas veces, tras arduos empeños. Como no sabe valorarla en sus alcances y medida, una vez en posesión de la misma, sufre, por así decirlo, una especie de desilusión. Y la sufre porque no se había formado, en efecto, idea alguna de cómo debía ser esa felicidad y cómo debía comportarse con ella. He ahí señalado el misterio de tantas decepciones como se observan en la vida corriente y que obedecen, la mayor parte de las veces, a la falta de conocimientos sobre la conducta superior que debe tenerse, necesariamente, para no malograr los mejores momentos de la vida.

Todo esto muestra con acentuada evidencia la necesidad de ilustrarse en los conocimientos logosóficos, a fin de acondicionar la vida a otras posibilidades y ser verdaderamente conscientes de todo cuanto se piensa, se hace y se obtiene a cada instante o circunstancia. Por medio de él, el hombre dejará de ser voluble y cambiante en sus pensamientos y determinaciones, para perdurar en sus anhelos y propósitos. Alcanzados los objetivos, sabrá apreciarlos y conservarlos con el mismo empeño que desplegó en su logro.

Vulgarmente se corre en todas direcciones, sin que se

tenga conciencia de lo que se busca y a donde se quiere llegar. Así es como se pierden muchas oportunidades, porque, con frecuencia, las miradas desconfían de aquellas que realmente lo son, para confiar tan sólo en las que aparentan serlo. Es preciso, pues, concretar para la vida todo cuanto se aspiró para ella, sin desmayar ante las dificultades, porque éstas, a menudo, prueban nuestra resistencia y la firmeza de nuestra voluntad.

La evolución consciente que preconiza y enseña la Logosofía es el camino para alcanzar esos inestimables fines, que tanto embellecen y llenan de felicidad la existencia; pero es necesario fijar con caracteres eternos los propósitos de bien que animan nuestros pensamientos y acciones. Para ello habrá que organizar el sistema mental y crear muchos pensamientos constructivos y útiles, en reemplazo de los frívolos e inútiles, que distraen la mente y la hacen estéril. Estos últimos son, precisamente, los que tornan miserable la vida llenándola de angustia: la angustia de la ignorancia, de lo inexplicable y de la inseguridad en todos los órdenes.

Convendrá, pues, que cada uno asegure dentro de sí mismo la conciencia de la vida que vive, sabiendo por qué la vive. Esto creará constantes estímulos, y la sensación de alegría que habrá de experimentarse suplirá la angustia anterior, permitiendo, así, en la nueva forma de vida, el noble y amplio uso de las facultades de la inteligencia. De este modo, todo será útil y beneficioso a la observación, desde que, a los fines de la superación integral que se persigue, nada será indiferente.

Montevideo, 26 de mayo de 1949.

EL CONOCIMIENTO TRASCENDENTE COMO FUERZA CONSTRUCTIVA

Ya es bien sabido que el efecto edificante de la palabra logosófica unos lo experimentan de una manera y otros de otra. Según sean las condiciones individuales, como así también la predisposición hacia el cultivo de los altos conocimientos, la voluntad y el empeño, las enseñanzas obran en unos más que en otros; pero lo cierto es que el pensamiento logosófico va penetrando gradualmente en la vida de todos.

Ha sido declarado con anterioridad por la Logosofía que los pensamientos son entes psicológicos que habitan el plano mental. Hay, así, en el mundo interno de cada uno, muchos pensamientos. ¿Cómo puede conocerse el origen de tales pensamientos?

Cada mente humana es como un mundo, en el cual hay pensamientos de muy variada índole, entre los que existen, muchas veces, aquellos que se erigen en guías, tutores o mandatarios del mismo, por cuya causa se promueven tantas rebeldías internas, tantas luchas y estados por los que el hombre pasa, generalmente, por falta de un eficiente control interno.

Ahora bien; los pensamientos logosóficos están en la mente del creador de la Logosofía; en ninguna de las mentes de los que están presentes existía un solo pensamiento logosófico antes de conocer Logosofía. Recién en contacto con ésta, empezaron a penetrar en ellas. Al principio, como

es natural, los pensamientos logosóficos sufrían el cambio de ambiente; pero, por virtud de su naturaleza vigorosa, empezaron a ubicarse, luchando contra los que estaban adueñados de la mente y procuraban impedirles su permanencia en ella. Fue así como la acción decidida de los primeros favoreció la entrada de otros, que predicaban, como aquéllos, el saber; de este modo el orden y la paz se restablecieron en cada mente en forma gradual y positiva.

He aquí explicado el porqué de las tantas luchas que se suelen sostener al emprender los estudios logosóficos, y, también, cómo actúa el pensamiento logosófico tratando siempre que los otros no nublen la visión de la inteligencia, para que ésta discierna y escuche la prédica consciente del saber. Es por esto que hoy, a muchos de los que aquí acuden, les resulta bastante más fácil comprender las cosas que les rodean o los factores que crearon sus problemas. ¿Por qué? Porque —insisto— ellos han escuchado esa prédica, y, agradándoles, han comenzado a cultivarla, disponiéndose, a la vez, a cambiar dentro de sus mentes aquellos pensamientos con pretensiones de mando, por otros de mejor naturaleza; de este modo van avanzando hasta lograr el dominio de su mundo mental. Antes, los pensamientos se turnaban en el gobierno de la mente; de ahí que, con frecuencia, la hicieran cambiar de ideas y proyectos. Hoy, los discípulos ya saben cómo alcanzar el dominio de la propia mente, y, hacia esa realización, firme y segura, lleva a todos el conocimiento logosófico. No podría afirmar esto, si miles de testimonios vivientes, si miles de ejemplos no lo confirmasen y demostraran.

Pero, naturalmente, el logro de ese dominio exige gran dedicación por parte del que lo cultiva, como así también empeño y atención constantes, y estricto cumplimiento de todo aquello que indica el conocimiento logosófico. De no ser así, no es posible lograr una verdadera evolución consciente.

Hay períodos en que el discípulo experimenta la sensación de un avance real, sintiéndose feliz y estimulado; en otros parecería en cambio quedar estancado: se desanima y desalienta, sin pensar que la enseñanza está trabajando internamente y que no es posible mantener en modo constante un

avance acelerado y visible a la propia comprobación. Pero, sea porque dedicó más empeño y tiempo a su labor interna, sea porque comenzó a percibir los efectos de una nueva transición, sobreviene luego un nuevo período. Todo esto ocurre en forma consciente, en forma que no escapa de la percepción individual. El conocimiento logosófico, a diferencia de todos los comunes, tiene la virtud de ligarse a la vida haciendo que ésta experimente la fuerza de ese conocimiento y el hombre sea consciente de su existencia.

Los seres humanos son diferentes unos de otros en cultura, en educación, en edad, en juicio y en todo; pero la Logosofía los une por el vínculo del respeto, de la tolerancia inteligente, de la paciencia activa y del conocimiento. Es este último, justamente, el que está advirtiendo a cada cual que son todos seres en evolución y que en cada uno existe la posibilidad de ser útil a la evolución del semejante, ya por los motivos que ofrece a su observación, ya por las experiencias que se promueven en el diario bregar. Así, cuando uno u otro expone sus comprensiones sobre los puntos en estudio, de ellas podrán extraerse siempre conclusiones valiosas para la propia investigación. Esa posibilidad de ser útil se pondrá de manifiesto en muchos casos. Si hoy, por ejemplo, un discípulo observa que otro tiene dificultad para hablar, para exponer sus ideas, y respeta sus dificultades viéndolo luchar para desarrollar en él el poder de la palabra a fin de hacerse entender de los demás, mañana, o dentro de un tiempo, podrá observar cómo se expresa con facilidad por haber trascendido sus dificultades anteriores y edificado una condición que no tenía. He aquí uno de los hechos que, realizado por otro, viene a favorecerlo a uno mismo, ya que en lo sucesivo, con mayor estímulo, al descubrir una deficiencia propia tendrá la oportunidad de trabajar sobre ella hasta convertirla en una buena condición, haciéndola consciente y sabiendo disponer siempre de esa cualidad adquirida, sin hacer jamás la menor ostentación.

El peor enemigo que puede tener un ser humano para evolucionar conscientemente, vale decir, para conquistar la Sabiduría, es la vanidad. La vanidad sólo existe para el mundo común, pero no cabe, no puede haber ni existir en el mundo

mental, en el mundo donde están los verdaderos conocimientos. Una muralla divide ambos mundos, contra la cual se han estrellado todos los que pretendieron escalarla y trasponerla con vanidad. Los conocimientos implican responsabilidad; la posesión de un conocimiento impone la más absoluta abstinencia de todo lo que pueda dañar su pureza; y se lo daña cuando se quiere hacer de ese conocimiento un medio utilitario, o se lo quiere emplear con fines ostentosos, de engrعيمiento personal, o con fines egoístas. La posesión de un conocimiento impone también sacrificio: he ahí la prueba de fuego. Quien no lo hace, difícilmente logrará el segundo, y hasta se expone a perder, asimismo, el primer conocimiento logrado.

Nos referimos aquí a los conocimientos trascendentes; conocimientos que son fuerzas que operan transformaciones en lo interno del ser. Y si primeramente es necesario transformarse, lógico es que, al que ha experimentado una transformación, su nueva naturaleza le esté señalando a gritos la conducta a seguir. El saber trascendente no es cosa que todos puedan manosear; para alcanzarlo es preciso dar pruebas irrefutables de que se es merecedor del mismo.

Como queda dicho, los conocimientos trascendentes no se pueden alcanzar con fines egoístas, y cuando la muralla que separa ambos mundos ha sido traspuesta, tampoco es conveniente volverse atrás. Se abren, así, dos perspectivas: o seguir adelante, o esperar la severa reacción de las fuerzas activas de la evolución, para dar el salto mortal hacia el otro mundo, llevando mientras se viva, bien grabada en la conciencia, la lección recibida.

Enseñar a crearse a sí mismo constituye una tarea inmensa, y lógico es pensar que, para que cada uno pueda forjarse un nuevo destino, la Logosofía comience por crear primero al artista que ha de realizar esa obra, enseñándole después a realizarla. No siendo así, ¿cómo la crearía? ¿Con qué inspiración, si no es con la que le infunde el conocimiento logosófico mediante el auxilio constante de quien enseña no sólo el conocimiento, sino cómo debe ser éste comprendido e incorporado a la vida, sin que se disgreguen, al penetrar en ella, muchos de los componentes que lo integran? De

este modo, mientras el conocimiento logosófico prepara las mentes facilitando el desarrollo de la función de pensar, a fin de que puedan éstas cumplir su gran cometido, enseña, a la vez, a descubrir a los habitantes del mundo mental, para que, identificados los pensamientos que no deben permanecer en la mente, se llegue a estar en condiciones de resguardar los tesoros del conocimiento y a ser conscientes, responsables y verdaderos guardianes de los mismos, de manera tal que ninguno de los pensamientos que antes se tenían en la mente trate de robar lo que con tanto empeño, luchas y sacrificios, se ha logrado conquistar.

He ahí sintetizada la gran tarea de vuestro preceptor; tarea que, muchas veces, implica grandes fatigas y luchas contra la ingratitud de los que están recibiendo tanto bien.

Buenos Aires, 31 de mayo de 1949.

CONOCIMIENTO DE LOS PENSAMIENTOS Y FUNCIÓN DE PENSAR

Si no fuera por la infinita cantidad de recursos que posee la Sabiduría Logosófica, sería muy difícil expresar el pensamiento en forma tal que todos lo comprendan, por ser una la palabra que llena su contenido. Si a esto se agrega la inmensa variedad de aspectos que configuran la psicología de cada ser humano, podrán apreciarse mejor aún las verdaderas maravillas que la palabra logosófica debe operar para poder penetrar en las mentes y ser comprendida por todos.

Acontece muy frecuentemente que, mientras unos realizan la enseñanza aplicándola a la vida, instruyéndose con afán en el conocimiento que encierra, otros se ocupan de ella de tanto en tanto, sin hacer un proceso regular. Por tal causa, a éstos últimos les resulta luego muy difícil comprender lo que la enseñanza les está mostrando, esto es, las realidades de la propia vida y de la vida de todos los demás. De modo que, para poder captar con claridad y sin dificultades la enseñanza que se escucha, se requiere, ante todo, estar en las mejores condiciones mentales y psicológicas, porque, de lo contrario, si bien en el momento de escucharla se experimenta la fuerza de esa enseñanza al penetrar en la mente, luego dicha fuerza desaparece, quedando muy poco o nada de ella. Por consiguiente, en la medida en que cada uno realice el conocimiento

logosófico, su fuerza permanecerá en él y lo beneficiará; es ésta, sin discusión alguna, una ley justa.

Por otra parte, a las mentes les gusta divagar, extender la visión en muchas direcciones, sin detenerse en ninguna. Es así como los seres se distraen y el tiempo pasa, siendo muy pocos los que han comprendido que deben ajustar sus vidas a la realidad que les muestra la enseñanza logosófica; y ajustar la vida a esa realidad significa, en primer lugar, ordenarla, pues la mayoría vive en un permanente desorden psicológico. Todos los días se piensa de diferente manera, en nuevas cosas que, pasados a veces unos minutos, se tornan en cosas viejas o gastadas. La mente busca siempre novedades, pasándose la vida seducida por ellas. Para evitarlo es preciso fijar la vista en un determinado objetivo y medir la distancia entre ese punto y el punto en donde uno se encuentra, calculando luego las fuerzas necesarias para recorrerla; he aquí lo que enseña la Logosofía. Pero muchos, después de ser instruidos, quedan en el camino, porque se distraen y se detienen indecisos, no atinando a resolverse por entero a seguir adelante. Así pierden el tiempo, y cuando podrían haber recorrido ese camino una y más veces, de ser necesario, apenas si han andado un corto trecho pareciéndoles suficiente la realización del primer tramo, con lo cual lo dan por terminado, desinteresándose y buscando al azar otros puntos de mira. De este modo, sus vidas acaban siempre en un punto muerto.

Los hay también que, atraídos por la enseñanza logosófica, desean desentrañar los tantos misterios que rodean la vida humana y los de la Creación, pretendiendo penetrar en ellos y descubrirlos sin experimentar cambio alguno. La Sabiduría Logosófica ha demostrado ya que, para penetrar en esos misterios, es de rigor prepararse, es decir, estar en condiciones de comprenderlos, lo cual significa, a la vez, haber realizado un proceso de superación que coloque al ser en un alto nivel de comprensión, para que el misterio que ha comprendido su conciencia le sea útil. Por simple curiosidad los misterios no se revelan.

Cada uno encontrará las puertas abiertas para tal realización; pero es necesario andar sobre los propios pies. Hay que

acostumbrarse a caminar, a saber andar mentalmente. Esto requiere, como es natural, educar la mente en el conocimiento superior. Para educar la mente en el conocimiento superior, es preciso hacer antes un prolijo examen de lo que se tiene dentro de ella. Si es útil, ello habrá de auxiliar en las realizaciones; si es inútil, el ser deberá, sin demora alguna, desalojarlo de su mente. Ahí comienza, pues, por descubrirse el primer misterio de la vida del hombre; en la propia mente, aprendiendo a conocer su mecanismo, sabiendo ejercer la función de pensar cuando es menester, facultándose a sí mismo para manejar conscientemente los pensamientos propios y ajenos.

Generalmente, cuando se ejerce la función de pensar se experimenta sensación de responsabilidad; ello se debe a que está uno elaborando algo propio. La función de pensar indica que va a ser emitido un pensamiento; un pensamiento que nacerá de la propia vida, que llevará la representación de lo que cada uno es o sabe. En cambio, cuando se hace uso de los pensamientos que ya están en la mente, parecería que el ser piensa, que está elaborando sus pensamientos, y no es así. Ello es tan sólo un acto memórico, confundándose la función de recordar con la función de pensar. Los pensamientos que están dentro de la mente —sean éstos propios o ajenos— no acuden a ella con la rapidez con que es solicitada su presencia, por estar escondidos en algún repliegue de la misma. Para atraerlos con mira a servirse de ellos, se requiere un esfuerzo: el esfuerzo de recordar. En ese instante, la mayoría cree que piensa, mas sólo recuerda.

A veces, por invocación de un pensamiento, acuden muchos otros a la vez y todos quieren salir juntos, razón por la cual suelen cometerse muchas ligerezas y atropellos. Es así como los pensamientos salen muchas veces de la mente a medio vestir. Queriendo impresionar bien, se presentan bajo el aspecto más deslucido. Cuando el ser ejerce dominio sobre sus pensamientos, si éstos quieren salir en tropel de su mente, los detiene pensando en la alteración que producirán en sí mismo y en su responsabilidad, pues advierte que entre sus pensamientos los hay de aquellos a los que tanto da estar dentro como fuera de la mente. Es necesario evitar la aglomeración a la salida de los pensamientos, evitar que se agolpen, con lo

cual se evitará también que actúe la mente común, cuyo desempeño seguirá siendo el mismo mientras el ser no conozca cómo funciona su mecanismo mental; cómo puede usar y disponer sus pensamientos; cómo servirse circunstancialmente de los ajenos; cómo ser el dueño auténtico de la propia vida y en función de qué pensamiento debe realizarla.

Cuando el ser piensa es consciente también de que está elaborando en su mente un pensamiento que, al nacer, llevará al exterior la propia representación, el propio concepto, hecho al cual otorga una importancia fundamental, por cuanto sabe que a los seres se los juzga, en principio, por los pensamientos que tienen: si éstos son buenos, se les llamará buenos; si son malos, se los juzgará como tales. Además, esos pensamientos, al llevar generalmente al ser a la vía de los hechos, confirmarían el juicio que inspiran. Por esta causa, la Logosofía enseña a los hombres a conocer los misterios de su propio ser, los misterios de su mente y la acción de los pensamientos.

Hay pensamientos que se pasan el día deleitándose en la contemplación de películas imaginarias. Instruidos de este falso modo, esos pensamientos se creen casi siempre dotados de la mayor suficiencia; y aquel que los tiene, por sugerencia de los mismos, termina, finalmente, creyéndose sabio. Mas no para ahí el asunto, pues muchas veces, cuando esos pensamientos deben manifestarse externamente sucede que han huido, produciendo en la mente esa especie de vacío, en lo común llamado olvido. También ocurre a veces que esos pensamientos que fueron elaborados bajo la influencia directa de la imaginación, después de manifestarse externamente, son olvidados por el que los emitió, quien los busca en su mente y no los encuentra. He ahí el porqué de ciertas lagunas mentales u olvidos, que dejan al ser en la incapacidad de reproducir sus pensamientos, creando instantáneamente otros nuevos. Podrá apreciarse aquí cuán necesario es ejercitar el poder creador, aprendiendo a elaborar los pensamientos conscientemente, con posibilidad de reproducirlos tantas veces como se quiera. Esta facultad creadora de la mente evita al ser caer en la amnesia, supliendo, en consecuencia, con ventajas inapreciables, la intervención poco feliz de aquellos pensamientos antes mencio-

nados. Dejamos así explicados, con palabras sencillas, algunos de los aspectos que configuran el misterio de la mente.

Nos referíamos, al principio, a las personas que no logran fijar sus objetivos en un punto determinado. En efecto, muchos son los que pasan su vida pensando en lo que van a hacer, y, sin realizar nada concreto, dejan transcurrir el tiempo, a causa de que todos los días cambian de parecer; para justificarse, imaginan que lo que pensarán al día siguiente será mejor que lo planeado el día anterior. No obstante, es necesario que el pensamiento cobre forma y vida, que se mueva; si es constructivo, si va a beneficiar, es preciso que se convierta de proyecto en realización, pese a todas las dificultades que puedan presentarse. Se debe tratar siempre de perfeccionar el pensamiento, de realizar el propósito, sin que éste sufra frecuentes alteraciones.

Es seguro que nadie acostumbra a revisar, cuando se levanta, los pensamientos que tiene en su mente; se experimenta por lo general, al abandonar el lecho, la sensación de no tener en ella ningún pensamiento. Esto ocurre porque aun después de despertado el ser, los pensamientos siguen durmiendo. Pero en el momento en que surge cualquier asunto, todos acuden de golpe, muy comedidos, dispuestos a dar su consejo. Así es como cada pensamiento, de acuerdo a su conveniencia, intenta predominar. El caso es que, más de una vez, después que los pensamientos han hecho las veces de consejeros, o, en otras palabras, actuaron disfrazados de razón, el ser tiene la sensación cabal de que los pensamientos se ríen y burlan de él. Es lógico que esto acontezca, por no haber sido capaz el mismo ser de crear los pensamientos que pueden auxiliarle en sus dificultades. Se llega, así, a la conclusión de que la mayoría hace un escasísimo uso de la facultad de pensar, echando siempre mano de los pensamientos ajenos. De ahí que la vida, como es natural, se torne fría, ficticia, frívola y con pocos estímulos; y si algunos de éstos se tienen, resultan efímeros porque no obedecen a razones permanentes. Cuando el ser comienza a pensar, es decir, a saber qué debe pensar, su vida va cambiando, y advierte, recién entonces, que ésta puede transformarse, al dejar de ser juguete de los pensamientos que él mismo no sospechaba pudiesen existir en su mente. La

vida cambia cuando se empieza a dominar la propia mente, a conocer los pensamientos, a saberlos usar y disponer de ellos para cada actividad. De esta manera, al sentirse uno dueño de su mente, ya encuentra un gran estímulo; y muchos más encontrará aún, conforme vaya aprendiendo a usar los demás pensamientos que le auxiliarán en cada circunstancia.

Para ello, es preciso que cada cual aprenda a pensar bien y serenamente; pues hay que pensar a conciencia, vale decir, con conocimiento de qué es lo que se tiene que pensar, ya que ello facilita enormemente la creación del pensamiento. No es esto muy sencillo, por cierto; hay que ensayarlo muchas veces, con serenidad, con tranquilidad y sin desanimarse. La mente tiene que irse familiarizando con estas enseñanzas e ilustrándose con estos conocimientos. La Logosofía aconseja hacer ensayos en pequeño e ir ampliándolos luego.

Para poder recibir la fuerza que corresponde a los fines que estamos señalando, es indispensable conectarse, lógicamente, a la gran concepción logosófica, a la obra que, infatigablemente, estamos realizando en todas partes. Del mismo modo, hay que imponerse de los adelantos alcanzados en los diversos lugares donde la enseñanza es mejor aplicada y mejor vivida, siguiendo, en la medida de las posibilidades con que se cuenta, el pensamiento monitor del que ha creado y mueve todos los resortes de esta inmensa obra. La mente ha de estar bien dispuesta, bien preparada y serena, única forma de captar las imágenes, plasmarlas luego internamente, y, en último término, assimilarlas.

Cada uno realiza en sí mismo, mientras cumple con los requerimientos de esta labor, una pequeña parte de la obra. Trabajando con empeño, con tenacidad, con constancia, sin desmayos, se logran siempre muy buenos resultados; la experiencia lo ha confirmado.

Ahora bien; el que quiere adelantar mucho, correr a grandes pasos, tiene luego que sentarse a descansar, mientras los demás, con un andar más calmo, pasan delante suyo. Así es como tendrá que contemplar la caravana de los que van aventajándolo, hasta poder restituir sus gastadas energías y proseguir la marcha.

Será indispensable, pues, caminar con decisión, firmeza y seguridad, cubriendo las etapas con verdaderas realizaciones, ya que no es posible trascenderlas si éstas no han tenido una feliz culminación.

El conocimiento logosófico abre, además, perspectivas mayores para todas las actividades; las mismas ocupaciones materiales se facilitan enormemente, porque se cumplen en menos tiempo y con menor esfuerzo. Esto no deja de ser lógico, ya que, al adquirir la mente mayor capacidad, los movimientos que hace ejecutar al ser son más veloces, al par que desciende el factor tiempo. Así, lo que antes demandaba, por ejemplo, nueve o más horas, se puede hacer en seis, cinco, cuatro o dos, digamos, por disponer ya la mente de sus propios elementos y usarlos con inteligencia. Es esto lo que todos deben aprender; pero aprenderlo bien, no a medias.

En las mentes de quienes están vinculados a la enseñanza logosófica, suelen existir muchos pensamientos que se convierten luego en un permanente interrogante. Por lo común, ese interrogante no pasa más allá de la simple curiosidad, del querer saber esto o aquello que está más lejos de la comprensión alcanzada. Se considera que lo que se halla más cerca es lo que menos importancia tiene; sin embargo, de lo menos es como se va a lo más. La confirmación de esta verdad se obtendrá tan pronto como se ponga en práctica lo prescripto por la Logosofía, que aconseja leer, estudiar y meditar la enseñanza, ensayando su aplicación a la propia vida en todas las circunstancias en que ella es aplicable. Leer una enseñanza una y mil veces sin vivirla, o, lo que es igual, retenerla en la memoria y no en la conciencia, carece totalmente de importancia. Retenerla en la conciencia significa haberla incorporado a la vida, mantenerla viviendo dentro de sí, ya que es un hecho comprobado que, el que actúa conforme a una enseñanza, es porque la ha asimilado.

De manera que la enseñanza debe ser leída con miras a recordarla conscientemente. ¿Cómo debe hacerse esto? La Logosofía viene enseñándolo desde hace mucho tiempo, insistiendo siempre en que debe vivirse la enseñanza llevándola al terreno práctico; en una palabra, concretándola en la propia

vida. No siendo así, la enseñanza se ausentará del discípulo, y, por tanto, ya no le pertenecerá.

El hecho de que vengáis aquí una y más veces significa que existe en vosotros un anhelo positivo; y entonces, ¿por qué no convertir ese anhelo en una realidad viviente? Es esto lo que, con toda amplitud, persigue el Saber logosófico: que cada uno realice sus enseñanzas dentro de sí mismo y no fuera, pues se ha podido observar que muchos piensan estar viviendo la enseñanza por el mero hecho de pretender hacérsela aplicar a los demás. Seguramente que ello resulta más fácil; lo difícil es hacerlo para sí; sin embargo, es en esto en lo que hay que insistir, pues recién entonces los resultados benéficos de la enseñanza comenzarán a notarse en el propio ser y se estará en condiciones de ayudar a los demás con verdadera eficiencia.

En todas partes del mundo existe un gran anhelo de superación, siendo muchos los que aquí acuden con grandes ansias de renovar todos sus valores, que ya estiman casi inútiles. Muchos de los que han explorado en toda especie de campo filosófico y en múltiples terrenos teóricos, al ver la esterilidad de sus aspiraciones, acuden a la fuente logosófica ansiosos de renovación. Inmediatamente advierten que se trata de un saber fecundo, que comienza satisfaciéndoles interrogantes que jamás habían podido dilucidar en donde antes llevaron a cabo sus investigaciones. Esto hace que luego consagren sus vidas a la realización logosófica, logrando, en breve tiempo, resultados sorprendentes, puestos de manifiesto en la modificación de sus temperamentos, sus conductas, sus conceptos. Todo se modifica en el ser, porque dentro de él todo tiene que modificarse. Retener lo viejo es imposible; costará, llevará tiempo, pero hay que renovarse, hay que cambiar. Y es lógico: si se da nacimiento a una nueva vida mental, no es posible que la vieja continúe existiendo; y ésta es, justamente, una de las singulares enseñanzas que descubre la Logosofía.

El único precio que la ley exige al que quiere conocer lo nuevo, es dejar lo viejo en la misma proporción en que va adquiriendo lo nuevo; no le pide, pues, que deje todo.

Cada cual tiene hasta la posibilidad de cambiar su fisonomía. En efecto, en lugar de esa expresión amarga, triste o poco atractiva, que se refleja con tanta frecuencia en los

rostros, éstos, por virtud de la nueva vida, pueden ir adquiriendo una expresión agradable y simpática.

Tengo por costumbre hacer que el Pensamiento Universal presida siempre mi vida. Me conecto a él todos los días, todas las mañanas, todas las noches, y, particularmente, en muchos momentos en que la totalidad de los seres humanos lo olvida. En todo instante feliz, alegre, lo invoco para que presida mi alegría.

Lo común, en cambio, es que los seres vivan en forma personal y egoísta, despreocupados del Pensamiento Universal; todas las cosas que les salen bien las atribuyen a su gran capacidad, a sus condiciones personales; en fin, a lo mucho que saben o creen saber. Esto constituye la anulación del ser. Y he ahí porqué la mayoría de los hombres han sido dejados de la mano de Dios: ellos mismos se han desprendido, ciertamente, de esa mano que los guiaba.

La vida humana debe ser un constante esfuerzo de superación, de comprensión, de realización, única forma de acercarse, paso a paso, al Pensamiento Creador, al que hay que invocar en todos los momentos, para dar testimonio y fe de que el pensamiento que a él se eleva es real. Esto permitirá sentir que el propio pensamiento se conecta con el Pensamiento Universal y experimentar la inmanencia de esa potencia cósmica. Es el Pensamiento Universal el que preside, como dije antes, mi vida en todo instante; y así es como, para mis obstáculos y piedras del camino, siempre hallo que una fuerza más poderosa los empuja a la vera del mismo, abriéndome paso. Esto, que no es un privilegio, pueden experimentarlo todos los que, iluminados por el conocimiento logosófico, encaminan sus pasos por el sendero arquetípico de la perfección.

Córdoba, 17 de junio de 1949.

CARÁCTER INTRAINDIVIDUAL DEL SABER LOGOSÓFICO

Dentro de breve tiempo se cumplirán diecinueve años de labor incesante en esta Institución, que fundara en una época tan incierta. Cuando comencé a instruir a los primeros discípulos acerca de los conocimientos logosóficos, sabía muy bien que encontraría reflejado en ellos un mundo escéptico, descreído y desmoralizado. Aun cuando existía en toda la humanidad un estado mental confuso, mucho era, no obstante, el envanecimiento que había entre los hombres, tanto que ya nada parecía escapar del dominio de sus inteligencias. Justamente, hace pocos días, a raíz de que cierta persona me expresara, con gran presunción, que ya nada nuevo había bajo el sol, le respondí: «Es cierto; pero para el Pensamiento Creador, no para los hombres». Y esto lo evidencia el hecho de que todos los días deben aprender algo nuevo; todos los días descubren los hombres cosas cuya existencia ignoraban, pero que nunca ignoró el Pensamiento Creador. De modo que, si bien todo está bajo el sol, de nada ha de servirle esto a la mente que no ha tomado contacto con la realidad, por cuanto es ésta la que habrá de darle cabal conciencia de cada una de las cosas existentes.

Durante los primeros años, venían unos, se iban otros, pero el número de los que me escuchaban era cada vez mayor. Acudían de diversas partes, habiendo recorrido algunos

muchos caminos, y trayendo todos en sus mentes un gran acopio de pretendido saber. La Logosofía bien pronto puso en descubierto que las más grandes eminencias en la filosofía o en la ciencia jamás hasta el presente habían llevado sus conocimientos hacia la propia vida interna; todo lo experimentaban extraindividualmente, mas nunca para uso intraindividual. De este modo, resultaban externos todos los conocimientos que adquirirían, pues no los asociaban a sus vidas. Así, a medida que acrecentaban su saber enfriaban su sentimiento, por acumular conocimientos que tan sólo permiten ejercer una función determinada; jamás para llevarlos hacia la parte interna, por vía del autoperfeccionamiento.

Ahora bien; ¿cómo hubieran podido llevarlos hacia allí?, ¿cómo establecer la forma de conducir un conocimiento hacia lo interno del ser, si carecían de los elementos que la Logosofía hoy pone al alcance de todos? Desconociendo la articulación del sistema mental y careciendo del no menos importante conocimiento de la vida y actividad de los pensamientos, todo se torna confuso y vacilante en la mente de los hombres.

No hablamos aquí de lo que el hombre sabe y ha descubierto en las respectivas ramas de la ciencia, cuyo valor es innegable; nos estamos refiriendo a que nadie, en ningún terreno, sea el científico, el filosófico o el teológico, llegó a profundizar y a descubrir lo que hoy presenta, enseña y preconiza la Sabiduría Logosófica sobre la existencia en todo ser humano de un sistema mental, además del sensible, que puede ser organizado y puesto en función con los resultados más sorprendentes. Muchos otros conocimientos pertenecientes al Saber logosófico permiten asimismo la realización de un proceso de superación consciente, cuyo método jamás fue conocido ni practicado hasta que la Logosofía lo diera a conocer. Esos conocimientos son los que ahora se ponen en las manos mentales de todos.

Logosóficamente, mano mental es el entendimiento. Hay que cuidar, pues, esas manos, porque no siempre están limpias para recibir conocimientos de tan elevada jerarquía; a veces, al tomarlos con demasiada efusividad se los deshace, sin tener en cuenta que son, por su naturaleza, eminentemente

sensibles. Por tanto, es necesario cuidarlos y servirse de ellos sin que su uso jamás deje huellas que los afecten; y se dejan huellas cuando se abusa de los conocimientos, en lugar de usarlos con tino y discreción.

Así fue como empecé a enseñar a los que en torno mío se agrupaban; sabía muy bien que venían de todas partes, imbuidos algunos de las más extrañas teorías o sistemas filosóficos, y no todos con buenos propósitos. La Sabiduría Logosófica prodiga el conocimiento, pero se reserva siempre la parte vital que lo anima; por tal causa, cuando el depositario del mismo no ha demostrado ser digno de poseerlo, éste desaparece de su mente en forma gradual, pues los pensamientos que lo sustentan, al igual que los seres humanos, se alejan del ambiente que no les es afín.

En la superación integral es donde se manifiesta, justamente, la potencia del saber logosófico, porque el acceso del conocimiento al individuo debe ir parejo con su aplicación a la propia vida, para que sea una realidad la superación consciente que persigue como fin. Esto confirma una vez más aquello que dije hace tiempo: aunque se vaciara una bolsa de maíz sobre la mano de quien lo pidiera, sólo quedarían en ella los granos que pudiera contener. Exactamente lo mismo ocurre con la mano mental. Pero ya que hablamos de manos, hay más aún: muchos tienen esas manos mentales dentro de los bolsillos. Y hasta hay quienes se han equivocado de bolsillos, teniendo que sacárselas de los míos; éstos fueron los que, pensando que me hallaba distraído, pretendieron apoderarse de mis conocimientos. Han sido muy ingenuos, sin duda alguna, porque el conocimiento no puede ser robado. Hay una Ley Universal que protege de tal usurpación. El conocimiento no se puede robar, y, menos aún, cuando son muchos los que conocen su origen.

Si el proceso de superación no se realiza conscientemente, se vivirá una vida externa, una vida literaria, muy diferente de la que propicia y encauza la Logosofía. El conocimiento logosófico implica, pues, una realización constante, una permanente regulación de la conducta individual. A cada momento, a cada minuto debe asomar en la mente un pensamiento logosófico, no

para distraerse o entretenerse con él, sino para que su presencia advierta que se está viviendo una vida superior y nueva, cuya conciencia no debe perderse en ningún momento.

Todos saben demasiado bien que muchos momentos del día se pasan en blanco, porque la mente, distraída por completo, se sumerge en la penumbra. Como es natural, esos trechos de tiempo son jirones de vida que se va, por no experimentarse en el curso de los mismos la sensación de existir. Tiempo que pasa de largo por la vida es tiempo que después se quisiera recoger para vivir; es tiempo que se ha ido y que no se podrá recuperar. Por eso he enseñado no sólo a vivir dentro del tiempo, sino también a aventajarlo; y cuando se aventaja al tiempo se va ensanchando la vida, por ensancharse también el campo mental de las posibilidades individuales. El propio ser, la propia vida, toma otros contactos, aparte de los comunes: se va extendiendo, sin limitarse al círculo estrecho y rutinario de la vida corriente, en la cual el pensamiento da constantes vueltas en el mismo sitio. Una vida así poco valor cobra para la existencia. Ya dije una vez que más valdría nacer como componente de una especie inferior, si no se han de usar los grandes y poderosos resortes mentales con que Dios ha dotado a los hombres; resortes que, a pesar de los milenios transcurridos, parecería ser que la humanidad aun maneja como en los primeros albores de sus días.

Los seres humanos no deben ser tales en figura solamente, sino también en realidad. El hombre fue creado a Su Imagen y Semejanza; pero de esta expresión no surge que lo sea desde el momento mismo de nacer a la vida humana. Hay que realizar esa imagen, lo mismo que esa semejanza; y se las realiza haciendo uso de todo lo que el ser posee. De ahí que deba el hombre perfeccionarse y conocer todo lo que tiene, con paciencia inteligente, con calma, con serenidad, haciendo uso de una constancia firme y decidida y de un empeño ininterrumpido, cimentado en el firme propósito de realizar su proceso de evolución consciente. Para los seres humanos, acostumbrados por tendencia común a sumergirse en la inercia, es esto lo más difícil.

De lo expresado se infiere que la vida de los seres es

inconclusa, sin terminar; de ahí la pequeña dimensión que asume en la mayor parte de los hombres. Y fácil es suponer que, cuando esa vida se amplía, crea deberes mucho mayores que los de antes; deberes que, por otra parte, crean a su vez muchas satisfacciones, por estar actuando siempre la Ley de Compensación. En efecto, a la culminación de un esfuerzo sigue una satisfacción; a la terminación de un trabajo, la sensación inmediata de un deber cumplido, que es siempre un fragmento de felicidad. En cambio, el que nada hace, el que se sumerge en la inercia, ¿qué satisfacciones puede tener? Ninguna; y si las tiene, son tan efímeras, tan enteramente superficiales que no alcanzan a conmover su conciencia. Y he aquí cómo entramos, pues, dentro de un nuevo campo de observación. La mayoría de los seres experimentan fugaces alegrías, fugaces momentos de felicidad, todos externos; muy rara vez participa de ellos la conciencia. Y, ¿por qué? Porque hasta ahí llega el egoísmo humano; hasta evitar que tome contacto con la conciencia esa alegría o esa felicidad que, por el hecho de sentirla o experimentarla, implica una obligación, una responsabilidad, un deber. Para ello, involuntaria o inconscientemente, el hombre procura que su alegría sea mental, fugaz, pasionaria, y nada más. Pero pasa la alegría, y otra vez aparece como un ser agobiado y castigado por lo que comúnmente él mismo denomina «mala suerte».

Esto ofrece una visión sencilla y clara de cómo vive en el mundo la generalidad de los seres; superficialmente, sin que lo que se vive tome contacto con la conciencia, única forma de experimentar en cada hecho, en cada trecho de la vida la verdadera sensación del propio existir.

Así, pues, cuando la alegría es sana, hay que llevarla a la conciencia. La alegría debe ser sentida en toda su amplitud, porque de lo contrario es ilusoria; se viven muchas veces momentos de alegría, cuando en realidad sólo amargura hay en lo interno del ser, tanta que esos fugaces instantes de placer son como insignificantes vasos de agua arrojados a un gran incendio con la intención de apagarlo, incendio que, desde siglos, está consumiendo la vida humana.

Recuerdo haberme referido alguna vez a que, mientras

el sol aparece todas las mañanas, una incontable cantidad de seres pasa meses y meses sin verlo ni acordarse de que existe. Es también ésta otra forma de comprobar hasta dónde llega la vida superficial de los hombres. Pero el que vive una vida real, el que hace de ella una verdadera potencia interna, trata de acrecentar el contacto con ésta y con toda la que le rodea, pensando, entre otras cosas, que todos los días sale el sol... Dedique, pues, el hombre, un minuto al día, por lo menos, a verlo reflejando en sus manos, en su rostro y a rendirle el homenaje de su gratitud por el solo hecho, aunque más no sea, de recibir su luz y su calor.

El sentir humano ha declinado mucho y la ingratitud ha tomado características visiblemente pronunciadas, a causa de haber olvidado los hombres su origen y cuanto el Pensamiento Creador puso al alcance de sus posibilidades; esas posibilidades que, latentes en el ser, han de abrirle el camino y proporcionarle la clave para llegar a sentir y experimentar la vida tal como debe ser ella sentida, experimentada y vivida. He ahí, pues, que, al incurrir en tal olvido, su vida se ha tornado estéril; pasan, así, los días de su existencia, y, al final, ¿qué encuentra en el fondo de su ser? Amarguras, decepciones, desorientación, tristeza, angustia creciente, y, también, un inconsciente dejo de remordimiento por no haber sabido usar la vida en toda su plenitud.

Esta es, en síntesis, una de las tantas enseñanzas que la Logosofía brinda como una prerrogativa para la realización del proceso individual de superación y de evolución consciente. La Sabiduría Logosófica difiere por completo de todo lo conocido hasta el presente, porque se proyecta hacia lo interno; en cambio, lo que se aprende del saber común se vive y se proyecta siempre hacia lo externo. El conocimiento logosófico lleva la riqueza de su sabiduría a la vida del hombre, haciendo que éste la disfrute internamente, no para satisfacción personal, para orgullo o envanecimiento, sino para que se cumplan altos objetivos de elevación moral y perfeccionamiento.

La Logosofía expone siempre sus conocimientos con palabras simples, sencillas; no tiene términos difíciles, pero sí explica, indefectiblemente, el contenido de cada palabra que

los enuncia. De ahí que, en cierto modo, el lenguaje logosófico difiera del lenguaje corriente, pues sus expresiones configuran imágenes totalmente diferentes de las que se plasman en el ambiente intelectual común. La palabra logosófica es clara y tiene una orientación precisa; tan pronto se manifiesta, cobra vida y se activa, pues, como debe ser recibida por las mentes, colabora diligentemente con ellas en la realización de la obra interna. Las palabras comunes van, por el contrario, de una mente a otra, pasando por millares de ellas sin quedar, las más de las veces, en ninguna; así es como la vida transcurre en un constante olvido, en un vacío inmenso.

La mayor parte de los que siguen la orientación logosófica, en especial modo los más aventajados, conocen el poder de sus enseñanzas, porque al aplicarlas a la vida, esto es, al vivirlas, experimentan gratisimas sensaciones, totalmente desconocidas hasta entonces para ellos; también evidencia esa misma comprobación el hecho de ser conscientes de cuanto la enseñanza va construyendo en lo interno de sus vidas. Claro que, mientras ella construye, debe destruir, lógicamente, lo que está de más, es decir, viejos conceptos y modalidades nocivas para la propia psicología, todo lo cual endereza el temperamento, que deja de ser vacilante para tornarse firme. Así es como elimina muchas deficiencias humanas, propiciando la eficacia de las acciones y desarraigando viejos hábitos, tendencias o costumbres impropias. Al mismo tiempo, implanta, en pleno acuerdo con la razón individual, nuevos métodos de vida, nuevas modalidades, renovándose todo en un hermosísimo proceso de superación integral.

Cuando, pasado un tiempo, el hombre se detiene a contemplar lo que ha acontecido en su interno, encuentra en él muchas realizaciones y cambios, que, en el período de vida anterior, jamás se habían manifestado. ¿Y por qué no se habían manifestado? Porque vivía en la inconsciencia, o sea, en la aparente conciencia del mundo común.

Es esto algo muy importante, algo que requiere una completa y diaria dedicación, por cuanto se trata de realizar un esfuerzo que ha de proporcionar luego muy grandes y nobles satisfacciones. Los seres tienen, pues, frente a sí, dos

caminos a seguir: el del perfeccionamiento individual o el de la inconsciencia, en el que se vive la vida porque sí. La inteligencia de cada cual es suficientemente capaz como para decidir entre un camino u otro.

Córdoba, 18 de Junio de 1949.

CONCEPTOS MADRES

Trataremos esta noche algunos puntos de real importancia, los cuales convendrá asociar luego a los estudios que al respecto ya hemos realizado en Logosofía.

Entrando en materia, debo recordar, a propósito de los conocimientos superiores —tema encarado hace pocos días—, que son ellos, en verdad, los que inspiran a las mentes haciéndolas concebir ideas creadoras, y, a la vez, experimentar al ser nuevas sensaciones, tales como la de sentirse mejor, la de ser más bueno, más justo, etc. Sin embargo, se olvida mucho de lo que se aprende, y no porque las mentes estén distraídas, sino porque se carece en un principio de suficiente capacidad de retención. Falta educar la voluntad. Muchas deficiencias han debilitado en el curso de tantos años las energías psicológicas, las que deben ser hoy fortalecidas por el conocimiento logosófico.

Una consecuencia natural de dicho debilitamiento es que el ser, el verdadero ser, el que está oculto, el individuo, el ser interno, el espíritu viviente dentro del hombre, ése ha quedado inactivo durante largo tiempo, por no habersele dado oportunidad para manifestarse. Así es como se han ido formando deficiencias por acumulación de errores, dando origen a la personalidad, que es todo lo externo con que se reviste el ser para mostrarse superior a los demás. Pero cuando

comienzan a percibirse los primeros síntomas del despertar interno, cuando empiezan a comprenderse las primeras enseñanzas básicas que conducen a cada cual a hacerse maduros y exactos juicios de su propia vida, de su propio ser, surge, entonces, la necesidad interna de hacer que esa individualidad cobre fuerza y se manifieste. Mas, para que esto pueda ser una realidad, es necesario propiciar su manifestación, lo que se logra creando lo indispensable a tal efecto, es decir, las virtudes y las calidades que integran la individualidad.

Cada uno debe, pues, crear una fuente interna de estímulos para que esas virtudes puedan manifestarse ampliamente. He aquí la gran labor de perfeccionamiento que deben realizar los seres: por una parte, corregir las deficiencias hasta eliminarlas; por otra, crear, si no se las tiene, las virtudes que han de darles la fuerza espiritual para lograr su verdadero centro de gravedad, su equilibrio y la comprensión eje de todo cuanto mañana puedan saber y sentir.

Es ésta la labor incesante que cada uno debe realizar, llevando todos los días la vista hacia adentro y convirtiéndose en verdadero explorador de su mundo interno, a fin de hallar las propias deficiencias con la lámpara del entendimiento iluminado por el Saber logosófico; allí, al encontrar una u otra, deberá trabajar para desarraigarla colocando en su lugar una virtud.

Ya hemos dicho otras veces cuáles son las virtudes que deben cultivarse, al mencionar, entre ellas, la paciencia inteligente y activa, la tolerancia comprensiva, y, por sobre todo, la virtud de ser justo en las apreciaciones, en los juicios y hasta en el afecto.

Ha de existir siempre cabal comprensión y conocimiento de la medida que debe regir todos los actos y aun la extensión de los pensamientos. Como es natural, con estos conocimientos cada uno marcha con la conciencia de su propia vida, sabiendo adónde la conduce y cómo defenderla contra todos los ataques, especialmente contra los que provienen de él, que son, a veces, los más malos. Porque el ser se ataca a sí mismo, atentando contra su vida, cuanto más se aleja del conocimiento real de las cosas. Cada deficiencia es un foco desintegrante

del propio ser. Cuando no se han cultivado dentro de sí, por ejemplo, las bellas formas y las maneras sociales con que el ser debe desenvolverse entre sus semejantes, la sinceridad interna no puede manifestarse agradablemente, lo cual torna al ser en una persona poco simpática; y cuando se escuchan palabras de una persona que no atrae, que no es simpática, se tiene siempre una impresión desagradable. Ahora, si en lugar de ser poco simpática, es antipática, resulta peor; y si es odiosa, mucho peor aún. Quiere decir, entonces, que en estos casos se estará atentando contra la propia vida, contra el propio concepto, pues el mismo ser lo estará afectando con sus pensamientos, con sus actos y sus erróneas actuaciones.

La Sabiduría Logosófica, al edificar un verdadero concepto de la persona, dándole las defensas para que se resguarde de toda imprudencia propia o ajena, establece un principio de caridad superior, que cada cual puede aplicar a sí mismo. Aquel que con su auxilio ha edificado para sí un buen concepto, lo defenderá y será respetado por todos, pues lo respetarán, como es natural, tanto los que tienen alguna elemental noción de cultura y algo de sensatez, como los de mayor ilustración.

Se ha visto a muchos seres que, sin quererlo o sin saberlo ellos mismos, se están destruyendo, están atentado contra su vida, lo cual causa verdadera pena y hace que se exalte un profundo sentimiento de humanidad frente a cuadro semejante; bien sabemos que todos tienen condiciones buenas, pero que, a causa de sus deficiencias, quedan anuladas, afectándose la propia vida. Es esta la tragedia de cada ser humano; pocos, muy pocos, podrían decir que están exentos de vivir ese drama. Tal vez el consuelo resida en el hecho de ser un mal de muchos, pero, en verdad, es preferible no estar entre los muchos ni tener ese consuelo de los tontos.

Nos hemos de referir ahora a dos modalidades negativas, impropias de todo espíritu elevado, que suelen influir poderosamente en el pensamiento y en el sentir de los hombres, cuando éstos no se afirman en conocimientos incommovibles de equidad y limpieza moral. Esas dos modalidades, opuestas ambas a toda virtud, son la vanidad y la ambición. Radica en ellas el germen de la ingratitud, por ser tanto una como

otra parientas del amor propio y las que anulan todas las perspectivas espirituales del ser. La ambición y la vanidad sólo se conciben en el mundo material; de ahí que sea tan lenta la evolución de la mente humana común para alcanzar a comprender que no es posible elevarse mientras esas dos condiciones artificiales y negativas permanezcan ligando y exaltando al ser a la posesión de lo físico, de lo terrenal, de lo material, pues toda otra conquista que lograrse sería para someterlo a eso: al poder físico, material, personal. Además, al ir de un descubrimiento a otro, la mente ha llegado a pensar hasta en la destrucción del mundo, ya que la ambición de dominio termina por subyugarla a la idea de la destrucción de toda la Obra de Dios. Los hombres ya no piensan hoy en construir, sino justamente en lo contrario.

Las deficiencias señaladas llevan siempre el germen de la dominación. Mientras la ambición apunta al poder y a la riqueza, la vanidad está demostrando, en todas sus facetas, que, muy lejos de pensar el hombre en un perfeccionamiento, se halla muy cerca de la destrucción. Ejemplos no faltan, en la historia del mundo, de aquellos que pretendieron dominarlo, sometiendo a su poder a pueblos y naciones, para terminar luego en el cadalso, en la cápsula venenosa, en la horca, o, en fin, en tantas otras cosas.

La ambición y la vanidad buscan siempre el concurso de lo artificioso, detestando lo natural, por suplantar ambas a la razón y a la sensibilidad humanas. Esto hace que se olvide cuanto atañe a la vida, en su natural y racional desenvolvimiento.

Cuando la mente del hombre se envanece pierde su contacto con la realidad, pues su imaginación la cubre de oropes que le impiden descender del mundo quimérico al cual se ha remontado. Contrasta con ella la Mente Universal, que, pese a estar sirviendo en todo instante a la mente humana sin vanidad alguna y aun sabiendo que esa mente la ignora por completo, ninguna ostentación hace de tan ponderable servicio. Ella proporciona al hombre el oxígeno para respirar, el sol para hacer posible su vida, los elementos de la tierra para elaborar con su concurso todo cuanto quiere, y, en fin, la substancia mental que le permite dar vida y articulación

a sus pensamientos. Así, mientras el hombre se enorgullece de sus conquistas, la Mente Universal, que todo lo hace y lo seguirá haciendo todo, nada le exige, y sólo espera que alguna vez éste encuentre la senda y marche por el camino de la perfección.

El profundo egoísmo de la mente humana pretende que todo cuanto el hombre hace posea un gran valor, empujando las obras de sus semejantes y aun teniendo en menos la Obra Magna de la Mente Universal. El ser jamás piensa que el oxígeno que respira, y asimismo todo cuanto tiene, se lo debe a ella.

Entre la Mente Universal y la mente humana hay, pues, un abismo. Con los conocimientos de orden trascendente es necesario tender un puente hacia la misma, pasando por él sin peligro de precipitarse, como seguramente ocurriría si se tendiera un puente personal para que pase sólo el hombre vanidoso y egoísta; en el curso de la historia se ha visto infinidad de veces cómo se aflojan las cuerdas de ese puente, precipitándose los seres al abismo. Por eso, la Sabiduría Universal exige que, para saber verdaderamente, hay que despojarse de toda vanidad, y despojarse a conciencia.

Es la vanidad, precisamente, la que enturbia la razón de los hombres y la que les impide avanzar, haciendo que, durante siglos, permanezcan en el mismo sitio. El vanidoso demuestra su absoluta ignorancia de las leyes, las cuales no admiten esa deficiencia, fulminando inexorablemente al que, merced a la misma, pretende acercarse a ellas.

Querer saber más para hacer ostentación de ese saber, es vanidad. El que esto haga estará girando siempre en torno de sí mismo; dará vueltas y más vueltas para admirarse, para contemplarse desde arriba, desde abajo, de costado, de atrás, de adelante, etc., etc. De esta manera recorrerá el círculo de su vanidad sin alcanzar jamás a trascender las limitaciones de su personalidad.

Quien conoce las leyes no puede ser vanidoso; las leyes mismas se encargarán de limpiarlo de toda vanidad. Pero sí deberá observar una actitud de permanente obediencia a las mismas. Sólo un gran insensato preferiría conservar su vanidad a costo de perder el conocimiento de las leyes;

de las leyes que rigen el orden de todo lo creado y que al más mínimo desequilibrio producido en cualquier parte de la Creación intervienen, tornando la convulsión al estado de perfecto equilibrio.

La enseñanza logosófica, al penetrar con hondura en la mente de los seres, está edificando en ellos los conceptos madres, en cuyo seno habrán de sustentarse los que fueron desvirtuados, tales como el del respeto, el de la sensatez y el de la ubicación individual; y, mientras prodiga los conocimientos que permiten edificar nuevamente esos conceptos, los va afirmando en la conciencia con miras a lo eterno.

Con esto doy por finalizada mi exposición, y, para terminar, quiero expresar mi confianza en que hayan sido sentidos, por todos en general, el hondo significado y la vasta trascendencia de los puntos centrales encarados.

Córdoba, 19 de junio de 1949.

SENSIBILIDAD, RAZÓN Y CONCIENCIA

Existe una deficiencia, propia del temperamento común, que suele crear grandes dificultades al ser en el cual se manifiesta: es la vacilación.

La vacilación muestra inseguridad, y cuando no se está seguro, los pasos que se dan no tienen la misma dirección que cuando son impulsados por la seguridad de un conocimiento. La Logosofía enseña a crear en cada uno esa seguridad, porque ello forma parte del proceso de superación integral. Pero, naturalmente, para que la superación sea real, para que la evolución sea consciente, es necesario hacer un prolijo análisis de la propia psicología, vale decir, hay que efectuar, en primer término, un estudio amplio, sincero y claro de sí mismo.

Por lo general, ocurre que los seres humanos son muy pródigos en la apreciación de sus cualidades buenas, y también muy benévolo en la de sus deficiencias, de sus defectos y de sus propios errores. Esta manera de examinarse no es conveniente. Se debe ir en busca de un perfeccionamiento real, no ficticio; y todo perfeccionamiento comienza con la depuración de defectos y deficiencias y con la eliminación de las causas que, al promover muchos falsos movimientos, hacen cometer errores.

La Naturaleza realiza un proceso, dentro del cual se manifiesta la Sabiduría del Creador. Del mismo modo tiene que ocurrir en el ser humano cuando realiza su proceso de superación, pues en la evolución consciente es donde se perciben las palpitations eternas de los supremos principios emanados de la Mente Universal.

Cuando el hombre permanece ajeno a esta realidad y se guía por el instinto, se torna insensible y su razón entra en el terreno de la especulación. En este caso, su razón no puede discernir inmediatamente cuanto atañe a los problemas de orden trascendente. En cambio, en el hombre de sanas aspiraciones, que no consagra su vida exclusivamente a las cosas materiales y que, obedeciendo a la Ley de Evolución se preocupa por superar sus condiciones psicológicas y morales, la razón cobra todo su imperio discernitivo; no obstante, la sensibilidad la aventaja en la captación y percepción de las verdades, conocimientos o hechos que, luego, la misma razón admite como exactos o justos.

Respecto a la sensibilidad, debo agregar que es costumbre común anteponer la razón a la sensibilidad, posiblemente, por ignorar el papel fundamental que juega la región sensible en la psicología del ser humano. Cuando todo se lo antepone a la razón, la región sensible queda de hecho afectada. Tomemos, por ejemplo, la imagen de un hombre soltero en el momento en que se manifiesta en él la posibilidad de enamorarse y contraer matrimonio. Si piensa que debe razonar acerca de lo que es el amor, cómo se manifiesta, cómo se evidencia mejor, y muchas otras cosas por el estilo, cuando decida poner en práctica todas esas elucubraciones, la mujer en la cual hubo puesto sus ojos es casi seguro que ya se ha casado con otro.

Como tengo especial interés en que se aprenda bien el significado de las palabras y su verdadero contenido, vamos a ir por partes, pues el vocablo sensibilidad posee un vasto alcance. Empezaré diciendo que lo que ella en principio apruebe, debe ser confirmado por la conciencia. En el recorrido de ese trayecto, si se hace intervenir a la razón, ésta auxiliará y hasta hará factible la manifestación de la conciencia misma; pero la sensibilidad, por sí sola, acertará siempre; ella se equivoca

solamente, únicamente, cuando en lugar de ser dirigida por el sentimiento, sufre el influjo de las pasiones.

En su origen, en su pristina pureza, la sensibilidad actuaba bajo los dictados de la ley universal y no se equivocaba. En los seres superiores, en los que la sensibilidad actúa bajo los dictados de esa misma ley, ella se manifiesta íntegramente, sin peligro de equivocarse; en los de mediana evolución suele, en cambio, fallar, porque intervienen muchos y muy diversos factores, por lo común negativos.

Lógicamente, debe llegarse al conocimiento de lo que es en realidad la sensibilidad; mientras tanto, urge controlar conscientemente, sin violencias, las manifestaciones sensibles y las actuaciones de la razón. Es fácil notar las frecuentes equivocaciones de esta última; mas todas las cosas son susceptibles de modificación, y en cada uno está el que esas modificaciones beneficien o perjudiquen.

Podrían describirse miles de casos para poder apreciar los verdaderos alcances de la sensibilidad y de la razón, como así también la interferencia entre razón, sensibilidad e instinto. Tomemos este ejemplo. Una criatura está llorando a las puertas de una casa. Al interrogarla sobre la causa de su llanto, nos responde, sin vacilación y en tono trágico, que es huérfana y que quien se hizo cargo de ella le da sendas palizas, si cada noche, de regreso a su casa, no le lleva una suma determinada. Mas si al preguntarle cuánto le falta le reintegramos el importe requerido, veremos recobrase al pedigüño, manifestando cierta alegría. Hecho esto, reiniciamos nuestro camino sin preocuparnos más del asunto. Pero he aquí lo que ocurre: poco después, llevados por la casualidad, volvemos a encontrarla representando frente a otros idéntica comedia.

La sensibilidad no se había equivocado al tomar el hecho como real; quien lo alteró fue la criatura. La razón juzga luego ese mismo hecho y lo reprueba. La mayoría se reprocha a sí misma y piensa que ha sido engañada; pero el hecho en sí, era real. Por eso conviene siempre que el análisis sea íntegro, que abarque todo el movimiento para no juzgar por un simple aspecto del mismo.

Cuando por simpatía se prodiga confianza a una per-

sona cuya conducta es buena, ésta es merecedora de esa confianza; si su comportamiento se torna inadecuado, hay que retirársela. En este caso es la razón la que actúa retirando la confianza. Pero la sensibilidad obró bien; fue la persona quien alteró el hecho. Esto conviene tenerlo bien presente a fin de no anular dentro de sí mismo los centros internos, que, actuando armónicamente, forman el verdadero engranaje de la psicología humana.

En todos los momentos de su vida el ser humano está rodeado de causas y efectos circunstanciales, por una parte, y de causas y efectos permanentes, por otra. El saber discernir las causas permanentes, que surgen de la fuente eterna, confiere seguridad. Cuando esto ocurre, las causas y efectos circunstanciales en nada afectan, pudiendo el hombre triunfar en sus luchas y obrar cada vez con mayor acierto. La mayoría de los seres no perciben esa diferencia; buscan el disfrute en las causas y efectos transitorios desechando las causas y efectos permanentes. La alegría y la felicidad resultan entonces efímeras, por provenir de causas circunstanciales; queriendo vivir lo momentáneo, se olvidan de vivir lo permanente, que se abre hacia lo futuro, y, jamás satisfechos, buscan siempre nuevos instantes de alegría y diversión.

Lo anterior fue explicado con gran amplitud al tratar sobre las posesiones; quien asistió a esa clase podrá comprender mejor esta relación de causas y de efectos.

En los casos en que la sensibilidad es usada para causas y efectos circunstanciales, generalmente intervienen la razón y los instintos, mas cuando es la conciencia la que interviene en las actuaciones de la sensibilidad, las causas y los efectos son de carácter permanente.

No debe olvidarse que existe una Creación real, cuyo origen fue el Pensamiento Creador, y una creación artificial, o sea un mundo de ficciones creado por la imaginación del hombre. Entre ambos mundos, el ser humano transita continuamente. Ahora bien, al razonar hay que saber en qué mundo se está ubicado; si en el de la realidad o en el de la ficción. Lo real es lo permanente; lo ficticio es lo circunstancial e inestable. En la medida en que el hombre toma contacto con la realidad de la Creación, o sea, con todo aquello que ha hecho

de él un ser verdadero, su razón cobra la suficiente fuerza de expresión como para manifestar también juicios reales; pero cuando la razón se interna en el campo de la ficción, cuando incursiona en el mundo de lo quimérico y se rodea de todas las fantasías de la imaginación, sus juicios dejan de ser reales, aunque hagan creer al entendimiento que los son. En cada uno está, pues, el tratar de percibir, comprobar y distinguir la realidad de la ficción.

Generalmente la realidad es dura, y hasta es, quizá, inexpresiva, pero, en su propia virtud de permanencia e inmovilidad, evidencia también la solidez de su existencia. La ficción, en cambio, es muy expresiva, seductora y cambiante, siendo, como es natural, más atrayente para la razón que aún no ha logrado superarse y alcanzar la verdadera visión de los dos planos en que está actuando. De ahí que sean tan difíciles los primeros pasos por la senda del conocimiento, pues, engañado por esa misma ficción, el hombre se equivoca muchas veces, sin saber incursionar en el mundo de la realidad ni escapar de la atracción de ese mundo artificioso que tanto influye sobre la imaginación humana.

La razón incipiente, llamada también por la Logosofía «razón del indio», aunque puede desarrollarse en diferentes aspectos por vía de unos u otros estudios, si no abarca la totalidad de la que es capaz la mente humana, actuará siempre con evidente parcialidad, haciéndolo mejor en los aspectos que domina, y peligrando equivocarse en todo lo que escapa de su penetración. De modo que, si un ser razona bien en el sector que domina —la ingeniería, por ejemplo—, esto no le da, lógicamente, autoridad para emitir juicios sobre otros sectores que desconoce y en los que no ha llegado aún con su inteligencia a recoger elementos ni alcanzar conocimientos, con los cuales su razón pueda juzgar con acierto.

La mente evolucionada siempre trata que su razón abarque todos los aspectos, principiando, desde luego, por el que concierne a la existencia que anima, ya que más tarde, por analogía, podrá comprender y juzgar un amplio y grande sector de la Creación.

Estoy hablando sin apartarme de todo cuanto comprende la vida del ser y sus diversas manifestaciones conscientes

e inconscientes, como así también, de cuanto configura su psicología. La Sabiduría Logosófica conduce al logro de tan admirable concepción a todos los que quieran penetrar en los misterios de la creación humana, en la que existen, potencialmente, grandes posibilidades para las altas manifestaciones del espíritu. Por ello, prescribe siempre que no se confunda un aspecto con otro o una creación con otra; cada cosa debe estar comprendida dentro de su perímetro y no fuera de él, de modo que, teniendo esto presente, cuanto mejor se enfoque la investigación sobre un aspecto más se irá penetrando dentro del mismo, hasta alcanzar sus más recónditas profundidades. Pero si se está yendo y viniendo de una cuestión a otra y no se buscan las causas y los efectos permanentes, se estará colocado dentro de las causas y los efectos circunstanciales.

Cada uno de los presentes sabe que ha iniciado sus estudios en un camino real y consciente de investigación de su propia vida, de su propia existencia, y que ésta lo relaciona con la vida de los demás, y, luego, con todo lo creado. Pero, en principio, y como ya lo he dejado expresado, habrá de actuar dentro de la imagen de su propia vida, con todas sus manifestaciones y todas sus proyecciones.

Insisto en que se preste la debida atención a los grandes conocimientos que la Logosofía ha venido dando a conocer. No pueden leerse las enseñanzas logosóficas como se lee cualquier cosa, sin detenerse, sin estudiarlas, sin meditarlas, y sin pensar que dentro de cada una hay algo que puede ser de gran valor para la vida. Como es natural, no puede vincular a ese contenido una simple mirada de los ojos, un estudio pasajero o superficial. Cada enseñanza debe ser leída muchas veces, tantas cuantas sean necesarias para poderla leer conscientemente; y leer conscientemente es algo que muy pocos hacen: es experimentar, al par que se siente lo que se lee, el contacto del saber interno con lo que se está leyendo. La sensibilidad capta o la razón discierne lo que lee, lo cual, sumado a los elementos que se pueden tener, hace que el conocimiento vaya manifestándose a la conciencia.

Todo esto, como dije, debe ser siempre un hecho natural, jamás forzado; sólo así se logrará en todo momento el equilibrio, y los resultados podrán sobrepasar en mucho lo anhelado.

Para que se manifieste como conocimiento, todo estudio requiere su proceso. La mente misma debe tener sus períodos de maduración; lo que tomó contacto con ella y dio lugar a que se promovieran muchos movimientos y actividades en los pensamientos, ha de lograr resultados eficaces constituyéndose en conocimientos verdaderos. Para ello, será necesario mantener una continuada observación, serena y sin parcialidad alguna. Jamás se pretenderá emitir juicios excesivos; el juicio debe ser natural, sereno, sin violencia. Mientras se observa hay que ser consciente de lo que se está observando; hay que saber cuál es la causa que motiva la observación. Si esto no acontece, el discípulo se apartará de la verdadera dirección que debe existir en el sentimiento que anima todos sus movimientos conscientes, pues de nada le valdría esa observación si, en el momento de efectuarla, no fuese consciente del porqué y para qué la realiza; de cuál es su causa.

Espero, pues, discípulos, que, a medida que vayáis penetrando en estos conocimientos, familiarizándoos con este mundo de la realidad que he descripto, con este mundo de la Creación, con el que todos tienen una parte afín y otra desafín, encontraréis más de un motivo para llenaros de alegría verdadera, al comprobar que cada día y cada hora sois capaces de vivir más en él y menos en el otro. Cuando esto empieza a acontecer, los problemas se van empequeñeciendo hasta llegar a su total desaparición, porque la mayoría de los problemas son creados por el mundo de la ficción, pues, el que en éste vive, debe tropezar a menudo con el mundo de la realidad, y es allí donde tiene sus sorpresas, evidenciando, al decir que no comprende esto o aquello, que está viviendo en dos mundos, de cuya confusión surgen las complicaciones.

La Logosofía ofrece a todos la oportunidad de vivir en el mundo de lo permanente, al cual se irán habituando a medida que se alcanza el conocimiento para luchar contra el mundo de la ficción, que atrae y engaña. Por eso dije, al comienzo, que había que estar seguro en todo, principiando, al menos, por estar seguro de algo: de lo que se piensa y de lo que se siente. Para ello, lógicamente, hay que tratar de que sea la conciencia la que actúe, a fin de que, en todo momento, cada uno sea consciente de lo que vive, experimenta, piensa

y hace; que no pasen por alto tantas cosas vividas durante el día, durante los años; que, si se está alegre, se sepa por qué se está alegre, y lo mismo si el estado es de tristeza. Todo esto resulta conveniente porque va creando la necesaria autoridad dentro de sí, y, con ello, la seguridad. Y cuando tal ejercitación se convierte en hábito inteligente, ¿qué otra felicidad puede pedirse, más que la que se está labrando?

Cuando el pensamiento fluctúa no hay conciencia, y, por tanto, lo que con él se experimenta no queda registrado en la vida; es un jirón de vida que se va. Mas no es fácil saber ser consciente en todos los momentos que se viven, esto es, en todos los actos; se requiere un incesante entrenamiento, un juicio equilibrado y sereno, y, por sobre todo, se requiere abrir la mente a los efluvios de la Creación; que nada perturbe esa labor interna y constructiva. Hay que ser capaz y valiente frente a todas las cosas, comenzando por saber decirse a sí mismo lo que no gustaría oír de los demás; de este modo, se puede eliminar el motivo en los demás y en uno.

Dije, no hace mucho, que si alguno nos manifestase que somos malos o tontos, la actitud que nos correspondería adoptar al recibir estos calificativos, consistiría en demostrar lo contrario frente a los demás, pero no frente al que nos calificó de malos o de tontos. He aquí una conducta muy útil para que todos sigan. No es necesario reaccionar contra aquel que nos juzga mal; hay que demostrar con el ejemplo lo contrario. Esta es la forma correcta de actuar y la que permite experimentar el valor que, como elemento, representa el tiempo cuando se lo sabe usar. Pero hay que saber identificarse con él, ya que siendo uno bueno, el tiempo dará la fuerza para demostrarlo; y no siéndolo, pero teniendo, sí, el propósito de serlo, el tiempo coadyuvará con el propósito. En cambio, cuando se es malo, el tiempo se encarga de descubrir esa maldad. Esta es una verdadera clave para la conducta individual; su correcto uso constituirá una fuente de bien.

¿Qué otra cosa puede anhelar aquel que acude a sumergir su mente en esta fuente de luz y de conocimiento, que sentir, después, fluir dentro de sí, con facilidad asombrosa, los buenos pensamientos, los sanos anhelos de mejorarse y de

ser más capaz? Porque estos conocimientos son un estímulo constante para cada uno y hacen surgir en las mentes ideas felices que jamás se habrían tenido de no tomar contacto con los mismos. Los conocimientos logosóficos interpenetran la vida; están en el alma de todos, muchas veces durmiendo desde tiempos inmemoriales, a veces enraizados en la existencia desde épocas remotas. Cual piedra de toque, ellos hacen surgir y despertar en las mentes fervientes anhelos de superación, de capacitación y de perfeccionamiento. Si a través de estos conocimientos no se abriera ese panorama de vastas posibilidades, el alma sería incapaz de buscar y confirmar con su propia razón y con su propia sensibilidad lo que expresan a la conciencia, pues son ellos los que al penetrar en lo interno van articulando todo el sistema psicológico del ser. No son conocimientos comunes; están todos unidos entre sí, conectados, y, a medida que penetran en la mente, se abren y florecen no bien encuentran el ambiente propicio para manifestarse.

Que sea, pues, la palabra logosófica el gran estímulo, el gran aliciente para la vida de todos los que estáis aquí reunidos, y que luego, al salir de aquí, ella esté siempre presente, en las horas futuras, presidiendo vuestras vidas. Sólo así es posible llegar a ser un logosofo de verdad.

Buenos Aires, 21 de junio de 1949.

LA MUÑECA PSICOLÓGICA

Todas mis palabras tienden a edificar un concepto amplio y real del conocimiento logosófico y a señalar conductas a seguir durante el curso de la vida.

Para el buen observador, en cada fisonomía del semejante siempre aparecen indicios claros de lo que ha experimentado en el día, en la víspera y aun en los días anteriores, pues en ella quedan estampados los estados de ánimo y las preocupaciones. Si alguien ha sufrido un disgusto, por ejemplo, permanece en su fisonomía dibujada la contrariedad, aun cuando quiera disimularla; si ha experimentado una alegría, ésta se descubre, igualmente, por la agilidad feliz de las facciones que, a diferencia del disgusto o la tristeza, no estiran la piel tornándola dura en la expresión de sus rasgos. Conviene, pues, tener en cuenta esta observación, para comprender mejor el alto sentido ético de la enseñanza, que busca modelar hasta los rasgos físicos de la fisonomía humana.

He tenido oportunidad de observar que, para los discípulos, mis enseñanzas son como muñecas; no bien las doy, no faltan, entre los que las reciben, quienes les rompen las cabezas, encontrándose luego con que las muñecas ya no les sirven. Con cada enseñanza que doy, hacen lo mismo; y así sucesivamente.

Pues bien, para evitar este inconveniente, os enseñaré a fabricar muñecas, y de la más fina calidad, a fin de que, sabiendo lo que ellas contienen, no os entretengáis en romperles las cabezas. ¿Sabéis vosotros cómo se hacen esas muñecas?

Es muy sencillo; haced de cuenta que estáis fabricando una muñeca psicológica y que esa muñeca sois vosotros mismos. ¿A que no os animáis a romperle la cabeza?

Es con ayuda del conocimiento trascendente cómo iréis aprendiendo a fabricar la muñeca psicológica y a conocer cómo se va organizando el sistema mental de la misma. Ella representa —ya lo sabéis— al propio ser, cuya fisonomía, aunque no siempre lo sea, puede tornarse agradable y simpática.

Cada uno de vosotros será, así, el fabricante de su muñeca individual. Una vez organizado el sistema mental, vigilaréis atentamente los movimientos que realice: si quiere correr, detenedla; si quiere ir hacia donde no debe, reprendedla.

Al construir la propia muñeca humana, pronto dejará ésta de ser como aquellas que simplemente dicen «papá» y «mamá», porque la que se perfecciona en el conocimiento llega a ser mejor que las que piensan que no son muñecas. Una vez organizada, haciéndola accionar inteligentemente brinda al ser las más grandes satisfacciones, por ser una muñeca que produce pensamientos, que sintoniza las ondas de todos los ambientes y es capaz de quedarse con lo mejor. Haciendo de cuenta que cada uno lleva dentro de sí una muñeca, cuya fabricación estará a su cargo, obrará de modo tal que, finalmente, resultará perfecta. En tales condiciones, cada cual hará con ella lo que más le plazca.

Mientras tanto, los que toman las enseñanzas como distracción, como muñecas de trapo, podrán con ellas entretenerse y divertirse. Pero desde el momento en que cada uno se da cuenta que tiene que fabricar con ellas su propia muñeca, cuya cabeza habrá de cuidar con gran esmero, todo cambiará, naturalmente.

Es necesario saber que, cuando se empieza esta labor, hay que continuarla hasta el fin; si se interrumpe su proceso, si queda a medio hacer, la muñeca será defectuosa, anémica y con muchas fallas, las que, lógicamente, no habrá que atribuir jamás al conocimiento logosófico.

He ahí por qué recomiendo siempre vivir las enseñanzas; para que se compruebe que día a día hay algo mejor en la propia vida, que hay más higiene en la mente y que no hay

tantos pensamientos mezclándose y perturbando el libre juego de las facultades convergentes en la inteligencia.

Cuando se emprende una labor de esta naturaleza hay que pensar que todo elemento útil, tendiente a facilitar esa labor, debe ser atraído por la mente y llevado a la realización por obra de la voluntad, al par que todo elemento inestimable o pensamiento inútil que tienda a distraer la mente, debe ser prontamente eliminado.

Todo aquel que está edificando una nueva vida no debe olvidar que edifica a la vez un nuevo concepto de su persona, y que ese concepto podrá borrar totalmente el anterior, si cada hecho, cada movimiento y cada palabra confirman la realidad de un nuevo estado mental, la realidad de una nueva conducta. Un solo hecho, unas cuantas palabras, no bastarán para cambiar el concepto que antes se hubiere inspirado a los demás; es necesario demostrar en labor constante, paciente y constructiva, que se ha cambiado realmente y que se puede dar fe y garantía, con la sucesión de similares hechos futuros, de que ya no volverá uno a enfrascarse en el concepto anterior.

Las personas —por instinto natural, diría— temen siempre ser engañadas. Cuando alguien, bien seguro de ello, afirma: «Yo no soy más el mismo de antes; yo he cambiado totalmente», toman esto con indefectible prevención. Por otra parte, no hay necesidad de decirlo sino demostrarlo con los hechos, con la conducta, con el ejemplo. En esto radica lo real y positivo; y todo aquel que ha cambiado el concepto de su persona estableciendo otro, inamovible, ha logrado una gran conquista: ha demostrado que, en efecto, se realizó dentro de sí un proceso de superación. Pero quien piensa que por una, o dos, o tres, o veinte veces que se comporta bien ha logrado cambiar su concepto, se equivoca; un solo hecho que lo desmienta bastará para destruir lo que él creyó real, y que en verdad fue aparente.

De modo que si cada uno, meditando profundamente estas palabras logra comprender la importancia capital que reviste su propio concepto, estoy seguro que se esforzará, en grado máximo, en edificar ese concepto con el fin de que resulte muy superior al que hasta entonces mereció su persona. Si es

bueno, hay que hacerlo mejor; si es malo, hay que hacerlo bueno. Cada uno deberá, pues, jerarquizarse a sí mismo, buscando en la realización consciente de su proceso el mayor estímulo para encontrar luego amplias y grandes satisfacciones internas, al comprobar que su labor repercutió en todos los ámbitos de su conocimiento. Sólo así podrá asomarse un día por encima de los demás, sin olvidar que, cuando ello acontezca, deberá aún preservar muchas veces su cabeza de los cascotazos que habrá de recibir de quienes no saben hacerlo.

Saben de esto muchos discípulos esforzados y valientes que me acompañan desde largos años en esta infatigable labor, ingrata a veces, pero que cumplo en todo momento con la dicha de poder brindar cada día, cada hora y cada minuto, una parte de la luz que alumbra mi pensamiento.

Exhorto a todos a que mediten mis palabras, y en comunión espiritual con sus propias conciencias se prometan a sí mismos ser siempre más conscientes y mejores, sin olvidar nunca cuanto reciben del saber logosófico, que tanto bien hace a todos, conforme a lo que cada cual es capaz de experimentar y comprender de él.

No obstante, aun cuando las circunstancias, los hechos y todo cuanto pudiera suceder en los días del mañana llegaran a alejar a alguien de esta senda abierta a la superación humana, quien así lo hiciera, más de una vez —estoy seguro de ello— habrá de sentir el reproche interno y las ansias incontenibles de volver sobre sus pasos para tomarla de nuevo. Pero si se piensa en las enseñanzas que he dado sobre el tiempo y se advierte su valor fundamental para la vida, seguramente que ha de ser aprovechado por todos, procurando que no se escape por las rendijas de la existencia un tiempo tan precioso como el que se vive intensa y conscientemente, mientras se perciben los claros y evidentes indicios de un autoperfeccionamiento. ¿Qué más podría ambicionar un ser humano que abarcar con su mente conocimientos de tanta trascendencia, merced a los cuales puede sentir y percibir los latidos de la Mente Universal, y comprender muchos de los misterios que, a través de las edades, seguirán siendo misterios para la mayoría de los seres, para aquellos que no se propusieron

cambiar su vida por otra mejor y hacer de ella el verdadero, el único fin de la existencia, usándola para realizar el bien en todos los aspectos en que pueda configurarse, tanto para sí mismos como para los demás? Porque cuando se hace el bien conscientemente; cuando se hace, como ya lo he dicho muchas veces, con naturalidad, sin soberbia, sin jactancia, por una necesidad espiritual, la vida, lógicamente, se ensancha, experimentando transformaciones de otra especie, que difieren por completo de las que pueden brindar las pasiones o los desvíos de la mente no cultivada.

Por ello, los conocimientos logosóficos no son simple literatura ni pueden equipararse con los estudios que se realizan en todos los demás centros de investigación existentes en el mundo. Son conocimientos de alta trascendencia, conocimientos que requieren ser incorporados a una nueva vida, pues el que quiere vivir las dos a la vez —la común y la superior— maltratará una en aras de la otra, y, finalmente, perderá ambas.

La riqueza material se pierde al dejar el mundo, lo que no ocurre con la otra, que se multiplica y cobra imperio en el alma de los seres y de las generaciones, convirtiéndose en herencia pletórica y ejemplar. Esto es lo que ofrece la Logosofía. A nadie ilusiona; antes bien, permite a cada cual experimentar las verdades que descubre a sus mentes. ¿Puede pedirse mayor garantía? Una garantía así no la ha dado nadie en el curso de los siglos. Todos conocen la historia, siendo muchas las cosas que se saben; pero lo que nadie conoce son las posibilidades que existen dentro del ser humano. Esas posibilidades son las que descubre la Logosofía, con la garantía absoluta de su confirmación por parte de cada uno de los que se dispongan a perfeccionar conscientemente las condiciones y calidades de su espíritu.

Buenos Aires, 5 de julio de 1949.

EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

Generalmente se piensa que cada cual es dueño de sus pensamientos, de su voluntad y, en fin, de todo cuanto cree que constituye su posesión, pero cuando la mirada se interna por el mundo, puede observarse cómo las mentes carecen de luz mental; prueba de ello es la enorme cantidad de desatinos promovidos por la insensatez, hecho que evidencia la profunda oscuridad mental que ensombrece la vida de gran número de seres humanos.

Desde hace muchísimos siglos se ha estado viviendo de ojos afuera, pues nadie ha enseñado a los hombres a vivir también una parte de su vida, ojos adentro. Y así, como es natural, siempre se pensó que todo se tenía a entera disposición, debido, como dijimos, a esa visión exterior; pocos sintieron, en cambio, la necesidad de ver algo internamente. De este modo es como fue conformándose, desde los primeros tiempos, la vida de los seres humanos, sin que a nadie se le ocurriera idear algo a los fines de una iluminación interior; muchos son los que ahora sienten esa necesidad, pues, queriendo mirar hacia adentro, nada ven. Y es lógico que nada puedan ver, por ser mucha la oscuridad que reina en los ámbitos internos. Se impone, así, la necesidad de iluminarlo con algo; ese algo es, justamente, el conocimiento base.

Parecería como si todos hubiesen consagrado sus mayores empeños en el proceso de superación externa. De los primitivos medios utilizados para alumbrar las casas en donde

se habitaba, pasóse a la vela, y, sucesivamente, a la lámpara de querosén, al gas, a la luz eléctrica, mejorada esta última con el dispositivo fluorescente. He aquí la prueba de que los seres han vivido toda su vida de ojos para afuera, siendo contadísimos los que trataron de internarse ojos adentro; y, cuando esto se intentaba, ¿con qué se encontraban esos pocos? Con una profunda oscuridad, con una soledad impresionante y un silencio más impresionante aún; tanto, que muchos se perdieron dentro de sí mismos, costándoles un triunfo volver a hallar la puerta por donde habían entrado, esto es, el camino para volver en sí.

Me estoy refiriendo a todos aquellos que, llevados por la seducción de libros escritos exprofeso por ilustrados ignorantes del saber, creyeron tarea fácil incursionar dentro del propio mundo.

El conocimiento, lógicamente, es una fuerza que aumenta los poderes internos, sobre todo el de la voluntad, para que, al emprender una labor, no desmaye el hombre en esos circunstanciales momentos resultantes de estados psicológicos dudosos. Puede decirse que no todos permanecen en el mismo estado, ni siquiera durante un solo día; se levantan de un modo, esto es, bajo un determinado estado psicológico, almuerzan de otro modo, y terminan su día acostándose aún de otro modo diferente.

La evolución de la conciencia requiere una constante atención; requiere multiplicar las energías internas a fin de que ninguna debilidad desvíe del camino que a ella conduce. Todo desvío se produce por debilidad o ausencia de dominio moral, y ya se sabe cuán nocivas son las debilidades humanas. Por consiguiente, hay que fortificar al ser interno en todo momento, nutriéndolo, para despertar, así, las fuerzas latentes que dormitan en su interior.

Hay que ser consciente de todos los movimientos que se realizan, de los mentales sobre todo, no olvidando que la vida es un inmenso campo de experimentación. Si se tiene el propósito de realizar la evolución consciente, de alcanzar esa superación real que permita colocarse casi en situación de inmunidad, hay que tratar de cuidar siempre los pensa-

mientos y las palabras. Aprender, entre otras cosas, a ser tolerantes con todos, para que esa tolerancia vuelva hacia uno mismo por virtud de la Ley de Correspondencia. En efecto, actuando de ese modo, la tolerancia, necesariamente, volverá a nosotros, por ser la misma corriente que va y vuelve; de ahí que haya señalado la ley que rige esas actuaciones. Es necesario tolerar los errores; para ello, cada cual dispone de un discernimiento propio.

A los fines de la investigación logosófica, lo esencial es conceptuar la mente como una casa mental; así podrá experimentarse con mayor elocuencia la necesidad de sentirse rodeado de los mejores pensamientos, lo que acontecerá cuando el ser haya trabado amistad con los pensamientos superiores; cuando tenga a su disposición, dentro de su casa psicológica, un gran caudal de conocimientos con los cuales pueda luego vivir y actuar, no como antes, sino inteligentemente. Comienzan, entonces, las primeras grandes satisfacciones; la conducta superior atrae rápidamente la simpatía general y el poder de frenar los impulsos. Las ligerezas, que antes se cometían a cada instante ahora no acontecen, y cada mirada no tiene ya aquella vaguedad que la caracterizaba anteriormente, cuando el ser no trabajaba, en rigor de verdad, para su vida interior; cada mirada lleva y trae un mensaje, porque se mira inteligentemente, expresando un pensamiento que recibe o no la mente del prójimo. Otro tanto puede decirse con respecto a las actitudes y movimientos mentales cuando se gusta de una amistad, de un afecto, de una simpatía, y, también, cuando asoma a veces alguna reacción, voluntaria o involuntaria, de las que tan a menudo se producen en la mente.

La verdad es que el hombre está en la tierra para cumplir un gran proceso de evolución consciente. Debe tratar, pues, de evitar las perturbaciones que desfavorecen ese proceso y le impiden progresar como podría hacerlo si se preocupara de mejorar su ambiente interno, ofreciendo un equilibrio que todos sabrán apreciar, valorar e interpretar.

Merece el mayor respeto y la máxima admiración aquel que lucha consigo mismo, aquel que arrostra todas las dificultades de la vida física, psicológica y mental tratando de

superarse; tratando de alcanzar la realidad de un encumbramiento digno de la especie humana; sobreponiéndose a todas las eventualidades, a todas las circunstancias; erigiéndose en ejemplo en todo sentido, para que los demás sepan que en todos existe idéntica posibilidad, de la cual habrá de hacer cada uno lo que corresponde, consagrandolo los mejores empeños en la realización de la misma.

No se debe pretender que otros realicen tareas que sólo incumben al propio interesado. Hay que cuidar, con el mayor esmero, cuanto rodea al ser espiritual encarnado en el ser físico. Nada se haga pensando que no tiene objeto porque mañana dejaremos este mundo. Por el contrario, debemos recordar que, cuando vinimos a él, hemos encontrado muchas cosas hechas; ¿quiénes las hicieron? Sencillamente, los que nos precedieron en su paso por estos caminos. Ahora bien; ¿qué hemos de dejar a los que vengan luego? ¿Ruinas?, ¿miserias? De ningún modo; hay que dejar riquezas, y que en ellas viva nuestro pensamiento, el que ha de ser invocado por las generaciones futuras como ejemplo, como senda y como punto de mira para todas las mentes. A tal efecto, la Logosofía tiende siempre a perfeccionar todos los resortes internos, eliminando errores y deficiencias, limando asperezas mentales, ablandando durezas y creando en cada ser humano potencias generadoras de virtudes, a fin de que se manifiesten generosamente en todos los demás.

¿Por qué unos y otros, en lucha estéril, han de estar midiéndose con recelo los pensamientos y las comprensiones? Realice cada cual su obra, expóngala, por si ésta sirve, a los demás, y observe las ajenas por si fueran útiles a sí mismo. Tal es la función formativa de la Logosofía; nada extraño a este fin le interesa, ya que ningún desvío debe caber dentro de la función consciente.

Es de esperar que la semilla caiga en campo fértil, y nazca lozana y plena de dicha para todos. A este objeto, debe haber en la mente un lugar siempre disponible para mantener vivo el recuerdo de las imágenes que presenta la Logosofía, y, con ellas, trabajar internamente, a fin de comprenderlas, assimilarlas a la vida y vivir en permanente vigilancia de la propia

conducta en sus movimientos volitivos y mentales. Conforme se observe el logro de una conducta feliz se experimentarán grandes satisfacciones, al par que el ser irá enaltecándose frente a sus semejantes sin vanidad ni orgullo, que son los grandes enemigos del hombre, pero sí con limpieza y con amplia comprensión de todo cuanto enseñan los conocimientos logosóficos.

Es seguro que nadie echará a perder lo que tanto esfuerzo le ha costado realizar, dejándose llevar por un momento de vanidad o de orgullo en el que pretenda mostrar que su conocimiento está por encima del de los demás. Eso es, por otra parte, completamente innecesario, pues, cuando los labios se mueven, las propias palabras confirman al instante, una vez que se ha hablado, si el que hizo uso de la palabra era torpe o inteligente. En cada uno estará, entonces, el demostrar lo que ha logrado y lo que se propone ser, mas no por ostentación, que, repito, a nada útil conduce, sino para ejemplo de lo que puede la realización logosófica.

Que este conocimiento esencial sirva de orientación y de norma para todos los actos de la vida; cuanto más se lo profundice, más fácil resultará comprenderlo. Pero es necesario que él fecunde la mente y cumpla su objetivo. Siempre se presentan oportunidades magníficas para ejercitar los propios resortes mentales, meditando lo que cada uno comprendió o quiso comprender. Y es en ese esfuerzo analítico donde se llega a concretar la imagen que representa un trecho más en el camino de la propia superación. Además, en el examen diario de todos los movimientos mentales efectuados, cada uno encontrará contestada la pregunta de si, efectivamente, evoluciona o no.

Buenos Aires, 19 de julio de 1949.

DE CÓMO SE SUBSTANCIA LA CALIDAD DE SER

Al encarar el tema «Ser y no ser», abordaré nada menos que a la conciencia, formulando una invitación a la mente para que ella misma se interroge y se conteste: ¿Estoy conforme con lo que he hecho durante mi vida? ¿He podido en algún momento experimentar con toda plenitud la sensación de existir? ¿He comprobado que mi ser existe? ¿He sentido su existencia? ¿Cómo es mi ser?

Por considerar que habrá de resultar un poco difícil contestar a las preguntas formuladas, trataré de conducir el pensamiento al encuentro de elementos de juicio indispensables para poder esbozar una proposición acertada.

Si tenemos en cuenta que para ser es imprescindible sentir y experimentar la existencia dentro de ese mismo ser, podremos medir el grado o intensidad en que ello es o ha sido realizado. De este modo, ante la vista del entendimiento el ser aparece constituido por lo que sabe y por lo que ha realizado en base a los conocimientos con los cuales ha logrado una identificación; esos conocimientos forman la conciencia. A mayor conocimiento mayor conciencia, y cuanto más grande es la conciencia, más se agranda el ser espiritualmente. Quien se hallara comprendido en este cuadro, resultaría, entre sus semejantes, un ser cuyo volumen espiritual asumiría contornos cada vez más ilimitados. De modo

que aquel que se conforma con alcanzar apenas a ser un ser humano no ha conquistado, por ello, la calidad de ser —en el sentido real de la palabra— un ser superior; un ser que está por encima de los demás seres humanos, de aquellos que, aparentando ser, se hallan todavía en el plano del «no ser».

Cada día se puede ser más. En cualesquiera órdenes de la vida pasa lo mismo. Así, por ejemplo, aquel que se inicia en un negocio o comienza una carrera, lo hace porque no sabe nada acerca de ello. En tales condiciones, nada es, pero va siendo algo a medida que sabe. Así es como llega a ser un profesional, un gran comerciante, etc. ¿Por qué? Porque sabe; porque ha dejado de ser un «no ser» para ser médico, abogado, ingeniero, industrial, comerciante, etc.

Esto es en el orden común. En el superior es igual. Una persona emprende una investigación; se interna, por ejemplo, en el campo logosófico, para conocer los misterios del mecanismo mental, de la evolución consciente, a fin de penetrar en la vida interna y descubrir muchas cosas de sí mismo que antes ignoraba. Al principio no sabe nada; se inicia en calidad de «no ser», pero va siendo a medida que va sabiendo, que va conociendo. Ese conocimiento es, precisamente, lo que le da calidad o condición de ser; y ese ser, a medida que más conoce, más es.

Antiguamente se les llamaba alquimistas a los que transmutaban el plomo en oro. Para los que nada sabían de esto, había, naturalmente, muchos puntos oscuros o incomprendibles; mas no ocurría lo mismo a los que algo sabían, a los que estaban cerca de los alquimistas, pues, evidenciando una comprensión más real, esforzábanse, guiados por ellos, en transmutar el plomo de la escoria humana en reluciente oro. De este modo, lograban muchos convertirse, de elementos sin valor alguno, en seres de valor. Por otra parte, es muy común haber oído decir, cuando una persona está dotada de brillantes condiciones: «Vale un Perú», «Vale oro»; y, en el caso contrario, exclamar: «No vale nada». Quiere decir que, en el sentir común, hay un valor calificante que se llama oro, y otro descalificante llamado plomo o nada. Por eso, en aquel entonces se quería que todos representaran un valor; que no fuesen —como ex-

presé en otra oportunidad— un cero, sino una cifra que siempre se sumase a sí misma. Y un ser se suma a sí mismo a medida que va conociendo más y va alcanzando concepciones más amplias de la vida y de todo lo que le rodea.

Esto acontece a los que, sin interrupciones, siguen el camino de la Sabiduría, ya que tienen oportunidad de comprobar una vez y otra, e infinidad de veces, si están en lo cierto o si están en el error; cuándo practican el conocimiento adquirido o cuándo ensayan tan sólo comprensiones sobre tal o cual conocimiento.

Vez pasada, supe de un discípulo recientemente ingresado que, al escuchar durante una tertulia las comprensiones de otro, en un momento no muy feliz de éste, se llevó del mismo una pobre impresión. No podía explicarse cómo, habiendo iniciado sus estudios mucho antes que él, se expresaba, a su juicio, sin la brillantez que esperaba. Pero, en otra oportunidad, ese mismo discípulo se expresó, según después opinó aquél, con sumo acierto y elocuencia. Tal circunstancia produjo, como es natural, la modificación del juicio anterior, evidenciando ello la poco educada reflexión de quien emitiera tan prematuro juicio. He aquí una experiencia muy interesante; no puede juzgarse a un ser por lo que diga o haga una sola vez, sino por lo que diga o haga siempre, pues, lógicamente, no se puede emitir un juicio sin tener una serie de elementos que sirvan de base al mismo.

Es éste un campo experimental muy grande, y el episodio que acabo de referir destaca el valor de las experiencias que se promueven en él, al mostrarnos cuán provechosa comprensión recogió quien, por carencia de conocimiento, no puso en práctica oportunamente, para evitar la propia censura, dos virtudes: la paciencia y la tolerancia, con las que pudo haber obtenido en esa circunstancia un acierto.

Nada es más pernicioso para la mente que la impaciencia, la cual proviene, a su vez, de una modalidad negativa común a casi todos los seres humanos: el apuro. Este ha llegado a convertirse en una deficiencia psicológica. Tal deficiencia es la que ha ocasionado y ocasiona no pocos disgustos a cuantos, afectados por ella, crean una susceptibilidad que se resiente

a la menor contrariedad. Vemos, así, con repetida frecuencia, cómo el afán de hacer esto o aquello con la mayor premura, pretendiendo prescindir del ordenamiento general de las cosas, promueve un sinnúmero de discusiones que llegan a veces hasta términos violentos. Y todo, ¿por qué? Porque el ánimo, exaltado por la deficiencia señalada, se torna intolerante e irascible.

Volviendo nuevamente a la impaciencia, debemos advertir que ésta ha tronchado millones de buenos propósitos, como así también grandes y pequeños proyectos. Todo ello, porque la mente no ha sabido ubicarse en la medida del tiempo por impedírsele las exigencias apremiantes de un pensamiento de apuro. Así es como luego rompe por despecho su compromiso interno, malogrando proyectos, como dijimos, y truncando propósitos. De este modo, lo que se hubiera obtenido poco tiempo después, no se obtiene nunca.

Por tal causa, cuando el ser se halle investigando en el conocimiento logosófico, hará como si el reloj no existiera; pero no sólo para las horas sino también para los días, los meses y los años, porque, si antes no los tuvo en cuenta, ¿qué razón hay para que los tenga ahora? En efecto; si vosotros habéis perdido tanto tiempo, no es posible que pretendáis apurarme para que os haga ser lo que debéis ser. Además, si me apurase, no podríais seguirme, pues andaría muy rápido, y en el camino mental no se pisa sobre el suelo; allí hay que mantenerse erguido, sin caer, y, para mantenerse erguido, hay que aprender primero a estar de pie sin cansarse. Estar de pie mentalmente significa estar siempre atento; no dormirse nunca; ni adormecerse siquiera, porque si esto ocurre, el ser se sumerge en la inercia mental, y cuando la inercia invade la mente sobreviene la postración moral y espiritual, siendo necesario un sacudimiento psicológico que conmueva su inteligencia y su sensibilidad para que vuelva a levantarse y a ponerse de pie.

Ahora bien; todos, desde niños, han tenido alguna aspiración, todos han querido ser algo, pero lo curioso es que la mayoría jamás llega a lo que quiso ser de niño. Por lo general, se quiere ser rey o príncipe y se acaba en vulgar conserje. El que compra un billete de lotería piensa en la «grande», y, después, se conforma con la terminación.

Pero como todo cambia a medida que pasan los años, unos van hacia un lado y otros, hacia otro lado. Mas nadie, o muy pocos, están satisfechos respecto al punto a que arribaron; es entonces cuando acuden a la fuente logosófica. En ella, apenas conocido el lenguaje de las cosas verdaderas, aprenden a querer ser, de verdad, un ser; un ser al cual hayan de conocer íntegramente y que les haga vivir la vida en toda su plenitud; que no les niegue esa inmensa prerrogativa que tienen todos los humanos de experimentar las maravillas que la existencia brinda a quien la sabe sentir y vivir en toda su intensidad.

En posesión de este ser, el hombre puede recién comprender cuánto trayecto recorrió en la inconsciencia, cuánto vivió sin haber experimentado la sensación real de existir, pues, desde el momento en que empieza a ser por haber dejado el «no ser», la vida cobra para él otro significado. La mente comienza, entonces, su gran tarea, su actividad intensa, ininterrumpida, favoreciendo así la evolución consciente, y, mediante un control que él mismo establece dentro de su mente, evita que puedan ocurrirle nuevas pérdidas de tiempo por distracciones, olvidos u obstinaciones inútiles, usando ese mismo tiempo, que antes perdía, para edificar una vida mejor.

Cada uno debe buscar dentro de sí mismo la clave de su propio enigma; debe saber a ciencia cierta si él es o no es; debe saber qué ha sido, qué es y qué puede ser. Antes no podía hacerse esto porque no se tenían las prerrogativas que abre el conocimiento logosófico; pero, con él, cambia el panorama totalmente. Cultivándolo, se puede estar en condiciones de pronunciarse con respecto al propio futuro, si es que se quiere llegar a ser aquello que se ha tenido el propósito de ser. Y, como ya dije una vez, nada hay para el hombre ni más grande ni mejor que llegar a ser el ser en toda la extensión de la palabra, significando con ello la realización de toda la existencia consagrada a ser por el saber, a fin de conocer a conciencia la realidad de toda la Creación, porque mientras no palpite en lo interno de cada uno la realidad de todo cuanto existe, se está desconectado de ella, se vive aislado, a expensas de

las propias fuerzas. Mas, cuando esa palpitación se siente, cuando se intuye por la fuerza misma de los conocimientos que se logran y con los cuales se está identificado, la vida se amplía, la mente percibe y hace experimentar al ser cuanto está expresado por el lenguaje universal en cada una de las cosas que existen. Conectada con la vida universal, la vida humana deja de ser limitada, para identificarse con la grandeza de esa Creación que permite a la mente forjar las concepciones más estupendas que pudiera imaginar el hombre en sus vuelos más quiméricos.

Cuando se siente de ese modo, difícilmente habrá de disentir la razón con la verdad que está plasmada en todo el Universo, o sea, con el Pensamiento Creador. Frente a la magnitud de semejante imagen proyectada a la visión humana, nada más justo que corresponder con el esfuerzo, la dedicación, el empeño y la constancia, hasta alcanzar, dentro de la vida que se está viviendo, la más alta prerrogativa que puede concederse a la criatura humana: la de ejercer un día el poder creador, hecho que permite al ser humano asemejarse al Creador del Universo.

Buenos Aires, 6 de setiembre de 1949.

CONCIENCIA DE LA VIDA

Dije una vez que una de las causas de la infelicidad humana obedece a la ignorancia de los seres acerca del comportamiento que les corresponde observar en cada uno de los actos de su vida. Para confirmar esta enseñanza, me referí a algo muy importante, que estimo oportuno repetir ahora y cuyo ejemplo invito a todos a seguir, porque es un bien que conviene ser cultivado.

Estoy seguro que no hay ninguno de los aquí presentes que no haya tenido uno o más momentos de alegría o felicidad. Pero estoy seguro, también, que a nadie se le ha ocurrido recordar esos momentos, no tanto para revivir la imagen de felicidad o de alegría, sino como prenda de gratitud a ese instante que fue suyo, que vivió y que debe perdurar en su recuerdo, como debe perdurar todo aquello que, siendo grato a la vida, ha de permanecer en ella identificándose con el ser como algo propio.

Cuando se experimenta esa sensación característica de vacío, de languidez o abandono, ¿no es, acaso, un rasgo de inteligencia el hacer compartir de nuevo a la mente un hecho grato, vivido felizmente y que, por ser real, ha formado parte de nuestra vida? Si lo olvidamos, es porque despreciamos una parte que corresponde a ella.

Naturalmente que, para la mente común, para la mente física, esto ha de parecer algo fuera de lugar; pero si cada uno es capaz de consultar con su conciencia, estoy seguro que

ella habrá de responderle que ese recuerdo es a veces tan necesario como lo que con frecuencia se busca para volver a sentir otro momento de alegría o felicidad. Tenemos así que, en el primer caso, pasó y se olvidó el momento vivido, y que, en el segundo, es un momento a vivir, en tanto van pasando los días. Mas si ese momento a vivir pasa asimismo por la vida sin permanecer en ella, quedará como algo vivido inconscientemente, sin beneficio ni utilidad algunos; y si a ese momento se suman muchos otros, tantos como forman la existencia entera, se habrá vivido una vida totalmente estéril. Pero así no ha de ser: si estamos viviendo es por algo, si queremos vivir es por algo también; y ese querer vivir, ¿qué significa? Significa que lo que vamos a vivir debe tener un gran valor para nosotros, por el hecho de querer vivirlo, ¿no es así? ¿Por qué, entonces, lo olvidamos, como algo que no fue nuestro, después de haberlo vivido? He ahí el gran germen de la ingratitud manifestándose en uno mismo. No; la vida debe tener un valor muy grande y ella no debe ser solamente lo que estamos viviendo o lo que vamos a vivir; la vida constituye nuestro pasado, porque él debe integrar nuestro hoy, ya que nuestro hoy será mañana nuestro pasado. ¿Y por qué hemos de olvidarlo?, ¿por qué no procurar que lo que hayamos de vivir sea algo que siempre viva en nosotros, en vez de dejar que se vaya sin darle la importancia que debe merecer lo vivido? De esta manera mantendremos permanentemente con nosotros toda nuestra vida; no siendo así, sólo tendremos de ella un pedazo, que a diario irá disminuyendo por haber perdido la conciencia de cuanto hemos vivido.

Surgen de aquí los siguientes interrogantes: ¿Para qué se quiere vivir lo que inmediatamente después ha de olvidarse? ¿Qué significado tiene esa forma de conducirse? ¿Qué conciencia puede haber de la vida, si no se la sabe encauzar en todo momento como algo activo, como algo siempre presente, sin que jamás se vaya de la conciencia y se pierda su recuerdo?

Muchos seres, tantos que podrían integrar casi toda la humanidad, prefieren olvidar su pasado. Si lo quieren olvidar es, sin duda, porque no ha sido ni muy bueno ni muy feliz. Mas he aquí la pregunta, a cuya contestación os remito: si podemos

hacer que cada día, que todos los días del futuro sean buenos y fértiles para nuestra vida, ¿olvidaremos luego cuanto hemos estado anhelando vivir, cuanto hemos estado viviendo, dejándolo que se vaya? Cada uno puede formularse este mismo interrogante. Quien deja que la vida pase y se aleje, en la esperanza de alcanzar con ello algún propósito, será porque no la quiere, porque no la ha querido, y, en consecuencia, se ha engañado a sí mismo toda su vida. Es esta la amarga realidad que viven los seres humanos. ¿Y por qué aparece siempre ese pasado como un fantasma, como algo que nadie quiere recordar? Porque mucho de ese tiempo transcurrido fue vivido inconscientemente, no como en verdad se debe vivir la vida, registrando todos los hechos en la conciencia. Es por ello que la vida pasa y se va, necesitando los seres clamar diariamente por un día más, un año, muchos años, y, total, para dejar que la vida pase y se pierda, como siempre, en el olvido. ¿Es así como debe valorársela? ¿Es ésa la prueba que estamos dando a Quien creó al ser humano de que sabemos para qué nos hallamos aquí, en la tierra, por qué vivimos y hacia dónde vamos?

Cuando se empieza a tener conciencia de la vida, cuando al respirar sentimos la plenitud de la misma, debemos tener presente que, al pensar, respiramos también esa parte de vida inteligente que necesitamos vivir. Pensando respiramos vida, respiramos mentalmente, permitiendo así que todos los resortes mentales funcionen con normalidad, sin deficiencias; y, cuando se tiene la seguridad de que se es consciente en todos los instantes de lo que se piensa, de lo que se hace y de cuanto se observa, la vida cobra otro significado: deja de ser lo que fue, esto es, algo indefinido, que se vive sin pensar, para tornarse en algo que se vive pensando y que proporciona con ello la conciencia de lo que se vive.

De esta manera, siempre que pensamos en el futuro por vivir, colocamos en nuestro ser un dique psicológico que permite contener el futuro en el presente, para no dejarlo marchar hacia el pasado y mantener, así, la permanencia de la vida. Esto habrá de proporcionar, a quien sepa realizarlo, las satisfacciones más grandes que haya podido anhelar o soñar en su vida.

Pensemos, ahora, en la cantidad de seres que viven sin saber para qué ni por qué viven, ni cómo conducir la vida. Eso ocurre porque no se ha aprendido a fijar la vida en lo que es permanente, dejando, a la vez, de ser ese algo inestable y voluble, sin arraigo en ninguna parte.

Cada cual ha vivido un pasado, está viviendo un presente y tiene que vivir un futuro; pero, ¿puede alguien explicarse qué representa ese pasado, qué representa ese presente y qué ese futuro? No será posible, mientras no se tenga conciencia del significado de los mismos. No obstante, la Logosofía enseña cómo se los puede conocer, a fin de dar el verdadero valor a los tiempos de vida que deben cubrirse en todas las etapas de la existencia humana.

Ya dijimos que es muy común que las personas olviden su pasado, y, si lo recuerdan, es en forma superficial, sin que tenga ese recuerdo la constancia de algo real, de algo que haya sido un verdadero motivo de enlace entre el pensar de ahora y el pensar de antes, entre la vida actual y la que fue.

La vida llega como el tiempo y pasa igual que él; si no es aprovechada, queda sepultada en el olvido de lo que fue. Mas si pensamos que hay para todos un futuro por vivir, si anhelamos algo que queremos realizar, es lógico que queramos también vivir lo que atañe a ese algo y a esa realización, en cualquiera de sus aspectos, vale decir, estaremos pensando en lo que quisiéramos tener o hacer en un futuro cercano o lejano. Pero he aquí lo que ocurre comúnmente: andando el tiempo se vive ese futuro, que se transforma en presente, e, instantáneamente, se olvida que el objeto del mismo tiene su origen en lo que se pensó en el pasado, en lo que se hizo, es decir, en todos los sacrificios y esfuerzos realizados para poder después disfrutarlos en un presente, o sea, en el futuro que el ser trajo ante sí.

No pensar ni hacer nada es vida que se deja ir, que se hace morir para no verla más. Cuando se piensa en lo que se hará mañana, dentro de un mes o de un año, y a medida que ese tiempo llega se plasma en realidad lo pensado, no se dejará escapar el tiempo sin haberlo aprovechado, porque se continuará viviendo en un permanente presente; se disfrutará

del mismo en todos los momentos, enlazando el pasado con el futuro, para concentrarlo todo en uno mismo, esto es, en el propio presente.

Se experimentará así una plena sensación de eternidad, reviviéndose en todo instante lo que constituyó el presente de ayer, como si estuviera reiterándose constantemente dentro del ser, con las mismas palpitaciones de vida, aquello que constituyó un anhelo, un pensar o un sentir. Sólo así es posible tributar el más grande homenaje de gratitud a esa vida que se anheló vivir, y que, al vivirla, continúa manteniendo el presente dentro de sí, sin olvidarlo nunca ni dejarlo ir hacia el pasado, para que éste no arrastre tristemente hacia lo que dejó de ser, hacia la nada, como acontece en la mayoría de los humanos.

Anhelamos algo, queremos su posesión, nos sacrificamos para conseguirlo, sin darnos cuenta de que, entre ese momento y el futuro, media una parte de vida que habíamos ansiado vivir; ¿por qué hemos de dejar luego que esa vida se pierda, como si no hubiera pasado por nosotros? La Logosofía enseña a unir los tiempos, para que éstos no escapen de nuestra conciencia.

El que revive el pasado, ese pasado que ha forjado conscientemente antes de que lo fuera, advierte también su valor, al reparar que el mismo contiene, dentro de sí, hechos que no fueron ajenos a su conciencia ni constituyen una vida vivida porque sí, sino una vida que de antemano sabía cómo iba a vivirla, razón por la cual queda siempre conectada a su presente.

Los que no hacen esto, los que dejan correr la vida sin tener conciencia de lo que significa conectar el pasado con el futuro, éstos, naturalmente, terminan en la nada, es decir, desaparecen de la memoria humana, como si nunca hubiesen existido.

Por algo ha sido dotado el hombre de tantas facultades maravillosas: para que un día sepa hacer uso de ellas; uso debido. Cuando, equilibrado todo su organismo interno, éste funcione a la perfección, la Creación le seguirá invitando, como le ha invitado desde que existe, a que se vincule a ella

y pueda, por ese medio, extender hasta el máximo la conciencia de su vida.

El hecho de vivir, de sentirse ser humano, no es, pues, cuestión sencilla. Comprendido esto, se presentan dos alternativas: o negarse a sí mismo negando las verdades que puedan tomar contacto con la propia conciencia y dejar que la vida transcurra como algo sin valor, o conducirse conscientemente y hacer que ella florezca en hermosas realizaciones.

Para ello habrá que verificar si el pasado está de acuerdo con el futuro que se quiere vivir, examinando si ese pasado es el futuro; porque el pasado debe ser siempre futuro, y no a la inversa, que el futuro deba ser siempre pasado. El pasado es futuro, porque, constantemente, conforme se está viviendo, el futuro se va transformando en pasado.

De modo que el pasado ha de ser un constante futuro que se está viviendo, y, siendo así, dejará de ser pasado, porque al retenérselo en el presente, el futuro y el pasado estarán girando siempre alrededor del ser, cuyo centro se constituye en el presente.

Cuando se piensan estas cosas, todos los pensamientos triviales, sin importancia, que se hallan en la mente, de hecho desaparecen. Es tan grande su concepción, es tal la fuerza de este conocimiento, que, quien lo aplique a la vida, experimentará lo impronunciable, pues hay sensaciones de felicidad que alcanzan lo inefable.

Por otra parte, es necesario cuidar siempre todos los detalles de ese futuro que se quiere vivir, procurando que no sea complicado ni difícil, sino de acuerdo a las posibilidades individuales y a la propia capacidad. Si se lo quiere mejor, deberá aumentarse la capacidad y deberán aumentarse las posibilidades a fin de hallarse preparado, porque, de no ser así, el futuro puede aparecer —como ocurre muchas veces— de golpe en el presente, sin que el ser pueda experimentar, entonces, el sabor de la experiencia ni disfrutar del conocimiento que le hará sentirse cada vez más capaz de producir un futuro mejor.

Muchos forjan futuros imaginarios, futuros a largo plazo. Esos futuros son como si no existieran, porque cada día desaparecen perdiéndose en el pasado. Es necesario, pues, forjar

futuros reales, fuera de toda ilusión; futuros no tan lejanos, a fin de poder medir el propio dominio y las propias fuerzas, y saber si se está en condiciones de atraer ese futuro para disfrutarlo en el presente.

Recién entonces se estará en condiciones de forjar futuros a mayor plazo, midiendo siempre, con la mayor exactitud, las distancias con las fuerzas, con la voluntad y con las disposiciones del espíritu. La mayoría forja lo que quiere ser o tener en el futuro, viviéndolo después sin recordar cómo lo forjó; en tales condiciones, la vida pasa y seguirá pasando como algo sin significación ni contenido. Es éste uno de los tantos misterios encerrados en la vida humana. La Logosofía enseña muchas cosas que pasan desapercibidas a la conciencia del hombre. Advertid cuánto tiempo fue perdido por la humanidad y por todos los que de ella forman parte, al distraerse en mil cosas vanas, en lugar de superarse hasta integrar individualmente la vida y lograr, así, que ella permanezca en su presente de un modo constante.

Permanecer en el presente, dominando a la vez el pasado y el futuro, es tener verdadera conciencia de la vida, saberla vivir y disfrutar, y saberla ensanchar ilimitadamente.

Desde hoy el pasado debe ser vuestro futuro, por ser este último el pasado que ahora debe interesaros; así, día a día, vuestro futuro irá aumentando vuestro nuevo pasado, en tanto que, el viejo pasado, habrá que mirarlo como si no existiera. Deberéis formar, pues, un nuevo pasado con el futuro que uniréis a lo mejor de vuestro viejo pasado. He aquí una hermosa enseñanza, de importancia fundamental para quienes la usen con el fin de edificar un destino mejor. Lo que os he dado es una de esas enseñanzas que penetran como penetra en la tierra la lluvia fina y suave, totalmente opuesta a la violencia típica del aguacero, que resbala por el suelo sin penetrar casi en él. Os he descubierto uno de los tantos misterios que, a través de los siglos, ha sido para toda la humanidad un permanente interrogante. A su vez, las enseñanzas dadas constituyen una clave. En vosotros está el saberla usar con inteligente prudencia para lograr los más hermosos resultados.

Buenos Aires, 20 de setiembre de 1949.

SER Y NO SER, EN LA CONCEPCIÓN LOGOSÓFICA

Desde hace mucho tiempo, una inmensa cantidad de hechos, detalles, circunstancias y acontecimientos han pasado inadvertidos a todos los seres humanos, por no dárseles importancia. La Logosofía viene, justamente, a señalarlos, llenando con ello un gran vacío; viene a hacer experimentar, a la vez, verdades muy grandes, y la única forma de hacerlas experimentar es conectando esas verdades con la conciencia individual.

Así, por ejemplo, desde que existe la especie humana, le fue planteado al hombre un gran dilema. Ese dilema quedó plasmado en su vida, mas en la inconsciencia propia de los primeros tiempos no lo percibió. No obstante, el dilema continúa sin una explicación verdadera, aun en los días actuales.

El dilema era el siguiente: ser o no ser.

La criatura humana, en efecto, viene al mundo con la perspectiva de ser; mas tamaña prerrogativa debe alcanzarla con su esfuerzo, con su realización individual.

Ser significa saber. Se comienza siendo un proyecto de lo que se va a ser, pero es necesario llevar adelante ese proyecto realizando cada día algo que aumente la capacidad de ser. El hecho de vivir no es suficiente para experimentar la realidad de ser.

En todas las actividades se comienza siendo nada, pero tratando de ser algo; y recién se es algo, cuando, tras muchos esfuerzos, dedicación y consagración, se logran vencer las

dificultades y triunfar finalmente. Esto lo tenemos reproducido en los estudios comunes, en el comercio, en la industria y en todas las cosas. Se comienza en blanco, es decir, no siendo nada, no sabiendo nada de aquello que se quiere saber o ser; pero el estudio, la observación y la experiencia van llenando, después, el requisito para ser. No tiene más que extender cada uno su vista hacia atrás para saber, cuando recién comenzó, qué era en aquello que se propuso ser. Esto indica, pues, que ha debido realizarse necesariamente un proceso, durante el cual, como es lógico, cada día se fue siendo más, se fue sabiendo más.

Es un propósito común el querer ser algo más de lo que se es; pero la mayoría se anula a sí misma, porque, en vez de ser, aparenta ser. Se es, pues, un ser en apariencia. Esto obliga, como es natural, a modificar en forma ficticia la conducta y a actuar artificialmente, manteniendo de este modo una situación que no es real. Se apela así a muchos recursos, estando la imaginación siempre en movimiento; y cuántas veces se vive una vida agitada, tratando de que los demás no descubran que no se es lo que se dice ser, vale decir, lo que se aparenta ser. Se prefiere esto a decidirse de una vez por todas a cambiar efectivamente. No obstante, a nadie le está vedado alcanzar cuanto se propone, siempre que su capacidad lo permita. Se debe, pues, cultivar esa capacidad, para poder lograr tal objetivo. En la medida de las propias fuerzas, en la medida de la propia evolución, ello podrá ser un hecho. De no lograrlo, se alcanzará, al menos, mucho más que no haciendo nada.

Aquellos que por lo general aparentan ser más de lo que son, se conforman con mantener esa apariencia, haciendo a veces verdaderos sacrificios, que, lógicamente, después resultan estériles. ¿No es, acaso, más razonable y digno vivir en la realidad y consultarse íntimamente, con limpieza mental, sobre cuál es la verdadera condición de ser? Insensato, en cambio, es mentirse a sí mismo, insistiendo en la simulación. ¡Cuánto más valor tiene un examen consciente que permita analizar si en el curso de la vida se ha hecho, en verdad, algo para llegar a ser más o ser aquello a que se aspiró!

Pero si de aquí pasamos al plano de la verdadera concep-

ción del ser, el asunto cambia un tanto. No entran en él aquellos aspectos que podrían ensombrecer el alcance de nuestra proposición, como sería, por ejemplo, si nos refiriéramos a esa tendencia muy común, cual es la ambición. No; aquí nos referimos al ser configurado en todos sus valores propios, es decir, internos, representados en la medida de lo que sabe y en la medida de su conciencia de ese saber. Recién entonces el dilema planteado desde los albores del mundo aparece claro ante la vista, como una permanente invitación a conquistar el verdadero ser, que debe encarnar en quien está viviendo una vida destinada a algo mucho más grande que lo que estima el concepto común. Cuando esto ocurre, comienzan ya los afanes sanos de superación.

Ante la imagen del no ser, que es como decir la no existencia —porque así es, en realidad, para quien no la vive conscientemente—, los que sienten el rigor de esa verdad tratan de ser, de alcanzar la imagen perfecta que configura el pensamiento de Dios cuando creó a la criatura humana. Para los demás, para los que no sienten el rigor de esa verdad, el perfeccionamiento es, naturalmente, algo quimérico e inalcanzable. Viven, a despecho de ellos mismos, en un mundo de ficción y de apariencias. De poco ha de servirles que piensen o crean ser esto o aquello, porque tal ficción quedará evidenciada siempre en sus pensamientos y en sus hechos.

Todos tienen, más o menos, una estatura física común; pero la del espíritu puede crecer mucho, agigantarse, y, cuanto más se agiganta, tanto más aparece a la vista de todos. Esto produce en los pobres de espíritu, en los mediocres, cierta envidia no disimulada, y no faltan entre ellos los que tratan vanamente de empequeñecer, ante los ojos de los demás, al ser que se eleva por encima de ellos. Piensan que eso es cosa fácil y apelan a muchos recursos. Mientras tanto, descuidan su propio ser; y éste, por consecuencia lógica de la ley, va disminuyendo cada día más su ya escasa estatura, hasta llegar a ser poco menos que invisible, tanto que termina por parecerse al grillo, que cuando canta sabemos que existe, o cuando hace un agujero en la ropa sabemos que ha pasado por allí y nos ha estropeado una prenda, y que, por lo mismo

que es tan pequeño y anda siempre por el suelo, termina, las más de las veces, aplastado bajo un pie.

Tenemos, pues, que realizar esa consulta íntima sobre cuál es —como he dicho— la verdadera condición de ser, y proponernos luego, sin pérdida de tiempo, ser cada día algo más de lo que somos. A medida que esto ocurra, nos iremos alejando del no ser.

El no ser está muy claramente advertido al entendimiento, por cuanto sólo consiste en la posibilidad de ser. Entre los muchos que han pasado por el mundo en ese estado, apenas si de algunos se tienen noticias. Pero del que ha sido, del que realmente llegó a ser, de ése sí todos se enteran, y más aún cuando ese ser aventajó a los demás y los sirvió con su ejemplo y sus conocimientos.

Todos pueden obtener los medios para ser algo más cada día; única forma de llegar a ser en la verdadera acepción del término, esto es, constituirse en un ser íntegro, consciente, de verdad.

No ser es la inconsciencia, y en todo momento en que se vive en estado de inconsciencia se ha dejado de ser, para no ser. La Logosofía ha afirmado ya que la conciencia surge cuando se enriquece con el conocimiento, cuando se alumbraba con él; y es lógico que el hombre experimente su realidad —la de ser— cuando sea consciente en todos los instantes de su existencia.

Vez pasada, en circunstancias en que hacía acto de presencia en el velatorio de uno que había pasado por el mundo, alguien que estaba próximo al lugar donde me hallaba, exclamó preocupado: «¡Han visto! ¡No somos nada!». ¡Qué gran verdad decía ese hombre, sin saberlo! Observándolo, comprendí, por las cosas que posteriormente dijo, que, en efecto, no era nada. Yo pensé entonces: «¿Por qué no se meterá también este hombre en el cajón?».

¡Cuántos hay que se encuentran en las mismas condiciones! ¿Y por qué dicen: «No somos nada»? ¿Se ha cerrado para ellos toda posibilidad de ser, o es ésa una manifestación que surge como confesión de que, efectivamente, no son nada?

Mirando este cuadro y dirigiendo la vista a todos los

demás, se ve cuán necesario es el conocimiento logosófico, porque lo que hoy necesita la humanidad, lo que ha necesitado siempre, especial y particularmente cada uno de los que la forman, es cultivar la conciencia, despertarla, hacerla surgir de esa nada encaminándola hacia el todo, hacia la plenitud. Y nada puede haber más triste, nada que cause mayor pena que ver y saber que en todos existen facultades que habilitan para evolucionar, para ser cada día más. Dentro del ser está el saber, y ese saber debe ser realizado conscientemente, no teórico-mentalmente, porque sólo por medio de la conciencia se puede tomar contacto con todas las cosas, incluso conectarse a la conciencia universal, que, plasmada en toda la Creación, está invitando a la inteligencia humana, en todo momento, a que descubra las maravillas que existen y que son ofrecidas, sin limitación, para uso del hombre en su camino evolutivo.

Quien ha tomado contacto alguna vez con una realidad de esta índole, difícilmente se allana después a vivir en la inconsciencia o a sumergirse en el no ser, porque tal realidad le hace experimentar otra mayor, cual es la de identificarse con lo eterno, con lo que permanece siempre.

Esto significa que el ser humano debe cumplir un alto cometido mientras tiene a su disposición toda una vida. El conocimiento logosófico está enseñando a gustar esa vida, a saberla usar y a saber crear reservas. Para ello, comienza por destruir la ficción, lo artificial, lo aparente, para que pueda el hombre vivir en la realidad. Enseña también a aquellos seres que ya mencionamos, a alcanzar lo que se habían conformado con creer que les pertenecía mientras vivían en la apariencia; éstos no necesitan ya mentir ni aparentar frente a los demás, pues han llegado a comprender que mucho más grande es ser, de verdad, sinregonarlo a nadie.

El conocimiento logosófico enseña a unir la vida a la palabra, al pensamiento, al hecho, a fin de que no haya contradicción y se logre la verdadera integridad, pues tan sólo así puede completarse aquello que será llamado ser, y al cual no ha de faltarle nada, o, por lo menos, ha de ser poseedor de aquellas cosas que tan comedidamente se le ofrecen para completarlo.

Cada uno debe bastarse a sí mismo y saber que ese ser que está creando le pertenece a él tan sólo, porque él es el que lo está formando y educando en la enseñanza superior y el que se ha preocupado por brindarle esa felicidad tan necesaria para que la vida resplandezca, o sea el conocimiento, que cada día hace más amplia la vida.

Si observamos a los que vivían y viven aún al margen de la civilización, veremos que la causa de ello está en la ignorancia de que existe algo mejor que lo que tienen, pareciéndoles inconcebible que haya seres capaces de hacer cosas que, para ellos, entran en el campo del milagro o de la superstición. Pero si a esos seres se les da instrucción, llevándolos al mundo civilizado, con ello se les ensancha la vida, y, al conocer otras cosas, disfrutarán de esos nuevos conocimientos. Esto no es nada extraordinario: es una realidad.

No obstante lo manifestado, de entre los que viven en la civilización hay también muchos bárbaros, y prueba clara de ello es el ingente esfuerzo que demanda civilizar al bárbaro que cada uno lleva adentro. Repárese, si hay dudas, en esas reacciones violentas, en esas palabras que salen a veces de los labios como pedradas, y, en fin, en todos esos gestos que se tienen tan frecuentemente en los momentos en que se pierde el autocontrol.

Pero se ha dado ya un gran paso cuando cada uno comienza a darse cuenta que puede civilizar al bárbaro; que puede educarlo; que, con el tiempo, dejará de ser aquello que en realidad no era. Y si cuando ya lo ha civilizado logra todavía encumbrarlo en los altos planos del conocimiento, puede calcularse entonces la magnitud de esa realización, que, bien podría decirse, es como si se hubieran trascendido en una vida todas las épocas de la historia.

Con la mente común se vive por lo general en la inconsciencia. Y decimos inconsciencia, para significar el hecho de hallarse el hombre totalmente ajeno a las grandes realidades que están diseminadas por toda la Creación, y que, incluso, interpenetran a cada criatura humana. Mientras ésta permanece ignorante de esas realidades, puede decirse que se halla en el plano del no ser, de la no existencia, o, como dijimos,

de la inconsciencia, porque la conciencia que se presume tener en todas las actividades físicas no es aquélla a la cual estamos aludiendo.

La conciencia vulgar es algo así como la sensación que cada uno tiene de su conciencia, la cual con frecuencia hace percibir las cosas dentro de una aparente realidad; y en los casos en que se manifiesta como realidad, ésta lo es en la medida de la sensación que el ser experimenta, pero dista mucho de ser la verdadera conciencia. Se alcanza la verdadera conciencia, procurando ser cada día algo más de lo que se es.

Cuando decimos ser, estamos significando saber, y, al decir saber expresamos la manifestación constante y en permanente actividad de la conciencia que va surgiendo dentro de cada criatura humana. De esa conciencia surge el verdadero ser, el que es dueño de sus pensamientos, de sus palabras, y, por sobre todo, de su propia vida.

Es ésta una de las tantas verdades con la que es necesario tomar conciencia para realizar todo el trayecto comprendido entre el no ser y el ser. Así es como la palabra ser se agigantará a la vista de todos, si realmente se la mira con el entendimiento y no con los ojos. Además, cuando tal realidad haya sido consumada, no se dirá más: «No somos nada», porque se tendrá entonces la conciencia de ser, y habrá desaparecido ese ente inanimado o falto de todas las prerrogativas concedidas al hombre, a quien la Naturaleza dotó de facultades tan maravillosas.

La Logosofía está enseñando a usar esas facultades; pero, a medida que enseña, indica también que no es suficiente la comprensión que puede alcanzarse mentalmente, sino que es imprescindible que las realidades se vivan, se sientan; que el sistema mental funcione en perfecta armonía con el sistema sensible, y que realización tan estupenda, principie por hacer surgir en cada uno el verdadero amor a la vida. Con el conocimiento logosófico el ser comienza, en efecto, a querer la vida de otra manera y a cuidarla como debe ser cuidada. De ese amor surge el afecto que abre las compuertas de la gratitud: primero, a Quien lo ha creado, y luego, en sucesión jerárquica, a todos los que le hicieron bien.

Ahora resulta fácil comprender que la vida debe vivirse íntegramente y no en forma fragmentada; y que, así como el aire que respiramos penetra en nuestros pulmones y circula transformado por todo el organismo, así también las verdades deben ser respiradas con los pulmones psicológicos que cada cual tiene, para que ese gran elemento inmaterial que se sustancia en la mente sea transformado en verdadera vida que palpita con la vida universal.

Montevideo, 24 de setiembre de 1949.

REFLEXIONES BÁSICAS SOBRE LA VIDA

Después de escuchar lo expresado por algunos discípulos, veo que no es mucho lo que se ha podido extraer de la enseñanza que hace poco di, usando la imagen de la barca; ello demuestra que no se ha tomado conciencia con el contenido de la misma. Empero, escuchando una y otra vez los aspectos que configuran esa imagen, podrá formarse luego un claro concepto de ella.

En cierto modo, vosotros vivís en dos tiempos: el común, que se mide en horas, y el eterno, que no se mide en duración, por ser de carácter permanente. Por ello, nuestra barca, que enarbola el pabellón de la Sabiduría Logosófica, surca los mares eternos de la creación mental, llevando por todas partes el mensaje de su alta idealidad. Esto quiere decir que deberéis escoger entre los dos tiempos, ya que sabéis cuál es la sensación de bienestar que se experimenta al tomar contacto con los valores eternos. La diferencia es fundamental, si tenemos en cuenta que todo lo vulgar y común es efímero como el tiempo físico, vale decir, como el tiempo de las horas.

Cuando se toma contacto con el conocimiento logosófico, recién comienzan a percibirse ciertos movimientos internos, que, al tiempo, se manifiestan como una necesidad y como una exigencia. Esos movimientos tienden a regular y a equilibrar el eje central de la vida, en torno del cual gira permanentemente la conciencia humana. Pero es forzoso que la vida se adapte a esas exigencias y a esa necesidad, mientras se va formando en lo interno la verdadera y grande

convicción de que se existe por una razón, por una causa, y que esa razón y esa causa deberán obedecer, indefectiblemente, a un designio que cada cual habrá de descubrir en las profundidades mismas de su ser. A tal fin lleva, precisamente, el conocimiento logosófico, y hacia él tienden todas las enseñanzas de la sabiduría que lo anima. Existe un ser y existe una vida que cada uno debe conocer y conducir a través del tiempo, de ese tiempo que ha configurado para cada hombre una época, un pedazo de su existencia.

El ser posee una vida que debe vivir, y de él depende que sea conscientemente o no; depende de él que esa vida sea entregada al azar, o que sea conducida inteligentemente hacia la más grande de todas las metas: la perfección. Perfección significa el constante empeño por completar la imagen que el ser animó en el instante mismo en que fue creado. Perfección significa la eliminación de todo lo imperfecto, de donde resulta fácil comprender que las imperfecciones son producto de la ignorancia y de la falta absoluta de conocimientos superiores. Perfección significa algo más: es el mejoramiento gradual que el ser va logrando de sus condiciones, al mismo tiempo que experimenta —como ya he dicho en otras oportunidades— una realidad jamás sentida, cual es la que lo mueve a llevar sus esfuerzos, sus actividades, sus aspiraciones, sus anhelos y, en fin, todo cuanto constituye su razón de ser, más allá de los confines de su propia vida, de esa vida que antes encontró limitada y circunscripta a un pequeño radio de acción.

Cuando el hombre se interna en los profundos conocimientos que le muestran en detalle cuanto concierne a la vida, recién advierte el valor que ésta tiene, y es entonces cuando se propone a sí mismo crear una nueva posibilidad para que esa vida sea cada vez más amplia, más fecunda, en modo que, siendo así, experimente al vivirla satisfacciones mayores que cuando vivía una vida limitada, estrecha o inconsciente.

La intensidad con que pueden vivirse momentos conscientes de la vida, equilibra los años vividos al margen de la conciencia.

Me resulta verdaderamente penoso insistir tantas veces sobre enseñanzas capitales para el conocimiento individual;

capitales, por dos razones: porque con ellas pueden conquistarse alturas en las regiones del conocimiento sustancial, y porque esas enseñanzas, transformadas en conocimientos después de su asimilación por el ser, permiten consolidar posiciones internas, afianzarlas, afianzando al mismo tiempo la vida, y permiten servirse de ellas para comprender, a veces instantáneamente, todo lo que pasa alrededor.

He dicho que todos tienen una vida por vivir y otra ya vivida. Cada uno es responsable de esa vida. Estamos en un mundo lleno de peligros creados por el hombre mismo, por su ignorancia y su soberbia. Y hoy, después de tantos miles de siglos como cuenta este mundo, los hombres se encuentran aterrados ante la magnitud de los desaciertos que llevan cometidos. Parecería que jamás se les hubiese enseñado a vivir en paz, respetándose los unos a los otros; a vivir cada cual su propia vida, en lugar de ocuparse —como lo están haciendo— de la vida de los demás, no para llevarles el bien, para ayudarlos, sino para criticarlos y enrostrarles los errores que, se cree, han cometido. Como es natural, esta conducta, observada a través de los años, ha traído una enorme confusión, porque cada cual, al intervenir en la vida ajena, no encuentra ahora su propia vida. He aquí una realidad que se palpa en todos los rincones del mundo. Cuando se habla con ciertas personas, dan éstas la sensación de hallarse ausentes de sí mismas y que otras están ocupando su lugar; que otros seres habitan en sus vidas, pues la inmensa mayoría vive en lo externo, y, con mucha frecuencia, en las casas mentales ajenas. Y cuando se las quiere inducir a que vivan dentro de sí mismas, en sus casas mentales, temen a todos los espectros que hay dentro de ellas, vale decir, a los pensamientos que están atormentándolas como fantasmas y quitándoles el sueño, porque las ven débiles y sin valor para enfrentar con decisión las situaciones que pueda crearles el mando de su gobierno interno.

De ahí que muchos seres carezcan de defensas mentales y sean incapaces de hallar por sí mismos solución a sus problemas, debiendo buscarla, por esa causa, en las mentes ajenas. No obstante, los problemas suelen llegar a menudo con tiempo suficiente como para que la mente prepare soluciones para contrarrestarlos o resolverlos; y cuando no es así, cuan-

do aparecen inesperadamente, el primer movimiento interno que ha de realizarse es el de tranquilizar la mente, serenarla, controlando toda actividad de pensamientos que distraigan al ser o lo sumerjan en la desesperación.

Recuerdo que una persona muy pudiente me expuso, cierta vez, una grave situación por la cual atravesaba. Iba a perder gran parte de sus bienes, y esto lo había sumido casi en la desesperación. Debía reducirse, y, en fin, hacer otra clase de vida. Le expresé entonces que la vida no estaba constituida por una holgada situación económica, y que una de las tantas posiciones que yo había adoptado para andar por el mundo era la siguiente: no pensar jamás que tengo algo permanente, algo que me pertenezca en absoluto; y que si hay algo de lo cual me siento realmente dueño es mi sabiduría, y nada más. Yo puedo vivir —le dije— en un palacio o en un castillo, y puedo vivir también, con la misma facilidad, en la casa más humilde. Disminuiría el conocimiento que tengo, si pensara que habría de disminuir mi vida porque disminuyen mis haberes. Cuando se vive para lo físico, si los bienes materiales desaparecen se tendrá la sensación de que desaparece también la vida. En cambio, lo que jamás se pierde es el valor que cada uno representa como ser inteligente, según la jerarquía de los conocimientos que posea.

Así fue como, invitándolo a reflexionar sobre todo esto, aquel hombre se fue tranquilo. Posiblemente, evité que se malograra una vida. Le hice pensar a ese hombre lo que jamás había pensado: que a la vida no se la debe llenar solamente de halagos físicos, circunstanciales; que no se debe hacer de ella una ficción viviéndola artificiosamente, si no que se ha de salir de esa ficción para vivir en la realidad. Hay que dar a la vida un contenido real, permanente, eterno. Pero, como es natural, se debe llegar a ello en forma consciente, vale decir, haciendo que la conciencia tome contacto con la realidad, porque de lo contrario sería imposible comprender esta concepción de la vida.

Entre los seres comunes, cada uno es, por lo general, lo que el pensamiento que tiene en su mente quiere que sea. Ese pensamiento, en más de una ocasión, cobra tanta fuerza que

hasta le hace presentir muchas cosas íntimamente ligadas al mismo. Por ejemplo, hay seres cuyo pensamiento dominante es el de que no van a ser nunca nada, ya porque estimen carecer de inteligencia, ya de voluntad o de otras cosas; y es así como, al no estudiar, por la traba que ese pensamiento implica, no se preocupan de mejorar sus condiciones, con lo cual terminan, efectivamente, sin ser nada.

Dije una vez que no debía pensarse jamás, como ocurre en muchos seres, que mañana o pasado uno va a morir. No; es necesario pensar que se va a vivir eternamente. Es preciso forjar ese pensamiento, porque, aunque tengamos que morir, nada cuesta pensar lo contrario. Pero hay que pensarlo y autoconvencerse aún de que se va a vivir permanentemente. Aconsejo que esto se piense con profundidad. Si la muerte viene, que venga sola; no la atraigamos pensando que vamos a morir. Que nuestro pensamiento sea más fuerte que la muerte, que la sobreviva. Un pensamiento de esta índole genera fuerzas; el otro, en cambio, las quita. Pensando que vamos a vivir eternamente olvidaremos que hemos de morir un día, y, al adaptar la vida a ese tiempo eterno, podremos llegar a vivirla con la absoluta certidumbre de que jamás hemos de morir.

Este pensamiento tiene una fuerza extraordinaria y una virtud imponderable, cual es la de animar constantemente al ser a que viva, a que respire la vida conscientemente; pues, para vivir siempre, es necesario respirar la vida con la conciencia plena de su significado. Como dije hace un instante, nada cuesta hacerlo ni implica trabajo alguno, y tened por seguro que el que lo haga sentirá el beneficio inmediato de esa inmersión en lo eterno. Sentirá como un bálsamo que suaviza las amargas, los dolores, los sufrimientos de la vida, y, con la presencia permanente de ese pensamiento, cuidará más su vida y no la expondrá tanto a las inclemencias de las agitaciones mentales, de los desvíos y de las erróneas actuaciones, que siempre la dañan.

De este modo, cuando estéis en la barca debéis experimentar siempre la sensación de que, en esos momentos, vivís el tiempo eterno, el que jamás termina con la vida. Empero, cuando estéis en tierra, habréis de experimentar la

realidad del tiempo físico, que allí se vive apresuradamente, agitadamente. Entonces, al recordar la paz, el sosiego, la quietud que se experimentan en este lugar, neutralizaréis los efectos del vértigo terrestre, para que no os lleve a esa vorágine que parece envolver a todos en pensamientos de ruina y de exterminio.

Hoy, más que nunca, la humanidad necesita de hombres conscientes, de hombres que piensen y que sepan pensar bien, pues, siendo así, podrán éstos enseñar a otros a hacer lo mismo, y, de ese modo, volverá algún día a encontrar la humanidad la paz y la felicidad que perdió. En ese colosal esfuerzo, en esa labor gigantesca estamos empeñados, trabajando incansablemente. No importa que hoy sean unos pocos ni que mañana sean algunos más; llegará un día en que la humanidad despertará como ha despertado muchas veces en momentos álgidos, en instantes profundamente críticos de su historia. Debemos pensar que esta vez, como en otras tantas, habrá de despertar del letargo en que parece estar sumida. ¡Ojalá todos podáis presenciar ese desvelo y podáis llevar a cada mente que desespera en busca de una nueva vida, el conocimiento que necesita para su salvación!

Para ello hay que observar mucho y realizar mucho. Mientras cumple con sus tareas rutinarias, el estudiante de Logosofía puede dedicar unos momentos a cuidar su vida interna, haciéndola un poco más consciente y feliz que el día anterior. Pienso que todos, sin excepción, pueden hacerlo, contrarrestando los momentos amargos o difíciles que a diario entristecen la vida.

En su totalidad, los seres humanos se esfuerzan por vivir cada día mejor. Pero, unos más, otros menos, todos tienen sus luchas; debido a ello, debemos hacernos el propósito de estar siempre presentes en nosotros mismos, en nuestro corazón y en nuestra mente, pues en esa intimidad hemos de encontrar, en todo momento, la voz de la propia conciencia hablándonos como sólo ella sabe hacerlo, para dar seguridad al espíritu de que nada habrá de dañarlo. Y al decir nada, incluyo todos los pensamientos y actos que el ser realiza, y todas las palabras que pronuncia en el curso de su vida; y si lo mismo cuesta

hacer las cosas bien que hacerlas mal, hagamos, pues, el bien en todo instante, para no desfallecer cuando el mal nos visite en forma inesperada.

Cada cual ha de crear dentro de sí mismo los recursos necesarios para contrarrestar el mal que pueda acontecerle; es necesario acumular esas reservas para disponer de ellas cuando más se necesiten. He aquí expresado el conocimiento que enseña cómo debe conducirse el hombre mientras va viviendo su vida.

Buenos Aires, 4 de octubre de 1949.

LA ATRACCIÓN DEL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO

Siguiendo con nuestros temas habituales, hablaremos esta noche sobre algunas particularidades de la psicología humana.

La Logosofía siempre ha buscado al ser de alma humilde y comprensiva; y, al decir humilde, no me refiero a la falsa humildad, sino a la que se manifiesta en el alma sana, en el corazón puro y en la mente libre; en la que no esconde, dentro de una falsa modestia, el virus de la soberbia, porque sólo en esas condiciones germina el verdadero saber, que se expande luego en forma constructiva entre todos los semejantes.

La palabra logosófica despierta en los seres un gran interés; éstos se sienten vivamente atraídos por ella porque toca todos los problemas, indica normas, sienta precedentes, llama a la conciencia para que ésta despierte y el hombre sepa conducirse en el mundo. No obstante, de esto a la realización de la Logosofía dentro de uno mismo, hay una distancia inconmensurable que cada uno ha de recorrer por sí mismo, la cual proporciona, mientras van cubriéndose las etapas, inmensas satisfacciones y gratisimas alegrías, siempre que se haga, como es natural, con el propio esfuerzo. Mas esto no se logra por el solo hecho de escuchar una vez, o diez, o veinte veces la palabra del Saber logosófico; al contacto auditivo debe seguir un verdadero afán de comprobación.

Ahora bien; los seres se sienten, lógicamente, cautivados,

porque el conocimiento logosófico es como un poderoso imán, cuya fuerza se conecta al instante con lo bueno y sano que existe en cada uno, y es esa parte buena la que se siente como despertada y atraída por efecto del mismo. Siendo, en consecuencia, la parte buena la que os trae a este lugar, me siento feliz de poder hablar a esa porción selecta que todos tienen dentro de sí. Por eso considero buenos a todos, porque sé que la parte buena se va haciendo más grande cada día, y cuanto más se amplía ésta, la otra, la mala, tiende a desaparecer.

He ahí el gran secreto de la realización. Toda superación debe realizarse de acuerdo a cambios sustanciales en la vida del ser. Cada cambio sustancial equivale a un grado de superación efectiva, y, a la vez, a un grado de eliminación de las impurezas que constituyen el caudal negativo de la existencia.

Si en este momento os preguntara si os ha resultado comprensible esta u otra de las enseñanzas que os he brindado, seguramente que muchos responderéis que os lleva cierto tiempo el comprenderlas. Y es natural que mientras unos demoran menos tiempo, otros tardan más, aun cuando ello se debe, a veces, a una falta de atención consciente; y, siendo así, ¿de quién es la culpa?; ¿de la Logosofía o de quien la escucha con desatención? De quien la escucha, ciertamente, puesto que no lo hace con los oídos del entendimiento, sino con los de los pensamientos que tiene en su mente en el momento de escuchar.

Esto me trae a la memoria la risueña paradoja que ofrece aquel que manifestando ser todo oídos, al expresarse así no sospecha siquiera que está aludiendo a los oídos de todos los pensamientos que tiene en su mente, pues el oído de su propio entendimiento parecería haber sido reemplazado por los oídos de aquéllos.

Todo lo contrario ocurre cuando el ser empieza a conocerse a sí mismo, por cuanto el entendimiento, instruido sobre el particular, ya no cede a la presión de los pensamientos.

Recuerdo haber dicho otras veces que, al iniciarse el proceso de evolución consciente, emerge dentro del hombre un nuevo ser, el cual nace, por decirlo así, bajo los auspicios del conocimiento que imparte la Sabiduría Logosófica. Pero

mientras esto acontece, el hombre continúa aún arraigado a su viejo ser, surgiendo así el siguiente problema, planteado, se entiende, en el terreno figurado. Por un lado está el viejo ser, y, por otro, el tierno vástago, hijo de esta nueva concepción. El viejo ser pretende siempre tener razón, y el nuevo, como es pequeño, por respeto se abstiene de enmendarle. Cuando éste quiere imponerse, el viejo ser reacciona y lo tiene a mal traer. Vapuleado por el viejo, el nuevo ser se desespera y pide a la Logosofía recursos para defenderse, todo lo cual crea a la enseñanza el problema de hacer que éste crezca pronto; mas, por otra parte, cuando el nuevo ser se hace el grande sin haber realizado el proceso de su crecimiento, también es necesario corregirle.

Es ésta una enseñanza que, aunque cause alguna hilaridad, es de suma importancia. En todos los aspectos siempre debe tomarse la mejor posición, pensando, a cada instante, que se es un niño que debe recorrer un largo camino, y que, en ese camino, llegará a la vejez. Pero, mientras se halla en la infancia, debe ser ésta un acumulador de fuerzas, de energías, a fin de que, cuando envejezca, le sirvan para sobrellevar ese período, exactamente como cuando tenía las fuerzas de la infancia y de la adolescencia, prolongando así el encanto de aquellos días felices. De esta manera se evitará que el ser envejezca prematuramente y se aje, como las flores, que a poco de nacer caen deshojadas, marchitas, sin vida. Será necesario, pues, que cada uno sepa integrarse a sí mismo, buscando esa integración en la conservación de todo lo bueno que la vida le ofrece y haciendo de ella un santuario de felicidad. Si esto no se hace es porque se ha olvidado mucho de lo vivido; de ahí que la inquietud reine en los más y se viva desesperada y agitadamente, sin que se detenga la conciencia para ordenar los tiempos que se viven.

Los seres humanos tienen valores internos que les permiten multiplicar sus energías, y, sobre todo, su potencialidad mental para lograr, a medida que crecen, aquellos conocimientos tan indispensables al hombre para superar la especie a la cual pertenece. Esos valores están constituidos por la conciencia de la vida, que se resume en la propia experiencia y en

el aprovechamiento de las experiencias de aquellos seres que sirven a la inteligencia observadora para modificar y perfeccionar la propia conducta y orientar sus directivas. Tenemos, de esta suerte, que, aparte de observar los efectos, resultados y enseñanzas de las experiencias vividas, hemos de observar también, con no poco interés y agudeza, las experiencias ajenas, las que, indiscutiblemente, prestigiarán con gran acierto nuestras reflexiones. Así, por ejemplo, el fracaso de los que confiaron al azar lo que debió confiarse al propio juicio, hará que reflexionemos sobre la conveniencia de asegurarnos, en cada proyecto que nos propongamos llevar a la realización, con un concienzudo estudio de las situaciones que puedan presentársenos, a fin de evitarnos sorpresas y, eventualmente, el fracaso. Si, por el contrario, efectuamos la observación en nosotros, descubriremos a través de cada experiencia toda falla que habrá que eliminar, y, lo que es más, todo lo mejor que pudo ser nuestra actuación si hubiésemos tenido en cuenta olvidadas observaciones de otras experiencias.

Al señalar la importancia que tiene para el ser el aprovechamiento de la experiencia vivida y el saber conservar siempre vivos en el curso de su vida los momentos de dicha, de felicidad y alegría, en forma de poder disponer de ellos en las circunstancias en que faltan, se verá cuán grande es la Sabiduría, que puso una luz en cada mente para alumbrar todo cuanto rodea al ser. Esa luz es la inteligencia, que jamás debe ser velada o disminuida por el egoísmo o por el espasmo de las pasiones; antes bien, la potencialidad de esa luz debe ser aumentada por la fuerza interna que surge de una vida llevada a su máxima realización, capaz de experimentar esa realidad por haber sido conducida con plena conciencia, verdadero y único motivo en razón del cual el hombre transita por el mundo.

Os repito que tratéis siempre de poner en práctica y experimentar internamente la enseñanza que en cada circunstancia os brinda la Sabiduría Logosófica, para comprobar si contiene realmente la fuerza que habéis sentido al escucharla; fuerza que es verdad, porque guarda dentro de sí un contenido vital que cada cual puede aprovechar en su propio beneficio.

Debo manifestaros hoy que no tengo preferencias por unos ni por otros; a todos estimo y a todos guardo un gran afecto. Pero cuido que ese afecto sea en vosotros de la misma naturaleza que el mío, esto es, generoso y sincero. He sentado con esto un principio grande, indiscutible, de humanidad. Ese principio, una vez conocido, puede ser la clave para conducirse sin tropiezos en este nuevo género de actividades de la inteligencia, cumpliendo siempre con la Ley de Correspondencia. La Logosofía no excluyó ni excluye a nadie; quienes se nutren en ella tienen muchas prerrogativas y todo a su disposición; pero cada uno ha de marchar por el camino con corrección y honestidad, sin exclusivismos de ninguna especie. Así podrá lograrse una amplia comprensión de los principios humanos, y así, también, cada uno experimentará la razón de esta hospitalidad generosa que brinda a todos la Sabiduría Logosófica, de la cual nadie debe abusar.

Buenos Aires, 25 de octubre de 1949.

SEMBLANZAS DEL PROCESO DE EVOLUCIÓN CONSCIENTE

Como bien es sabido, en el mundo los seres se encuentran o se desencuentran. Para mí, el mundo es como si moviera sus palancas de proyección en torno mío, y experimento gran alegría cuando al pasar por uno u otro lugar encuentro personas que se vinculan a mi vida como si fuesen viejos amigos o viejos conocidos. Al estrecharles la mano jamás pienso que he de decirles adiós, adiós para siempre; antes bien, mi pensamiento es retenerlos permanentemente vinculados a mi vida, a mi afecto y a mis recuerdos.

Los seres no se encuentran en el mundo porque sí; hay algo que los acerca, que los vincula. No todos conocen el porqué de esos acercamientos ni de esos encuentros; de ahí que la mayoría, al no dar valor a tales hechos, marche, después de haberse aproximado, en direcciones opuestas, para no volverse a encontrar.

Cuando pienso en todos los que siguen mi pensamiento, no los considero como a extraños o ajenos a mi vida, sino como integrantes de una inmensa familia, y siento gran alegría cuando vuelvo a reunirme con ellos, lo mismo que otras veces, como si el tiempo, en el curso del cual voy dando mis enseñanzas, nunca pasara. Fijo en mi mente la fisonomía de cada uno de ellos en modo tal que, mientras me hallo trabajando en la obra, los tengo a todos presentes, como si también ellos

estuvieran trabajando en torno mío, ayudándome en cada uno de los movimientos que realiza mi mente.

Al tomar contacto con la enseñanza logosófica, la mayoría de las personas —casi sin excepción— no puede manifestar con exactitud sus verdaderos anhelos, sus reales aspiraciones; yo no trato de investigarlas, pues ello es cosa secundaria. Hay algo más importante que las aspiraciones y los anhelos: es el trabajo que cada uno debe realizar dentro de su mente para alcanzar las más amplias y positivas comprensiones.

Si físicamente los seres son completos, psicológicamente no lo son; les faltan muchos fragmentos para integrar su verdadera imagen psicológica. Pienso haber dicho alguna vez que, en el andar, los hombres fueron perdiendo muchas partes de su entidad psíquica, razón por la cual todos experimentan, inconscientemente, la necesidad de ir en busca de esos fragmentos perdidos a fin de completar aquella imagen. Pero en el lugar de los fragmentos perdidos aparecen los defectos, las imperfecciones psicológicas.

Con ellas aparenta el ser estar completo, y diríase que a veces hasta se siente cómodo con tales señales de alteración. Es natural que piense, mientras no logre concebir el valor que posee cada fragmento perdido, que la deficiencia es parte de su psicología y que, por tanto, no debe preocuparse en eliminarla.

Pero al internarse en el conocimiento logosófico advierte la importancia de cada fragmento que logra reconquistar, y es entonces cuando trata de acelerar el paso a fin de completar su imagen psicológica lo antes posible. Observa también que no le satisfacen sus actuaciones anteriores por estar saturadas de defectos.

Al cultivar el conocimiento logosófico los seres van elaborando el arquetipo de su futura psicología, la que empieza a asemejarse a la imagen creada y animada en el ser humano. De ahí que los discípulos, por obra del conocimiento sustancial, vayan advirtiendo cómo deben tratarse a sí mismos en sus deficiencias y virtudes, esmerándose en ser justos consigo mismos en sus juicios personales. En ese noble y grande empeño de superación encuentran las más grandes satisfac-

ciones, al observar, dentro de sí, los resultados positivos que brinda la enseñanza aplicada a sus vidas; al sentirse capaces de controlar sus pensamientos, de modelar la conducta, de debilitar los defectos o las deficiencias hasta eliminarlos. A este fin debe concurrir todo el esfuerzo del que anhela superarse, siendo ese esfuerzo un constante vigía de todos los movimientos que se operan en su mente, y, más luego, de todos sus actos. Quien olvida esta consigna, y, sin reparar en ello se deja llevar por pensamientos ajenos a su naturaleza, a su voluntad, a sus aspiraciones, a sus anhelos, a sus afectos, debe luego soportar las consecuencias de sus actos desmedidos, de sus momentos de irreflexión o de inconsciencia.

Una realidad que aparece bosquejándose en el alma de todos es lo difícil que resulta orientarse a sí mismos en la seguridad de que se sigue un buen rumbo, porque, para poder hacerlo, se requiere haber realizado antes un proceso consciente de ordenamiento mental que permita proyectar inteligentemente la visión interna, iluminando el camino que se ha de seguir y sabiendo, de antemano, que ese camino ha de conducir allí donde se aspira llegar: no a las metas comunes, por todos conocidas, sino a las que coronan las aspiraciones humanas en los confines superiores del perfeccionamiento.

De ahí que se produzca a menudo como un vacío en la mente, y cuando el ser recuerda que debe hacer algo, que debe consumir sus altas miras en aras de algún gran ideal o de alguna gran aspiración, se le ha ido la vida, sin sentirla casi, como si no la hubiera vivido. Por ello, el conocimiento logosófico golpea, golpea constantemente el entendimiento de los seres para mantenerlos despiertos, a fin de que no se duerman ni psicológica ni espiritualmente. Y cuando el hombre se acostumbra a vivir despierto psicológica y espiritualmente, siente como si estuviese viviendo una doble vida; tal es la expansión que experimenta en el área de las sensaciones internas, mientras su mente, ampliada en campos más profundos de realización, cumple sus altos ideales evolutivos.

Cuando el hombre comienza a experimentar la realidad del vivir consciente, cuando su mente se ejercita en una labor de constante superación, advierte que los seres y las cosas

toman para él otros aspectos, y que ya no le son, por cierto, indiferentes. Jamás piensa en el mal ni en dañar a nadie, jamás se empeña en molestar la mente ajena, pues tiene mucho que hacer con la propia. Ha ganado, así, con ello, algo muy importante: el no hacer mal. Y ha ganado también algo más importante aún: mientras realiza el esfuerzo de superación está beneficiando a un ser humano, que es él mismo, de cuyo beneficio habrán de disfrutar más tarde los demás, porque, al tornarse más capaz, más íntegro y en posesión de muchos más conocimientos, podrá ser útil a sus semejantes.

Si desde las inmaculadas alturas del pensamiento se contempla la inmensidad y el espacio y luego se dirige la mirada a los seres humanos, resalta con mayor relieve su pequeñez cósmica. Aparece, entonces, dibujada en el espacio, como un inmenso interrogante, una pregunta: ¿qué hacen los hombres en la tierra?

Cada cual hace las cosas conforme a sus conocimientos y a su ciencia, y si bien los hombres pueden juzgarse entre sí, ese juicio es limitado; jamás puede llegar a ser un juicio total, completo, íntegro, definitivo, como los que formula Quien ha creado todas las cosas, inclusive la criatura humana. Desde que cada uno tiene uso de razón y obra conforme a los dictados de su pensamiento, de su corazón o de su conciencia, cada uno recogerá también el fruto de su siembra, pues los seres humanos viven un determinado tiempo y antes y después de ellos siguen existiendo la Creación y el tiempo, como testigos permanentes de lo que acontece en la tierra y en todas partes.

Cuánto más valdría que en el mundo entero renaciera lo que parece haber muerto en la existencia humana: la tolerancia, el respeto, la indulgencia y todas las bellas cualidades que adornan el alma de los hombres, a fin de que las comprensiones se abran, unánimes, en una reconciliación general que vuelque a raudales por el mundo las esperanzas de un futuro mejor, de una paz constructiva y digna de las generaciones que vendrán.

Será preciso, para ello, trabajar mucho dentro de uno mismo, cultivando con empeño constante esas cualidades que tanto enaltecen y honran al espíritu humano. En ese empeño ayudo

continuamente a los discípulos dándoles valiosos elementos y haciendo que comprueben por sí mismos la superación que van logrando y el aumento de su conciencia, que se amplía a medida que incorporan a su haber nuevos conocimientos.

Pienso que, con lo escuchado en tantas veces como os he dirigido la palabra, tenéis mucho para meditar en el futuro. Pero antes os daré un consejo: que vuestra actividad interna, de ser posible, permanezca en constante entrenamiento; no os entreguéis al sueño psicológico y espiritual. En todo instante oportuno, trabajad con las enseñanzas que habéis escuchado; combinad con ellas movimientos inteligentes, y cada conocimiento que extraigáis de las mismas aplicadlo a vuestra propia vida, o aplicadlo allí donde sea útil, manteniendo permanentemente limpio vuestro lente de observación, pues, si éste se enturbia, ensombrece la mente y os sobrevendrá el sueño, aprovechando esa oscuridad.

Pese a que son sencillas mis palabras, sólo me entiende y me comprende aquel que quiere entenderme y comprenderme; y el que esto hace, es porque, aparte de querer entenderme y comprenderme, siente verdadero afecto por quien le habla. Recojo así de él parte del afecto que he derramado sobre todos, pues mis palabras, sin excepción, no son frías, sino que llevan algo de mi vida. Por eso, cuando alguno de vosotros al hablar conmigo me las devuelve con cariño, experimento la emoción superior del que sabe crear pensamientos llenos de vida, impregnados del bien que producen en quienes los reciben en sus corazones.

Me consta, y lo advierto en todas partes adonde voy y en todo momento, que son muchos los seres que me recuerdan con afecto, con gratitud, y muchos, también, los que quisieran verme con mayor frecuencia para recibir de mí más enseñanzas. A todos tengo presentes y a todos envío mis pensamientos para decirles que hagan con mis enseñanzas lo que corresponde, sin pedirme más. Yo sé lo que debo dar a cada cual y sé también que todos reciben la enseñanza de un modo particular, como si fuera especialmente dirigida a cada uno de los que me escuchan. Esto es lo que todos deben experimentar; sentir cada uno como si estuviera solo, escuchándome, recibiendo una

enseñanza impartida a él expresamente. Por consiguiente, si alguna vez corrijo a un discípulo, todos deben apuntar para sí esa corrección, porque es para todos. El discípulo es el motivo, pero no la causa: el motivo que evidencia el sentido de precisión y oportunidad con que la Logosofía expone sus conocimientos. Hasta ahí llega el gesto generoso del que imparte la enseñanza, para que nadie sienta el pesar de una amonestación.

Para terminar, quedame, en última instancia, felicitar a todos por los progresos alcanzados y augurarles mucha ventura y bienestar. Que los que hoy se han hecho presentes, estén mañana y siempre; que no haya un lugar vacío; que encontréis en todo momento la más grande disposición de vuestra parte, a fin de poder permanecer, como hoy, rodeándome y escuchando mi palabra permanentemente.

Buenos Aires, 29 de noviembre de 1949.

REALIDADES INNEGABLES DE LA ENSEÑANZA LOGOSÓFICA

Estoy nuevamente de visita en esta querida Casa, sede de nuestra institución en el Uruguay. En verdad, mis últimas venidas me han permitido experimentar una emoción que difiere de las anteriores. Diría que hasta debo luchar, a veces, para sostener con calma el sentimiento que tanto me atrae a esta tierra, donde se cumple esa labor infatigable que os ha permitido alcanzar el prestigio que hoy tenéis frente a todas las demás filiales de la Fundación Logosófica, por el avance y solidez de la vuestra y por la comprensión cada vez más amplia y efectiva de todos los discípulos que la integran.

Y más mérito aun tenéis, porque, no hallándome permanentemente aquí, seguís sin deteneros la orientación que imparto, advirtiendo sus inmediatos resultados, como lo habéis podido comprobar luego de la visita que os hiciera últimamente.

Cada vez que me encuentro entre vosotros parecería que nada hubiese pasado por mi vida; lo que no deja de ser natural, si se tiene en cuenta que a nadie comunico la intensidad de mis esfuerzos y sacrificios, como así también mi tenaz labor en medio de dificultades que es preciso neutralizar con gran serenidad de espíritu.

Hace poco tiempo estuve en una provincia del norte argentino pasando algunos días. Entre las cosas que me llevaron

hasta aquel lugar, cobraba especial significado el encontrarme con una persona a quien había citado allí expresamente. La tenía un poco olvidada, absorbido como estoy por las actividades propias de mi vida intensa y laboriosa.

Cuando estuvimos juntos, tuve la impresión de que hasta un reproche merecía. No fue así. Hablamos de cosas muy importantes, y me pidió que no demorara tanto en tener otra conversación, prometiéndole yo hacerlo con más frecuencia. Le pregunté cómo estaba y me dijo que se hallaba bien, pese a que se dibujaba en su rostro bastante tristeza. A la pregunta de si necesitaba algo, me respondió que no. Conversamos luego respecto de otras cosas y nos despedimos hasta la próxima vez.

Esa persona, discípulos, con quien me encontré en aquel lugar, era yo mismo.

Cualquiera diría que esto es inverosímil; sin embargo, es tan real y verdadero como lo son la totalidad de las enseñanzas que he impartido a todos.

¡Cuántas veces cada uno de vosotros habrá conversado consigo mismo de muchas cosas, pero cuán pocas lo habréis hecho seriamente! Para ello se requiere propiciar una cita adecuada, en donde, si es posible, nada perturbe la serenidad del soliloquio.

Muchos seres piensan que no haciendo mal alguno basta para cumplir con sus conciencias, aunque no hagan ningún bien.

Desde el lugar donde me hallaba, haciendo esfuerzos por sobreponerme a la indolencia, natural en ese ambiente, examinaba en el recuerdo todas aquellas cosas que, debido a mi gran actividad diaria, me es casi imposible analizar. Pensaba en el nuevo edificio —ya casi terminado— que estáis preparando con gran empeño, a fin de que pueda ser inaugurado en breve. Os veía en plena actividad, y, ciertamente, no me he equivocado, pues acabo de observar un gran adelanto. Es indudable que una obra hecha con tanto afán y entusiasmo, habrá de constituirse en símbolo del esfuerzo, de la buena voluntad, del sacrificio unánime, y, especialmente, del amor de todos vosotros.

No os habéis esforzado en vano; mientras trabajáis empeñosamente, muchos son los que, interesándose por nuestra

Institución, hablan de ella en términos elogiosos, admirándola y valorándola en alto grado. Es que, naturalmente, la construcción de este edificio ha contribuido a dar mayor valor a nuestra obra.

Esto significa que la enseñanza logosófica avanza cada día en forma gradual y positiva; y así ha de continuar en el futuro, agrupando en su torno a cuantos seres de buena voluntad, de intenciones sanas, de proceder y de conducta honestas, como así también de buenas inspiraciones, quieran disfrutar de este conocimiento imponderable.

Y mientras vosotros, por una parte, os empeñáis en la humanitaria labor de difusión, yo trabajo intensamente con el objeto de proporcionar, en un futuro no lejano, valiosísimos elementos para reforzar esa misma difusión y hacer más claro, amplio y universal el concepto de la Logosofía.

Actualmente estoy escribiendo varios libros, libros que no son comunes, porque no los escribo con mira exclusiva a los seres de hoy, sino para todo el futuro de la humanidad. En consecuencia, debo tener en cuenta muchas cosas, contemplar los más diversos aspectos y dedicar la mayor atención, para que cada enseñanza resulte de tipo universal.

Cuando todo esto haya culminado, al par que se habrá dado fin a una gran jornada, se iniciará otra etapa, la más trascendente de todas. Por de pronto, cuantos os halláis aquí presentes sabéis a conciencia que vuestras vidas han experimentado cambios fundamentales, porque la Logosofía os ha hecho conocer verdades profundas, cuya realidad habéis comprobado infinidad de veces, y sabéis también de muchos momentos felices vividos por vosotros, constituyendo ello augurios promisorios de nuevos, fecundos y más felices momentos a vivir, pese a los malos tiempos creados por los hombres, a las agitaciones mentales y a todo cuanto ensombrece el horizonte incierto del futuro del mundo.

Pienso que alguna vez la luz de la Logosofía destruirá todas esas sombras e iluminará el tan ansiado día —que los seres humanos confían habrá de venir—, en el cual se podrá respirar libremente no sólo con los pulmones, si no con la mente, con el corazón y la conciencia.

Como buenos navegantes, debemos todos afrontar los huracanes y los grandes oleajes, porque, mientras todas las cosas pasan, permanece tan sólo lo que es real, lo que es eterno. Y en ese eterno, en eso que permanece, debemos todos afirmar lo mejor de nuestras vidas. Lo eterno y permanente es la parte de Dios que cada cual lleva consigo, parte que hace florecer, hasta en los momentos más amargos, la esperanza de mejores días. Esa parte es inmortal, y Quien creó la vida y le infundió aliento jamás la destruirá, porque es su propia Obra.

Como es natural, desde el momento en que fue creada la criatura humana y le fue dada una vida, cada ser se constituye en responsable de la misma; deber de él es, pues, tratar siempre de animarla y buscar refugio en ella, reconfortándose y fortaleciendo a la vez el vínculo sublime que lo une a su Creador.

Por experiencia propia, cada uno de vosotros sabe cómo ha sido posible crear en esta parte del mundo una institución de la índole de la nuestra, y, dentro de ella, afectos tan grandes, tan altruistas, generosos, limpios y puros que, siendo desconocidos antes, hasta era imposible concebirllos. Y si tenemos el ejemplo de cómo fueron desapareciendo las desavenencias, las mutuas reacciones contrarias, los desentendimientos, las intolerancias, mientras surgía la comprensión, la tolerancia, el respeto y el afecto; si vemos que todo esto es posible en un conjunto de seres, ¿por qué no habrá de serlo también en toda la humanidad? Si la experiencia ha sido hecha, ¿qué falta, entonces, para que la obra se extienda y cumpla su gran cometido? Falta, simplemente, que los demás seres tomen el camino de la realización que habéis tomado vosotros, cumpliendo un proceso de evolución consciente y ofreciendo sus mejores propósitos de superación, para que el conocimiento logosófico, convertido en artífice, reconstruya, modele y perfeccione todo lo perfeccionable que existe en el hombre. No resistirse, pues, a los golpes del martillo modelador, que hará caer a pedazos las partes inútiles, mientras plasma sobre la vida del ser los rasgos arquetípicos del hombre superior.

Montevideo, 2 de diciembre de 1949.

PROCESO DE ASIMILACIÓN DEL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO

Expresaba hoy un discípulo de aguda observación que, aunque de diferente manera siempre, el autor de la Logosofía suele repetir un mismo tópico en forma tal que no se lo reconoce. Pienso que en parte tiene razón, porque el conocimiento trascendente no puede contemplarse desde un solo ángulo; por eso es necesario evidenciarlo en todos los aspectos que configuran su naturaleza, para que penetre en el entendimiento y la inteligencia pueda identificarse con su verdadero contenido.

Imparto el conocimiento en forma fragmentaria; cada fragmento, aunque parezca igual, complementa a los demás, de modo que la suma de todos ellos forma el conocimiento.

También otro discípulo manifestaba hace algunos momentos que, según había podido observar, era muy difícil a los seres no vinculados a nuestra enseñanza comprender un concepto logosófico, y que él mismo había tenido que realizar, en tal sentido, un proceso de asimilación para llegar luego a la comprensión de tan singulares conceptos. Lo dicho por este último está muy vinculado a lo expresado por el anterior. Y esa vinculación queda establecida por la razón de que, para alcanzar la comprensión de un conocimiento, se requiere, indispensablemente, realizar un proceso de asimilación. Ello explica entonces que, para facilitar esa tarea, me vea precisado a enfocar un mismo conocimiento desde diferentes ángulos.

Los discípulos pueden estudiar y meditar las enseñanzas e intercambiar sus comprensiones; pero es necesario el elemento fijador que, con repetida frecuencia, prepara la mente para que el conocimiento tenga un espacio libre donde manifestarse y cumplir luego su misión.

En este sentido presta inmensa ayuda la palabra oral logosófica, porque es evidente que el estudiante comprende con más facilidad, asimila y siente mejor la enseñanza cuando la escucha que cuando la lee, la estudia o la medita. Al pálido recuerdo de una de ellas, sobreviene otra que la revive; y así, sucesivamente, van reviviendo todas las enseñanzas en el alma de los que siguen la orientación logosófica.

Librados a las propias perspectivas, no sería posible la comprensión de la enseñanza, a no ser mediante un grande y continuado esfuerzo y una gran buena voluntad. He aquí el panorama que se ofrecería a los seres si solamente leyeran, estudiaran o meditaran las enseñanzas, vale decir, si no las escucharan. Diría que esta oportunidad, este privilegio de estar recibiendo constantemente y de su misma fuente la enseñanza viva, tiene un valor inexpresable, y ese valor reside en que ella, acompañando al ser durante algún tiempo, permite que todos sus movimientos mentales sean más ágiles, más libres y más amplios, sintiéndose dichoso al advertir que posee ahora en su mente una agilidad, facilidad y movimientos libres, que antes no tenía.

Conocemos ya el estado común de las mentes, agitadas por pensamientos, preocupaciones y problemas de toda índole. No existe en ellas libertad de movimiento; tal la aglomeración de pensamientos indisciplinados e inútiles que allí se agrupan. En esas condiciones, los seres se hallan, como es lógico, incapacitados para resolver con serenidad y cordura sus problemas, que se tornan siempre más complicados y difíciles. De ahí el malestar general y los rasgos que la violencia dibuja en los rostros humanos cuando los seres no pueden resolver las cuestiones que la vida les plantea, o cuando se agitan en pasiones descontroladas que tampoco pueden dominar. Esto, que podría tolerarse en la vida común, suele asumir características graves y a veces catastróficas cuando acontece en las

mentes de seres que tienen en sus manos la dirección de los pueblos. Lo ha presenciado el mundo en muchas épocas, se lo ha visto en la última guerra mundial, y siguen manifestándose aún síntomas evidentes de contaminación de pensamientos que anulan la inteligencia de los hombres y el concepto amplio que debe tenerse de la vida y la moral humanas.

Lo malo es que los seres no pueden encontrar refugio alguno dentro de sí mismos, pues no saben cómo penetrar en su mundo interno, ni saben tampoco que existe ese refugio donde cada uno puede hallar su propia paz, su tranquilidad y su sosiego.

He dado muchas enseñanzas al respecto; mas no todos, lógicamente han podido asimilarlas. De cada una de ellas va quedando, no obstante, un sedimento que, aun inconscientemente, cada cual atesora en lo interno de su ser. Luego, cuando en determinada circunstancia advierte que las enseñanzas escuchadas le permiten adoptar conductas y resoluciones favorables a la misma, es cuando mejor asimila el conocimiento que ellas le brindan, al aplicarlo en esa oportunidad. Pero aún acontece que se hace uso inadvertidamente de una enseñanza; ello obedece a la misma causa, es decir, que dicha enseñanza estaba latente en la mente del que la empleó. En muchísimas oportunidades, y en momentos en que realmente son necesarias, afloran como por encanto soluciones inesperadas o impensadas. Este es uno de los grandes resultados que ofrece el conocimiento logosófico, como lo habéis podido comprobar con mucha frecuencia en el andar del tiempo.

Hay que tener presente también que, aparte de la enseñanza que el ser escucha, se asocia a ella, como algo inseparable, la imagen de su autor en el momento de pronunciarla. Esto es, precisamente, lo que hace más fácil el camino del recuerdo.

Y hablando de caminos, todos vosotros marcháis por uno, habiendo recorrido ya un trecho importante del mismo sin que haya observado aún signos de cansancio en ninguno; por el contrario, pienso que todos os sentís como si recién comenzarais la marcha. Libre del peso que antes agobiaba las espaldas, cada cual, ágilmente, va recorriendo ese camino.

Yo voy delante, abriendo el paso en medio de infinidad de obstáculos y dificultades; cuando vosotros pasáis, ni siquiera queda una pequeña piedra. Todas las que encuentro en el mío son las que echan de los otros caminos, en los que hay tantas que quienes van por ellos ya no saben dónde ponerlas. Yo, en vez de arrojarlas a otras partes, hago pequeñas ondulaciones, sobre las cuales pasan, sin notarlas, mis discípulos. Si por ahí alguna resulta un poco alta, habrá que subir la cuesta; para ello tenéis fuerzas suficientes. Una vez arriba, ya os será fácil bajar. El esfuerzo se habrá reducido, pues, a la mitad, porque, aprovechando las ventajas del declive, bajar os resultará sencillo y hasta podréis hacerlo sentados.

Pienso que todos han experimentado, en algunas oportunidades, una sensación bien conocida internamente: aquella que aprueba o desaprueba una conducta, un episodio, un pensamiento; la misma que a veces suele reprochar al ser por haber actuado de uno u otro modo. Son éstos vestigios, vivos aún, de otras manifestaciones mucho más significativas y comprensibles para la inteligencia humana.

Cuando la sensibilidad es tan elocuente que hace comprender al instante lo bueno o lo malo de la propia conducta, cuando sin intervención de la razón es posible experimentar esa sensación interna de aprobación o desaprobación, puede suponerse que, una vez cultivada, esa sensibilidad podrá establecer contactos con otras sensibilidades, y aun con la sensibilidad universal. Pero ello ya toma, naturalmente, otro carácter y se presenta bajo otras formas, con lenguaje claro y comprensible, y, sobre todo, muy seguro, porque evidencia realidades que cada uno experimenta, siente y vive.

Los seres se han apartado tanto del Pensamiento Universal, viven tan encerrados y limitados en sus cosas personales que esa sensibilidad, lógicamente, ha sido plegada; y sólo a veces, como he dicho, experimentan ese vestigio de sensaciones que antes tuvieron forma mucho más grande y elocuente para el alma humana.

Pero hoy, los seres vinculados al conocimiento logosófico están ya en condiciones de poder exaltar, en momento oportuno, adecuado y propicio, un pensamiento de interro-

gación de sí mismos; sobre todo, si predisponen el espíritu dejando la mente por entero libre de toda idea o prejuicio. Si no en una vez, en veces posteriores podrán experimentarse sensaciones análogas. Así ha de ser posible comprender, cuando cada uno mediante su proceso de evolución consciente haya preparado, como he dicho, su inteligencia para ello, cómo se manifiesta el lenguaje universal, es decir, la palabra creadora que anima el Universo, la Creación.

Se verá así cuán pronto aparece, en respuesta a esos interrogantes, la solución que se busca para las situaciones creadas a la vida; y surgirán consejos, aparentemente extraídos de las profundidades del ser, pero que, en realidad, son el resultado del cambio mental que fecunda el pensamiento.

Hacia ese estado superior va llevando el conocimiento logosófico a costa de mucho esfuerzo y empeño, insistiendo a menudo para que no se olviden estas palabras tan significativas para el alma y el corazón humanos. Así, cada cual irá advirtiendo, día a día, cómo mejoran sus estados de ánimo y cómo su vida va ofreciéndole encantos que antes no tenía.

Todo esto es obra de una ilimitada paciencia, de una labor tenaz que, visible e invisiblemente, realizo en todos los que me acompañan a lo largo del camino que estamos recorriendo. Pienso que todos vosotros, por lo menos una vez al día, me tendréis presente, y pediréis, también, que siga marchando siempre delante vuestro para haceros más fácil el trayecto y para que, durante la marcha, os esté dando enseñanzas, al par que distrayéndooos para que no os fatiguéis, y para que siempre seáis felices y alcancéis la meta anhelada, sin caer rendidos nunca por la fatiga o la indolencia.

Montevideo, 3 de diciembre de 1949.

NECESIDAD DE UNA PREPARACIÓN EFICIENTE EN LOGOSOFÍA

Constituye una constante preocupación de mi parte, el hacer que los que profesan las altas disciplinas logosóficas se superen en forma real y positiva. Todas las enseñanzas que imparte la Logosofía deben transformarse en lo interno de quienes las reciben y asumir ante la conciencia individual valores fundamentales, principios raíces. De ahí que tanto preocupe la inestabilidad psicológica que se observa a menudo en los seres de incipiente preparación logosófica.

Es, pues, un afán constante el familiarizar con los conocimientos logosóficos las mentes de los discípulos que anhelan superarse. Hoy, justamente, he advertido que, al dar cierta enseñanza todos la entendieron casi en forma instantánea, lo que no hubiera sido posible de no haber alcanzado la preparación que en esos momentos ponían de manifiesto. Dicha enseñanza constituía la culminación de muchas otras a medio comprender, y, por tanto, a medio realizar. Al brindarla a los discípulos, todos advirtieron que les estaba dando una clave; sintieron en lo más profundo de su ser como si les estuviera explicando un misterio.

La Sabiduría Logosófica posee un enorme caudal de conocimientos que no pueden ponerse al alcance de las mentes aún no preparadas para recibirlos. Presentaré para mayor ilustración la imagen de un ignorante. Si alguien le dijera a

éste una verdad, para él inaccesible, ¿la comprendería? No; pasado el primer instante de perplejidad, se reiría de ella o la despreciaría: he ahí el resultado. Ahora bien, si esa misma verdad fuera expuesta a una persona inteligente, pero distante de la concepción superior que entraña esa verdad, veríamos también que, si no lograra comprenderla inmediatamente, se reiría o la despreciaría.

Esto nos está mostrando la necesidad de una preparación previa a la recepción de un conocimiento o de una verdad de origen trascendente, pues solamente así podría ser aprovechada, asimilada, asociada a la vida; en fin, ser útil. De lo contrario, de nada le serviría al que la recibe.

En todos los tiempos la preparación fue un requisito indispensable para lograr el acceso al saber. También en el antiguo Egipto los aspirantes al conocimiento debían someterse a las disciplinas de la preparación. Reunidos los jerarcas en los templos, frente a aquellos, hablaban entre sí por signos y por gestos. Nadie entendía nada, excepto ellos, que sabían su significado. Un signo era considerado como la síntesis de un pensamiento inteligente, de modo que era necesario aprender ese lenguaje para poder alternar con los que, expresando así sus pensamientos, guardaban la palabra articulada para otras oportunidades.

La Logosofía requiere, pues, de las mentes —y esto ha sido repetido con insistencia— una preparación que las ponga en condiciones de comprender sus enseñanzas, las que, por otra parte, expresa con la palabra más fácil, ya que, debido a la tendencia natural de las mentes a caer en la inercia, se las olvida con frecuencia; y todo lo que se olvida deja de existir en la mente como recuerdo vivo de algo que fue y que debiera seguir siendo.

Muchas veces, luego de dar las enseñanzas logosóficas, advierto que éstas han sido comprendidas a medias u olvidadas, razón por la cual me veo obligado a dar otras, muy semejantes. Estas tienen la virtud de despertar a las anteriores. Parecen ser las mismas, lo que hace que la mente se preocupe en conectarlas, reviviéndolas en el recuerdo. Así, una y otra vez, con gran paciencia, se logra, al fin, fijarlas en las mentes y explicarlas en las conciencias.

Sé muy bien que, durante el día, las mentes, por lo general, pasan largos ratos sin pensar en nada, o, a lo sumo pensando cosas sin importancia. Ya se sabe cuánto cuesta educarlas en las labores superiores del espíritu, esto es, en la actividad logosófica. Cuesta, en verdad; pero también es cierto que todo lo que cuesta se aprecia, se valora y se quiere. Todo lo contrario de lo que ocurre con lo que no cuesta: nadie le da importancia, carece de valor y no sirve para nada.

Así, pues, esa educación de la mente debe costar algún esfuerzo, y ese esfuerzo ha de ser consciente y voluntario. Para ello habrá que estimular siempre la voluntad en la convicción cabal de que la actividad logosófica comprende la verdadera vida del discípulo. Entonces, cada cual, con las excepciones lógicas de las tareas y atenciones diarias que deberá esmerarse en cumplir, tratará de adaptarse a las normas superiores de la evolución consciente, dedicando todos los momentos disponibles a los altos propósitos de bien que la inspiran. Todo tiempo perdido es vida que pasa en la indiferencia: ni se siente ni se vive.

Las enseñanzas logosóficas, leídas o escuchadas separadamente, pese a que tienen vida y contenido, no llenan su función como cuando unidas todas e impregnando la vida del que se nutre en ellas labran en su interno un destino mejor.

El esfuerzo es vida; es un constante probar la capacidad de producir, de hacer, de realizar. Cuando el discípulo se esfuerza y se habitúa a disminuir el volumen de las dificultades, éstas se le allanan. Corrientemente se hace lo contrario: se aumenta ese volumen.

Habéis podido observar muchas veces la inmensa alegría, el ilimitado placer y felicidad que proporciona el ejercer lo que la Logosofía ha llamado «el poder de dar», porque, además de sentirse la dicha de ser capaz de hacerlo inteligentemente, se verifica que lo que se da no se aparta del corazón generoso de quien lo brinda, por permanecer unido a su vida, a su memoria, a su recuerdo; a todo. Esto es lo verdaderamente grande y hermoso, porque completa la imagen, tantas veces desvirtuada, del gesto noble, generoso y sano.

Todo ello es consecuencia de una realización efectiva

de comprensiones que hubieron de surgir como un imperativo dignísimo de la conciencia humana. Y dichoso todo aquel que puede experimentar, pareja a su realización, la felicidad de asociar a ella lo que es más caro a su espíritu; lo que enlaza el conjunto de su vida a una obra tan grande, tan inmensamente grande como la que estamos realizando, a fin de restituir a los seres humanos los valores perdidos y hacerles conocer cuanto ignoran de sí mismos, para que puedan disfrutar los instantes sublimes que se viven bajo el influjo de tan grandes y nobles pensamientos.

A veces, cuando me encuentro solo, suelo llamar a mis más allegados pensamientos; a aquellos que me acompañan desde hace muchos años y a quienes denomino «mis buenos y leales pensamientos». Ellos fueron mis mensajeros, los que llevaron a mis semejantes todo cuanto hube anhelado en bien de los mismos, y fueron, también, los que muchas veces me trajeron mensajes llenos de promesas y de afectos.

Vosotros habéis tenido, asimismo, pensamientos de esa índole dentro de vuestras posibilidades. ¿No enviáis, muchas veces, una carta con un pensamiento y recibís una respuesta? ¿Y qué experimentáis al abrir el sobre y encontrar esas líneas, que, de antemano, anhelabais recibir y leer?

Por mi parte, puedo deciros que es el mío una especie de correo invisible, que no requiere sobres, papeles ni estampillas, pero tan efectivo como el otro, pues cada uno de mis mensajes vuela en alas de mis pensamientos, los que retornan luego, trayéndome, seguros, la respuesta. Esta misma correspondencia es la que se establece entre todos los que, sustentando el ideal logosófico, sienten y experimentan los mismos o similares motivos de alegría, entusiasmo y felicidad. Tan efectivo acercamiento espiritual de los seres entre sí, propiciado por vinculación simpática de sus anhelos y pensamientos, permite un desenvolvimiento más amplio de las aptitudes internas, el que es favorecido aún por la observación consciente y el intercambio de apreciaciones sobre todo punto que interese vivamente a la propia evolución.

Fortalecidos por el grato y diáfano ambiente que crea en torno a vosotros tan íntima correspondencia de pensamientos,

actitudes y anhelos, los procesos de superación van así madurando, y mientras en común esfuerzo vais marchando hacia adelante, sin deteneros, la obra logosófica irá culminando en etapas cada vez más brillantes. Y ojalá llegue el día en que esa marcha se torne nupcial, y cada uno de vosotros pueda seguir, del brazo, al propio espíritu, que hoy permanece como divorciado o ajeno al sentir individual. Muy bien se apreciará, entonces, si es lo mismo vivir con las luces internas apagadas, en una permanente oscuridad, o vivir llenos de claridad y alegría, conociendo los misterios de la vida y cuanto a ella pertenece.

Tened siempre la seguridad de que, aun cuando vosotros paséis muchos momentos del día sin sentir el vínculo que os liga a nuestras comunes aspiraciones, yo me preocupo constantemente y procuro que ese vínculo se fortalezca cada vez más; que la fuerza de uno sea la fuerza de todos, y que esa fuerza signifique, al mismo tiempo, salud para el cuerpo y esplendor para la mente, a fin de que ésta jamás desfallezca ante ninguna dificultad, ante ningún obstáculo. Contando con tal seguridad, tranquilo será vuestro sueño y feliz vuestro despertar.

Montevideo, 4 de diciembre de 1949.

DE FRENTE HACIA EL FUTURO

Es muy grande la satisfacción que experimento al poder encontrarme en este día entre vosotros, ya que entraremos juntos, dentro de pocas horas, en el último año de la primera mitad de este siglo. Finaliza con el que se va una jornada de intensa labor, de grandes fatigas, de grandes preocupaciones, pero también de grandes realizaciones.

Me encuentro aquí por gravitación natural de los acontecimientos —porque así debía ser—, junto a quienes tanto se esforzaron, sobre todo en el transcurso del año que termina, para ofrecerme una realización digna del mayor encomio.

Durante todos estos días he recibido muchas atenciones por parte de quienes están vinculados a mi Obra, como así también, pensamientos de imborrable afecto que me han conmovido hondamente. No obstante, el pensar que tales atenciones pudieran ser motivo del más leve sacrificio, me ha preocupado mucho. Todos saben que siempre están cumplidos conmigo.

El que os habla sólo busca realizar la obra en vosotros y en todos los que quieran experimentar el bien que, a manos llenas, brinda la Sabiduría Logosófica. En ella está depositado el conocimiento que emancipa las conciencias, que limpia las mentes y modela el arquetipo humano. Pero no es sólo dando o recibiendo la enseñanza como se cumple la Obra. Para que esto sea una realidad, para que se cumpla el gran objetivo, que es la perfección, quien enseña debe tener —ya lo dije un

día— la potestad de corregir, y el que aprende, a su vez, la valentía moral de admitir la corrección.

Dije asimismo en otra oportunidad, y lo repito en este día —pues cuanto más se comprenda mi palabra y se aplique a la vida, tanto mejor y más fácil será la marcha del ser y más accesibles las verdades en pos de las cuales va—, que todo cuanto obstruye, dificulta y retarda el paso de los seres humanos vinculados a mi pensamiento, son sus deficiencias, sus defectos, y, en fin, cuanto atenta directa o indirectamente contra el proceso de evolución consciente que se realiza bajo la égida del conocimiento logosófico.

Se ha logrado mucho, es indudable; todos pueden atestiguar cuánto han mejorado sus calidades y cuánto han debido luchar para eliminar tales deficiencias, que, luego, satisfacciones posteriores compensaron ampliamente. Pero en ese empeño hay que seguir siempre; es preciso ser dócil al pensamiento creador que está modelando la nueva figura humana, la nueva imagen, el arquetipo tan soñado por todas las generaciones que precedieron a la nuestra.

Todos tenéis muchas condiciones y cualidades buenas; ¿cómo no ha de apenarme, entonces, cuando advierto en vosotros pensamientos y actitudes que, sin anular esas cualidades, parecerían esconderlas dificultando su manifestación?

Sé perfectamente que, del mismo modo como se recuerdan muchas enseñanzas se olvidan otras, quizá las que más convendría tener presente a los fines del propio perfeccionamiento, a los fines de esa educación superior que se está gestando en el espíritu de cada uno de vosotros. En esa preparación, que debe ser constante si queréis optar a conocimientos mayores, habréis de excederos en la propia vigilancia, porque no hay que olvidar que en el conjunto armónico de los movimientos internos de unos y de otros, las imperfecciones que uno solo pone de manifiesto entorpecen a menudo la labor de los demás y, al entorpecerla, dificultan la labor del ya mencionado pensamiento creador.

Dije una vez que los discípulos debían guardarse un sano y noble respeto mutuo, ya que todos venían aquí con el vehemente anhelo de superar sus condiciones, de mejorarse,

de perfeccionarse, y que esta sola circunstancia los hacía ya dignos del mayor respeto. Insisto en que esto sea siempre tenido presente. Deficiencias y defectos tienen todos: a nadie, pues, le asiste el derecho de señalarlos, excepto a aquel que enseña a corregirlos. Esto es lo aconsejable, y, por mi parte, he tratado siempre que cada uno, discretamente, trabaje sobre sí mismo para eliminarlos. Lo ayudo directa o indirectamente, le acerco elementos con los cuales le sea más fácil corregir sus partes defectuosas; pero jamás podría ocurrírseme destacar en uno u otro esas partes, con ánimo de disminuirlo. Pienso que esta conducta debe ser seguida por todos, sin variante alguna. Tampoco debéis olvidar lo que dije otra vez: el que señala fallas ajenas está señalando las suyas propias, sus mismos errores. Hay que ser, entonces, dócil a la palabra que corrige iluminando, que permite enmendarse sin violencias, y que, alternando la suavidad con la firmeza, persuade y convence hasta lograr el bien que persigue.

Nadie llega a la fuente de la Sabiduría Logosófica atraído por bienes materiales; nadie acude a ella en busca de cosas comunes, que pueden ser encontradas en cualquier parte. Siendo esto una verdad, debe tenerse siempre presente. Y, desde el momento que no se viene en busca de nada material, de nada común, al experimentar la realidad de hallarse en este ambiente cual si fuera otro mundo, no se debe actuar en él, pues, como se actúa corrientemente, lo que se comprende más a medida que las exigencias de una conducta superior lo ponen de manifiesto.

Me estoy refiriendo, en principio, a conceptos básicos de los que no conviene apartarse, máxime teniendo en cuenta que en ninguna otra parte es posible recibir conocimientos como los que brinda la Logosofía. Tales conocimientos en modo alguno son cosas que pueden ser tomadas así, con la mano, y usadas como podría quererlo o como podría antojársele a uno u otro; no. Cada conocimiento obedece a una ley; para usarlo, es necesario estar siempre de acuerdo con esa ley. Pero como esto no le es posible a todos los que participan de él, he aquí que el propio creador de la Logosofía enseña cómo hay que usar cada conocimiento, en función de la ley que lo gobierna.

Por ello insisto algunas veces en una u otra enseñanza; por ello revivo, en otras oportunidades, aquellas que parecen haberse dormido allá, en la subconsciencia del discípulo. En el proceso evolutivo debe estar permanentemente presente el sentir consciente de cada uno; de otro modo, se obraría muchas veces en estados de inconsciencia, que es lo que no recomienda la Logosofía. Y si todos aspiran a trascender el plano material, el plano común, a fin de experimentar la dicha de elevarse hacia donde anhelan llegar, es preciso habituar la voluntad a un constante y regular esfuerzo en la comunicación de sus íntimos anhelos, con el objeto de facilitar el desarrollo de sus calidades superiores.

El reino del espíritu se cierne en las olímpicas alturas del pensamiento Creador; para ascender a él es necesario que cada cual aprenda a someterse a ese adiestramiento que le ha de permitir, luego, penetrar en tan anhelado reino. Resulta, pues, de todo punto conveniente no confundir las cosas, para evitar que, de esta confusión, sobrevenga el extravío.

La evolución consciente se caracteriza por un continuo esfuerzo de superación, y en ese esfuerzo deben estar configurados todos los aspectos que se relacionan íntimamente con el proceso individual. Deben, por consiguiente, examinarse las actuaciones diarias y los pensamientos que suelen tener parte activa dentro de la mente. De este modo, si se está atento, si se vigilan esas actuaciones y esos pensamientos, pueden mejorarse mucho las tantas alternativas que sufre la propia naturaleza psicológica, motivadas, unas veces, por cosas externas y, otras, por causas internas.

Vuelvo a repetiros que me siento inmensamente feliz de encontrarme aquí en esta oportunidad. En medio de tantas dificultades, preocupaciones y amarguras, cuando me sumerjo en la intimidad de mi mundo y acaricio en él la Obra que estoy realizando, siento que me asisten fuerzas titánicas que me permiten librar con el más grande valor las luchas más encarnizadas y las pruebas más duras. Y cuando experimento la realidad de tales fuerzas, que son fiel expresión de la fuente universal que las genera, derramo sobre los que me siguen mi pensamiento totalmente impregnado de poderosos estímulos,

para que todos se beneficien y cobren nuevas energías, nuevos ímpetus, mayor entusiasmo, y se encuentren cada día como si fuera el primero, sin sentir las fatigas del pasado, que a tantos agobian y hacen declinar sus ánimos definitivamente.

Vamos llegando al final de este medio siglo con gran felicidad. La humanidad lo hace, en cambio, en medio de agitaciones y perturbaciones de toda especie. Viene arrastrando pesadimas cargas y va llegando a la cima de esta cuesta abrumada por enormes fatigas, sufrimientos y dolores, sin advertir que lo que ha hecho más grave la crisis de su marcha es la incomprensión e intolerancia comunes.

Esperemos que, en la segunda mitad de este siglo, la luz del conocimiento logosófico permita a los hombres discernir con más sensatez sobre sus destinos, facilitándoles la marcha y librándolos de esas incomprensiones que sólo terminan en exterminio, desolación, espanto y miserias. Y al decir que la luz del conocimiento logosófico pueda, durante el segundo medio siglo venidero, alumbrar la mente de todos los seres humanos, quiero significar que a vosotros incumbe el mantener una actividad permanente en el sentido de difundir este conocimiento, para que sean muchos los que puedan beneficiarse al extenderlo por todos los ámbitos del mundo.

Al culminar este día sólo debemos confiar en un futuro mejor, en un mañana más digno de la especie humana; pero ese mañana habrá de ser labrado con nuestro esfuerzo, con nuestra inteligencia y con la sublime aspiración de un destino superior.

Que el año que viene llegando sea para todos vosotros un motivo más de alegría, de felicidad y de reflexión; porque los años van siendo cada vez más duros, más fríos, más cortos, tal como lo ha querido la incomprensión humana. Debemos luchar porque los años futuros vuelvan a ser cálidos, largos y dichosos para todos. He aquí mi anhelo.

Montevideo, 31 de diciembre de 1949.

ÍNDICE

Prólogo.....	7
El lenguaje del Creador	13
Sobre la inmortalidad.....	21
Realidad de la vida mental	29
Actitud consciente en las actividades de la inteligencia	37
Policromía psicológica	45
Las maravillas del mundo atómico.....	51
Cómo se manifiesta el espíritu de la Creación al entendimiento humano.....	59
El cuadro mental y psicológico que presenta el mundo	65
Las tres existencias	75
Sobre ética logosófica.....	81
Alcances del conocimiento logosófico en el proceso de superación.....	89
La Logosofía entraña fuerzas constructivas	93
Posibilidades humanas en la realización del pensamiento	99
Aspectos del conocimiento logosófico.....	105
La vida en sus profundos alcances.....	113
Realidades que aleccionan al espíritu.....	119
Semblanzas de la actividad logosófica y sus proyecciones	125
Decadencia y evolución	131
Fuerzas que actúan en el escenario del mundo.....	139
La razón y el conocimiento	145
La perfección humana y los errores del hombre.....	151
Adaptación psicológica	157
El mundo propio	167
El Libro de los Inmortales	173
Los recursos humanos frente al drama universal	179
Principios éticos sobre convivencia humana	189
Por los caminos del pensamiento.....	199
El concepto y su significado esencial.....	209
En torno a la meta ideal.....	217
Influjo de la vida sobre el despertar de la conciencia.....	223
Enfoques sobre temas de conjunto	229
El equilibrio en el juicio de los valores	235
Puntualizando realidades objetivas.....	243
Responsabilidades supremas de los hombres.....	247

El concepto de la precisión en el perfeccionamiento individual	253
El arte de enseñar y el arte de aprender.....	259
En pos del conocimiento causal.....	265
El sentido de la ubicación como norma de conducta	271
Particularidad de la Logosofía	277
Fundamentos de una ética superior	283
El apuro como negación del tiempo.....	289
Reeducación integral por el conocimiento logosófico.....	293
Orientación para la nueva juventud.....	297
Perfeccionamiento integral de las condiciones humanas.....	301
La mente en su función rectora.....	305
El conocimiento logosófico constituye una enseñanza superior.....	311
La casa mental.....	317
El arte de crearse a sí mismo	323
Los pensamientos y las palabras como agentes de la psicología humana.....	329
Misterios de la creación humana	335
Interrogantes planteados a la conciencia individual.....	341
Particularidad del método logosófico	347
Cómo debe estudiarse Logosofía	353
De cómo lograr la inmunidad en los dominios de Lucifer.....	361
Hacia la vida interna.....	367
El conocimiento trascendente como fuerza constructiva	377
Conocimiento de los pensamientos y función de pensar.....	383
Carácter intraindividual del saber logosófico.....	393
Conceptos madres	401
Sensibilidad, razón y conciencia.....	407
La muñeca psicológica.....	417
Evolución de la conciencia	423
De cómo se substancia la calidad de ser.....	429
Conciencia de la vida	435
Ser y no ser, en la concepción logosófica.....	443
Reflexiones básicas sobre la vida	451
La atracción del conocimiento logosófico	459
Semblanzas del proceso de evolución consciente	465
Realidades innegables de la enseñanza logosófica	471
Proceso de asimilación del conocimiento logosófico.....	475
Necesidad de una preparación eficiente en Logosofía.....	481
De frente hacia el futuro.....	487

PRINCIPALES SEDES CULTURALES DE LA FUNDACIÓN LOGOSÓFICA EN EL MUNDO

ARGENTINA

Ciudad de Buenos Aires
Av. Coronel Díaz 1774 - Palermo
Tel.: (+54) (011) 4824-4383 / 4822-1238

Av. Cabildo 3846 - Belgrano
Tel.: (+54) (011) 4701-7540

Buenos Aires
Alvear 630 - Piso 2º 10 - Quilmes
Tel.: (+54) (011) 4224-5678

Sarmiento 3094 - Mar del Plata
Tel.: (+54) (0223) 451-3616

Córdoba
Sucre 373 - Ciudad de Córdoba
Telefax: (+54) (0351) 421-6597

Entre Ríos
9 de Julio 23 - Paraná
Telefax: (+54) (0343) 431-2303

Santa Fe
Santiago 710 - Rosario
Telefax: (+54) (0341) 425-8610

Mendoza
Ibañez 99 - Ciudad de Mendoza
Tel.: (+54) (0261) 429-2520

Jujuy
Balcarce 340 - Piso 1º Of.: 2 - Ciudad de Jujuy
Tel.: (+54) (0388) 422-4787

BRASIL

Distrito Federal
SHCG/NORTE - Quadra 704
Área de Escola - Brasília
Tel.: (+55) (061) 3326-4205

ESPAÑA

Barcelona
Comptes del Bell-lloc, 133 - Entlo. 4º - Les Corts
Tel.: (+34) 93 490 21 72

ESTADOS UNIDOS

New York
304 Park Ave. South, 11th Floor
New York, NY 10010
Tel.: (+001) (212) 590-2307

Florida
2640 Hollywood Blvd., Suite 112
Miami - Hollywood, FL 33020
Tel.: (+001) (954) 894-0936

MÉXICO

México
Huatusco, 35 Planta Alta - Colonia Roma Sur
Tel.: (+52) (5) 5584-6836

URUGUAY

Montevideo
Av. 8 de Octubre 2662 - Gerardo Grasso
Tel.: (+598) (2) 480-0710

Nueva Helvecia
Luis Dreyer entre Colón y Guillermo Tell.
Tel.: (+598) 099 948 552 / 099 524 445 /
094 406 021

Paysandú
Bolívar 1251 Esq. Montecaseros - Paysandú
Tel.: (+598) 72-33403 / 72-41849 / 72-26289

Salto
Tel.: (+598) 73-33512, 073-21841

VENEZUELA

Caracas
Av. Libertad, entre Palmas y Acacias
Ed. YETESA, Of.: 1-B1 - La Florida
Tel.: (+58) (212) 882-5579

Consulte por otras sedes culturales en el mundo en www.logosofia.org

